3 1761 08158667 9

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

857

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 25. NUM. 298.

300

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

OCTUBRE 1913

132721
16/5/14

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 25
no. 298-300

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

(*Continuación.*)

TEATRO DEL CIRCO

En aquel tiempo, no todas las empresas se preocupaban del buen decorado y de la ornamentación del teatro que tomaban a su cargo, y debido a esto, el *Circo* había experimentado pocas reformas, apareciendo, al comenzar este período, un tanto destartalado, sin más condición favorable que la de su buena capacidad. Aquí estaban D. José Valero y Teodora Lamadrid, haciendo su repertorio con alguna que otra novedad, no en abundancia. A principio de año estrenaron *El mal apóstol y el buen ladrón*, drama de Hartzenbusch. La obra, de carácter bíblico, fue muy aplaudida, y algunos trozos de la versificación se hicieron populares entre los estudiantes; pero, según cierto crítico descontentadizo, ni Teodora ni el mismo Valero estuvieron en todo el drama a la altura que éste reclamaba. Algo habría, por cuanto Valero, inmediatamente después del drama de Hartzenbusch, hizo *Luis Onceno*, que era una de sus obras favoritas, y donde tantos aplausos recogía.

La Ristori había representado *Adriana*, y Teodora, que tenía conciencia de su superioridad, por lo que se refiere a esta obra, en cuanto se marchó la trágica italiana, puso en escena el drama, cosa que muchos la censuraron, aunque otros lo aplaudieron, porque lo cierto es que en *Adriana de Lecouvreur* nuestra compatriota no ha tenido rival.

En Setiembre de 1860 vino al *Circo* una compañía de zarzuela, en que figuraban la Santa María y la Di-Franco, y representaron *Campanone*, adaptada al castellano por Frontaura y Luis Rivera. Gustó mucho. Se defendían con *El grumete*, *Peluquero y marqués* y *Lo que de Dios está...*

Tronó la empresa al terminar el mes de Enero de 1861, y tomó el teatro otra, que contrató a la Amalia Ramírez, y puso en escena *El castillo maldito*, en tres actos, con éxito regular, por la Santa María, la Lecea, Soler, Crescj, Becerra y Eugenio Fernández.

Anunció que iba a representar el pasillo cómico fúnebre, de Serra, *Nadie se muere hasta que Dios quiere,* y el autor se opuso; pero como había vendido la obra al editor Gullón, que era el propietario legal de ella, no le quedó otro remedio que el de conformarse, sirviendo el asunto de tema de conversación en los cafés durante algunos días.

Marzo.—*Llamada y tropa*, de García Gutiérrez y Arrieta.

Abril.—*El hombre feliz* (de Frontaura y Arrieta), *monólogo agridulce*, desempeñado por Eugenio Fernández.

Mayo.—*La cruz de los humeros*, en un acto, del género andaluz, letra de Ricardo Mosquera, música de Manuel Crescj.

El corneta, de Frontaura y Luis Cepeda.

En Junio hizo su salida, con *El Juramento*, la tiple María Albini, discípula y parienta de la Marieta famosa.

Setiembre.—Nueva compañía de zarzuela, con la Ramos, la Mora, Onofre Muñoz, Vidarte, Becerra, Grau, Font y Eugenio Fernández. No estrenaron nada notable.

Noviembre.—*La mina de oro,* que no fue mina para la empresa.

1862.—Dió un concierto la simpática pianista Eloisa D'Hervil, y se presentó la tan renombrada bailarina Manuela Perea, haciendo el baile nuevo titulado *Celos y caliá*, compuesto y dirigido por Ricardo Moragas. Todo pasa. Aquel furor de 1850, y del que fue testigo el teatro del *Circo*, se convirtió casi

en indiferencia, y la *Nena* hubo de resignarse a oír algunos aplausos que, por galantería más bien, se la dedicaron.

Para la temporada de verano se formó una compañía numerosa que hacía comedias y zarzuelas, daba conciertos con el cuerpo de coros del *Teatro Real*, presentaba bailes de espectáculo, con más o menos aparato, y juegos de prestidigitación por un tal Limiñana.

1863.—Con un triste acontecimiento comenzó este año. Cayó enferma la simpática tiple Trinidad Ramos, y habiéndose trasladado a Carabanchel buscando alivio a su dolencia, falleció el 3 de Enero. Al sufragio que, por el descanso de su alma, se celebró en la iglesia parroquial del pueblo, acudió toda la compañía del *Circo* y además muchos artistas de los demás teatros.

Aventuras de un joven honesto, de Pina y Fernández Caballero, por la Hueto, la Cárdenas, Bigones y Rojas, y los señores Crecj y Santa Coloma. Gustó, merced a la bondad de la música, y a que tenía un coro de señoritas vestidas de estudiantes.

Un trono y un desengaño, letra de Pina y música de Inzenga, Reparaz y Arrieta.

Si yo fuera rey, en tres actos, arreglo de Pina y Pastorfido, con música de Inzenga. En esta obra trabajaba la Montañés.

En Febrero cesó la compañía de zarzuela, y vino la de declamación que actuaba en *Lope de Vega*, estrenando *Estudios del natural*, en tres actos y en verso, de Larra, por Teodora y la Boldún, con Arjona, Manuel Osorio y Calvo (padre).

Durante la primavera, para dar variedad a las funciones, contrató la empresa a Haslam, niño de once años que hacía la la competencia a Mr. Leotard, en el ejercicio de *los tres trapecios*.

Mayo.—*El nuevo Don Juan*, de Ayala, en tres actos, por Teodora, la Bagá, la Balbina Valverde, Arjona, Osorio, Benetti y Ricardo Calvo. Regular.

En Setiembre hizo su primera salida Emilia Moreno, con

la comedia en un acto *¡Quién vive!*, obteniendo muchos aplausos, y una ovación en unas evoluciones militares que ejecutó con un fusil de reglamento.

Después hicieron *La pata de cabra,* por la Pepita Hijosa y José Miguel, *gracioso*, que venía de Valencia precedido de justa y honrosa fama. Era notable haciendo *Manolito Gázquez.*

Lances de honor, en tres actos, de D. Manuel Tamayo, oculto bajo el pseudónimo de Joaquín Estévanez, por Teodora, la Hijosa, los Arjonas, Osorio, Benetti y Ramón Mariscal.

Diciembre.—*Me conviene esta mujer*, en un acto, de Eduardo Zamora y Caballero, y *Pobres mujeres*, de Enrique Gaspar.

1864. Enero.—En este teatro le dieron otro golpe a *La almoneda del diablo*, refundida por su autor, con decoraciones nuevas de Luis Muriel y vestuario de Aquilino Pérez. El gracioso José Miguel bailaba el paso del *Cucuyé*, y le acompañaron los bailarines Carmen Chavarría y José Carrión. No les dió mal resultado.

Febrero.—*El matrimonio de conciencia*, de José María Díaz, por Teodora y Arjona.

En Abril volvió a sonar la *La campana de Almudaina*, y acudió gente.

La fuente milagrosa, apropósito en un acto para exhibir un juego de agua natural, que tomaba diversos colores.

En Mayo dió un concierto el guitarrista D. Juan Valencia. Tocó: Fantasía sobre la *La fiancée*, de Auber; el bolero titulado *Es la chachí;* otra fantasía sobre un tema de Huerta (guitarrista notable), y unas variaciones sobre la *Rondeña*. A pesar de que había pasado la moda de aquel instrumento, Valencia fue muy aplaudido.

Setiembre.—Compañía de zarzuela, que comenzó con *Cadenas de oro*, de Larra y Navarrete, música de Arrieta, por la Uzal, la Toda y el tenor Sanz. El libreto valía poco; la música agradó.

El toque de ánimas, de Darío Céspedes y Arrieta. Buen éxito, por la Uzal, Obregón, Allú y Becerra.

1865.—En Enero se estrenó una revista cómico-lírica titulada *1864-1865*, letra de Gutiérrez de Alba y música de los discípulos de la clase que D. Emilio Arrieta desempeñaba en el Conservatorio. Entre ellos figuraban los hermanos Fernández Grajal profesores actualmente en aquel centro.

La paloma azul, comedia de magia, de Rafael Marín Liern.

Abril.—*La resurrección de los muertos*, juegos de física recreativa, ilusionismo, prestidigitación y escamoteo, por monsieur Velle de Pest.

Después se presentó en este teatro el prestidigitador monsieur Laroche Lambert, conocido por *Hume*, que hacía pruebas de la transmisión del pensamiento.

Catalina se refugió en el Circo con su hermano Juan, Oltra, Mario, Casañer, Matilde, la Sanz, la Zapatero y la Dansaut. Inauguraron la temporada (Octubre de 1865) con *El desdén* (1), de Moreto; hicieron algunas comedias de repertorio, y, aprovechando las decoraciones que el teatro tenía, pusieron en escena *La almoneda del diablo*.

Con motivo de la epidemia colérica se suspendieron las representaciones durante unos días, y a fines de año estrenaron: *Otro gallo le cantara*, de Enrique Zumel, y *Física experimental*, de Rodríguez Rubí.

Matilde, la Zapatero y Mario eran los que llevaban gente al teatro.

1866. Enero.—*El abogado de pobres*, comedia en tres actos por D. Manuel Bretón de los Herreros. Decía de ella Gustavo Adolfo Bécquer en una revista:

«El pensamiento de la obra es altamente filosófico, mere-

(1) Decía el periódico *Gil Blas:*

«—¡Huyo!
—¿Qué has visto?
—Un belén
que merece una pavana...
¡*El desdén con el desdén*
por Catalina y Pastrana!
—¡Cielos! ¡Yo me voy también!»

ciendo, desde luego, nuestro aplauso el fin moral que se propone su autor, combatiendo con todo género de armas la creciente ambición y el inmoderado afán de lucro y de goces que atormenta a la sociedad moderna como una sed febril e insaciable. Desenvuelto el plan por medio de escenas naturales y perfectamente encadenadas, sin exagerados contrastes, sin efectos de relumbrón ni situaciones falsas, va el espectador hasta el fin de la obra movido de un agradable interés que jamás se debilita; el diálogo suelto, cómico, chispeante, ayudado de esa fácil y maravillosa versificación que es la dote que más distingue a Bretón de los Herreros.»

Febrero.—*Dulces cadenas*, ensayo dramático en tres actos, del joven Sr. San Juan, para beneficio de Adelaida Alvarez. Gustó, haciendo concebir el autor grandes esperanzas. La beneficiada, que tenía un hermoso rostro y una arrogante figura, murió en aquel año.

Se formó en Setiembre una compañía de zarzuela para actuar en este teatro, en la que figuraban: Antonia Uzal, María Domínguez, Amalia Brieva y Antonia Fuentes; Manuel Soler, José Castro, Víctor Loitia, Antonio Faria, Eugenio Fernández y Francisco Calvet. No hicieron nada notable, valiéndose del repertorio zarzuelero.

Tronó la compañía de zarzuela, y vino a este teatro una de declamación, con la Pepita Hijosa, la Valverde, la María Rodríguez, Ricardo Morales y Mariano Fernández. Hicieron *La pata de cabra* y *Mateo o la hija del Españoleto*, cuyo principal papel, cómico, estaba a cargo del popular Mariano.

Diciembre.—Concierto de treinta y cinco profesores guitarristas y bandurristas, dirigido por Manuel Más. Salió bien.

Terminó el año representando *Ruede la bola*, comedia de Mozo de Rosales, y una *Revista*, de Gutiérrez de Alba.

La Pepita Hijosa cayó enferma y estuvo mucho tiempo sin poder salir a escena.

1867.—*El marqués de Villemer*, traducción de uno *que deseaba guardar el incógnito.*

Marzo.—Conciertos sacros, dirigidos por D. Antonio Llanos, en que tomaban parte las tiples Sras. Mora y Trillo, el señor Oliveres y el bajo Reguer, con el *Orfeón Artístico Matritense*.

Para la temporada de primavera se formó una compañía de zarzuela, en que estaban la Uzal y la Checa, Manuel Soler, Maximino Fernández, Joaquín Miró y Nicolás Rodríguez. Director de orquesta, José Jiménez. Hicieron obras de repertorio, entre ellas *Marina*, que era el recurso de las empresas que no podían preparar estrenos.

Conceptuando Arderíus que el teatro de *Variedades*, donde estaba, era ya reducido para sus aspiraciones, se vino a éste en Setiembre, cambiándole también el nombre por el de *Bufos Madrileños*. Formó compañía con la Rosario Hueto, Carmen Alvarez, Emilia Ruiz, Sofía Alverá, Emilia Bardán, Celsa Montfrede, Concha Sampelayo, Cubero, Gabriel Sánchez Castilla, José Alverá, Orejón y Luis Carceller. Director de orquesta, José Rogel.

«La empresa de los *Bufos* (decía el cartel), única en su clase, tiene una historia breve, pero interesante; sencilla, pero conmovedora. Cuenta un año de existencia; en el año no ha perdonado medio de hacer olvidar al público, durante la noche, las desazones que haya podido tener durante el día.»

Aquí estrenaron: *Los órganos de Móstoles,* en tres actos, de Larra y Rogel, con éxito regular; *Pablo y Virginia,* de Blasco y el citado compositor, con éxito superior; y *Los infiernos de Madrid,* de Larra también y de Rogel, que era el compositor obligado en aquella temporada. La música de Rogel valía poco; nunca resultaba enteramente nueva, pero distraía. La obra dió buenas entradas.

1868.—A principios de año se exhibió en la calle de la Montera, casi frente a la iglesia de San Luis, un espectáculo muy curioso. Se titulaba *La cabeza parlante,* y consistía en presentar la cabeza de un hombre vivo, en una fuente, colocada sobre una mesa que, a la vista, no tenía nada debajo, pues me-

diante una ingeniosa combinación de espejos desaparecía el cuerpo de la persona, que se hallaba cómodamente sentada en aquel sitio, contestando a las preguntas que los concurrentes le hacían. La mesa era un trípode, las luces se hallaban en la parte alta de la habitación, y toda ésta, lo mismo que el piso, estaba cubierta de paños negros. El efecto era sorprendente. Arderíus averiguó la trampa, y lo hizo en su teatro con el título de *La cabeza de Arderíus*. Varios actores, distribuídos en distintas localidades, le dirigían preguntas, a las que contestaba con su natural desenfado, entreteniendo agradablemente a los espectadores. Una de las bromas consistía en improvisar redondillas, para lo cual pedía un verso octosílabo que le sirviera de pie forzado, como por ejemplo:

Arderíus tiene gracia.

Y él decía luego, en el tono que emplean los chicos de la escuela para dar de memoria la lección:

Los acabados en *acia,*
todos tienen consonante;
por eso digo al instante:
Arderíus tiene gracia.

Repitiendo el estribillo con cuantos pies forzados se le presentaban.

Febrero.—*A la humanidad doliente,* revista del año 1867, letra de Blasco y música de Arrieta.

Marzo.—Gran concierto a 16 pianos y cuatro órganos expresivos. Tocaron la sinfonía de *Guillermo,* la de *La estrella del Norte,* de Meyerbeer, y la galop de Quidant.

Arderíus se marchó a provincias en Abril de 1868, y vino al *Circo* una compañía de declamación, compuesta de la Mercedes Burón, Emilia Sanz, Concha Sampelayo, José Fidel, Pepe García y Donato Jiménez, con la bailarina Carolina Herranz. Hicieron *La almoneda del diablo* y *La vida del hombre malo*, comedia en tres actos, primera producción de Pedro Escamilla. Gustó.

Los *Bufos* estaban en todo su apogeo; y lo decimos sin hacer alusión, ni remotamente, a la conmoción política de aquellos días. Abrió Arderíus el teatro con la compañía del año anterior, reformada en parte, pues había contratado a la Rivas, a la Cabezas, a Caltañazor y a Pla. Estrenaron *Los misterios del Parnaso,* de Narciso Serra y Fernández Caballero, y se preparaban a poner en escena otras novedades, cuando el levantamiento de Setiembre les obligó a cerrar el teatro por unos días. Muchos y grandes éxitos consiguió tener Arderíus en aquella temporada; pero nos está vedado hablar de ellos, porque acaecieron fuera del período en que se dan por terminadas estas *Crónicas.*

TEATRO DE VARIEDADES

Comenzó el año 1860, trabajando aquí la Ristori; dió seis representaciones. Véase lo que decimos de esta trágica italiana en el capítulo *Teatro Real.*

Después de la Ristori vino una compañía de *artistas cómico-líricos zuavos,* fundadores del teatro *Inkerman,* de Crimea. Trabajaban en francés, y hacían indistintamente papeles de hombre y de mujer, porque no figuraban *señoras* en la compañía. Representaron *Militaire et pensionaire, Pas de fumée sans feu, La corde sensible* y otras obras. Poca atracción. 20 rs. butaca.

Los zuavos dejaron el teatro libre a una compañía francesa, en que figuraban Mlles. Potel y Menneray. Inauguraron la temporada con *Les millons de la mansarde, Mlle. mon frèr, Le bougeoir,* y la opereta *L'ile de Calipso.* En Marzo hicieron *Les deux merles blancs,* traducida luego por Catalina para el teatro del Príncipe; y en Abril, *Le roman d'un jeune homme pauvre,* de Feuillet, también arreglada después al teatro español con el título de *La novela de la vida.*

Se habían aclimatado en este teatro de tal manera las compañías francesas, que durante mucho tiempo se anunciaba como *Theatre français.*

1861.—Los espectáculos que se ofrecían en este teatro justificaban el título de *Variedades*. Una compañía dramática española, que actuó durante corto tiempo, estrenó *La paloma torcaz*, primera producción de Martínez Pedrosa.

Mr. Alfred Caston dió algunas sesiones de *ilusionismo, dirección de fluidos simpáticos, mnemotecnia*, etc., etc. Vendados los ojos con un triple velo, leía lemas o pensamientos escritos por los espectadores.

Luego vino un prestidigitador llamado Manicordi.

Arjona, que había tomado el teatro, puso en escena *La aldea de San Lorenzo*, drama arreglado del francés por José María García, con algún número de música escrito por Mollberg. Es un melodrama muy interesante, que representaba admirablemente Joaquín Arjona. Dió juego.

En Febrero vino otra compañía francesa, y Arjona se marchó con la suya a *Novedades*. Entre los artistas franceses figuraban Louise Periga, Marie Blinville, Alice Brunel, Corine Treneix, Celine Gayot, y los *monsieures* Jules Dorval, Stanislas, Bremens, Renaud y Delessart.

«Mme. Periga —decía un gacetillero — es una actriz de excelente figura y distinguidas maneras; recita con limpieza, intención y claridad, y declama con verdadera inteligencia y talento.» Se presentó con *Adriana de Lecovreur;* fue muy aplaudida y llamada varias veces al palco escénico.

En Abril hizo *La dame aux camelias*, de Dumas (hijo), y gustó mucho.

Setiembre.—Se estableció Romea en este teatro con una compañía modestita, pero que interpretó maravillosamente algunas comedias, merced a las especiales condiciones del director. Componían el cuadro la Carmencita Berrobianco, delgadita y de poca figura, pero dotada por la naturaleza de un gran talento artístico; la Adelaida Zapatero, guapa y de mucha gracia picaresca; la Javiera Espejo, también guapa, y la Orgaz, especial para las características. Florencio Romea, aunque muy inferior a su hermano, sacaba bien los papeles de vie-

jo, de galán cómico y de paleto; Perico Sobrado y Capo, éste especial en lo cómico; Pardiñas y Oltra, estudiosos, y Mario, joven de grandes esperanzas.

Romea echó mano de su repertorio, y con algún estreno de más o menos importancia, defendía la temporada contando con la simpatía del público.

La suerte le favoreció, y tuvo un exitazo el 28 de Noviembre de 1851 con *La cruz del matrimonio*, comedia en tres actos y en verso, de Luis Eguílaz, desempeñada por la Berrobianco, la Muñoz, la Orgaz y los dos Romeas. La Prensa tributó elogios unánimes a esta comedia. Decía Eduardo Bustillo en el *Museo Universal*: «Esa obra, que, literariamente considerada, es una joya del teatro moderno, socialmente es una maestra en acción, que enseña con dulzura, sin gritar a sus discípulos; y moralmente, es un libro abierto que ningún siglo cerrará, porque en él hay páginas que, como las del Evangelio, son de todos los siglos.»

Los versos de la comedia decaen a veces y hasta resultan un poco así como ramploncillos; pero tuvo suerte Eguílaz, y uno de los más débiles trozos de la comedia, le proporcionó una satisfacción de carácter esencialmente práctico, con motivo de haber citado una sociedad de crédito que se titulaba *La Tutelar*, y que se puso de moda en aquel tiempo.

Decía la Berrobianco en el acto tercero:

«Hay un Banco o cosa así,
que llaman *La Tutelar;*
poniendo en él a interés
dinero, de un niño en nombre,
cuando el niño llega a hombre,
rico, o poco menos, es.»

Y después de copiar estos versos, añadía un periódico: «Esta mención de *La Tutelar* ha bastado para que estos días muchas madres de familia acudan a las oficinas de aquella sociedad a asegurar el porvenir de sus hijos. El Sr. Uhagón, compren-

diendo el gran beneficio que indeliberadamente ha hecho el señor Eguílaz a *La Tutelar*, ha dirigido al poeta una delicadísima carta, rogándole que admita una suscripción por diez mil reales.»

El 12 de Diciembre fue recibido Romea por la Reina que la ofreció un tomito de poesías de que era autor, y de camino la rogó que fuese a ver la obra de Eguílaz, a lo que accedió gustosa Isabel II, asistiendo el día 13.

Romea, que era un poco celoso, deseando obscurecer la fama de su compañero Arjona, considerado hasta entonces como el mejor intérprete del teatro de Moratín, anunció que iba a dar una serie de representaciones de las obras de este insigne escritor dramático, en un espacio de tiempo que titulaba la *semana de Moratín*, poniendo en escena *El barón*, *La comedia nueva o el café*, *El viejo y la niña*, *La mojigata* y *El sí de las niñas*.

Don Julián, con buen sentido literario, eligió para final de cada una de estas funciones, sainetes de D. Ramón de la Cruz, porque, en efecto, Moratín y Cruz, marchando por diferente camino, iban persiguiendo el mismo resultado, y les animaba igual propósito de presentar en escena la vida real y las costumbres de su época; pero discrepando del procedimiento elegido para conseguir el objeto, resultaron dos enemigos irreconciliables, de suerte que si Moratín hubiera levantado la cabeza, y desde su sepulcro hubiese visto que, en cierto modo, le equiparaban con D. Ramón de la Cruz, habría sufrido la más cruel de las decepciones. Por supuesto, que en nuestro modo de pensar, el trabajo de Cruz fue más beneficioso para el teatro que el de Moratín, sin que los críticos de entonces se dieran cuenta de ello. La llamada *semana de Moratín* comenzó el sábado 1.° de Febrero de 1862 y terminó el domingo 16 del propio mes, porque cada función se repitió dos o tres veces. Romea rebasó el nivel artístico de Arjona en este linaje de obras, y sobre todo en *El café* (que nosotros le vimos representar) se reconoció la supremacía de aquel actor sobre to-

dos los que han interpretado la comedia. Ni podía haber más arte ni más naturalidad.

Marzo.—*La última pincelada*, drama en tres actos, por Carrasco de Molina, inspirado en un cuadro de Esquivel.

La hermana de leche, comedia en tres actos, de Bretón de los Herreros. Sin ser una obra modelo, está escrita con gracia, espontaneidad y frescura impropias de un hombre que había cumplido sesenta y seis años.

Abril.—*Dios sobre todo*, de Luis Mariano de Larra. El fondo de la idea parece inspirado en *El hombre de mundo*.

Diciembre.—*La corte de los milagros*, comedia en tres actos de José Picón.

1863. Enero.—*Flor trasplantada*, drama en tres actos, de Moreno Gil, en que tomó parte la niña Matilde Franco.

Febrero.—*A Roma por todo*, comedia en tres actos, de Manuel Juan Diana, el amigo íntimo del insigne hispanófilo alemán D. Juan Fastenrath.

Marzo.—*El hombre más feo de Francia*, comedia ya conocida, que le valió un triunfo a Emilio Mario.

Los crepúsculos, en un acto, de Luis Eguílaz, comedia estrenada por Fernando Osorio en Valencia, y representada aquí por Mario, que hacía dos distintos personajes, uno de noventa años y otro de quince. Le acompañó Pepita Hijosa.

Mayo.—Alentado Romea por el buen éxito que *La almoneda del diablo* había tenido en Novedades, echó mano de la magia, y puso en escena *Los encantos de Briján*, en tres actos, prosa y verso, original de D. Gonzalo Meneses de Padilla, seudónimo de un escritor cuyo nombre no pudimos averiguar. La obra salió bien porque tomaron parte en su desempeño Pepita Hijosa y Emilio Mario; pero las transformaciones no complacieron a todos, por efecto de la escasa amplitud del escenario.

Noviembre.—Puso Romea en escena el interesante drama *El testamento*, con que había hecho su salida al teatro. Nosotros tuvimos la satisfacción de verle y admirar sus excelentes dotes de buen actor, sobre todo, en la lectura del testamento.

También representó *La oración de la tarde*, drama de Larra (hijo), una de sus obras favoritas.

Para esta temporada había reformado Romea la compañía; estaba compuesta de Carmencita Berrobianco, Manuela Ramos, Javiera Espejo, Felipa Orgaz, Florencio Romea, Francisco Oltra, José Calvo, Jorge Pardiñas, Ricardo Morales, Emilio Mario y Antonio Vico. En Octubre se presentó en *El hombre de mundo* la Felipa Díaz, una actriz nada más que aceptable, pero de extraordinaria belleza.

En Setiembre de 1864 se marchó Mario a la *Zarzuela*, y vino en sustitución Tomás Infante, gracioso de la escuela antigua y muy sensato, aunque con poco nombre. Como la Carmen Berrobianco era delgadita y de poca estatura, trajo Romea, para hacer papeles de dama a la Josefa Palma, esposa de Florencio, y para alternar con la Berrobianco, a la Carmen Genovés. Durante el verano de este año de 1864 estuvo Romea a las puertas de la muerte, a causa de una grave enfermedad, y como había logrado conquistar simpatías personales entre el público, cuando reapareció en Variedades, el 19 de Noviembre de 1864, se le tributó un cariñoso recibimiento que llegó a conmoverle haciendo que las lágrimas saltasen a sus ojos. Aquella noche representó *El hombre de mundo*. Contrató de bailarina a *la Nena*, que, como se ha dicho, ya había perdido su preponderancia, y para que la acompañase, a Isidro Delgado Vilches. Director de orquesta, Cristóbal Oudrid. La butaca, 14 reales. El teatro era pequeño, estaba decorado modestamente; la compañía no tenía pretensiones, pero todos cumplían bien; las obras estaban magistralmente ensayadas, y cuidaba la dirección de no poner en escena dramas superiores a las fuerzas de los actores y actrices encargados de ejecutarlos; así es que el público no dejaba de concurrir, y Romea se defendió tres años en Variedades, sin subvenciones, ni comisarios regios, ni reglamentos de Real orden.

1865.—*El corazón en la mano*, comedia en tres actos, de Enrique Pérez Escrich.

Marzo.—*Súllivan*. Ovación a Romea.

Cesó la compañía en Abril, y vino la actriz italiana Carolina Civili, haciendo dramas y tragedias, que el público aplaudió con buena voluntad. La Civili era guapa, tenía arrogante figura y declamaba bien, aunque sin poder substraerse a la exageración de la escuela italiana. Inauguró la campaña con *La dama de las camelias*, y después hizo, entre otras, *Adriana*, *María Juana*, *Los dos sargentos franceses* y *La loca de Tolón*. Tenía cierta facilidad para pronunciar el castellano, y en Mayo se determinó a representar en nuestro idioma una pieza titulada *La casa de campo*, con extraordinario éxito. En Julio se despidió del público recitando, también en castellano, una poesía titulada *¡Adiós!*, en medio de grandes aplausos.

Animada la Civili para adoptar esta lengua, formó en Setiembre una compañía española que alternase con la italiana en las representaciones; pero, a causa de la epidemia colérica, tuvo que cerrar el teatro, hasta que se cantó el *Tedeum*, y entonces reanudó sus tareas, haciendo con su tía, la Adelaida Santoni, que se hallaba de paso en Madrid, *María Stuardo*, y luego, en castellano, con Benito Pardiñas, que era el primer actor de la compañía española, *La hija del Almogávar*, drama en tres actos, de Enrique Zumel. La Civili pronunciaba bien el español; aunque no podía desechar cierto deje especial, parecido al de los valencianos o mallorquines; así es que el público no se puso enteramente de su parte.

En Febrero de 1866 hizo *Doña Leonor Pimentel*, en castellano, de Valcárcel.

La Civili estuvo bien; los demás, detestables.

En Abril vino a dar una serie de sesiones Benita Anguinet, a quien el público apreciaba mucho.

La aceptación que tuvo en la zarzuela *Los dioses del Olimpo* sugirió, sin duda, a Arderíus la idea de trasplantar en Madrid el *género bufo*, que tanto furor estaba haciendo en la capital de Francia, y habiéndole producido buena impresión la prueba que hizo en aquel teatro, en Marzo y Abril, se decidió a poner

en práctica el negocio, tomando por su cuenta el teatro de *Variedades*, que bautizó con el nombre de *Bufos Madrileños*. Abrió la temporada en Setiembre con una obra en dos actos, de Eusebio Blasco y el Maestro Rogel, titulada *El joven Telémaco*, que en honor de la verdad, tuvo un éxito completamente satisfactorio y proporcionó al empresario buenas entradas. De esta zarzuela salió la denominación de *suripantas* a las coristas, por un coro de mujeres que imitando la eufonía griega con palabras desatinadas, cantaban de esta manera:

Suripanta la suripanta
macatrunqui de somatén,
sunfáriben sunfaridon,
melitónimen sonpén.

Con Arderíus estaban la Ruiz, Escríu, Orejón y Cubero, la Sampelayo y la Gómez, la Bardán, la Rey, la Celsa Fontfrede y la Hueto.

Luego hicieron: *Cubiertos a cuatro reales*, de Ossorio y Bernard, con música de Inzenga, y *Tanto corre como vuela*, loa para celebrar el aniversario del nacimiento de Arderíus, por Manuel del Palacio, Eusebio Blasco y Eduardo Saco. Aparecía en escena, sobre un pedestal, el busto de Arderíus, con tal propiedad y una inmovilidad tan absoluta, que el público no pudo reconocer al actor en la aparente escultura, hasta que le vió salir del pedestal y bajar al proscenio para saludar a los espectadores.

El conjuro, entremés de Calderón de la Barca, refundido por Ayala, con música de Arrieta.

El pavo de Navidad, apropósito de circunstancias, de Ricardo Puente y Brañas y Barbieri.

Un sarao y una soirée, 1801 y 1866. Caricatura en dos láminas, de Ramos Carrión y Lustonó, con música de Arrieta. Gustó mucho.

1867. Enero.—Gran concierto clásico bufo, parodia de los de Barbieri, por Arderíus, Escríu, Cubero y Orejón.

Francifredo, Dux de Venecia, zarzuela en dos actos, de Mariano Pina, con música de Rogel.

Febrero.—*La trompa de Eustaquio*, en un acto, arreglo de Juan Catalina, con música de García Vilamala.

Marzo.—*Bazar de novias*, en un acto, de Pina y Oudrid, con tres bailables. En esta obra, que tuvo mucha aceptación, se distinguió la Celsa Fontfrede.

Exhibición del prestigiditador Luis Ari.

La suegra del diablo, de Blasco y Arrieta.

Octubre.—Compañía de declamación, dirigida por José Mata, que era un buen autor, en la que figuraban Enriqueta Lirón, María Ruiz, Julia Cirera, Mercedes Aznar, Pizarroso, Boldún, Juan Mela, Ricardo Calvo, Eduardo Maza y Antonio Riquelme. Director de orquesta, Lázaro Núñez Robres; doce reales butaca. En Noviembre hicieron un *Tenorio*, muy aceptable, Mata y la Lirón.

Hernán Cortés, drama en un acto, primera producción del joven Carlos Jimenez Placer. Gustó.

1868. Febrero.—Compañía francesa de operetas y *vaudevilles*. Nos dieron a conocer *Mr. Chofleuri restera chez lui le...* que luego se tradujo con el título de *La soriée de Cachupín*. El director era Mr. Prioleau. Estuvo el teatro muy favorecido. Hicieron *Orphée aux enfers* y *La vie parisiense*, ambas de Offenbach. Aunque de apellido alemán, Offenbach era francés, y escribía música ligerita y agradable, que consiguió vulgarizarse aquí, en poco tiempo, tanto como la de Barbieri.

En Setiembre se formó una compañía de declamación, compuesta de María Rodríguez y la Navarro; Pedro Delgado, Ibarra, Zamacois, Pepe García y Medel, teniendo de apuntador a nuestro amigo Enrique Rodríguez Solís. Les sorprendió la Revolución sin haber realizado ningun estreno.

TEATRO NOVEDADES

Este coliseo adquirió desde los primeros momentos un carácter esencialmente popular, poniendo en escena espectáculos

adecuados al público que habitaba en aquellos contornos. Así entró en el año 1860 con un drama emocionante, titulado *Candelas*, donde figuraba como protagonista aquel famoso bandido, acompañado de Balseiro, el Cuco y Paco el sastre. Aunque la obra tenía su moraleja final, resultaba que los espectadores se habían encariñado durante tres actos con una serie de hechos poco edificantes, y por lo tanto, la autoridad mandó suspender el drama a la cuarta representación, sin dar oídos a las quejas de la empresa, que hizo presente los perjuicios que la suspensión le irrogaba. El autor de la obra había ocultado su nombre.

Para compensar el contratiempo hicieron el sainete titulado *El alcalde toreador*, en que salía a escena un novillo sujeto por una cuerda, que se rompió cierta noche, saltando el animal a la orquesta, donde fue detenido por los músicos, no sin producir entre los espectadores de las butacas el susto consiguiente.

Estrenaron luego *El padre de los pobres*, de Luis Eguílaz, en que aparecía San Juan de Dios. Argumento inverosímil.

Madrid en 1818, de Ortiz de Pinedo. Exito regular.

Octubre.—*Los perros del monte de San Bernardo* (antigua), en cuyo desempeño, según un revistero, los que mejor estuvieron fueron los perros.

1861.—Nueva compañía, dirigida por Pizarroso, teniendo de primera actriz a Elisa Andrés. Hicieron *Pruebas humanas;* un drama bíblico titulado *Corbonan o el tesoro del templo,* y *Luz divina*, en las que la Andrés pudo lucirse.

El canapé, pasillo cómico-lírico de Roque Barcia, con música de Rafael Taboada.

Una hija de Despeñaperros, escena escrita para la Zamacois, que dió en este teatro algunas representaciones, y cantó *La naranjera*, de Stcockdopole.

Octubre.—Otra compañía en que figuraban María Rodríguez, Juan Alba, Antonio Bermonet, Eduardo Iroba y José Mesejo. Hicieron *Cervantes*, drama en tres actos, de Joaquín

Tomeo y Benedicto; y *La batalla de Lepanto*, en seis actos, de Antonio Mallí, con decoraciones de Miguel Reyes y trajes de Detrell.

El 6 de Noviembre asistió a este teatro la embajada marroquí, presidida por Muley-el-Abbas; y teniendo en cuenta las condiciones de los personajes en cuyo honor se hacía la fiesta, se representó el sainete *El tonto alcalde discreto;* ejecutó a la guitarra Antonio Alba una fantasía de aires españoles y árabes, de su composición; Mollberg, que era el director de orquesta del teatro, tocó (no podía faltar), el *Xilocordeon*, y se amenizó la función con tres cuadros de baile convenientemente distribuídos.

El Corpus de sangre, drama en seis cuadros, escrito sobre una obra de Teodoro Barrier, por D. Juan Belza. Cada cuadro tenía su título particular: 1.° *El robo de la litera.*—2.° *Una aparición al toque de ánimas.*—3.° *La calumnia.*—4.°*La batalla.*—5.° *La cisterna de los lobos,* y 6.° *Abajo la Inquisición.* Acudió a verla el vecindario de aquella barriada.

Bailaron por entonces en este teatro la Alvarez y Garcerán, la Ramona Ruiz y la Carlota Picazo, que con un tal Antonio Guzmán ejecutaron lanceros, polkas burlescas y la gran galop infernal.

1862 Febrero.—Compañía gimnástica anglo-americana, dirigida por Mr. Rochete. Hicieron, entre otros ejercicios, *la gran carrera de los tres trapecios*, por Fisher, que también era competidor de Mr. Leotard.

Abril.—Compañía árabe marroquí, dirigida por Sidi-el-Asj-Omar, y en la que figuraban Mahomet, Manem y Muley. El director daba un salto mortal por encima de bayonetas, con fuego nutrido en el momento de la elevación.

Mayo.—Aparición del prestidigitador Mr. Robert Bouriques, quien además presentó una colección de *perros sabios.*

Para la temporada de 1862 a 1863 se había formado una compañía de poco precio, que conseguía tener regulares entradas con obras como *La huérfana de Bruselas*, *El jorobado*, *Los*

piratas mejicanos y otras por el estilo. Pusieron en escena *La almoneda del diablo*, comedia de magia de Rafael María Liern, con tan extraordinario éxito, que se llenaba de gente todas las noches el teatro. El papel de *Mariblanca* estuvo a cargo de Pepita Rizo, una antigua tiple de zarzuela, que había estrenado la titulada *Tramoya*, de Barbieri.

El autor ocultó su nombre bajo el pseudónimo de Altadill, y decían que la comedia estaba tomada del francés. Se había estrenado anteriormente en Valencia.

El 3 de Noviembre de este año hicieron *Don Juan Tenorio*, y a los pocos días *Don Juan de Serrallonga o los bandidos de las Guillerías*, de D. Víctor Balaguer, que tuvo buen éxito.

1864. Enero.—Ponían en escena dramas del género terrorífico, como *Herodes* y *Cuarenta años de desgracias o la máscara de hierro*.

En Abril se dió una representación de *El orgullo castigado*, original del niño Jesús Rodríguez Cao, por la compañía infantil que actuaba en el teatro de la calle de la Flor Baja, número 1. Asistió la Reina Isabel, y el autor obtuvo una ovación.

Jesús Rodríguez Cao fue un niño precoz que murió a los quince años, dejando escritos cuatro tomos de poesías, obras dramáticas y novelas que, aparte de las incorrecciones propias a la edad del autor, revelaban en él una inteligencia privilegiada. Quizá aquel trabajo impropio de la niñez contribuyese en parte a la temprana muerte del poeta.

Los habitantes de la luna, comedia de magia, escrita por Rada y Delgado, Bedmar y Entrala. No era un desatino, pero tenía poca gracia y pasó merced al buen desempeño de María Rodríguez.

En Setiembre se estrenó *La payesa de Sarriá*, de Luis Eguílaz, por la Dardalla, Antonio Zamora y Pardiñas. Buen éxito. La obra se había ya representado en Barcelona.

El 2 de Noviembre, *Don Juan Tenorio*. Luego hicieron *Urganda la desconocida*, comedia de magia.

1865.—Representaban *El terremoto de la Martinica*, *Los hi-*

jos de los bosques o el incendio del castillo rojo y otros melodramas por el estilo.

1866.—En Noviembre actuaba una compañía, cuyo director era Mariano Fernández. Hicieron *El diablo predicador*, *Los misterios de la calle de Toledo*, drama de Ricardo Morales, en que éste tomaba también parte como actor, y *Juana la hechicera*, comedia de magia. Figuraban también en los carteles la María Rodríguez, Antonio Capo y José Mata, que hizo *Jorge el armador*.

1867. Febrero.—*La espada de Satanás*, comedia de magia en cuatro actos, de Rafael María Liern, por la Dardalla, Zamora, Pepe García y Ramón Mariscal.

Decoraciones de Ferri y de Busato; música de Oudrid. Fue recibida con frialdad.

Marzo.—*El sitio de Zaragoza*, drama en tres actos que había dejado escrito D. Juan Lombía. La Cándida Dardalla hizo el papel de *Agustina*.

Ya hemos dicho que en este teatro alternó desde Setiembre la compañía doble de la *Zarzuela*, por ser Gaztambide empresario de ambos coliseos. En 1.° de Noviembre hizo Casañer, con premeditación y alevosía, *Don Juan Tenorio*, acompañándole la Romeral, Alisedo (*Ciutti*) y Zamacois (*Butarelli*).

Lo más notable fue la representación de *La Virgen de la Paloma*, drama en cinco actos, de dos escritores que se ocultaron bajo el pseudónimo de Alvaro Omil y Juan de Madrid.

Lo desempeñaron la Romeral, la Genovés, Morales, Mario, Zamacois, Iroba y otros muchos. Gustó extraordinariamente, como no podía menos, pues había en la obra un gran bailable, una marcha de guitarras y bandurrias y una procesión.

Marzo de 1868.—*El fantasma del pasado*, drama en cinco actos, de Valcárcel y de Bedmar.

Al ocurrir la Revolución de Setiembre de 1868 estaba dando buenas entradas una comedia fantástica de Liern, titulada *El laurel de plata*, exornada con bailes, coros y decoraciones nuevas, y esperaban realizar una buena campaña Rosa Tenorio,

la Antonia Scapa, la Julia Cirera, José Ortiz, Asensio Mora, Donato Jiménez, Ramón Benedi, Ricardo Guerra y nuestro querido amigo Enrique Sánchez de León, hoy profesor del Conservatorio.

TEATRO DE LOPE DE VEGA

Aparte del mérito artístico, la simpatía personal de un actor es aliciente poderoso para llevar espectadores a un teatro; y en éste consiguió Romea tener buenas entradas, más por el afecto que inspiraba, que por bondad de las obras puestas en escena.

Aquí comenzó la campaña con tan buena suerte seguida luego en *Variedades*.

1860.—17 Enero.—Se celebró el aniversario del natalicio de Calderón, representando *Fuego de Dios en el querer bien*, refundida por Bretón, y la mojiganga *La muerte*, ambas de aquel gran dramaturgo.

Tomaron parte en el desempeño Romea, la Carrasco y la Berrobianco.

Cuando se marchó Romea se convirtió el teatro en *café lírico*. En el salón podían los concurrentes tomar los artículos que se sirven en este género de establecimientos, escuchando, a la par las piezas del concierto que tenía lugar en el escenario. Solía concurrir a este local gente de genio alegre, que, a veces, no guardaba la corrección que debe exigirse en la buena sociedad, y a causa de esto, el 2 de Mayo de 1861, se reprodujo, en pequeño, la memorable jornada del año 1808, entre los mozos del café y el público.

Sobre si la *Signorina Giuntini* había o no de repetir un aria, se armó un gran escándalo, que los camareros quisieron terminar *autoritate qua fungor;* pero puesto enfrente de ellos el respetable público, anduvieron por el aire botellas, vasos, platos, cucharillas y bandejas, no apaciguándose el alboroto sino con la presencia de la policía.

Los mozos echaban la culpa al director de orquesta, Paco García Vilamala; pero todo el público protestó de la ingerencia de los camareros, de quienes partió la agresión.

Por Enero de 1861 se fundó en este teatro una sociedad dramática, bajo la presidencia del duque de Abrantes, para dar funciones a beneficio de los establecimientos piadosos, poniendo en escena comedias desempeñadas gratuitamente por jóvenes aficionados. Representaron *Don Tomás*, *El castillo de Balsain* y otras que resultaban bien interpretadas, según el parecer de las personas cuyos juicios escuchábamos en los entreactos.

En Octubre de 1862 vino a trabajar en este teatro una compañía de verso, dirigida por Arjona, y en Diciembre estrenaron *Lo positivo*, de Manuel Tamayo, con gran éxito.

En aquella época esta comedia constituía el desiderátum del arte dramático, y se dijo que era la mejor comedia del teatro moderno. Teodora estuvo superior a todo elogio.

1863. Enero.—*Deudas de la honra,* de Núñez de Arce.

En Febrero trasladó Arjona su compañía al Circo, pues se pensó en derribar este teatro, habiendo comprado el edificio en 4.000.000 de reales una sociedad titulada *La Peninsular;* pero la venta o la demolición se retardaba, y vino a ocupar el teatro una compañía de niños, titulada *La infantil*, que tuvo bastante aceptación. Hacían obras escritas expresamente para aquellos actores.

Merece mención la titulada *Seis señoritas sin miriñaque*, letra de D. José de Araujo y música de D. José García.

Al año siguiente se derribó el teatro.

CIRCOS DE PRICE Y DEL PRÍNCIPE ALFONSO

1860.—El Signor Gaetano Ciniselli quiso hacer la competencia a *Price*, y trajo una compañía ecuestre y gimnástica italiana al antiguo y clásico *Circo de Paul*, de la calle del Barquillo, en la cual compañía figuraban la Mina Tampé, la

Buislay, la Emma Ciniselli, Franck Pastor, el español Winling, el indio Djalma, los hermanos Mariani, los clowns Buislay y Amoroso, y Verrek, competidor del célebre Leotard, inventor del difícil ejercicio conocido con el nombre de *Los tres trapecios*. Además, había cincuenta caballos.

Price, en su circo, no se quedó atrás, porque trajo a Hubert Meers, que también se decía competidor de Leotard; a Mr. Perelli, sobresaliente montando caballos a la *alta escuela;* el diablillo Julio Pérez, español, con sus notables y arriesgados ejercicios a caballo, en pelo; y los clowns Whittoyne, Secchi y Alfán, que consiguieron ser el ídolo de la gente menuda. A nuestro amigo Molberg le salió un competidor con Whittoyne, porque también tocaba el *xilocordeon*. Un español, Sebastián Martínez, ejecutó por primera vez *Los anillos volantes*, y Whittoyne entusiasmó a los aficionados imitando a Cúchares en *A parodia d'una tourada portugueza*.

El príncipe Muley-el-Abbas, que vino a Madrid con una embajada marroquí después de terminada la guerra que sostuvimos en Ceuta, asistió en Octubre al *Circo de Price*, para presenciar el beneficio de los hermanos Rizarelli, y salió muy complacido, habiéndole visto los concurrentes aplaudir con frecuencia. En el intermedio se le dió de refrescar.

1862.—En Junio trajo Price la novedad del enano irlandés Jonathan Jack, que trabajaba sobre un caballo, y además hacía ejercicios de clown. Fue célebre en Madrid.

1863.—Temiendo, y con razón, Mr. Price, la competencia, construyó un escenario para ejecutar pantomimas y dar más variedad a las funciones.

Como en Madrid, durante el verano, se carecía de espectáculos, pues los teatros estaban acondicionados para invierno, los circos ecuestres consiguieron atraer espectadores, más que por la índole de la diversión, por la agradable temperatura de que se disfrutaba en ellos. Así es que, primero Mr. Paul Laribeau en la plaza del Rey, más adelante en la calle del Barquillo, y luego Mr. Price en la calle de Recoletos, en un local

formado de tablas y cubierto de lona embreada, consiguieron atraer al público y ganar dinero. Esto sirvió de aliciente a D. Simón Rivas para construir un circo en el paseo de Recoletos, entre las calles de Doña Bárbara de Braganza y de Génova, poniendo en cuidado a Mr. Price, que, como sucesor de Paul, había monopolizado hasta entonces la explotación de este espectáculo. En Marzo de 1863 estaba casi terminado el edificio, y el día 31 fue a Palacio el propietario para rogar a la Reina que le permitiera dar al nuevo circo el nombre de alguno de los hijos de S. M. Accedió a ello muy gustosa doña Isabel, y hasta le indicó que el título de *Príncipe-Alfonso* era el que le parecía mejor; así es que el nuevo circo se inauguró el 7 de Abril, con el nombre que la Reina había designado.

Los primeros artistas que figuraron en el *Circo del Príncipe Alfonso* fueron Gaetano Ciniselli, director; Constanza Chiarini, amazona; Rosa Massotta, artista ecuestre, muy bella y de mucho mérito; el gimnasta Howard, la familia Rusell, el saltarín y equilibrista español Amoroso, y los clowns Buislay, Blondeau y Blaquet, con 50 caballos de diferentes razas.

He aquí el programa de la primera función: Maniobras ecuestres de amazonas, ejercicios *graciosos* a caballo por la señora Renz; Arabini, caballo en libertad, presentado por Ciniselli; intermedio por los clowns Amoroso y Buislay; paso estirio a caballo por la Srta. Clotilde y Winling (español); ejercicios por Aniceto (español); Victoria, yegua montada a la alta escuela por Ciniselli; equilibrios en el trapecio por Horward. Descanso de quince minutos. Saltos, por Gunerius. Juegos icarios por la familia Russell. Rosa Massotta, ejercicios sobre un caballo en pelo. Robroy, caballo montado a la alta escuela por la Srta. Charini, y gran batuda para final. Como se ve por este programa, el público era poco exigente.

Mucho gustó Rosa Massotta; pero en Junio vino a eclipsar la preponderancia que había adquirido, una nueva artista ecuestre, Mlle. Louise Louisset, que fue en adelante la predilecta del público.

Llamó poderosamente la atención el ejercicio de los tres trapecios, ejecutado por el famoso Mr. Leotard. «Sus saltos—decía un periódico—llevan el sello de la limpieza y la elegancia. La circunstancia de ser poco a propósito este circo para colocar a debida distancia los tres trapecios, impidiendo al gimnasta tomar el impulso necesario para el más difícil de sus saltos, desluce, en parte, el gran efecto de este brillante ejercicio; pero Leotard, venciendo estas dificultades, sabe arrancar a la concurrencia frenéticos aplausos todas las noches. Su esbelta figura le hace doblemente simpático.»

Durante la ejecución del ejercicio de *los tres trapecios*, tocaba la orquesta una tanda de valses de Walteufield, titulados *Aglae*, que se hicieron del dominio de las orquestas, bandas militares y ciegos guitarristas.

Después de Leotard se exhibió en este circo otra novedad, que durante cuatro días produjo excelente impresión en el público, y la hubiera causado durante más tiempo si un incidente imprevisto no hubiese obligado al *soi disant* artista a tomar las de Villadiego. Mr. Tolmaque se sentaba en medio de la pista, en una silla, a la cual le ataban de pies y manos los espectadores, de la manera que lo tenían por conveniente; se cubría después al sujeto con un velo por espacio de dos minutos, pasados los cuales aparecía completamente suelto con las cuerdas a sus pies sin haber sido cortadas. A la cuarta noche no se pudo desatar, y le dieron una grita que se oía en los jardines de Recoletos.

Luego vino un toro americano, domesticado, llamado *Don Juan*. Saltaba por aros empapelados, unos, y cubiertos de llamas, otros. La suerte que produjo más efecto fue la de levantar al toro en unas andas, habiéndole hecho poner las cuatro patas en un pedestal reducido, y pasearle alrededor de la pista sostenido por 20 mozos.

También obtuvieron buena acogida los clowns ingleses, Lawrence y Stolver, excéntricos musicales.

En Setiembre cayó del caballo, perdiendo el conocimiento,

Rosa Massotta; pero repuesta al poco rato, salió a saludar al público, que la dió un nutrido y cariñoso aplauso.

Para despedida de la temporada presentó D. Simón Rivas a la familia Sawyer, compuesta de varios individuos, hombres y mujeres, que tocaban piezas de música con 100 campanillas de diferentes tamaños.

Mr. Price no se retrasó en ofrecer novedades. Abrió el Circo en 9 de Mayo de 1863, y presentó dos elefantes amaestrados, *Delhi* y *Zara*, que atrajeron mucho público; y contrató a Mr. Blondin en 10.000 reales por función, según aseguraban los que se decían bien enterados.

Vea el lector lo que decimos de Blondin en el capítulo *Variedades*.

Sabiendo que Rivas había contratado a Leotard, trajo a Emilio Balaguer, *el mallorquín*, para hacer el ejercicio de los *tres trapecios*, que lo realizó siete días antes que el otro artista, y aunque nuestro compatriota salió airoso de su empeño, no consiguió eclipsar la fama del francés, no sólo por la seguridad de su trabajo, sino, como se ha dicho, por la elegancia de la ejecución.

En Agosto se estrenó el escenario con la pantomima *El bandido de las montañas de Calabria*, en dos actos y tres cuadros, en que había bailes, marchas, juegos de armas, y combates de infantería y caballería, terminando con el terrible salto a caballo del puente cortado, arriesgado ejercicio que aplaudíamos los muchachos desesperadamente.

El 21 de Agosto asistió una embajada tunecina que había venido a Madrid; aquella noche cayó del caballo el famoso Julio Pérez, y sufrió la dislocación de un pie, por lo que no pudo trabajar en el resto de la temporada.

Durante el verano de 1864 siguió la competencia iniciada en el año anterior entre los dos circos. Price restauró el local introduciendo algunas mejoras. Trajo tres leones de Nuvia, presentados por el domador Mr. George Newcomb, y contrató a Richard Conrad, un competidor. de Leotard en el ejercicio

de *los tres trapecios*. Horwad sufrió una caída trabajando en la *escalera* aérea, y estuvo privado de salir al público durante una larga temporada.

En el *Príncipe Alfonso*, los chinos Arr-Hee y Sam-Umg hacían, entre otras habilidades, la de colocarse uno de pie, arrimado a un tablero, con los brazos en cruz, y el otro, desde cierta distancia, arrojaba unos puñales que se iban clavando en la madera alrededor del cuerpo del primero. También se exhibieron en este local unos leones. Se los presentaba en una enorme jaula con ruedas, que salía a la pista por medio de rails. El domador era un negro; se acostaba entre ellos, se ponía en pie sobre uno, metía la cabeza dentro de la boca de éste, y los hacía saltar sirviéndoles su espalda de apoyo.

La María Kennebel (1) se pasó al *Circo del Príncipe Alfonso*, y esto produjo tanta expectación como una crisis ministerial.

Durante el verano de 1865, vino al *Circo del Príncipe Alfonso* Mr. Arbán, y dió una serie de conciertos, a los que concurría mucha gente, admirando la labor del maestro, que improvisó una buena orquesta en pocos días con profesores de segundo orden, pues los músicos del *Teatro Real* estaban en el de *Rossini*. Arbán no hacía programas clásicos, pero sí amenos, incluyendo, por ejemplo, la sinfonía de *Si j'etai roi*, de Adam; una fantasía de los *Hugonotes*; la polka *des Financiers*, suya, y la galop de *Lumbye*. Arbán era un gran concertista de cornetín; tocó unas variaciones que le valieron muchos aplausos.

Alternando con los conciertos siguió la compañía ecuestre y gimnástica, sin presentar grandes novedades, pues la Kennebel, la Elisa Massotta, Leotard y Julio Pérez eran ya como de la casa.

Habiendo vendido el terreno el dueño del solar donde estaba construído el *Circo de Price*, tuvo éste que ser derribado,

(1) Véase la década anterior.

y desapareció, por lo tanto, de los espectáculos públicos, hasta 1868, en cuyo mes de Mayo volvió a reanudar sus funciones en otro local, también construído con tablas y lienzo en el Paseo de Recoletos, en los jardines del antiguo palacio de la Duquesa de Medina de las Torrres, entre las calles del Almirante y Doña Barbara de Braganza. Pocas novedades ofreció aquel verano Mr. Price; artistas ya conocidos, Withoyne, Secchi y Alfano, y *los tres trapecios* por Conrad. Puso días de moda, que fueron los martes y viernes.

Tampoco presentó novedades el *Circo del Príncipe Alfonso*; *los tres trapecios*, por Mr. Julien, y una compañía japonesa. Como estaban tan juntos un circo de otro, se hacían una competencia terrible.

En afición a la buena música íbamos prosperando. Barbieri organizó, en Abril de 1866, una orquesta para dar varios conciertos en el *Circo del Príncipe Alfonso*, y consiguió que se ocupasen todas las localidades. Nos dió a conocer: *Obertura de la Exposición de Londres*, de Auber; *Panis Angelicus*, motete a voces solas, de Eslava; sinfonía en *la*, de Beethoven; *El Tyrol*, a voces solas, de Thomas; sinfonía de *L'etoile du Nord*, de Meyerbeer, y otras obras de buen gusto. La orquesta se colocaba en un tablado sobre la pista del circo. Los conciertos comenzaban a las dos de la tarde; se pusieron de moda, y acudíamos allí lo mejorcito de la capital.

En la primavera de 1867 repitió la suerte, tocando, entre otras piezas clásicas, la *Sinfonía pastoral*, de Beethoven, que produjo un entusiasmo delirante en el público. Y vaya en cuenta que éste no estaba preparado artísticamente para oirla, lo cual prueba las condiciones especiales de aquel gran compositor.

Actuó en el verano una compañía ecuestre y gimnástica, ofreciendo pocas novedades, y en la que figuraba como artista indispensable *la intrépida* Kennebel.

El año 1868 hubo lo mismo; conciertos de Barbieri en primavera, y la Kennebel en verano.

Derribado el bonito, espacioso y elegante *Circo del Príncipe Alfonso*, construído de hierro y ladrillo con todas las de la ley, no queda ya, para los que logramos conocerle, sino un vago recuerdo de su agradable aspecto, y como encarnación de aquellas funciones, la imagen de las dos personas que más nos impresionaron, cada una bajo distinto aspecto: el maestro Barbieri y la intrépida Kennebel.

LOS CAMPOS ELÍSEOS

Esperaba el público con impaciencia la inauguración de unos jardines de recreo que se estaban formando en las afueras de la Puerta de Alcalá, siguiendo la carretera de Aragón, pocos metros más arriba de la actual calle de Velázquez, cuando se anunció en periódicos y carteles que los citados jardines, con el pomposo nombre de *Campos Elíseos*, se iban a abrir el 18 de Junio de 1864. Así sucedió, en efecto, y los habitantes de Madrid, que no tenían otra diversión en verano más que los *Circos del Príncipe Alfonso* y de *Price*, allí acudieron, deseosos de entretener agradablemente las primeras horas de la noche y disfrutar de frescura. El sitio elegido era de grande extensión; sin embargo, carecía de los requisitos indispensables a todo jardín: flores, plantas y árboles, porque había sido formado en poco tiempo, y teníamos que esperar algunos años para que los árboles pudiesen tener ramas, y éstas las hojas necesarias a fin de que prestasen el servicio consiguiente en la temporada de verano; pero la situación del paraje estaba bien elegida, y allí se disfrutaba, durante las noches, de agradable temperatura.

Había un teatro, denominado de *Rossini* (1), grande, muy grande, decorado con sencillez, y no con mal gusto, en cuyo escenario se dieron representaciones de ópera, para lo que se

(1) En Mayo escribió la empresa a Rossini pidiéndole autorización para dar al teatro el nombre de este compositor, y contestó muy afectuoso accediendo a lo pedido y agradeciendo la deferencia.

contrató una compañía, compuesta, como principales, de los artistas siguientes:

Tiples: la Spezzia, la Tedesco y la Garelli. Contraltos: la Mora y la Llanes (discípula del Conservatorio). Tenores: Tamberlik, Mongini y Vidal. Barítono: Aldighieri. Bajos: Gassier y Vialetti.

Violín: Rafael Pérez. Violoncello: Casella. Arpa: la Roaldés y la Isabel Espeso. Flauta: Pedro Sarmiento. Corno inglés: Daniel Ortiz. Clarinete: Ficher. Fagot: Mellier. Maestros de coro: Mariano Vázquez y Luis Cepeda. Director de orquesta: Barbieri. Pintor: Francisco Pla.

La butaca, 26 reales; la entrada general, 2.

El teatro resultaba fresco y bien alumbrado; pero su forma rectangular impedía ver bien el escenario desde los laterales, y carecía de buenas condiciones acústicas. Las butacas eran cómodas, de rejilla. Se inauguró, como hemos dicho, el 18 de Junio de 1864, con el baile *Gisela o Las Wilis*, que hizo furor en tiempo de la Guy Stephan.

El 25 de Junio pusieron *Guillermo Tell* para la presentación de la compañía de ópera, con la Garelli, que se hizo aplaudir; la Carmelina Poch, que se distrajo con frecuencia; Mongini y Aldighieri, que estuvieron bien, y Vialetti, que cumplió perfectamente.

Luego hicieron *Ana Bolena*, de Donizetti, y *Otello*, de Rossini, que pasaron. El 13 de Agosto salió Tamberlick con *Poliuto*, que gustó mucho, teniendo que repetir el tenor el famoso *Credo*; pero aun así, quedó aquél disgustado hasta tal punto, que quería rescindir el contrato; gracias a Barbieri, se dejó convencer y desistió de su propósito, comprendiendo que el público de verano, y esto parece una contradicción, no tomaba las cosas con tanto calor como en invierno. Tamberlick cantó después *Otello* y estrenó *Fausto*, de Gounod, con éxito excelente. Vialetti interpretó de un modo notable la parte de *Mefistófeles*.

Era muy agradable el *Salón de conciertos*, en forma de tien-

da de campaña, colocándose a un lado la orquesta, compuesta de 70 profesores y 100 voces de ambos sexos. Tocaban la sinfonía de *La Gazza ladra* la obertura de *Freychütz*, la *Invitación al vals*, de Weber, Fantasía sobre motivos de zarzuelas, por la orquesta y una banda militar, y *Colonneen*, valses de Strauss. Barbieri, que dirigía los conciertos y las óperas, se acreditó de maestro.

Además había las diversiones y servicios siguientes:

Plaza para lidiar becerros, rodeada de una montaña rusa que hacía las delicias de los estudiantes y gente joven, deseosos de experimentar la emoción de la vertiginosa bajada.

Casa de baños, Tiro de pistola y de palomas, Sala de billar, Columpios, Balanza, Cosmorama, fonda, café y una ría con un vapor de ruedas y cinco falúas; por cierto que una de éstas, llena de señoritas, zozobró en el momento del embarque, y fueron todas al agua, incluso el marinero que la tripulaba, sin sufrir más que el susto y el remojón consiguientes, porque la ría quizá no tuviera una vara de profundidad.

Un periódico satírico, que si no recordamos mal se titulaba *El Mosquito*, dedicó a la ría el siguiente romance, atribuído a Manuel del Palacio:

Arroyuelo, que atrevido
te me subes a las barbas,
relleno de un jeringazo
de la noche a la mañana:
¿eres conato de río?
¿eres depósito de agua?
¿o espejo en que con el tiempo
se verán flores y plantas?
Esto la luna decía
cuando, al salvar la *Montaña* (1),
vió de los Campos Elíseos
la cristalina corbata;
y cuentan que a poco rato

(1) La *Montaña rusa*, en cuyo centro estaba la Plaza de toretes.

de escucharse sus palabras,
la *Plaza de los becerros*,
el *Tío vivo*, el *Cosmorama*,
el *Teatro*, los faroles,
y hasta la *Casa de vacas*,
dijeron a voz en grito,
que es como Aldighieri canta:
«El que ofende al arroyuelo,
también nos ofende y falta;
que sin él fuéramos todos
humo, viento, polvo, nada.
El durará mientras duren
las caritativas almas
de los que aquí le escupieron
de calor en hora aciaga,
y si a secarse algún día,
cual los árboles, llegara,
la empresa, que tantas vierte,
le llenará con sus lágrimas.»

La entrada a los jardines costaba 2 reales hasta las cinco de la tarde, y 4 desde esta hora en adelante. Había, en escaso número por cierto, ómnibus especiales desde la Puerta del Sol a los *Campos*, a real por asiento.

La fonda tenía gabinetes aislados, con el nombre de cada una de las provincias de España, para facilidad de encontrarse las personas que no podían concurrir juntas a la misma hora. En los primeros días, el servicio de la fonda y del café dejaba mucho que desear, pues a las diez de la noche ya no había más que limón y cerveza.

En una gran plaza, delante del teatro, hacían ejercicios gimnásticos aéreos los hermanos Rizarelli; tocaba piezas escogidas la banda del 5.° Regimiento de Artillería, dirigida por el músico mayor D. Carlos Grassi, y se quemaban fuegos artificiales por el pirotécnico Sr. Charles Rossi.

En la primavera de 1865 trajo la empresa un elefante que

hacía varias habilidades. Se le puso en la Plaza de Toros a luchar con dos de éstas fieras, sucesivamente, una de la ganadería de Bañuelos y otra de la de D.ª Gala Ortiz. El elefante no hizo más que defenderse y no quedó, por lo tanto, ni vencido ni victorioso. Procedía de Ceylán, y tenía por nombre *Pizarro*. Se le exhibía en la Plaza de toretes, donde llamaba la atención, entre otros ejercicios, la facilidad que tenía para descorchar botellas de vino y desocuparlas sin desperdiciar una gota. Cierta noche, no se sabe cómo, pudo desprenderse de la cadena que le sujetaba, y paseando libremente por el jardín llegó a la fonda, haciéndose dueño de las botellas que tenían dispuestas para los concurrentes. Una vez allí, creyó de su deber ejercitar la habilidad del descorchado que tanto se le aplaudía por el público, y se dió á beber botellas sin caer en la cuenta de los efectos que podía causarle el abuso y mezcla de diferentes vinos y licores; así es que el pobre elefante, perdiendo su calma y sosiego habituales, causó algunos destrozos en el jardín, rompió la verja de la puerta de entrada, salió a la carretera (hoy calle de Alcalá), se metió en una tahona que llamaban de San José, situada donde ahora está la calle de Velázquez, y sin ajuste ni convenio con el dueño de la tienda, se embaucó los panecillos que buenamente pudo apropiarse, hasta que el alboroto del vecindario y los transeúntes hizo venir al domador, logrando sujetarle.

En el verano de 1865 se abrió el teatro *Rossini* con una compañía de ópera, en que figuraban La-Grua, la Boschetti, la Gurulli, la Nantier Didier, la Mora, Tamberlick, Vicentelli, Palermi, Squarcia y Vialleti; las bailarinas Bonifanti y Braggi, y Gaztambide como director.

La Garulli tenía voz «tersa limpia, y argentina», y Tamberlick «había ganado en estilo y buen gusto lo que la edad robaba a sus extraordinarias facultades. Dejaba de ser un gran tenor, para convertirse en un gran cantante». La Laborde fue mal recibida del público, y se marchó al día siguiente; lo mismo sucedió con la Boschetti, a pesar de que era muy bo-

nita; salió con *Fausto*, habiendo anunciado la empresa que era *la reina de las Margaritas*; pero los espectadores no guardaron respeto alguno a S. M.

Cantaron, además del *Fausto, Il Profeta, Guillermo, Poliuto, Norma, La muta di Portici* y alguna otra.

Más aceptación que las óperas tuvieron los conciertos que, en el salón dedicado a ello, daba Joaquín Gaztambide. Tocaron, entre otras piezas: la obertura de *Giralda*, de Thomas; *Bueyes y carneros, cuadrille*, de Muzart; *Cu cu et cri cri*, polka del mismo autor; la obertura de *Le pardon* (romería) *de Ploermel*, y la de *La part do diable*.

Una noche de Mayo, cuando la gente salía de presenciar la representación de *Il Profeta*, se encontró sorprendida desagradablemente con el encierro de los toros, teniendo que correr por aquellos campos la señoritas, con sus miriñaques y pamelas, sin poder entrar en la población, pues las verjas de la Puerta de Alcalá se cerraban a la hora en que los toros venían a la plaza. Hubo los sustos consiguientes, caídas, rotura de vestidos y pérdida de objetos, por lo que se ordenó retrasar, para en adelante, la hora del encierro. Noches después, unos jóvenes bromistas hicieron sonar varios cencerros en la obscuridad del camino que traían los toros, y se reprodujo la escena, aunque en menor escala, pues percatado de la broma el público, lo hubieran pasado mal los guasones a no haber puesto pies en polvorosa.

Costaba trabajo que la gente se acostumbrase a los *Campos Elíseos*, por efecto de la distancia que los separaba de la población. Gaztambide los arrendó en el verano de 1867, estableciendo conciertos por una banda militar en la gran plaza que había delante del teatro, ascensiones de un globo Montgolfier, y fuegos artificiales. Destinó un sitio especial para bailes campestres con entrada aparte, a 2 reales billete, encargando de la dirección de la orquesta a Vilamala: trajo al teatro Rossini una compañía *mímico-veneciana*, dirigida por los hermanos Lorenzo y Antonio Chiarini, uno como *maschera dell'Arle-*

chino, y el otro como *maschera del Pierrot*. Hicieron, entre otras pantomimas, *Cin-Cin-Zich o El diablo verde*, *Un inglés en Italia o La flauta mágica*, y *Arlechino, médico homeopático e Pierrot aeronauta*. Como recurso extremo llamó a Barbieri para que diera una serie de conciertos en la tienda de campaña, de que ya hemos hablado. Acudía mucha gente y se pasaba muy bien el rato.

La compañía de ópera del teatro Rossini inauguró sus representaciones el año 1868, en 10 de Junio, con *Don Bucéfalo*, de Cagnoni, cuyo principal papel estuvo a cargo de Alexandro Bottero. Este era muy notable: imitaba distintas voces, y tenía mucha gracia.

Se suspendieron las funciones de ópera el 6 de Julio (1), y vino a reemplazarla una de declamación, compuesta de la Mercedes Buzón, la Roca, la Alonso y la Cirera, Cortés, González, Mela, Alverá y Vallés, con la primera bailarina Dolores Ruiz. Hicieron piececitas cómicas y bailes.

Al acaecer la Revolución de Setiembre de 1868, el público se iba ya cansando de los *Campos Elíseos*.

Toros.

La situación de la *Plaza de Toros*, que se hallaba próxima a la Puerta de Alcalá, no hacía indispensable el carruaje para asistir a la corrida; pero aun así, se utilizaban, hasta por vanidad, cuantos se hallaban disponibles, lo mismo la elegante carretela, que el simón de alquiler, el ómnibus o la clásica e histórica calesa, de la que iban quedando pocos ejemplares. La vuelta de la gente que había ido a la corrida, constituía por sí un espectáculo de gran animación, pues el ver las caras bonitas y el garbo saleroso de las aficionadas a toros, bien valía

(1) A pesar de lo corta que fue la temporada, se estrenaron *Crispino e la Comare*, de los hermanos Ricci, el 17 de Junio, e *Il birrajo di Preston*, de Luigi Ricci, el 2 de Julio; las dos óperas con éxito mediano.

la pena de estar un ratito de pie en las aceras de la calle de Alcalá.

Los toreros que figuraron en este último período de nuestras *Crónicas* son los siguientes:

Espadas: Regatero, Cayetano Sanz, Julián Casas (el Salamanquino), Domínguez, Cúchares, el Tato, Pepete, Mendívil, Gonzalo Mora, los Carmonas, el Gordito (desde 1864), la Santera, Bocanegra, Villaverde, Lagartijo (desde 1865), Jacinto Machío (desde 1866), Currito, o sea el hijo de Cúchares (desde 1867), y Salvador Sánchez (Frascuelo), que alternó como matador el mismo año en la Plaza de Madrid.

Banderilleros: Rico, Torres, Villaviciosa, Bocanegra, Lillo, Cuco, Antón, Caniqui, Pablito, Muñiz, Noteveas, Macando, Yust, Manolín, el Gordito, de 1861; Currito y Lagartijo, de 1863; Valdemoro, de 1864; Chicorro, José Gómez (el Gallito) y Armilla, de 1866.

Picadores: Muñoz, el Coriano, el Esterero, los dos Calderones, Marqueti, Charpa, Pinto, el Artillero, Arce, Juaneca, Hazaña, Uceta, el Naranjero, Trigo, Alani, de 1861; Juan Bedia (el Guantero), de 1863; Sacanelles, de 1864, y Agujetas, de 1868.

Para la temporada de primavera de 1860 se contrató a los espadas Francisco Arjona Guillén (Cúchares), Antonio Sánchez (el Tato) y José Rodríguez (Pepete), ofreciendo la empresa toros de las siguientes ganaderías:

De la tierra: Veragua, Martínez, Puente López (antes Aleas), Bañuelos, Ortiz, viuda de Paredes y Félix Gómez, cuyos toros hacía dos años que no se lidiaban en esta plaza.

De la Mancha: Salido y Maldonado.

Andaluces: Saltillo (antes Lesaca), Hidalgo, Barquero y Romero Valmaseda.

Los precios de las localidades de sombra eran en esta época los que a continuación se expresan:

Tendidos: Asientos sin numeración, 8 reales.—Contrabarreras, 10.—Barreras, 12.—Tabloncillos, 18.

Gradas: Delanteras, 18 reales.—Tabloncillos, 18.—Centros, 12.

Andanadas: Delanteras, 26 reales.—Tabloncillos, 22.—Centros, 14.

Palcos, con diez entradas, 240 reales.

En 7 de Mayo de 1860 se lidiaron toros de Cúchares, nuevos en esta plaza, y parece que no resultaron mal, aunque cumplieron mejor los de D. Vicente Martínez, de Colmenar Viejo. De los picadores, Pinto estuvo bien; Charpa, mediano; Hazaña y Martín, con desgracia, especialmente el último, que en una caída se vió poco menos que en las astas del toro, librándole de una cogida la serenidad de Cúchares. En esta corrida se lució el banderillero Muñiz, dando el salto al trascuerno, que ejecutaba maravillosamente, y que tanto gustaba al público. Cúchares estuvo, como siempre, a la altura de un maestro consumado, y el Tato recibió el cuarto toro en toda regla. En su segundo toro dió un susto a los espectadores, pues al meter la espada tropezó con el asta derecha del animal, y rodó por la arena sin hacerse daño alguno.

Por Setiembre de 1861 se hablaba del proyecto de establecer en una quinta de la calle de García de Paredes (Chamberí), perteneciente al marqués de Benemejís, una escuela de tauromaquia, con toros embolados, poniendo intermedios con baile, y un final con fuegos artificiales. No sabemos si llegó a realizarse el proyecto; pero seguramente hubiera ofrecido buen resultado.

En la corrida de 20 de Abril de 1862, el toro *Jocinero*, de Miura, derribó, al tomar un puyazo, al picador Antonio Calderón, y *Pepete* (José Rodríguez), que se hallaba hablando con unos espectadores, fue avisado por éstos del peligro; echó a correr hacia el grupo que formaban caballo, jinete y toro, en el momento en que éste salía en la dirección que llevaba el espada, a quien le cogió, dándole una tremenda cornada en el pecho, de la que falleció minutos después en la enfermería.

El famoso Carlos Albarrán (el Buñolero), que estaba en sus

últimos años encargado de abrir la puerta del toril, siendo, en Julio de 1860, dependiente de la plaza, fue volteado por un toro que saltó al callejón, y, aunque de la cogida no resultó herido, el pobre hombre salió con un brazo roto.

El 13 de Febrero de 1860 se dió una corrida a beneficio de los heridos de la guerra de Africa; presidió el príncipe Adalberto de Baviera; los toros eran de la ganadería de D. Justo Hernández, y los estoquearon el Regatero, Cayetano Sanz y Julián Casas.

Las moñas fueron regaladas por las duquesas de Abrantes, de Alba, de Fernán Núñez, de Medinaceli y de Tetuán.

Un toro, llamado *Baratero*, de la ganadería de Romero Balmaseda, y que dió mucho juego en la corrida del 21 de Octubre de 1866, fue disecado, y se le envió a la Exposición universal de París.

Las novilladas ofrecían novedades a los aficionados. En 1.° de Enero de 1861 hicieron la mojiganga *El doctor y el enfermo*. Se colocaba una cama delante de la puerta del toril, con un enfermo, asistido del facultativo y varios practicantes, que aguardaban sentados la embestida del embolado, teniendo todos que *salir por pies,* incluso el paciente, lo que producía la hilaridad, sobre todo de los concurrentes al tendido de sol. Al toro le *picaban* cuatro individuos, dos montados en burros y dos metidos en caballitos de mimbre; luego era banderilleado al natural, y este día le dió muerte con muleta y espada, subido sobre zancos, un tal Manuel López. Este rejoneó después, a caballo, otro embolado, y le dió muerte, como el anterior, subido en zancos.

Durante la lidia de estos embolados había en la plaza un columpio giratorio, con cestos en los extremos, dentro de los cuales se colocaban comparsas con capotes para llamar a las reses, sufriendo, entre las risotadas del público, el bamboleo consiguiente a la embestida.

1861. Febrero.—En una corrida de novillos, un embolado

fue rejoneado por una cuadrilla de indios (*de Lavapiés*), y muerto por medio de la *chispa fulminante*.

La corrida del 6 de Junio de 1868 la presidió, por última vez como Príncipe de Asturias, el que después fue Alfonso XII.

Días después, la Presidencia multó al Gordo por su falta de interés en procurar complacer al público, defecto de que solía adolecer, y despechado el diestro por el bochorno que sufría, parece que hizo a los de un tendido próximo ciertas demostraciones que produjeron el consiguiente alboroto. Desde entonces el Gordo tuvo pocas simpatías en la plaza de Madrid. Antes había sido muy querido del público, sobre todo como banderillero. En una de estas suertes estuvo tan acertado el 24 de Junio de 1861, que D. José Salamanca le arrojó al redondel un par de cigarros habanos envueltos en un billete de cincuenta duros.

Según la estadística publicada por el periódico taurino *La Fiesta Española* (dirigido por nuestro amigo Nicolás García Caballero), en la temporada de verano de 1868, los primeros espadas de la Plaza de Madrid mataron el número de toros siguientes: El Tato, 36; el Gordito, 28; Frascuelo, 30; Julián Casas, 5; el Regatero, 2; Gonzalo Mora, 2; Bocanegra, 2; Mariano Antón, 2; Cúchares, 3, y Curro Reyes, 3, que dan un total de 113 reses muertas. Para el revistero citado, el Tato dió 14 buenas estocadas, el Gordito, 12; Frascuelo, 4; Julián Casas, 2, y Gonzalo Mora, otras 2. Los demás no merecieron su aprobación.

La última corrida del reinado de Isabel II se dió el 6 de Setiembre de 1868, con seis toros de la ganadería de D. Francisco Taviel de Andrade, que había adoptado para sus reses la divisa encarnada y rosa. Trabajaron como espadas Antonio Sánchez el (Tato), que salió vestido de verde y oro; Manuel Fuentes (Bocanegra), de verde y plata, y Vicente García (Villaverde), azul y plata.

La corrida parece que fue mala. El Tato, retraído en los

quites de vara; bravo en los pases de muleta, aunque con poca soltura y aplomo; mal en las estocadas, porque dió dos golletazos, y bien en los lances de capa y galleo. Bocanegra, sereno y aplomado en la lidia, aunque inseguro en las estocadas. Villaverde hizo lo que pudo, teniendo en cuenta que estaba convaleciente de una herida recibida pocos meses antes.

Para el día 27 de aquel mes se anunció una corrida con el Tato, Bocanegra y Frascuelo, pero el estado de la atmósfera política no permitió que se celebrara.

La deficiencia que el lector habrá notado en las reseñas taurinas de estos apuntes obedece a que el cronista no es aficionado a toros. Sírvale esto de disculpa.

VARIEDADES

Un espectáculo público y gratuito que llevó mucha y variada concurrencia al patio del Buen Retiro, esto es, una gran explanada que existía delante del edificio donde hoy está el Museo de Artillería, fue la exposición de los trofeos militares cogidos al ejército marroquí en la guerra de 1859 a 1860. Estos trofeos consistían en varios cañones del siglo XVIII y principios del XIX, y la tienda de campaña que había utilizado Muley-el-Abbas, hermano del Sultán de Marruecos. En la plaza de San Marcial, delante del cuartel de San Gil, hoy derruído, también se exhibieron en aquellos días, Febrero y Marzo de 1860, cañones de la misma procedencia, entre los que se encontraba uno que había pertenecido al infortunado rey don Sebastián de Portugal.

La reina Isabel estuvo a ver los trofeos instalados en ambos sitios, y obtuvo una ovación entusiasta por parte del numeroso público que se hallaba presente.

1860. Marzo.—*Poliorama español*, Alcalá, 18 y 20. Vistas de la guerra de Africa.

1861.—*Cuadros mecánicos*, de D. Francisco Amat, calle del Arenal, núm. 11. Vistas con figuras de movimiento.

1861.—Alcalá, 17. Exhibición de un león de cristal hilado, de vara y media de largo, con otros objetos de la misma materia, fabricados por el Sr. Barbegelata. Entrada, un real.

1863. *Circo de Paul.*—Prestidigitador francés Mr. Peyres, que hizo juegos ya conocidos; pero con la novedad de trabajar teniendo los brazos desnudos.

1864.—*Ciclorama universal,* de Mr. Rossy. Paseo de Recoletos. Se trasladó poco tiempo después a la calle de Preciados, esquina al Postigo de San Martín.

1864. Abril.—Carrera de San Jerónimo, núm. 18, tienda. Exhibición de Mme. Glofullia, *la mujer con barbas,* que tenían 27 centímetros de largas. Fue un espectáculo raro, al que concurrió mucha gente. Presentaba al público una certificación del Dr. D. Pedro Mata, asegurando que aquella persona pertenecía al sexo femenino.

Notable fue la venida de Mr. Blondin, el célebre funámbulo que había atravesado por cima de las cataratas del Niágara andando sobre una cuerda sostenida de extremo a extremo. El 12 de Mayo de 1863 atravesó el estanque grande del Retiro, también sobre una cuerda, a una altura de 45 varas, llevando balancín, cosa que algún señorito, falto de sentido común, se atrevió a censurar. Pasó la cuerda con los ojos vendados, hizo equilibrios sobre una silla, y merendó, sentado en ella; dió un paseo subido en unos zancos y atravesó el trayecto, llevando sobre los hombros un robusto mocetón que era marinero vizcaíno.

La compañía del *Circo del Príncipe Alfonso*, dirigida por Ciniselli, dió algunas funciones ecuestres y acrobáticas los domingos por la tarde en la Plaza de Toros. Terminaban con la ascensión del clown Blondeau en un globo montgolfier llamado *El Aguila.*

En Agosto de 1863 subió en otro montgolfier una aeronauta muy conocida, Mme. Poitevin. Era de cuarenta años, alta, delgada, de modales finos y fisonomía agraciada: subió metida en un cesto de mimbre. Cayó el globo, el primer día de los

que subió, en la quinta de D. Luis Guilhou, junto a Chamartín, cuando estaba la señora de la casa de conversación en el jardín con la familia del Sr. Manzanares, en cuyo coche restituyeron a Madrid a la aeronauta, después de haberla obsequiado con pastas y te.

Exposiciones de fieras.—Hubo una en 1861, presentada por el domador César Maserini, en la calle de la Bolsa, al lado del edificio que da nombre a esta vía pública. Tenía, entre otros animales, un león del alto Egipto, una hiena asiática y la reina de las jirafas.

1863.—Quizá algún viejo se acuerde todavía de la colección de fieras que exhibió Mr. Bernabeau en un solar de la calle de la Alameda, núm. 1, frontero de la Platería de Martínez. No hubo en Madrid muchacho alguno que se quedara sin ver las fieras de Mr. Bernabeau. Tenía un elefante, más grande que los que en aquellos días trabajaban en el Circo de Price; tres tigres de Bengala, un oso negro, un león del Cabo de Buena Esperanza, otro del Atlas, un leopardo, chacales, serpientes y otros animales.

En el barracón, donde había estado una Exposición de pinturas, calle de Alcalá, solar del convento de las Vallecas, se exhibió (Marzo 1865) un ballenato, cogido en aguas de Guetaria (Guipúzcoa). Pesaba 250 arrobas y tenía 27 pies de longitud.

Nacimientos.—Desde 1860 funcionaban los *nacimientos* mecánicos de *Buenavista*, calle de Silva; del *Recreo*, calle de la Tahona de las Descalzas, esquina a la de Capellanes, y del *Olimpo*, en la Platería de Martínez, junto al Prado.

En 1867 aparecen el del teatro del *Numen*, en la calle de la Hiedra, y el de la *Infantil*, Flor Baja, núm. 1, donde la función se representaba por niños.

1866.—*La Nueva Infantil*, calle de Carretas, núm. 14. Quedó luego para teatro de tercer orden.

1867.—Hubo *nacimiento* en *Variedades* y en el *Teatro Máizquez*, calle de Tudescos, núm. 34.

Cafés-teatro.—Se pusieron de moda los llamados *cafés líricos*, porque se amenizaban con música. En Marzo de 1860 se inauguró el de *Capellanes*, y algún tiempo después, el de *Lope de Vega*, en el teatro del mismo nombre, como ya se ha dicho. Se instaló otro en la calle del Caballero de Gracia y se reformó el de *El Iris*, en la Carrera de San Jerónimo, donde después se construyó el *Crédito Lyonés*.

1867. —Se convirtió el salón de baile de *Capellanes* en café-teatro, construyendo un escenario bastante reducido, a la izquierda de la puerta de entrada, y colocando las mesas para el servicio de los concurrentes en las galerías que rodean el salón. En el centro de éste había cuatro columnas que sostenían la techumbre y entorpecían la vista del escenario. El consumo en el café daba opción a un billete del teatro; por más que se podía asistir a las funciones dramáticas abonando un real. Entonces se estableció el mismo sistema en el teatro-café del *Recreo*, calle de la Flor Baja, donde hoy se halla construída la iglesia de los PP. de la Compañía de Jesús.

En el *Recreo* funcionaba una compañía que casi podríamos calificar de aficionados; pero que al andar del tiempo, consiguieron tener una reputación. Pepe Vallés, discípulo e imitador de Romea; Antonio Riquelme, Juan José Luján y la Juanita González.

El teatro-café de *Capellanes* cambió de nombre en Febrero de 1868, y se tituló de *Alarcón*, quedando el café completamente independiente del teatro. Entró de director de la compañía Pepe Banovio.

El ejemplo de *Capellanes* animó a la empresa del salón de *Paul*, y contrató una compañía barata, haciendo, como es natural, piezas dramáticas y zarzuelas en un acto, con su correspondiente cuerpo coreográfico, en que figuraban como primeras bailarinas las hermanas Fernández. Se hacían obras de repertorio, pero estrenaron algunas, y entre otras, llamó mucho la atención la titulada *Café-teatro y restaurant cantante*, letra de Emilio Alvarez y música de Oudrid. «La acción de este paso—

decía el cartel—pasa en una pieza de paso y en un quinto piso de la calle de la Pasa.» Se escribió para Carratalá, tenor cómico de la compañía. El local resultaba fresco: las butacas eran de hierro, de igual clase que las utilizadas en los paseos públicos actualmente.

Salón del Conservatorio.—1860. Abril.—Función a beneficio de los heridos en la guerra de Africa. Hicieron *A Madrid me vuelvo*, por la Berrobianco (primer premio de aquella escuela en 1858), Cristina Lecea, Julián Romea (profesor y antiguo alumno), Arjona (profesor), Florencio Romea (alumno que había sido), Pizarroso (profesor honorario), Alfredo Maza y Félix Corrales (alumnos). Después un himno a la guerra, letra de Vega, música de Eslava, cantado por la Srta. Toda y los alumnos del Conservatorio.

En otra función, verificada con el mismo objeto benéfico, hizo juegos de prestidigitación el famoso Mr. Hermann, y Molberg, a quien ya conoce el lector, tocó su también famoso *xilocordeón*.

Noviembre 1863.—En este salón dió un concierto Mr. White, joven violinista que tocó una fantasía sobre motivos de *Nabuco*, y otra de *Trovatore*.

Este año quisieron Gaztambide y Barbieri dar aquí una serie de *conciertos clásicos*, poniendo a 40 reales la butaca, y después de anunciado en la Prensa, por no haber podido avenirse con los profesores de orquesta, tuvieron que desistir de su propósito.

1864.—Don Antonio Romero había introducido una modificación en el clarinete, y el 25 de Setiembre convocó a los aficionados, en el Salón del Conservatorio, a fin de que examinasen detenidamente la reforma del instrumento. Acudió mucha gente, y mereció la aprobación de todos el nuevo clarinete.

Diciembre.—Concierto de órgano expresivo por el profesor Louis Engel. Resultó algo monótono.

1865.—Se constituyó una *Sociedad artístico-musical de socorros mutuos*, que daba algunos conciertos en este local, du-

rante los meses de Marzo y Abril, al precio de 40 reales billete. Para que se forme idea de las obras que tocaban, enunciaremos las siguientes, sacadas del programa de una de las sesiones: *Obertura del Conde Egmont*, de Beethoven; Motete del siglo XVI, de Morales; Villancico asturiano del siglo XVII, de Veana; Marcha fúnebre, de Monasterio; *Allegreto scherzando* de la sinfonía en *fa,* de Beethoven, y Sinfonía de *Struensée,* de Meyeerber.

1866. Noviembre.—Sociedad de Cuartetos. Dieron seis conciertos Monasterio, Castellano, Pérez y Pla, acompañados al piano por Dámaso Zabalza. Tocaban obras de Haydn, Mozart, Beethoven y demás autores clásicos. Estos conciertos tuvieron aceptación, y la Sociedad siguió funcionando durante muchos años.

Jardín de Apolo.—Barbieri era activo, emprendedor, entusiasta por la música. Satisfecho del buen resultado que le había ofrecido la idea de los conciertos del *Circo del Príncipe Alfonso*, inauguró, en el mes de Julio de 1866, otra serie en el antiguo *Jardín de Pric* , teniendo que vencer la repugnancia que parte del público, sobre todo las señoras, tenía para concurrir a un paraje que había servido de baile campestre. Su buena suerte y las simpatías de que Barbieri gozaba en Madrid lo consiguieron todo, y desde el primer día, es decir, desde la primera noche, se vieron los conciertos favorecidos por lo más aristocrático, elegante, selecto y distinguido del mujerío de esta corte, que se deleitaba oyendo *Las alegres comadres de Winsor*, de Nicolai; la obertura de *Le roman d'Elvire*, la de *La muta di Portici*; trozos de sinfonías de Beethoven; un precioso duo de arpas por la Teresa Roaldés y su discípula Isabelita Espeso; la redowa *Fleur de Bruyêre*, de Ketterer, y otras piezas no menos agradables. Dió 20 conciertos.

Carreras de caballos.—El decidido empeño de las dos aristocracias, la de la sangre y la del dinero, iban, aunque laboriosamente, consiguiendo establecer la costumbre de celebrar carreras de caballos en primavera y otoño.

Por el mes de Febrero de 1860, muchos aficionados acudieron a la calle de la Magdalena, núm. 12, establecimiento de caballos a pupilo, a ver uno que habían traído al Marqués de Salamanca. Tenía el caballo 12 dedos sobre la marca, cinco años, bellas formas y perfectos aplomos, y fue el tema de la conversación de la gente de sport durante muchos días.

Las carreras de caballos verificadas en Octubre de 1860 estuvieron muy desanimadas. Concurrieron los Duques de Osuna y de Sesto y el Marqués de Alcañices, retirándose el Duque de Fernán-Núñez y D. Jose Salamanca antes de comenzar la carrera, por enfermedad de los animales que presentaban.

1861. Mayo.—Ganaron los premios: *Duchese* y *Lovely*, del Duque de Fernán-Núñez; *Neva* y *Elena*, del Duque de Osuna. La yegua *Elena* dió la carrera más veloz que se había conocido, pues tardó cinco minutos y medio segundo en recorrer las 4.500 varas que tenía el Hipódromo de la Casa de Campo. Para disputar una copa de oro, ofrecida por la Duquesa de Medinaceli, se dió una carrera extraordinaria, en que montaron, vestidos de *jockey*, sus propios caballos, el Marqués de Sardoal (hijo del Duque de Abrantes), D. Fernando Ezpeleta y el Conde de Castellá (hijo del Duque de Bibona). Ganó Sardoal, futuro Alcalde de Madrid.

La Condesa de Scláfani improvisó un segundo premio para los que habían sido vencidos en la carrera anterior; pero dando solamente una vuelta, que comprendía 1.500 varas, pues la carrera a que nos hemos referido fue de dos vueltas, o sea, 3.000 varas. Ganó Ezpeleta. En las carreras generales se habían presentado caballos de los Marqueses de Alcañices y de Villamejor, de los Duques de Sesto y de Frías, y de D. Santiago Tailby. Salamanca se tuvo que retirar, por enfermedad repentina de los caballos que había traído para tomar parte en las carreras.

Por entonces escribía, en el *Museo Universal*, unas revistas de esta fiesta hípica, con el epígrafe de *Examen crítico de las carreras de caballos*, D. Nicolás Casas de Mendoza.

1863. Noviembre.—Presentaron caballos el Duque de Osuna, el Marqués de Alcañices, D. Alfonso Vignolles, el Duque de Fernan-Núñez, el de Frías, D. José Salamanca, el Duque de Sesto, D. Andrés Granada, D. Pedro Ibáñez, D. José Hidalgo, D. Diego Martínez y D. Martín López. Obtuvieron premio: *Vad-Ras*, de Osuna; *Si*, de Alcañices; *Buckingan*, de Vignolles. Se declaró nula una carrera por haberse rozado un jinete con otro, y, repetida la prueba, ganó la yegua *Samsa*, de Osuna.

La poca variedad que para los no aficionados ofrecen las reseñas de las carreras de caballos, nos hace renunciar a nuestro propósito, sirviendo de muestra las noticias que presentamos, para dar idea del concepto de este espectáculo público en el cuarto período de las *Crónicas* que presentamos al lector.

Las carreras se efectuaban, como hemos dicho, en el Hipódromo de la Casa de Campo, entrando por la puerta llamada de Castilla.

Circo de gallos.—Aparece funcionando en 1861 en la calle de Recoletos, casi frente al *Circo de Price*, y próximamente en el sitio que hoy ocupa la calle de Villalar. Los palcos costaban 20 reales; las butacas, 6, y la entrada general, 2.

En 1866 se estableció otro *Circo de gallos* en las afueras de la Puerta de Santa Bárbara, haciéndole al primero la competencia; pero los dos siguieron funcionando hasta la fecha de la terminación de estas *Crónicas*.

Juego de pelota del Ariel.—Paseo de la Castellana, cerca de la calle de Fernando el Santo. Figura el anuncio desde 1861 a 1868.

Polvoristas.—En 1861 aparece como polvorista Manuel Frías (el Madrileño). Este mismo año se dió una función pirotécnica en la Plaza de Toros, por los ya conocidos Minguet y Llorens, exponiendo *plantones de rotación horizontal y vertical*, una gran fachada de 60 pies de extensión con tres galerías construídas a todo fuego, y un final sorprendente de *volcanes*, *carcasas*, *cuerdas de tiros*, *explosiones*, *ramillete de volantes* y

una gran *bengala* que iluminó toda la plaza. La función comenzó al anochecer, duró una hora, y la entrada general costaba 2 reales.

Liceo Piquer.—El escultor Piquer, que se complacía en proporcionar horas de agradable entretenimiento a sus amigos, construyó un teatrito en su propia casa, calle de Leganitos, números 30 y 32, y una o dos veces al mes daba funciones, que resultaban muy agradables, y a las que procurábamos concurrir los muchachos de la época. Allí se estrenó, en Enero de 1863, la linda comedia en un acto, de Joaquina García Balmaseda, *Genio y figura*, en la que la autora representó el principal papel.

Ricardo Vega, hijo de D. Ventura, interpretó concienzudamente la comedia de su padre, *El hombre de mundo*, acompañado de Clotilde Lombía.

Ignacio Ovejero tocaba el órgano expresivo; su hermano Pepito, el arpa; Compta y Dámaso Zavalza, el piano; cantaban las Srtas. Elisa y Carmen Güell; recitaban poesías María del Pilar Sinués, Bernardo López García, Picón, Marco, Grilo, Santisteban, el malogrado Arturo Santibáñez y nuestro querido amigo Castillo y Soriano, al presente segundo jefe de la Biblioteca Nacional, sin olvidar a Manuel del Palacio, cuyos discursos, disparatados a propio intento, hacían desternillarse de risa a los concurrentes.

CARLOS CAMBRONERO

(*Continuará.*)

LA CATEDRAL DE GRANADA Y DIEGO DE SILOE

Siempre se consideró la catedral de Granada como incomparable creación de la arquitectura religiosa. Diego de Mendoza, el poeta y humanista, entonces embajador de Carlos V en Venecia, en Roma y en el Concilio de Trento, la llama, en su *Guerra de Granada,* el más suntuoso templo después de San Pedro en Roma. Y, sin embargo, la conoció en circunstancias desfavorables, pues en la fecha en que vivió (murió en 1575), sólo estaba acabada la parte oriental. Las dimensiones corresponden a los templos de primer orden: el interior tiene 116 por 67,25; el altar mayor, 45 metros de alto por 22 de diámetro. Cuando los puristas de finales del siglo XVI se rebelaron contra el estilo mezclado pretérito, la actualidad les miró con ojos favorables. FERGUSSON la tiene por una de las más hermosas iglesias de Europa, especialmente a causa de su planta característica. Su plan contiene disposiciones que no sólo eran nuevas, sino que mejoraban todo lo hasta entonces conocido; «podía llegar a ser una iglesia que correspondiera mejor que otra alguna a la solemne pompa del culto católico». Su interior parece a los aficionados de nuestros tiempos un «Himno a la Iglesia triunfante».

Rara vez vemos fotografías de este templo; en la gran obra nacional de *Monumentos arquitectónicos*, en vano se busca

una fotografía suya. El viajero en Granada no suele ocuparse de otra cosa que de la Alhambra. Sin embargo, las investigaciones locales nos han proporcionado numerosos e importantes datos de los archivos de la ciudad, que arrojan nueva luz sobre su historia (1).

La iglesia metropolitana de Granada es el primer edificio religioso de España en el nuevo estilo aportado de Italia en 1500. Como inventor de los planos y arquitecto director aparece el que construyó y terminó su parte principal: Diego de Siloe. Esta opinión apoyábase en la tradición y en una inscripción en la piedra sepulcral de su primera mujer, Anna de Santotis (1340), en otro tiempo, en el antiguo Sagrario, donde se dice de ella: «*Por cuya industria se principió esta iglesia* el 15 de Mayo de 1529.»

Diego de Siloe

era hijo de Gil de Siloe, el último arquitecto gótico de Burgos, conocido por el altar mayor y el sepulcro de los padres de Isabel la Católica, en la Cartuja de Miraflores. Nada sabemos de su educación artística, aunque parece ser que estuvo en Italia y tuvo íntimo trato con Bartolomé Ordóñez.

De los trabajos de Diego en Burgos, el más conocido es la magnífica escalera de la catedral, la *escalera dorada*, que conduce desde la puerta del Norte (la iglesia está apoyada en una colina) a los pies de la iglesia. Es una escalera doble, compuesta de un tronco y cuatro brazos, y de trece escalones. Por el mismo tiempo (1519) ejecutó el altar de Santa Ana y el sepulcro del Obispo Acuña en la capilla de la Concepción; como el contrato prescribía: *a lo romano*. Las figuras representando las virtudes, de los medallones, son de estilo florentino.

Esto es todo lo que se sabe de los comienzos de Siloe en su patria. Se ve que las personas más importantes, por cierto a

(1) MANUEL MORENO: *Guía de Granada*. Granada, 1892.

consecuencia de su comercio con Roma, estaban enamoradas del arte italiano, y el hijo de Gil de Siloe fue uno de los primeros españoles que se dedicó al estudio del nuevo estilo. Diez años más tarde le hallamos en posesión de la fama de primer arquitecto español; prestigio que conservó hasta el comedio del siglo, en lo que convienen los escritores y los especialistas. Cuando, en 1539, se vino abajo la cúpula de la iglesia de Burgos y se reunió el cabildo para deliberar sobre su reconstrucción, un arquitecto de Lerma, Bartolomé Pieredonda, que se hallaba allí a la sazón, por casualidad, dirigio un escrito a los canónigos, en el cual aseguraba haber descubierto un método mejor de construcción, y proponía someter a un congreso de los primeros arquitectos del reino su plan. Pero los más expertos y acreditados de aquel tiempo en el arte de *cantería e xumetría* eran cuatro: Diego de Siloe, Maestre Felipe, Rodrigo Gil y Juan de Regines. El maestro Philipp es el borgoñón Vigarne de Langres, que se instaló todo lo más tarde, en Burgos, en 1498, y que debió tomar parte en el plano de la nueva cúpula. El llamado en cuarto lugar fue Juan Gil de Hontañón, de Regines, que planeó la nueva catedral de Salamanca; el tercero, su hijo Rodrigo Gil de Hontañón, constructor de ésta, así como de la catedral de Segovia, la última gran empresa española en estilo ojival.

Este juicio de los técnicos le confirman los autores. El portugués FRANCISCO DE HOLANDA, amigo y admirador de Miguel Angel, le incluye en su lista de corifeos del arte, de las Aguilas, como el decía, especialmente como ornamentista.

El orfebre Juan de Arphe indica a éste (1585) y a Covarrubias como los porta estandartes del estilo de Bramante y compañeros en España. Y el P. Sigüenza, el historiador del Escorial, dice: «Fue el primero que, por su buen gusto, quiso restaurar la nobleza del arte, si bien pecó por recargar la parte ornamental, por no estar penetrado de la perfección y buenos modelos de la antigüedad. Al principio de nuestro siglo, ISIDORO BOSARTE le llamó el más grande talento artístico

que Burgos produjo, si bien sólo adquirió su celebridad en su segunda patria, Granada.

En el año de 1525, Diego de Siloe se trasladó a Granada. Sin embargo, la causa de su llamamiento no fue la catedral. El 2 de Diciembre de 1515 murió en Loja Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitán; había elegido para última morada la Iglesia de San Jerónimo. Ya, en 1494, Isabel había fundado un convento al lado de la iglesia de los Jerónimos; pero hasta 1519 no se puso la primera piedra de la iglesia en el sitio que hoy está, y en 1523, la viuda de Gonzalo, Duquesa de Terranova, dió los pasos necesarios para asegurar el edificio en favor de su proyecto. En reciprocidad se comprometió a pagar los gastos de terminación del edificio; tratábase del coro, en la parte oriental, de la nave y de la capilla del altar, en cuyo centro se había de instalar la tumba.

En España entonces se adornaban estas obras de coros, sacristías y capillas mortuorias profusamente, con innumerables figuras de plástica rica y sin límites. En San Jerónimo se acordó substituir la pintura, bastante mala por cierto, por estatuas y relieves. En Italia, hasta donde había llegado la escuela de los escultores españoles, se tenía tal profusión de esculturas por mal gusto. La iglesia de los Doria, San Matteo, en Génova (1543), en comparación resulta cosa sencillísima. Por consiguiente, se necesitaba no sólo un arquitecto, sino un escultor de mucha inventiva, y fue una suerte encontrar al único hombre que reuniera estas condiciones: Diego de Siloe. Era hijo de un escultor; el contrato para la escalera de Burgos le llama aún *Imaginario*. Este trabajo debía retenerle durante muchos años en la ciudad, circunstancia que tuvo importantes consecuencias para la renovación artística de ésta.

Principios de la catedral.

La opinión corriente hasta aquí de que el nombramiento de Siloe para Maestro mayor de la catedral en el año 1529, señala

el comienzo de la historia de este edificio, ha ido cayendo cada vez más, hasta demostrarse como inexacta. Ya se sabe que la determinación de construir un nuevo edificio, el bosquejo de los planos, se remonta a la primera década del siglo. Para la comprensión de la actual iglesia, es de importancia el saber que su primera idea nació en los días en que aún dominaba el estilo gótico, y que su plan nació en el cerebro de un gótico.

Dos noticias muy decisivas en este asunto corrían impresas desde hace tiempo, aunque no habían sido estimadas. El embajador veneciano cerca del emperador Carlos V, durante su residencia en Granada, Andrea Navagero, en su diario de viaje, que dirigía en forma epistolar a su hermano, hablaba ya, en 31 de Mayo de 1526, de una iglesia principal en construcción. *La Chiesa maggiore, che si fabbrica, sará vicina a questa capella (Reale).* Y un testigo ocular, LUIS DEL MARMOL, en su *Historia de la rebelión*, señala, en el 25 de Marzo de 1523, la fecha en que se puso la primera piedra.

Pero ya antes se habían celebrado consejos y se habían hecho preparativos. Empezaron con la determinación de la reina Isabel de trasladar la capilla real mortuoria, entonces en Toledo, en la iglesia de franciscanos de San Juan de los Reyes, construída por el arquitecto Guas de Bruselas, a Granada. Entonces (1504) cuando poco antes de su muerte mandó edificar (de ello habla en su testamento) la gran Capilla Real, en la parte oriental de la mezquita, por aquel tiempo erigida provisionalmente en catedral, pensó también en reemplazar este edificio morisco, demasiado estrecho para iglesia metropolitana, por una nueva iglesia en la parte del Norte. Esta nueva iglesia debía correr pareja con los templos de Toledo y Burgos.

A la muerte de la esforzada princesa fue provisionalmente habilitada como capilla real mortuoria la Capilla Real (1506 a 1517), pues los trabajos de la catedral iban muy despacio. Parece ser que se vaciló mucho tiempo entre el suntuoso plan del rey Fernando y otro más modesto. El arzobispo se deci-

dió por éste a la muerte del rey Fernando, quizá porque supuso que el otro exigiría largo tiempo para su ejecución.

Una carta del rey al Adelantado de Granada, Conde de Tendilla del año 1509, confirma el proyecto real del Occidente, no fue otro que el que por fin se realizó.

Hasta doce años más tarde, en 1521, no se tomó resolución definitiva. El 8 de Marzo, el cabildo nombró de su seno una comisión de edificios; envió (el 26 de Abril) a Rodrigo Hernández, maestro mayor de las iglesias del nuevo arzobispado, al Adelantado cardenal Adrián de Utrecht, e invitó a los arquitectos de Toledo y Salamanca, Enrique de Egas y Juan Gil de Ontañón, a que se trasladasen allí. De la llegada del último nada se sabe; pero Egas tomó en seguida la dirección de las obras. Apareció cuatro veces, en 1521, 1524, 1527 y 1528 en Granada, estando en esta ciudad cada vez cosa de un mes, y en la segunda visita (24 de Mayo de 1524), se le llama ya *Maestro maior del edificio desta santa Iglesia de Granada*. En 1522 fue encargado el canónico obrero Gaspar de Fuente, de la tasación y compra de casas y de la adquisición de materiales. A esto siguió la colocación de la primera piedra por el obispo de Alesio, Fr. Fernando de Rojas. En Abril de 1527 se acarrearon grandes masas de piedra de construcción, y Egas suministró los modelos y los planos.

Mas después surgió repentina interrupción. El pintor Pedro Vázquez fue llamado a informar sobre una tasación; el 15 de Mayo de 1528 se suspendieron los trabajos en piedra; Egas, que emprende un viaje en Abril, no regresa. No tenemos ninguna indicación acerca de los motivos de esta desaparición; pero el mismo año aparece en su puesto Diego de Siloe, el arquitecto de San Jerónimo. El 20 de Octubre empieza un gran modelo en madera, en el cual le ayudan tres *ensambladores* franceses, y un *entallador* español.

Su elección y su modelo implican, sin embargo, contradicción. No era de extrañar que los amantes de lo antiguo se indignasen. Quizá fueran los capellanes de la Capilla Real los

que alegasen que el nuevo estilo de su iglesia iba a recibir perjuicio, es decir, que el orden corintio de Siloe estaba en desarmonía con los monumentos funerarios terminados por él once años antes. Quejáronse al emperador. Este, aunque tres años antes había empezado en la Alhambra un palacio al estilo italiano del Renacimiento, expidió ahora una cédula indicando al capítulo «que no hicieran la obra de la catedral *al romano*». Pero el propio arquitecto fué a la corte y trató el asunto (21 de Enero de 1529), con tal maña que pudo empezarse la obra según sus planos.

De estos acontecimientos se infiere con toda verosimilitud cuál fuera el motivo del relevo del primer arquitecto. Parece ser que su lugar de residencia era en la lejana Castilla, lo que daría lugar a no pocos embarazos. Sin embargo, los arquitectos de entonces emprenden a un mismo tiempo obras en lugares apartados. Pero el motivo decisivo debió ser la impresión que causaron los planos de Siloe para San Jerónimo, que tenían todo el encanto de la novedad y de la elegancia de formas. Por consiguiente, sin la circunstancia de su presencia en la ciudad, Granada hubiera construído una catedral gótica a imitación de las de Salamanca (1513) y Segovia (1525).

Difícil es contestar a la pregunta de en qué estado de las obras se cambió de maestro director. Pues lo que ya existía hecho tenía necesariamente que poner límites a la fantasía del nuevo maestro, y las consecuencias no le podían ser imputables. Si bien en aquellos cinco años, a partir de la colocación de la primera piedra, se trabajó muy despacio y con grandes interrupciones, sin embargo, los cimientos de la parte oriental no podían ser ya levantados. A nadie se le ocurrió ciertatamente introducir modificaciones en el plano, a pesar de haberse discutido casi durante veinte años; tampoco exigían las novedades ansiadas nuevas disposiciones de espacio, sino que eran solamente formas de expresión.

Llegamos ahora al punto crítico que exclarece la prehistoria recientemente descubierta de la catedral, a saber: que el

autcr primitivo de los planos y proyectos, no fue Siloe, sino su predecesor, Enrique de Egas, cuyo nombre no aparece en nuestra historia hasta el año 1521. Pero sabemos que había edificado en los años de 1506 a 1517 la antigua Capilla Real; ¿a quién otro podía encomendarse el primer bosquejo de la catedral? También el Real Hospital, fundado en 1504, era obra suya.

Una ojeada sobre el plano nos cerciora de que se había conservado al Oriente otro plano más antiguo que el de Siloe. Muestra la disposición de una catedral gótica del siglo XIII. Pero, aún hay más: este plano es, en su mayor parte, una copia del antiguo de 1227 de la catedral de Toledo, en la cual, Enrique de Egas estuvo empleado de 1495 a 1534, como maestro mayor. Corresponden con él: la quíntuple nave, cuyas cuarta y quinta galerías continúan en la rotonda; el rosario de capillas con sus alternancias de capillas poligonales anchas y estrechas; el crucero comprendido en la línea del muro exterior. La distribución de otras partes se ha alterado.

La rotonda.

Las anteriores indicaciones acerca de la semejanza del primer plano con el de Toledo no satisfacen, sin embargo, en un punto. En efecto; mientras la tangente de la nave central se continúa al otro lado del arco de triunfo en la misma dirección de los pilares del altar mayor, aquí toma una dirección hacia fuera; el altar mayor, en vez de ser, como el de Toledo, en forma ochavada, tiene aquí forma decagonal. El decágono debía terminar por arriba en la bóveda; mas por abajo, tres de sus lados desaparecen por el arco triunfal.

Sin embargo, este decágono incompleto debía dar la impresión de una rotonda. La terminación del decágono en forma redondeada y su vivificación por medio de arcos figurados fue obra de Siloe. La rotonda está dividida en dos pisos. El infe-

rior está formado por columnas corintias empotradas, que son continuación de los pilares de la nave y que forman entre todas doce, contando las agrupadas bajo el arco triunfal. Estas columnas sirven de unión a siete arcadas que se abren al claustro, y sobre las cuales queda aún espacio para siete tribunas alargadas, que primeramente estaban destinadas para nichos mortuorios y después fueron adornadas con pinturas representando a los doctores de la Iglesia. Este piso inferior está coronado de un friso con grotescos.

En el superior, en que se repite el orden corintio, hay, bajo las vidrieras arqueadas, nichos en forma de retablos, para los cuales pintó Alonso Cano sus siete grandes cuadros de los *Gozos de María*. Encima, la bóveda de la cúpula, con ventanales también en forma de arcos.

Ambas series de ventanales arrojan sobre el recinto y sobre los cuadros de Alonso Cano un torrente de luz, apagado, sin embargo, por la vidriera coloreada del siglo XVI. La serie inferior es de Teodoro de Holland, de Flandes; las de arriba están hechas por Juan del Campo sobre dibujos de Siloe.

Muy importante y muy pictórica es la vista exterior de esta parte oriental mirada desde el Albaicín, desde donde aparece como el edificio más alto de aquel mar de casas de la vieja ciudad morisca. En este triple anillo de capillas, claustro y cúpula, acorazado de una triple hilera de pilares, coronado de la decagonal pirámide con dobles linternas, la superposición de las ligeras y aéreas formas del *chevet* nórdico-francés, sobre las macizas y pesadas del estilo de transición, hace el mejor efecto como sello de inconmovible firmeza.

Ahora bien, esta rotonda presta a la catedral su peculiar y, por decirlo así, personal fisonomía. La distribución material y la construcción tiene también una significación litúrgica. Afirma un lugar sobresaliente en la serie de ensayos de enlazar elementos de forma central con el plan basilical, problema que ocupó a la arquitectura religiosa durante toda la Edad Media, más en el Sur que en el Norte.

De la serie de catedrales de estilo francés, a la cual pertenecería por el plano, destácase con su capilla del altar mayor, que no es ya sólo, como en los primeros tiempos cristianos, una continuación de la nave, sino una terminación redondeada. Se ha desarrollado dentro de la iglesia como un templo nuevo y aparte. Su unión con la parte occidental por el arco triunfal produce el efecto de una poderosa puerta que abre espacios inesperados.

Con esto no se obviaba un inconveniente. Es verdad que el servicio divino era visible desde la nave, pero la perspectiva sufría una interrupción. La parte del Oeste era sacrificada. Sin embargo, la fantasía suplía la parte oculta a la vista, y rodeaba a la vez la capilla del encanto del secreto. Pero desde el ancho claustro y por sus siete arcos descubríase toda la rotonda al visitante; y entonces nació la idea de un santuario, un templete de expresión particularmente solemne. Dejaba a la vez gran espacio para el coro, el cual se encontraba allí en los primeros tiempos, y sólo posteriormente fue trasladado, según la costumbre dominante, a la nave.

¿Fue este notable plan invención del primer arquitecto, del arquitecto gótico Egas, o es, como generalmente se supone, propiedad de Siloe, esto es, una variación introducida en el primer proyecto?

Moreno pretende lo primero; según él, lo único que Siloe hizo fue substituir la antigua forma poligonal del altar-capilla por la forma cilíndrica. En cambio, el carácter renaciente de la forma central parece deponer a favor de la otra opinión; también la unión del nombre de Diego Siloe con Bramante, en el citado pasaje de Arphe, pudiera ser una prueba de ello.

Sin embargo, no encontramos en el plano huellas de variaciones de segunda mano. Está hecho de una vez. No se propone adaptarse a las formas tradicionales. El círculo interior está en armonía con el medio decágono del claustro, hasta en la serie de capillas. *No dome es, in fact, se constructively arranged*—dice FERGUSSON.

Sin embargo, en favor de la paternidad de Egas hay más de un argumento.

La forma central no estaba, en manera alguna, fuera de su círculo de idea. Por aquel mismo tiempo hizo tres edificios monumentales, con plano central: los grandes hospitales de Santiago, Granada y Toledo.

La forma practicada por él en gran medida de capilla, de altar o altar mayor (los siete lados de un decágono; esto es, la forma de arco de herradura), ya la encontramos en la gótica. A nosotros los alemanes nos es conocida: la iglesia de María del Prado, en Soest; el convento de Berlín, la iglesia de San Juan, en Brandeburgo, etc. Con ocasión del convento, SCHNAASE observa que esta distribución es de efecto muy ventajoso, pues da al coro una situación más libre y aérea.

En la citada carta del rey al Conde de la Tendilla, del año 1509, la capilla del altar mayor es llamada *ochavo*. Ahora bien; al actual plano no puede adaptarse un ochavo regular (cuyos lados igualen el ancho del arco del triunfo).

Sin embargo, la forma central presupone la expresión: estaba dado por el número ocho de los soportes (en efecto, sólo formaba un polígono irregular).

El pensamiento de una capilla central se relaciona con el movimiento de los últimos tiempos de la gótica española del siglo XV; parece penetrarle.

Sabido es el valor que los españoles atribuían, desde los tiempos románticos, a la cúpula cuadrangular en forma de linterna, con alto tambor taladrado con dos hileras de ventanas, si bien estos cimborrios ofrecían muchas dificultades. Por otro lado, la predilección por las grandes capillas octogonales crecía. Se trataba de acomodarlas a los antiguos planos de las catedrales; sin embargo, sólo en Oriente pudo conseguirse algo de esto. Esto sentado, bien pudiera habérsele ocurrido a un arquitecto fundir estas dos ideas, convirtiendo la capilla mayor o central en un ochavo. El gran ochavo oriental que poseían, Toledo en la capilla de San Ildefonso y Burgos en la capilla del

Condestable, hasta entonces un mero apéndice, fue ahora, unido con el claustro y las capillas, convertido en santuario. La cúpula cuadrangular, de significación meramente ornamental, fue convertida en un gigantesco baldaquino, en un cimborrio como en San Pedro la cúpula sobre la Confesión.

Que Siloe aprovechó algo del plano del primer arquitecto, lo confirma la circunstancia de que la acomodación a su nuevo estilo no se ha conseguido por completo. El arco triunfal se articula con las pilastras y cornisas de manera poco estética y en cierto modo inorgánica, y su intradós se estrecha demasiado por la inclinación penetrante de la cúpula.

Podemos hacer algunas conjeturas técnicas para suponer de qué modo pensó Egas articular el ochavo con el arco triunfal; pero la actual catedral también debe a su plan su efecto especial. Si éste hubiese sido ejecutado en la forma imaginada, hubiera perdido, quizá, la iglesia parte de su belleza, aunque por otro lado hubiera ganado en unidad de estilo. En cambio, tenemos ahora un cuerpo gótico vestido clásicamente: un cuadro hermafrodita como San Eustaquio, en París. A los despreocupados, la primera impresión no puede menos de causarles extrañeza. Y si se arroja una mirada a la Capilla Real, pocos años más antigua, que expresa de manera tan insuperable el espíritu romántico y el brío de los tiempos pasados, difícilmente nos entusiasmaremos con esta variación de estilo tan extemporánea.

Fue una fortuna que las formas de transición de Siloe, gracias al sentido conservador del capítulo, se mantuviesen durante toda la construcción, que duró todo el siglo XVII. Así, por ejemplo, las bóvedas reticuladas y poliédricas de la nave central que se terminó en el siglo XVIII. Naturalmente, son bóvedas cupulares, pues las nervaduras sólo tienen una significación decorativa. La impresión clásico-moderna se debe a los pilares, los cuales son de orden corintio, de plano cuadrangular con saledizos y medias columnas. Realmente, son una traducción poco clásica de los haces de columnas góticas en el or-

den antiguo. Como éste tiene sus fijas proporciones que las medias columnas, en caso de haberles dado toda la altura de los pilares, hubiesen superado; el arquitecto, cortando un trozo considerable arriba y abajo, configuró la parte inferior para postamento, haciendo de la superior una especie de apéndice. Es la misma conformación que introdujo Brunelleschi en su moderna basílica de columnas de San Lorenzo. Este sistema fue introducido en interés de las proporciones clásicas, y aquí produce mejor impresión que en Florencia.

La catedral de Granada, a pesar de la gran admiración que produjo (se le llamaba la octava maravilla), no dió ocasión a ninguna verdadera imitación. El espíritu del tiempo conducía a la imitación de los modelos italianos que ahogaba toda invención original. Pocos años después de terminarse la bóveda del ochavo, empezó Felipe II El Escorial, cuyo autor había hecho su aprendizaje en el San Pedro de Roma.

Sin embargo, esta posición aislada no perjudica en nada a su importancia, al contrario de lo que sucede en Santa Sofía; el valor de una edificación no se mide por el número de sus imitaciones o por el influjo que ejerciera en su tiempo. Sólo un ejemplo conozco en España de esta arquitectura: la iglesia de San Salvador, en Ubeda, edificación de Valdevira, en donde la capilla del altar mayor también tiene la forma de una rotonda.

Continuación y conclusión.

Diego de Siloe dirigió la construcción del edificio durante una generación entera, y aún pudo ver la terminación de la capilla mayor, su obra maestra. Durante estos años, y ayudado por muchos discípulos de talento, puso su sello en la plástica y en la ornamentación.

Arriba, en el arco triunfal, se ve una tabla con la inscripción ANNO 1552; año de su terminación. Siete años más tarde, la cúpula estaba cerrada; el 17 de Agosto de 1560 empezó el culto. Por lo demás, también proceden de Siloe los muros y la

portada del Norte y su capilla, las paredes maestras de la torre y la parte más importante de la fachada. Por el Sur, la nave se apoya en la Capilla Real y en la mezquita. Por lo tanto, el interior de la iglesia estuvo en uso desde mediados de siglo. Por el contrario, el resto del edificio duró todavía siglo y medio. El vértice de la nave transversal del Sur terminó en 1614; el del Norte, en 1637. Los pilares y la bóveda de la nave principal sólo se terminaron en el fin de aquel siglo, y por último y últimamente la cuadratura, en substitución de las pequeñas cúpulas pensadas equivocadamente al principio. La fachada trazada por Alonso Cano revela en sus elegantes relieves un origen francés este último tiempo; sus tres poderosos arcos figurados debían estar divididos, según el plan primitivo de Siloe, en tres y cuatro pisos y adornados con columnas. Un italianismo un tanto menos feliz de Siloe, fue la posición aislada y lateral del campanario (al que por cierto se había proyectado un pendant) en contradicción completa con el uso español, el cual perseveró hasta los tiempos más modernos y precisamente en las catedrales que tienen más parentesco que la de Granada, como son las de Málaga y Jaén, en las cuales las torres están unidas a la fachada.

Mas faltaría al lector paciencia para seguir la larga historia de este edificio, si bien aparecen en ella nombres tan conocidos como el de Alonso Cano; sin embargo, no renunciaré a dar aquí algunas noticias de la vida del primer arquitecto.

En la conocida inconsistencia de la Hacienda española, la construcción de un edificio de tan gigantescas proporciones tenía que hallar dificultades como en ningún otro país. Los documentos antiguos nos revelan singulares historias. Cuando se trata de cubrir la cúpula, faltó dinero y se pidió al cabildo de Toledo un empréstito de 9 a 10.000 ducados. Este tuvo que afianzar a favor del arquitecto todo lo que tenía hipotecable. En otra ocasión (Octubre de 1553) los obreros se declararon en huelga; el viejo maestro se puso a su lado, porque realmente, habiéndose subido los precios de los artículos de primera

necesidad, no podían vivir con el jornal que se les venía pagando. El cabildo, irritado por el desconocimiento de su autoridad, suspendió los trabajos y prohibió al arquitecto todo trato con sus obreros; sólo podía ocuparse con sus planos. Sin embargo, esto duró solamente cuatro días.

Por el contrario, en la primera década, cuando los muros apenas podían haberse elevado hasta las primeras cornisas, se habían erigido al Norte de la nave y del crucero dos ricas portadas: la de San Jerónimo (que lleva en una tablita la fecha de 1532, y en otra parte más moderna la de 1639), y la Puerta del Perdón (1537). A estas hay que añadir la de la sacristía (1532).

La Puerta del Perdón está enfrente de la portada de la Capilla Real: el arquitecto debía demostrar que también la *obra al romano* podía competir con el entronizado estilo gótico. Esta puerta recuerda de manera chocante a la puerta del Sur del palacio de Carlos V en la Alhambra, ejecutada en noble estilo lombardo por el genovés Niccoló da Corte en 1537; probablemente, pensó Siloe en remediar su estilo ornamental, un poco austero para el gusto andaluz, con sus grotescas fantasías. En todo caso quiso echar el resto: se ha llamado a esta puerta su obra maestra; es también el único trabajo que firmó con las iniciales de su nombre. La tablilla, tantas veces repetida, con la S, puede considerarse como la signatura del arquitecto para todo el edificio.

La organización de la pared encerrada entre dos columnas está coronada por una magnífica decoración heráldica: las armas del emperador y de los Reyes Católicos. De los fustes de las columnas corintias cuelgan, de unas guirnaldas de frutas, unas tablillas en las que se lee la divisa imperial *Plus ultra*. Las dos grandes figuras de los ángulos, la Fe y la Justicia (sostiene la tabla con la inscripción), acreditan al maestro de inspirado escultor. Los rasgos de estas alegorías son vivos e individuales; la posición, los paños, una sencilla clámide pictórica, son dignes del arquitecto.

Por consiguiente, aquí se empieza con lo que en otras partes se suele dejar para lo último. Pero como los fundadores de entonces no podían esperar ciertamente ver terminada su catedral, ni siquiera la generación siguiente, querían por lo menos recrearse en la lujosa dedicatoria, y en el título del libro del cual no se había escrito aún la primera página. Era a la vez un testimonio accesible a todo el mundo de que habían escogido al arquitecto único para aquel edificio. Feliz pensamiento; pues ¿qué hubiéramos recibido si aquella puerta se hubiera construído en el siglo XVII?

Podemos imaginarnos la impresión que harían estas portadas de Siloe al pie de la Alhambra. Pronto se vió rodeado de una banda de imitadores. Aún hoy las fachadas plateresca desempeñan un papel muy importante en la fisonomía de la ciudad. Aquí estará muy en su lugar una palabra sobre su tipo.

Entre pilastras y grupos de columnas, abrese la puerta en suntuoso arco semicircular, y en sus esquinas se ven bustos de apóstoles y medallones con cabezas de ángeles. Sobre la puerta una tabla relieve, o una imagen de la Virgen rodeada de fríos motivos ornamentales: grifos, volutas con hojas de acanto, con terminaciones de cabezas y pies de animales. A derecha e izquierda, sobre las columnas, candelabros monumentales con encrespadas llamas. El elemento monstruoso absorbe y deja en segundo término el vegetal. En el friso se observa un movimiento rítmico ondeado de los grupos: centauros, dragones, carneros, que salen de cálices, y que sostienen como animales heráldicos un vaso o cualquier emblema. En los fustes de las columnas la configuración vacila y cambia como un sueño, y aun dentro de esta configuración, nuevos monstruos, esfinges, harpías, cigüeñas, mientras en lo alto una barbuda máscara nos enseña los dientes.

Estos delirios plásticos son indudablemente de efecto pictórico, pero están en casi enigmática contradicción con el destino del edificio. Apenas aquí y allá aparece un símbolo religioso. Su encanto está en la perpetua confusión, en lo movedizo

de las líneas, en la vida plástica de este cuadro fantástico, en la elegancia del modelado y en la fina proporción de las partes con el todo.

Pero nos equivocaríamos si nos representásemos al maestro cautivo en el gusto grotesco. Se deja llevar de la corriente de la moda que él mismo había traído. Pero en el fondo conserva, como todo artista de sus conocimientos, la medida de las proporciones clásicas del monumento, la unidad y la totalidad del buen arquitecto. Sólo admite lo que no se halla en Vitrubio, por compromiso. Si temperamento original, el genio del lugar era más poderoso que el sistema. Pero en medio del creciente éxito, se revelaba a veces la conciencia del puro renacentista, aguzado quizá por el palacio del emperador de la Alhambra que tenía ante sus ojos. No pudo ocultársele entonces que falsificaba el arte.

Hasta poco tiempo hace, Granada poseía aún un edificio, ejecutado por él en el año cuarenta, según principios completamente distintos. Era el mirador de Bibarrambla, edificio destinado a tribuna para los magistrados en las grandes fiestas tradicionales desde tiempo de los moros. Una fachada con tres pisos, con arcadas dóricas, jónicas y corintias: encima un Attika con diez ventanas y destinada a las armas imperiales.

En un documento de 1540 declara querer mostrar aquí las proporciones que usaban los celebrados maestros griegos y romanos. Con aquella obra quería sobrepujar todo lo que se había hecho hasta allí en la ciudad. Nada inestético, nada antiartístico debía mezclarse allí. Esto suena a confesión de que hasta entonces se había dejado influir por aquellas tendencias que moraban en el vestíbulo del verdadero arte. Y, en efecto, en dicho mirador se muestra tan austero en la ornamentación, que con frecuencia ha sido atribuído a Herrera, el arquitecto de El Escorial, el antípoda del estilo plateresco. Un incendio puso fin en 1879 a este monumento de tardío arrepentimiento.

En 1562 comprendió Siloe que sus días estaban contados,

y en 31 de Enero de 1563 dictó su testamento. Dejó por heredero universal, aparte de numerosos legados y fundaciones, al Hospital de San Juan de Dios. No podemos puntualizar el importe total de su fortuna; pero se sabe que en su segundo matrimonio (1541) el inventario ascendía a 4.311.836 maravedís. Dejó a su viuda, Ana de Bazán, además de su dote, el usufructo de la casa por vida, con mobiliario, esclavos y esclavas, tapices, ropas, etc., como también una copa de plata con cuatro asas. Aún existe la tal casa en la *calle Angosta de la Botica, 5*; tiene un patinillo con tres atrios; en el arco exterior se leen las palabras: *Aperi mihi Domine portas justitiae*. La viuda se casó más tarde con su sucesor, Juan de Maeda, al cual dejó: los planos y dibujos, con exclusión de los cuadros de devoción; dos anatomías (un brazo y una pierna), utensilios y armas dejadas a la viuda. Sus ayudantes fueron obsequiados con dotes para las hijas. Anteriormente se le había asignado una cripta en el coro de la catedral, con una «modesta inscripción». Pero él eligió para última morada la parroquia de Santiago, donde su pariente Gonzalo Gutiérrez poseía una capilla. Dotó a la capilla en cien ducados para compra de ornamentos; el capellán recibió una renta de mil doscientos reales, y el propietario de la capilla su pequeña armería. También destinó un legado a la catedral de su ciudad natal, Burgos, y a la iglesia de San Pedro de la Fuente, donde había recibido el bautismo, un cáliz.

Murió el 22 de Octubre de 1563.

APENDICE

El fin de una antigua puerta.

Paseábase el rey moro
por la ciudad de Granada
desde la puerta de Elvira
hasta la de Bibarrambla.
¡Ay de mi Alhama!

¿Quién no conoce el trágico *(muy doloroso)* romance con el estribillo: «¡Ay de mi Alhama!», el romance del rey moro que

perdió Alhama, por lo menos de la traducción de lord Byron. De él se dice que en otro tiempo estaba prohibido cantarle bajo pena de muerte. La puerta de Bibarrambla, a la cual volaba el viejo Muley Hacem, excitado por la noticia de la derrota, fue a menudo celebrada por los poetas árabes. La plaza de igual nombre, que está adyacente, era donde se celebraban, en tiempo de los moros, los torneos y las fiestas. Es la única de las puertas de Granada que ha llegado casi intacta hasta nuestros días.

Ultimamente era conocida bajo el nombre de *puerta de las orejas*, y también de las manos y del cuchillo, a causa de los crímenes que allí se cometían; por último, se llama del *arenal*, de la arena que deja el Darro en sus crecidas.

Por la semejanza de su estilo con el de la *puerta judiciaria*, procedería de la mitad del siglo XIV.

El gran arco de herradura de la entrada, apoyado en marmóreos luchadores con preciosos trabajos en la bóveda y dintel, conduce a un espacio abierto destinado a defensa. Luego siguen tres pequeños arcos unidos por bóvedas. Sobre el segundo encontramos un buen cuadro de la Madonna de la Rosa, fundada por la católica Isabel, cuyas ruinas se pueden ver en el Museo.

Cuatrocientos años después de aquella catástrofe (1482), todavía estaba de pie, y hablaba de días pasados y antiguas historias; después cayó bajo la piqueta demoledora. Cómo sucedió esto, lo podemos saber por una inscripción, que también debemos leer nosotros para edificarnos:

«Breve reseña de los monumentos y obras de arte que ha perdido Granada en lo que va de siglo. Por D. MANUEL GÓMEZ MORENO. Granada, 1884.»

Cuando hace ocho años estuve yo en Granada, propúsome el Dr. Leopoldo Eguílaz, profesor de lenguas orientales en la Universidad, llevarme a casa del pintor Moreno, como el más inteligente en antigüedades artísticas. En D. Manuel hallé el hombre soñado por un viajero de mi índole. No sólo sabía el

lugar, el autor y la fecha aun de lo más oculto, sino que se acordaba de lo que hacía largo tiempo había desaparecido. Y aquel hombre no había perdido el tiempo. De joven, no había exteriorizado su entusiasmo por su ciudad y su patria—que no amenguó un viaje a Roma—como allí se suele hacer, en sonoros discursos y rimas, sino que lo empleó como fuente de energía para trabajos empeñadísimos. Recorrió la ciudad y la provincia de punta a punta, visitando lugares en donde jamás viajero alguno había puesto la planta, pasando días enteros con su álbum delante de retablos olvidados, rebuscando prolijamente todo lo que había en Granada en los archivos de las iglesias, hospitales, hermandades, palacios. Pero le faltaban los medios de publicar sus descubrimientos. Para tales asuntos no hay allí lectores. Mientras que los sabios oficiales de la capital podían ver impresas sus magníficas *Monografías* (que pueden servir de argumento contra el axioma de *Ex nihilo nihil fit*) en lujosas ediciones, nuestro excelente pintor se daba por muy contento con publicar sus investigaciones en las columnas de un periódico local. Así salieron a luz sus trabajos sobre Diego de Siloe, el arquitecto de la catedral y de la iglesia de San Jerónimo; sobre Julio y Alejandro, los fresquistas de la Alhambra, y sobre la vieja ciudad de Medina Elvira. En su artículo «Palacio del Emperador Carlos V», Madrid, 1885, sacó a luz por primera vez su larga y trágica historia del archivo de la Alhambra.

Si ciertamente se puede considerar como una dicha vivir tales estudios en un lugar como aquel, casi el único, y hacer luz poco a poco sobre estas cosas, que de lo contrario hubieran permanecido enterradas en la obscuridad y en el olvido, no hay que negar tampoco que no carezca de experiencias que amarguen la vida de un amigo del arte. Los mismos extranjeros que se han preparado para ver Granada en los libros de los viajeros de hace cien años (como Cean Bermúdez), se sienten descorazonados por la multitud de cosas que ya no encuentran en su sitio. ¡Cuánto más los naturales, que ven desaparecer lo

que les era querido y se encuentran metidos en cuestiones la mayor parte de las veces estériles!

El proceso de destrucción de los monumentos artísticos de Granada en el siglo pasado se consumó en varios períodos, como tres sacudidas de un temblor de tierra que dura minutos y que deja tras de sí un montón de ruinas. En primer lugar, la estancia de los mariscales napoleónicos (1810-1812), durante la cual (fuera del pillaje) cayeron, entre otros, seis importantes edificios. A pesar de todo, la ocupación extranjera no fue, ni con mucho, tan fatal como la *exclaustración* del año 1835. La moderna máquina administrativa trabaja en tales casos con mucha mayor fuerza destructiva que la soldadesca en los países conquistados. Trece grandes edificios, la mayor parte iglesias, fueron vendidos para la demolición; otros, adquiridos por particulares, fueron reedificados o desaparecieron en el curso de los años. El botín literario-artístico fue dilapidado con tal despreocupación, que da un extraño concepto del grado de ilustración de las personas más distinguidas. ¡Qué ocasión se dejó pasar de enriquecer las bibliotecas provinciales y los Museos! Todo, edificios e inventario, quizá también las custodias, pudo entonces regalarse. Los libros fueron vendidos al peso y en montón; el que rebuscaba pagaba un precio alto; preciosas encuadernaciones habían sido arrancadas para vender los broches y las tablillas a los prenderos. El pergamino de los libros de coro cayó en manos de los encuadernadores y fabricantes de cola. Cada cual imaginó un procedimiento para vender los muebles y los retablos. Después aparecieron tratantes extranjeros que se llevaron los cuadros elegidos. Realmente estaban destinados para el Museo de Santo Domingo; pero esta galería de cuadros produce la impresión de que sólo se hubiese dejado en ella lo que se desesperaba de poder vender en Inglaterra. Moreno contó sesenta y un cuadros de Alonso Cano desaparecidos.

La tercera catástrofe se produjo en la Revolución de 1868, y la declaración de la ciudad en *Cantón independiente* en el

año de 1873. Entonces se espigó en lo que los años de 1812 y 1835 habían dejado. El convento de la Santa Trinidad fue derruído para dar trabajo a los operarios. Un cantero hizo al *Comité de salud pública* la proposición de derribar la histórica iglesia de San Jerónimo que guardaba el sepulcro de Gonzalo de Córdoba, para emplear los bloques en el abovedamiento del río Darro. Entonces cayó San Gil, que, además de otras rarezas, poseía preciosos techos y una portada de Diego de Siloe, a pesar de la protesta de la Comisión de Monumentos.

Pero lo que el extranjero no puede comprender son los derribos proseguidos en la actualidad de las supervivencias del tiempo de los moros. «Pues estos monumentos dan a Granada su carácter peculiar; con cada monumento de esta clase pierde Granada algo de su encanto para los artistas y viajeros.» Pero no se crea que entran aquí odios religiosos ni de raza. Hasta parece a veces que el español se siente más emparentado con el estilo morisco que con el gótico o el plateresco, y no sólo desde FORTUNY. Se ha leído y traducido a WASHINGTON IRVING; se ha oído cuanto se sabe desde OWEN JONES de la Alhambra, en cuanto a la ornamentación y policromía. Los portfolios arábigos en la obra nacional *Monumentos arquitectónicos* no dejan nada que desear; hasta se ha llegado a acostumbrar a venerar la herencia de los antiguos dominadores como monumentos nacionales, y en las exposiciones mundiales, España aparece con la mascarilla morisca.

MORENO temía, con razón, que en pocos años ya no quedara más de este género que la Alhambra. Aun al principio del siglo anterior, los antiguos barrios del Albaicín y de la Alcazaba estaban formados por casas moriscas. Entre ellas, el Hospital, *Casa de la moneda* y *Casa de las monjas*, que recientemente fue dividido por su poseedor, y vendido en trozos. Hoy casi todo ha desaparecido. Ya THEOPHILE GAUTIER, que estuvo allí en 1840, expresa su desengaño a causa del aspecto trivial a que habían traído la ciudad «tres años y las devastaciones de los filisteos».

Sin embargo, este hecho contradictorio de que se derriben los más antiguos y puros modelos de un arte arquitectónico, mientras se hacen al mismo tiempo imitaciones modernas con grandes gastos, aparece también en otras partes.

Aquel extraño celo estético se volvió ahora con especial viveza hacia las antiguas puertas de la ciudad, de las cuales, la Granada árabe poseía veinte. A este género pertenecen los más estimados trabajos de los alarifes, que son hoy mismo para los arquitectos fuentes de enseñanza. En otro tiempo, oí yo en Toledo a uno de ellos (que por cierto era completamente ajeno a aficiones históricas) expresarse así: «Todo esto es muy bonito, pero nos enseña poco. Excepto la Puerta del Sol (cristiano-morisca), en la cual había aprendido mucho.» Tales monumentos, por los cuales parece que corre la vida de tantas generaciones, y que a veces se pueden usar como hilos para reconstruir el pasado, debían estar guardados por una corporación que conociese todo su valor histórico. Ciudades cultas, como, por ejemplo, Florencia, salvaron sus monumentos a través de las vicisitudes del siglo XIX. Cuando se entra por la estación central en el nuevo Milán, se encuentra uno, en medio de unas calles modernas y lujosas, un muro completamente desprovisto de toda ornamentación, y con dos arcos: los Archi di Porta Nuova del año de 1171. Ciertamente llegará un tiempo en que se verá mucho de esto, si las piedras, largo tiempo dispersas de los monumentos arruinados, pudieran reunirse otra vez.

De las puertas de Granada cayeron, en el año 1873, la Puerta Bib-Abulnest o los Molinos, y la Puerta del Pescado; en 1867, la Puerta del Sol; en 1879, la de Alhacaba, que daba a la entrada, por la Puerta de Elvira, tanto carácter. Pero lo que más cuidados y esfuerzos costó al Excmo. Ayuntamiento fue el allanamiento de la Puerta de Bibarrambla. Y aquí llegamos, por fin, al punto de partida de este artículo.

En el mes de Junio de 1873, cuando la vieja monarquía parecía haber acabado para siempre, fue cuando en el seno de

aquella corporación se pronunció la sentencia de muerte de la dicha puerta. Pero el Gobierno de Madrid (Castelar era el Presidente), si bien tenía poco espacio de vagar, prohibió la ejecución de la sentencia. Como Granada era un Cantón independiente, el Comité de salud pública se apresuró a oponer al Gobierno un hecho consumado. Apresuradamente, y durante la noche, con antorchas encendidas, empezó la demolición. Pero los muros eran más resistentes de lo que se había creído. Un vecino, que veía en peligro su casa, contigua al monumento, protestó ruidosamente. Un resto de miedo al Gobierno de Madrid hizo que se interrumpieran los trabajos. Durante los años siguientes, los representantes de la inteligencia española, la Academia de la Historia, la de San Fernando y las Comisiones de Monumentos provinciales hicieron esfuerzos para salvar la puerta. Fue declarada monumento nacional por orden real. Pero no se quiso llegar a una restauración. Conocida es la treta, que consiste en conservar tales ruinas en su estado decadente, para abochornar a determinadas personas. Se esperaba también que por la brecha abierta se deshiciera el edificio. Mas parecía un bloque de granito. En esto, sobrevino un enojoso huésped, el cólera. *Fert Deus alter opem.* Se consideró entonces la puerta como foco de infección. Bajo la impresión de este pánico triunfaron los padres de la ciudad. El 5 de Setiembre de 1884 cayó la Puerta de Bibarrambla. Se tenía tanta prisa, que se significó a los que habían pedido autorización para llevar los adornos de la bóveda al Museo, que si no se daban prisa se emplearía todo en trabajos públicos. Los testigos describen el rostro radiante de alegría de los que asistieron al acontecimiento. Hasta debieron haberse quemado cohetes. Sólo faltó que se levantase en aquel lugar un monumento conmemorativo a aquella deidad, con la cual los mismos dioses y los ministros no podían luchar.

No es fácil explicar este fanatismo moderno. No se puede decir que sea ignorancia o veleidad del gusto, como en tiempo del estilo barroco, que se sacrificaban a él las antiguas obras

de arte. El arte edificativo y ornamental de entonces hundía sus raíces en los estudios históricos. Entonces se crearon colecciones artísticas en algunas ciudades españolas, como Toledo, y era moda rodearse de restos de obras de arte, a menudo tan inadecuados al fin que se dedicaban, como faltos de gusto. ¿Cómo puede, pues, explicarse que también los filisteos del progresismo (que también en España quieren convertir a los asesinos, con buenas razones y mimos, en hombres honrados) se volviesen contra los antiguos muros con tal acompañamiento genízaro de odios, rencores, terquedades maniáticas, inobediencia a las autoridades, afán de destrucción y bromas ordinarias? Hay debajo de todo esto un extravío del sentimiento muy semejante al del aldeano que se avergüenza del traje tradicional de sus abuelos. El español de hoy considera a París como su Meca; y sueña con ver alzarse en su ciudad natal algo así como un boulevard, y pasa mirando con desprecio los viejos muros en los que el extranjero halla un consuelo contra el aburrimiento que este género de ciudades el produce.

Carlos Justi

PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

CAPITULO V

Un nuevo elemento entraba en mi vida, un nuevo rival había surgido para disputarme a la teología dogmática de mi padre: el mar. Cuando William Wordsworth era niño, el aspecto de las montañas y de las nubes iluminó su espíritu con dardos de fuego, como los relámpagos de un escudo. Ha descrito, en las maravillosas páginas del *Preludio*, el choque producido por la naturaleza sobre el alma infantil; pero lo ha hecho con pincelada ligera y vaga, con lo que él llama «una imperfección de amor hacia unos días renegados por la memoria». Procede esto, a lo que creo, de que, criado en medio de espectáculos admirables, no podía precisar el momento y el lugar en que la magia de la naturaleza se le reveló. Pensaba que fue a la edad de diez años cuando empezó a ponerse en comunicación con ella, «embriagándose plenamente con un placer puramente sensual», con la belleza de las brumas flotantes y de los ríos sinuosos. Tal vez, a falta de todo documento y con la preocupación de ser verídico, puso ese entusiasmo consciente más bien después que antes. En cuanto a mí, ciertamente de la primera semana de mi noveno año data el momento en que sentí confusa, pero profundamente, el encanto penetrante del pleno mar.

El pueblo, en cuyo límite habitábamos, estaba construído paralelamente a la línea del acantilado sobre el mar, pero a una media milla del borde. Por aquella época, y lo mismo sucedió durante mucho tiempo más, el mar fue la única de las bellezas naturales que me impresionaron. Los *lors* elevados de la lejana landa podían destacarse con azul sombrío sobre la palidez del cielo de la mañana o de la tarde; ni siquiera los dirigía una mirada; para mí no había sino el mar, siempre el mar, nada más que el mar. Desde nuestra casa, o desde el cercado de detrás, o desde cualquier sitio del pueblo, nada revelaba que hubiera algo, hacia el Este, que interrumpiese la línea de los campos rojizos y labrados que se extendían hasta lo infinito. En cuanto llegamos por la mañana (¡oh, cómo ha conservado mi corazón el recuerdo!), marchamos apresuradamente Miss Marks, la criada, y yo entre las dos, por unos senderos entre elevadas paredes, cuando de repente percibimos, iluminada por un inmenso arco de luz, la enorme llanura de las aguas. Apenas dimos uno o dos pasos por la duna, cuando las murallas del gran circo calcáreo abriéronse a nuestros pies, descendiendo como una copa rota, hasta el yacimiento de pedruscos de un blanco nivoso, y la vasta extensión de un verde azulado.

En el siglo xx, un municipio prudente ha sembrado las dunas de asientos rústicos, ha puesto rampas en todos los sitios peligrosos, y ha abierto un camino que desciende en vueltas y revueltas hasta la playa; se han plantado árboles, de distancia en distancia, con un fin estético. La última vez que vi ese lugar tan arreglado y adornado, me volví con cólera y disgusto; estuve a punto de echarme a llorar. Supongo que los que no lo han conocido bajo otro aspecto, le encuentran todavía alguna belleza; ningún Ayuntamiento puede oscurecer el brillo de las aguas y disminuir la inmensidad del cielo; pero en Oddicambe nada se ha omitido de cuanto el hombre puede perpetrar para hacer insignificante, vulgar y vana la belleza natural.

Oddicambe era muy diferente, hace cincuenta años, en su majestad agreste. Ningún camino, salvo un simple sendero de cabras, os conducía a aquella concavidad inculta en el que crecía sin freno una vegetación lujuriante. A través de aquel fantástico laberinto, el viajero se abría paso, sin nada más que le guiase que el instinto del descenso. Un niño como yo empleaba toda una mañana para llegar hasta el pedregal de un blanco nivoso, para jugar a orillas del mar frío y picante, y volver luego a casa, trepando y agarrándose a las ramas flexibles, haciendo inauditos esfuerzos para llegar a terreno llano y salir del mundo de las rocas.

Recuerdo que en nuestro primer paseo, nuestra criada, una muchacha de Londres, se arrodilló, llena de entusiasmo, y bebió agua salada. Miss Marks, de más experiencia, se abstuvo de hacerlo; pero yo, aunque sabía el sabor que tendría el agua de mar, insistí en beberla, recogiéndola en el hueco de mi mano. Era un ligero regreso a mis prácticas de *magia natural*, las cuales, aunque habían pasado al último término de mis preocupaciones, no habían desaparecido por completo. Imaginaba, lo recuerdo, que si bebía, tal vez me sería dado el poder de andar sobre las aguas, idea completamente insensata como las de los salvajes.

Mi mayor deseo era andar sobre el mar todo lo lejos posible; luego tumbarme en él de bruces, con la cara contra la superficie del agua, a fin de sondar sus profundidades. Esta ambición me atormentaba, y, como muchos adultos, me preocupaban de tal manera mis vanos y ridículos deseos, que menospreciaba los verdaderos placeres que me circundaban. Mi idea no era tan loca como pudiera parecerlo, porque tanto en nuestros cánticos como en nuestras lecturas, tratábase a menudo de criaturas transportadas de gozo que pasaban los días echando «sus coronas sobre el mar de jaspe». ¿Por qué, me preguntaba, no podría yo tirar mi sombrero de paja en las ondas de Oddicambe? Y, sin duda alguna, una escena majestuosa del lago de Genezareth había también inflamado mi imaginación.

Como es natural, me guardaba bien de hablar con nadie de todas estas fantasías.

No con Miss Marks, sino con mi padre, tomé la costumbre de hacer laboriosas excursiones a orillas del mar. Su trabajo de naturalista concluyó por llevarle constantemente, cargado de útiles, hasta las rocas de concavidades llenas del agua de la playa. Pero nuestro primer invierno en Devonshire se vió ensombrecido, para los dos, por decepciones cuya causa fue durante mucho tiempo incomprensible para mí. El espíritu de mi padre era, en aquella época, presa de dos corrientes violentas de influencias contrarias. Yo pensaba en todas estas cosas, hace un momento, en la extremidad de los Cascinos, abierta profundamente, de un lado, por el curso impetuoso del Arno de sombrías aguas, y del otro, por el límpido flujo del Mugnone. Las vías se encuentran y corren paralelamente, pero llega un momento en que uno de los dos ha de arrastrar al otro, y la corriente negruzca es la que anega a la más pura.

Así, en aquel año de crisis científica (1857), dos especies de pensamientos se agolpaban con violencia en el cerebro de mi padre, las dos absorbentes, ambas convincentes, pero irreconciliables. Hay algo particularmente angustioso en la paradoja de que la verdad tiene dos formas, igualmente irrecusables y, sin embargo, antagónicas entre sí. Este descubrimiento de dos teorías sobre la vida física, las dos verdaderas, pero incompatibles, es lo que turbaba profundamente el espíritu de mi padre. No había realmente paradoja, era una ilusión; pero desgraciadamente no se dió cuenta de ello: permitió que las ondas turbias de la superstición sumergiesen al cuerpo apacible de la razón. Dió un paso en favor de la verdad, luego retrocedió angustiado y aceptó la servidumbre del error.

Era el gran momento, en la historia del pensamiento, en que la teoría de la mutabilidad de las especies se preparaba a arrojar algo de luz en todos los dominios de la especulación y de la actividad humanas. Hacíase absolutamente necesario formar en uno o en otro campo. Lyell se rodeaba de discípulos

que avanzaban rápidamente por la senda de los descubrimientos; Darwin, desde hacía mucho tiempo, recogía hechos referentes a la variación de los animales y las plantas; Hoocker y Wallace, Asa Gray y hasta Agassiz, cada uno en su esfera, llegaban cada vez más a percibir el secreto que debía revelarse claramente al paciente y humilde genio de Darwin. En el año anterior, 1856, Darwin, empujado por Lyell, había modestamente aventurado un primer esbozo de la nueva revelación, «ese resumen de un ensayo» que desarrolló después magníficamente en el *Origen de las especies*. Acababa de aparecer *La variación de las especies*, de Wollaston, y había sido como un rayo que disipa las brumas.

De otro lado, los reaccionarios, aunque sin sospechar lo que les amenazaba, no habían permanecido inactivos. En 1857, habíase formulado con desprecio esta asombrosa pregunta: «Entonces, ¿es qué descendemos del mono?» Los famosos *Vestigios de la Creación* habrían proporcionado una especie de panacea de agua azucarada para los que no podían substraerse a la evidencia, y que, sin embargo, se agarraban a la Revelación. Owen alentaba la reacción rechazando, con toda la fuerza de su prestigio, la mutabilidad de las especies.

Por aquella época de fermentación intelectual, como en los momentos de una gran revolución política, varios posibles partidarios eran presentidos con palabras encubiertas, luego animados a comunicar oficialmente su manera de ver. Lyell, aquel gran conductor de hombres, era de opinión que antes de dar al mundo la doctrina de la selección natural, que suscitaría ciertamente protestas y maldiciones, deberíase revelar su contenido a cierto número de naturalistas concienzudos y sabios expertos en la descripción de las especies. Mi padre figuraba entre aquellos a los que, mediante una iniciación más o menos completa, se trató de ilustrar, si era posible. Hooker, y más adelante Darwin, le hablaron del asunto, con ocasión de las reuniones de la Sociedad Real, en el verano de 1857.

La actitud de mi padre frente a la teoría de la selección na-

tural marcó una crisis en su carrera, y, cosa rara, ejerció gran influencia sobre mi vida de niño. Hay que admitir, por triste que sea, que todos los instintos de mi padre le impulsaron al pronto a saludar con alegría la nueva luz. Apenas lo hubo hecho, cuando el recuerdo del primer capítulo del Génesis contuvo su arranque. Consultó sobre el asunto con Carpenter, un gran investigador, pero un hombre tan incapaz como él de refundir sus ideas en lo concerniente a las antiguas hipótesis recibidas. Ambos decidieron, por diversas razones, no ocuparse de la terrible teoría, y atenerse firmes a la ley de la fijeza de las especies. Exactamente en aquellos momentos fue cuando salimos de Londres, y cuando las relaciones personales, raras y fugitivas, pero siempre sumamente provechosas, que gozó mi padre con los sabios más distinguidos del Museo Británico y de la Sociedad Real, cesaron por completo. Se apresuró a quemar sus naves, hasta el último madero, hasta el último pedacito, para que no quedase ni con qué hacer una balsa. Por un acto raro de terquedad, cerró para siempre las puertas sobre sí mismo.

Mi padre no había admirado nunca a Sir Charles Lyell. Creo que las maneras de gran señor del geólogo le intimidaban, y que nos hallamos dispuestos a hacer muy poco caso de aquellos cuya conversación nos aminora. Mi padre, en cambio, tenía una profunda estimación por Darwin y Hooker, y es posible que ésta sea la razón por la que, en su impetuosa tentativa de reacción, eligió el campo de la geología más bien que el de la zoología o de la botánica. Lyell había amenazado con publicar un libro sobre la historia geológica del hombre, que había de ser como una bomba lanzada al campo de los catastrofistas. Mi padre, tras maduras reflexiones, preparó una teoría de su invención que—así lo esperaba ardientemente—cortaría los vuelos a Lyell, y justificaría la geología a los ojos de los piadosos lectores del Génesis. Pretendía, en resumen, que no había habido modificación gradual de la superficie de la tierra o lento desarrollo de las formas orgánicas, sino que, des-

de el acto catastrófico de la creación, el mundo presentó instantáneamente la estructura de un planeta, en el que la vida había existido desde hacía mucho tiempo.

Con gran indignación de mi padre, los periodistas declararon con ligereza un poco brutal que, con arreglo a tal teoría, Dios había escondido los fósiles entre las rocas, para inducir en tentación a los geólogos e impulsarlos a la incredulidad. En realidad, esta teoría era la conclusión lógica e inevitable, a la que se tenía que llegar de aceptar literalmente la doctrina de un acto súbito de la creación; insistía sobre el hecho de que toda infracción al curso regular de la naturaleza supone al objeto creado como una denegación de procesos anteriores que nunca han existido. Por ejemplo, Adán debía ciertamente tener pelo, dientes y una osamenta que hubieron de tardar varios años en desarrollarse, y, sin embargo, fue creado hombre hecho. Debía ciertamente poseer un *omphalos* (verdad es que Sir Thomas Browne lo niega); y, sin embargo, ningún cordón umbilical le ligó nunca a una madre.

Ningún libro fue lanzado a la publicidad con más esperanzas de buen éxito que aquel curioso volumen lleno de un fanatismo obstinado. Mi padre vivía en una febril espera, contando con un resultado extraordinario.

Pensaba que aquel *Omphalos* iba a poner fin a las agitaciones de la especulación científica, arrojar la geología en brazos de la Escritura, y hacer que el lobo y el cordero pacieran juntos. No era raro, admitía él, que hubiese desacuerdo creciente entre los hechos y las formales afirmaciones. Mi padre, y sólo mi padre, únicamente él tenía la llave que podría abrir sin violencia la cerradura del misterio geológico. La ofrecía con un ademán grandioso, tanto a los ateos como a los cristianos. Aquello debía ser la panacea universal, el sistema de terapéutica intelectual que no podía menos de curar las enfermedades del siglo. Pero, ¡ay!, ateos y cristianos recorrieron aquella obra, se echaron a reír, y la tiraron lejos de sí.

Durante aquel lúgubre invierno en que el correo nos trajo

cartas particulares pocas y glaciales, y artículos de revistas numerosos e irónicos, mi padre esperó en vano la aprobación de las iglesias, en vano la adhesión de sociedades científicas y en vano el testimonio de gratitud «de aquellos miles de personas sensatas», testimonios con los que había imprudentemente contado. Su reconciliación de los datos de la Escritura con las deducciones geológicas no fue bien acogida en ninguna parte; Darwin continuaba guardando silencio; el joven Herxley se mostraba desdeñoso, y el mismo Carlos Kingsley, de quien mi padre esperaba recibir la aprobación más inmediata, escribió que no podía «abandonar las lentas y dolorosas conclusiones a que le habían llevado veinticinco años de estudios geológicos, y creer que Dios había escrito en las rocas una mentira tan monstruosa como inútil». A medida que mi padre sufría decepción tras decepción, una fría y sombría tristeza descendía sobre nosotros todas las mañanas. Era lo que los poetas llaman «tinieblas opacas»; obscurecíanse de día en día, a medida que la experiencia y la confianza en sí se disipaban en ligeras nubes de decepción. Mi padre no estaba preparado para semejante resultado. Había sido el niño mimado del público, el favorito constante de la Prensa, y ahora, como los ángeles malditos de la leyenda,

el espantoso fracaso
le llenaba de escombros.

Durante aquel sombrío invierno, mi padre no fue un compañero animado, y sucesivas circunstancias le alejaban cada vez más del resto de los hombres. Echaba más de menos que nunca la compañía de mi madre, que siempre le prestó un oído simpático; nadie podía animarle con esa hábil casuística femenina que sabe insinuar al hombre, consciente de las heridas recibidas, que, después todo, él tiene razón y que el resto del mundo se equivoca. Mi padre se paseaba sin tregua alrededor del campo labrado de tierra rojiza que iba a ser un prado, o bien, al abrigo de la fría lluvia del Devonshire, por la balconada todavía desnuda que habían de adornar plantas trepado-

ras; y me parece que, a su irritación contra sus semejantes, añadíase ya una ligera tendencia a la herejía que había de asaltarle más adelante; fue entonces, creo, cuando en el exceso de su desaliento, empezó a sentir cólera contra Dios. Había dado infinitas pruebas de abnegación, había hecho infinitos sacrificios, y veíase abandonado, con la rabia en el corazón, en aquella marisma rojiza, sin más sér en el mundo que le amase que un niño de rostro pálido, con la mejilla apoyada en el cristal de la ventana.

Tras una o dos magníficas excursiones a orillas del mar, se presentó el invierno bajo su forma más húmeda, más fangosa y más tediosa, y nos encerró en casa. Fue un invierno bien triste para aquel hombre privado de su mujer y para aquel niño privado de su madre. Confiados en que nuestros ruegos serían inmediatamente atendidos, habíamos entrado en aquella casa demasiado pronto. Para llegar a reunir la suma necesaria, mi padre se había visto obligado a desprenderse de casi todo, y nuestras sillas y nuestras mesas no amueblaban más que dos o tres habitaciones. La mitad de la casita o *villa*, como la llamábamos, estaba sin alfombrar, y las dos terceras partes estaban vacías. Los obreros trabajaban todavía en el exterior cuando llegamos, y a este propósito recuerdo un incidente que demuestra hasta dónde llegaba en mi padre la delicadeza morbosa de su conciencia. En sus momentos buenos (antes de la publicación de su *Omphalos*), cantaba a veces con voz fuerte antiguas canciones del Dorsetshire, en un raro y rudo dialecto que me agradaba mucho. Una tarde de Octubre estábamos sentados en la balconada, y mi padre cantaba. Dos carpinteros, que no veíamos, estaban ocupados, no lejos de allí, en poner la armazón de un invernadero. Durante una pausa, uno de ellos dijo a su compañero: «Canta tan bien como cualquiera, aunque sea un pastor.» Mi padre, que me tenía suavemente cogido de la mano, me la apretó de repente, con fuerza; alcé los ojos y vi que su mirada se ensombrecía. No volvió a cantar nunca una canción profana.

Meses después, cuando su infortunio literario, su conciencia le atormentó más que nunca. Creo que consideraba el fracaso de su tentativa como un castigo de Dios por algo que hubiese hecho o dejado de hacer. Durante sus incesantes paseos meditabundos alrededor del jardín, su alma estaba, por decirlo así, de rodillas, registrando todos los rincones de su conciencia para hallar algún pecado de omisión o comisión; cada alegría, cada bagatela, cada recreo, fue recogido en el polvo de sus recuerdos pasados, y aumentado hasta el punto de constituir una formidable ofensa. Pensaba que la menor muestra de ligereza, la menor condescendencia al instinto humano, podría ser para los que le rodeaban una prueba de inconsecuencia e inducir a los hermanos más débiles a ofender a Dios. El incidente de los carpinteros y de la canción cómica es un ejemplo del estado de espíritu de mi padre por aquella época, en que cada acto se convertía en *tabu*, no porque fuera culpable en sí mismo, sino porque podría llevar a otros al pecado.

Tengo la convicción de que Miss Marks tenía un miedo extremado a mi padre. Siempre que podía retirábase a lo que ella llamaba su gabinete; un cuartito frío, apenas amueblado, que daba sobre lo que iba a ser nuestra huerta. Para respetar las conveniencias, a fin de que la habitación fuese verdaderamente un santuario, Miss Marks me prohibía entrar en su cuarto virginal, que se convirtió, naturalmente para mí, en objeto de una curiosidad devorante. Por el ojo de la cerradura no veía, por decirlo así, nada; un día conseguí entrar, y descubrí que no tenía nada que ver, sino una cama muy sencilla y un tocador desprovisto de todo atractivo. En su gabinete encendíase fuego las tardes de invierno, y Miss Marks estaba en él entre la cena y el apocalíptico ejercicio llamado culto, que en los hogares menos ardientes y austeros que el nuestro se llama el rezo en familia. Dejados así a nosotros mismos, mi padre se pasaba casi todo el tiempo leyendo con el libro o el periódico, al lado de la vela, mientras que, bajo la influencia de su pasión literararia, sus labios y sus cejas temblaban y se estremecían de

cuando en cuando, de una manera que me excitaba extraordinariamente. Miss Marks, tocada con una cofia muy alta, aparecía de vez en cuando en la puerta, y preguntaba con falso buen humor: «¿Cómo nos encontramos?» Pero en estas ocasiones, ni él ni yo nos dignábamos contestar a Miss Marks.

A veces, en el transcurso del invierno, mi padre y yo tuvimos algunas charlas. Los asesinatos eran nuestro tema favorito. Yo me pregunto si los niños de ocho años, antes de subir solos de noche a su cuarto, discuten a menudo con sus padres de crímenes espantosos. No puedo menos de creer que el hecho es raro. En nosotros era muy frecuente. Abordábamos otros asuntos profanos, pero siempre acabábamos por volver a esta frase: «¿Qué crees tú que hayan hecho realmente del cadáver?» Mi padre me contó, mientras que yo escuchaba estremecido, la aventura de la señora Manning, que mató a un señor en las escaleras y le metió en cal viva, en la despensa, y me enteré de este útil detalle histórico, todavía presente en mi memoria después de un medio siglo, que la señora Manning fue ahorcada con hopa de seda negra. Oí también hablar de Burke y de Hare, cuya historia me petrificó de horror.

Estos crímenes están relatados en los *Anales judiciales;* pero ¿quién podrá decirme lo que era el misterio del saco de viaje que mi padre y yo discutimos varias noches seguidas? No he vuelto a oír hablar nunca de ello desde entonces, y sospecho que era una mixtificación. Me acuerdo de detalles: unas personas que bajan el Támesis en un barco, ven un saco de viaje colgado de uno de los salientes de Waterloo Bridge; lo cogen, no sin dificultad, y lo encuentran lleno de restos humanos, verdadero trabajo de carnicero. Se habla de personas desaparecidas, vueltas a encontrar, luego de nuevo no reconocidas. Todo el asunto está bastante vago en mi memoria, y se escapa cuando trato de precisarlo; sin embargo, me veo muy claramente sentado en la sala, en mi silla alta, al lado de la chimenea; las llamas que brotan se reflejan en la vitrina de insectos tropicales puesta en la pared opuesta, y veo también a mi pa-

dre inclinado hacia adelante, con expresión ansiosa, un dedo levantado e insistiendo sobre todas las pruebas de cargo y descargo de aquel horrible asunto del saco de viaje.

Supongo que lo que me interesaban estas discusiones (¡y Dios sabe si la cosa me apasionaba!) divertía y distraía a mi padre, cuyas ideas sobre lo que conviene a los oídos de un niño me parecen ahora sorprendentes. No tardé en descubrir que tales asuntos no eran agradables a todo el mundo; porque una mañana, al abordar el misterio del saco de viaje con Miss Marks, con la esperanza de retrasar una lección de aritmética, se tapó los oídos con su delantal, y dijo que si no me callaba inmediatamente se pondría a gritar.

En invierno, mi padre y yo dábamos de vez en cuando paseos juntos y bajábamos un camino que nos llevaba a orillas del mar, sobre las dunas ondulantes. Tratábamos de reanudar el encanto de aquellas deliciosas expansiones al aire libre, en Londres, cuando nos asomábamos a los puentes para ver los patos, pero no hallábamos ya el mismo placer. Mi padre, profundamente absorto en sus pensamientos, se ponía a andar sin decir palabra, presa de ensueños llenos de cólera. Si me dirigía la palabra en estos paseos, constituía un verdadero sufrimiento para mí el contestarle. En casa, encaramado en mi silla alta, con nuestras cabezas al mismo nivel, podía hablar fácilmente con él; pero me costaba horriblemente mirar al firmamento y conversar con un rostro sombrío que se destacaba sobre el cielo. El hecho mismo de andar era abrumador para mí; el lodo, de un rojo vivo, a cuyo extraño color no pude durante mucho tiempo acostumbrarme, se pegaba a mis zapatos y me fatigaba en extremo; poníame gruñón e impertinente. Contradecía a mi padre y me oponía a sus caprichos. Tales paseos eran penosos para ambos, pero a mi padre no le gustaba andar solo y no tenía otro amigo. En el transcurso del invierno nos vimos obligados a renunciar a estas salidas, y no reanudamos nunca el hábito de estos paseos higiénicos.

Cuando echo una mirada atrás sobre lo que yo era en aque-

lla época, observo que debía ser un niño molesto, difícil y enfadoso. Mi única excusa era la de que verdaderamente no estaba bien. El cambio de clima no me había convenido; mi salud inspiraba alguna inquietud a la excelente miss Marks, pero no sabía ella cómo remediarlo. La casa era horriblemente húmeda; tanto dentro como fuera, la atmósfera parecía bañada de vapores helados; por la noche, tiritaba bajo las mantas. No lograba dormirme por el frío que sentía, y amontonaban la ropa sobre mí. No podía comer nada sólido sin tener inmediatamente un violento hipo, por lo que me tumbaba de espaldas ante el fuego de la chimenea, despertando los ecos de alrededor como el cuco. Miss Marks, a causa de esto, me suprimió todo alimento, salvo pan mojado en leche, que, con gran horror mío, veía aparecer en cada comida. El hipo disminuyó, pero mis fuerzas declinaron en seguida. Caí en un estado de languidez, presa de un catarro perpetuo.

Poco a poco me di cuenta de que era objeto de preocupaciones, al oír a mi padre rezar por mí en los cultos de la mañana y de la noche y pedir al Señor que si su voluntad era llamarme a sí, «no hubiese duda alguna sobre mi elección como hijo de Dios y heredero de su gloria». Me desconcertaba y halagaba a la vez esta clara alusión a mi salud delicada.

Algo más adelante hablaré de nuestras relaciones con los *Santos* que nos acogieron a nuestra llegada a Devonshire. La austeridad de las maneras de mi padre se acentuaba, a lo que creo, constantemente, por su temor de ser un escándalo para las conciencias de aquella nueva congregación. Las suponía, sin duda, más delicadas de lo que realmente eran. Complacíase en repetir «que una mancha pequeñísima en la conciencia nos aleja mucho de Dios», y contaba por cientos y por miles todos los errores de conducta posibles. Durante este invierno llamóle particularmente la atención la fiesta de Navidad, en la que, aparentemente, apenas había reparado en Londres.

En este asunto de las fiestas de la Iglesia, sostenía ideas de una rareza casi grotesca. Las consideraba fútiles y sin valor;

pero la fiesta de Navidad le parecía con mucho la más aborrecible y nada menos que un acto de idolatría. «El nombre mismo es papista», acostumbraba a decir, «*Chist's Mass*, la Misa del Cristo». Y crispaba los labios como un hombre que acaba de probar por equivocación algo nauseabundo. Alegaba también la antigüedad de la pseudo fiesta tomada de espantosos ritos paganos y que no era sino un resto del abominable Yule. Denunciaba los horrores de la Navidad hasta hacer que casi me ruborizase al ver sus preparativos.

En la Navidad de aquel año de 1857, nuestra *villa* vió un espectáculo poco habitual. Mi padre había severamente recomendado que no hubiese ninguna modificación en nuestras comidas del día; no debían ser ni más ni menos copiosas que de ordinario. Fue obedecido; pero las criadas, secretamente rebeldes, cocieron para ellas un modesto plum-puding. (Descubrí con sentimiento que Mis Marks había recibido un pedazo en su gabinete.) Por la tarde, las criadas (porque ahora teníamos dos) observaron con bondad que «también el pobre querido niño debía comer un pedacito»; y a fuerza de trabajos, me llevaron a la cocina, en donde comí un pedazo del plum-puding. Al poco tiempo empecé a sentir un dolor interno, bien natural dado el mal estado de mi salud, y mi conciencia me acusaba fuertemente. Al fin, no pude soportar mi angustia moral, y, precipitándome en el gabinete de mi padre, exclamé: «¡Oh, papá, papá, he comido carne ofrecida a los ídolos!» Tuve entonces que explicar entre sollozos, de qué se trataba. Mi padre inquirió severamente: «¿En dónde está esa cosa maldita?» Expliqué que lo que quedaba estaba todavía en la mesa de la cocina. El me cogió de la mano y se precipitó en medio de las criadas asustadas, cogió el plato con los restos del plum-puding y, llevándome siempre muy sujeto, corrió hasta el montón de la basura, tiró en él el pastel idólatra y lo metió profundamente. Lo repentino, la violencia y la rapidez de este acto extraordinario hicieron en mi memoria una impresión que nada borrará jamás.

Ningún indicio me permite explicar el secreto de la pérfida dolencia que pareció torturar la conciencia de mi padre, durante todo este melancólico invierno. En cuanto a mí, creo que entró por mucho un derrumbamiento de todo su sistema intelectual. Hasta aquel momento de su carrera, había, como ya hemos visto, abrigado la ilusión de que la ciencia y la religión podían justificarse mutuamente; que era posible una especie de compromiso. Sus investigaciones le habían demostrado, con claridad cada vez mayor, que todos los departamentos de la naturaleza orgánica ofrecían pruebas visibles de lentas modificaciones de las formas y del desarrollo del tipo. Esta consideración habíase manifestado en él, y se había hecho positiva.

¿Dónde estaba, pues, su puesto en calidad de observador sincero y exacto? Evidentemente, en las filas de los investigadores de la nueva verdad con Darwin, Wallace, Hooker. Pero, ¿no dice el segundo capítulo del Génesis que en seis días los cielos y la tierra y la multitud de sus habitantes fueron creados, y que al sétimo, Dios había acabado la obra de sus manos?

Era un dilema. Las afirmaciones de la geología ciertamente *parecen* verdaderas; pero las de la Biblia, que es la palabra de Dios, *son* verdaderas. Si la Biblia dice que todas las cosas del cielo y de la tierra han sido creadas en seis días, es que han sido creadas en seis días de veinticuatro horas. Las pruebas de una variación espontánea de las formas obrando durante un espacio de tiempo inmenso sobre las estructuras orgánicas, siempre en vía de modificación, *parecen* abrumadoras; pero se las debe poner de acuerdo con la obra de la creación en seis días o rechazarlas. Ya he dicho que mi padre había urdido la ingeniosa teoría del *Omphalos* a fin de probar que era a la vez un observador estrictamente científico y el humilde esclavo de la revelación. Pero ni los partidarios de lo antiguo ni los nuevos rebeldes querían tal compromiso.

Para un espíritu tan penetrante y, al mismo tiempo, tan

estrecho como el de mi padre (un espíritu únicamente lógico y positivo, sin amplitud, sin flexibilidad y sin imaginación), sufrir un fracaso de este género era una tortura. No tenía el recurso de las naturalezas mediocres que escapan al dilema con alguna fórmula nebulosa, ni la resolución de las naturalezas fuertes que se elevan y salvan el obstáculo. Mi padre, medio sofocado por la emoción de verse levantado, por decirlo así, por la gran ola biológica, no pensó jamás en renegar de la antigua tradición, y permaneció fatigado y batido por las olas. Es extraordinario que «ese peón de albañil de la ciencia», como le llamó una vez Huxley, no se contentara con dejar a los otros, cuyos horizontes eran más extensos que el suyo, proseguir esas investigaciones puramente intelectuales, para las que no tenían aptitud alguna. Como coleccionador de hechos y clasificador de observaciones, no tenía rival en su época; su carencia de imaginación le ayudaba en ese género de trabajo. Pero era más bien un investigador que un filósofo, y carecía de esa sublime humildad que es la corona del genio. ¿De dónde venía la persuasión obstinada de que él conocía el pensamiento de Dios, de que él solo podía interpretar los designios del Creador, sino de una falta absoluta de esa modestia superior que contesta «no sé», incluso a las preguntas a las que la fe exige con aire amenazador que se conteste de una manera positiva?

CAPITULO VI

Durante el primer año de nuestra estancia en Devonshire, el noveno de mi vida, mi padre y, por consiguiente, yo, repartió el tiempo entre las reuniones de los santos, en el pueblo, y el cuidado de coleccionar, examinar y describir la fauna marina de la ribera. En el espacio de estos doce meses no tuvimos, por decirlo así, ninguna distracción social, y no franqueé ni una sola vez los límites de la parroquia. Cuando pasó el pe-

ríodo del invierno, mi padre recobró una gran parte de sus ánimos y de su actividad laboriosa, y los primeros rayos del sol nos calmaron a los dos y nos hicieron bien. Yo estaba casi siempre con él, pero teníamos ahora algunos raros personajes.

El pueblo, en particular el extremo Sur, en que se alzaba nuestra casa, no era bonito. No tenía nada de pintoresco. Su única belleza, la antigua iglesia parroquial, con su cementerio umbrío, estaba entonces casi totalmente tapada por una masa de miserables tiendas derribadas más adelante, cuando todavía era yo niño; el pueblo consistía en dos líneas paralelas de casas contiguas, todas enjalbegadas, y teniendo en su mayor parte, como fachadas, escaparates de poca importancia. La calle subía hasta la iglesia durante media milla, luego bajaba durante otra media milla; allí, súbitamente, empezaban los campos con sus cercas. El camino, a través del pueblo, que seguíamos constantemente, me aburría mucho. Temía la grosería de los niños, y no había nada en las tiendas que me llamase la atención. Andar por la estrecha acera, mal cuidada, me era desagradable y me fatigaba, y el olor fétido que, en los días de calor, salía de las puertas y ventanas, me daba náuseas. Pero aquella carrera era obligatoria, puesto que la *Sala pública*, como se llamaba nuestra capillita, estaba en el extremo de la calle.

Desde que llegamos empezamos a frecuentar aquel lugar de culto, e inmediatamente mi padre, sin ser invitado a ello, pero sin encontrar resistencia, tomó en sus manos la administración. Era una habitación cuadrada y desmantelada, construída, no sé por qué, encima de una cuadra. A través del piso solían subir olores amoniacales, mientras que estábamos dedicados a nuestras largas devociones. Antes de nuestra llegada, reuníase en la sala un reducido número de fieles, comunidad de un género mal definido, como se encontraba frecuentemente desde hacía algún tiempo en el Oeste de Inglaterra; campesinos piadosos, que no estaban afiliados a ninguna congregación cristiana y no reconocían otra autoridad que la que se apoya en

el estudio independiente de la Biblia. Abundaban las mujeres, pero había también buen número de hombres pobres, sencillos y, en general, enfermizos. Más adelante, bajo la dirección de mi padre, la congregación aumentó y adquirió un gran desarrollo. Llegó a contar entre sus miembros hombres que habían seguido carreras liberales, un almirante y hasta el hermano de un lord. Pero, en los primeros tiempos, los *hermanos* y las *hermanas* eran todos sencillos campesinos, jornaleros, jardineros, carpinteros, albañiles y sastres, lavanderas y criadas. Quisiera poder pintar con colores bastante vivos para evocarla ante mis lectores aquella curiosa mezcla de personas humildes, buenas, ignorantes y apacibles. No he tenido nunca la buena suerte de encontrar nada parecido en la historia o en la novela. Las caricaturas malévolas y desdeñosas de los mundanos se hallan tan lejos de aquello, en mi entender, como los relatos suntuosos, convencionales e insignificantes de las sectas religiosas.

El origen de tales reuniones es singular. Años antes de nuestra llegada, unos pescadores de Cornouailles, desconocidos en la localidad, fueron lanzados a la costa por el huracán. Desembarcaron, y, en vez de ir a la taberna, buscaron una sala en donde poder orar. Fervientes wesleyanos, llegaban del mar, lejos de sus hogares desde hacía tiempo y privados de los privilegios religiosos a que estaban habituados. Agrupados en la calle, en espera de la hora de la reunión, preguntaban a las muchachas que los contemplaban: «¿Amáis al Señor Jesús, hermosas?» Recibieron respuestas evasivas, pero instaron a los habitantes a que entrasen y rezaran con ellos, cosa que hicieron varios. Ana Burmington, que me habló de esto más adelante, era una de aquellas muchachas; me contó que los pescadores les dijeron: «Muy triste será que, el último día, cuando el Señor diga: Venid, vosotros, bienaventurados, no se dirija a vosotras y os grite, en cambio: Idos, malditas, y que vosotras, muchachas, os veáis obligadas a iros.» Aquellos pescadores eran jóvenes, robustos, tenían barbas negras y ojos bri-

llantes. No dudo de que se mezclara una corriente inconsciente de atracción en este episodio, aunque los pescadores estuvieran al abrigo de toda sospecha. No obedece solamente quizá a una coincidencia el hecho de que casi todas aquellas muchachas permaneciesen solteras hasta el fin de sus vidas. A los dos o tres días, los pescadores volvieron a la mar. Oraron y se hicieron a la vela, y las muchachas, que ni siquiera les habían preguntado sus nombres, no volvieron a oír nunca hablar de ellos. Pero varias de ellas quedaron definitivamente convertidas y formaron el núcleo de nuestra reunión.

Mi padre predicaba de pie en un púlpito; celebrábase la comunión ante una mesa de pino, que cubría una servilleta blanca. Los oyentes eran a veces muy poco numerosos, y generalmente tan adormecidos, que mi padre se sentía desalentado; no le faltaron nunca su celo y su energía. Solamente los que habían dado pruebas de su inteligente aceptación de la redención por la sangre de Jesús eran admitidos a la comunión, que se llamaba el *Rompimiento del pan*. Por una regla esencial, salvo raras excepciones, nadie podía *romper el pan*, a menos de no haber sido bautizado, es decir, sumergido de pies a cabeza, durante una reunión solemne, por el hermano presidente de la Congregación. A principios de nuestra estancia, se realizaba este rito con pintoresca sencillez en la playa de Oddicombe; pero esta ceremonia suscitó, incluso en aquella época, muy fuertes objeciones. Era difícil evitar la presencia de una muchedumbre burlona, y las mujeres en general retrocedían ante esta prueba. Esto resultaba en la práctica una verdadera dificultad, y mi padre, cuando los comulgantes confesaban que aún no habían sido bautizados, meneaba la cabeza y decía gravemente: «¡Ah! Huís de la cruz de Cristo.» Pero reconocía que el bautismo en el mar *era una cruz*, y, cuando concluímos nuestra capilla en la playa, se acondicionó una especie de piscina, tapada con una trampa, en la sala misma.

Entre aquellas gentes tranquilas y taciturnas, había varias de las que me acuerdo con afecto. En aquel apartado rincón

del Devonshire, que no conducía a ninguna parte, habían conservado muchos de los modales del siglo XVIII, del que los de más edad se acordaban perfectamente bien. Un anciano, nacido antes de la Revolución francesa, tenía una fisonomía que me vuelve a menudo a la memoria. Era James Petherbridge, el Néstor de nuestra reunión, vestido con una larga blusa blanca, llena de bordados, que se ponía los domingos para ir al culto; era un viejo muy alto y escuálido. Cuando el mensaje divino brotaba de labios de mi padre, las inmensas mandíbulas de Mr. Petherbridge caían poco a poco, mientras que sus rodillas se apartaban de tal modo, que parecía que no iban a poder volverse a juntar nunca. Petherbridge había sido piadoso toda su vida, y contaba a menudo, con modesto orgullo, que, cuando era mozo, el ama de la casa de labor en que trabajaba decía de él: «Creo que Jem llegará a ser metodista, por lo mucho que le agradan las conversaciones piadosas.» Acostumbraba a rezar alto en nuestras reuniones, con un vozarrón cascado, que recordaba el ruido del viento en un árbol hueco, y rara vez dejaba de expresar la esperanza de «que el Señor secundaría a Miss Lafoy (era una maestra de escuela del pueblo que formaba parte de nuestra reunión) en sus esfuerzos para hacer brotar las tiernas ideas».

La llave de la sala estaba confiada a Ricardo Moxhay, el albañil, que, sin ser de la misma generación que Mr. Petherbridge, tenía, sin embargo, *cierta edad*. No sé por qué Moxhay vestía siempre traje blanco de pana, sobre el que la menor mancha del lodo rojo del Devonshire era penosamente visible; cuando se endomingaba, hubiérase dicho que le habían blanqueado con la cal, color crema de los condados del Oeste. Sus escasos cabellos caían en largos bucles tan negros como blanco era su traje. Hombre amable y modesto, tenía una mujer todavía más bonachona y simpática que él. Nunca, que yo sepa, hablaban como no se les dirigiese la palabra, y su pasividad melancólica tenía el dón de irritar a mi padre, que un día los definió con frase sentenciosa, pero justa, diciendo que

eran «unos cristianos laboriosos, a los que no se podría, sin exageración, calificar de cristianos alegres». Me acuerdo, en fin, de casi todos los *Santos* de estos primeros tiempos como de unas almas tristes y humildes, que carecían de toda vitalidad, pero que no se quejaban, sin embargo, de nada preciso. Muchos de los miembros de la Congregación, hombres y mujeres, sufrían diferentes formas de consunción; de suerte que, las tardes de invierno, repercutían en la sala penosas y discordantes toses. Paréceme que, cuando yo era jovencillo, la mitad de los habitantes de nuestro distrito rural estaba tísica. Sin duda, nuestra comunidad religiosa, de un género tan especial, debía, como es natural, atraer más a los débiles que a los individuos robustos.

Miss Marks, paciente peregrina, aceptaba aquella rara sociedad sin murmurar, aunque creo que no le gustaba nada. Pero pronto le fue menos amarga por sus relaciones abnegadas y románticas con una de las *hermanas* que era, si mis recuerdos de niño no me engañan, una criatura encantadora. A consecuencia de esta entusiasta intimidad, Miss Marks me llevó a la familia de su nueva amiga. Casi enfrente de nuestra sala, es decir, en el extremo más apartado del pueblo, al final de uno de aquellos raros jardinillos (en los que descubrí con transportes el primer invierno, las estrellas rojas o plateadas de una flor nueva, la hepática), el escaparate de una tienda ofrecía una fila de platos, fuentes, tazas y platillos; encima había un letrero con el nombre de Burmington. Esta tienda de porcelanas pertenecía a tres hermanas huérfanas: Ana, María Gracia y Bess; la última estaba casada desde hacía poco con uno de nuestros amigos, un carpintero; las otras dos eran solteras recalcitrantes. Ana, a la que ya he mencionado, fue una de aquellas muchachas convertidas por los pescadores de Cornouailles. Tenía unos diez años más que Bess, y María era la mediana; Ana, una mujer dignísima, pero autoritaria y pronta a la cólera, tenía un carácter indomable al que, en sus momentos de calma, llamaba ella, no sin complacencia, «el

pecado que me ataca más fácilmente». Bess era insignificante, y estaba consagrada a los quehaceres domésticos, pero María Gracia era una criatura deliciosa.

Las Burmington habitaban, por decirlo así, la única casa antigua del pueblo, extraordinaria construcción de dos pisos con vastas habitaciones, pasillos tortuosos y sorprendentes diferencias de nivel. Las hermanas eran pobres, pero no menesterosas. Además de su comercio de porcelana, planchaban y cosían, y vendían el producto de un jardín bastante grande que había a espaldas de la casa. Con el tiempo, las hermanas mayores tomaron una joven, llamada Drusilla Elliot, para vivir con ellas en calidad de sirviente y de compañera. Era una convertida que seguía el culto de una secta muy parecida a la nuestra: los cristianos bíblicos. Recuerdo que me interesó en extremo oír contar cómo Bess se convirtió antes de su matrimonio. María Gracia, a causa de su salud delicada, dormía sola en una alcoba; otra mucho mayor contenía una cama de familia con dosel, en la que Ana dormía con Drusilla Elliot, y otra cama para Bess. Las hermanas y su amiga rezaban para que Bess «hallase la paz», porque era todavía extraña a la doctrina de la salvación. Una noche, exclamó de repente malhumorada:

—¿Qué estáis cuchicheando? Dormid.

—Rezamos por ti—contestó Ana.

—¿Cómo sabéis que no creo?—replicó Bess.

Y les contó que aquella misma noche, mientras que estaba sentada en la tienda, había aceptado el ofrecimiento de la redención divina. A pesar de la hora tardía, Ana y Drusilla fueron a ver a María Gracia, a la que encontraron despierta y rezando también por la conversión de Bess. Diéronle la buena nueva, y las cuatro se arrodillaron a oscuras, y dieron gracias a Dios por su infinita misericordia.

María Gracia Burmington fue la que se hizo la íntima amiga de Miss Marks, y una segunda protectora para mí. No debía de tener treinta años; era muy baja y espantosamente contra-

hecha; pero tenía una expresión animada, casi radiante. Cuando llegamos al pueblo, María Gracia estaba convaleciente de una fiebre gástrica que le había puesto a las puertas de la muerte. Recuerdo haber oído contar que el pastor oficial, un hombre gordo bastante pomposo, al que siempre lanzábamos miradas de reto sombrío, llegó a la puerta de la tienda cuando se creía en las últimas a María Gracia, y dijo: «La paz sea en esta casa», con intención de ofrecer su ministerio. Pero Ana, ardiente no conformista, de mal humor aquel día, le persiguió literalmente hasta la entrada del jardín. María Gracia se restableció y se hizo, no solamente la amiga inseparable de Miss Marks, sino el factótum espiritual de mi padre. Molestábale a él ir de casa en casa a visitar a los *Santos*, y María Gracia Burmington se encargó con gusto de esta tarea. Se mostró de una gran ayuda, buscó y alentó con efusión a todos aquéllos (las mujeres sobre todo) que eran atraídos por la predicación de mi padre; durante muchos años, fue para todos nosotros una alegría y un consuelo. Pero cuando su enfermedad se agravó hasta el punto de no poder levantarse, era, en su retiro, un centro de actividad y de alegría.

Mi padre, siempre cuidadoso de lo que pudiera confirmar mi vocación espiritual y, por decirlo así, clavarme definitivamente en ella, pensó que un medio de habituarme a lo que llamaba «un trabajo pastoral al servicio del Señor», sería hacer que acompañase a María Gracia en sus visitas. Si se recuerda que yo tenía solamente ocho años y medio cuando se puso este plan en ejecución, no chocará saber que no le coronó un buen éxito. Las visitas a los pobres me eran muy desagradables; me sentía intimidado, no se me ocurría nada que decir, no comprendiendo además sino con mucho trabajo el suave dialecto del Devonshire. Por añadidura, temía y detestaba la atmósfera de los patios. Había que pasar por toda la gama de los olores, unos tan débiles, que acariciaban la nariz como un beso de hada; otros tan violentos, que tumbaban de espaldas; unos empalagosos, nauseabundos; otros amargos, con un dejo de aceite

capilar rancio. Había los nobles y francos olores de porquerizas y pozos negros, que son sin vergüenza lo que son; pero había tambien los olores femeninos, disfrazados de mil maneras, en que los aromas de los perfumes baratos parecían mezclarse vagamente con las emanaciones del cubo de tocador. No era, a lo que creo, que nuestras aldeanas fuesen particularmente sucias; pero la ciencia sanitaria no se había inventado aún, y mi pobre nariz era sensible hasta un punto enfermizo, incluso ridículo. Volvía a menudo de nuestras visitas a los *Santos* completamente incapaz de probar mi frugal cena.

Había una ocasión, sin embargo, en que no sentía la misma repugnancia en juntarme al ministerio pastoral de María Gracia. Cuando ésta me anunciaba, una hermosa tarde, que iríamos a Pavor y a Barton, siempre sentía prisas por marchar. Tratábase de dos aldehuelas comprendidas en nuestra parroquia, puntos de partida probablemente de su población. Pavor, aun en aquella época, se hallaba en un estado tal de decrepitud, que no existía ya, por decirlo así; pero Barton conservaba su calle irregular de antiguas casucas. Pero todas tenían un patiecillo o jardincillo, llenos algunos de rosas, jazmines y de ese lindo arbusto trepador que en ninguna parte se da mejor que en Devonshire, y que se llama níspero del Japón. Barton ofrecía un chocante contraste con nuestro pueblo rudo, de mezquinas casas modernas y sin vegetación. Húmedas colinas rodeaban el caserío de Barton; árboles centenarios, que le cubrían con su sombra, llegaban allí por un paseo que en aquella primavera fue para mí una maravilla y una revelación, porque, según las mismas expresiones de Shelley:

Allí, en los tibios setos, brotaban el abundoso agabanzo,—el verde césped y el oxiacanto, color de luna,—las flores del cerezo y blancos cálices, cuyo vino—era el brillante rocío no secado aún por el día;—y las rosas silvestres y la hiedra trepadora—con sus botones y sus hojas sombrías extendiéndose por doquiera.

Alrededor, y más allá de Barton, extendíase para mí el país

de las Hadas. Todo era misterioso, inexplorado, de una riqueza infinita. Yo penetraría en él, con la espada de la ilusión en la mano y en la cabeza el casco del valor, «cuando fuese un mozo», decía sentenciosamente a María Gracia. Por el momento, había que contentarnos con ser una pareja poco aventurera: una mujercita doblada en dos y un niño muy seriote, que caminaban despacio de Pavor a Barton, y hablaban muy familiarmente en un lenguaje en que los términos bíblicos se mezclaban de una manera chocante con las frases más corrientes.

Cuando volvíamos, mi padre me preguntaba a veces detalles sobre nuestra excursión: adónde habíamos ido, qué habíamos visto, qué testimonio habían podido dar las personas visitadas de la bondad del Señor para con ellas; cómo María Gracia había contestado, a manera de exhortación, de reprensión o de consuelo. Estas preguntas, que detestaba entonces, me fueron útiles, porque me habituaron a concentrar mi atención sobre lo que ocurría en nuestras visitas, a fin de poder dar cuenta de ello si me lo preguntaban. Mi padre se mostraba muy indulgente en esto; ejercitaba mis medios de expresión, y no se burlaba de mí cuando la inteligencia me faltaba. Pero oí que Miss Marks y María Gracia discutían el asunto, haciendo alusiones «al que usted sabe que no está a cien millas de aquí», creyendo que no reconocería yo el pájaro por tener metida la cabeza en un saco de metáforas. Comprendía perfectamente, y deduje que no les parecía prudente llevarme a lugares malsanos. Así, María Gracia llegó gradualmente a no llevarme consigo sino cuando iba al campo; y aun entonces, al entrar en una casa, me dejaba casi siempre afuera, correteando entre las flores y persiguiendo mariposas.

No puedo, sin embargo, pasar en silencio el importante lugar que ocuparon en nuestra vida, en la primavera y durante el verano de 1858, las visitas a la playa para coleccionar ejemplares de la fauna submarina. En cuanto se hubo calmado el dolor sufrido por su fracaso como teórico, mi padre volvió a

la principal ocupación de su vida: el estudio práctico y detallado de las formas animales. No era un biólogo, en el verdadero sentido de la palabra. La luminosa indicación dada por Flaubert sobre lo que debe ser la acción del pensamiento científico, «emancipando el espíritu y pesando los mundos, sin odio, sin miedo, sin piedad, sin amor y sin Dios», estaba en absoluta oposición con la actitud de mi padre; pero, no obstante, poseía vastos conocimientos científicos. Sin embargo, lo repito, no era un filósofo; era incapaz, por temperamento y por educación, de hacer vastas generalizaciones y subtraerse, con una amplia ojeada de conjunto, a la molesta minucia de los detalles. Nada se le escapaba cuando miraba a través de una lupa; era ciego ante la inmensidad de la naturaleza. Faltábanle totalmente ciertos sentidos; creo que, a pesar de su sentimiento de la justicia, no tenía ninguna idea de la importancia de la libertad; a pesar de toda su inteligencia, el círculo en que se movía su espíritu era muy limitado; a pesar de toda su fe en la palabra de Dios, no tenía ninguna confianza en la bondad divina; y a pesar de toda su piedad, tomaba habitualmente el temor por el amor.

Era en la playa, andando a lo largo de los pedregales o trepando por los conglomerados que avanzaban en promontorio entre blancas espumas, o inclinándose sobre alguna charca dejada por la marea en el hueco de alguna roca, depósito de nuestras riquezas—era en estas circunstancias cuando mi padre se mostraba más dulce y más humanizado.—Aquella mirada dura, que contraía sus ojos y que me era tan penosa; aquella mirada procedente de una angustia moral que le quitaba el sueño, desaparecía, y su cara tomaba una expresión siempre grave, sin duda, pero serena y benévola. Las charcas de agua de mar azul y obscura reflejaban, entre las algas lisas y lucientes, las figuras de un hombre de edad media y de un muchachito, ambos igualmente ardorosos en sus pesquisas, y casi me atrevo a decir que igualmente bien preparados para este trabajo.

El que tratara en nuestros días de ir a aquellas riberas y

seguir nuestras huellas, hará bien en darse cuenta, antes de tomarse el trabajo de remangarse, que su celo sería perdido. No hay ya nada donde antes había tanto. Entonces, en el intervalo de las mareas, las rocas eran jardines submarinos de una belleza que parecía a menudo fabulosa y era positivamente engañadora, porque si alzaban con mano delicada las cortinas de algas del estanque no rizado por el viento, podíase ver un instante sus paredes y su fondo sembrados de flores vivientes, de color marfileño, amarillo, anaranjado y amatista, que, sin embargo, desaparecían en los huecos de las rocas en cuanto se tiraba una piedra para disipar el sueño mágico.

Hace un medio siglo, en las costas del Devonshire y de Cornouailles, en que la piedra calcárea de la orilla del agua está a veces completamente perforada, la línea de marea era como la urna griega de Keats, «la esposa aún no raptada de la soledad».

Las charcas y los estanques estaban siempre llenos; que la marea fuese alta o baja, no eran agitados más que dos veces cada veinticuatro horas, cuando las corrientes frías de la pleamar iban a llenarlos; luego los dejaban desbordantes, prestos a ser vivificados por los vientos tibios del aire. Hubiéranse dicho cestos de flores vivas, de una perfección tan exquisita, que mi padre, a pesar de las exigencias de su trabajo, se detenía a menudo, antes de arrancarlos, y decía: «Verdaderamente, es lástima perturbar semejante reunión de maravillas.» La antigüedad de aquellos estanques y la sucesión infinita de sus criaturas muelles y radiantes: anémonas de mar, plantas marinas, conchas, peces que los habían habitado sin ser molestados desde la creación del mundo, ocupaban la imaginación de mi padre. «Llegamos de pronto—decía—adonde nadie antes que nosotros pensó ir; si el Edén se hubiera encontrado en Devonshire, Adán y Eva, al avanzar alegremente para bañarse en la espuma irisada por el arco iris de mil colores, hubieran visto idénticamente las mismas cosas que nosotros veíamos entonces: los salicocos deslizándose como transparentes chalupas,

la *Anthea* agitando en el crepúsculo sus espesos tentáculos de un blanco de cera, y las familias del alga comestible dejándose llevar dulcemente por la corriente del agua, como inmensas banderas rojas desplegadas.»

Nada de esto existe ya desde hace tiempo. El círculo de bellezas vivientes que rodeaba nuestras riberas era muy reducido y muy frágil; si existió durante tantos siglos, fue únicamente gracias a la indiferencia, a la dichosa ignorancia de los hombres. Estos estanques de rocas, rodeados de coralinas, llenos de agua inmóvil, casi tan translúcida como el aire, en donde la vida pululaba bajo sus formas más bellas y más sensibles, no existen ya; han sido todos profanados, vaciados, despoetizados. Un ejército de coleccionadores ha pasado por ellos y ha entrado a saco en cada rincón. El paraíso fantástico ha desaparecido, el maravilloso producto de siglos de selecciones naturales ha sido aplastado bajo los rudos pies de la curiosidad bien intencionada, pero imprevisora. Mi padre, tan respetuoso, tan conservador, es responsable, por el hecho de la popularidad adquirida por sus libros, de una calamidad que no había previsto; pronto se dió cuenta de ello y experimentó un gran pesar. Nadie verá ya en las riberas de Inglaterra lo que yo vi en mi infancia: esa aparición submarina de rocas, salpicadas y estrelladas de una infinita variedad de anémonas y empavesadas con sedosas banderas purpúreas y carmesíes.

Al revivir estas impresiones, no puedo ponerlas en un orden cronológico exacto. Las expediciones de que hablo empezaron pronto en 1858; llegaron a su apogeo durante el verano de 1859 y no cesaron por completo, a lo menos en lo que concierne a mi padre, hasta veinte años después. Pero mientras que componía lo que, al decir de los sabios, es su contribución más valiosa a la ciencia: *Historia de las anémonas de mar y de los corales de Inglaterra*, fue cuando trabajamos a orillas del Océano con este fin definido, y la última parte de esta obra, todavía clásica, estuvo dispuesta para la imprenta en 1859.

He aquí cómo trabajaba mi padre en ocasiones. Metíase

hasta la cintura en uno de aquellos inmensos estanques, para examinar la superficie de la roca encima y debajo del agua. En esos lugares difíciles de acceso (en los que yo no podía aventurarme nunca obligado a permanecer—Andrómedes un poco temeroso—encadenado en terreno más seguro) se ocultaban especies animales y vegetales de una variedad maravillosa. Mi padre buscaba los sitios de la roca que mejor refugio ofrecían a una gran variedad de criaturas vivas, y cortaba fragmentos lo más bajo posible en el agua. Estos trozos de roca eran inmediatamente sumergidos en jarras de agua salada que llevabámos con tal objeto. Cuando recogíamos todo lo que podíamos llevarnos, emprendíamos el camino de vuelta, largo y escarpado. En casa, poníamos nuestro botín en unas artesas bajas llenas de agua de mar. Al cabo de unas horas, cuando todas las impurezas habían caído al fondo y se habían repuesto del transporte todos los seres vivos que habíamos traído, empezaba mi trabajo. Mi vista, a pesar de una miopía molesta, era de una fuerza y de una claridad extraordinarias. Incapaces de examinar los objetos a la menor distancia, mis ojos se habían habituado a ver todos los detalles de una superficie infinitamente pequeña. La artesa con nuestros trofeos estaba sobre una mesa, cerca de la ventana, y yo, de rodillas en una silla, frente a la luz, me inclinaba sobre la superficie hasta que no estuviese más que a una o dos pulgadas de mis ojos. A menudo, en mi celo me inclinaba tanto que metía la nariz en el agua, lo que me daba un ligero estremecimiento. Si un espectador ocioso me hubiera encontrado en esta actitud, hubiese creído que trataba de lavarme la cabeza y que no me determinaba a meterla. Permanecía a veces mucho tiempo conteniendo la respiración y examinando con extremo cuidado cada átomo de roca, cada partícula de restos. Mi padre hubiera necesitado una lupa para este trabajo; usaba una para comprobar y completar mi examen. Él mismo ha testimoniado bondadosamente la utilidad de mis observaciones en su *Actinología Británica*, en donde dice que debe mucho «a la vista penetrante y bien ejercitada de su

hijito». Y si está permitido hacer el propio elogio, ¿cuántos eminentes biólogos y miembros célebres de la Sociedad Real podrían jurar, con la mano en la conciencia, que antes de la edad de diez años habían añadido no solamente una nueva especie, sino un nuevo género a la fauna británica? Esto lo puede hacer, sin embargo, el autor de estas páginas, porque el 25 de Junio descubrió un corpúsculo infinitesimal, y corrió, presa de la mayor agitación, a anunciar el descubrimiento de aquel animálculo, «cuya forma le era desconocida», y que desde entonces figura en todas las listas de anémonas de mar como la *Phellia murocincla*. ¡Ay! ¿Cómo es que tan hermoso comienzo no haya producido un biólogo más?

Aquellas deliciosas idas y venidas a orilla del mar hubieron de mejorar mucho mi salud; sin embargo, todavía la consideraban frágil. Me abrumaban con mantas y tapabocas, y cuando paseaba entre Miss Marks y María Gracia, parecía un fardo de franela. Esto bastaba para darme un aspecto delicado que los *Santos* no tenían el menor escrúpulo de comentar ante mí, de la ruda manera que les era habitual. Me impresionó mucho la conversación que tuvieron una noche las criadas junto a mi cama. Una enorme cocinera, Susana y Kate, la charlatana y pesada doncella, qne componían nuestra servidumbre, estaban una noche de verano, no sé por qué, cada una a un lado de mi cama y hablaban. Yo había cerrado los ojos y permanecía completamente inmóvil a fin de evitar hablarlas.

—¡Pobre corderillo!—dijo Kate en tono familiar;—no estará mucho tiempo en este mundo; seguramente que se va a ir con Jesús, no tardando, a juzgar por su cara.

—Nada de eso—contestó Susana;—yo he soñado con él, y estoy segura de que será conservado para el servicio de las misiones.

—¡Para el servicio de las misiones!—repitió Kate impresionada.

—Sí—continuó Susana con énfasis solemne;—derramará su

sangre por el Señor en los países paganos; es lo que le espera en el porvenir.

Cuando se marcharon empecé a dar puñetazos en las mantas, y juré que, sucediese lo que quisiera, no iría jamás, *jamás*, a predicar el Evangelio entre esos horribles negros de los trópicos.

EDMUNDO GOSSE

(Continuará.)

EL CLONDIC

Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

VII

Mi primer viaje en trineo.

El 11 de Enero de 1899 fuimos en un trineo, tirado por perros, a visitar los distritos mineros. Ibamos Morton, Enrique Munn y yo, con cinco perros enganchados dos a dos. Enrique Munn representaba el tipo por excelencia del *clondiquer*. Creo que había adquirido muy honrosamente sus diplomas en Cambridge. Le conocí en San Miguel, en el mes de Enero de 1898. Había descendido del Yukon, durante mil ochocientas millas desde los lagos, en una canoa Peterborugh, llevando por todo equipaje un saco de harina, un infiernillo para cocinar y un fusil.

Había por allí tantos gansos y patos como mosquitos. Durante las largas tardes—el sol no se ponía antes de las once,—Enrique Munn iba a una caleta. Recogía alguna maleza, encendía fuego, y en un palo asaba un pato o un gamo que cazó el día anterior. Después ponía su canoa a flote, se acostaba comódamente en el fondo y dejaba que la embarcación se deslizase sola por la corriente tranquila, aunque rápida. Como el río no estaba cortado por bancos de arena ni cascadas, no te-

nía nada que temer. Si su *Peterborugh* daba en la orilla o en una isla de arena, el choque le despertaba; daba entonces un impulso a la embarcación, a fin de ponerla en la corrriente, y volvía a dormirse.

Enrique había vuelto a Dawson, y al regreso de una nueva excursión de caza que acababa de hacer en las fuentes del Clondic, aceptó con gusto unirse a nosotros para hacer aquel corto viaje y servirnos de automedonte. Nuestros perros, tres malamuts y dos de raza extranjera, no parecían famosos. Enrique había apalabrado para nosotros un buen tiro, compuesto únicamente de malamuts; pero como la víspera habían salido de Dawson varios hombres precipitadamente, el propietario de los perros pudo alquilarlos mucho más caro a algún minero apremiado por marchar. Hubiéramos podido quejarnos y llevarle al Juzgado; pero, ¿para qué? El trato se había hecho de palabra, y no habíamos entregado ninguna cantidad. Además, aquel invierno, en Dawson, los negocios estaban un poco relajados. Empezábase apenas a conocer a las gentes, y estaba bastante generalmente admitido que cuando alguno cometía un error podía retractarse, sin que se le buscase camorra, si es que estaba a tiempo de hacerlo. Así, tras los comentarios más diversos y más variados, encargamos sencillamente a Enrique que tomase lo que encontrara en el mercado de perros, y pudimos salir a la hora convenida. Morton hacía el viaje para poder enviar, a su vuelta a Dawson, a sus jefes de Londres, sus observaciones y sus impresiones.

El tiempo estaba frío, seco y claro como si la atmósfera hubiera estado vacía cuando tomamos la calle larga y silenciosa que seguía la orilla del Yukon. La superficie del río estaba lisa como mármol pulimentado. El vasto manto de nieve que la cubría no parecía hacer una arruga, y no estaba rayado sino por la pista de los trineos que conducía a White-Horse, y otra más estrecha y apenas visible que se dirigía hacia el Oeste de Dawson.

Las puertas de todas las cabañas estaban cerradas; a los

lados y ante el umbral, pedazos de hielo estaban encajados como maderos, y columnas de humo salían de las chimeneas. Las gentes que encontrábamos, que por sus trajes hubiéramos podido tomar por esquimales, parecían desbordantes de alegría y de salud. Nos gritaban: «¡Hasta la vuelta!» cuando pasábamos.

Al llegar al final de la calle, franqueamos la orilla y nos lanzamos al Clondic, que seguimos teniendo cuidado de mantenernos en medio de la pista. Aquel camino debía conducirnos al río Hunker. Después de haber pasado el punto de confluencia del Clondic y el Yukon, percibimos a nuestra derecha muchas cabañas. Sucedíanse en la orilla durante una o dos millas, pero de ninguna de ellas vimos salir humo. Aquello constituía los restos de la «carrera a la mina» de 1897.

Gentes sin amparo habían construído provisionalmente aquellas casitas, con intención de dejarlas en cuanto terminase el invierno. Parece que no haya nada estable en este país, si no es el trabajo de Dios.

Después de haber pasado aquella aldea hecha de cabañas abandonadas, dejamos atrás el río Bonanza, y continuamos nuestro camino. A derecha e izquierda, en las vertientes de las colinas que bordeaban las dos orillas del Clondic, observábamos muchos arbustos.

Los perros galopaban sin ruido, y el trineo parecía volar. Enrique, de pie en la trasera, llevaba el timón; pero la pista era tan estrecha y tan clara, estaba tan bien señalada por los muros de nieve que la encauzaban, que el tiro no necesitaba ser dirigido. Pronto, a pesar de los trajes de pieles de perro, de lobo y de lince que nos envolvían, sentí que un frío mortal empezaba a invadirme, y que mis pies y mis manos comenzaban a entorpecerse.

—Enrique—exclamé,—no puedo más; llevo camino de helarme. Es preciso de todo punto que paremos para encender fuego.

—¡Bah!—dijo Enrique, que, por haber pasado ya un in-

vierno en aquellas regiones, era un veterano entre nosotros.—Voy a calentarle a usted.

Abrió el abrigo en el que me había envuelto como una momia antes de acomodarme en el trineo, y empujándome con todas sus fuerzas, me hizo rodar hasta el borde. Caí, desde una altura de cosa de un pie, en la nieve blanda que bordeaba la pista.

—Ahora—dijo,—levántese y venga.

Me puse en pie cuando vi que el trineo desaparecía tras un recodo. No era el momento de hacer observaciones; además, no había nadie para oírmelas. Eché, pues, a correr todo lo de prisa que podía. Observé con sorpresa que corría muchísimo y sin fatiga. Llevaba calzado de fieltro, y mis abrigos de pieles se habían quedado en el Trineo. Tuve que correr así cerca de una milla, mientras que Enrique había imaginado el suplicio de Tántalo de permanecer siempre a corta distancia de mí, y alejarse en el momento en que creía alcanzarle. Por fin, paró los perros jadeantes, que se apelotonaron en el lugar de parada, que era su manera de descansar.

El frío era tan intenso, y los movimientos del cuerpo eran tan necesarios para combatirle, que yo no estaba ni demasiado cansado ni sofocado. A los pocos momentos de volvernos a poner en marcha me divertí en echar a rodar a Morton, cuando menos se lo esperaba, con gran regocijo mío. Era gordo y bajo, y con gran contento veía yo las gotas de sudor que brillaban en su frente, cuando Munn, rindiéndose al fin a sus llamamientos lastimosos y a sus ruegos, le dejó acercarse después de haberle hecho correr durante media hora. Repetimos esta operación varias veces, a lo que debimos nuestra salvación. El maravilloso Munn corría como un indio. Hizo así más de la mitad del camino, ya delante, llamando a los perros, ya a los lados. Por fin, ponía el pie en el borde del trineo, lo que le proyectaba hacia atrás. Erguido, recto como un timón vertical, dirigía los movimientos de los perros, tanto con sus gritos como con el látigo. *¡Glee!* *¡Ha!* y *Musch* si se añaden otras

palabras de menor importancia, constituyen todo el vocabulario de un buen conductor. *Glee* significa a la derecha; *Ha*, a la izquierda, y *Musch*, adelante. Esto último es una corrupción de la palabra francesa *marchons*, lo que prueba que los viajeros franceses canadienses han implantado su vocabulario tanto en el lenguaje de los habitantes del nuevo Noroeste como en los nombres de localidades de la región.

Encontrábamos peatones, unos que iban a Dawson, otros que volvían. Los primeros, procedentes de los riachuelos, iban cargados como animales. Nunca hubiese creído que un hombre fuera capaz de andar fácilmente con un peso tal en los hombros o a la espalda. Comprendo muy bien que el equipo completo de un soldado romano pudiera pesar sesenta libras, desde que he visto a esos vigorosos mineros marchar bravamente en medio del aire glacial, llevando a la espalda una provisión de harina, tocino y alimentos diversos, un hacha, una pala y a veces hasta una tienda de campaña. Eran demasiado pobres para tener un perro o comprar un trineo de mano que hubiera podido costarles veinte dólars; pero estaban llenos de esperanza, de salud y de contento. Ninguno parecía abatido o desgraciado. La atmósfera clara y límpida les daba fuerzas y ánimos. Iban a paso ligero, y cuando les pasábamos al trote nos bromeaban, sin que nunca pudiera ser la última nuestra réplica.

—Vamos, mi pequeño leopardo—dijo Enrique a uno de los que encontramos.—Parece usted fatigado.

—Nada de eso—replicó el interpelado.—Usted es el que tiene las mejillas pálidas como las de una muchachita. Mejor haría usted en apearse y frotárselas un poco.

El consejo no era de despreciar, porque las mejillas de Enrique estaban realmente en camino de helarse.

—¿Dónde acampará usted esta noche?

—No lo sé. Pienso que en la primera *road-house*, si no nos llevan muy caro.

—¿Adónde va usted?

—Al Hunker superior.

—¿Quiere que le ofrezca una carrerita gratis en coche?

—De ninguna manera. Me helaría en su endiablado trineo.

¡All right!

Le dejamos, pues, caminar animosamente. Una privación penosa para el viajero en estos climas es la de que, cuando está en camino, no puede beber ni fumar. Si fuma, su aliento se congela, por lo menos en parte, que cae al suelo; en cuanto a la otra parte, forma copitos, que se adhieren a la barba y alrededor de la boca. Si bebe, como el estómago se calienta repentinamente con el licor, sufre un violento cólico, y la reacción es penosa y dolorosa, si no peligrosa. Pero quedan, por fortuna, la tarde y la noche para indemnizarse.

Después de haber recorrido una distancia de veinticinco millas, nos detuvimos para pasar la noche en una *road-house* que tenía el número cincuenta y cuatro sobre el Hunker, es decir, situada al nivel de la mina cincuenta y cuatro abajo de la *Descubierta*. Llámase la *Descubierta* la primera mina que haya sido explotada sobre un río. Aquella *road-house* consistía en una vasta cabaña, sin más que una inmensa habitación de unos cuarenta y cinco pies de largo; unas vigas de pino sostenían el techo, y estaba caldeada por tres estufas. Había allí veinticuatro literas vacías, dispuestas como las de los pasajeros de segunda clase en un trasatlántico.

Una mujer estaba preparando una buena comida de caza: patatas y salmón en conserva; pero no tenía azúcar para los doce o quince viajeros recogidos para la noche. Su marido estaba ocupado en partir leña para alimentar dos de las estufas (la tercera servía a su mujer para cocinar); las atendía celosamente, cuidando de que estuviesen siempre llenas. A pesar de tanta calefacción, las paredes de madera de la cabaña estaban incrustadas de escarcha. La habitación estaba iluminada por dos grandes lámparas de aceite que colgaban de la pared, y cuya luz mortecina no hubiera permitido leer. Después de haber cenado, nos apelotonamos alrededor de la estufa mayor,

hablando del tiempo que haría al día siguiente y discutiendo de cuestiones de minas. No había sillas; solamente dos banquillos. Observé que nadie se preocupó del lugar de que veníamos. Hablar del exterior estaba vedado. No juzgábamos a propósito comentar las noticias truncadas que los periódicos de Dawson habían tomado de viajeros de paso, o de otros periódicos recientemente llegados. Podíase haber sido fuera un príncipe o un campesino; allí, en el interior, éramos todos iguales.

A las diez, marido y mujer se acostaron en unos bancos próximos, y nosotros seguimos su ejemplo. El se levantó varias veces para alimentar el fuego en la estufa grande, y trató de que diese el máximo de calor; sin embargo, sufrí cruelmente de frío, a pesar de mi traje de lince. La barraca de troncos de árboles era tan vasta y tan sombría, que creo que no se hubiera estado mucho peor al aire libre.

Al día siguiente, Enrique nos llamó temprano, pero no estábamos en modo alguno dispuestos para reanudar el viaje; yo sufría, me dolían las piernas y los pies por haber corrido demasiado la víspera.

—Vaya a dar de comer a los perros—le dije,—y vuelva.

—Les di de comer anoche—contestó.

—¿Y qué tiene que ver eso con hoy?

—Cuando se viaja, no se les da de comer más que una vez al día.

—¿Cómo?—exclamé con asombro.

—Sí, y esto produce su efecto. ¿No recuerda usted la velocidad con que recorrimos nuestras dos últimas millas ayer?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues bien, fue porque los perros percibían a lo lejos la *road-house* en donde sabían que les esperaba una cena caliente.

¡Qué diferencia con los caballos, a los que hay que dar de comer tan a menudo! A las once nos pusimos en camino, no sin lamentarnos. Temblábamos, pero nuestras piernas estaban bien vendadas, y, bajo el aguijón agudo del frío, fuimos de

prisa. A las dos o tres horas llegamos a una cabaña, en donde nos sirvieron un buen plato caliente de judías con tocino. Nuestro huésped era un hombre al que los mineros llamaban el *Juez*. En efecto; con su manera de saludar, su cortesía, su amabilidad cordial, parecíase bastante a un juez. Tal vez había verdaderamente adquirido ese título en otro país. No le preguntamos su nombre, porque estos detalles tenían para nosotros poquísimo interés.

Nos volvimos a poner en marcha. A los perros les costaba trabajo avanzar por la nieve blanda que cubría la pista, generalmente dura y lisa. El peso de nuestros equipajes, cerca de doscientas cincuenta libras, añadido al peso del trineo, hacía la tarea penosa para los perros. Morton y yo tuvimos que hacer todo el camino a pie, unas veces andando, otras corriendo. Enrique llamaba a los perros, que, dando ladridos salvajes, saltaban en el aire, se lanzaban hacia adelante con tal frenesí y haciendo tan grandes esfuerzos para arrancar, que los tirantes parecían siempre a punto de romperse. Los malamuts sobre todo, si no lograban que el trineo arrancase, se tendían hasta el punto de tocar con los vientres en el suelo y parecían serpientes; hundían sus patas en la nieve y tiraban como tigres. Para esto bastaba estimularlos con palabras; ni una sola vez tuvimos que recurrir al látigo. Jamás se hubiera esperado tanta constancia en la abnegación, tanta perseverancia en el esfuerzo, en perros semisalvajes. La sangre de lobo que corría por sus venas, al mezclarse con sangre civilizada, los había dado tales cualidades de resistencia y de fuerza, que durante un largo viaje podían prestar mayores servicios que los grandes daneses y los terranovas..

Por fin llegamos a la *Descubierta*, en donde vivía Andy Hunker, el que, por haber sido el primero en descubrir oro en aquel lugar, dió su nombre al río. La *road-house* próxima estaba servida, con gran sorpresa mía, por una mujer que había hecho el viaje de San Francisco a Dawson, vía San Miguel, con toda su familia, es decir, hijos e hijas ya mayores. Con

ayuda de Andy, con el que había de casarse más adelante, construyó aquella *road-house* de la *Descubierta*; y el negocio marchaba bien, porque por aquella parte del país, en donde había muchas minas en explotación, pasaban muchos mineros.

Después de cenar, fuimos recibidos por Andy en su cabaña, bien tibia y muy confortable. El antiguo viejo *clondiquer* nos saludó con amable sonrisa, sirviéndonos un vaso de scoth con agua.

—Pues bien—dijo contestando a nuestras preguntas;—en el mes de Septiembre de 1896 encontré el oro por primera vez. Salí de Forty-Mile en cuanto supe que Carmack había encontrado oro en el Bonanza. Pero cuando llegué, todos los buenos lugares estaban ya ocupados. Llegaba demasiado tarde. Ya ven—añadió con una sonrisa—que he recorrido el país en todas direcciones, pero no lo volvería a hacer hoy con la misma actividad. Ahora, todo va bien—dijo bebiéndose un vaso de scoth que hubiera derribado a otro cualquiera, y limpiándose los labios con el dorso de su mano vellosa.—Va bien y nada tengo que lamentar. Cuando vi que no había nada que hacer en el Bonanza y en Eldorado, vine a este lado a través de las montañas. Cuando me encontré este río, pensé que bien podría contener oro. y durante quince días trabajé de firme. Me pareció que no era malo, y volví a Forty-Mile para buscar con qué albergarme. Luego vine otra vez con provisiones de invierno y con Johnson para que me ayudase.

Y, al decir esto, señalaba a un sueco estúpido, de elevada estatura, con una cabellera de bandido, que llenaba la cabaña. Siguió:

—Tuvimos que remontarnos al Oeste del Yukon, porque de este lado el hielo era demasiado espeso. No era fácil llevar la embarcación contra la corriente, y nos costó mucho trabajo. Fue un viaje penoso, sí, muy penoso, que duró catorce días, y todas las noches bajaba más el termómetro. Por fin, llegamos felizmente aquí, construímos esta bonita cabaña, y aquí hemos seguido.

Y Andy miraba complacido el suelo sucio, los dos bancos, la ventana nada limpia, cuyos cristales estaban hechos de botellas de cerveza, y las vigas ennegrecidas del techo.

En un estante había algunos libros; eran seis volúmenes de Gibban.

—¿Quién los ha dejado aquí?—pregunté a Andy.

—¿Que quién los ha dejado aquí?—replicó él secamente.—Nadie. Yo los tengo desde hace dos o tres años. A todas partes los he llevado conmigo, y los he leído casi todas las noches, siempre que tenía tiempo. Apuesto a que sé más sobre César, Adriano, Atila, Belisario y los otros, que usted o que cualquiera otro—añadió triunfalmente.

Examiné las tapas y las hojas manchadas, pero sin polvo, y miré con respeto a aquel viejo que había conservado un gusto tan raro en tal lugar y entre tales gentes.

Por la mañana, Andy nos condujo a sus minas, y llenó una vasija de lodo que sacó de un agujero de diez pies de profundidad. Lavó el contenido en una cubeta de agua, y quedó en el fondo oro en bruto por valor de cinco dólars. Aquellos trozos brillantes me parecieron lo bastante apetecibles para hacerme olvidar el frío y la tristeza del país en que hay que buscarlo.

Pagamos diez y ocho dólars en polvo de oro por el albergue de una noche, unas malas judías, tocino, café y pan, y nos marchamos a las once. Del fondo del valle se elevaban en espirales nubes de blanco humo que oscurecían el aire, pero lo caldeaban sensiblemente. Provenía aquel humo de las hogueras que se encendían para deshelar el suelo.

Cada ochocientos metros encontrábamos un grupo de hombres trabajando afanosamente alrededor de un pozo, con una temperarura de cuarenta y cinco grados bajo cero. A la verdad, reflexión que he hecho varias veces, los que habían venido al Clondic y trabajaban de aquella manera, ganaban bien lo que encontraban y hasta merecían más.

Llegamos al paso escarpado que separa el río Hunker del

Dominion. Una vía férrea abandonada subía en línea recta la cumbre. Desafié a Morton a subirla, y, con gran sorpresa mía, no tardó en tomarme la delantera; pero, de pronto, le faltó pie y volvió a bajar la pendiente rodando, con la velocidad de un automóvil, hasta que le contuvo, sin que sufriera daño alguno, un montón de nieve. Volvió a subir, sin embargo, y, bromeando sobre el accidente, llegamos a lo alto. El frío era terrible; el termómetro debía de acusar cuarenta grados bajo cero; no obstante, nos tumbamos agotados sobre la nieve, con la frente sudorosa y sin aliento. Desde allí descubrimos un vasto panorama de un blanco crudo.

En un recodo de un nuevo camino, trazado por el Gobierno, vimos abajo a Enrique, cargado a más no poder. Vaciló y se dejó caer, todo sofocado, tirando al suelo un grueso paquete de pieles.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los perros?

Formulábamos estas preguntas mientras que la idea de un accidente, de una caída en un precipicio, se presentaba imperiosamente a nuestra imaginación. ¡Y la *road-house* más próxima estaba a veinte millas de allí!

—Nada. Es que este camino del Gobierno...—murmuró Enrique con dificultad.—Los perros no pueden subir este maldito camino ni con el trineo vacío. Lo he dejado abajo después de haberle vaciado de cuanto contenía. Los perros están a doscientas yardas de aquí, medio muertos... Necesito volver a bajar para tomar un nuevo cargamento.

De hombres de este temple proceden los creadores de imperios.

Mirábamos a Enrique, a la carga, al camino. Este era muy escarpado, y un hombre desembarazado en sus movimientos hubiera necesitado todas sus fuerzas y todo su ánimo para escalar aquella rampa resbaladiza. Pero, mientras que el frío nos penetraba, exclamó Morton alegremente:

—Vamos a bajar y le echaremos una mano.

Bajamos tras de Enrique, y hallamos los perros que se ha-

bían apelotonado, formando una masa compacta con el trineo, en medio de las mantas y de las provisiones que Enrique no se había podido llevar. Desenganchamos los perros y logramos poner el trineo en el camino, después de haberle desembarazado de su contenido. Morton pudo entonces enganchar de nuevo y marchó delante, mientras Enrique y yo subíamos más lentamente la pista con el resto de nuestros efectos. Fue un triste cuarto de hora el que pasamos. Como ocurre frecuentemente en medio del invierno, los rayos del sol habían ablandado la superficie del hielo, de suerte que, en vez de deslizarse fácilmente, los patines del trineo se hundieron una o dos pulgadas. Los perros, a pesar de sus arrestos y buena voluntad, tuvieron entonces que pararse en seco, en la imposibilidad absoluta de arrastrar el trineo, por ligero que fuese. Era de todo punto preciso ayudarles. Dejamos en el suelo cuanto llevábamos, y, a fuerza de tirar y de empujar, nosotros y los perros, concluímos por avanzar un poco; entonces tuvimos que volver sobre nuestros pasos para recoger los efectos. Llevábamos mucho wisky, pero no nos atrevíamos a tocarlo.

Necesitamos dos horas para llegar al punto en que ya estuvimos Morton y yo. Creo que si el funcionario encargado por el Gobierno de la conservación y vigilancia de aquella pista se hubiera entonces encontrado allí, le hubiésemos hecho llevar una buena parte de la carga, y esto amén de las críticas y observaciones.

Comenzamos la bajada. Hombres y cosas estábamos amontonados en el trineo, y Enrique Munn hacía ir a los perros con una rapidez espantosa. Así descendimos con una velocidad loca la otra vertiente de la colina, de tanta pendiente por lo menos como la que acabábamos de dejar. Enrique estimulaba a los perros, y los bravos animales se veían obligados a una atención de todos los instantes. Si uno de los perros hubiera tropezado y caído, no se hubiese podido hacer nada. Mi corazón palpitaba de angustia, y me agarraba nerviosamente al trineo cuando llegábamos a recodos bruscos. Los pedazos de

hielo saltaban alrededor de nosotros, y avanzábamos entre un torbellino de nieve que nos envolvía como una nube.

Al principio todo fué bien. El perro guía, de cuya destreza dependía nuestra suerte, no perdió pie. Era un animalito inteligente, del tipo del mastín escocés. Llevaba el convoy a una marcha loca al bajar las pendientes abruptas, y, tras él, los malamuts ladraban como perros de caza... Pero un trineo de ocho pies, tirado por cinco perros en fila, forma una cinta de bonita longitud. No era cosa de juego dirigir todo aquello. Sucedió que el extremo de uno de los patines de acero del trineo tropezó con un bloque de hielo que se encontraba en medio de la pista. Fue un relámpago: el trineo saltó en el aire como una pelota y, arrastrado por su peso, rodó hasta el pie de la pendiente; los perros, que, en esta coyuntura, en vez de tirar, eran arrastrados, daban aullidos espantosos. Enrique, que, muy afortunadamente, se había apeado del trineo para andar, poco antes del accidente, acudió a nosotros, mientras que, hundidos en la nieve, éramos los espectadores lastimosos del desorden de nuestros efectos.

—¿Cómo están ustedes?—dijo en tono de chanza.—¿No les parece que es hora de levantarse? Saben que no podemos quedarnos aquí toda la noche.

Él estaba tranquilo, y aquella era su manera de animarnos y consolarnos.

—Quite primero todo lo que tenemos encima—contesté:—los perros, el trineo, el wisky y la nieve. Después nos levantaremos ciertamente.

Hizo lo que le decía, y por fin pudimos alzarnos. En suma, el daño no era grande. No se había roto nada, y no se lastima uno al caer en un montón de nieve.

Eran las siete, y el cielo resplandecía de estrellas, cuando llegamos sin menoscabo alguno al núm. 11 de la *Descubierta*, poseída por un francés canadiense en el río Dominion. Nos sirvieron una buena comida de fresas del Clondic, acompañadas de tocino, pan y patatas, y buscamos inmediatamente después

un lugar donde poder descansar un poco. La alcoba era contigua a la habitación que servía de bar y de comedor. Eran las dos únicas habitaciones de la barraca. No hallamos cama; pero, a cosa de un pie del suelo, una especie de plataforma apoyada en la pared. Allí estaban durmiendo seis hombres. La obscuridad estaba un tanto disminuída por el débil resplandor de una estufa que no daba mucho más calor que luz. Elevamos de seis a nueve el número de durmientes.

Los dos días siguientes los empleamos en visitar y examinar las minas. El método de explotación era poco más o menos el mismo en todas partes. Perforábase hasta veinte o treinta pies a través de la costra dura quemando leña; luego se establecían galerías que partían en todas direcciones por el suelo rocoso en que se encuentra más oro. En estas galerías arrancábase el lodo, que se subía a la superficie, en donde se amontonaba para lavarlo en primavera cuando el deshielo hubiera procurado agua. Vimos varias veces abrir un pozo de una manera verdaderamente primitiva. He aquí cómo procedían los mineros: caldeaban sobre una hoguera, durante dos horas, piedras redondas y chatas, de dos pies de diámetro y seis pulgadas de espesor; después las colocaban en el fondo del pozo. Parece que estas piedras calientes deshielan y ablandan el terreno mucho mejor que lo haría un poco de leña, y que se gasta así menos leña, sirviéndose de esas piedras para deshelar el suelo que quemándolo directamente.

Lo dudo, sin embargo, porque he visto muy pocos mineros emplear este procedimiento. Esta cuestión era muy importante, porque los árboles escaseaban en el río Dominion.

Cientos de hombres trabajaban allí pacientemente. No obstante, los resultados no nos parecieron excelentes. Los pozos eran más profundos en el Bonanza o Eldorado; hallábase más agua en el fondo, pero las paletadas de lodo que sacaban parecían mucho más pobres.

Mientras que visitábamos las diferentes minas, el tiempo era muy bueno; la temperatura no bajaba de veinte grados y

el sol lucía. Las cumbres de las colinas estaban coronadas de arbolillos cuyas ramas brillaban como perlas en la luz. Todos nos sentíamos alegres y felices, hasta nuestros bravos perros que saltaban a nuestro alrededor en la nieve.

Comimos bastante bien, y estábamos provistos de algunas botellas de cierto clarete de California, resto de dos barriles que traje conmigo de San Francisco. Parecíamos convidados de los antiguos festines romanos.

El propietario de la *road-house* era un francés canadiense, al que nos costaba trabajo entender. Su francés hubiera tal vez sido puro en tiempos de Luis XIV, pero no le habrían ciertamente entendido en los bulevares de hoy. Es un hecho bastante raro y digno de admiración, que esta raza, que ha estado aislada y alejada de Francia durante estos dos o tres últimos siglos, haya conservado tan puro su antiguo lenguaje.

Yo no entendía mucho mejor su inglés. El y su familia eran canadienses desde hacía varias generaciones. Estas gentes no son nada instruídas; la vida sana que llevan a través de los bosques, en los lagos y en los ríos del Noroeste, al darles la salud y el vigor, constituye ella sola toda su educación.

VIII

Eldorado y el Bonanza.

El 16, temprano, dejábamos el Dominion y ganábamos el riachuelo Sulphur, pasando por Caribu. La pista, aunque subiendo en pendiente suave hasta cerca de la cumbre, era bastante dura; pero arriba aumentaron las dificultades: la pendiente era mucho más rápida, y necesitamos hacer dos viajes para subir todos nuestros efectos. En nuestro camino nos cruzábamos frecuentemente con viajeros que iban en trineos tirados por perros. Encontramos dos hombres que iban de conserva, llevando cada uno de ellos, a espaldas, una carga de más de cincuenta kilos de provisiones y de útiles de minero. Cómo

llegaron a subir la pendiente hasta arriba, y, sobre todo, a franquear la última parte del camino, que era tan escarpada que hasta para un hombre con las manos y los movimientos libres era penoso escalarla, es cosa que nunca pude comprender. Aquellos pobres diablos se habían evidentemente decidido a hacer la expedición, y debían tener justamente el dinero necesario para comprar con qué comer.

El valle del Dominion, que acabábamos de dejar, encajonado en medio de altas montañas de nevados picos, forma en aquel lugar como una vasta bacía.

Unos cuantos árboles diseminados y unas tenues espirales de blanco humo, que se elevaban en la atmósfera clara y transparente, daban una nota algo más alegre al paisaje. Anduvimos todavía una milla o dos, y llegamos a la cumbre, plana, sobre la que se extendía, como por todas partes, el inmaculado manto de nieve. Lanzamos entonces una exclamación de alegre sorpresa al ver allí una *road-house*. Pero, ¡ay!, nuestro contento fue de corta duración: cuando Harry preguntó al propietario si iba a poder servirnos pronto de comer, fue para oírle contestar:

—No tengo absolutamente nada. Los corredores se han llevado cuanto había aquí.

—¿Qué corredores?—exclamé yo.

—¡Cómo! ¿No saben ustedes que hay una carrera a la mina, en el Gold Run? Los últimos han pasado cerca de aquí esta mañana a eso de las dos. Todas mis provisiones se han agotado, y no me queda más que una botella de wisky—añadió frotándose las manos con evidente satisfacción.

Decía verdad, y más adelante oí hablar a menudo de semejantes historias de «carrera a la mina». El propietario de la *road-house*, que estaba dos terceras partes borracho, tenía, sin duda, el vino triste, porque parecía taciturno, cuando, por el contrario, el placer de haber liquidado de un golpe todos sus géneros debía tenerle animado. Logramos, no obstante, que nos enterara de los hechos siguientes:

El día anterior habían llegado en trineo a Dawson dos canadienses, procedentes del Gold Run, distante cuarenta millas. Habían ido al *Land Office*, y allí, después de haber enseñado polvo de oro y dado los informes necesarios, hicieron que su lote de terreno fuese reconocido por el Gobierno. Compraron luego los objetos que necesitaban y se volvieron a marchar inmediatamente. Tratábase de un riachuelo muy ignorado, perdido a lo lejos; sin embargo, gracias a las indiscreciones de los funcionarios, la noticia se había propalado. Este le contó la cosa en secreto a aquél, quien a su vez se la comunicó a un tercero, después a un cuarto, y así sucesivamente. De esta manera pronto empezó una carrera a la mina. Numerosos mineros marchaban, los unos a pie, los otros con perros de todas razas y castas; éstos llevando consigo víveres, aquéllos con las manos vacías, y todos, a pesar del frío penetrante, se precipitaban hacia el Gold Run, es decir, a una distancia de cuarenta millas, corriendo por el hielo y por la nieve, escalando ventisqueros y montañas, franqueando cuanto se les ponía delante.

Así es que como muchos de ellos habían pasado por el camino que nosotros seguíamos, las provisiones, poco abundantes, de la *road-house* se habían agotado. No nos quedaba otro recurso que apretarnos los cinturones y continuar nuestro viaje.

La cumbre sobre la que nos encontrábamos entonces, formaba una azotea de ocho millas de largo por una de ancho, absolutamente plana, y cuyo suelo, recubierto de cinco pies de nieve, era liso y blanco como el alabastro. Habíase trabajado en la nieve y trazado una pista de dos yardas de anchura en la capa de hielo dura y azulada. El contraste de los colores era curioso; hubiérase dicho un ramo de violetas marchitas entre dos manojos de claveles blancos. Ante nosotros cruzó la pista corriendo un *gopher* que, a duras penas, se libró de los colmillos de un perro hambriento que trató de atraparle al paso. Tenía la piel de una blancura deslumbradora. Ignoro como se las componen estos animales para vivir en la nieve durante esto

terribles meses de invierno. Deben hallar algún alimento en el suelo helado. El que vimos era muy pequeño, casi del tamaño de un ratón y probablemente no estaba solo. Parece que no hay en el mundo lugar alguno, por desolado y perdido que esté, en el que no se pueda encontrar un sér viviente. Creo que si se llega alguna vez al Polo Norte, se le encontrará cubierto de un rebaño de búfalos.

Galopamos todos, hombres y perros, durante una hora escasa, y llegamos a la bajada que conducía al río Brimstone. Lo que vimos nos llenó de terror. Nuestro trineo tenía ocho pies de largo por diez y ocho pulgadas de ancho. Con el tiro de los cinco perros en fila, había sus buenos veinticinco pies desde el timón de atrás hasta el hocico del perro de cabeza; y, ante nosotros, la pista en pendiente parecía no tener más que cinco pies de largo, porque desaparecía en un recodo brusco bajo los árboles, muy apretados en aquel lugar, para no reaparecer sino mucho más lejos después de haber dado mil vueltas.

Cuando viajábamos, Harry era nuestro capitán de ruta. Pronto tomaba una decisión y daba órdenes.

—No puede pasar todo—dijo.—La pista es demasiado estrecha y demasiado sinuosa. Hay que desenganchar los perros y conducirlos hasta abajo. Yo me encargo de hacer que baje el trineo.

Morton, que, contra la costumbre de los escoceses, buscaba siempre el trabajo más fácil, se ofreció en seguida para llevarse los perros. Los desenganchó del trineo, pero los dejó atados juntos. Pusiéronse a ladrar y dar saltos. En su alegría de sentirse desembarazados del peso del trineo, se lanzaron adelante arrastrando a Morton, que se cayó al suelo, pero no soltó las riendas, y consiguió por fin reprimir la impetuosidad de los animales. Cuando los vi desaparecer en su carrera, observé que no había ya nada que hacer. No obstante, hubiera deseado ser útil.

—¿Qué podría hacer yo, Harry?—pregunté.

—Nada. Baje hasta Brimstone, y procure solamente no romperse la cabeza. Yo me encargo de lo demás.

—¡Qué bromista es usted!—contesté alegremente.—Voy a ayudarle a bajar del trineo.

—¿Ayudarme? ¿Y de qué manera, si le parece?—replicó con sonrisa ambigua.

—Pues me pondré al timón y cuidaré de que el trineo no tropiece en las vueltas.

—Bueno. Está muy bien; hágalo usted.

Y marchamos, él corriendo delante del trineo, ágil como un gato, con una ligera cuerda en la mano.

—Nosotros—es decir, el trineo y yo—seguíamos pesadamente como un elefante o un hipopótamo. Pero ¡ay!, al dar una vuelta, en un recodo, nos cerró el paso un arbusto como un muro de piedra, y el trineo se paró. Pero yo no me paré con él; continué la carrera. Pude evitar el obstáculo, pero fuí a caer en un talud de nieve tan profundo que desaparecí en él por completo. Harry Munn esperó tranquilamente a que saliese de allí, sin ayudarme en lo más mínimo.

—Hay que sujetar el trineo, ¿sabe usted?—me dijo irónico.

—Me parece que el árbol lo hace bastante bien—contesté indignado.

Pero él continuó:

—¿Qué es lo que piensa usted de sus nuevas funciones? Ya sabe que no le pedí yo que me ayudase.

He aquí lo que me agradecía lo hecho. ¡Y estábamos solos, perdidos en las regiones árticas!

—No creo—confesé con humildad—que pueda servir de algo si voy de pie como un mástil en el trineo. Pero tal vez desempeñaré mucho mejor las funciones de timonel si las ejerzo en una posición horizontal.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó él.

Yo tenía el vivo deseo de hacer algo y demostrar que tenía la suficiente presencia de espíritu para ser útil en una circunstancia crítica.

—Me tumbaré a lo largo en el trineo, dejando que mis piernas cuelguen por detrás. Cuando lleguemos a un recodo brusco, estiraré las piernas en el sentido opuesto, y ya verá usted lo bien que bajamos.

—Vamos a verlo—contestó él con tono arrogante.

Y se puso en marcha antes de que yo hubiera tenido tiempo de instalarme y tomar una posición que me permitiese poner mi plan en ejecución. Todo fue bien durante algún tiempo. Pero ¡ay!, el árbol que habíamos encontrado no era el único de la pendiente. No tardé en comprobarlo. En realidad, había miles y no era aquel el momento de disgustarse. Pronto observé que mi posición horizontal, si me garantizaba de una caída hacia adelante, no me impedía ni mucho menos caer de lado. Al tratar el trineo de escalar el árbol por un lado, yo rodé en la nieve por el otro. Era desesperante. Me levanté como Anteo, y, sacudiéndome la nieve que me cubría, volví a subir al trineo, sin cuidarme de los sarcasmos y de las burlas del amable Harry. Por fin llegamos abajo; pero en la última parte del trayecto Harry me seguía en vez de precederme, porque el trineo, cuando la pista descendía en línea recta, se deslizaba con la ligereza de una hoja. Encontramos a Morton que fumaba tranquilamente en su pipa, en medio de los perros que le rodeaban como un círculo de niños.

—¡Bah, bah!—dijo, mientras que le contaba mis luchas, mis aventuras y los peligros que había corrido.

Y esto fue todo. Mi flemático escocés continuó fumando su pipa, mientras que nosotros enganchábamos los perros. A los pocos momentos nos lanzábamos por el camino llano. De vez en cuando, pasábamos frente algunas cabañas de las que salía un hilillo de humo blanco que apenas se distinguía en la noche estrellada. A las seis de la tarde, llegábamos a la *road-house Brimstone*, a la que el río que corre cerca da su nombre. Aquella *road-house* tenía el número siete sobre el río Sulphur, en el lugar en que mezcla sus aguas con las del Brimstone.

A pesar de la fatiga de la jornada, no estábamos demasia-

do cansados, y, por mi parte, no me resentía mucho de mis contusiones. Aquel maravilloso clima desarrolla maravillosamente la energía física. Pero estábamos literalmente hambrientos. Se recordará que no habíamos almorzado, por no haber encontrado nada en la *road-house* de la cumbre. Ahora bien; Brimstone era el peor lugar en que nos hubiéramos podido detener. No pudieron darnos ni carne fresca, ni caza, lo que constituía nuestra comida habitual de todas las tardes. La habitación estaba cerrada y sin aire. Dos velas ardían lugúbremente, iluminando con débil luz una docena de hombres amontonados allí. La mayoría estaba fumando, lo que contribuía a hacer la atmósfera más sofocante. Había también unos cuantos perros echados por el suelo. Por todos lados veíanse desparramados útiles de minero: picos, palas y mantas, sacos de harina, pedazos de tocino. La única estancia se parecía bastante a una trapería. Encontramos, sin embargo, excelente la cena, de pies de cerdo en conserva, trigo y café que nos sirvieron. Se puede comer de todo cuando se ha viajado durante todo un día en aquel país, y el frío da apetito.

Afuera, el termómetro señalaba cuarenta grados bajo cero. Cada vez que abrían la puerta, se llenaba la sala de una bruma blanca que nos cegaba, y, a la escasa luz de las velas, nuestras formas aparecían tan confusamente, que todos teníamos aspecto de apariciones fantásticas. No se hablaba nada, y nadie parecía estar de buen humor. Todos parecían taciturnos. No es un buen medio para hacer a los hombres sociables el amontonarlos como bestias. En medio de la sala, un cajón, bastante groseramente hecho, estaba lleno de lodo helado que se había extraído de la mina. Era una muestra de la producción del día. A la mañana siguiente, aquella bola, deshelada durante la noche, sería lavada y pasada por el tamiz, a fin de saber exactamente el resultado obtenido.

Alrededor, unos hombres estaban tumbados boca arriba, envueltos en sus mantas. Las dos estufitas luchaban mal contra la viveza del frío. Además, la puerta se abría continuamente

para dar entrada o salida a alguien; y los troncos de árboles de que estaban hechas las paredes de la barraca estaban mal unidos y mal revestidos de musgo.

Tuve que compartir mi camastro con un minero, el cual se puso junto a la pared, y estuvo leyendo hasta media noche, a la luz de un cabo de vela, teniendo mucho cuidado de no despertar a los durmientes. A las seis se levantó. Igual que los otros, no necesitaba vestirse; pero, antes de que encendiesen fuego, estaba en pie y se puso a leer hasta la hora de almorzar. Traté de ver cuál era la obra que tanto le interesaba, pero se marchó sin que pudiera lograrlo.

La atmósfera estaba clara y límpida sobre el río Sulphur, cuando nos pusimos en camino. Al subir el valle, vimos cierto número de neveras, que nos afirmaron que duraban todo el verano. Bosques de abetos y cedros cubrían las montañas, donde se veían de vez en cuando cabañas pequeñas.

El Sulphur no es un río muy afamado. Hasta se pretende que es el más pobre del Clondic, y, en efecto, las cabañitas diseminadas por el valle no parecían nada ricas, y no eran para atraernos.

A pesar de nuestras andanzas, no nos sentíamos demasiado cansados. A medio día, ocho de nosotros fueron a comer a una cabaña de ocho pies cuadrados; cuando nos sentíamos satisfechos, todos los platos estaban vacíos.

La ascensión a la colina en donde nace el Sulphur no nos fue demasiado penosa; la pendiente no era muy rápida, y nos habíamos encontrado pasajes mucho más difíciles en nuestro viaje. Las dificultades no son nunca insuperables mientras que los perros pueden tirar del trineo regularmente; la cosa es mala cuando se ven obligados a saltar a cada paso para avanzar.

La cumbre estaba absolutamente desnuda y desprovista de árboles. Una brisa suave acariciaba la nieve, muy ligera para que nos produjese inquietud alguna. Nunca he sentido un viento algo fuerte en el Clondic. Por lo demás, si durante el

invierno hubiera vientos duros, no se podría soportarlos.

En lo alto de la colina encontramos una *road-house*, que contenía tres reducidas habitaciones. Cada una de ellas poseía una estufa, pero no había fuego más que en una. Nos dijeron que la cuerda de leña costaba veinticinco dólars. Aquello era triste y hacía frío; pero teníamos tanta hambre, que no nos fijamos en nada, atentos sólo a nuestro apetito.

A una hora avanzada de la noche entraron dos hombres, que se sentaron cerca de la estufa y pidieron de comer; uno de ellos era muy delgado, y no decía nada; ni siquiera abrió la boca para hablar con su compañero; se sentó envuelto en su manta de pieles, volviendo la cabeza como para no ser visto. No tardaron ambos en entrar en la sala en donde estábamos todos acostados, y se tumbaron en uno de los camastros. Morton se volvió hacia mí y me dijo en voz baja:

—Es una mujer.

—¡Cómo!—murmuré.—¿Una mujer con traje de hombre, aquí, a estas horas de la noche?

—Sí—contestó Johnson, el propietario de la *road house*.—Es una mujer, ciertamente. Y llegan de Dawson. Han recorrido estas cuarenta millas en dos días, a pie. El hombre parece tan pobre, que no tiene ni para comprar dos perros para ella.

—Pero, ¿cómo sabe usted que es una mujer?

—Lo es, le digo. Y una mujer bonita, con largo pelo negro. No esperaba ella encontrarse aquí con una docena de hombres; y al verse con pantalones y en ese estado de agotamiento, en medio de ellos, por poco se desmaya de vergüenza.

—¿A dónde van?—preguntó Harry.

—No lo sé—contestó Johnson.—Él no me ha preguntado nada, y ha pagado la cuenta con polvo de oro que ha tomado de su saquito. Debe de ser un *prospector*. En cuanto a la mujer, ignoro por completo lo que pueda ser; pero es lo cierto que no podía viajar a través de los hielos con los vestidos de su sexo. ¡Oh! He oído raras historias y visto cosas curiosas desde que estoy aquí al frente de esta *road-house*, ¡dos años ya!

Y Jonhson meneó la cabeza como un filósofo, vació su pipa y se puso a llenar la estufa. A las diez, antes de dormirme, salí un momento. Desde la cumbre en que estaba la *road-house*, la aurora boreal aparecía en todo su esplendor. Las estrellas brillaban como rubíes. Se había levantado una ligera brisa, y el termómetro señalaba cuarenta y dos grados bajo cero.

La pareja recientemente llegada ocupaba un camastro precisamente enfrente del nuestro. Una débil luz nos llegaba de la otra sala, en donde estaba la estufa. El hielo había formado arabescos en la pared detrás de mí y encima de mi cabeza. Los perros, tumbados en círculo alrededor de la estufa, cuyo fuego se consumía, gruñían entre sueños. Cuando me desperté a la mañana siguiente, el hombre y la mujer se habían marchado ya. Era ella, sin duda, la que, por pudor, avergonzada de la promiscuidad de tantos hombres, le había despertado; y ambos hubieron de ponerse en camino bajo el cielo rojo de la aurora boreal. Nunca supe si llegaron á su destino o perecieron en la noche.

Salimos temprano, después de haber tomado un mezquino desayuno, compuesto de tocino demasiado delgado, café demasiado claro y unas galletas demasiado duras, sin levadura, lo que era bastante raro, porque las *road-house* daban generalmente excelentes alimentos. Pero Johnson o Johansson era sueco, y los suecos son, en general, dados a la economía. Además, los días anteriores había habido muchos viajeros. La nieve era demasiado profunda, y a los perros les costaba trabajo subir la cuesta con una carga pesada.

Johnson tenía dos tiros, de seis perros cada uno, que realizaban el viaje de Dawson cada cuatro días. Permanecía dos días en su *road-house*, empleaba un día en ir a Dawson, en donde pasaba otro para descansar y hacer sus compras. Cada trineo llevaba unas mil doscientas libras; pero para subir la cuesta había que dividir la carga y hacer dos viajes a partir de las Horcas de Carmack, separadas de la *road-house* por unas ocho millas.

Pasada la *road-house,* la pista seguía subiendo, y tuvimos que andar todavía una buena hora para llegar a la verdadera cumbre. Le han dado, a causa de su forma, el nombre de «Cúpula», pero es más bien un Panteón que se alza en medio de las estrellas. Salvo en el centro, en que la pendiente se hacía muy rápida, la inclinación era muy suave: hubiérase uno creído en una terraza artificial, cubierta de un manto de nieve inmaculada que brillaba bajo la pálida claridad del sol. Abajo veíanse todos los riachuelos auríferos; todas la colinas cercanas a la cúpula se esfumaban gradualmente hacia el lejano valle, que se distinguía clarísimamente por la limpidez y transparencia de la atmósfera. El Hunker, el Cuarzo, el Sulphur, el Dominion, el Bear y el Bonanza serpenteaban y se retorcían en contornos sinuosos en el centro, mientras que al Sureste se alejaban el Gold Run y el río Indio.

Al Este, a cien millas de distancia, se recortaba la línea blanca de las montañas rocosas, y al Sureste podía seguirse fácilmente el curso del Clondic, gracias a las cadenas interrumpidas entre las que se encontraba como encajado. La impresión de aislamiento y desolación que se desprendía de aquel paisaje era singularmente penosa. Piérdese uno a través de aquellas montañas de hielo, tan fácilmente como en el mar, y puede morirse allí en el espacio de una noche. Sobre la Cúpula no había ningún árbol; la nieve parecía haberla cubierto como con un sudario, y su supeficie estaba absolutamente unida.

En Camarck, la fuente del Bonanza, almorzamos con buñuelos y café; era todo lo que había en la *road-house*. Al descender el Bonanza, nuestro trineo se deslizó en una atmósfera sombría; había allí muchas minas en explotación, y las cabañas eran muy numerosas. Encontrábamos en nuestro camino mineros a pie, cargados de pesados fardos, porque aquella pista era una de las vías más importantes y más frecuentadas de las que irradiaban alrededor de Dawson.

Tras un viaje largo y fatigoso, llegamos a las grandes Hor-

cas, en donde encontramos dos fondas en lugar de una *road-house*, lo que nos fue, si no un alivio, por lo menos una variación. La cena era copiosa y excelente. Nuestra cama consistía en un paño sucio, extendido sobre tablas cojas, nada más. A los viajeros les incumbía proveerse de lo demás. Dormimos mal, por varias razones: primeramente, a causa de la dureza de nuestros lechos; además, como estábamos en el piso segundo, los ruidos de abajo pasaban a través de las rendijas del suelo. Oíamos cantar, jurar y bailar. Pagábase un dólar por una vuelta de baile y un consumo. Poco a poco mis sentidos se aletargaron al rumor de la flauta, del violín y del acordeón, y soñé con el sudario de nieve echado sobre la Cúpula, y con la mujer vestida de hombre.

Era muy entrada la mañana cuando, después de haber almorzado, enganchamos los perros y nos pusimos en camino para Eldorado. Allí había abiertas muchas minas. Cientos de hombres trabajaban a un dólar la hora, y en todos los alrededores la vida parecía activa y feliz. Paramos en casa de Billy Chappell, en el número 27, sobre Eldorado. Era un hombre de treinta años, una especie de Antinóo de una belleza de cuerpo y de cara notable. Con sus mejillas sonrosadas, sus ojos de gacela, aquel joven sueco era reputado como el más hábil de los propietarios de minas del Clondic. El 5 por 100 que tenía sobre aquella mina del número 27 había costado seiscientos dólars dos años antes. Macdonald, su socio, le había prestado la cantidad. El terreno produjo más de un millón de dólars.

Yo había encontrado a menudo a Billy en Dawson, y, naturalmente, conocía a Harry y a Morton. Visitamos con él la mina y bajamos al pozo, que no tenía más que quince pies de profundidad. Abajo, el suelo estaba deshelado.

—¿Quieren ustedes ver una buena paletada?—nos dijo.

—Ciertamente—repliqué,—aunque no nos la ofrezca usted como recuerdo.

—¡Oh! En cuanto a eso, es otra cosa—dijo él riendo;—pero van a poder darse cuenta de lo que hacemos aquí.

El contramaestre llenó una vasija con lodo y grava; unas veinticinco libras. Llevóse todo a la cabaña, y se lavó y pesó el contenido de la vasija. Encontráronse doscientos cincuenta dólars en pepitas de aspecto oscuro, y de un valor que variaba de uno a veinte dólars. Estábamos maravillados ante la riqueza de Eldorado. Chappell telefoneó entonces a Stanley y Worden, que ocupaban el número 24 hacia arriba.—¡Ya había allí teléfono!

Obtenida la comunicación, cambiáronse rápidamente estas palabras:

—¿Es usted, Charley?

—Sí.

—Bien. Acabo de lavar una vasija delante de Morton y el senador; contenía doscientos cuarenta dólars. Apuesto a que no hace usted otro tanto.

—Recojo la apuesta. ¿Cuándo vendrán?

—Después de comer, y yo los acompañaré.

—*All right!* Estaremos dispuestos.

Ya de tarde avanzada, después de haber visitado gran número de otras minas, pero cuya riqueza no era nada comparable a la de Chappell, llegamos a casa de Charley-Worden. Nos agolpamos para ver descender el recipiente en el pozo, no más profundo que el de Chappell. Naturalmente, el suelo había sido deshelado la noche anterior, sin lo cual todos los picos se hubieran rápidamente embotado. El contramaestre, que conocía todos los buenos lugares, llenó cuidadosamente la vasija, recogiendo el lodo con sus manos. Vimos trozos de oro, y creímos que Charley había ganado la apuesta; sin embargo, no se hallaron más que doscientos veinticuatro dólars.

—Charley—dijo Billy,—va usted a poner ese oro en un saco, y permitirme que me lo lleve a mi casa.

Charley lo hizo con aire apenado.

—Ahora—añadió Billy muy alegre, pero con flema imperturbable—vamos a beber un poco de ese champaña de usted, de a veinte dólars la botella. El que pierde tiene que convidar.

Charley, lleno de pesadumbre, sacó la bebida que se pedía, un champaña que costaba veinte dólars la botella en Dawson. Estábamos en la segunda botella, cuando exclamó:

—No tengo más que un medio de desquitarme; es hacer que se queden todos ustedes a cenar. Después haremos música. Bien me deben esta compensación.

—¡Música!—exclamé.—No veo el piano.

—¿Un piano?—contestó Chappell.—Pero, ¿por quién nos toma usted? Por mujeres, sin duda, o por profesionales. No hay más que dos pianos en el Clondic, y están en casas de juego; uno está en el *Monte Carlo*, y otro en casa de Tom Cisholen, en la *Aurora*.

—Pero—añadió Charley,—tenemos un violín, una guitarra y una flauta, y en seguida bajaremos a las Horcas para dar allí un concierto.

Contestamos con un grito de alegría a manera de aquiescencia. La cena estuvo muy bien; la regamos con scoth y champaña, y fumamos excelentes cigarros. Los dos hermanos, Stanley y Worden, procedían de Seattle. Habían alquilado cada uno una mina, con los números 25, 26 y 27, sobre Eldorado, que se extendían en una longitud de quinientos pies y ocupaban toda la anchura del valle. Esto era la regla: las tres minas debían producir cada una una fortuna, sin exigir mucho trabajo y sin que tampoco fuese preciso gastar mucho en la explotación. En efecto; como el lecho del río era muy estrecho, el oro no había podido esparcirse. Además, la capa de oro se encontraba relativamente muy cerca de la superficie, y no se tenía que ahondar a más de veinte pies de profundidad.

Concluída la cena entraron los vecinos. Entre ellos había tres mujeres, las únicas que viviesen en un radio de dos millas, entre quinientos o seiscientos rudos mineros. Las dos o tres camas, puestas en las esquinas, no molestaban mucho. La orquesta, dirigida por Charley-Worden, se colocó donde pudo; los vinos corrían a discreción. Notad que el scoth whisky costaba diez dólars la botella, y que aquellos hombres vigorosos

no se contentaban con probarlo. Pero los «reyes de Eldorado» entendían ampliamente la hospitalidad.

Suscitóse una discusión entre el director de orquesta y yo. Tratábase de saber cuál de nosotros dos tocaba mejor el violín. Las opiniones estaban divididas y cada uno de nosotros tenía sus partidarios. Harry decía que le gustaba más como tocaba Charley, y Ned Stanley que cuando más le gustaba era cuando había dejado de tocar.

Fuera que el sueño me hubiese quitado la noción exacta de las cosas, fuera por cualquiera otra razón, me olvidé de mi cama, a la que concluyeron por llevarme vestido. Sabía que Morton debía dormir a mi lado, pero cuando me desperté, temprano, no estaba ya. No podía creer, sin embargo, que sus doscientas veinte libras se hubieran evaporado. Como no le encontrara entre la multitud de durmientes tumbados en el suelo, salí de la cabaña para buscarle. Cerca de la pista, echado sobre la nieve, Morton dormía como un lirón, envuelto en su manta de pieles, con la cara descubierta y expuesta a la temperatura de veinticinco grados bajo cero. Me costó trabajo despertarle.

—¿Cómo diablos ha venido usted aquí?—le grité.

—No sé nada—contestó cuando hubo recobrado sus sentidos.—¡Ah, sí! Me acuerdo. Cuando todo el mundo se hubo marchado, excepto los que se habían tumbado en la cabaña, sentí que tenía demasiado calor, y salí.

—¿Sabe usted qué hora era?

—Sí, las cinco. Déjeme ver—añadió sacando su reloj.—Son las siete. No hace más que dos horas que estoy aquí. Bien podía usted haberme dejado en paz.

Y, con aspecto lamentable, entró en la cabaña gruñendo, sin parecer nada debilitado por aquellas dos horas pasadas en la nieve, sin abrigo, al aire libre, y con un frío tal que no se podía dejar la mano descubierta tres minutos sin que los dedos se helasen. Baco cuida de sus adeptos.

Enviamos los perros a las Horcas e hicimos el camino a pie,

con la idea de que nos sentaría bien después de las turbulencias de la noche. En nuestro camino, frente al número 16, subimos a la Colina Francesa. Cuando pasé por allí, en el mes de Agosto, no había aún sino dos cabañas. Ahora ocupaba el lugar una verdadera aldea, con unas cincuenta cabañas y otras en vías de construcción. Había lugares muy ricos, pero la extensión de tierra que contenía oro era muy limitada. La atmósfera estaba menos húmeda que la víspera.

En el mes de Agosto, los árboles eran todavía muy numerosos; ahora no había ya ni uno. Los habían derribado para hacer combustible o madera de construcción. Esto me pareció una profanación; pero este país es esencialmente un país de minas, y las bellezas de la Naturaleza deben sacrificarse a las necesidades del hombre.

Volvimos a la pista sobre Eldorado y continuamos descendiendo el río, muy interesados por los trabajos importantes que se ofrecían a nuestras miradas. Acusaban la presencia del oro en aquel lugar, y el oro era nuestra constante preocupación.

En el número 7, en casa de Berry, se alzaba una casa de dos pisos; no una cabaña, sino una casa de troncos de árboles, y cuyo buen aspecto exterior parecía indicar la presencia de mujeres.

En efecto; fuimos saludados muy amablemente y acogidos de una manera muy hospitalaria por Mrs. Clarence Berry, que nos hizo beber leche fresca. Esto nos causó tanta sorpresa como placer. Que se piense que no teníamos a nuestra disposición desde hacía meses sino leche condensada, y que nos habíamos olvidado del sabor de la leche fresca y de la nata. Esto valía más que el mejor champaña, aunque costase veinte dólars la botella. En un establo próximo a su casa, nos enseñó con orgullo una verdadera vaca de Jersey, que estaba envuelta en vendajes, como una momia egipcia, pero que parecía comer el heno con buen apetito. El establo estaba revestido de una capa de resina de madera que en cierto modo acolchaba las pa-

redes, el techo y el piso. El heno era un producto de importación. La vaca daba mucha leche, lo que hacía decir triunfalmente a Mrs. Berry:

—Tenemos aquí algunas de las dulzuras de los países civilizados. ¿Qué nos importa lo que nos cuestan?

Su marido era un californiano que había llegado al Clondic con sus hermanos, en los comienzos. Afortunadamente, se había aventurado mucho en Eldorado. Así ahora vivían todos independientes; podían explotar su mina a gusto. Al irme, observé que el cántaro de leche estaba siempre puesto junto a la estufa, al calor.

Era tarde cuando llegamos a las Horcas, y frente a nosotros la colina de Oro, en el crepúsculo, estaba iluminada raramente, y parecía un castillo almenado bajo las luces de la noche.

Cómo el oro podía encontrarse en la misma cumbre de la colina, en vez de hallarse en la base, y sepultado a varios cientos de pies bajo tierra, es un misterio que no podía explicarme; pero supe que semejante estado de cosas no era muy raro en el país.

Nuestro sueño se vió también esta vez perturbado por los ruidos que venían de abajo. Además, una porción de mujeres y de hombres borrachos ocupaban la habitación contigua, de la que estábamos separados por un tabique de madera de una pulgada de espesor, tan resquebrajado, que se podía ver todo lo que pasaba al otro lado. Los precios eran de dos dólars por una comida, y de dos y medio por un lecho. Me prometí evitar en lo futuro este género de lugares, prefiriendo mil veces la *road-house* ordinaria, con huéspedes tranquilos, sencillos y un poco rudos, mucho más cómoda y más decente. Marchamos a pie al medio día del día siguiente para Dawson, que distaba catorce millas. Harry Munn nos había precedido con los perros. Para probar nuestras fuerzas y darnos cuenta de lo que podía ser nuestro estado físico tras un viaje de once días, el primero que hubiésemos hecho en semejantes condi-

ciones y con un frío tan intenso, recorrimos de un tirón las siete primeras millas. No empleamos más de hora y media, lo que indicaba un buen andar. Pero el camino era magnífico, uno de los más hermosos ciertamente del Clondic. La pista era ancha, y el hielo muy duro y muy liso. Nos sorprendió la cantidad de gentes que pasaban por aquella pista, en un sentido o en otro, entre las Horcas y Dawson. Reinaban un movimiento y una animación extraordinarios. No fuimos un instante sólos en todo el trayecto. Y el Bonanza, que costeamos luego, no estaba menos animado que Eldorado. Por todas partes percibíamos los fuegos de las cabañas, tiendas o pozos. El aire estaba cargado de humo. Encontramos, entre otros convoyes, un gran trineo tirado por un par de fuertes caballos, y que contenía, por lo menos, tres toneladas de mercancías. Compréndese que se necesitaba para esto que el camino se hubiese mejorado.

En la región, muchos mineros habitaban en tiendas. Sábese que si se arman dos tiendas una dentro de otra, y se rellena el intervalo que las separa con serrín, se obtiene un abrigo tan caliente y tan confortable como una cabaña, y que tiene la ventaja de costar mucho menos. La tienda se llevaba consigo, mientras que las cabañas había que construírlas en el lugar, lo que requería tiempo y dinero.

El 22 de Julio de 1899 por la noche, entrábamos en Dawson, muy orgullosos de nuestra proeza. Morton había perdido diez libras de peso, y yo había adelgazado en las mismas proporciones. Jamás nos habíamos sentido, en ninguna época de nuestra vida, más sanos, más vigorosos y más contentos de vivir.

Es bueno esforzarse y trabajar, pero es mejor todavía triunfar y terminar con buen éxito una empresa. Sabíamos ahora de una manera cierta, después de todo lo que habíamos visto por nosotros mismos, que el entusiasmo suscitado por la esperanza del oro no era una locura, y no caería en la primavera, como muchos temían. Sabíamos que se necesitaría años para agotar los yacimientos, y que cada cual, en el Clondic, podía tener la esperanza, cuando no la certeza, de triunfar.

IX

La «Carrera a la mina.»

Eran las once de la noche, una noche fría, llena de estrellas. Grandes aves nocturnas se detenían para jugar en las inmensas extensiones de nieve solitarias, resplandecientes con su plumaje gris. Casi podía oírse el ruido de sus alas gigantes que barrían el hielo. Pero un movimiento extraordinario reinaba en Dawson. Unos hombres se deslizaban furtivamente, con gran sigilo, en las esquinas de las calles. Tres de ellos se encontraron cerca de Front Street.

—¿Dónde están los perros?—dijo uno.

—Aquí, en el río, cerca de la orilla.

—¿Habéis traído una tienda?

—No. No teníamos tiempo. He sabido que Jim el Negro marcha a media noche.

—¿En dónde está ahora?

—En la *Aurora*. No le perdemos de vista.

—¿Sabéis si se van muchos?

—¡Ya lo creo! Billy y Chappell, Skiff Mitchell y Charley Anderson se van con Jim el Negro, en el trineo de éste.

Estos nombres hubieran seducido a todo el Clondic, porque los buscadores de oro que los llevaban habían realizado una fortuna.

—¿Cuántos hombres les siguen?

—No lo sé, pero se ven perros en todas partes. No se puede dar un paso por un rincón obscuro, o volver la esquina de una calle, sin encontrar un tiro dispuesto echado en la nieve.

—¿Llevan muchas provisiones?

—Algunos llevan para una semana. Arnold pretende que Jim el Negro, que estaba borracho ayer noche, dijo que si quería, podría estar de vuelta dentro de veinticuatro horas; pero hoy se cree que necesitará una semana.

—Pues bien, voy a buscar todavía un poco de tocino, y traeré al mismo tiempo una tienda, si es posible. Va a hacer un frío del demonio, y por poco viento que haga nos vamos a chupar los dedos.

El que acababa de hablar así subió a la colina que había detrás de la población, en donde tenía su cabaña. Sus pies, calzados con zapatillas, corrían ligeramente por la pista de hielo sin hacer el menor ruido. En la *Aurora*, en medio de una porción de hombres raramente vestidos estaba Jim el Negro, que se había tomado ya el décimo vaso de *scotch-and-soda* después de la comida. Corría el rumor desde hacía algunos días, que había hecho un nuevo descubrimiento. Evidentemente, la presencia de hombres como Chappell, Skiff y Anderson, que hubieran debido encontrarse en los arroyos, no era natural y daba que pensar. Los tres eran ricos mineros que no se hubieran molestado por una mina ordinaria. El caso era que Jim el Negro tenía actitudes misteriosas, y las gentes bien informadas no ignoraban que estaba preparado para salir un espléndido tiro de ocho perros malamuts, perteneciente a la *Alaska Commercial Company*, y que un trineo cargado de mercancías esperaba desde hacía ocho horas en el patio de la Compañía.

A media noche, Jim el Negro se bebió su último vaso, con el gordo Tom Chisholm, que llevaba un sombrero de paja todo el invierno, y se deslizó furtivamente fuera de la sala.

Cinco minutos después, un trineo corría sin ruido por la pista de hielo lisa del río. Iba ocupado por cuatro hombres. A una señal dada en voz baja, los perros se lanzaron de repente hacia adelante. Sus patas entrapadas no metían ningún ruido, y, en aquel silencio y aquella obscuridad, se les hubiera tomado por fantasmas de lobos.

Los patines de acero del trineo rodaban silenciosos. Los hombres se habían tumbado tranquilamente, envueltos en sus pieles, y los ocho malamuts, un tiro que hubiera ganado el premio del Clondic con la prima de dos mil quinientos dólars, volaban al bajar el camino de hielo. Pronto se desvanecieron

entre la bruma grisácea suspendida sobre el río, antes de que los vigilantes nocturnos hubiesen tenido tiempo de volver de su asombro. Estos, en efecto, aunque prevenidos, se habían quedado absortos por la rapidez de aquella fuga.

Pero había otros también que estaban alerta, y, uno a uno, destacáronse de la sombra en que estaban escondidos, tiros de perros y, saliendo del poblado, lanzáronse a toda velocidad, arrastrando su ligera carga, en seguimiento de los exploradores. En dos horas habían salido cincuenta trineos. Los últimos encontraban trazado el camino, porque los patines de acero de todos los trineos que los habían precedido, habían abierto dos surcos profundos en el hielo duro

Berry y Tollmarche corrían rápidamente al lado de su trineo, porque éste era demasiado estrecho para llevar dos hombres, además de su carga de mantas y provisiones, y el tiro no era más que de tres perros.

—¿Has podido procurarte una tienda, Tollmarche?—preguntó Berry, tocando con su látigo la cabeza del perro delantero, cuya marcha flaqueaba.

—No—replicó su compañero;—no he tenido tiempo. Pero traigo un hacha y la estufa vieja de nuestra cabaña. Me parece que tendremos bastantes víveres; pero vamos a pasar buen frío.

Gotas de sudor perlaban su frente, aunque hubiese en aquel momento cuarenta y cinco grados bajo cero y se hubiera levantado una ligera brisa. Correr a una velocidad de ocho millas por hora sin dejarse pasar por los perros, es un excelente medio de calentarse.

Los perros seguían corriendo, sin detenerse, haciendo salpicar la nieve cuando el trineo rozaba con una de las rebabas que bordeaban la pista. Tollmarche concluyó por echarse sobre el trineo en marcha. Jadeante, se agarró durante unos minutos, fuertemente sacudido por las asperezas de la pista o los recodos bruscos. Berry empuñaba la percha puesta detrás y que servía de timón. Pero, dado el estado de cansancio en que se encontraba, Tollmarche sentía mucho más el rigor del

frío allí tumbado. Así fue que no tardó en dejarse rodar por la nieve, y, poniéndose en pie, volvió a ponerse a correr, mientras que Berry, en un nuevo recodo, caía bruscamente sobre la trasera del trineo, llevado a toda velocidad por los perros jadeantes.

La aurora boreal palidecía. Lanzó sus rayos, que chispearon en el horizonte iluminado; luego, poco a poco, como un arco iris en verano, se desvaneció. Las estrellas, que en aquellas regiones brillan mucho más que en otras partes, palidecieron también a su vez y se apagaron una a una en el firmamento, cediendo el puesto al sol, todavía invisible, pero que avanzaba con lentitud. Fue de día mucho antes de que apareciera aquél en el horizonte. A través de la bruma, distinguíanse confusamente, como a través de un halo, las formas esfumadas de los abetos y de los álamos del Canadá, que bordeaban las márgenes del río y cubrían las islillas. En ciertos sitios, una bruma más densa indicaba el lugar de los *agujeros de agua* practicados en el hielo, y de los que la pista se apartaba lo más posible. Pero en las partes anchas y rectas del río, la estrecha pista corría directamente y sin rodeos en medio de las orillas cubiertas de nieve.

A las once de la mañana, después de haber recorrido cincuenta millas, Berry y Tollmarche vieron que el camino dejaba el curso del Yukon, torcía a la derecha, es decir, hacia el Este, y tomaba un río tributario. Allí tuvo que moderarse la marcha del trineo. La pista del Yukon, de un largo de seiscientas millas, que llegaban hasta San Miguel, era frecuentada por numerosos viajeros, y estaba muy marcada; pero en aquel otro río, la capa de nieve intacta se extendía con un espesor de cinco pies. Los trineos de los corredores que les habían precedido habían aplastado la nieve y descubierto la capa de hielo; pero aquella pista grosera estaba llena de asperezas y sembrada de montículos de nieve blanda. Los perros, fatigados, jadeaban y ladraban haciendo esfuerzos inauditos para hacer que el trineo pasara por aquellos obstáculos.

Una hora después llegaban al campamento, es decir, al lugar en que Jim el Negro se había detenido y plantado su tienda. Esta se hallaba rodeada de cincuenta y cuatro trineos y de una cantidad prodigiosa de perros. Jim, como un general romano en medio de un campamento nocturno, tenía su tiro en el centro; pero él y sus compañeros no estaban visibles; dormían profundamente bajo su tienda, envueltos en sus gruesos abrigos de lince y de pieles de lobo, mientras que los perros dormían enroscados sobre la nieve blanda.

Casi todos los corredores habían llevado una tienda. Berry era de los pocos que no la tenían. Derribó unos arbolillos, cuyas ramas secas llevó al lugar en que Tollmarche se ocupaba de quitar la nieve, y en pocos minutos encendió una buena hoguera. Instaló la estufa que había traído en el trineo, y coció un buen pedazo de tocino con judías, que se comieron con pan. No querían dar nada a los perros hasta la noche; no tenían, pues, nada mejor que hacer que tratar de dormir. Pero les faltaba la tienda. En el interior de estas tiendas, por ligeras que sean, la estufa del Yukon da un calor generoso y confortante. Cuando se ha limpiado de nieve el suelo, puede descansarse de una manera relativamente gustosa sobre mantas que se ponen encima de ramas secas. Pero encender fuego cuando no se tiene tienda, es como si se tratase de caldear la atmósfera entera, porque el calor se disipa prontamente en el aire vivo. En esas «carreras a la mina», los hombres no se prestan nada unos a otros. Si alguno de ellos, por carecer de las provisiones u objetos necesarios, no puede continuar su camino, ¡tanto mejor! Deja mayores probabilidades a los otros al suprimir un concurrente. No hay compañerismo que valga, y la cosa se comprende. Los que quieren ir adelante deben estar preparados. Naturalmente, no se dejaría a nadie morir de hambre; pero los que no pueden seguir pueden deshacer lo andado y volverse a su casa.

Berry y Tollmarche no durmieron, ocupados todo el tiempo en mantener el fuego y preparar leña.

A las siete de la tarde se observó que la columna de humo que salía de la tienda central y se elevaba recta en el aire inmóvil, aumentaba de grosor. Esto indicaba que los que la ocupaban estaban preparando su cena y la de los perros. En seguida, todo el campamento estuvo en actividad. Billy Chappell salió de la tienda, ató sus ocho perros separadamente a los arbustos próximos, y puso ante cada uno de ellos una vasija llena hasta los bordes de una mezcla de tocino caliente y de arroz cocido. Aquella pasta apetitosa quemaba; sin embargo, tres perros se la engulleron glotonamente, teniendo cuidado de no dejar nada. A veces oíase un ladrido agudo, cuando alguno de ellos, más voraz que prudente, rechazaba un pedazo de tocino que le había quemado la garganta. Aunque estos animales viven en buena inteligencia, se olvidan de su compañerismo cuando se trata de comer; despiértase entonces la sangre de lobo que corre por sus venas; y si no se cuidara de atarlos separadamente, se disputarían a bocados el alimento. Comen cuanto se les da, y no se les alimenta sino cada veinticuatro horas. En los intervalos, devoran los restos y desperdicios que rodean los campamentos; pero semejantes hallazgos son raros, porque los mineros en viaje no tiran nada. El tocino no tiene huesos, ni la harina y las judías que llevan, y no acostumbran, hay que decirlo, a dar su ración a los perros. Los víveres escasean y cuestan mucho, para que se los desperdicie en esos días de invierno.

No sé en qué circunstancias ni por qué motivo recibió Jim el Negro su apodo. No tenía nada de negro. Era un muchacho guapo y robusto, vigoroso y enérgico. El año anterior había estado en Londres y viajado por Europa, y se gastó la bonita fortuna que hizo en el Clondic al revender lotes de terreno que compró al principio; porque Jim el Negro era lo que se llama aquí un antiguo, un veterano del Clondic. Anduvo por los bosques de Alaska durante diez años, en una época en que apenas se empezaba a sospechar la existencia del oro en el Yukon. Ahora, que estaba de vuelta, esperaba rehacer su modesto pe-

culio y ganar con que vivir. Gozaba de excelente reputación; todo el mundo tenía confianza en él, lo que explica el que le hubieran seguido tantos mineros. Había enviado en distintas ocasiones a cuatro o cinco buscadores de oro, a los que proveyó él mismo de un equipo completo y de las provisiones necesarias para pesquisas que podían ser largas. Ahora bien; los informes proporcionados por uno de aquéllos habían hecho que Jim el Negro fuese con sus amigos al lugar indicado para intentar una empresa minera.

A las nueve, mientras que los rayos opalinos de la luna brillaban en la nieve, se levantó el campamento, y Jim el Negro condujo su trineo a pie, yendo los perros detrás. Pronto cambió de dirección y avanzó hacia el Nordeste. Escaló una garganta en donde la nieve se había amontonado. Cada hombre tuvo entonces que tomar a cuestas todo cuanto contenía el trineo, puesto que los perros tenían ya bastante trabajo con tirar del vehículo vacío. No era que la pendiente fuese muy rápida; pero la nieve caía tan copiosa, que cubría inmediatamente los lugares que los pies habían hollado. Muchos de los mineros que componían la caravana pusiéronse entonces a andar delante del primer trineo y trataron de trazar una pista grosera, sirviéndose de ramajes a manera de palas para apartar la nieve. En terreno llano esto hubiera podido bastar, pero en aquellas pendientes la nieve rodaba y descendía siempre. Los perros no podían avanzar en absoluto, a menos que no se echase la nieve a los lados, sin lo que se hundían, hasta el punto de hacerse completamente invisibles.

Este trabajo era extremadamente penoso, y no tardando, los hombres, agobiados, se dejarían caer al suelo.

Hacía tanto frío, que la humedad del aliento se congelaba, y fragmentos de hielo se adherían a la barba y al bigote. Parecían, con sus trajes de pieles, osos polares.

El paso de un trineo preparaba el camino a los otros. Todos los mineros se unieron para empujar a los seis primeros, y bajaron luego en busca de los que quedaban. No se pensaba ya

en seguir adelante, y no se trataba de pasarse unos a otros. Había desaparecido toda rivalidad, y, hasta que se hubiese llegado a la cumbre, reinaba un buen compañerismo. No se podía abandonar a un hombre en aquel desfiladero, porque seguramente se hubiera quedado allí. Los exploradores del Clondic podían ser a veces egoístas, ni más ni menos que los otros hombres, pero se mostraban siempre bravos y generosos, y hasta caballerescos, cuando un compañero estaba en peligro.

A media noche todo el mundo había llegado a la cumbre, y empezó el descenso. Era fácil. Los perros bajaron la colina de una galopada, arrastrando los trineos, que tropezaban con los troncos caídos, y hasta pasando por encima. A veces el trineo se hundía en la nieve hasta el punto de no poder avanzar. Entonces los perros, inmovilizados, ladraban para llamar a los hombres, que acudían jadeantes y, con mucho trabajo, lograban levantar y desprender el vehículo. No se podía ir en los trineos, y se dejaba que los perros se dirigiesen por sí mismos. Estos, en carrera loca, luchaban en velocidad; si las cuerdas se desataban, los propietarios, que venían detrás, recogían lo que se hubiera caído. Algunos se agarraban detrás del trineo a los patines de acero; iban allí, con el cuerpo inclinado sobre la nieve, para servir de timón, y dejaban correr a los perros. Pero era muy difícil sostenerse mucho tiempo así, y nadie pensó conservar semejante posición hasta el final. Sin embargo, era una carrera alegre. Al llegar al vallecillo, al pie de la colina, se detuvieron todos para acampar y descansar un poco. El pobre Tollmarche no podía más, y, cuando reaccionó, sintió que tenía absolutamente necesidad de calentarse y dormir.

—Si pudiera, me volvería—dijo.

—No digas tonterías—replicó su compañero.—Se asegura que Jim el Negro va a quedarse aquí todo el día. Podrás descansar un poco.

El infatigable explorador tomó su hacha, y pronto, en el suelo bien limpio que había desembarazado de nieve, brilló un fuego claro, con grandes llamaradas. Hizo café en la estu-

filla, mientras que Tollmarche se tumbaba completamente agotado y, con los ojos vagos, miraba las cenizas y el humo.

Formóse un grupo a su alrededor.

—Pues bien—dijo Will Fisher, un hombre de elevada estatura, vestido con un fuerte abrigo, los pies metidos en zapatos de goma y las orejas completamente tapadas por su gorra de piel;—pues bien, yo tardé seis semanas en venir de Bennett a Dawson, a principios de la primavera última, y todas las noches acampábamos al raso. Sin embargo, no me acuerdo de haber sentido tanto frío como ahora ni haber estado tan rendido.

—Dicen que Jim el Negro quiere dejarnos helar—apuntó Jim Hall.—Pretende que somos demasiados, y él y sus amigos no quieren tener tantos compañeros.

—Por mi parte estoy dispuesto a abandonarles la partida—dijo John Scouse.—Pensaba que sería cosa de un día o dos a lo más. Pero no puedo permanecer alejado una semana. Necesito estar en Eldorado; aquel es mi puesto en estos momentos. Váyase al diablo vuestra «carrera a la mina». Por lo demás, nunca hubiera venido de no decirme, que venía Skiff. Nunca se ha encontrado oro por este lado. Yo pasé ya por aquí en el 95.

—Pero es—dijo Fósher—que usted tiene una mina en Eldorado y que sus negocios marchan bien. Yo, no. Usted es rico, y yo no tengo nada. Ahora he perdido una buena colocación que tenía en Dawson para venir aquí. Esta es la cuarta «carrera a la mina» que hago. Quizá no me produzca más que las otras. Pero lo mismo da, voy hasta el fin, corro el albur.

Tollmarche escuchaba con aire cansado. Pensaba en la India, en Burma, en sus cacerías de tigres, en el tiempo que servía en el ejército, en su fortuna perdida. Luego consideraba su situación presente y las esperanzas que podía abrigar. Rara vez son agradables o alentadoras estas ojeadas a lo pasado.

Mientras tanto, Berry, que había nacido en la India, se movía y agitaba como si se estuviese preparando para una par-

tida de polo en Delhi. Era siempre filósofo—a veces, a costa ajena.

Después de comer, los dos hombres se tumbaron junto a la hoguera y se durmieron a la intemperie, mientras que los perros se apelotonaron junto a ellos, para calentarse mutuamente. Se exponían veinte veces a la muerte; sin embargo, preciso era dormir. Otros se paseaban, como si estuviesen de guardia.

Jim el Negro y sus tres compañeros dormían tranquilamente en su tienda amplia y confortable, caldeada por una buena estufa del Yukon. No levantaron el campamento hasta el día siguiente. Tenían abundantes provisiones, y nada les obligaba a apresurarse. Pero muchos corredores, desalentados, abandonaron la carrera y se volvieron a Dawson. Durante el día, los otros observaron que Jim el Negro les había hecho hacer un viaje inútil, porque el valle en el que habían acampado daba directamente al río, y a éste hubiera podido llegarse más fácilmente sin pasar por la colina, y evitándose la ascensión terrible y el rápido descenso de la víspera. Era evidente que Jim el Negro se burlaba de ellos y podía tenerlos alejados de Dawson una semana. Era demasiado tiempo, y hacía demasiado frío, tanto más, cuanto que el resultado era incierto. Así que, cuando los ocho malamuts se pusieron en camino, una buena mitad del acompañamiento había desaparecido.

Entre los que quedaban estaban Berry y Tollmarche, algo repuestos, aunque con los ojos todavía hinchados de sueño. No es grato dormir sin tienda con una temperatura de cincuenta grados bajo cero, y con la incesante preocupación de atizar la estufa para que no se apagara.

Por la tarde, los que marchaban a la cabeza remontaron el valle durante un buen número de millas. Aunque el camino fuese fatigante y penoso, no lo era tanto como el que hubo que seguir dos días antes. Al dejar la orilla del rio, se encontraron con muchos más árboles, aunque había muchos también cortados. Estos árboles y las ramas muertas, al pudrirse con el tiempo, sobre todo en el deshielo de primavera, habían de formar

ese tapiz de césped aterciopelado que cubre el suelo, y que llama siempre la atención en cualquier lugar que se encuentre uno en Alaska. Los abetos no habían alcanzado todavía mucha altura; pero estaban tan apretados, y los retoños crecían tan cerca unos de otros, que llegó un día en que hubo que talarlos por docenas para dejar el paso necesario para los trineos.

Se hizo alto, a la pálida luz del crepúsculo de invierno.

—*¡All right!*—dijo Tollmarche, deshaciéndose de la carga del trineo, mientras que Berry cortaba leña y recogía ramaje para encender fuego.—*¡All right!* Estoy muy contento.

—¿Por qué?—preguntó Berry.

—Mira—replicó Tollmarche, desplegando triunfalmente una tienda de seis pies por ocho.—Se la he tomado a John Scouse, que se ha vuelto a Dawson, como sabes. Ya no la necesitaba, porque no iba a pararse en el camino. Todo va bien ahora, y podremos seguirles hasta el infierno.

Pero no necesitaron ir tan lejos. A la cuarta tarde, después de haber recorrido cerca de cien millas, Jim el Negro dejó su trineo a la entrada de una garganta profunda que se dirigía hacia el Noroeste. Ayudado por Chappell, Skiff y Anderson, se puso a abrir un sendero en la nieve, que, en el fondo de aquella garganta, había alcanzado mucho más espesor que en terreno llano. Los otros le siguieron. Dos millas más allá, Jim se dirigió de repente hacia un arbolillo que estaba cortado casi a ras del suelo. En el tronco, del que se había quitado la corteza, aparecieron unas palabras escritas con lápiz.

—He aquí mi jalón del Suroeste—dijo Jim el Negro a sus compañeros.—Ahora, Skiff, vuélvase atrás hasta una distancia de quinientos pies y empiece a jalonar. Usted, Charley, avance quinientos pies y haga lo mismo. En cuanto a usted, Billy, puede ir hacia el Norte o hacia el Sur, y jalonar de manera que se encuentre con Skiff o Charley, como usted quiera.

Los corredores se habían reunido y observaban en silencio a Jim y sus compañeros. Era el protocolo usado en el Clondic:

los amigos más íntimos del que había hecho el descubrimiento, y que le acompañaban en su trineo, gozaban el privilegio de servirse los primeros y tomar las minas más próximas a la descubierta, de un lado y de otro. No se seguía forzosamente de esto que tales minas fuesen las mejores. El hecho de encontrar oro en un lugar preciso de un arroyo, no impide que éste sea aurífero. Sucedía a veces que muchas de las propiedades últimas resultaban más ricas que la primera ocupada.

Jim el Negro se abrió paso en medio de la garganta llena de nieve. Después de haber mirado en rededor durante unos instantes, apartó la nieve y descubrió un pozo de unos cinco pies de diámetro.

—Amigos míos—dijo,—en este pozo, la costra rocosa se encuentra a quince pies de profundidad; hemos abierto en el fondo una galería de diez pies. Cuando se haya llegado a la costra rocosa, se puede por término medio recoger un dólar por pie de terreno. Veis, pues, que si la capa tiene un poco de extensión y sigue el curso del río, nos encontramos aquí con un nuevo Bonanza... No, no sé cuál es el lado mejor—añadió en respuesta a las preguntas que le hacían.—Elijan ustedes mismos. Solamente les haré observar que, desde la entrada del río, hemos recorrido por lo menos dos millas, y que ahora el valle va estrechándose. Yo he recorrido este país en todos sentidos durante diez años, y sé por experiencia que el oro se encuentra siempre en el lugar en que el río es menos ancho; de suerte que hay más probabilidades de encontrarle hacia arriba que hacia abajo. El oro desciende la garganta y no la sube; y hay más probabilidades para que los obstáculos le detengan en la cumbre que al pie. En Eldorado, los números 27 y 33, alejados varias millas de la entrada del río, son las minas más ricas.—Y ahí tienen el Bonanza, que cuenta veinticinco millas de largo desde el Clondic hasta las Horcas de Camarck: ¿cuántas buenas minas encontrarán ustedes si remontan el río a partir de la Descubierta? Apenas media docena por ciento. El valle tiene demasiada anchura, y el oro está dema-

siado diseminado. Allí hay que dragar el suelo o tratarle por el agua, y esto no durará sino unos cuantos años, porque la explotación se haría cada vez más costosa y produciría cada vez menos. Pero, por el contrario, entre la Descubierta y Camark, casi todas las minas son buenas. En el núm. 26 se ha extraído cosa de un millón, y estoy seguro de que hay por ahí terrenos tan ricos, que todavía no han sido tocados. Así, pues, amigos míos yo, en su lugar, tomaría más bien arriba.

Así habló Jim el Negro, generalmente de muy pocas palabras y que se guardaba sus secretos; lo que decía estaba lleno de buen sentido y probaba una larga experiencia de la cuestión. El mozo tosco y casi brutal que había salido de Dawson como un ladrón que se escapa, era ahora un bravo minero, que no retenía sus palabras y hacía que se aprovechasen sus compañeros de sus conocimientos personales. Sin embargo, podía ser muy bien que alguien hubiese descubierto un pozo y alquilado el terreno. Durante estos primeros tiempos del Clondic, producíanse a menudo perturbaciones misteriosas en los alquileres, y la oficina de la comisión era conocida por sus errores, que siempre era difícil, cuando no imposible, reparar.

Pero ahora, la posición de su mina le estaba asegurada, y tenía testigos, Chappelle, Anderson y Skiff, que hubieran sabido protestar en caso de litigio. Felicitaba a los que le habían seguido por su valor y su resistencia; no tenía para ellos sino palabras de aliento, y concluyó diciendo:

—Les deseo a todos que encuentren un terreno mejor que el mío.

Berry y Tollmarche, con las hachas, cortaron arbustos para hacer mojones de cuatro pies de alto y cuatro pulgadas de grueso. Aplanaron la superficie para inscribir su nombre, la fecha de la toma y el número de minas que había sobre la suya y la Descubierta. Después clavaron los mojones en el suelo en las cuatro esquinas del lote que habían elegido. Este lote tenía una extensión de quinientos pies en el sentido del río, y era casi tan ancho como largo; era, por consiguiente, un boni-

to trozo de terreno, si contenía mucho oro. Más adelante, el Gobierno redujo una mitad, y fijó en doscientos cincuenta el número máximo de los pies que se podían tomar.

Cuando cada cual hubo tomado sus disposiciones para atestiguar sus derechos sobre el lote elegido, comenzó una nueva carrera salvaje para volver a Dawson. Todo estaba perdido si no se registraban los lotes en la oficina de la comisión del oro. Los errores eran frecuentes, y los mineros no estaban tranquilos hasta que tenían el documento en el bolsillo, debidamente firmado y sellado por las autoridades.

Los corredores emprendieron, pues la vuelta, a toda prisa. Pero, ¡ay!, todas sus fatigas y todos sus trabajos debían perderse casi. El río no cumplió sus promesas, y los terrenos fueron al Tesoro, al verano siguiente, por no haberse podido pagar los impuestos. Como todas las empresas de este mundo, las «carreras a la mina» no siempre las corona el triunfo. De veinte de que oí hablar durante mis diez y ocho primeros meses de estancia en el Clondic, ninguna dió resultados verdaderamente satisfactorios, salvo para un minero o dos. Pero la incertidumbre y la esperanza atraían siempre mucha gente. Por una «carrera a la mina» se habían jalonado Eldorado y el Bonanza. Así es que cada cual esperaba encontrar por el mismo medio tesoros semejantes a los de esos dos ríos, y pensaba, al emprender una nueva «carrera a la mina», ganar una fortuna que le recompensara de sus esfuerzos.

JEREMÍAS LYNCH

(*Continuará.*)

LAS ANTIGUAS TARJETAS DE VISITA

Nada más fácil, si así a mi antojo placiese, que hallar en la China, ha ya más de dos mil años, el origen de esas cartulinas unas veces, otras de esos fragmentos en forma rectangular de fino o grueso papel, cuyo uso tan extendido se encuentra hoy, merced a que, como dice Santiago Gelli, por una lira cincuenta céntimos, puede pasar cualquiera por noble, barón, conde o marqués.

Pero, prescindiendo de nebulosidades y de leyendas, a manera de dato curioso relacionado con la historia de la tarjeta de visita, podría consignar el concerniente a que ya los estudiantes alemanes de la Universidad de Padua, desde 1550, depositaban en las casas de sus maestros una tarjeta, como testimonio de consideración y a modo de respetuoso saludo; y en alguna colección, tal como en la de Félix Oppenheim, figura una de aquéllas, de origen italiano, del siglo XVI, con el nombre y apellido de Domingo Soriano.

Mas la primitiva tarjeta de visita, especialmente en Francia, fue el naipe; es decir, una carta de la baraja, sobre la que al dorso se escribía, con lápiz o con tinta, el nombre del portador. En una sátira publicada en 1741 sobre los *Inconvenients du jour de l'an,* se lee:

«Sur le dos d'une carte on fait sa signature, pour rendre sa

visite au dos de la serruse.» Italia, reina del arte, precede a Francia en la tarjeta de visita propiamente dicha; y de los primorosos ejemplares que en el Museo Cívico de Venecia se conservan, publica Aquiles Bertarelli varias reproducciones en su magnífica y curiosa obra sobre esas pequeñas estampas, siendo de las más notables las tarjetas de la princesa de Teano, de Camilla Garenzi y de Giusepe Ginozi, grabadas, respectivamente, por Antonini, Angeli y Cagnoni.

En 1760 la tarjeta de visita, según escribe Mercier en sus *Tableaux de Paris,* existe en estado de institución. Aquélla ya es una verdadera obra artística, una preciosa joya del grabado: las orlas de estilo *rococo,* el dibujo a la manera de Nancy, las guirnaldas, las flores, los motivos clásicos, los amorcillos, las palomas, los geniecillos, las musas, los frontispicios y las viñetas de Moreau, de Eisen, de Cochin, de Saint-Aubin, de Gravelot, de Choffard, en Francia; de Piranesi, de Barlozzi, de Morgen, de Vascellini y de Canova, en Italia; y en España, las de Manuel Salvador Carmona, de Mariano Brandi, de Muntaner, de Enguidanos, de Alvarez, de Moles y otros, hacen de las tarjetas de visita delicadas obras maestras, encantadoras labores del pequeño arte del grabado.

Atributos militares: banderas, cascos, corazas, cañones; emblemas marítimos: naves, brújulas, timones, anclas; enseñas judiciales y alegorías de la justicia, tales como las tablas de la ley, la balanza, la espada; en otras, como en la perteneciente a un maestro de postas, la biga, el carro griego; en la del abate Malaspina, el mapa del Rosellón; en la del conde Boschetti, un grupo formado por naipes; en la de «Don Juan Lázaro», el interior de una imprenta, en la que unos robustos y desnudos niños son los obreros que se ocupan en retirar los pliegos de la prensa; en la de «D. Antonio Tadei», un magnífico capitel toscano; y en todas ellas, algo, bien sea emblema, bien alegoría, ya enseña o ya divisa, que revele la profesión, destino, cargo o aficiones del poseedor.

¡Qué diferencia, exclamaré con Grand-Carteret, entre la

moderna tarjeta de visita y la del siglo XVIII y comienzos del XIX!

De esas últimas hay verdaderas preciosidades. En mi colección, que en modo alguno intento comparar con la espléndida del Dr. Piccinini, conservo dos de G. E. Le Cannis, con las vistas de Nápoles y de Pouzolles, la una, y la otra con una viñeta de R. Daudet, representando ruinas romanas. Entre las extranjeras que forman parte de mi colección citada, hay la de Mme. la marquesa de Montferrier, la de la condesa de Broves, la de Mr. Campbell, grabada por Choffard en 1777, y la de Javier de Puchoerg, todas de la décimooctava centuria, a la que corresponde también la del Cav. Baccio Franco Bacci, en la cual aparece grabada la plaza Pitti, en Florencia.

Lógico es que en mi dicha colección figuren más españolas que de países extraños; y aun cuando fatigue la paciencia del cultísimo lector de esta muy ilustrada Revista, voy a permitirme dar una imperfecta idea de algunas de las tarjetas de visita antiguas que poseo. Rodeado por tres pequeños genios que en sus manos sostienen escuadras, teodolitos, reglas, compases y otros instrumentos de ingeniería, encerrados en un óvalo, el nombre y apellido de «Agustín de Betancourt y Molina»; colocado en dos amplias cintas, se lee en la una «Tomás», y en la otra «Iriarte», es decir, que es la tarjeta de visita del gran fabulista, admirablemente grabada y llena de detalles alusivos a la poesía, como el plectro, las flores y la lira; sobre un sarcófago romano, abierto, puesto entre un paisaje y viéndose en el fondo una pirámide, se lee «Manuel Salvador Carmona», tarjeta grabada por el insigne artista, como lo atestiguan las siglas *M. S. C.* que al pie de la misma se observan; al buril de Brandi es debida la de«Mariano Luis de Urquijo», el célebre ministro secretario de Estado de José Bonaparte, tarjeta que por su alegoría (un niño blandiendo un puñal con la diestra mano, y sosteniendo con la siniestra un cetro y una corona) alude sin duda al *Discurso sobre el Teatro español*, que escribió aquél, y a la tragedia de Voltaire, *La muerte de César*, que

tradujo el inmortal introductor de la vacuna en nuestra patria; la del pintor Maella, con los atributos del excelso arte pictórico: la paleta, los pinceles, cartones, dibujos; la de «don Pedro Cabezas, colector de San Isidro», inscripta en un trozo de mármol, exornado con grandes infolios, un viejo tintero de estaño, plumas, pergaminos y pebetero; otra, hermosamente grabada, de «Diego Miguel Bravo de Rivero», con bélicas enseñas, consistentes en un torreón heráldico, una columna estriada, planos, morteros, estandartes y la efigie de Santiago; la de «Ramona Solana de Solana», representando un ara y sobre ella dos corazones unidos, en ignición; otra de «El Baylio Marqués de la Vega», que tiene, en primer término, trofeos guerreros y, en el fondo, el mar surcado por una gran nave. Muy linda es también y delicadamente grabada en Madrid por «Un Hermano de la Religión», la tarjeta de «El General de San Juan de Dios», constituída, en su parte gráfica, por una granada abierta, encima de la que hay una estrella de seis radios y sobre la misma una cruz latina. Bellísima y magistralmente hecha es la que perteneció a «D. Angel de Alevio», teniendo por motivos su composición, una matrona que debe representar la Fe; ante ésta se halla de hinojos un hombre, y a espaldas de la figura femenina, una grande y rica urna cineraria. Al neoclasicismo, a lo que se ha dado en llamar *estilo Imperio*, pertenecen, entre otras, la de «D. Antonio Lucas y Zeldrán»; la de «J. M. de Hervás, marqués de Almenara»; la de «D. Josef López»; la de «D. Vicente Sisternes y Feliú»; la de «D. Saturnino Segovia, con la inscripción en la parte inferior de «Real Casa de Campo»; la de «D. Juan Andrés del Valle», grabada en una lápida rodeada de guirnaldas y flores; todas de correctísimo diseño, de encantador conjunto, y luciendo como elementos decorativos los cupidillos, los caduceos, las cornucopias o cuernos de la abundancia, los pequeños altares, las diademas de rosas, los meandros, las volutas, las flechas, las palomas y cien más estéticos detalles.

Poseo una que recuerda las ilustraciones de Bernardo Pi-

cart, conocido por *le Romain*, a las obras de Fontenelle. La tarjeta a que me refiero, que fue de «D. Antonio García Jurado», está compuesta por tres geniecillos, simbolizando: el uno, la Música; el otro, la Escultura, y el último la Mecánica, y cerca de ellos, fustes de columnas, aparatos de relojería, pequeñas ruedas dentadas, pentagramas y flores. De artista español, aun cuando redactada la inscripción en italiano, es la de «Mr. Arcivo de Sebaste. Nvnzio presso S. M. C.», y en la cual tarjeta se reproduce en perspectiva el puente de *Sant-Angelo*, San Pedro del Vaticano y las orillas del Tíber, percibiéndose a la izquierda del observador un hermoso pedestal sobre el que se apoya una matrona que simboliza la Religión o la Fe.

Si pretendiera describir minuciosamente las tarjetas artísticas que constituyen mi colección, precisaría un folleto de algunas páginas; por eso me concretaré a agregar a las anteriores concisas noticias, sencillamente una especie de índice de algunas que forman parte de aquélla; todas bellísimas, muchas que pertenecieron a celebridades, y también la totalidad correspondiente al siglo XVIII, o a los primeros años del XIX. Entre esas tarjetas están la de «Manuel Salzedo», grabada por Carmona; la de «D. Antonio Moreno de Negrete»; la del «famoso archivero de Simancas», «D. Tomás González»; la de «El Prior de El Escorial», con una hermosa viñeta representando el Monasterio, la obra ciclópea de Herrera; la de «El Conde de Villapaterna»; la de «D. Thomas Pérez Estala», hecha por el buril de Estevez; la de «Benito Monfort», editor de Valencia; la del artillero «Juan de Montenegro», grabada por Molesen en 1779; la de «D. Jenaro Antonio Rubio», trabajo del grabador de cámara de José Napoleón, Peleguer; la de «Mr. Delfino, ambassadeur de Venise», y otras muchas cuya sola enumeración, por su inevitable monotonía, habría de cansar al lector que con extremada bondad me ha seguido hasta aquí.

No pondré, sin embargo, punto a estas cuartillas sin decir que la tarjeta antigua es, en general, una primorosa obra de arte, una filigrana, por su delicadeza, del dibujo, trazada pri-

mero en la metálica plancha; una finísima muestra del buen gusto de los Prevost, de los Porporati y de los Carmona; mostrándonos de ello ejemplares magníficos el Gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional de París, el Museo Cívico de Venecia, y las colecciones preciosas de Bertarelli y del erudito Henri D'Allemagne.

FEDERICO HERNÁNDEZ Y ALEJANDRO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Filosofía: Literatura de la muerte.=Medicina: Las curas extravagantes.=Crítica: La crítica como medio de arribismo.=Impresiones y notas: Los errores de *Salambó*.—Clasificación de los criminales.—Cálculos simplificados.—Los orígenes humanos.—Nuestro falso concepto de los países polares.

FILOSOFIA

Literatura de la muerte.—Puede afirmarse, dice Nicolás Segur en *La Revue*, que nuestra época, como todas las de curiosidad, inquietud intelectual y refinamiento, se vuelve fascinada y atenta hacia el problema insoluble de la muerte. ¿Qué es la muerte? ¿En qué consiste ese paso supremo que tenemos que franquear, y ante el cual todos somos iguales e impotentes? Y después de la muerte, de la última palpitación, del último aliento, cuando ya no hay nada, ¿qué es de nuestra conciencia, de nuestra memoria, de nuestra personalidad, de esa esencia, siempre buscada y nunca encontrada, adivinada e inaprehensible que llamamos alma? ¿Hay oposición absoluta entre la vida y la muerte, y están separadas por una barrera infranqueable? ¿Debe identificarse la muerte en nuestro espíritu con la nada, o puede esperarse que haya, no una inmortalidad, una nueva evolución de la conciencia, sino por lo menos un destino posterior, una supervivencia cualquiera, parcial, incompleta, pero supervivencia en suma de nuestro *yo* después de la muerte?

He ahí las preguntas eternas que nos dirigimos, el problema que siempre ha preocupado al hombre. Ese problema ha creado toda una religión y regido la muerte intelectual y moral de un pueblo entero; el terror de la muerte y la esperanza de la inmortalidad han favorecido y asegurado el éxito de otra religión, el Cristianismo. El fermento activo y esencial del Cristianismo es la buena nueva de que nuestra existencia no acaba en esta tierra, sino de que nos despertaremos algún día después de la muerte en el seno de la felicidad o del dolor, castigados o recompensados por nuestras acciones y por siglos de siglos. Y este misterio de nuestro fin, que ha preocupado a todas las religiones, ha sido objeto de meditación constante de sabios y de filósofos.

Desde la época en que el discípulo de Confucio dirigía tímidamente al maestro la pregunta nunca satisfactoriamente contestada: «¿Qué es la muerte?»; desde que Sócrates hablaba con sus discípulos en la prisión de Atenas, hasta que Schopenhauer escribió todo un tratado sobre esta cuestión, y hasta el mismo Nietzsche, la significación profunda y precisa de la muerte ha sido siempre una de las preocupaciones dominantes de los pensadores; en cuanto a la ciencia, ¿qué es esencialmente sino una investigación eterna de la naturaleza de la vida y, por consiguiente, de la naturaleza de la muerte? Aristóteles e Hipócrates se preocupaban ya de ello, y Claudio Bernard y Metchnikoff han hecho de ella uno de los objetos de su carrera científica. Todo el mundo conoce la teoría atrevida, verdadera en su sentido general, pero discutida en sus detalles, que hacía decir a Claudio Bernard que la vida es una muerte perpetua, y que no se vive sino muriendo. En lugar de preguntarse qué es la muerte, se pregunta qué es la vida, y el problema sigue siendo tan difícil de resolver como antes, pues hoy, desgraciadamente, como ayer, científicamente, no hay otra definición de la vida que la que daba un personaje de Anatolio France: «¿La vida? ¿Queréis que os la defina científicamente? Es lo desconocido que se las guilla.»

Pero el espíritu humano es paciente, tenaz e infatigable, y con motivo del intenso retoño de la filosofía mística, producido en Francia con Bergson, a propósito de la boga creciente del espiritismo y de las cuestiones teosóficas, el problema de la muerte y de la inmortalidad está más que nunca sobre el tapete. En cuanto a la literatura, está, desde hace sesenta años, especialmente obsesionada por ese problema, y pueden contarse por docenas los escritores que se han ocupado de la muerte. Aun dejando a un lado a Leopardi, que le ha consagrado su musa, a Novalis, a Huysmans, a Eduardo Rod y aun a Tolstoï, que le ha dedicado páginas admirables, tenemos todavía a d'Annunzio tan acosado por la muerte, que vuelve a ella sin cesar, ligándola inseparablemente a la voluptuosidad y al amor; a Wagner, el exaltador de la muerte, el cantor enloquecido de la realización del amor en el aniquilamiento, y tenemos a Mauricio Maeterlinck.

Maeterlinck estaba ya desde su juventud hipnotizado por la muerte desde sus primeras obras, *El Intruso*, *Interior*, en que se complace en mostrarnos la llegada de la inesperada y temible visita, llenando la atmósfera y oprimiendo todos los personajes con su influencia oculta y omnipotente. Después la ha mirado con menos espanto, pero no con menos asiduidad. En su anteúltimo libro *La inteligencia de las flores* había publicado ya un ensayo que contenía sus ideas principales sobre la supervivencia, y ahora vuelve a ello con un volumen entero *La muerte*, en el que, con muchísimo buen sentido, profundidad y tacto, toca todos los enigmas relacionados con nuestro fin.

Lo que nos preocupa—dice—no es la inmortalidad de nuestra alma, ni la posibilidad de una existencia nueva, sino la persistencia y la supervivencia de nuestra memoria y nuestros recuerdos. ¿De qué se compone, se pregunta, ese sentimiento del yo, que hace de cada uno de nosotros el centro del universo, el único punto que le importa en el espacio y en el tiempo? Ese yo, tal como lo concebimos cuando pensamos en las conse-

cuencias de su destrucción, no es nuestro espíritu ni nuestro cuerpo, puesto que reconocemos que uno y otro son olas que pasan y se renuevan. ¿Es un punto inmutable que no podría ser la forma ni la substancia siempre en evolución, ni la vida, causa o efecto de la forma y de la substancia?

En verdad, nos es imposible aprehenderlo o definirlo, decir dónde reside. Cuando quiere uno remontarse hasta su última fuente, apenas se encuentra más que una serie de recuerdos, de ideas confusas y variables, relacionadas con el mismo instinto de vivir; un conjunto de hábitos de nuestra sensibilidad, y de reacciones conscientes e inconscientes contra los fenómenos circundantes. En suma, «el punto más fijo de esta nebulosa es nuestra memoria, que parece, por otra parte, una facultad bastante exterior, bastante accesoria; en todo caso, una de las más frágiles de nuestro cerebro, una de las que desaparecen más pronto a la menor perturbación de nuestra salud.»

Cualquier otra inmortalidad que la de nuestra memoria nos deja indiferentes; la ciencia nos ha dado la certidumbre de que nuestro aniquilamiento completo no es imposible, pero eso no nos importa. «Nos es indiferente, dice Maeterlinck, que durante la eternidad nuestro cuerpo o su substancia conozca todas las dichas y todas las glorias, sufra las transformaciones más magníficas y más deliciosas, se convierta en flor, perfume, belleza, claridad, éter, estrella; nos es indiferente que nuestra inteligencia se abra hasta mezclarse a la existencia de los mundos, comprenderla y dominarla. Estamos persuadidos de que nada de eso nos afectará, nos proporcionará ningún placer, nos ocurrirá, a menos de que no nos acompañe la memoria, testigo de esas felicidades inimaginables.» «La muerte, continúa, ha cortado la red de nervios o de recuerdos que los enlazaba a no sé qué centro, donde se encuentra el punto que siento ser todo yo mismo; desligado así, y flotando en el espacio y el tiempo, su suerte me es tan extraña como la de las más lejanas estrellas.»

Lo que nos contentaría sería una inmortalidad tal como

las religiones la han prometido, en que cada alma volvería a su cuerpo con sus alegrías, dolores y sensaciones vívidas. Desgraciadamente, entre todas las hipótesis concebibles, la más insostenible es esa; nuestro yo, formado por el montón de recuerdos del pasado, cambia sin cesar, y esa memoria, ese yo moral e intelectual continuamente cambiado, sér proteico, teñido por los colores de todos los sucesos, muere diariamente y se renueva con las células que le sirven de vehículo. La memoria, como dice Finot, es «un vasto cementerio donde yacen nuestras conciencias consecutivas».

Otra hipótesis que Maeterlinck tiende a eliminar es la supervivencia posible de nuestra conciencia, libre de toda memoria de actos y de sensaciones. Según él, hay en nosotros un sér superior, parte de lo inconsciente, y ese sér superior nos es extraño, aunque sea precisamente nuestro mismo yo el que ha de sobrevivirnos sin que tengamos conciencia de ello. Pero, en ese caso, se pregunta Maeterlinck, ¿dónde está la muerte? Si la conciencia se perfecciona, debe fatalmente llegar algún día a la perfección y permanecer desde entonces perfecta, inmutable, que es tanto como morir. En esto se equivoca Maeterlinck, pues el hecho mismo de ser la conciencia perfectible supone que no puede nunca llegar a ser perfecta, pues si lo fuera, cambiaría radicalmente de naturaleza, se convertiría en Dios, pues sólo Dios es perfecto, y la perfectibilidad supone el perfeccionamiento infinito sin llegar nunca a la perfección.

Queda, por último, la hipótesis final, la más grandiosa y bella de las hipótesis: la de nuestra absorción por la conciencia universal, la de nuestra identificación con el yo universal, y ésta es la que parece seducir más a Maeterlinck. Maeterlinck concibe dos especies de infinito: el infinito perfecto, inmutable, tal como lo concibe el pensamiento abstracto, y el infinito que se busca, que evoluciona y que no está todavía fijo: el que nos ofrecen nuestros sentidos.

Hablando de las investigaciones de la sociedad psíquica de Londres, Maeterlinck las califica de obra maestra de paciencia

y de conciencia científica. «Allí no se admite ningún hecho que no esté corroborado por testimonios irrecusables, pruebas escritas y concordancias convincentes; apenas puede disputarse la veracidad natural de la mayor parte de ellos, a menos de negar de antemano todo valor probatorio a todo testimonio, haciendo imposible toda convicción, toda certeza.» Debe, pues, considerarse seriamente esa vasta ciencia naciente (teosofía, espiritismo, ocultismo), imperfecta todavía, deshonrada por el fraude y la simulación, pero que aporta muchos hechos tan incontestables como inexplicables. No pueden suscribirse sin alguna vacilación todas las afirmaciones de comunicación con los muertos, apariciones y correspondencia de ultratumba; pero ignorarlas porque sean inconcebibles en el estado actual de la ciencia, es imitar el error de nuestros antepasados, que se burlaban del mesmerismo, rechazando un hecho que sus hijos debían aceptar definitivamente, sin conseguir todavía comprenderlo. «Se trata, dice Maeterlinck, de un problema serio, el más grave quizá que hayamos tenido que resolver desde el advenimiento de Cristo, y no basta para desentenderse de él con un alzamiento de hombros o una carcajada.»

La imparcialidad de Maeterlinck le obliga también a declarar lo insuficiente, lo mezquino y lo infantil de todo lo que los espíritus nos han contado del más allá. «¿Para qué morir, dice, si todas las pequeñeces de la vida continúan? ¿Vale verdaderamente la pena de haber pasado por los espantosos desfiladeros que desembocan en los campos eternos, para acordarnos de que el hermano de nuestra abuela se llamaba Lucas, o de que Pablo, nuestro primo hermano, tenía varices o una enfermedad de estómago? Para eso preferiría la soledad augusta y helada de la nada. Hay mil cosas grandes o pequeñas, y de nosotros ignoradas, que se deben ver cuando la mirada no está detenida por ojos enfermos.»

MEDICINA

Las curas extravagantes.—El Dr. Laumonnier ha recogi-

do en *La Revue* varios curiosos informes de terapéutica popular, caracterizada por lo antiquísimo de los procedimientos y por la preferencia de que goza, no sólo entre la gente inculta, sino hasta entre personas ilustradas, y aun entre verdaderos sabios. La significación real de la mayor parte de estas recetas es obscura, ignorándose, sobre todo, la relación que tienen con las leyes de la Naturaleza. Por eso muchas gentes vacilan entre el médico y el curandero, como el personaje de Flaubert, pues si el médico tiene la ciencia, el curandero puede tener la experiencia, y tiene, desde luego, un secreto que ha producido curaciones, y que, por lo mismo de ser secreto, inspira confianza.

El Dr. Lagneau, una autoridad en antropología, ha observado, que las provincias en que la longevidad es mayor es el Ariege y los Pirineos Orientales; los octogenarios, los nonagenarios y hasta los centenarios, abundan allí más que en ninguna otra parte, sin que se sepa si tal longevidad debe atribuirse a la raza, al clima o al régimen.

El Dr. Laumonnier se hallaba hace algunos años en Aulus con un amigo. Habiendo proyectado visitar el estanque de Lherz, el guía que tenían fue reemplazado por un gran viejo, cuyo aspecto vigoroso hizo recordar a Laumonnier las afirmaciones de Lagneau. El hombre llegaba de Rancié, distante cinco buenas leguas, y pensaba volver por la noche después de acompañarles en su larga y fatigosa excursión. Asombrado Laumonnier de que un viejo pudiera ejecutar tal hazaña, el viejo dijo, sonriendo socarronamente:—Por aquí la montaña conserva.—Vamos a ver, ¿qué edad tiene usted?—Setenta y seis años; pero eso no es nada: mi abuelo murió a los noventa y cinco, y el abuelo de mi mujer ha vivido más de cien años; mi madre tiene noventa y ocho años, pero no ve ya su sombra. Es cosa del país.—Algo más habrá para que los montañeses sean tan robustos y vivan tanto como vosotros.—No toman la sal—replicó el viejo.—¿Qué es eso de tomar la sal?—Es una costumbre nuestra. Todas las mañanas, al despertar-

nos, y antes de beber, tomamos una pizca de sal sobre la que se ha hecho la cruz; eso impide las pituitas y los acaloramientos; cura el mal del riñón, el bocio y el mal de corazón. Y sin todas esas miserias, la vida dura.

Ningún etnógrafo ha hecho mención de semejante costumbre. Y es curioso consignar que recientemente en América las tomas de sal han gozado de momentánea boga. Durante varios meses, las bellas señoras de Chicago y de Filadelfia tomaban, en lugar de bombones, pastillas de cloruro de sodio, con el fin de devolver a su tez todo su esplendor o conservarlo. Pero las mujeres, que tienen tendencia a exagerarlo todo, abusaron pronto de tan extraño bombón, y sufrieron molestias que acabaron con la cura de sal. En el país palúdico del Aunis, y en el estuario nantés, la sal es el único remedio; se administra contra la fiebre, la tos, la esquinancia, la podagra y la hidropesía, y, según parece, con tanto éxito por lo menos como las más sabias prescripciones de los médicos. ¿No recomendaban éstos bien recientemente a los niños enflaquecidos, linfáticos o escrofulosos, el uso de las tartinas de manteca salada? Desgraciadamente, hoy sabemos que la sal no puede en ciertos casos franquear la barrera del riñón, acumulando y reteniendo el agua en los tejidos, y produciendo así un aumento de peso ficticio y edemas a veces muy peligrosos. Si en el montañés del Ariege, sobrio y robusto, facilita la eliminación de los residuos del funcionamiento vital, en las personas, numerosas en las ciudades, que tienen un riñón poco permeable, la sal es altamente nociva, pero hay que reconocer que esta nocividad es consecuencia de los abusos del hombre civilizado.

Mucho habría que escribir sobre la terapéutica de las piedras gemmas. Esta antiquísima terapéutica cuenta todavía con numerosos adeptos, y en estos últimos años, ciertos joyeros han realizado fortunas, vendiendo a las mujeres piedras que la vetusta doxología de los cabalistas y los spagiritas hacía corresponder con el mes de su nacimiento.

En 1906 el *Correspondant Médical* señalaba la existencia en

Anjou de una piedra de naturaleza desconocida que, colocada en el pecho del paciente, hacía detener inmediatamente las hemorragias de cualquier clase que fuesen; tan segura era su eficacia, que los médicos mismos, cuando se encontraban con una hemorragia grave, la aplicaban sin vacilar. El Dr. Laumonnier ha visto esa piedra, que había pertenecido a una monja exclaustrada, encarcelada por ejercicio ilegal de la medicina, y muerta en 1883, en reputación de hechicera. Era una *aetita* o piedra de águila (óxido de hierro hidratado), en nódulo hueco, con un núcleo móvil en el interior, y sus propiedades hemostáticas están comprobadas por multitud de testimonios. Evidentemente, el efecto producido era debido al influjo de la sugestión por la acción que los centros nerviosos ejercen en la vaso-constricción.

Otra curación de fundamento menos dudoso, y que goza de antigua reputación, habiendo sido recomendada por médicos tan distinguidos como Secheyron, Thomery y Daunic, es la del empleo del carbón de leña contra los envenenamientos. Sabido es que el polvo de carbón se utiliza en terapéutica para combatir las fermentaciones digestivas anormales y las diarreas fétidas, porque el carbón es un absorbente enérgico de los gases y un fijador de los derivados de la putrefacción, que destruye en parte, gracias a su poder oxidante y catalítico. De aquí, su empleo empírico contra los envenamientos por setas, hoy científicamente explicables. Laumonnier ha comprobado personalmente el valor de esta terapéutica. Estando en Saint-Chély, unos carboneros habían comido setas que les parecieron buenas; pero, poco después, fueron todos presa de vómitos, cólicos y diarrea; los menos atacados se apresuraron a machacar cuidadosamente carbón, tragando cada uno una buena cantidad en agua; en algunas horas el mal se atenuó, y al día siguiente había desaparecido. Parece, por otra parte, que las propiedades absorbentes y catalíticas del carbón permiten emplearlo en otro género de envenenamientos, como el de la cicuta, para la que el Dr. Favre lo ha prescrito con éxito.

Un guardia del Dr. Raymond cogió con la mano una liebre, que comió asada la misma noche; unas horas después sintió violentos dolores epigástricos, vómitos, sudores viscosos y algidez, amenaza de colapso; la familia le administró gran cantidad de polvo de carbón, y en seguida se calmaron los dolores y los vómitos; pero persistiendo la adinamia, tomó una nueva dosis de carbón, y al cabo de dos o tres días se encontró completamente curado. Aquí no se trataba de fermentaciones secundarias o de putrefacciones intestinales, sino de un verdadero envenenamiento, debido a las toxinas acumuladas en los tejidos de la liebre forzada, y que la cocción no había bastado a destruir. El ejército japonés, en su guerra con Rusia, ha ensayado en grande el polvo de carbón, y gracias a su empleo metódico se ha visto libre del beriberi, el tifus y otras enfermedades tóxico-infecciosas.

Laumonnier termina hablando de otra cura popular antiquísima: la cura de perlas. Las cortesanas griegas la practicaban y Cleopatra componía con perlas disueltas en vinagre, aquel maravilloso brebaje gracias al cual sus encantos, a una edad en que debieran ya estar marchitos, excitaban todavía los deseos de Marco Antonio y de César. Ninón de Lenclos usó también el mismo procedimiento que ha conservado fervientes adeptos en todo el Oriente, sobre todo en la China; los ricos celestes atribuyen al polvo de perlas las propiedades del agua de juventud; un viejo que lo toma a propósito, encuentra, según se dice, todo el vigor de los veinte años. El *apropósito* quiere decir que la cura no siempre es eficaz; en la China meridional, los mandarines sólo la usan en plenilunio, y en Europa, las mujeres que se entregan a esa práctica la regulan por la menopausia. ¿Habrá algo de cierto en los efectos atribuídos a la cura de perlas? Difícil es decirlo, pues en estas materias de nada se está seguro.

CRITICA

La crítica como medio de arribismo.—Nunca se admirará bastante—dice en la *Revue Bleue* Pablo Flat—el estado de espíritu de un hombre que se sirve hoy de su pluma para traducir su pensamiento, es decir, su modo de juzgar independiente, fuera de las consideraciones serviles de interés o de camarilla a que generalmente están sometidas las opiniones escritas. Este curioso personaje ha existido y existirá siempre, aun cuando no fuera sino por amor a la originalidad, por deseo de singularizarse, de no ser confundido con el vulgo (¿y por qué no por el simple deseo de obedecer a su conciencia artística, literaria o profesional?). Pero cada vez se ha hecho más raro, y esa rareza aumenta su precio y su valor. Claro es que hay quien se venga, y es preciso oír en qué tono se habla privadamente de quien en público se inciensa; es uno de los más curiosos espectáculos y de los que más contribuyen a fortificar en nosotros el saludable desprecio de la naturaleza humana. Va ya más de medio siglo desde que Sainte-Beuve observaba con su maliciosa intuición de las curiosidades psicológicas dos categorías de juicio sobre las obras de espíritu: los que se imprimen destinándolos al público y los que se formulan al lado de la chimenea entre amigos, los únicos sinceros o con alguna probabilidad de serlo por estar exentos de las consideraciones sociales que vienen a deformar la visión. El verdadero crítico, el único digno de este nombre, es el que se atreve a imprimir opiniones de *al lado de la chimenea*. Bien lo sabía el mismo Sainte-Beuve, que tantas veces, a pesar de su maravilloso talento, puso su pluma al servicio de las peores causas y de la peor de las pasiones: la envidia.

Pero los juicios de Sainte-Beuve eran sólo individuales, y sólo le comprometían a él. En su tiempo, la noción de grupo o de sindicato estaba todavía en la infancia, y apenas era conocida en los dominios literarios. ¡A qué perfección se ha llegado desde entonces! Las opiniones que se formulan hoy son *opinio-*

nes de grupo. ¿Formáis parte de un grupo ya constituído? Pues ya sabéis a qué ateneros, puesto que conocéis el espíritu y las tendencias de los que lo componen. ¿No pertenecéis a ninguno? Apresuraos a colmar ese vacío, sin lo cual nada haréis valedero, y penetraos ante todo de esta sacrosanta doctrina; cualquiera que sea la flaqueza, la mediocridad, hasta la inepcia que salga de la pluma de cualquiera de sus miembros, habéis contraído de antemano el compromiso de no revelar nada de ello, o más bien—pues el silencio es todavía una opinión—el de exaltar el valor de sus producciones a cambio de igual servicio, pues la reciprocidad es una de las cláusulas de este contrato secreto.

Estos grupos no están reconocidos oficialmente, ni compuestos de determinado número de miembros como los de la política; pero su constitución no es menos poderosa, y basta para edificar reputaciones, que sin ellos no tendrían ninguna consistencia, ni aun pasajera. A su cabeza se ven gentes que, a falta de obras, han tenido la ingeniosidad de hacer su carrera en las lides de los banquetes, y que, partiendo de un extremo de la mesa, han llegado progresivamente al centro y al puesto de honor. Es una fracmasonería literaria bastante análoga a la que durante tanto tiempo triunfó en política y contribuyó a edificar las más altas reputaciones. Es también una sociedad de socorros mutuos en que cada miembro aporta su cotización en forma de artículos que le serán devueltos con arreglo a una metódica contabilidad.

La fórmula de Sainte-Beuve aparece aquí confirmada en su máximum de significación. Estar afiliado a tal o cual grupo es asegurarse derechos imprescriptibles a los buenos oficios de cada uno de sus miembros. Pero, ¡a qué costa! De antemano habéis renunciado a toda libertad de juzgar y de expresar vuestro pensamiento; no sois más que el esclavo de una causa común, consagrado por todos los medios a la defensa de un partido, y para quien por encima de una consideración literaria está el argumento decisivo del éxito. El teatro de estos

diez últimos años nos suministra los mejores ejemplos de esas cooperativas de orden espiritual en que los medios adoptados se diferencian poco de los que se usan para la explotación de un privilegio industrial o de una empresa financiera.

Cuanto más avanzamos, más se convierte el crítico—personalidad antes aislada, que no contaba sino consigo mismo—en sér colectivo, anónimo, que tiende a absorberse en el grupo a que está ligado. Hay excepciones afortunadamente, y las habrá siempre; pero ¡qué raras! Aun a veces, semejante al buey de labranza, viene a tender su cuello al yugo. Es una extraña concepción de la dignidad literaria, esa tarea de lacayo que nada tiene que ver con la noble y alta misión de la crítica. Ejemplos tales hacen lamentar la pérdida de aquel Sarcey que, bajo su aparente desenfado, ocultaba una independecia real, declinando el honor de presentar su candidatura para la Academia, por no querer perder su libertad de apreciación para los autores que tenían que ser sus compañeros. ¡Cómo no admirar la nobleza intelectual de un Taine, que jamás escribió sino para responder a los dictados de su conciencia, y antes hubiera roto su pluma mil veces que imprimir una línea que no estuviera en conformidad con ella! Y ¡qué decir de d'Aurevilly, ese paladín de la crítica, siempre pronto a defender a los débiles, y sin otra preocupación que la fe en sus ideas! Con audacia singular se atrevió con la más alta potencia literaria, atacando la gloria de Víctor Hugo, por juzgarla desmesurada, precisando los límites en que debería encerrarse. Júzguese si los turiferarios del poeta y el poeta mismo perdonarían semejante audacia. Replican con todo su enorme poder, le cierran todas las puertas, y d'Aurevilly sigue acometiéndolos desprovisto de todo, salvo de su genio, como caballero sirviente de un ideal ante el que toda consideración debe ceder. En qué profunda estima se tiene hoy al mismo Brunetière, a pesar de lo poco simpático de su personalidad, porque jamás tomó la pluma sino para afirmar ideas y defender convicciones, no importándole nada que se tratara de gentes bien colocadas y en condiciones de perju-

dicarle! Y ¡qué despreciables, en cambio, todos esos tipos sin conciencia, con alma de lacayos, adoradores serviles de quien les compra la pluma por un pedazo de pan o por un elogio mutuo!

IMPRESIONES Y NOTAS

Los errores de Salambó.—Según Pedro de Trevières, el espíritu científico no existía en Gustavo Flaubert sino excepcionalmente, o más bien, en estado de sugestión entusiasta; Flaubert fue ante todo un gran visionario. Su formación puramente literaria hubiera debido apartarle de ciertos asuntos, en los que no basta la buena voluntad. Conocidas son las respuestas que dió a las críticas de Sainte-Beuve y de Frœhner a propósito de la documentación de *Salambó*; aunque resulta que el gran escritor ha querido más bien dar sensaciones de arte que reconstituir la antigüedad cartaginesa, es seguro que muchos detalles, atributos, ornamentos y descripciones han sido comprobados, y Flaubert ha querido reflejar aquella civilización; pero ante la ciencia moderna fuerza es censurar ciertas afirmaciones aventuradas: así, los mosaicos no han sido conocidos en Roma sino a fines del siglo II, a. d. J. C., mientras que la guerra de los mercenarios data del III.

Flaubert menciona las monedas de Asiria, cuando está bien probado que en Asiria no se ha conocido la moneda. Tampoco puede tratarse de camellos en aquella época, no habiendo aparecido este animal todavía en el Africa del Norte en tiempo de Yugurta. Los hornos «para cocer los grandes féretros de arcilla» son igualmente imaginarios. La topografía de la antigua Cartago no se presta a ciertas estrategias de Flaubert. El personaje de Salambó es completamente imaginario, y ni en lo físico ni en lo moral puede relacionarse con las razas de que lo ha sacado. Gustavo Flaubert ha dotado al país de una flora extraña, pues el cactus no existía en aquella época, ni los bosques de palmeras se dan sino en los oasis del Sur tunecino. En

cuanto a la disposición de las batallas, es pura invención, pues está en contradicción con la configuración del terreno.

¿Quita esto algo al mérito de la obra? Según los panegiristas de Flaubert, no; según nosotros, sí; pues cuando no se sabe escribir una novela histórica, no se escribe, y no se incurre en falta.

*
* *

Clasificación de los criminales.—No todos los criminales son locos o semilocos. Según Raimundo Hesse, hay seis principios que pueden servir de base para clasificar a los criminales: el dinero, el sadismo, el apostolado, la venganza, la mujer y las lecturas.

Según el Dr. Grasset, aparte de que estos móviles se confunden y pueden concurrir varios en un solo crimen, puede decirse que en cada una de esas seis categorías hay siempre enfermos, locos o semilocos. La decisión que precede al crimen es resultado de un conflicto entre dos ideas: 1.° Idea tentadora de lucro, de goce o de venganza. 2.° Idea de moral, natural o religiosa, de ley civil y de castigo social. Puede uno ser sano de espíritu, y optar libremente por la primera de esas dos ideas; entonces esto se paga con la prisión; en los demás casos hay que examinar de cerca el grado de responsabilidad del criminal.

La idea tentadora es morbosa siempre que se convierta en obsesión, en fuente de impulsión; el grado mayor o menor de criminalidad lo da el grado de resistencia mayor o menor a la idea tentadora. Importa, pues, examinar al reo y analizar escrupulosamente su estado de espíritu. Hay tres categorías de enfermos criminales: los que reaccionan demasiado, los que no reaccionan bastante y los que reaccionan al revés. Los primeros son impulsados al crimen por cualquier causa exterior; los segundos no se detienen por nada, por desconocer motivos morales poderosos, tales como las ideas de familia y sociedad; los

terceros son pervertidos que obran contra las leyes naturales y fisiológicas.

***

Cálculos simplificados.—Renato Quintón ha explicado en el *Phare* su método para extraer fácil y rapidísimamente las raíces cúbicas y las de 5.° grado. Para extraer la raíz cúbica de un número de seis cifras, basta saber de memoria los cubos de las primeras nueve cifras 1, 8, 27, 64, 125, 216, 343, 512 y 729. Se divide el número dado en dos grupos de tres cifras cada uno: el primero de ellos da la primera cifra de la raíz buscada. Supongamos que se busca la raíz de 185.193; como el primer grupo es 185 y está comprendido entre 125 (raíz 5) y 216 (raíz 6), la primera cifra de la raíz es 5; para obtener la segunda basta saber que cuando la última cifra del cubo es 0, 1, 4, 5, 6, 9, la última cifra de la raíz es la última cifra del cubo; pero cuando ésta tiene por última cifra 2, 3, 7, 8, la última cifra de la raíz es la que se obtiene substrayendo la última cifra del cubo del número 10; en nuestro ejemplo, como el segundo grupo era 193, la segunda cifra de la raíz será 7, obtenida quitando 3 de 10, de modo que la raíz buscada es 57. El procedimiento para la extracción de raíces de quinto grado es semejante.

El método Quintón es maravilloso, pues convierte a cualquier persona en calculador-prodigio; pero se nos ocurre una objeción: Substituyamos el número del ejemplo, 185.193, cuya raíz es 57, por el mayor de 185.196, y, según el método indicado, tendremos que la raíz es 56, menor que la del anterior. ¿Cómo se explica que un número mayor dé una raíz menor?

***

Los orígenes humanos.—El incansable antropólogo de la Universidad de Roma, G. Sergi, ha publicado en Turín un libro de 200 págs., en el que resume sus ideas sobre los orígenes

del hombre y de las razas; razas que para él no son tales, sino especies pertenecientes a un género, y repartidas en cinco géneros, de los cuales se han extinguido dos, con lo cual la vieja expresión «el género humano» carece de valor científico.

Es de admirar la constancia con que Sergi sostiene, como lo ha hecho en sus obras anteriores *Europa, Orígenes de los pueblos mediterráneos*, *El hombre*, etc., sus ideas contra las negaciones de la mayor parte de los antropólogos, para quienes es doctrina inconcusa la evolución humana de una sola estirpe. Para Sergi, el hombre ha nacido por grupos independientes en los diversos continentes, originándose las diversas especies humanas. No se trata sólo de poligenismo, sino también de polifiletismo, siempre fundado en la antigua idea de la pretendida invariabilidad de los tipos craneales humanos. Los adversarios de la evolución no comprenden con qué lógica esa evolución se habría parado del todo, y desde tanto tiempo, en los tipos primitivos, después de haber actuado regularmente en los tiempos anteriores. Por aquí la evolución no se discute ya: hay que forzarla y adaptarla a los hechos que la contradicen. Así sostienen los evolucionistas que los primeros progenitores de los varios grupos comparecieron aisladamente en regiones alejadísimas de las que no podrían emigrar; el tiempo en que eso ocurrió remontaría para algunos grupos al pliocénico; pero sus antecesores, más antiguos aún, procederían de los lemuroides, por lo que convendría fijar de una vez el primer punto de partida.

Todo eso son supuestos muy discutibles, como la edad, pretendida pliocénica y hasta miocénica, de los restos encontrados en América del Sur, sobre los cuales no están de acuerdo los geólogos; pues es bastante dudoso que los terrenos americanos sean coetáneos de los europeos del mismo nombre. Por otra parte, la forma de todos los cráneos aducidos por Sergi, con relación al famoso de Neanderthal mucho más reciente, es capaz de trastornar todos los árboles genealógicos que tanto han hecho sudar a Haeckel, Morselli, Mortillet y toda la escuela

materialista. El desorden en las formas y en su aparición, prueba para nosotros de la nueva evolución y del monogenismo, es para Sergi motivo de convertirlas en otras tantas especies antiquísimas, absolutamente independientes y paralelamente evolucionadas. Tales conclusiones, en pugna con el flamante monismo, son recibidas con desencanto hasta por los materialistas mismos.

***

NUESTRO FALSO CONCEPTO DE LOS PAÍSES POLARES.— El explorador Stefansson, americano de origen irlandés, que ha pasado varios años entre los esquimales, sostiene que los países polares, tales como los imaginamos, son tan diferentes de la realidad como el Japón de ópera cómica del verdadero Japón.

El clima no es tan cruelmente frío como se supone. A nadie se le ocurre considerar el Manitoba, provincia fértil, con ciudades de varias decenas de miles de habitantes, como país inhabitable; y, sin embargo, la isla Herschel, que está 1.500 kilómetros más cerca del polo, tiene una temperatura invernal media superior al Manitoba. Lo que hay es que, por un lado, se encuentra uno con la impresión de la vida activa, con escuelas, tranvías, etc.; y de otro, con la impresión de las soledades de las regiones polares. Los esquimales están, además, mejor armados contra el frío que los habitantes de Manitoba. En cuanto a los vientos helados de las altas latitudes, son, efectivamente, terribles; pero no lo son más que los blizzards del alto Canadá, que no por eso hacen imposible la vida a los canadienses.

El esquimal no es miserable: su traje de pieles le protege perfectamente del frío, su alimento es abundante; la elegancia del traje y el gusto de los manjares es cuestión de convención; el esquimal se encuentra bien con los suyos, a los que hasta los blancos se acostumbran. La habitación esquimal tiene la reputación de ser caliente, pero mal aireada, sucia y maloliente; pero las casas indígenas están bien ventiladas; pues sean

de nieve o de madera y tierra, la puerta no se cierra nunca, y en el techo tienen un agujero de 0,05 a 0,10 metros de diametro, abierto día y noche; y como la diferencia de temperatura entre lo interior (25°) y el exterior asegura la renovación constante del aire, la aireación es excelente. En cuanto al mal olor, si hay chozas tan limpias como una granja de Nueva Inglaterra, hay otras, efectivamente, que, sobre todo a la hora de las comidas, apestan a aceite rancio (pues el aceite fresco se reserva para las lámparas) y a carne podrida; pero también hay muchas casas de civilizados infestadas de malos olores cuando se cocinea. Y en materia de limpieza, hay esquimales que se lavan de pies a cabeza muchas veces durante el invierno.

FERNANDO ARAUJO

LA AMÉRICA MODERNA

SUMARIO: Las crisis económicas americanas. La crisis en la Argentina. Origen de la misma. Estadística de quiebras. La opinión en Europa.—La crisis del Uruguay. Origen y efectos. La economía europea y su influjo en América.—La situación de Nicaragua. Descripción de la potencialidad económica del país.—La naturalización de los emigrados en América. Doctrina de los estadistas argentinos. Alberdi.—Fauna guatemalteca. El quetzal, ave sagrada.—Méjico monumental. Las huellas de España.

América ha sido un excelente campo de experiencia económica para Europa; puede decirse que figura a la cabeza de los países que en materia de crédito, en la rama monetario-bancaria, mejores ejemplos proporciona. Las grandes crisis económicas en Europa han sido estudiadas como lecciones provechosas para la política económica; pero en América se ofrece una especialidad que, libre de la complicación de las economías nacionales del continente europeo, dan con mayor nitidez el hecho económico.

En la crisis que ahora se ofrece a la observación han jugado principal papel, en primer término, la República Argentina, y en segundo, el Uruguay.

La crisis económica por que atraviesa la Argentina ha sido interpretada en la República de manera harto optimista, y en Europa, tomando la posición en el polo opuesto; muy optimistas allá, demasiado pesimistas aquí.

La Prensa de Buenos Aires atribuye la crisis argentina, a

la que califica de pasajero malestar, al estado financiero mundial conmovido por los amagos de guerra europea, y al conflicto balkánico. Dadas las vinculaciones que la economía nacional argentina tiene en el mercado europeo, no podía substraerse al influjo de la situación financiera europea. Las restricciones del capital europeo tenían que sentirse en la Argentina, puesto que la banca armoniza sus operaciones con los movimientos del dinero de afuera. Esto traía como consecuencia el que las liquidaciones se hiciesen con dificultad. Aun entrando el oro en abundancia y existiendo mucho dinero disponible, no hay que extrañar que falte crédito para las rotaciones normales de los negocios argentinos, porque hay que tener en cuenta que la Argentina no está aislada y que su actividad comercial es solidaria con la de los mercados del dinero, y que, por lo tanto, fatalmente, sus negocios deben seguir la evolución de los grandes centros de Europa, desde los cuales se dirige y se gobierna el giro del capital universal de inversión. No obstante, no puede afirmarse que en la Argentina han faltado recursos y crédito bastante para las labores de la producción y para el sostenimiento del comercio que a ella se vincula. Las estadísticas demuestran que no se ha dejado de sembrar y de cosechar por falta de numerario. La restricción se ha manifestado—se lee en la antedicha Prensa—en las transacciones sobre la propiedad raíz, peculiares de la Argentina, y que con buen fundamento descuenta su porvenir. La parálisis se circunscribe en este orden de operaciones. Tal parálisis y sus consecuencias producen los efectos de la crisis verdadera en cuanto suscitan desconfianzas, despiertan pesimismos y concurren a formar un ambiente de incertidumbre, bajo cuyo influjo el dinero se retrae y abandona el campo de las transacciones. Con esta serie de pequeñas causas se producen, surgen situaciones de artificio comparables a las realmente malas o enfermas que nacen de causas económicas verdaderas.

Durante el primer semestre del año corriente las quiebras en la Argentina han sido las siguientes:

MESES	Activo. — Pesos.	Pasivo. — Pesos.
Enero	4.422.868,23	4.445.524,00
Febrero	6.370.308,82	6.023.506,77
Marzo	8.984.275,41	8.937.596,95
Abril	20.761.067,99	18.618.866,40
Mayo	11.299.683,23	10.009.553,06
Junio	26.902.370,51	23.924.924,00
TOTALES	78.740.574,19	71.959.971,18
Superávit del activo	6.790.463,01.	

La acentuación de las quiebras en el mes de Junio la interpreta la Prensa de que nos ocupamos, como el principio del fin de una evolución de la crisis económica. En el mes de Junio se acentuó la restricción del crédito personal, pero esto no ha hecho sentir el estremecimiento peculiar de las crisis hondas. El activo total de las quiebras es superior en pesos 6.790.000 al pasivo; ningún país en crisis ofrece tal ejemplo. Si la perturbación procediese de la especulación de tierras, obsérvase que la propiedad, como es evidente, no ha bajado en su precio; hecho constante, por otra parte, en la mayor parte de las ventas. Lo que falta es mercado, o sean compradores. En otros términos: no hace falta dinero; lo que falta es la resolución de los que lo poseen de hacer operaciones sobre la propiedad raíz. En situaciones normales, los quebrados que presentan un activo superior a su pasivo habrían encontrado recursos suficientes para sostenerse y aun para salvar su firma y su fortuna por la venta o realización de sus haberes; pero interrumpida la rotación del crédito, fatalmente han tenido que sufrir las consecuencias de la parálisis momentánea.

Las crisis verdaderas porque ha pasado la Argentina, producto de las grandes inflaciones de la propiedad raíz, envolvieron a las grandes fuentes de la producción a los gobiernos y a la banca; pero la actual no afecta en lo más mínimo a la

producción ni a la industria, ni a la banca, ni a la Hacienda pública.

La Prensa termina sus apreciaciones recomendando a los Bancos serenidad para afrontar la situación, recordando que el total de las quiebras en el primer semestre del año actual alcanza a 75 millones de pesos moneda corriente, en un país cuyo comercio exterior es de 800 millones de pesos oro.

Se explica el que la Prensa nacional interpreta con tales optimismos la crisis argentina; no puede ni debe por precaución, abultar el mal. No obstante, no se puede desconocer la existencia del mismo. No son admisibles la mayor parte de los balances que se presentan como justificativos de la poca importancia de las quiebras, porque tales balances no suelen reflejar la verdad de la situación económica de un país. Las quiebras no tendrían razón de ser declaradas si verdaderamente los balances fuesen como se presentan para aminorar la importancia de las mismas.

El total de las quiebras ocurridas en 1904 importaron 10,68 millones; 12,36 en 1905; las de 1906 fueron 18.94; las de 1907 se elevaron a 49,15 y las del último quinquenio señalaron estas cifras en millares de pesos:

MESES	1908	1909	1910	1911	1912
Enero	687	1.153	2.490	4.577	3.132
Febrero	3.720	2.664	1.473	10.102	14.307
Marzo	4.130	5.111	5.921	11.307	9.460
Abril	9.012	2.084	4.206	5.275	8.179
Mayo	5.978	2.970	3.196	8.627	7.194
Junio	2.271	2.763	4.995	3.313	4.593
Julio	2.549	2.856	2.773	3.732	7.520
Agosto	2.243	2.185	4.535	3.062	3.444
Setiembre	3.085	3.037	3.510	2.462	6.043
Octubre	807	3.445	2.247	3.785	7.977
Noviembre	1.112	1.320	4.471	4.855	5.215
Diciembre	1.811	1.952	5.802	2.212	5.359
TOTALES	37.410	31.546	45.624	63.325	82.428

Las quiebras registradas en todo el país, durante el mes de Junio próximo pasado, presentaron un activo de 26.902.370,51 pesos y un pasivo de 23.924.924 pesos, con «supéravit» de 2.977:446,51 pesos.

Clasificadas por provincias, las quiebras arrojan las siguientes cifras en su activo:

Capital federal, 22.644.723,65 de pesos; Buenos Aires, 1.713.976,03; Córdoba, 908.625,18; Santa Fe, 714.059,80; San Luis, 513.043,05; Mendoza, 237.203,93; Tucumán, 77.655,70; Pampa Central, 52.870,55: Entre Ríos, 40.210,52 pesos; total, 26.902.370,51 pesos.

El mes de Julio, con relación al de Mayo, arroja los siguientes aumentos: en el activo, 15.602.687 pesos; en el pasivo, 13.915.370,94 pesos.

Comparado con Abril, Junio marca un aumento de pesos 5.141.302,59 en el activo y de 5.306.057,60 en el pasivo.

Según los últimos datos, en el mes de Julio último los capitales de las casas quebradas en toda la República alcanzan a la importante suma de 17 millones de pesos. Contra este pasivo se presenta un activo que supera a aquél en algo más de un millón, y de este hecho los optimistas hacen su argumento.

La Caja de conversión ha visto mermadas sus existencias de oro en la suma de 7 millones de pesos, pues el 30 de Junio representaban dichas existencias 266 millones y el 31 de Julio se redujeron a 259. Se esperaban nuevas extracciones de importancia para cubrir los saldos que generalmente se cobran todos los años en esa época por liquidación de cuentas en el comercio, pagos de intereses y dividendos y operaciones de distinto orden. Los embarques de oro en este año se suponía que alcanzarían mayores proporciones por la escasez de letras de cambio, debido a que la especulación en los cambios, a comienzos de la exportación, prefirió importar el oro que ahora ha de salir. No obstante esta situación, las cifras del comercio exterior, durante el primer semestre del corriente año, acusan aumentos de consideración. La importación está cifrada en 209

millones de pesos oro y la exportación en 293 millones; es decir, que el saldo comercial favorable es de 84 millones de pesos oro, habiendo superado las importaciones en un 14 por 100 a las de igual período del año anterior, y las exportaciones en un 19 por 100. En Julio quedaba bastante cantidad de cereales por exportar, y como había disminuído la llegada de trasatlánticos, se produjo un alza en los precios en el mercado de fletes, pagándose hasta 20 chelines por tonelada para San Vicente a órdenes.

*
* *

En el Uruguay se ha producido una crisis económica que no deja de tener sus puntos de contacto con la perturbación europea y la situación particular de la Argentina. El Gobierno del Uruguay se ha visto hace poco en serios apuros para atender a un vencimiento de letras de Tesorería por valor de 20 millones de francos, y ha tenido que recurrir al crédito en condiciones muy onerosas, cuyos efectos han sido funestos en la opinión, pues los intereses abonados por la renovación—dice una Revista financiera—representaron el 7 ½ por 100 anual.

Esta operación resultaba un descrédito para la Hacienda uruguaya; a la misma ha seguido la crisis bancaria, que ha tenido repercusiones en el comercio de alguna trascendencia.

El Banco de la República, que es Banco del Estado, suscitó la alarma al dirigir a su clientela una circular que decía así:

«Por razones generales conocidas, y como medida transitoria, manifestamos a usted que queda en suspenso el crédito que le fue otorgado por este Banco. Para el caso en que usted sea deudor, tenga a bien, dentro de lo posible, reducir el importe de su deuda.»

El ministro de Hacienda, llamado a explicar dicha medida, ha dicho que el Banco de la República, hace algún tiempo que, en previsión de la situación del mercado monetario, no sólo nacional, sino mundial, se había preparado para afrontar las dificultades consiguientes a la situación que establece siempre

el curso de los cambios, cuando es necesario apelar a las exportaciones de oro para satisfacer los compromisos del comercio en el exterior.

Ese punto, en el cual se resuelve el pago al exterior por embarque de oro, llegó a establecerse no sólo para dicho país, sino para el Río de la Plata, en general, desde los primeros días del pasado mes, y de esa manera se han visto grandes embarques de oro desde Buenos Aires y desde Montevideo.

Para responder a esos embarques de oro, el comercio que recibe billetes apela a la conversión, y el Banco responde a ella regularmente; pero responde siempre que las operaciones se desarrollen dentro del orden natural, es decir, normalmente. Pero cuando ese movimiento de extracción de oro alcanza proporciones extraordinarias, amenazando quebrantar el equilibrio de la situación del encaje con respecto a la emisión, entonces el directorio de un Banco se ve obligado a tomar medidas extraordinarias. El Banco de la República, habiéndose visto en situación parecida, ante una extracción de oro, que en pocos días llegaba a tres millones de pesos, suprimió todo crédito, como único medio para que la emisión circulante volviese a las cajas del Banco y normalizase la proporción del encaje en oro, que iba a descender del límite establecido por los estatutos.

Explican los banqueros la mayor conversión de billetes en esta forma: la disminución de los negocios y la restricción de crédito operada en el último mes, influída a su vez por las exportaciones de metálico, ha dado lugar a que entraran a los Bancos capitales que se juzgó prudente no colocar de nuevo. Esas entradas se hacían en billetes que los Bancos no pudieron conservar, so pena de constituir un tesoro de papel.

A la gestión financiera del Gobierno se atribuye, en general, la desconfianza que ha inducido al público a dar una corrida al Banco oficial, pues desde hace meses se viene experimentando una progresiva escasez de numerario, y después de

la operación financiera realizada a principios de mes por el ministro de Hacienda, el desasosiego aumentó considerablemente. Ya no sólo había una reconocida escasez de dinero, y no sólo encontrábase restringido el crédito y altísimo el interés, sino que se disipaba la esperanza de que esa difícil situación se modificara favorablemente, desde que, para cumplir compromisos, se habían hecho operaciones que afectaban al crédito del Estado.

En esas circunstancias llegaron noticias de que el ex-ministro de Hacienda, Sr. Serrato, no podía realizar el empréstito que negociaba en Europa, y de una interpelación en el Parlamento francés reclamándose del ministro de Hacienda de esa nación que expusiera las medidas adoptadas para impedir la emisión de un empréstito uruguayo en París.

Al mismo tiempo circularon rumores de que el Gobierno no pagaría el presupuesto de gastos; que algunas letras no habían sido satisfechas por determinadas reparticiones públicas; que la Caja de jubilaciones había hecho un anticipo de dinero que no le había sido reintegrado, y que el Gobierno luchaba con graves dificultades para cumplir sus compromisos.

Esta serie de circunstancias, y la circular del Banco, han determinado la alarma que hizo retirar a los depositantes sus fondos. Los demás Bancos de la plaza han hecho demostraciones de solidaridad y confianza respecto del Banco de la República, y esto ha evitado un desastre. Lo mismo puede decirse del Banco de la nación Argentina, el cual tenía depositados en el Banco de la República 200.000 pesos oro, y en vez de retirar esta suma, la aumentó, dando así una prueba de confianza, cuyos efectos en el público no han podido ser más satisfactorios.

*
* *

La situación en Nicaragua es de importante actualidad. Plumas como la de Rubén Darío hace la siguiente descripción:

«Nicaragua acaba de pasar por una de las crisis más tre-

mendas de su vida política. La sangre y la muerte han puesto espanto en los ciudadanos una vez más; han revivido antiguos odios inmotivados; la miseria y el hambre han esparcido sus horrores en el país debilitado. ¡Y cuán buena y generosa tierra para el trabajo, para las iniciativas industriosas! No entraré en el liso y pantanoso terreno político. Pensadores y viajeros de juicio creen en que la penetración pacífica del vecino potente concluirá con la nacionalidad. Entretanto véase, en extracto, su vida histórica. Los famosos hermanos Contreras hablaron los primeros de libertad, en el siglo décimosexto, y, cabezas de la sublevación, fueron, vencidos, a perder la vida a Panamá. Fue, pues, allí, donde, en el continente, se quiso primero ser libre de la dominación española. Cuando Centro-América se constituyó en República Federal, después de la Independencia, en 1821, Nicaragua fue un Estado de la Federación. Lo gobernaron Cerda, Herrera y Núñez. República autónoma a su vez, en 1841, tuvo por jefes a Buitrago, Pérez, Sandoval Guerrero, Ramírez, Pineda, Chamorro, que tuvieron el nombre de Directores Supremos. La Presidencia se inicia en 1854 con Frutos Chamorro, y le siguen Martínez, Guzmán, Quadra, P. J. Chamorro, el general Zavala, Cárdenas, Sacasa y Zelaya. Una revolución sonora hizo abandonar el Poder a este último, y fue Presidente por poco tiempo el doctor Madriz, a quien sucedió provisionalmente el general Estrada, substituído por el actual mandatario Dr. Adolfo Díaz.»

Nicaragua tiene como página principal de su historia la segunda Independencia, cuando se vió libre de la ocupación del filibustero yanqui William Walker, con el apoyo de las Repúblicas hermanas, especialmente de Costa Rica.

Nicaragua tiene su nombre de Nicarao, cacique cuya figura podréis apreciar en las historias de Indias. La limitan Honduras, Costa Rica, el Atlántico y el Pacífico. Varios libros hay con datos sobre esa región centro-americana; pero ningún autor os será más útil, si queréis conocerla, con sus recursos y su vitalidad, que Mr. Desire Péctor, francés laborioso y estu-

dioso, Consejero del Comercio Exterior de Francia, y que, durante largos años, ha tenido a su cargo Consulados de Repúblicas de Centro-América, a las cuales ha procurado hacer conocer y valer en numerosos libros, folletos y artículos de periódico. La América Central, y, sobre todo, Nicaragua y Honduras, deben mucho a la diligencia y al buen sentido del distinguido Mr. Péctor.

Los datos que siguen son extraídos de su importante obra *Les richesses de l'Amerique Centrale...*:

«Nicaragua, para su comunicación con el mundo, tiene puertos en ambos Océanos, que pueden llegar a ser de gran desarrollo. El de Cabo de Gracias a Dios—que vieron los ojos de Colón—está señalado para un porvenir brillante. Se llamó algunos meses Puerto Detrick, por concesiones hechas a un especulador de ese nombre.

Bluefields es un hermoso puerto, capital del departamento de Zelaya—ignoro si los rencores políticos hayan hecho cambiar de nombre a esa región,—y da acceso, por su situación en la embocadura del río Escondido, a toda la región, donde se cría la banana del departamento, al distrito de Siquia (Rama) y a las minas de oro del departamento de Jerez.

En la aduana del Bluff está instalado el nuevo faro, de ochenta pies de altura, de cuatro fuegos y alumbrado por acetileno.

El Tempisque es otro puerto, en el Estero Real, que da a la bahía de Fonseca. No es actualmente más que un puerto fluvial, pero su proximidad a El Viejo, Chinandega y León hace esperar que el ferrocarril se extienda hasta allí, y que hagan entonces escalas los vapores del Pacífico. Corinto es uno de los más bellos puertos de ese Océano, a 732 millas de Panamá, por mar. Es punto terminal de la vía férrea que sirve a Chinandega, León, Managua y Granada. Desde 1907 está abierto al comercio el nuevo muelle, por el cual todos los navíos deben obligatoriamente realizar sus operaciones. Una Sociedad norteamericana, dueña de tal empresa, se encarga de todo. San

Juan del Sur es puerto que utilizan Rivas y las ciudades y pueblos del Gran Lago, del Valle Menier, etc. Hay allí una oficina de cable submarino inglés.

Ved ahora la tierra de los lagos. El de Nicaragua y el de Managua, situados a unos treinta metros sobre el nivel del mar, se comunican entre sí por el pequeño río Tipitapa. Barcos de vapor pertenecientes al Estado sirven las varias localidades de los Lagos. El de Managua, el más pequeño, tiene una superficie de 650 millas cuadradas, y el de Nicaragua 4.827 kilómetros. Es el mayor de la América latina. Este lago tuvo una importancia internacional como centro, base, recipiente natural de la alimentación del proyectado canal interoceánico, antes de que se adoptase el de Panamá.

Matagalpa es un centro agrícola y minero considerable. El clima es fresco y muy saludable. Hay una colonia alemana, aunque poco numerosa. Se produce allí café y trigo muy reputado, y hay una irrigación natural digna de mención. León es la primera ciudad de Nicaragua, no solamente por la población, sino por la cultura literaria y científica. Buen mercado comercial. Entre las anticuadas construcciones coloniales hay algunos edificios modernos, muchas iglesias, algunas deterioradas por terremotos. Hay un hospital y casas de salud clínicas, cuyo brillante iniciador fue el Dr. Debayle. Ferrocarril nacional que une a León con Corinto, Managua, Masaya y Granada. Recientemente, con lo que se llama Los Pueblos. Granada es una ciudad de gran importancia, a las orillas del lago de Nicaragua, final de la vía férrea que empieza en Corinto; embarcadero de los vapores de cabotaje en el gran lago. Ciudad la más civilizada socialmente; centro de fuertes transacciones comerciales y agrícolas, ganado, cereales, café del volcán Mombacho o Masaya, llamada «Ciudad de las flores», ciudad central nicaragüense, de posición muy pintoresca, clima grato y sano, centro cafetero, comercio de granos, máquina elevadora de las aguas del lago, alumbrado de acetileno. Se distingue también Masaya por sus talentos musicales. Ri-

vas es ciudad interesante, y particularmente rica por su producción de cacao.»

Rubén Darío describe muy bien. Toda esa riqueza es verdad, no sueño de leyenda americana; pero tales riquezas son amontonamientos sin valor para un pueblo, mientras éste no haya logrado hundir la raigambre moral del progreso ético, nacional, cívico, hasta lo más hondo de las capas de la conciencia del país. Es el caso de la mayor parte de los países americanos. El potencial de energías naturales es inmenso; pero el otro término de la ecuación del progreso, el potencial moral, está en formación. La instabilidad política por que atraviesan muchas Repúblicas americanas, no tiene más explicación que ésta. Los americanos, como los europeos, han de recorrer el camino espinoso de luchas y sinsabores para alcanzar un cierto grado de formación política, y también como los europeos, verán desaparecer alguna nacionalidad o mermado su territorio como efecto de luchas interiores e internacionales. El proceso europeo se repetirá en gran parte en América; pero los americanos deben saber aprovechar las lecciones de la historia europea.

*
* *

El problema de la naturalización de los extranjeros en la Argentina sigue siendo tema de actualidad y de importancia innegable para los inmigrados.

Al acuerdo del Congreso de Confederación Española celebrado en Buenos Aires, relativo a la naturalización de los españoles inmigrados en la Argentina, y después de conocida la opinión de resistencia del Presidente Sáenz Peña, sigue la propaganda y el examen de la idea por los argentinos. Un tratadista de reputación como el Dr. Zeballos ha hecho un estudio histórico de la cuestión, dando a conocer la opinión de los estadistas argentinos sobre el problema.

La investigación institucional—ha dicho en una conferen-

cia el Dr. Zeballos—a través de las épocas de la revolución de Mayo, de la Independencia y de la Anarquía, deja establecidos tres principios fundamentales:

El primero de ellos es la afirmación del «jus soli», que hace argentinos a todos los naturales del país. El segundo, el reconocimiento, para naturales y extranjeros, del derecho de libre expatriación. El tercero, consiste en afirmar que los domiciliados son nacionales, pues tienen voto y la obligación de tomar las armas en defensa del país, carácter y deberes que llegan hasta sus hijos.

Estos principios, sostenidos por Rozas contra Inglaterra y contra Francia, promovieron grandes disturbios, y sin embargo, ya informaban el espíritu de la revolución. En la carta Constitucional hay un artículo que incorpora definitivamente al extranjero a la vida política. El Dr. Zeballos dice que esas son las teorías a las cuales ha consagrado su vida entera. Los extranjeros con arraigo en la Argentina deben tener los mismos derechos que los argentinos. Ese extranjero—dice—abandona su patria para no retornar a ella en la mayor parte de los casos; se encariña con la nuestra, trabaja a nuestro lado, contribuye a nuestro progreso; es uno de los factores más útiles, y a pesar de todo ello, nosotros no sabemos darle una patria a cambio de lo que ha perdido.

Es necesario—añade—destruir la leyenda de que Rozas era un déspota; Rozas hacía honor a los principios de la revolución de Mayo. La Constitución del año 15 decía que el extranjero estaba obligado a defender con las armas la nacionalidad argentina. La famosa campana con que en Buenos Aires se llamaba a combatir por la independencia del territorio; esa campana que debía ser tan sagrada para nosotros como para los americanos del Norte de la libertad de Filadelfia, y que hemos dejado perderse, no fue muda para los extranjeros que aquí vivían.

Según la doctrina de nuestros estadistas, a los cuatro años de residencia, el extranjero tiene el derecho de sufragio; según

las tradiciones constitucionales y políticas, a los diez puede serlo todo, menos Presidente de la República.

Pero sigue otra época, que tiene también su exponente personal: Alberdi, a quien se encargaron las bases para la reorganización del territorio. En estas bases, el Dr. Alberdi procedió con arreglo a un criterio exclusivamente económico. Alberdi pensaba bien; pensaba que la obra de poblar estos desiertos y de hacerlos producir, sólo podría lograrse atrayendo los brazos y los capitales extranjeros.

Pero Alberdi, aunque hombre de profundo talento, era un tanto versártil. Escribía música con la misma facilidad que informes jurídicos. Era un hombre de imaginación y no pudo ser un estadista. Le faltaba la condición esencial a los hombres de Estado: le faltaba el carácter; era débil como un niño.

Para ilustrar sus afirmaciones, el Dr. Zeballos recuerda una visita que, siendo estudiante, hizo a Alberdi. Habla de su emoción; le parecía que se acercaba a algo sobrenatural. Y al verle sufrió un doloroso desencanto. El Dr. Alberdi le preguntaba: «¿Cree usted que me perseguirá el general Mitre?»

Yo comprendí—dice el Dr. Zeballos—que aquel hombre estaba aún en 1853; que no se había dado cuenta de la evolución del país; que el mismo general Mitre había sido arrastrado por las corrientes de esa evolución, y que ya en la República Argentina no se perseguía a nadie, y mucho menos a un Alberdi.

Alberdi, por el prestigio y por la aureola de que el país le rodeaba, fue, repito, el exponente verdadero de su época, a pesar de Sarmiento, de Mitre y de todos los ilustres emigrados que desde Chile y el Uruguay tanto influían en el desenvolvimiento del país.

Propagó la atracción del emigrante; pero cometió un grave error: el de considerarle como un factor económico y no como un factor social y político. «Démosle—decía—la nacionalidad siempre que la quiera; pero dejémosle abiertas las puertas del país, a fin de que salga cuando le acomode y le sirva esto de

incentivo para venir. El Banco, el muelle, la mina, el ferrocarril que ha fundado el extranjero, no se los lleva a su patria.»

En las ideas de Alberdi—agrega el conferenciante—no hay la menor preocupación por el extranjero, que no se marchará, que vivirá siempre entre nosotros, que en este suelo ha fundado su casa y familia a la par del muelle y el ferrocarril. Este extranjero no le merece consideración alguna. Para Alberdi, la emigración es apénas un fenómeno flotante, del cual sólo se deben recoger los productos. Esto le separa de los tratadistas anteriores; de aquellos que, ante todo, deseaban incorporar al extranjero a la vida nacional.

Y respecto a la nacionalidad—pregunta el Dr. Zeballos,—¿cuál es el criterio de Alberdi? En sus bases de reorganización no lo consigna. ¿Es el *jus soli?* ¿Es el *jus sanguinis?* ¿Es el suelo donde ha nacido o la patria de sus antecesores lo que debe dar al hombre la nacionalidad? Alberdi no resuelve el problema.

La convención de Santa Fe, inspirándose en sus teorías, concede al Congreso la facultad de legislar sobre materias que debían ser objeto de un estudio preferente, en país destinado a vivir por obra de la emigración. En 1854 marcha Alberdi a Europa para hacer allí, en síntesis, la guerra al Estado de Buenos Aires. ¿Y qué era el Estado de Buenos Aires? La parte más culta del país, la que tenía la verdadera orientación, la que había dicho: «Todo el que nazca en el Estado es del Estado; la que nunca hubiera llevado al país a empresas descabelladas, como la guerra del Paraguay «que pudo—añade el doctor Zeballos—conducirnos al fracaso y hacer de nosotros un pueblo guarany».

El resto del país deja a la ley, a la ley que se deroga caprichosamente, que sigue las oscilaciones de las épocas, el resolver los más importantes de sus problemas. Y por eso el Estado de Buenos Aires, consciente como ningún otro, acaudilla la oposición a las ideas de Alberdi, sosteniendo que todo lo concerniente a la nacionalidad es la Constitución, seria e inconmovible, quien debe tratarlo.

La verdadera misión de Alberdi ante las cortes europeas consistía en conseguir que los Gobiernos no reconociesen la independencia del Estado de Buenos Aires, prolongando la guerra civil. Llegó a España en 1854, y poco después aparece el coronel Albistur, diciendo a Urquiza que España reconocía la República con estas condiciones: el pago de las deudas, cosa—según el Dr. Zeballos—onerosa para un país tan pobre como la Argentina entonces, pero justa, y el que los hijos de españoles, nacidos en la Argentina, sean declarados españoles. El Gobierno de Paraná rechazó las pretensiones: la primera, por no tener dinero; y la segunda, para dejar a Alberdi (como consta en una carta particular) ocasión de negociar directamente el asunto.

En 1857 celebró Alberdi su primer tratado, en el cual se declara que los hijos de españoles nacidos en la República Argentina pertenecen a la nacionalidad de sus padres. Y cuando le dicen que, con tales teorías, convertirá el país en un mosaico, responde: «Estoy haciendo reconocer la federación contra el Estado rebelde de Buenos Aires, y hay que dar gajes a Europa».

Alberdi, uno de los talentos más grandes de la Argentina, y quizás de América, se ha esterilizado por no saber vencerse, por no saber renunciar al triunfo de las personales ambiciones, sacrificándolas ante el bienestar de la patria. Alberdi todo lo posponía al renombre personal; pero llega Mitre y desaprueba todos sus tratados, le destituye y le entrega a la execración pública. Queda, sin embargo, vigente la ley por virtud de la cual se declara que los hijos de españoles nacidos en la Argentina son españoles. Surgen después nuevos hombres, nuevas doctrinas: se defiende el criterio del *jus soli,* y esta época tiene también su exponente: Sarmiento, el argentino más altruísta que hubo, el que vivió odiado porque jamás le ha faltado valor para defender sus convicciones, aun cuando se opusiesen a todo lo que generalmente se creía.

Estas manifestaciones y cuidadosas investigaciones del doc-

tor Zeballos, encontrarán seguramente un obstáculo en la orientación decididamente nacionalista de la política argentina. La Argentina quiere ser Argentina, no incoloro aglomeramiento cosmopolita. Se deja penetrar por el elemento inmigratorio, pero no cree que el camino de la asimilación por medio del otorgamiento de la ciudadanía sea el más seguro para formar sobre firmes bases la nacionalidad. La argentinización se persigue en la escuela, no en el registro. Otras Repúblicas americanas, Chile, por ejemplo, se abre demasiado a los elementos extranjeros más opuestos a la raza nacional predominante; alemanes e ingleses se extienden de manera alarmante, y la República favorece en la enseñanza la anglosajonización de los chilenos. Esto es peligroso. En el caso de la naturalización de los españoles, el problema pierde casi toda su importancia, pues se trata de la misma raza y de la misma cultura y costumbres, lo que se incorpore a la nacionalidad.

No obstante estas salvedades, el problema de la naturalización de elementos extranjeros en países de fuerte inmigración es de los más trascendentales que se puedan dar, y merece, por lo tanto, preferente atención.

***

En las apartadas soledades de los bosques de Guatemala, siempre posado en los árboles más gigantescos, se encuentra el ave que hace mucho tiempo que el pueblo de dicha República considera sagrada, el quetzal, nombre derivado de un dialecto indio, en el cual significa «esmeralda», color que predomina en su bello plumaje.

Dícese que las glorias de los bosques no consisten solamente en la grandiosidad de los árboles o la belleza del follaje, sino también en el canto de los pájaros. Todos los países tienen sus aves que atraviesan el aire, pero pocos pueden jactarse de tener una más hermosa que el quetzal, cuyo brillante plumaje constituye el encanto de todos los viajeros que pueden contem-

plarle. Es de tamaño relativamente pequeño; pero su cola, de un color verde brillante, algunas veces tiene tres o más pies de longitud, en tanto que el pecho es de color encarnado. El brillo de estos colores se apaga gradualmente, hasta formar un conjunto de tintes que rara vez puede superarse.

Hace algunos años que el Gobierno de Guatemala adoptó esta bellísima ave como su emblema de libertad nacional, y su forma adorna hoy la bandera del país, así como en los antiguos tiempos, cuando los guerreros indios iban al combate, llevaban y ostentaban los colores del quetzal. Un famoso caudillo, en el fragor del combate, con una tribu hostil, vió que sus compañeros estaban expuestos a ser derrotados, y era tan grande el amor que le inspiraban las plumas de la citada ave—que constituían una parte de su traje—que, según cuenta la leyenda, imploró al dios de la guerra como sigue: «¡Oh, Dios, conserva mis tesoros, mis esmeraldas y mis plumas de quetzal!»

Por desgracia, este hermoso pájaro no canta. Se posa en solitaria meditación, y cuando no, se ocupa en buscar alimento o volar a través del aire, permanece silencioso y al parecer sumiso, prefiriendo las partes más densas de los bosques, donde casi nada le perturba o molesta. Si busca el ejercicio en el vuelo, viaja solo y llega a grandes alturas.

Una de las peculiaridades del quetzal, es que no puede vivir cautivo. Cuando lo apresan, pelea mientras le dura la vida, y haciendo uso de su aguzado pico y de sus garras, pica y araña a su apresador.

Según una antigua leyenda, el origen de esta ave sagrada, descrito magistralmente por Joaquín Méndez, ministro de Guatemala, es el siguiente:

Voy a haceros su psicología, y a presentaros a nuestro símbolo nacional a través de la naturaleza y de la historia.

La imaginación del aborigen americano nada encuentra más merecedor de estima ni más bello que el quetzal. Le tiene como a un ente misterioso, le admira y le venera. Es para ella

un ave celeste, y explica su origen con un mito pintoresco. Según la narración quiché, de los despojos de unas mariposas azules brotó un árbol excelso, en cuya rama más atrevida apareció el quetzal radiante de hermosura, en señal de dominación y poderío. Su nombre entre los indios significa esmeralda. Sus plumas son el mejor tributo para Moctezuma. El emperador y los altos dignatarios revisten en las grandes solemnidades el manto hecho con el plumaje de la que tienen por esmeralda que vuela. Cubiertos así van los reyes a las batallas. Huemac, sintiendo su trono amenazado, dirige a Tlaloc esta plegaria: «¡Oh Dios, consérvame mis tesoros, mis esmeraldas y mis plumas de quetzal!» La leyenda tolteca hace la apoteosis de Quetcalcolhuatl, el legislador divino, quemando su cuerpo en la cima del Orizaba, para que ascienda su alma a los cielos transformada en el ave deslumbradora y sin par. La tradición cachiquel no da por consumada la conquista de Guatemala, sino con el duelo de Alvarado y Tecum en la llanura de Olintepeque, convertido al monarca autóctono en un quetzal esplendoroso que el guerrero hispano atraviesa con su lanza y arroja su jauría.

Pero el ave es inmortal. Atraviesa luego los aires y va, sublime y grande, a guarecerse en las montañas. Y entonces comienza su nueva etapa, signo de protesta en medio de la naturaleza.

Hosco y sombrío como un corazón despedazado; grave y meditabundo como un filósofo que no acierta a resolver el problema de su alma; inmóvil y silencioso como un héroe rebelde después de la derrota, el quetzal deja de aparecer en los combates: símbolo ya del abatido poder indiano. Se refugia en el misterio de las selvas, y busca los árboles más altos de las sierras más altivas. Sólo le ha dejado el conquistador la libertad del bosque, y el consuelo de la naturaleza abrupta a este sublime confinado en sus propios dominios. Y allí parece vegetar indiferente, en las ramas que se pierden entre las nubes, desdeñando al tigre que celebra en los claroscuros del bosque sus

idilios de fiera, y al boa que, no encontrando a quién abrazar con la frialdad de sus anillos, se retuerce en los troncos cual si quisiera derribarlos.

El indio es carne del arcabuz sediento de sangre, sustento de las minas codiciadas, medio de transporte de la riqueza que él produce y no disfruta. El nombre de hombre está negado para el indio. Se discute si pertenece a nuestra especie, y el más benévolo le encuentra un ligero punto de contacto en el rictus de los labios; le tiene por susceptible de sonreirse tristemente. El indio es el organismo aprisionado de la raza vencida. Pero el quetzal es el alma de nuestra nacionalidad borrada, mas no muerta; es lo que aún queda de patria americana; es el espíritu que animará algún día la soberanía resumida, la libertad recobrada, la independencia que se halla latente entre su plumaje del color de la esperanza.

El quetzal permaneció prácticamente desconocido para los ornitólogos hasta 1825, fecha en que los naturalistas consiguieron algunos huevos, de color verde pálido, y de entonces acá se han hecho otros estudios e investigaciones acerca de esta bellísima ave y sus hábitos. El macho tiene un bonito pico amarillo; la cabeza ostenta una cresta redondeada, y muchos creen que, considerado en conjunto, ésta es una de las aves más bellas que existen. La hembra no tiene la cola larga, y sus colores y plumas no son tan lindos como los del macho.

*
* *

En el *Architectural Record* ha publicado Montgomery Schuyler un artículo bajo el siguiente título: «La arquitectura de la ciudad de Méjico» (Setiembre de 1912), en el cual se estudia el orden monumental de la antedicha ciudad en sus iglesias y catedrales. Los siguientes párrafos dan una idea del valor que el escritor aludido reconoce a la antigua Nueva España:

«Para el estudiante de arquitectura americana que ha tenido la oportunidad de ver por primera vez a Méjico, la conclusión

de que todo arquitecto americano que principia debe hacer lo mismo, mientras es tiempo todavía, es casi irresistible. No es aventurado decir—en todo caso no es demasiado—que un patriota panamericano haría un gran servicio instituyendo un «Premio de Méjico», equivalente y en oposición al de Roma, por la razón de que un estudiante puede sacar más prontamente de libros accesibles lo que una estadía en Roma puede proporcionarle, en tanto que respecto a Méjico no sucede lo mismo, y por otra razón, hasta más importante, que es la de que el medio ambiente que rodea a la arquitectura de Méjico tiene más campo a ofrecerle, adecuado a sus propios problemas, que el que rodea a la arquitectura italiana.

Principiar con Méjico es principiar de este lado del Atlántico. Este es también el Nuevo Mundo que somos tan amigos de señalar con referencia a las crudezas artísticas y deficiencias de nuestro propio país. Verdaderamente, las colonias mejicanas son de hecho más antiguas que cualquiera de las de Norte América. Jamestown en sí es de ayer, comparada con las escenas de la conquista de Cortés. Donde nuestras antigüedades coloniales son de fines del siglo XVI, los monumentos mejicanos del siglo XVI abundan. Pero ésta no es de ninguna manera la cuestión total. Es necesario suplir las fechas explicando que los colonos mejicanos empezaron a construir monumentos antes de que nuestros antecesores de Nueva Inglaterra tuvieran más noción que la de construir simples tiendas de campaña para su propio resguardo. La idea comunal fue para los colonos mejicanos lo que la individual para los de origen inglés o danés. El «centro cívico» es la última novedad en las municipalidades americanas. Aún es imposible encontrar una colonia española que no principiara con esa noción, nueva para nosotros, como parte esencial de su existencia y desarrollo. El trazado más primerizo de un lugar era un triunfo de colectividad. Dentro de los límites actuales de los Estados Unidos, Nueva Orleáns todavía muestra las ventajas de haber sido trazada y fundada por gente para quien el antiguo pre-

cepto anglosajón de «cada cual para sí, y que el diablo se lleve al resto», no tuvo valor ninguno. En las colonias españolas se encuentra en todas partes el centro cívico o la plaza central, y por dondequiera la Alameda o jardín público y el lugar de recreo. Todo esto debe enseñarnos mientras nos avergüenza. Y esto no es lo peor de todo. Desde las primeras colonias hasta hoy, las españolas dan pruebas inmensamente mayores de gusto artístico que las inglesas.

El autor del artículo dedica alguna atención a las ruinas de la arquitectura tolteca y azteca, así como a muchas de Uxmal y Palenque, pero encuentra muy poca huella de su influencia en la arquitectura mejicana moderna que ha sido colonial y española. Al continuar su comparación de la arquitectura de Méjico con la de las épocas coloniales de Norte-América, dice lo siguiente:

«Pero las condiciones en Nueva España fueron mucho más favorables bajo el tipo notable de arquitectura que las de Nueva Inglaterra, incluyendo la extensión total de las colonias inglesas. Por espacio de tres siglos de los cuatro de la conquista, Méjico estuvo bajo el régimen de virreyes españoles—62 por todos.—Casi todos ellos desearon singularizar su virreinato con algún monumento. Todo obispo tuvo la misma ambición con respecto a su diócesis, y casi todo sacerdote acarició la idea con respecto a su parroquia. Con la firme producción de metales preciosos, la posesión de los cuales era el solo objeto con excepción de la propagación de la fe, en los planes españoles de conquista y colonización hubo más riqueza en Méjico que en las colonias inglesas del Norte. La separación de la Iglesia y el Estado fue teóricamente completa en Nueva Inglaterra, aunque en realidad no hubo nunca en alguna parte una teocracia más estricta que la de Massachusets o de New Haven. Como dice Rufus Choate, los peregrinos fundaron a toda costa «una iglesia sin obispo y un Estado sin rey». Pero la unión de la Iglesia y el Estado en las colonias españolas fue completa y manifiesta. La construcción y decoración

de las iglesias estaba al cuidado del Gobierno. ¿Qué maravilla que los monumentos de arquitectura eclesiástica de Méjico de esos tres siglos en que estuvo bajo el dominio español, hayan sido cien veces más interesantes y notables en lo que es ahora la República de Méjico que los de igual época en lo que es hoy los Estados Unidos? De todas maneras, ese es el caso. En el camino de la frontera del Norte a la capital, ninguna población deja de exhibir, por lo menos, una iglesia notable por su magnitud, solidez y cualidades artísticas.»

El autor trata también sobre las diferentes escuelas de arquitectura que predominaron en España durante los tres siglos de referencia, y muestra cómo se reprodujeron en la arquitectura de las colonias. Además, describe muy interesantemente la catedral de Méjico, el Sagrario Metropolitano, la antigua iglesia de San Francisco, el Pozo Divino de Guadalupe Hidalgo, la iglesia de San Hipólito y otros edificios importantes, concluyendo con el terminal del antiguo acueducto, que fue terminado en 1779.

No es posible encontrar, después de Roma, un pueblo que haya dejado mayores huellas de actividad que el pueblo español.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L'uomo: Storia naturale e preistoria, per Maurizio Hoernes, professore di Archeologia nell'Università di Vienna.—Versione italiana del Dott. Velio Zanolli.—Società Editrice Libraria, 1910 a 1913.—Dos grandes volúmenes, de XVI-614 págs., con 218 grabados y tablas, el primero, y de VIII-655 págs. y 261 grabados y tablas, el segundo.—44 liras los dos tomos.

La simple inspección externa de esta obra es ya, de por sí, un indicio muy favorable en pro de su importancia. La cual, en efecto, queda confirmada con la lectura de la misma.

Todas las cuestiones que la antropología, la arqueología, la paleontología y la sociología etnológica estudian se hallan magistralmente tratadas y desenvueltas en este libro, con multitud de grabados y cuadros que ilustran su comprensión a los lectores, y con abundantes referencias y citas bibliográficas.

Para encarecer el valor de la obra y dar noticia de su índole, lo mejor de todo me parece reproducir algunos párrafos del breve prólogo que a la misma pone el profesor de Antropología de la Universidad de Padua, Enrique Tedeschi:

«Esta notable y bella obra de Mauricio Hoernes, nombre grato y estimado para los estudiosos de todo el mundo, y brillante ejemplo de alta mentalidad alemana, en que la pacienzuda indagación no es fin de sí misma, sino un mero grado para síntesis vigorosas, eleva a su autor al nivel de los mejores paletnólogos de nuestro tiempo.

»Para Hoernes, el estudio de la civilización humana se halla tan estrechamente ligado a las leyes de la evolución, que no encuentra solución de continuidad en el edificio que, partiendo de las características físicas, rigorosamente antropológicas, del individuo, se eleva, al traves de la anatomía comparada de las razas, a buscar las leyes físicas y mentales que han determinado los varios tipos de civilización.

»En su indagación, el estudio del hombre es estrictamente naturalista, tanto en su organización social como en sus caracteres físicos, y con nuevo y feliz ejemplo sabe adaptar las leyes evolutivas que le fueron reveladas por el carácter de la civilización aun a aquellas investigaciones que pertenecen más especialmente al campo de la antropología física.

»No todas sus conclusiones en este campo pueden ser interpretadas como verdades adquiridas, y ni aun como verdades irrevocablemente conocidas; pero todas representan las corrientes dominantes y la tentativa de una genial síntesis del estado actual de la ciencia del hombre, que no lo es sólo de caracteres físicos, mentales y sociales, sino de los unos y los otros sólidamente fundidos.»

La obra se divide en dos partes: *Historia natural del hombre*, y *Prehistoria de la civilización*, de extensión desigual, mayor la de esta última que la de la primera, y distribuídas en capítulos, del siguiente modo:

PRIMERA PARTE.—Capítulo primero, *Introducción histórica. Evolución y concepto de la antropología física;* cap. II, *Indicaciones de antropología física, con especial referencia al origen y al desarrollo de la humanidad;* cap. III, *El hombre y el mundo animal. Puesto del hombre en la Naturaleza;* cap. IV, *La descendencia del hombre. Formas, edad y patria primitiva de la humanidad;* cap V, *Período antiguo de la evolución humana. El hombre durante la época cuaternaria;* cap. VI, *Desarrollo reciente de la humanidad. La época geológica actual.*

SEGUNDA PARTE.—Capítulo primero, *Introducción histórica. Evolución de la arqueología prehistórica y de la etnología de los*

pueblos naturales; cap. II, *Las bases de la civilización. La civilización como fin. Diferencias, y sus causas;* cap. III, *La nutrición. Las formas económicas y su significado;* cap. IV, *La necesidad de reposo y de seguridad. El fuego y la cocina. Refugios y estaciones primitivos;* cap. V, *Instrumentos y armas. Vestidos y ornamentos;* cap. VI, *La vida asociada. Familia y Estado. Moral y derecho. Medios de comunicación y comercio;* capítulo VII, *Lengua, escritura y arte. Religión y ciencia.*

***

Mamma benedetta (Romanzo per Giovinetti), di Lino Ferriani. Licinio Cappelli, editore. Rocca S. Casciano, 1913.

La formación, sobre todo moral, y la salvacion de la infancia y la juventud ha constituído siempre la preocupación de Lino Ferriani, antiguo magistrado. En contribuir a este objetivo ha gastado buena parte de su vida de funcionario y de escritor.

Casi ninguna de sus obras, y son muchas, tiene otra finalidad. La cual le atrae y subyuga de tal manera, que, aun proponiéndoselo, no sabe abandonarla. Jubilado ya, después de mucho tiempo de trabajo compartido entre los deberes de su cargo público y los esfuerzos filantrópicos en beneficio de la infancia y la juventud desamparadas y menesterosas de ayuda, siguió publicando libros y otras obras análogas, de contenido tan piadoso como científico, o mejor aún, en que lo científico se pone al servicio de lo piadoso. Y cuando, poco ha, nos había anunciado que la publicación últimamente dada a la estampa sería probablemente su testamento de escritor, he aquí que vuelve de nuevo al campo de la brega con esta *Mamma benedetta*, donde, sirviéndose de una forma algo diferente de la adoptada para casi todos sus libros anteriores, la forma novelesca, persiste, sin embargo, en la misma labor humanitaria de siempre.

Los llamados a juzgar dicho trabajo por el respecto literario tendrán probablemente que ponerle bastantes reparos, y le encontrarán muchos lunares. Yo en esto no me meto. Acaso, para los fines que el autor busca, sea hasta menos eficaz que las otras publicaciones que le han precedido. Lo principal de todo será probablemente el espíritu que circula al través de sus páginas, a menudo bien simples e ingenuas, pero siempre sentidas y tocadas de anhelos piadosos y educativos, es decir, de ansias por el mejoramiento social. Y esto sólo es ya bastante, aunque no lo sea todo.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Crónicas del tiempo de Isabel II, por Carlos Cambronero..... 5

La catedral de Granada y Diego de Siloe, por Carlos Justi..... 54

Padre e hijo (novela), por Edmundo Gosse..... 79

El Clondic y la vida de los buscadores de oro, por Jeremías Lynch. 110

Las antiguas tarjetas de visita, por Federico Hernández y Alejandro..... 156

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 162

La América Moderna, por Vicente Gay..... 181

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 204

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 25 NUM. 299.

LA

ESPAÑA MODERNA

1-208

Director: JOSÉ LÁZARO

NOVIEMBRE 1913

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

EL ESPIRITU Y EL TITANISMO CIENTIFICOS

DE NUESTRO TIEMPO

Nuestras diversas ciudades, en 1700, en nada se parecían a las poblaciones actuales. Las noches sin luna vagaban en aquel tiempo las gentes por calles angostas, al resplandor de las linternas o de luminosas antorchas, al decir de nuestros antepasados, porque el alumbrado público no existía. La luz del sol apenas penetraba durante el día en el interior de los aposentos por estrechas ventanas con cristales ahumados. Nuestras ciudades vivían entonces, no en la sombra, sino en la más completa obscuridad. Los medios de transporte eran muy defectuosos: carruajes abordables sólo para el rico, ofreciendo poca seguridad, y además escasamente confortables; carros de fácil mecanismo, donde el traslado de mercancías era lento y eventual. Las noticias importantes de unas urbes no alcanzaban a las otras, y si alcanzaban eran falsas, incompletas o mal interpretadas. La muchedumbre se resignaba con tal carencia de novedades y con la vida sencilla de aquella época.

Los que estamos encargados de estudiar los fenómenos vitales, sabemos que la luz es el excitante por excelencia de nuestras energías, y que el complemento y superabundancia de la vida de un sér pueden medirse por la diversidad, prontitud y

seguridad de los medios por los cuales se halla en contacto con el ambiente que le rodea. Juzgada la vida bajo este aspecto, podemos afirmar que debía ésta ser, en las ciudades de la aludida era, muy distinta de nuestra existencia actual.

El estudio de los seres vivientes nos enseña que si desde cierto punto de vista parece el medio circundante moldear al organismo, desde otro punto de vista se manifiesta árbitro el organismo de este medio ambiente, y la eterna cuestión se plantea: ¿es que se hacía valer, se amparaba antes más a la vida humana que ahora?; ¿ha habido realmente un progreso efectivo en la existencia del hombre?

No nos es posible por el momento contestar de una manera precisa a tan interesante asunto, sin antes estudiar severa e imparcialmente la historia de los *conocimientos humanos* desde la época aludida hasta nuestros días.

Es un hecho comprobado, que las ideas del hombre acerca de las *Ciencias de la Naturaleza* difieren en nuestro tiempo de lo que fueron entre nuestros antepasados.

Vemos en la *Filosofía antigua* que la tierra, el fuego, el aire y el agua eran lo que llamaban los *elementos* nuestros ascendientes. Se creía entonces, y con razón, que el conocimiento de las propiedades de estos *elementos* era la indispensable base para el análisis de la *Naturaleza*. Traducida en lenguaje moderno, la idea de los *elementos* quería decir la composición del agua, de la atmósfera y de las demás cosas que constituían la *materia*, así como la comprensión de las propiedades generales de los gases, líquidos, sólidos, y la calidad y efectos de la combustión. Sobre todas estas cuestiones, nuestros actuales conocimientos son ya extensos, más precisos y complejos desde determinados puntos de vista, aunque vayan ampliándose sin cesar, como casi todos los demás conocimientos.

Hoy los niños de las escuelas saben que el aire que envuelve al planeta no es un elemento simple, como antes se creía, sino que está formado de oxígeno y nitrógeno mezclados en definidas proporciones. Saben igualmente que el agua no es otro ele-

mento simple, sino el producto del oxígeno con el hidrógeno. Saben también que cuando el aire alimenta, aviva al fuego y da la vida animal, el oxígeno es el principal factor de tales maravillas. Ellos conocen, en fin, que, en torno de estos trascendentes fenómenos naturales, el citado cuerpo da lugar a la *oxidación,* común origen de la luz y del calórico. Reflexionemos acerca de la gran confusión que en lo sucesivo reinaría, no sólo en las discusiones académicas, sino en el mundo entero, si algún poder misterioso viniera hoy mismo, esta noche, a borrar de nuestra mente toda huella, la más mínima impresión de ideas, sobre tan interesantes conocimientos elementales, como el *oxígeno,* la *oxidación.*

Hacia el tercer cuarto del siglo XVII, y hasta los célebres escritos de John Mayow, no se había dicho aún la verdad sobre la *oxidación* y la *combustión,* y esto no fue más, si así puede decirse, que un fulgor de gloria extinguido en seguida. Durante el resto del citado siglo y en la mayor parte del siguiente, iban los filósofos a tientas, con frecuencia ilusionados respecto de sus ideas, cuyo conjunto fue lo que llamaban el *phlogiston;* y al fin del tercer cuarto del siglo XVIII, la antorcha de la verdad se avivaba para no extinguirse más. La luz resplandecía simultáneamente en Francia e Inglaterra, llegando los hombres de ciencia, en dicha era, a entablar porfiadas controversias, y en ambos países se creían con idéntico derecho a una común recompensa; tanto fue así, que positivamente se debe la verdad a Priestley, a Lavoissier y a Cavendish. Si fue, en verdad, Priestley el primero que demostró la existencia de lo que llamamos el *oxígeno,* es, no obstante, a Lavoissier al que somos deudores de la idea positiva de la naturaleza de la *oxidación* y de la interpretación neta de todo el alcance de los descubrimientos de Priestley; mientras que el concepto de la composición del agua, necesario complemento del conocimiento del *oxígeno* para este químico, nació en 1774, en la clásica Memoria de Lavoissier acerca de la «naturaleza del principio que entraba en combinación con los metales durante la calcinación;

en cuanto a la información de Cavendish sobre la «composición del agua», apareció en 1784.

En el último cuarto del siglo XVIII, estas nuevas ideas de *oxígeno* y *oxidación* lucharon rudamente por su existencia. El hecho del mismo Lavoissier hablando de «cómo el principio que entraba en combinación—del que en 1778 debía él llamar más tarde el *oxígeno*—bastaba para demostrar cuán nuevas eran tales ideas».

Tenemos un vivo recuerdo de las dificultades que ofreció su aceptación cuando de estudiantes aprendíamos que el mismo Priestley rehusaba al final de su vida admitir la verdad alcanzada por su descubrimiento. En 1779, estas nuevas nociones sobre el descubrimiento del *oxígeno,* la naturaleza del agua y del aire, así como del verdadero concepto de la composición y cambios químicos, se conocían de un modo vago mucho tiempo antes, porque había aparecido la *nueva idea química* que luego se conoció con el nombre de «teoría atómica de John Dalton». Basta leer las pesquisas científicas de aquel tiempo, para darnos exacta cuenta de todo lo que se discutía por los mismos filósofos acerca de tales creencias, que no solamente hoy entran en todos nuestros estudios científicos, sino que hanse transmitido mediante las ideas generales de las pocas gentes instruídas, que eran conocidas entonces por muy pocos privilegiados.

La *electricidad* ha prestado resultados prácticos de un incalculable alcance para la cotidiana vida, al mismo tiempo que las nociones teóricas que ella comporta han permitido penetrar profundamente en la *naturaleza de las cosas.* Pueden estar orgullosos los *sabios físicos* del triunfo material y del beneficio intelectual que ha proporcionado a los actuales investigadores, conquista que ha de causar todavía grandes sorpresas en el porvenir.

Los estudiantes que hace siglo y medio aprendían de los *maestros filósofos* de su tiempo los conocimientos naturales, oían a menudo discutir sobre máquinas eléctricas, chispa eléctrica, fluido eléctrico, como de electricidad positiva o negati-

va, porque era conocida esta fuerza natural por rozamiento, y había sido cuidadosamente estudiada. Desenvolviendo un *sabio* las ideas elementales acerca de la relación entre la electricidad y los fenómenos de los cuerpos vivos, y apoyándose, además, en las observaciones practicadas por el italiano Galvani, dedujo que aquella fuerza podía ser reproducida, no solamente frotando uno contra otro determinados cuerpos, sino por el simple contacto de dos metales, explicando de esta manera los notables resultados obtenidos por el sabio italiano. Era este investigador el insigne físico de Pavía, Augusto Volta, cuyo descubrimiento admitió todo el mundo, sin saber que estaba éste bajo la dependencia de otro descubrimiento. Atribuyó el físico de Pavía las contracciones musculares de la rana, en la experiencia de Galvani, al desarrollo de la electricidad por el contacto de los metales—teoría hoy abandonada;—pero, tomando después sólo el punto capital de la experiencia, aplicó la principal producción de dicha fuerza al punto de contacto de dos cuerpos heterogéneos. Flemming, veinte años antes, sospechaba este idéntico origen de la electricidad.

El *imán* y sus *propiedades magnéticas* eran también conocidas desde largo tiempo, no habiéndose sacado más partido de él que el descubrimiento de la brújula. Pudo el mismo descubrimiento de Volta haber quedado mucho tiempo relativamente estéril, abandonado a sí propio, pero las famosas observaciones llevadas a cabo en 1819 por Oerstedt acerca de las analogías entre la electricidad y el magnetismo, fueron la causa de una nueva corriente de ideas. Estas ideas, desenvueltas durante algunos años con una rapidez sin cesar creciente, han cambiado por completo las materiales conexiones del hombre con las múltiples circunstancias de la vida, a la par que le han permitido dar un paso inmenso en el *conocimiento de la naturaleza de las cosas.*

La *Geología* también se crea el año 1779. Mucho existía de esta *Ciencia* en las antiguas *Cosmogonias* que explicaban cómo el mundo había salido del primitivo *caos,* pero esto no fue más

que un medio, un recurso; y en los últimos años del siglo XVII los famosos Sthensson en Italia, y Hooke en Inglaterra, solucionaban algunos de los problemas promovidos por los *restos fósiles*. Woodward exploró asimismo idéntico dominio. A mitad del siglo XVIII, ya los talentos de entonces estudiaron los agentes físicos de la *Naturaleza* en la modificación de la corteza terrestre; el agua y el fuego resultaban de un primitivo Océano y del calor central, Neptuno y Plutón, servían para explicar a Werner y a Desmarets los *fenómenos terrestres*. Las teorías en aquel tiempo eran muy abundantes, y se llevaron a cabo una porción de investigaciones; por tanto, podemos afirmar que la *Ciencia de la Geología*, propiamente dicha, o sea el exacto conocimiento de las sucesivas fases de la vida de nuestro Globo, data de los últimos años del siglo XVIII.

En 1771 publicaba James Huton una información (su *Teoría de la Tierra*, que desenvolvió después, en 1795, dos años antes de su muerte), pero no prevalecieron sus ideas, le faltó el talento y el valor de su colega Jhon Playfair, que, en 1802, las hizo prevalecer. El mismo año, pues, en que publicaba Hutton su nueva hipótesis, llegaba a París el ilustre Cuvier, con objeto de estudiar, al mismo tiempo que Broguiart, sus inmortales investigaciones acerca de los *fósiles* de esa villa y sus cercanías. Cuatro años después, William Smidt dió a luz su obra sobre los *terrenos y los fósiles*. Durante los últimos años del siglo XVIII se entabló la colosal empresa que ha perseguido el siglo XIX con grandes resultados; pero en esta época, por desgracia, muy pocas personas retenían la *verdad científica*. Fuera de un reducido número de gentes instruídas, reposaban los conceptos de la historia de la tierra, en la inmensa mayoría de los hombres, sobre la narración del diluvio, en que estaban inspirados, con fines presuntuosos o miras egoístas, en las fuerzas plásticas de una naturaleza, por así decirlo, *deportiva*.

En otra rama de la *Ciencia*—que se preocupa de los problemas de los seres vivos—las ideas de los pocos científicos del siglo XVIII eran completamente distintas de las actuales ideas. La

trascendental cuestión de la naturaleza de los seres vivos es una de las principales que al hombre ha preocupado y le ha inducido a la antigua máxima esculpida en el templo de Delfos, que dice: «Conócete a ti mismo.» Promesa que todavía no ha cumplido, que subsiste, y cuyo cumplimiento está muy distante. La persecución de los *secretos de la Naturaleza* parece más bien haber conducido al hombre «lejos de sí mismo» a las más remotas regiones del Universo e inducido a penetrar los misteriosos fenómenos en los que no ha tenido más que una exigua parte. Su conocimiento acerca de la *naturaleza de los seres vivos*, como también de su propia condición, ha progresado lentamente, y adelantará conforme los progresos de otras ramas del saber vengan en su ayuda. Lo poco que han evolucionado, hasta ahora, las *Ciencias biológicas*, que así se llaman, ha sido únicamente en estos últimos cien años.

Podemos considerar a un cuerpo vivo como una máquina que cumple su trabajo según determinadas leyes, y darnos cuenta del funcionamiento de sus rodajes interiores; saber también cómo la materia viva produce movimiento y calor. Podemos asimismo apreciarlo con vida individual y como eslabón de una larga cadena cuyo origen se pierde en el pasado más remoto, esforzándonos en conocer las trabas que unen una vida con la otra, la orgánica con la psíquica. Considerados los problemas vitales desde cualquier punto de vista, disponemos hoy no sólo de una porción de *maestros biólogos*, sino también de una serie de conocimientos adquiridos, velados para los filósofos de hace un siglo. Las interesantes cuestiones que promueve un cuerpo vivo considerado como máquina, son de orden mecánico, físico o químico; otro orden más trascendente no encaja en ninguna de estas categorías. En el siglo XVII abrió William Harwey, con su descubrimiento de la *circulación de la sangre*, una fecunda vía que emprendieron y siguieron con éxito sus contemporáneos, como los sabios del siguiente siglo. El estudio de la mecánica del animal y de la planta avanzaba a grandes pasos; pero los problemas físicos y

químicos eran apenas abordados. El siglo XVIII tuvo su *Física* y su *Química*; pero, frente a las cuestiones promovidas por los seres animados, ¿cómo podían aquellos sabios crear una *Química* sin oxígeno, y una *Física* que ignoraba que la *Electricidad* pudiera ser originada por la acción química? Cuando discutía la *Filosofía* del siglo XVIII las funciones de los animales y de las plantas, implicaba cambios químicos; a esto se hallaba reducida, y lo más frecuente (como sus predecesores del mismo siglo), se limitaban a recorrer términos vagos los científicos aludidos, como *fermentaciones* y otros similares. Hoy, nuestros tratados de *Fisiología* dan explicaciones precisas acerca del importante papel de los agentes físicos y de las substancias químicas en el organismo viviente.

Ciertos fenómenos de los cuerpos vivos—los principales quizá—no pueden explicarse por mediación de la *Física* o de la *Química*, sino por especiales métodos. Tales son los problemas relativos al sistema nervioso. A este respecto, los sabios de 1700 estaban en el umbral de un descubrimiento fecundo. Durante la última parte del siglo pasado, el análisis de los sorprendentes procesos del sistema nervioso que originan las sensaciones, las ideas y los movimientos, fue planteado mucho antes con un considerable éxito respectivamente a sus prácticos resultados, y lleno de promesas en cuanto a sus resultados teóricos. Análisis que puede ser reducido a lo que vamos a exponer: «Sabemos hoy que los fenómenos nerviosos y psíquicos resultan de la transmisión de las impulsiones nerviosas por el tejido de fibras de que el cerebro está formado. La experiencia y la observación nos ha demostrado que de la modalidad del tejido depende el desempeño de las impulsiones, y podemos ya explicar muchos de los obscuros problemas hasta hace poco inexplicados, no solamente los relativos a las enfermedades nerviosas, sino también al funcionalismo nervioso normal.» Por el sistema nervioso se ejercitan—como hace mucho tiempo que se sabe—todas las actividades del cuerpo que mantienen la vida ordinaria, merced a los nervios involuntarios que

constituyen el sistema del *Gran simpático*. El sistema nervioso voluntario es el instrumento de la *mente* y por él sentimos y nos movemos.

Los primeros principios de este estudio del sistema nervioso eran ya conocidos a fines del siglo XVII. Se sabía que los nervios eran los agentes de la sensación y del movimiento de los músculos; se había aprendido mucho sobre la aptitud de tal o cual parte del cerebro; pero no se sabía que la fibra nerviosa defiriera de otras, en el mismo mecanismo de su función. Era precisamente al fin del siglo XVIII o en los comienzos del XIX cuando un cirujano inglés concibió una teoría que no dió a conocer sino algunos años después, no siendo aceptada sino más tarde todavía. Publicó en 1811 en un tomo su *nueva hipótesis*, en la cual sostenía que el sistema nervioso estaba construído sobre este principio: «los nervios no son sencillos cordones que posen variadas aptitudes, sino más bien faecículos de nervios distintos, cuyos filamentos, reunidos para facilitar la distribución, tienen una función diversa, y presentan en el cerebro un origen diferente». El ilustre cirujano fue Charles Bell, cuya *idea nueva* ha sido el punto de partida de los progresos realizados en este dominio; nuestros conocimientos actuales sobre el funcionalismo del sistema nervioso no son otra cosa que la ampliación de la *nueva noción* de Bell.

Si pasamos de los problemas del organismo considerado como una viva máquina, a los que dan impulso a las más diversas particularidades propias de los seres que han vivido, moran y existirán en el planeta, al momento recordamos que se abrió a mitad del siglo XIX una era sin precedente en materia de *Biología*, con el *Origen de las especies*, de Charles Darwin. Esta obra, en unión de las trascendentes consecuencias que tuvo, no hubiera producido más que muy poquísimo efecto, si los sabios de los primeros años del mismo siglo no la prepararan. La idea fecunda de Darwin se apoya, en efecto, sobre los resultados de las *investigaciones biológicas realizadas* anteriormente en dos direcciones, que eran casi desconocidas

de los hombres del siglo XVIII. Darwin apeló—lo sabemos—a los trabajos geológicos aportados a su época; sabemos también que estos trabajos, imperfectos entonces, y que permanecieron algún tiempo muy incompletos, han proporcionado más tarde pruebas decisivas de su concepto general, al menos en una determinada parte. En el siglo XVIII no existían aún *trabajos geológicos.*

Respecto de la segunda dirección de las investigaciones del inmortal profesor, diremos que hoy el más modesto estudiante de *Biología,* o un lector medianamente culto, sabe que todo ser vivo, y aún el mismo hombre, comienza su existencia independiente bajo la forma de una célula, de la que podemos afirmar con confianza que *su estructura no puede ser más sencilla.* Se sabe, igualmente, que las particularidades de forma que caracterizan a los seres vivos, así sean éstos los más complejos, son «el resultado de sucesivos cambios o singulares modificaciones en la vida de cada sér, desde el mismo huevo hasta el pleno desenvolvimiento», una serie inmensa de escenas cambiantes, variadas, que van y vienen transformándose, realizando modificaciones a veces de un modo repentino, cimentándose las unas en las otras, y con frecuencia la forma final, bajo la cual el sér parece comenzar su vida en el mundo, es la resultante de una multitud de formas.

Todo o casi todo cuanto sabemos de exacto respecto del medio en el cual cada sér viviente persigue su forma y estructura propias, es el fruto del trabajo del siglo XIX. El modo como el pollo está alojado en el huevo, es un fenómeno vital conocido por los mismos antiguos, que fue descrito en el siglo XVI por Fabricius, y después, en el siglo XVII, de una manera más precisa, por el gran naturalista italiano Malpighi. La positiva enseñanza que encerraba tal conocimiento había sido descuidada o mal interpretada. Al fin del siglo XVII, la teoría dominante era que en la formación de un sér dentro del huevo no había elaboración de partes nuevas, es decir, epigénesis. Se enseñaba que estaba todo él, el pollo,

el sér, oculto en el huevo, pero oculto en razón a la considerable transparencia de su substancia, y que el proceso de desenvolvimiento en el mismo era una sencilla desplegadura, una simple evolución. Nadie retrocedía ante las consecuencias lógicas de tales ideas, como eran que en el sér no nacido todavía—es decir, no salido aun del huevo—se encontraban ocultos y replegados de la misma manera sus propios descendientes, y en éstos, la siguiente generación, y así sucesivamente, como en esas bolas de billar que los chinos tallan la una en la otra. Por tanto, la teoría no era un concepto ilusorio sostenido por un soñador, sino que estaba fortalecida por ciertos sabios como el insigne Haller, aunque faltó en aquel tiempo reconocer que el crecimiento del polluelo en el huevo coincidía con los cambios de forma.

Al principio del siglo XIX, después de la publicación de las investigaciones de Bon Baer, se desacreditaron tan rancias creencias. El, y otros que le siguieron, demostraron patentemente que cada individuo alcanzaba su estructura y forma finales, no por ese despliegue aludido de cosas preexistentes y ocultas, sino por la formación de partes nuevas, por la diferenciación continua de una materia primitivamente sencilla. Se ha establecido también, de un modo terminante, que los sucesivos cambios experimentados por el embrión en su desenvolvimiento en el huevo hasta la completa madurez, son la expresión genuina de las leyes morfológicas que el progreso persigue de lo general a lo especial, y que las distintas fases de la vida embrionaria reflejan las etapas de las existencias vívidas por los ascendientes en los tiempos más remotos.

Para tener una medida exacta de las ideas en *materia biológica* a fin del siglo XVIII, basta imaginar a Darwin esforzándose en su publicación sobre «el origen de las especies». Veámosle escuchar a los filósofos de su época, que le dicen que un grupo de seres vivientes difiere de otro grupo en que todos sus individuos y todos sus antepasados vinieron al mundo de una vez, al mismo tiempo que el primer nacido de la raza ence-

rraba en sí a todos los demás. Veámosle asistir a un debate entre filósofos que sostenían: unos, que todos los *fósiles* ocultos en el suelo eran los restos de animales o plantas muertas por la agitación debida a un violento diluvio universal, y depositados tan pronto como las aguas se retiraron; otros, que estos vestigios no eran realmente despojos de seres vivos, sino el producto de cierto *poder plástico* que, merced a la superabundancia de su energía, dió a la inerte tierra formas imitando únicamente las propias de los seres vivos. En semejante medio, emprendió Darwin el vuelo genial que le llevó a la idea que ha asegurado la posteridad de su nombre.

Dejemos de lado el pasado. Es nuestro propósito traer la historia de los *progresos científicos* realizados durante el siglo XIX, y únicamente debemos recordar que las dos *grandes ciencias*, la *Química* y la *Biología*, han nacido, o mejor dicho, han comenzado a marchar solas a fin de este siglo, y tanto se han engrandecido, que hoy son dos cosas distintas de lo que fueron en 1779. El estudio de los seres vivientes ha sido, pues, transformado por completo.

Decir más, sería repetir la misma Historia. Si nuestras nociones actuales sobre electricidad son las más avanzadas, no podemos decir lo mismo con respecto a las otras ramas de la *Física*. En cuanto a las diversas *ramas del saber*, la *Ciencia de los números* y la *Ciencia de los cielos*, cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos, también han progresado durante este siglo con una rapidez pasmosa.

Creemos que relativamente a los conocimientos de la *Naturaleza*, existe un abismo entre 1713 y 1913. Nuestros conocimientos han sido aumentados, propagados. Si es cierto que los actuales sabios están por delante, en varias materias, de los sabios de entonces, también es verdad que no hacen éstos más que transportar el bagaje común del gran número, a pesar de la infinidad de cosas que aquéllos ignoraban. La diferencia entre dicha era y la nuestra, desde el punto de vista de las nociones sobre la *Naturaleza*—cualquiera que sean las de

más diferencias entre aquélla época y la nuestra,—debe ser interpretada como un *progreso positivo;* el camino recorrido es, a no dudar, un colosal paso hacia adelante. Esto se debe afirmar sin vanidad, porque la historia de los triunfos de la *Ciencia* invita al observador a descartar de sí toda idea de vanagloria.

Quien se atreva a resolver *un problema científico*, tiene ocasión de apreciar las investigaciones llevadas a cabo sobre idéntico objeto por algún sabio de los tiempos pasados; resulta mucho más humilde tal apreciación, porque ha demostrado aquél después de la traducción del lenguaje del pasado al lenguaje moderno, que su predecesor estaba muy cerca del concepto considerado por él como nuevo, y creía, muy ufano, ser el único que lo conocía, y las ideas de su predecesor—en atención a las actuales ideas—le parecieran absurdas; la sonrisa que su utopia provocara en los labios del sabio moderno había de retenerse ante este pensamiento: «Las ideas que manifiesto y que creo explicar patentemente, quizá parezcan a algún investigador del porvenir tan erróneas, tan fantásticas como me parecían a mí las de mis predecesores.»

En estos casos, la presunción, la arrogancia personal debe ser refrenada. En cada página de la historia de la *Ciencia* encontramos inscrita en caracteres, que a nadie pasan desapercibidos, esta lección: existen *verdades científicas* que nacen espontáneamente, surgiendo por sí mismas. Toda *nueva verdad* es siempre la resultante de *alguna cosa* que ha existido antes, y se torna análoga a su vez de *alguna otra cosa* que luego ha de venir. En tal dominio, es diferente el sabio o parece distinto del poeta y del artista. El poeta lo es de nacimiento; no se forma, se eleva siempre, sin que nadie conozca su origen; cuando desaparece, a pesar de que canten los hombres sus poemas durante siglos, desaparece entero. El sabio, por el contrario, no es creador; él es creado. Por grandiosa que sea su obra, no es totalmente suya; ésta es, en parte, el fruto de su trabajo, y en parte, de los genios que le han precedido. Tal o cual idea

que inmortalizó su nombre, ha surgido no sólo del esfuerzo individual, sino del propio ambiente de su época. ¡Cuántas veces encontramos en los éxitos de nuestros predecesores los rudimentos de un concepto que más tarde llega a ser una verdad confirmada, reconocida, por los talentos de nuestro tiempo! La idea en el predecesor era infecunda, por cuanto el mundo no estaba en aquella época preparado para recibirla; será ratificada más tarde; las verdades concomitantes que debe luego sacar a luz dicha nueva idea todavía faltaban. Muchas cosas que hoy tenemos por utópicas, ilusorias, para el hombre futuro serán profundas verdades. Algunos sabios hacen *Ciencia* merced a cierto *espíritu de aventura* nacido de las verdades adquiridas que les obligan a ir más lejos que los demás científicos de su época, y sirviéndose de las mismas, alcanzan grandes conquistas.

Esto es debido a que cada sabio no es su propio maestro, sino más bien el servidor dócil de una impulsión, como tal inconsciente, que, obrando mucho tiempo en él, después obrará más todavía; y en materia de *ciencia* pura, positiva e integral, el error no puede ocurrir. Verdad es que el sabio puede tener períodos de oscuridad y períodos de lucidez, eras de progreso, de decadencia o de resurrección; pero en la verdadera *Ciencia* no hay más que progreso, no así en la *media Ciencia*. El camino de aquélla siempre debe ser una línea recta; las ideas que van en línea recta alcanzan un nivel más elevado que las que describen no un círculo, sino una hélice. El edificio de la *Ciencia* no se constituye como una casa, ladrillo por ladrillo y piedra por piedra; los materiales, una vez colocados, permanecen en su sitio. El *crecimiento de la Ciencia* se persigue como el del sér vivo, de la misma manera que en el embrión las fases siguen a las fases, y cada miembro del cuerpo sucesivamente toma diferentes aspectos, quedando muchos en un mismo miembro u órgano; de idéntico modo, un concepto científico de una edad o época parece diferir del de la edad siguiente, aunque éste sea el mismo en el proceso de formación; así también

como los contornos mal definidos del embrión se precisan conforme y a medida del crecimiento a modo de una imagen proyectada sobre una pantalla a la que se aproxima más o menos el foco de la lente para que resulte aquélla más nítida, asimismo los obscuros conceptos de los sabios de los tiempos antiguos son traídos paulatinamente por repetidas aproximaciones a las conclusiones precisas y claras de nuestros días. La historia de la *Ciencia* durante el siglo XIX, como en los precedentes siglos, es la historia del *progreso continuo*; ella no presenta la menor huella de retroceso ni de estancación. Cuanto es adquirido para las *investigaciones científicas*, es atesorado para siempre; a lo que podemos agregar, que las ventajas suelen parecer ocultas, veladas, pero jamás desaparecen.

El beneficio material que la humanidad ha obtenido y todavía obtiene del adelanto de la *Ciencia* es tan imponente, que todo el mundo ha estado de acuerdo en celebrar los elogios de la misma.

Está fuera de duda que ha contribuído ella a disminuir y a alimentar el trabajo arduo, rudo y el sufrimiento humano; ha aumentado considerablemente y distribuído el bienestar, la comodidad y el consuelo para muchos. Las aplicaciones de la *ciencia* han proporcionado el lenitivo, por así decirlo, el medio que suaviza los períodos más penosos de la vida, y no solamente la del rico, sino la del pobre. Las ventajas materiales facilitadas por aquélla son tan interesantes y numerosas, que muchos *esclarecidos talentos* han creído ver en éstas los únicos beneficios que procura. Se habla de *Ciencia* como cosa útil, y nada más cierto, pues su labor se limita a satisfacer las necesidades materiales de la humanidad.

Los triunfos de la *Ciencia* que procura tan notables ventajas, son, en su género, conquistas intelectuales. Los bienes asegurados por aquélla se deben al mayor dominio que el hombre tiene, más de cada vez, sobre el *universo* y sus *fuerzas*, poder que avanza con la *disciplina de su mente*. Esta es la facultad que va desenvolviéndose para domeñar la *Naturaleza*; es

un uso su influjo sobre el *Cosmos* que utiliza para la prosperidad de la vida humana.

Las *pesquisas científicas* que ponen el ingenio del hombre en juego, le impulsan a elaborar las verdades y cual una sencilla y servil máquina, produce magníficos resultados sin saber cómo, y no percibiendo parte alguna en el beneficio que produce su tarea.

¿Cuáles son, pues, las cualidades de este espíritu científico que ha producido y produce todavía sorprendentes cambios en las relaciones del hombre con la *Naturaleza?* Fijémonos en los atributos del *Genio*. La mayor parte de los *progresos científicos* parece que se presentan bajo la forma de series de grandes etapas llevadas a cabo por un *gran hombre;* la distinción, en materia de *Ciencia*, entre el autor de un colosal descubrimiento y el humilde trabajador, es una diferencia de grado y no de categoría. Como han sostenido en todo momento *muchos talentos* de la *Ciencia*, los descubridores deben su invento con frecuencia, más bien a la ocasión propicia que a su absoluta validez de sabios. Las facultades que guían a un hombre en la investigación imparcial de la verdad—llamado a figurar entre los demás talentos y a contribuir con ellos al verdadero *progreso científico*—son las mismas en el fondo que las que conducen a un descubrimiento de resonancia, ruidoso.

Las principales características del *espíritu científico,* fructuoso, ventajoso, son tres: en primer lugar, y entre todas las cosas, resalta el carácter, la cualidad dominante del sabio que debe de ser de aquellos que vibren al unísono de las cosas que busca; el *investigador de verdades* tiene que ser sincero consigo y con los demás, pero de una suerte de sinceridad más imperiosa que la propia sinceridad de sus semejantes. El que no posee el *espíritu científico*, carece de ese tesón, de esa condición individual, de esa disposición del alma o singular privilegio que se concede a muy pocos hombres; a menudo se contentan con el *casi*, con el *poco más o menos*, o con el *aproximadamente*, y como son sinceros en absoluto, no pueden ser *mártires de*

su idea, apóstoles de la verdad. En segundo lugar, debe ser el *investigador científico* de carácter advertido, previsor. La *Naturaleza* nos muestra indicios, nos hace signos, nos revela sin cesar una parte de sus secretos; el hombre de *Ciencia* debe estar dispuesto siempre a utilizar las indicaciones de la *Naturaleza* por insignificantes que sean, a sacar partido de sus débiles susurros. En tercer lugar, la *investigación científica* sea cual fuere el *esfuerzo intelectual*, necesita una cualidad moral: el valor, la firmeza de ánimo, la energía—no el que permita al hombre hacer frente a una dificultad súbita, repentina, sino el valor de resistencia, de tenaz paciencia.—Cada *investigación prolongada* ofrece difíciles momentos. El camino primeramente recto y despejado presenta dificultades o termina en un callejón sin salida; el entusiasmo, la facilidad en los comienzos desaparecen, y cae el observador en el cenagal del furor, de la desesperación. Este es un instante crítico que exige un gran valor; nada de apenarse por perder una o mil batallas; lo importante es no perder la campaña. Luchando el *investigador*, encontrará la salida que ha de volverle al recto camino; si el valor le falta, se volverá atrás y agregará un obstáculo más en su ruta, dejando sin acabar su arduo trabajo.

Pero suele decirse que estas cualidades no son siempre particulares atributos de los hombres de *Ciencia*, sino que se encuentran también en todos aquellos que han obtenido un éxito, cualquiera que haya sido el camino emprendido en su vida. Esto es muy cierto, y debemos insistir en tal punto; los hombres de *Ciencia* efectivamente, carecen de especiales virtudes, son como los demás hombres. La *Ciencia*, como dijo Huxley, es el *sentido común organizado*, y los hombres de *Ciencia* son personas ordinarias ejercitadas en el *sentido común*. Si los *hombres de Ciencia* no son más perfectos, más útiles ni más firmes ni mejores que los demás hombres, ellos poseen en cambio una actividad que, como sabemos, no es su propia intensidad de acción, sino la actividad de la *Ciencia*, poder moral que en su alma ejerce cierta influencia, y del que son sus más fieles ser-

vidores. En el curso de su *adiestramiento espiritual*, mientras aprenden cuánto se ha progresado antes de su época, reteniéndolo en su cerebro convenientemente, comprenden que lo ya conocido puede servirles, no ya sólo como punto de partida para penetrar en lo ignorado, sino también como brújula que ha de guiarles en sus personales pesquisas. ¡Qué preparados comienzan en este caso sus investigaciones, que emprenden celosos como observadores justos, severos y, por consecuencia, fortalecidos, confortados, como la Naturaleza con ellos! Merced a sus incesantes desvelos, cada indagación que obtenga un resultado feliz o bien fracase, les prepara para el próximo esfuerzo y les presta más tesón y confianza; la Naturaleza regula las cosas de tal modo, que cada acto de sumisión, de obediencia del investigador, facilita su ardua tarea, y de etapa en etapa lo trae a la perfecta obediencia, que en él constituye la *verdadera pericia.*

Cuando reflexionamos sobre la eficacia de la disciplina en la *información científica*, cesan de sorprendernos los progresos de los *conocimientos de la Ciencia.* Los resultados obtenidos resultan mediocres, cuando ésta tiene a su servicio inteligencias pobres o talentos tacaños. Si ella hubiere puesto bajo su dependencia a *espíritus superiores* que se valieran de sus energías para luchar, para resolver los grandes problemas, y hubiesen consagrado toda su actividad a la ampliación de los *conocimientos humanos;* si ella hubiera guardado para sí a esos *misteriosos hombres* que han sabido marchar rectamente sin necesidad de guía, ¡cuántos más progresos se hubieran llevado a cabo y cuántas falsas enseñanzas en el mundo se hubieren evitado! A los *hombres de Ciencia* cuando contemplan su hado, su destino, amparados en las enseñanzas del pasado, debemos concederles el dictado de gloria, de fama, por sus laudables pesquisas.

Si es cierto que la persecución de las *investigaciones científicas* tiene la singular validez de dar fuerza a los débiles y de mantener en el recto camino a los que tienden a salir de él, se

comprende que el beneficio material sacado de la *Ciencia*, por considerable que sea, no es el único bien que ésta proporciona al hombre. El rápido desenvolvimiento de las *Ciencias físicas* nos lleva demasiado lejos para no considerar más que las ventajas materiales, del mismo modo que un niño no ve otra cosa en su madre más que la dispensadora de buenas cosas, y no aprende sino muy tarde a conocer cómo su verdadero amor le ha dirigido en la vida cuidadosamente; de la misma manera hemos perdido de vista, ciegos por los sublimes dones de la *Ciencia*, su inmenso poder como invariable guía.

El hombre no puede vivir exclusivamente de pan, y le proporciona la *Ciencia* algo más que este alimento. Es una magna empresa para aquél cultivar determinadas plantas en terrenos pobres y estériles o en sitios donde antes le era imposible; pero no es menor empresa tener que ayudar a un hombre de *Ciencia* a sacar una precisa conclusión acerca de las difíciles materias que se le presentan. Ahora bien; si la *Ciencia* realiza lo primero, ¿por qué no puede hacer lo segundo? La *Ciencia*, repetimos, es el *sentido común organizado*, ordenado: locución aforística que puede interpretarse por el modo especial, como las cuestiones vitales que se ofrecen al común del vulgo deben resolverse por idénticos procedimientos, de los que se valen los *sabios* para decidir los especiales temas de la *misma Ciencia*.

Pero para que la *Ciencia* dé óptimos resultados, dos condiciones son necesarias: En primer lugar, conviene que su *función educadora* sea reconocida por la mayoría de los científicos; que las investigaciones de aquélla vayan seguidas, secundadas, no sólo por profesionales, sino en la necesaria medida, para asegurar, con la influencia del ejemplo, el mayor número de aquéllos. El principal objeto de todas las asociaciones sabias y serias, que marchan a la vanguardia del progreso en los países más avanzados, es reunir bajo la égida de la *Ciencia*, a todos los observadores imparciales, severos y doctos que deseen ver garantizado su llamamiento, su concurso.

En segundo lugar, se necesita penetrarse bien de que el

entrenamiento que debemos esperar de la *Ciencia* sea la resultante, no del acúmulo de conocimientos científicos, sino de la práctica de la *información* de ella. Un hombre puede conocer a fondo todos los resultados y todas las opiniones corrientes acerca de una rama cualquiera del *saber humano*, o si se quiere, sobre todas, y carecer de *verdadero espíritu científico*; en este caso, se halla incapacitado para llevar a cabo la más sencilla investigación. Este *espíritu* puede ser adquirido de la misma manera, sin previa investigación de una *nueva verdad*. Puede el estudiante ser repentinamente puesto al corriente o en presencia de *verdades nuevas*, como un ladrón que salta por encima de una tapia, y ve de un modo súbito la escena que se ofrece ante su vista. Las *funestas condiciones* de la *vida moderna* han inducido a ciertos observadores a adoptar este rápido camino, este medio veloz, en sus propias investigaciones. También puede ser llevado el observador a idénticas verdades, siguiendo la ruta seguida, los procedimientos continuados por cuantos las pusieron en evidencia. Por estos dos caminos puede, pues, el estudiante conseguir *alguna cosa* del ingenio del *investigador científico*. Están en el error, a nuestro modo de ver, todos aquellos hombres que creen que en la educación de la niñez no puede la *Ciencia* utilizarse, y mucho más los que consideran que esta *Ciencia* no es muy provechosa para ganar los educandos, ya de adultos, su mantenimiento, su propio sostén. Desde el punto de vista pedagógico, la experiencia de muchas generaciones hizo de los antiguos estudios literarios un instrumento de *disciplina del espíritu* de una extraordinaria potencia; si faltan estos estudios, o son insuficientes, la enseñanza de la *Ciencia* queda convertida en un enmohecido instrumento en manos inhábiles. ¿No es ésta suficiente razón para rehusar, el momento a la *Ciencia*, de demostrar la validez que debemos reivindicarle, como entrenamiento de la mente aplicado a todas las circunstancias de la existencia humana? Bajo un general aspecto, la *Ciencia*, en ese vasto campo de la actividad del hombre que denominamos *política*, en esa

denodada lucha, no de hombre a hombre, sino de raza a raza, aquélla trabaja para el bien general. Hecho que pasará desapercibido a un superficial observador. Verdad es que ninguna rama de la *Ciencia* ha testimoniado en estos últimos tiempos una mayor actividad, ni realizado mayores progresos, como la que proporciona a la humanidad los medios de llevar el desastre, el sufrimiento, la desesperación, la miseria y la muerte entre sus hermanos. El médico puede enorgullecerse de esa gran firmeza de ánimo que le ha prestado la *Ciencia* para endulzar los sufrimientos humanos y luchar con los infortunios de la enfermedad; pero puede ser en el destructor todavía más fiero el poder que le ha asegurado la *Ciencia* para destruir las vidas y sembrar la discordia, la desolación y la ruina entre sus semejantes. El primero, gradualmente ha aprendido a salvar las unidades; el segundo hase instruído para segar muy pronto, para destruir millares de inocentes. Pero la misma potencia, afortunadamente, de los modernos medios destructivos se tornará en serio obstáculo para el empleo de una substancia en exceso explosiva, o sobrado mortífera, especie de *materia prima* descubierta por nuestros más excelsos químicos modernos, que tendrá al fin que prohibirse su uso, en virtud de un convenio internacional. ¿Esperaremos mucho tiempo a que tal profecía se realice? Indudablemente, no. Ya lo dijo Tácito en otro sentido.

La preparación a la guerra, con el carácter que le da la *Ciencia,* asegurará la paz.

Nada puede de por sí el científico si no está relacionado con sus compañeros de trabajo; y como no es otra cosa que el elemento de un gran sistema, no puede a veces laborar con verdadero éxito. Para que su tarea sea lo que debe ser, necesario es que posea la influencia, la sensatez, la importancia y el aplomo indispensables en un talento, y que sepa cuanto han hecho sus colegas, como las demás capacidades, no sólo de su país, sino también del extranjero. Para el verdadero sabio deben eclipsarse el lenguaje, las costumbres y las barreras que

dividen a la humanidad en nacionalidades. Sus compañeros de trabajo tratarán de relacionarse o vivir con él, sea la lengua que hable y las creencias que sustente; y que vaya adelante con ellos a la persecución de un fin que le ayude, y a su vez él les ayude.

La historia del pasado nos suministra una porción de ejemplos de esa fraternidad entre los sabios. Durante los siglos XVI, XVII y aun XVIII, el uso universal del latín hacía fáciles las relaciones de los hombres ilustres; en algunas materias la *Ciencia* era entonces más cosmopolita que ha sido más tarde; además de las grandes dificultades del transporte, se consagraban los sabios de diferentes naciones, de tiempo en tiempo, y oían lo que sus colegas les mostraban. Los ingleses emprendían su largo viaje a Italia para estudiar allí el francés, el italiano y el alemán; viajaban de una cátedra a otra, y muchos titulares enseñaban en un país distinto del suyo. Existía una mutua protección entonces: la *Royal Society de Londres* se encargó de la publicación de las obras de Malpighi, y el eximio Lavoissier, dos años antes de que sus propios compatriotas le calumniaran o trataran de mofarse en su furor ciego, recibía de la misma Sociedad la más alta prueba de estima que tuvo a bien otorgarle.

Al fin del siglo XIX esta gran necesidad de conocimientos recíprocos y de común acción, solicitada por los sabios de los países más cultos, manifestábase de un modo singular. Tan pronto como era conocida la *nueva noticia* de un descubrimiento, en seguida era transportada por el telégrafo a toda la superficie del Globo. Comenzó el mundo sabio a desplegar una gran actividad en la *Congresos internacionales*, y se esforzaba en provocar la *Cooperación científica* entre las naciones más adelantadas. En la actualidad, los adeptos de los más diversos países se reúnen a determinados intervalos en dichos *Congresos* para discutir las materias más trascendentes de las diversas ramas de la *Ciencia*. El anhelo de no desperdiciar la menor parte de la actividad humana en la ruda contienda por e

descubrimiento de los *secretos de la Naturaleza,* conduce de cada vez más a la acción concertada de las naciones, combinando de este modo sus mutuos esfuerzos para atreverse con los problemas cuya solución es difícil y costosa. La exacta determinación de los pesos y medidas, la aclaración de las intrincadas cuestiones de Geodesia, la Antropología criminal, el mapa de los Cielos y la Tierra, la Psicología, normal y patológica, el problema de las razas, el actual tema de la *tuberculosis*, y otros mil progresos de la *Ciencia moderna*, han sido realizados en esas organizaciones internacionales.

El vivísimo deseo en varias regiones—particularmente marítimas—de penetrar los obscuros secretos de las zonas polares, se ha cumplido.

Uno de los grandes propósitos de las primeras inteligencias de nuestros días es el de instituir un solo lenguaje—el esperanto u otros—para todos los países, con objeto de facilitar las relaciones en todos ellos, y otro no menos interesante es el mantenimiento de la paz universal; colosales problemas, no exentos por ahora de serias dificultades.

Si dirigimos una mirada hacia atrás sobre los tres siglos que nos han precedido, la *historia de la Ciencia* nos enseña a ser humildes y circunspectos, porque en el *Cosmos* existe un inmenso conjunto de verdades que desconocemos, y además a mirar atentamente al porvenir con cierta esperanza. La influencia física, intelectual y moral de la *Ciencia* en la humanidad, es un hecho; influjo que no es menos considerable que los beneficios materiales que ésta procura; por tanto, pueden los pesimistas recuperar su valor, ya que desesperan en cuanto meditan con atención en el tiempo futuro. Los hombres de *Ciencia* no comparten con éstos sus creencias, sus ideas; aquéllos creen caminar por terreno firme. Por nuestra parte, contemplamos el pasado, no con sentimiento—como si alguna cosa se nos hubiera perdido, y jamás la encontráramos,—sino con satisfacción, con confianza: teniendo presente *un algo mis-*

terioso que ejerce cierta influencia sobre nosotros, sosteniéndonos para las etapas futuras.

Con los progresos de la *Ciencia* comienza a ser del dominio de todos los hombres un numeroso conjunto de verdades, cuya afirmación costó la vida a una infinidad de mártires.

Nos enseña la *Astronomía*, que la tierra, que la creíamos nuestra única morada, es un átomo perdido en la inmensidad del sistema planetario, que gira con otros astros alrededor del sol, más de un millón de veces mayor que éste, y que no es, sin embargo, más que una de las estrellas menores entre los cien millones de soles que adornan el firmamento. El *análisis espectroscópico* ha determinado la composición química de los mismos. El *telescopio* ha descubierto astros invisibles para la fotografía. La *Química* ha analizado la íntima contextura de la molécula, las atracciones y repulsiones del átomo, en fin, sus leyes. La *Biología* ha sorprendido la evolución de las formas intermedias, llevándonos gradualmente desde el organismo del protozoario hasta los más complejos organismos. La *Paleontología* ha visto nacer los primeros seres en el fondo del Océano, y ascender hasta la superficie del Globo. La *Embriogenia* ha apreciado la formación del embrión protozoario nacido de la fusión del *espermatozoide* con el *óvulo*. La *Física* nos ha evidenciado que lo visible para el hombre es solamente una pequeña isla de *vibraciones etéreas* comprendidas entre los *cuatrocientos* y *setecientos veinte billones* de longitud de onda; y que por encima y por debajo de esta modalidad vibratoria está la *luz negra*. En fin, la *Ciencia moderna* nos ha colocado entre dos infinitos: el infinitamente grande, o *sidereo*, y el infinitamente pequeño, o *atómico*.

Otswald y Arrhenins nos han probado que cada *átomo* es un *ion positivo* colocado en un centro, y los *electrones negativos* giran alrededor de él, como los planetas en torno del sol.

Los elementos—decía Lucrecio hace dos mil años—son indestructibles e inalterables. Tal fue la doctrina durante veinte siglos; tan antigua, parecía eterna para el que ignoraba la

ley evolutiva, para aquel que no apreciaba que nada dura en el *Cosmos*, que se transforma todo. Pero a su vez la antigua base se desmorona; catástrofe que es el efecto de fenómenos revelados por la *Física* y la *Química* desde hace una docena de años: desde el descubrimiento del trascendental fenómeno de la *radioactividad*, realizado por Becquerel, y del radio, descubierto por los Curié. Estos hechos han provocado una viva perturbación en las *Ciencias* y en especial en la *Filosofía*. Conviene coordinarlos. Gustavo Lebón, una de las inteligencias más sagaces de la época, careciendo de una situación oficial, ha luchado mucho, haciéndose oír al fin. Los sabios, a este respecto, han sido injustos con Lebón. Admite que la materia no existe, o mejor dicho, que existe en *estado provisional*, aparentemente, en vez de existir en *estado definitivo*, eternamente.

El insigne Berthelot proclamaba ayer el título de gloria del gran Lavoissier, y afirmaba: «Estableció Lavoissier por experiencias precisas, una capital distinción, desconocida antes de su tiempo, entre los cuerpos ponderables y los agentes imponderables; es este uno de los mayores descubrimientos que se han hecho; una de las bases de las *Ciencias físicas*, *químicas* y *mecánicas* actuales.» El hidrógeno, bajo Lavoissier y Laplace (1), era preparado por la acción del ácido sulfúrico sobre el hierro; la electrización del hidrógeno fue apreciada entonces, y constituyó una de las primeras pruebas, como aparecen ahora la *disociación*, la *destructibilidad* de la materia.

Lo que actualmente domina acerca de la *Filosofía de la materia* no es su indestructibilidad—sin la cual no hay *Ciencia* ni *Filosofía*, como decía exageradamente Spencer,—sino *radioactividad*, es decir, *disociabilidad*, *destructibilidad*. El fenómeno fundamental de estos doce últimos años es que la *radioactividad* existe en todas partes, en los distintos terrenos, en todas las rocas; fenómeno universal que escapa a nuestros

(1) *Revue des Idées*. Barthe. Pág. 304. 1909.

imperfectos sentidos, y no así a los de ciertos animales nocturnos. La *radioactividad* por todas partes reconocida, es la emisión de una *irradiación* en que el aire es conductor de electricidad, y el hecho de la *omnipresencia*, según Thompsou, de una emanación comparable a la del *Torio* o del *Radio* en el agua, en la piedra, en la arcilla, en la arena y en el sol, lo que es indispensable explicar.

La opinión de Lebon es que si considera a la materia como aparente o provisional, es porque la cree formada únicamente de *fuerzas* que van disociándose. La materia para él no existe. Ella es un conjunto de agregados temporales de *energías; fuerzas disipadas* sin cesar, de lo que previene la *radioactividad*. La materia, pues, tiene que perecer, y como su existencia es pura teoría, su desaparición es una *ilusión;* en el universo nada se pierde. Decimos que la materia existe, y nada hay más real.

¿Quién lo sabe? Nada existe menos ignorado que la materia. Si prescindimos de la masa, no quedan más que fuerzas para los modernos físicos; para éstos la materia es un agregado de fuerzas, y el átomo su último elemento. Centenares de moléculas con trescientos mil kilómetros de velocidad por segundo alrededor de un centro dan, para los mismos, la impresión de una masa plena, sólida, que es la materia para nuestros débiles sentidos.

La materia está formada, según las modernas ideas, de torbellinos de éter, substancia imponderable, comprensible para Kelvin y para Larmor, último elemento de aquélla. Admitir que los cuerpos están formados de torbellinos de éter, es adoptar la *unidad de la materia* y de los elementos químicos. Los *productos de la disociación del radio* son en último análisis, lo imponderable, la energía. Los *rayos Alfa*, o *iones positivos*, son en número de cien mil veces mil millones por segundo.

Los *rayos Beta*, o *electro-negativos* o *rayos catódicos*, son los que recorren doscientos setenta mil kilómetros por segun-

do. Y los *rayos Gamma*, o *rayos X*, parecen ser los últimos términos de la disociación.

El maravilloso fenómeno de la *disociación* debe ser debido a la destrucción del equilibrio que existía entre las fuerzas; no es súbita, sino progresiva. Se activa la *disociación* iluminando los cuerpos; unos son más sensibles que otros, y la especial región del ultravioleta, es la más activa. Mezclándolos, también se disocian; de este modo, pudo ver Lavoissier que la *materia se destruía*. Toda reacción química va acompañada de una *disociación*. Se activa asimismo la *disociación* por la electricidad, por la combustión, por el calor, y puede haber una *disociación espontánea*.

El hombre ha debido asistir a *disociaciones explosivas* a mucha distancia, al desaparecer las estrellas: 55 de Hércules; la de la corona en 1866, que pasó de la novena a la segunda magnitud y en la que permaneció pocas horas; la estrella de Perseo, que se convirtió en pocos días en la más brillante del cielo, padileció en veinticuatro horas, y presentó después el espectro de una nebulosa planetaria. Fenómenos que irán haciéndose más frecuentes con el envejecimiento del mundo.

Hoy toda la *Ciencia positiva* se basa en el estudio del Cosmos.

El *Ocultismo* está enseñando la *unidad de substancia* para todo el *universo material*, y la *Ciencia moderna* tiende a confirmar esta verdad. Tal idea ha sido presentida por los *genios* Plutarco, Swedenborg, Leibnitz, Kepler, Platón, etc. El mismo concepto expresaba Milton en su *Paraíso perdido*, que hacía que el Arcángel Rafael dijera a Adán que Dios había creado «*una materia prima*», dotada de variadas formas y de diversos grados de una misma substancia, y Heriberto Spencer creía que los *átomos químicos* eran producidos por los *átomos verdaderos o físicos*—materia no diferenciada aún—por un procedimiento evolutivo bajo condiciones que la *Química* no ha podido todavía producir.

La materia, antes conocida como inerte e incapaz de pres-

tar otra energía que la que se le ha facilitado, es hoy un *depósito colosal de energía* para ciertos sabios modernos: la *energía intra-atómica*, que puede gastar, sin recibir nada del exterior. La *fuerza* de la materia la constituyen dos formas distintas, para aquellos, de una substancia idéntica. La materia—especial modalidad de la energía—es el símbolo de la *forma estable* de la energía *intra-atomica;* y el calor, luz, electricidad y todas las demás fuerzas, representan las *formas inestables* de la misma.

La materia se desvanece lentamente por la *disociación* de los átomos que la forman. En esta *disociación* la forma *estable*, es decir, la *materia,* se transforma en *inestable*, o sea, en *energía.*

Cuantas consideraciones acabamos de hacer nos revelan, de una parte, el *espíritu científico* de la época condición indispensable en los grandes pensadores, para llevar a cabo sus descubrimientos, dios experimentales, para realizar sus conquistas; y el *titanismo científico* de nuestro tiempo, desenvuelto al atacar los colosales problemas del *saber humano* y al sentir el *verdadero ideal* en el análisis serio de los fenómenos de la *Naturaleza.* Los nuevos hechos, comprobados por una serie de observadores distinguidos, nos evidencian la existencia de *nuevas energías* en el *Cosmos*, irrecusables testimonios de ese *gigantismo de la Ciencia* de nuestros días.

La *Ciencia moderna* nos ha revelado grandes sorpresas. Decía un día Arago que jamás podríamos conocer la composición química de las estrellas; pero, algunos meses más tarde, permitía la *espectroscopia estelar* analizar a los *astrónomos* la composición química de los astros. ¿Qué es éste sino el *titanismo científico* que, rompiendo los antiguos moldes de la rutina, ha impulsado a penetrar al hombre en la verdad de las cosas?

«No hay nada oculto que no tenga que saberse—decía Cristo,—ni nada secreto que no deje de divulgarse.»

Apenas Kant acababa de proclamar los límites de lo *incognoscible*, sorprendido ante los fenómenos de *Clarividencia* del

filósofo sueco Swdenborg, tuvo que declarar solemnemente que éstos permitirían explorar el mundo ignorado para el hombre.

Se echa de ver el *titanismo científico* en los actuales estudios realizados en los laboratorios de *Psicofísica* de un número no escasos de investigadores decididos. Los *estados metapsíquicos* en común representan un dinamismo que preocupa a los hombres de mundo. Es que las verdades siempre se imponen, cuando no por la fuerza convictiva de la lógica, por la fuerza abrumadora de los hechos.

Las experiencias de Liegeois, Janet, Penta, Joire, Mangin, Porro, Maxwell, Durville, Litz y otros ilustres profesores, nos ponen en evidencia una infinidad de casos de sugestión, transposición de los sentidos, fascinación, sugilación, doble vista, telecinesia, perfectamente comprobados y comprobables para todo el que desee observarlos.

Los desdoblamientos objetivos, la transmisión mental, las personalidades múltiples, la exteriorización de la sensibilidad, ¿no son una patente prueba de ese *titanismo científico moderno?*

En nuestros actuales estudios sociológicos también se manifiesta el *titanismo de la Ciencia*, estudios que plantean una seria reforma social indispensable, dado el malestar de nuestra época, exigiendo antes la reforma de cada uno de nosotros, porque el resultado depende de las virtualidades individuales que a la aligación social concurren.

La naturaleza humana aparece hoy ante los ojos de los experimentadores audaces, bajo un prisma nuevo; es que el hombre moderno pide *Ciencia*, pero no *Ciencia infusa*, sino *Ciencia conquistada*. La edad de oro está más allá, en lo sucesivo, no en un orden posterior o en el pasado; lo que actualmente conocemos puede compararse a una potente lámpara, cuyos rayos más brillantes se proyectan en lo desconocido que por todas partes nos rodea, mostrándonos de este modo cuánto nos queda por saber, e indicándonos el verdadero camino para llegar a él. Tenemos gran confianza en el porvenir, porque sabemos que cada día que pasa no es únicamente el resultado del esfuerzo

en el presente, sino también el producto del trabajo en el pasado; por tanto, mantenemos la evidente esperanza de que los esfuerzos de nuestro tiempo, grandes o pequeños, ayudarán a los que han de venir, como la labor del pasado nos ha ayudado a nosotros.

ANTONIO GOTA

CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

(*Continuación.*)

Bailes públicos.

El *Circo de Faul* seguía teniendo atractivos para los aficionados al baile. En Enero de 1860 se dieron en el local *fiestas venecianas*, en que el salón estaba iluminado con multitud de faroles, banderolas y gallardetes, y se puso una orquesta compuesta de 50 profesores, 20 guitarras y bandurrias y un piano. Una noche se tocó *La batalla de los Castillejos,* composición del director de orquesta D. Juan Comas, en la que tomaban parte, además de los músicos del baile, dos charangas, tambores, cornetas, clarines; se hacían disparos de fusilería y de cañón, y se encendían luces de bengala. No tuvo el éxito que *La batalla de Inkermann.*

Seguían funcionando los salones de baile de *El Crucero,* calle del Luzón, núm. 11, y *Los placeres de la corte*, Costanilla de los Desamparados, núm. 15; pero sobre todos figuraba *Capellanes*, donde se reunía cada noche una sociedad coreográfica distinta. La concurrencia era relativamente selecta, por lo que se refiere al sexo fuerte, sin que se desdeñase de asistir a las sesiones ni el joven elegante, ni el valeroso oficial del Ejército, ni el artista, ni el escritor, ni el honrado comerciante. Ya nos dice Manuel del Palacio en aquellos versos:

Capellanes nos espera
con su *chotis* y su vals,
sus danzas americanas
y su alegre sociedad.
Allí lo mismo se admite
la calesera, que el frac,
la gorra de piel de nutria,
que la *gabina* de *Aimabl* (1).
Por aquella galería
veréis unidos cruzar
diputados y toreros,
sastres y jueces de paz,
modistas de cuarto piso
y aristócratas *pur sang*.

En Junio de 1860 se inauguró el baile campestre, como se decía antes, o el jardín de baile, como se dijo luego, de *El Eliseo madrileño*, en el Paseo de Recoletos, frente al Banco Hipotecario. Además de una escogida orquesta (2), había poliorama, *restaurant*, confitería, gimnasio y tiro de pistola. La entrada costaba 4 reales, sin más opción que a bailar. Este jardín era durante los días festivos el punto de reunión predilecto de modistas y dependientes de comercio, la cual concurrencia, por vicio de oído, ponía en la segunda *e* del sustantivo del título el acento que requería la *i*. Por eso decía aquel cantar:

Soy una modista
que en el *Eliseo*
hago una conquista
en un santiamén (3).

Jardines del Tivoli, situados donde hoy se halla el *Hotel Ritz*. Se dieron grandes bailes durante el verano por los años de 1864 y 1865, con farolitos a la veneciana y bengalas al

(1) Aimable, sombrerería elegante de la Puerta del Sol.

(2) Que dirigía Molberg, y como supondrá el lector, alguna vez obsequió a los concurrentes con un concierto de *xilocordeón*.

(3) Aire de *schotis*.

final. La gente acudía a las inmediaciones para oír las piezas de baile que tocaba una banda militar.

Jardines del Paraíso, afueras de la Puerta de Santa Bárbara, frente a la Fábrica de tapices, es decir, donde hoy comienza la calle de Almagro. Se inauguraron en Junio de 1861, y en 1863 se alternaron las piezas de baile con conciertos, en que tomaba parte numerosa orquesta y los coros del *Teatro Real*. Había tiro de pistola, café y fuegos artificiales.

1863.—*Price* formó un jardín al lado de su Circo (1), para dar bailes campestres amenizados con *cuadros cromofundentes* y algún otro espectáculo que sirviera de aliciente. Siguió abierto al público con el nombre de *Jardín de Apolo* durante los años posteriores; tenía su entrada por la calle del Cid. Barbieri lo abrió en Julio de 1866 como salón de conciertos.

Había bailes de máscara en los salones que durante el invierno se dedicaban a rendir culto a la diosa Terpsícore, y además los hubo, desde 1861, en *Lope de Vega;* en la *Zarzuela*, con orquesta dirigida por Cristóbal Oudrid y Luis Cepeda; en el *Real*, en el *Teatro Rossini*, alguno que otro en el *Salón del Conservatorio*, y los clásicos de *Paul* y *Capellanes*, como lo pregona aquella antigua *habanera:*

No me lleves a *Pol*,
que me verá papá;
llévame a *Capellanes*,
que estoy segura que allí no irá.

El lector habrá oído hablar del *cancán*. Este era un baile que pertenecía al género de los llamados de *figuras*, como la contradanza y el rigodón; pero sin reglas fijas y determinadas, ajustándolo a su capricho las parejas con la más amplia libertad. No se bailaba a estilo de los mencionados, tranquila y pausadamente, sino a compás de 2 por 4, es decir, al aire de una marcha militar, marcando bien la instrumentación de los

(1) Calle de Recoletos.

bajos para dar vigor y energía a la música. Nunca el hombre cogía entre sus brazos a la mujer, como en la polka o en el vals; pero las posturas y los ademanes que se empleaban habían de ser provocativos y desenvueltos, exigiéndose, como condición precisa, una gran agilidad para levantar la pierna hacia adelante, de tal modo, que la mujer acreditada de *cancanista*, sabía quitarle graciosamente de la cabeza el sombrero a su *vis-a-vis* con la punta del pie.

Como entonces se usaban faldas de cola y de mucho vuelo, la mujer, para bailar el *cancán* se recogía los vestidos con ambas manos, moviendo a compás los brazos, a fin de que quedasen libres los pies y las piernas, lo que solía producir al espectador cierta impresión voluptuosa.

El tipo del hombre que bailaba el *cancán* en el teatro, como función, no había de ser afeminado con sus ribetes de Narciso mitológico, según se acostumbraba a ver en este linaje de espectáculos, sino que se escogieron figuras de algún relieve naturalista, como *le gendarme* o *le cuirassier*.

La revelación del *cancán* tuvo efecto, para los habitantes de Madrid, con la *marcha a los infiernos*, de la zarzuela *Los dioses del Olimpo*; desde entonces, el nuevo baile se proclamó señor y soberano de la coreografía matritense, dejando vencidos y avergonzados al *ole*, al *jaleo de Jerez*, a las *boleras* y a las graciosas *seguidillas*, que tal cual vez las hacía revivir, como suspiro patriótico, la Petra Cámara.

Sin embargo, debemos hacer constar que nuestras modistas y sus similares en los diversos oficios femeniles de esta capital no bailaron el *cancán* en los salones públicos; las empresas contrataban bailarinas de profesión, extranjeras o españolas, que animaban la *soirée* con un par de *quadrilles*. El elemento genuinamente castizo se había encariñado con la *habanera*, baile tranquilo, de lánguida cadencia, que permitía sostener secreta conversación al propio tiempo, en la seguridad de no perder el compás. Alguna pareja se estaba bailando diez minutos sin salir de un ladrillo. No había

reunión de la clase media donde no se bailase *habaneras,* ni pianista adocenado que no compusiese unas cuantas, ni señorita aficionada que no las tocase al piano para hacer su presentación en las tertulias de confianza. A estas danzas populares se las ponía letra, por lo general amatoria, que cantaban las criadas en la cocina a la hora del fregado, y los ciegos guitarristas de la calle en las noches de apacible temperatura, ante un público numeroso, compuesto en gran parte de muchachas que ocultaban bajo el pañuelo de crespón un cuerpecito sandunguero, cuyos nervios, excitados por los sugestivos compases de la *habanera*, comenzaban a marcar los vaivenes del baile, con los hombros primero y con los hombres después, si no había cerca un *guardia veterano* que lo prohibiese, en representación del Gobernador civil de la provincia. Los mantones de Manila y las *habaneras* constituyen lo único que nos ha quedado de nuestro poderío colonial.

*
* *

Si el lector ha seguido con algún detenimiento el curso de estas *Crónicas*, apreciará seguramente la transformación que desde 1830 a 1868 sufrieron las diversiones públicas y el cambio que experimentó el gusto de los espectadores. Aquellos dramas románticos de Ferrer del Río, de Gil y Zarate, de Zorrilla y de García Gutiérrez; aquellas traducciones de Víctor Hugo que provocaban empeñadas polémicas entre los literatos, se desterraron casi del todo, dejando el campo a la comedia de costumbres, por la que quebraron lanzas Rodríguez Rubí, Eguílaz, Larra, Coupigni, Serra, y sobre todos Bretón de los Herreros, paladín decidido que desde el tiempo de Fernando VII venía trabajando con decidido empeño y propósito firme para encauzar el teatro por ese camino.

La labor de Luis Eguílaz, con ser un escritor de bajo vuelo, resultó de gran trascendencia literaria, porque con su *Cruz del matrimonio* logró inclinar el ánimo del público en favor de

un género hacia el que sentía predisposición natural el espíritu de la época. El aplauso con que se recibieron las obras de esta índole, como *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega; *El tanto por ciento*, de Ayala, y *Lo positivo*, de Tamayo, buena muestra es del cambio operado, por más que nuestro público y nuestros escritores siempre mostraron cierta predilección por la comedia, a despecho del drama. Esta idea la atestiguan las muchísimas obras cómicas que produjeron los escritores del siglo XVII, y la circunstancia de que, en medio de la decadencia dramática del siglo XVIII, dos escritores esencialmente cómicos, D. Ramón de la Cruz y Moratín, fueron los únicos que sostuvieron enhiesta la bandera nacional del arte dramático.

Los melodramas que se representaron durante la primera mitad de la época de Isabel II conseguían, sí, conmover al espectador hasta arrancarle lágrimas; pero no le dejaban con ánimo de presenciar una segunda representación; así es que las empresas echaban mano de estas obras en casos de apuro, y teniendo necesidad de variar el cartel con frecuencia, pues solamente por sorpresa podía hacérsele pasar un rato desagradable al que había formado propósito de divertirse en una función de teatro.

No es *La cruz del matrimonio* un dechado de perfección, una obra modelo, mucho menos después de la evolución que ha experimentado la literatura dramática; pero impresionó grandemente al público, y representa un paso de avance y una tendencia que otros con mejores facultades han secundado luego, introduciendo nuevos resortes, y ampliando la esfera de acción en que se desarrollan los argumenios de las composiciones dramáticas.

El mismo espíritu de transformación hubo de notarse en las actrices y actores; así vemos que Bárbara Lamadrid y Carlos Latorre, a quienes podemos conceptuar como personificación de la escuela antigua o trágica, se substituyen por Matilde Díez y Julián Romea, prototipos en la interpretación de la alta comedia; y es que, a despecho de los exclusivismos

de escuela, el gusto y el modo de pensar de la época se fueron apoderando, con misteriosa influencia, de los escritores, de los artistas y del público, y en un período de no muy larga duración quedó transformado por completo, en este orden de ideas, el concepto del teatro.

Acontecimiento de importancia fue la resurrección de la zarzuela, género que, por haberlo dejado caer en el olvido, se llegó a creer que no había existido nunca en España. Por fortuna, el público estaba bien dispuesto; salieron libretistas de la talla de García Gutiérrez, Ventura de la Vega y Picón; maestros compositores como Gaztambide, Barbieri y Oudrid; cantantes de buenas condiciones como la Latorre, la Rizo, la Elisa Villó, la Bardán, Salas, Caltañazor, Carceller, el tenor González y el bajo Calvet; y por último, las empresas pudieron disponer de un teatro adecuado, el *Circo*, por la amplitud del escenario y por la capacidad de la sala, que tenía cabida para gran número de espectadores; así es, que en poco tiempo el género adquirió el desarrollo necesario; y con zarzuelas como *Jugar con fuego*, de Barbieri; *El valle de Andorra*, de Gaztambide; *El dominó azul*, de Arrieta, y *Buenas noches, señor don Simón*, de Oudrid, hubo que reconocerle la categoría de potencia de primer orden.

La ópera se reorganizó en este reinado consiguiendo tener teatro propio. Debemos, sin embargo, hacer constar que el público estaba acostumbrado al espectáculo, pues ya en 1838, se cantaban óperas en el teatro de los *Caños del Peral*; más adelante en la *Cruz*, en el *Príncipe*, y, por último, en el *Circo* de la plaza del Rey durante los años de 1842 a 1849; de modo que respecto al espectáculo de la ópera, marchábamos a la par con las demás naciones de Europa.

Para la interpretación de estas obras líricas disponíamos, en un principio, de cantantes españoles que alternaban airosamente con los extranjeros; ahí está la Prensa de aquellos días tributando elogios a la Antonia Campos, a la Leonor Serrano, a la Cristina Villó, a Salas, a los tenores Ojeda y Láza-

ro Puig, y a los bajos Calvet y Becerra; pero la zarzuela, al resurgir, acaparó para sí nuestros artistas de canto.

En la música también hubo transformaciones, pues mientras al público le satisfacían, por los años de 1830 a 1840, *La straniera,* de Bellini; *Semiramis,* de Rossini, y *Ana Bolena*, de Donizetti, al terminar estas *Crónicas*, vemos que aplaude con entusiasmo *Gli Ugonotti* y *Roberto il diavolo*, de Meyerbeer, y *Fausto*, de Gounod, efecto del nuevo rumbo que habían tomado las aficiones musicales de la gente, comenzando a formarse la conjura contra el italianismo.

Donde esta tendencia aparece más de realce, es en los *conciertos.* Los primeros de que hemos hecho mención se reducían a sinfonías y trozos de óperas, excepción de los llamados *sacros,* en los que se cantaba o tocaba tal cual pieza clásica; y véase la diferencia: Barbieri nos hizo oír, con aplauso unánime de los espectadores, a Weber, a Mendelshon y al divino Beethoven, consiguiendo dar un carácter enteramente nuevo para nosotros al espectáculo llamado *conciertos.*

También se progresó, sin ningún linaje de duda, en las diversiones acrobáticas y ecuestres; pues desde aquel *Circo Olímpico* de Mr. Paul Laribeau, que anunciaba al público haber colocado ruedos de estera en el piso para evitar a los espectadores la humedad que en él pudiera haber, porque el local estaba al aire libre, hasta la elegante construcción del *Circo del Príncipe Alfonso,* hay una diferencia asombrosa.

Otra circunstancia hemos llegado a observar, y es que las conquistas hechas por el público respecto a comodidad y ornato de los locales donde se celebraban espectáculos, no alteró los precios de las localidades en modo sensible, salvo en el *Teatro Real*, cuyas especiales condiciones le colocaron fuera de la regla común.

Muchas, variadas e interesantes consideraciones podrá sugerir la lectura de estas *Crónicas*, comparando la índole y desarrollo de los espectáculos, los géneros literarios en auge, las condiciones de los artistas, el gusto, las costumbres y las pre-

ocupaciones del público, ya dentro de la época a que nos hemos contraído, ya en su relación con la presente; pero como esta función de la inteligencia ha de realizarse fatalmente por el lector, pues ese acto de crítica comparativa en más o menos proporción, es instintivo en el hombre ilustrado, el *Cronista* se abstiene de emitir juicio alguno ante la seguridad de que han de hacerlo con más acierto y más a gusto de cada cual los que lean estas *Crónicas*.

SEGUNDA SERIE

Reseñas y noticias.

I

El perímetro de Madrid en aquella época.

Para conocer el perímetro de Madrid en tiempo de Isabel II, en vez de seguir las líneas que marcan como límite los planos de entonces, hemos creído más práctico, a fin de que el lector se forme idea de lo que era la corte, ir determinando, una por una, las últimas vías accesibles al transeúnte en el término de la población.

Hay que tener en cuenta que Madrid, hasta mediados del reinado de Isabel II, estuvo cercado de tapias, que no obedecían a otro efecto sino a proteger la recaudación de los derechos de Consumos. Para el tránsito público había las siguientes entradas: Puerta de San Vicente, Portillos de San Bernardino, del Conde-Duque y de Fuencarral, Puerta de Bilbao, Portillos de Santa Bárbara y de Recoletos, Puertas de Alcalá y de Atocha, Portillos de Valencia y de Embajadores, Puerta de Toledo, Portillos de Gilimón y de las Vistillas, Puerta de Segovia y Portillo de la Vega.

Tomando como punto de partida la Plaza de Oriente, comenzaremos nuestro paseo dejando a la izquierda el Palacio

Real con sus Jardines del Campo del Moro, que forman parte de la posesión, y bajamos por la calle de Bailén hasta llegar a la Plaza de San Marcial, donde nos encontramos con el Paseo de San Vicente, que terminaba en la Puerta del mismo nombre, situada al final de esta vía, antes de entrar en la Glorieta actual (1).

El lienzo frontero a las dependencias de Palacio y Campo del Moro, que formaban uno de los lados del Paseo de San Vicente, lo constituía la tapia de la Montaña del Príncipe Pío, donde hubo úna vaquería que llegó a tener fama en su tiempo.

En la Plaza de San Marcial existía el Cuartel llamado de San Gil por haberse utilizado para el caso el edificio de un convento de frailes gilitos.

La actual calle de Ferraz se abrió al principio de un callejón que, siguiendo la línea del Cuartel le rodeaba por sus accesorias, formando una vía estrecha, tortuosa y en cuesta, que desembocaba en la Plaza de Afligidos, hoy de Cristino Martos. Dicho callejón, que posteriormente, durante algún tiempo, llevó el nombre de *Quitapesares*, se denominaba en 1850 de *San Marcial*, hasta un sitio en que había una rinconada con un pasadizo a la altura de un piso principal; desde aquí a la plazuela indicada se llamaba *del Príncipe Pío* (2).

El actual Barrio de Argüelles se formó hacia 1860, en terrenos de la Montaña del Príncipe Pío, que lindaban con dicho callejón de San Marcial, con la calle del Duque de Liria y con

(1) La Puerta de San Vicente se demolió hará unos veinte años para ensanchar aquel paraje, y en lugar de armarla en otro sitio, tal como una de las entradas del Parque de Madrid, su piedra se aprovechó en obras municipales. Con algunos sillares se formaron los basamentos o pedestales que para colocar estatuas existen en el Prado por la parte de la Plaza de Castelar.

(2) La plazuela de Afligidos conserva aún dos casas del siglo XVIII: la señalada con el núm. 5 y la del Conde de Toreno; en nuestra juventud conocimos este paraje con los mismos edificios que formaban la decoración elegida por Moratín para desarrollar las escenas de su comedia *La escuela de los maridos*.

el Paseo de San Bernardino, situado ya fuera del Portillo del mismo nombre. El Real Patrimonio enajenó gran porción de terreno de la *Montaña* para construcciones particulares, cediendo gratis a la villa la parte que se destinaba a vía pública. Así, pues, el núcleo de edificaciones comprendido entre las calles de Ferraz y de la Princesa es lo que verdaderamente constituye el Barrio de Argüelles.

Desde la Plaza de Afligidos arrancaba la calle del Conde-Duque que moría en el Portillo del mismo nombre.

Al final de la calle del Duque de Liria, en los terrenos que pertenecen al Ministerio de la Guerra, estaba el Hospital Militar, un edificio destartalado y feo que había sido en el siglo XVIII Seminario de Nobles. Junto al Hospital se abrió el Portillo de San Bernardino.

Por el año 1862 se construyó el *Cuartel de la Montaña*, y el contratista, D. Angel de las Pozas, aprovechando las circunstancias favorables al aumento de población por aquel punto, formó el barrio que lleva su nombre, construyendo las manzanas de casas que existen entre la Ronda del Conde-Duque y las calles de la Princesa y de Alberto Aguilera. Esta dicha calle de la Princesa se abrió desde la antigua y estrecha del Duque de Osuna, tomando parte de la del Dnque de Liria y el Paseo de San Bernardino, ensanchando considerablemente las citadas vías públicas.

Para seguir dando vuelta a la población había que retroceder a la calle del Conde Duque, en cuyo final estaba el Portillo de la misma denominación, y próxima a éste la calle de San Hermenegildo, que comunicaba con la *Puerta de Fuencarral*, situada, no al final de la calle de este nombre, sino al de la de San Bernardo, junto al sitio donde se construyó el Hospital de la Princesa.

Para ir desde la conclusión de la calle *Ancha de San Bernardo* a la Puerta de Bilbao, había que tomar la calle de Daoíz, rodeando la posesión que fue del Duque de Monteleón; seguir las calles de San Andrés y Divino Pastor, saliendo a la

calle de Fuencarral y actual Glorieta de Bilbao, que era donde estaba la Puerta.

Por aquí se iba al *Barrio de Chamberí*, que es muy antiguo. Comenzó por un *paseo* formado a iniciativa de la Reina Doña Isabel Farnesio, a quien le recordaba el paraje un sitio parecido en el reino de Saboya. En tiempo de Fernando VII se establecieron allí varios tejares; y más adelante se construyeron casas para familias de obreros, contribuyendo a ello en 1847 el Conde de Vegamar y D. Andrés Arango, dueño de una magnífica posesión situada en el Paseo de la Castellana, y conocida con el nombre de *La Chilena*, donde jugábamos hacia 1860, por las tardes, con otros niños parientes de aquel señor, ya bastante viejo cuando llegamos a conocerle.

En la calle de Fuencarral, la vía accesible para continuar el paseo de circunvalación era la calle de la Beneficencia, y subiendo por la de la Florida había que bajar luego por la de San Opropio, a fin de entrar en la Plaza de Santa Bárbara, en que estaba la Puerta consiguiente.

Desde aquí se seguía la calle de Santa Teresa, la Costanilla del mismo nombre (hoy calle de Campoamor), la calle de Fernando VI, entonces prolongación de la del Barquillo, esta misma hasta la de *San Lucas*, por la que se salía a la de Santo Tomé, plazuela de las Salesas y Costanilla de la Veterinaria (hoy Doña Bárbara de Braganza), que moría en el Paseo de Recoletos.

El término de Madrid por este lado era la Puerta de Recoletos, situada en la Glorieta de Colón. Esta Puerta, construída en tiempo de Fernando VI, era airosa y elegante; fue demolida hacia 1863, cuando se ensanchó el Paseo de Recoletos, llevándose las piedras de aquélla a un campo erial que había junto a la iglesia de San Jerónimo; se aprovecharon algunos bloques para obras municipales, y el resto se halla al presente en la Pradera del Corregidor sirviendo de asientos.

El Paseo de Recoletos ofrecía por la derecha casi la misma alineación que hoy; pero el lienzo de enfrente avanzaba tanto,

que hacia su final sólo dejaba sitio para una fila de árboles, advirtiendo que el espacio destinado a coches carecía de las proporciones actuales. Próximamente por el año 1863 adquirió el Ayuntamiento los terrenos necesarios para dar ensanche y embellecimiento al Paseo por el lado izquierdo, destinando al público varios jardines que aún conservan algunos de los árboles que se plantaron en ellos siendo de propiedad particular.

Entre la Puerta de Recoletos y la de Alcalá, por la parte de las afueras, comenzó a construir el banquero D. José Salamanca la barriada de casas que lleva su nombre, y que mereció desde los primeros momentos, a la inversa de Chamberí, ser ocupada por un vecindario elegante. También tuvo efecto este ensanche como consecuencia del aumento de población que Madrid había experimentado sin romper el antiguo ámbito, que en esta época casi tenía las mismas proporciones que en tiempo de Felipe IV, como puede apreciarse cotejando los planos de principios del siglo XIX con el publicado por Pedro Tejeira en 1656.

Desde la Cibeles se subía por la calle del Pósito a la Puerta de Alcalá, y aquí había que volver pies atrás y seguir Prado adelante a la Puerta de Atocha, que estaba en la línea de los números pares de la calle de este nombre y dando frente al Paseo de las Delicias.

Para ir desde la Puerta de Atocha a la Plaza de San Francisco, nuestro paseo de reconstitución de límites por el interior de la población presenta cierta dificultad, por no hallar enlace de vías públicas en línea recta. Así, pues, debemos seguir el siguiente itinerario: Calle de Atocha, Callejón del Hospital, calles de Santa Isabel, de San Cosme, del Salitre, Barranco y calle de Embajadores, calles del Casino, del Ventorrillo, de Mira el Sol, Ribera de Curtidores, calles del Carnero, del Peñón, Campillo del Mundo Nuevo, calles de la Arganzuela, de los Cojos, cruce de la calle de Toledo, calle de la Ventosa, Campillo de Gilimón y calles del Rosario y de los Santos a la Plaza de San Francisco.

El Duque de Sexto, cuando fue Alcalde-corregidor de Madrid, durante los años de 1857 a 1864, tuvo el proyecto de hacer una *gran vía* que uniese la estación del ferrocarril del Mediodía con la Plaza de San Francisco, reforma que de realizarse hubiese reportado grandes ventajas a aquella parte de la población, saneándola y embelleciéndola. La calle de Argumosa es el principio de aquel proyecto, en mal hora abandonado.

Saliendo de la Plaza de San Francisco había que tomar la calle de San Buenaventura, dejar a la izquierda el palacio y jardín del Duque de Osuna (hoy Seminario), atravesar la calle de Don Pedro y el Campillo de las Vistillas, bajar la Cuesta de los Ciegos, subir la de San Lázaro, que se ha modificado, y ascendiendo a lo alto de la Cuesta de la Vega, desembocar en la Plaza de la Armería, sitio donde se está construyendo la catedral, desde donde se pasaba a la Plaza de Oriente, que es el punto de arranque para verificar este paseo histórico descriptivo.

Ya habrá podido observar el lector las reducidas proporciones que tenía Madrid en 1850; pues aún hay más que descontar, porque ciertos sitios, como el callejón de San Marcial, la calle de la Florida, la Costanilla de la Veterinaria y otras vías, hoy muy concurridas, entonces se hallaban solitarias a cualquier hora del día. Muchos habitantes de la capital apenas tenían noticia de la existencia de estas calles. La animación de la gente, de los carruajes, de las tiendas y de los vendedores ambulantes giraba en una zona muy reducida. En sesenta años ha cambiado Madrid de aspecto.

II

Modas.

La dificultad y, al propio tiempo, la monotonía de seguir paso a paso todas las transformaciones de la moda, nos han

inducido a dividir esta reseña en cuatro períodos, determinando en cada uno de ellos los rasgos característicos que le distinguen y diferencian de los demás, dentro de la época a que se contraen.

Así podemos establecer como base de la moda para señoras, durante el período de 1830 a 1839, el vestido corto, de manera que no se viese más que el pie en las señoras de cierta edad, y que no subiera del tobillo en las jóvenes. Se usaban enaguas almidonadas y alguna vez de crinolina, para que la falda abultase, pero presentando pocos pliegues, lo cual quitaba esbeltez y gracia a la figura de la mujer. La falda era lisa y únicamente se adornaba con un delantero formado por dibujos a capricho con cintas, puntillas y lazos; el cuerpo se llevaba de la misma tela que la falda, y las mangas excesivamente anchas, ajustadas al puño con un adorno igual que el general del vestido.

En verano se estilaba para visita y paseo un escote recto de hombro a hombro, dejando completamente desnudo el busto de la mujer, como hoy se acostumbra en los bailes de etiqueta.

Estaban en uso los *boas* de piel, de la misma forma que los de ahora; y los llevaban, también, caídos por la espalda, en lugar de ponérselos en el cuello, que parece que es el fin para que fueron inventados.

El zapato se usaba bastante escotado, negro o de color, sujeto con galgas que comenzaban en la parte próxima al enfranque, por ambos lados.

Los sombreros eran de tamaño fenomenal. Tenían una copa cilíndrica bastante pronunciada, dentro de la cual se resguardaba el moño del pelo: esta copa venía a quedar casi perpendicular sobre la cabeza; el ala resultaba de grandes proporciones por delante y los lados, apareciendo muy reducida por detrás; se adornaban con sencillez, utilizando flores, plumas y lazos. En la parte inferior del ala, junto al sitio que quedaba próximo a las sienes, se ponían dos lazos, de los que pendían

sendas cintas anchas, que se ataban al descuido delante del pecho o se dejaban sueltas con cierta coquetería.

El sombrero sufre en este período de 1830 a 1839 una transformación completa: el cilindro que formaba la copa se estrechó; fue bajando de posición por la parte de atrás, y abriéndose verticalmente por delante, hasta confundirse con las alas, que quedaron muy reducidas, formando lo que se conoce con el nombre de *capota*.

Este estilo constituía verdaderamente el concepto del sombrero, porque cubría la cabeza dejando sólo libre la cara y la entrada del pelo, hasta poco más arriba de la frente.

La modista más famosa de sombreros en esta época fue Mme. Petibon.

Hacia 1837 se pusieron de moda, para los vestidos, adornos de cintas de terciopelo, de más o menos anchura, y combinándolos con los colores de la falda.

El *chal* era una tira larga de tela flexible, bien adornada, con flecos, por lo general, en los extremos: se llevaba sobre los hombros, algo caído.

Manteleta: especie de capa muy corta, o esclavina larga, que no solía pasar de la cintura, y con un recogido a los lados para dejar los brazos libres.

El largo de la falda fue poco a poco bajando, hasta que, sin tocar en el suelo, apenas dejaba ver los pies.

Durante los últimos años de esta década prevaleció la moda de llevar la falda lisa y poco hueca en la parte superior, con algún vuelo y con adornos en la inferior; éstos consistían en dos volantes o guarniciones grandes, bullones, cintas y lazos combinados o plumas, que también estuvieron, de tiempo en tiempo, en auge, porque a Cristina le gustaban mucho.

El peinado, durante este primer período de 1830 a 1839, aparece alto, recogiendo el pelo sobre la parte superior de la cabeza, y dejando libres el cuello y las orejas.

Para sociedad se estilaron adornos de cintas o plumas entrelazadas con el cabello, formando caprichosas combinacio-

nes y figuras, a veces de un tamaño alarmante por su magnitud. Con sombrero se dejaba la frente libre, formando un racimo de rizos a cada lado de la cara.

Los pendientes, grandecitos.

Las niñas como de diez años llevaban la falda bastante larga, con poco adorno, y pantalones de hilo, blancos, lisos, con puntillas al final, cubriéndoles el tobillo; zapatos de color con lazos grandes.

Los niños usaban blusa obscura, larga, que caía hasta las rodillas, plegada con un cinturón de charol, cuello vuelto, blanco, y corbata de amplias puntas; pantalón claro, largo; sombrero de paja o fieltro, de copa pequeña, redonda, con alas planas, ligeramente inclinadas por detrás y por delante.

Los hombres llevaban levitas muy entalladas de anchos faldones, que cubrían la rodilla, el cuello largo y bien caído sobre los hombros desde 1836, pues anteriormente se estiló que subiera mucho por la parte de atrás, embarazando los movimientos de cabeza.

Durante una temporada, en vez de ojales, se llevaron alamares de pasamanería de seda negra.

El frac para reunión, siempre negro; el de visitas o paseo, café o color de pasa obscuro; había estado de moda el azul turquí con botón dorado.

El chaleco, blanco, con cuello recto.

El pantalón de etiqueta, negro, algo ceñido, sujeto al tobillo por tres botones, dejando ver la media de color obscuro, con zapato de poco tacón, tanto en señoras como en caballeros.

El sombrero afectaba la forma de un cono truncado invertido, con ala estrecha, marcando un ligero reborde en los lados de ésta.

Hacía 1837 se abrió en la calle del Caballero de Gracia, frente a la del Clavel, una perfumería a estilo de París, con escaparate, y decorada en su portada y en su interior con cierta novedad. Ofrecía en sus anuncios géneros nuevos, y los

ya acreditados entre el público elegante, como eran los siguientes, con otros muchos que por abreviar omitimos: Pomadas: de tuétano de vaca suíza, de oso del Canadá, oriental y circasiana. Aceites: de Rusia, Filocombo, Cachemira y Hielo de San Petersburgo. Cremas para el cutis: Venus, alabastro, Persia, creand, ambrosina, bengala, corinto y agua de Atenas.

Extractos: Witiber, geranio, rosa de Italia, reseda, violeta, Ninón Lenclos, Patechoulí, agua de la Vanda, azahar, Colonia y Farina.

Dentífricos: Charcoral, Ceylán, Crinal, garamaco y miel inglesa.

Perfumes: Polvos de los reyes, de Berlín, Witiber y papel chino.

Por este tiempo se estableció en la calle de la Montera, cerca de San Luis, una fábrica de guantes que llamó mucho la atención.

*
* *

En el período de 1840 a 1849, la moda hace que cambie por completo la estética de la figura de la mujer, mejorándola notablemente sobre el período anterior. La falda corta y hueca o abultada se substituye por otra larga, hasta cubrir los pies, y, al principio de esta década, hay alguna tendencia a disminuir anchura, puesto que se destierran las crinolinas. Sin embargo, buscaban las modistas un efecto plástico, haciendo que el talle, bajo y en forma de pico por delante, se destacase sobre el arranque de la falda, la cual había de tener, relativamente, abultadas proporciones en la parte superior, debido a que los paños de aquélla se cortaban casi iguales de arriba a abajo, recogiéndolos con frunces o pliegues, más o menos graciosos, en la cintura.

El revistero de *La Esperanza* determinaba, en Abril de 1840, las modas para señoras y caballeros del modo siguiente:

De señora.

Traje de casa. Bata de *casimir* azul. Cuello de muselina con

pliegues muy menudos, y festoneado, rematando en punta. Papalina de batista guarnecida de encaje y rodeada con una cinta de terciopelo azul celeste o rosa. Zapatillas de terciopelo.

Traje de calle. Vestido de raso color bajo, con dos volantes; cuerpo y mangas lisas. Cuello de blonda. Sombrero de raso color de caña, guarnecido de blonda. Chal de *casimir* blanco. No llevando sombrero, mantilla de raso labrado, de colores obscuros, forrada de blanco, con vivos azules o encarnados entre la guarnición y el casco, y en éste ramitos bordados, del color de los vivos. Botines (botas) de raso de lana. Puños de encaje. Guantes de color de perla o de caña. Un brazalete.

Traje de sociedad. Túnica de blonda, abierta encima de un vestido de raso azul celeste, y recogida sobre un lado por un ramo de rosas; otros ramos de la misma flor sostienen el cuerpo y las mangas. Aderezo de diamantes o turquesas. Pañuelo bordado y guarnecido de encaje. Guante blanco guarnecido también de encaje. Adorno de cabeza, con blondas y rosas.

De caballero.

Levita color granate o negra, corta (1), con poco vuelo, con tiras, y dos hileras de botones, sin ojales en la solapa, y el cuello un poco más ancho de lo que se ha llevado hasta ahora.

Frac negro o de medio color, con faldón cuadrado por abajo, solapa, y cuello de guillotina, redondo, manga estrecha y corta hasta el hueco de la muñeca. El frac y la levita, muy entallados.

Pantalón claro, de botín, abierto por delante y no muy ajustado.

Chaleco de *casimir* o raso, abierto de pecho, con cinco ojales en un lado; los más elegantes son de terciopelo blanco: cuello vuelto. Este se usó estrecho al principio de la década, y luego fué ensanchando, menos en el chaleco para frac, que continuó, durante una temporada, estilándose el cuello recto.

(1) Llegaba a las rodillas.

Camisa con una tabla en el pecho y un sólo botón, sumamente pequeño.

Guante de color de caña o negro cosido con seda encarnada.

Los bastones muy delgados. En 1843 llegaron a usarse juncos, que no servían para apoyarse.

Se puso de moda el calzado de punta cuadrada.

En 1843 estuvieron de moda las faldas con tres faralaes o volantes grandes, que venían a cubrirla por completo. También se usó el vestido de seda *glacé*, color de *escarabajo,* con falda abierta por delante, dejando ver otra interior de muselina. Por esta época, las faldas eran generalmente lisas; algunas se adornaban con delanteros de encaje, que era la última palabra de la elegancia.

El cuerpo o jubón, abierto por delante, descubriendo un camisolín con chorreras. Cuello vuelto. Mangas cortas en verano; en invierno algo más largas, dejando ver otra blanca, con puño guarnecido de puntillas, que caían sobre la mano.

La espalda del cuerpo, tres costuras.

Sombrero de crespón, raso, terciopelo o paja de arroz, según las estaciones del año. En este período se generaliza la capota, pero de reducidas proporciones; a veces más bien parecía una papalina que un sombrero. Oímos decir en nuestra juventud que no favorecía nada al rostro. La capota blanca se adornaba con flores artificiales; la de terciopelo, con pasamanería de oro. En 1848, vista de frente el ala, quedaba completamente redonda, de modo que la cabeza de la mujer parecía asomada a una claraboya o tragaluz. Principió a usarse en los sombreros un velo para cubrir la cara, moda que no tuvo aceptación.

Mitones negros o de color obscuro, bordados con sedas y oro, trabajo que hacían las señoritas en las tertulias de invierno.

Las sombrillas, pequeñas, con fleco.

Para abrigo: *Paletot* guarnecido de piel de marta, con es-

clavina prendida en la cintura por delante y por detrás, y cortada en arco por los lados para dejar libre el movimiento de los brazos. El *paletot* bajaba hasta media falda; algunos eran muy holgados y se ajustaban a la cintura por medio de un cordón de seda.

Salida de baile: manteleta grande, con capucha y forros de piel de armiño.

Los pañuelos de sonarse las narices se llamaban *de mano*, porque en la mano se llevaban constantemente, bordados en colores, para visita y paseo; en blanco con flores caladas, para *soirées*. Las señoras guardaban en el bolsillo otro pañuelo, liso, con objeto de servirse de él.

Para caza. Hombres: levita abrochada, corta, que no llegaba a las rodillas; sombrero de paja o fieltro, de copa redonda, baja, con grandes alas, y polainas. Señora: Vestido corto, botines y gorra de terciopelo.

Para montar a caballo. Hombres: Levita entallada, con carteras; chaleco de seda, de color claro, con dibujos; sombrero de copa; pantalón gris o perla, con media bota unida, como la usaban los militares de caballería. Señoras: Falda larga, de las llamadas de amazona, verde botella, cuerpo abierto por delante, que dejaba ver un camisolín, con cuello vuelto, y corbata negra; guantes de gamuza, y sombrero hongo de grandes alas con pluma larga rizada.

Los cuerpos escotados se adornaban con una *bertha* o tira ancha de encaje, que, cosida en la parte superior, caía, cubriendo parte de los brazos, hasta cerca del codo, a manera de esclavina, quitando gracia y esbeltez a la figura.

Para paseo matinal o visitas de confianza, se usaba en invierno una chaquetilla con faldones cortos, que resultaba muy airosa. Como abrigo, el *pardesús*, que era un gabán, marcando algunos ligeramente el talle, con faralaes de tela o blonda en la parte inferior. También las manteletas se usaban en el rigor del invierno, como se ha dicho, asimilándose algo a la forma del *paletot*, merced a combinaciones extrañas y de poco gusto.

En 1849 predominó la moda de los volantes, pues se ponían cuatro bien anchos en la falda.

Se usaban botas de *casimir,* no muy altas, del mismo color del vestido, con bigoteras de charol. Para sociedad, zapatos de charol o de raso.

En el último año citado los caballeros llevaban, para sociedad, chaleco negro con botonadura esmaltada o de piedras preciosas.

Para calle o paseo, frac violeta obscuro o café, y cuello de terciopelo del mismo color. Levita azul turquí o verde obscuro, con cuello de terciopelo. Pantalón estrecho algo acampanado, con franja. Se estiló en vez de franja un bordado menudo en la costura, pero esto no llegó a generalizarse.

El sombrero de copa principia a acampanarse por la parte superior.

Entre los jóvenes de buen tono se generalizó otra vez la capa, que había estado desterrada de los hombros de la gente de forma, como entonces se llamaba al *hig-life.* Lo que predominaba, para abrigo, era el paletot, entallado o suelto.

*
* *

Al comenzar la década de 1850, las faldas aparecen francamente largas, arrastrando por detrás, capricho que censuraron los mismos revisteros de modas. Como las calles no se regaban en aquel tiempo, y no era costumbre que las señoras se recogiesen el vestido para andar con desembarazo, la *cola* de la falda levantaba polvo, y esto tenía que molestar necesariamente a los transeúntes.

No se ponía a las faldas muchos adornos: seguía la moda de los volantes; se llevaban dos, tres, cuatro o cinco filas, de mayor o menor tamaño, según el número de éstas.

Lo que caracteriza esta época es el excesivo abultamiento de los vestidos. Para conseguirlo, se usó primero la enagua almidonada, luego hubo de añadirse la crinolina, y después se

inventó el miriñaque, cuyo apogeo se verifica durante el fin de este período y el comienzo del siguiente. El miriñaque era una enagua con aros de ballena fuerte, o de esparto tejido, a fin de que se mantuviese constantemente hueca. Estos aros se substituyeron más adelante por aceros, a fin de dar mayor consistencia al armazón, consistencia que a veces solía poner en un compromiso a las señoras en sitios donde se aglomeraba con apreturas mucha gente.

Por los años de 1854 a 1856 estaba haciendo furor en el extranjero una actriz italiana llamada Adelaida Ristori (1), que logró dar su nombre a varias prendas de la indumentaria femenil. Pañoletas a la Ristori eran, como su nombre indica, unos pañuelos pequeños, de encaje, de tres puntas, una que caía por la espalda y dos que se cruzaban con un alfiler sobre el pecho.—Abrigos a la Ristori: Grandes y sin mangas, pero con una especie de esclavina por delante para sacar los brazos.

Las mangas de los vestidos no se hacían ni muy anchas ni ajustadas al brazo; quedaban cortas hasta el codo, dejando asomar otra manga de lienzo con puntillas y encajes.

El traje de corte en 1859 se componía de cuatro volantes de punto de Inglaterra, adornados en la cabecera con sartas de perlas. Llevaba una segunda falda, que caía por detrás desde la cintura, formando una larga cola cuajada de bullones de tul de seda armados sobre *moirée,* para que ensanchase la falda todo lo posible. Esta falda, con el indispensable miriñaque, venía a ocupar el espacio en que se colocarían hoy tres señoras holgadamente.

El *moirée antique,* que había estado muy de moda, iba cayendo en desuso a fines de esta década.

Las manteletas aumentaron de tamaño, y casi se convirtieron en *pardessus.* Solían ser de terciopelo, y se adornaban con blondas y flecos; unas marcaban el talle en la parte de atrás, lo que se conseguía por medio de cintas interiores que

(1) No vino a Madrid hasta 1857.

se ataban a la cintura; otras eran enteramente seguidas, forma que daba poca gracia al cuerpo a causa del excesivo vuelo de los vestidos.

Se usaban mucho pañuelos de crespón, de colores, en verano, y los clásicos alfombrados, en invierno, para señoras casadas.

Los *pardessus* de 1850 en adelante eran muy largos, con escasos adornos y ligeramente entallados.

La forma de la capota varió mucho; parecía un cono truncado, cuya parte estrecha sobresalía bastante en la cabeza por detrás, quedando la ancha para asomar el rostro. El hueco que resultaba entre el ala y los carrillos de la cara se rellenaba con flores de mano que constituían un adorno interior del sombrero.

Para campo y viaje se llevan sombreros de paja con una copa muy reducida y grandes alas, estilo Pamela, inclinadas ligeramente por detrás y por delante.

Hubo gran predilección por la papalina, que se venía usando para casa desde 1830, por lo menos.

Al comienzo de este período aparecen grandes, y muy adornadas; de tal manera, que casi se confunden con las capotas cuyo tamaño iba ya achicándose.

Las niñas llevaban el vestido algo más corto que en años anteriores, pero no se abandonó la moda de que enseñasen el final inferior de los pantalones. Los niños, chaqueta y sombrero de ala ancha; los mayores, gorra de terciopelo o sombrero de seda como los de copa, sólo que de tamaño muy reducido.

Caballeros. Las levitas se llevaban algo cortas, y los faldones sin vuelo. Gabán sin talle, o capa color castaño oscuro, con embozos de terciopelo color cereza. Chaleco abrochado hasta el cuello con botones de oro, cornelina, doublé o cualquier metal.

Para mal tiempo y salir de noche, gabanes anchos, muy

anchos, que se llamaban *Pelisse Raglan*, con cuello grande de seda.

Comenzó a usarse el *Mac-ferlane*, por otro nombre *Carrik:* era un gaban sin mangas, aun más ancho que el *Raglan*, con unas esclavinas delanteras para sacar y cubrir al propio tiempo los brazos.

Para paseo, gabanes cortos, que no llegaban a la rodilla, con dos hileras de botones, abrochados hasta el cuello, sin solapas.

Pantalones algo anchos, de cuadros grandes, o lisos con franja más o menos llamativa.

Sombrero grandecito, con algo de campana y ala estrecha.

Hacia 1855 el *chaquet* vino a substituir al *frac* para calle y paseo, y quedó desde entonces esta prenda destinada exclusivamente a la etiqueta.

Un periódico de Cádiz publicó, en Diciembre del año indicado, unos versos anónimos que, aunque un poco incorrectos, sirven para comprobar la noticia.

LAMENTOS DE UN «FRAC»

¿Por qué yazgo
arrinconado,
despreciado
y sin servir?
El motivo
de este enfado
no me es dado
descubrir.
¡Qué desaire
tan extraño!
¿No es mi paño
superior?
¿Y conmigo,
si ha querido,
no ha lucido
mi señor?

Hoy me agarran,
y me miran,
y me tiran
con desdén.
De la moda
culpa ha sido
que al olvido
así me den.
¡Ay! La moda
veleidosa,
engañosa,
me perdió.
Pero ¡cuántos
a luz salen
que no valen
lo que yo!
Cierto frac
así clamaba,
que se hallaba
en un arcón.
¿Me dirás,
por vida mía,
si tenía
o no razón?

En Noviembre de 1850 se abrió en la calle del Carmen, frente a la de la Salud, una joyería, que desde el primer momento vino a ser la tienda de moda para las señoras elegantes. El dueño, un tal Samper, arregló el establecimiento con todo lujo, para lo cual hizo una gran obra en la finca adquirida por él con este objeto. El arquitecto que dirigió la instalación de la nueva tienda fue D. Juan Sánchez Pescador, quien también estaba de moda.

Poco tiempo después se inauguró en la calle de Carretas la guantería de Mr. Doubost, que obtuvo el favor de las señoras.

*
* *

El último período de la época de Isabel II fue, sin ningún linaje de duda, el más desgraciado para la indumentaria de la mujer, por el mal gusto que predominó en las modas de vestidos y sombreros.

Entra el año 1860 reconociendo la supremacía del miriñaque; y no decimos que adquiere éste mayor desarrollo, porque había llegado a su apogeo al final de la década anterior.

Sigue usándose mucho la falda lisa, que resultaba poco airosa por las dimensiones de su vuelo.

Algunos vestidos llevaban adornos en la parte inferior. También se estiló una falda recogida sobre un guardapiés de otro color, es decir, una sobrefalda más corta.

Para campo y mañana se comenzaron a usar, hacia 1866, faldas que llamaban zagalejos, y, por lo tanto, sin cola, pero cubriendo los pies.

Se pusieron de moda los coseletes o corpiños con *canesú* de tul o de seda distinta del vestido.

Las talmas, muy largas y con muchos adornos, eran una derivación de las manteletas, sin dar salida por los lados a los brazos. Con las talmas alternaban los *paletots,* que venían a tener la forma, sobre poco más o menos, que los del período anterior.

Comienzan a usarse las mangas *de codo.*

El *fichú,* que se puso de moda, resultaba una especie de las *pañoletas a lo Ristori,* mencionadas en el período último.

Para casa y paseo matinal, chaquetas y gabancitos cortos, de mucha variedad de formas.

En 1864 las capotas presentaban el frente ovalado, dejando un hueco en la parte superior, que se rellenaba con adornos de cintas o flores. Dos años después se deformó de tal modo el sombrero, que quedó reducido a un adorno sumamente pequeño, sujeto bajo la barba con un gran lazo. Para campo y verano comenzaron a usarse en 1866 unos sombreritos como los de paja que ahora gastan los hombres, pero de un tamaño diminuto.

El peinado varió por completo de forma: era de poca altura, pero bajo, por detrás, hasta cubrir el cuello, rozando sobre la tela de la espalda.

Las niñas que por su edad llevaban vestido corto, ya no enseñaban los pantalones blancos como en los años anteriores.

Unas seguidillas, algo chapuceras, publicadas en *Los Sucesos* de 1866, nos dan idea de algunas modas que nosotros, desgraciadamente, hemos llegado a conocer:

Estílase en el moño
una almohadilla
que las niñas sujetan
con redecilla;
y por sombrero,
el soplillo que gasta
mi cocinero.
Botitas que se llaman
a la *imperial;*
en el cuello una cinta
con mucha sal;
un perifollo,
que dice al ir flotando:
sígueme, pollo.

En efecto; el pelo, que, como hemos dicho, iba caído por la parte de atrás, se llevaba recogido con una redecilla; las botas *imperiales* eran bastante altas, aunque no tenían más de ocho botones; y el *sígueme pollo* consistía en un lazo que se hacía en el cuello, o mejor dicho en la nuca, con una cinta de color, de una pulgada, lo más, de ancha, con dos caídas largas hasta más abajo de la cintura. Este adorno era exclusivo de las muchachas solteras.

La indumentaria del hombre tampoco fue de buen gusto, sin modificar notablemente la moda del período anterior. Levitas no muy entalladas, como las que ahora se usan, ni tampoco largas, pues apenas llegaban a la rodilla. *Chaquets* abrochados con un solo botón y bastante cerrados, con faldones

casi tan largos como los de la levita; gabanes de dos hileras de botones, con cuello de terciopelo; pantalones anchos, descansando sobre el empeine de la bota, donde había de hacer arrugas en determinada forma. La capa se había generalizado por completo, azul, pasa o café, de cuello grande y amplia esclavina, con embozos de terciopelo. Al final del período, el cuello se achica exageradamente, y lo mismo la esclavina.

Lo característico de los primeros años de este ciclo es el sombrero, que llegó a alcanzar una altura ridícula por lo desproporcionada. El ala llevaba un reborde a los lados, que se llamaba *dorsé*. En 1866 bajó de proporciones, y a la par cambió el aspecto de las prendas de la indumentaria varonil. Los faldones de la levita se acortaron, y en mayor grado los del *chaquet*, de forma que esta prenda resultó verdaderamente *cursi*.

Los cuellos de camisa se habían usado altos, es decir, derechos; y entonces comenzó a estilarse vueltos, *a la marinera*, como los llamaban, y muy escotados, moda también que carecía de elegancia.

El pantalón ensanchó, abotinándose en la parte baja, por el estilo, aunque de mejor gusto, que lo que al presente se usa entre la *crème* de los organilleros.

En resumen: el final del reinado de Isabel II es, como ya se ha indicado, la época más desgraciada en la indumentaria de señoras y caballeros, dando nosotros la preferencia a la década de 1840, cuyo sentido estético resulta más en armonía con la naturalidad y la belleza.

III

INTIMIDADES DE FAMILIA

No por referirse a nuestro padre, quien no tiene realce para figurar en estas *Crónicas*, sino por tratarse de personalidades ventajosamente reputadas, vamos a contar varias anécdotas, a

propósito para dar a conocer, mejor que los grandes hechos o las producciones del talento, los gustos, las aficiones y el carácter de algunos personajes distinguidos en la literatura, en el arte o en la política.

Don Ventura de la Vega.

Dos jóvenes, un tal Ventura de la Vega y otro tal Pablito Cambronero, hallábanse cierto día con alguna escasez de recursos pecuniarios, merced a causas que aún no se ha podido descubrir; pero se sabe positivamente, que ambos habían entablado relaciones amistosas con una señora que tenía dos hijas guapitas a cual más, una rubia y otra morena, que interesaban el afecto de Vega y de su amigo, no pudiéndose tampoco determinar ni los nombres ni el domicilio de las dulcineas (1).

Es cosa cierta e indiscutible que en los días de Pascua de Navidad, hallándose Vega y Pablito de visita o de tertulia en casa de la señora de que se ha hecho mención, hubieron aquéllos de ser invitados para una cena, obsequio que aceptaron gustosos, ofreciendo, *in continenti*, Veguita, contribuir con un pavo, turrones y vinos.

La promesa sobrecogió de espanto a su compañero, como si hubiera notado que la techumbre de la habitación se les venía encima. En el estado, poco halagüeño, de su caja de caudales, comprendía que era una temeridad aventurarse a hacer dispendios cuantiosos y extraordinarios que no podrían realizarse sin previas operaciones de crédito, siempre onerosas cuando no se compensan con una cierta y próxima entrada de fondos. Desde aquel momento, Pablito no atendía ya a la conversación; estaba pasando un mal rato, y aprovechó la primera coyuntura para dar por terminada la visita, llevándose del brazo a su amigo.

---

(1) También desconocemos la fecha precisa de la anécdota; pero nos hemos decidido a incluirla en estas *Crónicas* por tratarse de escritor tan distinguido.

Cuando estuvieron en la calle se entabló entre los dos el diálogo siguiente:

—Supongo, Ventura, que al hacer ese ofrecimiento contarás con recursos para salir de él airosamente.

El interpelado movió la cabeza en ademán negativo, frunciendo los labios con ironía, y clavando su mirada penetrante en los ojos de Pablito.

—Y ¿qué vamos a hacer?—replicó éste malhumorado. Acumulando nuestros capitales podremos reunir para los turrones y los vinos; pero... ¿y el pavo? ¿De dónde sacamos el pavo?

—Has hecho bien en no dedicarte a escribir comedias: no tienes condiciones de autor dramático. Hemos terminado la exposición o acto primero. Escucha el recurso que se me ha ocurrido para final del acto segundo. Debería contártelo en romance endecasílabo; pero, por abreviar, te diré el parlamento en prosa. A ti te unen lazos de amistad, por ser paisanos, es decir, naturales del mismo pueblo, con el jefe culinario del Conde de X***, cuya cocina tiene ancho y volado balcón que da a cierta callejuela de poco tránsito (1). Al pasar casualmente por ese sitio esta mañana, pude observar que en unas cuerdas tendidas al aire entre los hierros del balcón mencionado había colgadas más de diez piezas, entre capones y pavos, uno de los cuales podrá ser ofrecido a esas muchachas, previa donación del cocinero bajo cuya guarda y custodia se halla colocado en unión de los otros compañeros de infortunio. Para eso son los amigos. Le cuentas a tu paisano, como tú sabes hacerlo, el conflicto social en que nos vemos metidos; y creo yo, dada su reconocida amabilidad, que no vacilará en concederte el apetecido y apetitoso pavo. Calla, Pablito; ya presumo la observación que me vas a hacer. Aunque el cocinero tenga ese rasgo de munificencia, que sí lo tendrá, ¿cómo sacar el pavo a la calle sin que se enteren los demás criados, ni el

(1) Dudamos si era la calle de la Paz.

portero, ni cualquier persona que te pudieses encontrar en la escalera? Aquí de mis recursos de autor dramático. ¿No te he dicho que tengo un final de gran efecto para el acto segundo? Decoración de calle. Es de noche. Aparece Veguita embozado y se coloca sigilosamente bajo el balcón. Tú, una vez obtenida la aquiescencia del cocinero, desatas el pavo y lo arrojas a la calle, recogiéndolo yo en mis amantes brazos antes de que llegue al suelo.

Pablito aprobó el plan, y lo secundó hábilmente, pudiendo realizarse con éxito satisfactorio lo que Ventura llamaba final del acto segundo.

El acto tercero, que constituía la cena, se representó sin dificultad alguna.

Don Francisco Asenjo Barbieri.

Cuentan que Cambronero hubo de casarse, andando los años, con una señorita bilbaína que presumía de maestra en el arte culinario, y que cuando se ponía el mandil le daba quince y raya a la cocinera más primorosa.

Por este tiempo, un joven pianista llamado Paco Barbieri, gastrónomo refinado a tenor de lo que sus recursos le permitían, acostumbraba a frecuentar la casa de Pablito, por amistad que D.ª Petra y D. Luciano Martín, madre y padrastro, respectivamente, del joven músico, tenían con el matrimonio Cambronero.

Fanny, la hija de éste, aprendía por entonces a tocar el piano, y en la casa se hacía música una vez por semana, concurriendo D. Pedro Albéniz, profesor del Conservatorio de María Cristina; Guallart, un cantante que después perteneció a la Real Capilla; la Amalia Anglés, más tarde tiple de la ópera del Teatro del Circo; Soriano Fuertes, maestro compositor; y Florencio Lahoz, otro muchacho pianista, famoso por su obesidad. En el piano de la hija de Cambronero compuso Barbieri muchos trozos de una ópera titulada *Il buon tempone*,

que no consiguió ver representada, por lo que aprovechó la música para las zarzuelas que escribió en días posteriores, principalmente *Jugar con fuego* y *El Marqués de Caravaca*.

Barbieri era entonces hombre de pocas carnes, aunque no flaco, y no correspondía su físico al consumo de alimentación que empleaba, pues a cualquier hora del día se hallaba dispuesto a aceptar un convite. Frecuentemente prodigaba elogios a las especiales dotes culinarias de la esposa de Cambronero, haciéndose invitar al almuerzo o a la comida cuando averiguaba que aquella señora estaba preparando un plato nuevo o de reconocida dificultad.

Un día de éstos fue Barbieri invitado a almorzar, y es de suponer que el ama de la casa procuraría ofrecer al convidado manjares que, en calidad y cantidad, le dejasen satisfecho.

Conviene advertir al lector, porque es circunstancia muy de tener en cuenta para la inteligencia del relato, que en casa de Cambronero se almorzaba a las once de la mañana, obligando a ello las horas que éste tenía de oficina.

El día de autos, después de haber almorzado muy a su gusto, sin ningún linaje de duda, Barbieri se despidió precipitadamente de la familia Cambronero, pues había echado en olvido que estaba convidado a comer, a la una en punto, en casa de D. José Ramón Merino, cura de la parroquia del Real Sitio del Buen Retiro, hoy Parque de Madrid.

Y se supo después que el futuro autor de *Pan y Toros* había comido de todo lo que salió a la mesa, y que le sentó a las mil maravillas el segundo banquete.

Don Patricio de la Escosura.

Allá por el año de 1844 hallábase Pablito desempeñando la plaza de jefe de la Sección de Pasaportes del Gobierno civil de la provincia de Madrid, y aunque el cargo era verdaderamente modesto, tenía cierta responsabilidad, pues los movi-

mientos políticos, tan frecuentes en aquella época, podían exponer al funcionario encargado de este servicio a firmar un pasaporte en falso, a despecho de su celo y honradez.

El pasaporte se hacía de imprescindible necesidad, según la ley, a todo español o extranjero residente en la Península, para viajar por el interior de ella, salir de los puertos o traspasar las fronteras; y consistía en un documento donde constaba el nombre, apellidos, edad, naturaleza, profesión, estado civil, señas personales, domicilio de residencia del interesado y punto adonde se dirigiese. Se expedía en el Gobierno civil, mediante solicitud o instancia, informada por el comisario o celador del barrio respectivo, y podía darse uno de estos dos casos: que se falsificase el pasaporte en el Gobierno por el encargado de su expedición, o que se sorprendiese a éste con un informe falsificado.

No van estas consideraciones al tanto de reunir antecedentes con el objeto de preparar una Memoria sobre el servicio de la expedición de pasaportes, sino al de presentar los antecedentes necesarios para que el lector forme idea cabal del suceso que vamos a referir.

Se nombró Jefe político, Gobernador civil decimos hoy, a D. Patricio de la Escosura, hombre de grandes iniciativas, capitán de Artillería, retirado, aunque joven, por tener libertad de defender sus ideas políticas en la forma y tensión que más le conviniera, sin que le cohibiesen las prescripciones de la ordenanza.

Escosura era antiguo amigo de Pablito Cambronero; habían representado juntos comedias en una tertulia de confianza, y se profesaban mutua y afectuosa simpatía.

Sucedió que por las contingencias de la política hubo de tramarse una conspiración en la cual figuraba como factor importante un tal García Caballero, con el que también tenía Pablito amistad y confianza de años atrás. Escosura, que estaba a la altura de su cargo, supo desbaratar la conjuración en sus comienzos, teniendo los conjurados que ocultarse, a fin de

burlar las pesquisas de los polizontes, logrando García Caballero salir de la corte disfrazado de albañil.

Parece que cierto comisario de policía manifestó al jefe político que si García Caballero había escapado, era porque Pablito, el jefe de la Sección de Pasaportes, le había provisto de uno falso.

—*Nego supósitum*—contestó Escosura en un arranque de caballerosidad que recordamos con satisfacción.—Cambronero no es capaz de cometer acción semejante. Que traiga la documentación de los pasaportes expedidos durante estos días, y verán ustedes cómo se encuentra con todos los requisitos el que haya aprovechado García Caballero.

En efecto, se probó que éste había comprado a un pobre albañil el pasaporte, informado legalmente por el comisario del barrio; pero pedido con toda idea para preparar la fuga de García Caballero, en el caso de que abortase la conspiración.

Al día siguiente se encontraron el jefe político y el de la Sección de Pasaportes, al entrar en el Gobierno civil, que se hallaba instalado en el antiguo convento de San Martín, calle del Arenal, pero más arriba de San Ginés, y Escosura, después de estrechar la mano a Cambronero y felicitarle cordialmente, le dijo:

—Yo acostumbro a estudiar a los hombres mientras hablo con ellos, y en los juicios que formo acerca de su mérito y condiciones morales, rara vez me equivoco.

Doña Concepción Arenal.

Al fallecimiento de esta insigne escritora, celebró la Real Academia Matritense de Jurisprudencia una velada, el 28 de Marzo de 1893, en la que hizo el resumen de la sesión D. Antonio Cánovas del Castillo, logrando con el encanto de su elocuente voz entusiasmar al numeroso público que le escuchaba, y eso que comenzó a hablar muy cerca de las doce de la noche. Hízose cargo, entre otros extremos, de la noticia, no muy co-

nocida entonces, referente a que D.ª Concepción Arenal, dedicada desde sus primeros años al estudio, con verdadera pasión, había usado en su juventud el traje masculino, a fin de concurrir libremente a las aulas sin llamar sobre sí la atención de sus compañeros de clase; añadiendo, por su cuenta D. Antonio, que él recordaba haberla visto vestida de hombre, sentada con su marido a una de las mesas del Café del Iris (1). Sorprendió a algunos el aserto, ya que por salir de labios tan autorizados y en tan solemne momento, no se podía poner en duda; y quise yo, al terminar la velada, confirmar las palabras de Cánovas contando por la calle a mis amigos la verídica anécdota siguiente:

Corría el año 1847, como se decía por los novelistas de la época; estaba para casarse la Arenal con D. Fernando García Carrasco, y ultimado ya el expediente matrimonial con todos los requisitos canónicamente establecidos, incluso el de la lectura de amonestaciones, surgió una contrariedad que ninguno de los interesados había tenido en cuenta, y que retrasaba el día fijado para celebrar el casamiento. Como la novia vestía siempre de hombre, carecía de traje y avíos femeniles, y el novio creyó necesario notificar el caso al párroco que había de echarles la bendición, el cual, amparándose en la costumbre, nunca para él interrumpida, manifestó que no podía uncir en santo yugo a dos personas que por el vestido representaban ser del mismo sexo.

Carrasco, que tenía muy buen juicio, y la Arenal que lo tenía mejor, hubieron de dar la razón al párroco; pero la resolución inquebrantable de éste producía en aquellas críticas y especialísimas circunstancias un conflicto de no fácil solución, por cuanto estaba señalada para el siguiente día la celebración del acto religioso. Así las cosas, encontróse Cambronero con el novio en la calle a media tarde, exponiéndole éste el conflicto, y la dificultad de resolverlo en el breve espacio de tiempo que

(1) Carrera de San Jerónimo, donde hoy está el *Credit Lyonnais*.

mediaba desde aquella hora a la mañana siguiente en que deseaban los prometidos esposos recibir la bendición del sacerdote.

—Pues veo con dolor—dijo Cambronero,—que tanto Conchita como tú os ahogáis en poca agua. Todo se reduce a que entre los conocimientos de ella busque una señora que tenga la estatura y forma de su cuerpo, y le preste para el caso un vestido negro, una mantilla y las ropas interiores correspondientes.

—Ese ardid ya se nos ocurrió—repuso Carrasco;—pero repasando en la memoria la relación de las amigas de Concha, que no son muchas, no encuentra una cuyos vestidos puedan sacarnos del apuro.

Quedóse pensativo Cambronero, y después de unos instantes, dando un abrazo a su amigo, exclamó con alegría:

—Ya tengo resuelto el problema: los vestidos que indudablemente le servirán a Conchita como hechos para ella, son los de María Antonia Cañizares, la mujer de Pepito Olózaga.

Este Pepito Olózaga era un abogado ya notable, aunque joven todavía, pues no contaba más de treinta y tantos años, hermano del célebre orador y hombre público D. Salustiano, que tanto influyó en la política durante el reinado de Isabel II. Carrasco, si bien conocía y trataba a D. Salustiano, no tenía confianza suficiente para solicitar de su cuñada un favor semejante, y mostró algún reparo en acudir a él, por la índole especial del asunto, y por el carácter burlón y satírico del que había de hacer la recomendación.

Felizmente para los novios, Cambronero tenía amistad antigua con el llamado Pepito Olózaga y con su mujer, que era una cordobesa de trato excelente; prestóse gustoso a desempeñar la honrosa comisión de solicitar de María Antonia el vestido de boda de D.ª Concepción Arenal, y despidiéndose cariñosamente de su atribulado amigo, se dirigió, sin perder tiempo, a casa de D. José Olózaga. Al principio recibieron

como broma la petición; pero convencidos luego de la verdad, celebraron el suceso, riendo de antemano las cuchufletas que se le ocurrirían a D. Salustiano cuando lo supiese.

María Antonia hizo que le trajesen una canasta al gabinete donde se hallaban, y ayudada por la doncella, acopló cuidadosamente en el cesto, vestido, mantilla, ropa interior de todo género y cuantos avíos se conceptuaron necesarios para que la novia se presentase bien equipada en tan solemne ceremonia, sin que pudiera faltar ningún requisito.

Satisfecho y gozoso entró Cambronero en casa de Conchita con el mozo que porteaba la canasta, y no son para contados ni el efecto que produjo el buen resultado de su gestión, ni los plácemes que recibió de la que después fue ilustre escritora.

Terminado el acto religioso, la canasta se reintegró en la misma forma a su amable propietaria, y D.ª Concepción Arenal siguió vistiendo, durante una temporada, su traje de hombre.

Es probable que alguna vez, en la mesa del café del Iris, dedicase un recuerdo al compromiso que la ocasionó su vestido boda.

***

En la plaza de las Cortes, frente al Congreso, lindando con el derruído palacio del duque de Medinaceli, y esquina a la calle de San Agustín, había una iglesia que llamaban de San Antonio del Prado, por estar cerca de este paseo, o de los Capuchinos, por haber formado parte del convento que en aquel paraje había existido; la entrada a la iglesia hallábase precedida de un andén o atrio algo elevado sobre la superficie del piso de la calle, y al que se subía por una escalinata que, a las horas de culto, era invadida por los mendigos, escalonados de alto a bajo, acosando con sus lamentos a los devotos que subían y bajaban del templo. Al cerrarse la verja que incomunicaba la escalinata con la calle, tenían los pordioseros que abandonar su palenque; pero quedaban siempre unos cuantos en la

vía pública arrimados a los sillares que sostenían el atrio. Entre el número reducido de los mendigos permanentes consiguió llamar la atención un niño tullido que, con débil voz, acompañándose a la guitarra, entonaba unas canciones impropias de su edad, y aun del sitio en que se encontraba, por la proximidad de una iglesia.

A la caída de una tarde de primavera o de otoño, yendo, recién casada D.ª Concepción Arenal, en compañía de Carrasco, su esposo, acertaron a encontrarse con Cambronero ante el atrio de la iglesia de San Antonio de los Capuchinos, y casualmente hubieron de oír algunas de las canciones poco edificantes del niño tullido, lamentando que no hubiera quien le hiciese aprender cosa más adecuada.

—Cambronero tiene una hija—exclamó Carrasco,—que toca el piano y escribe algunos juguetes musicales; envíale unos versos para que los ponga en música, y buscaremos el medio de hacer que este pobre niño los aprenda.

Doña Concepción Arenal y Cambronero aceptaron la proposición, y a la mañana siguiente recibió Fanny, la compositora en cuestión, una poesía acompañada de la siguiente carta en décimas, que no constituyen modelo en su género, pero que se escribieron en breve espacio de tiempo, inspiradas por un laudable propósito:

«Ni el rostro nunca te vi,
ni sé tu nombre, señora,
ni al ver que te escribo ahora
sé lo que dirás de mí.
No fuí yo quien prometí;
pero que cumpla es razón,
ofrecerte una canción,
alguno que yo bien quiero,
y el pago no más difiero
que es deuda del corazón:
Mas, ¿qué tono emplearé
para ser de ti escuchada?
¿Triste? Ignoro si te agrada.

¿Alegre? Alegre no sé.
El dolor te contaré
de un desventurado sér,
y podrás compadecer
su mal, ¡ay!, harto terrible,
que no has de ser insensible
si eres artista y mujer.
De la música el encanto
dale a esa pobre canción.
¡Habla tanto al corazón!
¡Puede la música tanto!
Si le das vida a ese canto,
él excitará piedad.
Triste es que la humanidad
le inspire interés mayor
embelleciendo el dolor;
pero, aunque triste, es verdad.
Ese lenguaje del cielo
préstale al pobre tullido,
y alguno, compadecido,
le dará pan y consuelo.
Si osa el atrevido vuelo
en alas del genio alzar,
y sabe inmortalizar,
y guerras y amores canta,
también la caridad santa
puede al artista inspirar.»

Fanny Cambronero, que únicamente solía componer valsecitos y polkas fáciles para sus amigas, se lamentaba del compromiso en que la había puesto su padre, pues se reconocía ella misma sin las condiciones de maestro compositor que el caso requería. A duras penas compuso la canción, con la ayuda de un antiguo condiscípulo suyo, llamado Paco Barbieri, y, puesta en limpio la obra, se la llevaron a D. Ramón Carnicer, quien hizo algunas correcciones; pero la canción tenía un mal de origen: la falta de inspiración de la autora, y resultó una vulgaridad musical, a pesar de haberla corregido dos maestros. El niño tullido la aprendió, y los transeúntes que se detenían

a escucharla no supondrían que aquellas estrofas habían sido escritas por D.ª Concepción Arenal.

Don Melchor Ordóñez.

Era un hombre de mucho carácter y aficionado a las reformas. Siendo Gobernador civil de la provincia de Madrid, ideó establecer en el *Asilo de Niños desamparados*, fundado a fines del siglo XVI, en la calle de Atocha, esquina a la Costanilla, que aún conserva el nombre de la primitiva fundación, un *Hospital de hombres incurables*, y sin contar con recursos para ello, dispuso que los niños se trasladasen al Hospicio, ofreciendo a Isabel II abrir el nuevo establecimiento el día 10 de Octubre, fecha del cumpleaños de la Reina.

El 15 de Agosto de 1852, que es el año a que se refiere este episodio, fue D. Melchor llamado a ocupar un puesto en los Consejos de la Corona como Ministro de la Gobernación, y habiéndole recordado S. M. a fines de Septiembre la idea del establecimiento del Hospital cuyo título de *Nuestra Señora del Carmen* fue indicado por la misma Reina, si no recordamos mal, el Ministro formó el propósito de cumplir su palabra venciendo todos los inconvenientes.

Estaba de director del asilo Pablito Cambronero, y don Melchor, con su autoritario carácter, sin dar oídos a observaciones ni argumentos, por razonables que fuesen, dispuso que el Hospital se inaugurase el día fijado, facultando al Director para que, por cuantos medios estuviesen a su alcance, pero sin darle un ochavo, dispusiera lo conveniente a fin de realizar aquella ceremonia con las formalidades acostumbradas en semejantes casos.

El milagro se realizó con asombro del mismo D. Melchor. Cambronero mandó fregar con toda pulcritud los pisos; improvisó, en el gran patio del edificio, un jardín con plantas y macetas prestadas por el Ayuntamiento; colocó en las enfermerías un par de docenas de camas que para el solo acto de la inauguración había cedido, de los almacenes de la Administra-

ción militar, el Capitán general del distrito, y distribuyó artísticamente por el establecimiento varias Hermanas de la Caridad, que no tenían ni silla en qué sentarse.

La Reina salió muy complacida, el Ministro recibió muchas felicitaciones y prometió a S. M. que el 19, día de Santa Isabel, se celebraría dando entrada en el Hospital a 40 pobres incurables.

Aquí comenzaron otra vez los apuros para el pobre Director. Le entregaron, sí, una cantidad que apenas bastó para la adquisición de camas y demás utensilios necesarios; así es que Cambronero fué a exponer a Ordóñez la dificultad de realizar la promesa por falta de fondos.

—Para eso le he puesto a usted ahí—replicó el Ministro;—para solventar las dificultades; y le advierto que como el día del santo de la Reina no queden admitidos y durmiendo en el Hospital los 40 pobres que le enviará a usted la Junta de Beneficencia, le dejo a usted cesante.

Y D. Melchor era muy capaz de hacerlo.

Cambronero se echó a pedir limosna como un fraile mendicante, consiguiendo el día 18 por la tarde que el Duque de Medinaceli le diera una onza de oro y otra el Duque de Riánsares, a cuya munificencia se debe el primer caldo que tomaron los pobres del *Hospital de Nuestra Señora del Carmen*.

Un dato para la historia de la Beneficencia.

El Duque de Sesto.

Cuando en 1857 nombraron Alcalde-Corregidor a D. José Ossorio y Silva, Duque de Sesto, fué Cambronero a darle la enhorabuena, pues le conocía y trataba por amistad y protección que le había dispensado el Marqués de Alcañices, padre de la nueva autoridad municipal de la Corte; y la visita tenía, en honor de la verdad, un doble carácter que podríamos calificar de interesado, porque el Duque había prometido a Cambronero, empleado cesante del Ayuntamiento, darle otra vez entrada en la Casa de la Villa cuando hubiese ocasión propi-

cia, encomendándole el Negociado de Estadística y Empadronamientos, cuyo servicio era uno de los que el joven y activo Corregidor pensaba reorganizar.

Eligió Cambronero la hora del almuerzo, por ser la más segura de encontrar en casa al Duque, que habitaba un palacio de grandes comodidades en su interior, pero no de lujosa apariencia, situado en la calle de Alcalá, esquina al Prado, donde hoy se alza el suntuoso edificio del Banco de España.

Encontró Cambronero a su protector rodeado de algunos amigos aristócratas, convidados por éste al objeto de celebrar su exaltación a la Alcaldía-Corregimiento. Había pasado la hora fijada para el almuerzo, y se notó que faltaba uno de los invitados, el Duque de Tamames, quien minutos después llegó pidiendo mil perdones y disculpando su tardanza. Cuando supo que era el último en llegar, se le ocurrió contar el número de los asistentes, y acercándose sigilosamente al oído del anfitrión le dijo en el tono de voz de quien va a revelar un secreto:

—Pepe, ¡somos 13!

—¿Trece?—repitió el aludido, tomándose tiempo para reflexionar.—Creo que has sacado mal la cuenta. Rectifiquemos.

Y contaron nominalmente los convidados, que, en efecto, eran 13; pero el Duque de Sesto, con la viveza de imaginación que le caracterizaba, había encontrado ya la solución del conflicto, y exclamó sonriendo:

—Somos 14 con Cambronero, el futuro jefe del Negociado de Empadronamientos.

Cambronero no desperdició aquella oportunidad, y aprovechando sus especiales condiciones do cuentista, refirió, de sobremesa, una serie de chascarrillos de varios colores, que hicieron reír grandemente a los comensales, prometiéndole todos no dejar de la mano al Duque hasta que le diese la colocación ofrecida.

Y a los pocos meses se cumplió la promesa.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

LOS ARFE

Durante todo el siglo XVI, desde la primera década hasta la última, reina en la orfebrería religiosa de Castilla la familia de los Arfe, en tres generaciones. Los contemporáneos (1) dicen que el primero de ellos, Enrique, procedía de Alemania, y en tal cuestión, el testimonio de los españoles no es sospechoso. Por otra parte, Arphe no es un nombre español, es el nombre alemán Harf, Harfe, que quizá provenga de una casa señorial que tenía este distintivo; tal casa se enseña aún en Estrasburgo. En la Edad Media este nombre estaba muy extendido en el bajo Rhin, y aparece en los libros de los siglos XIII y XIV. También acude a la memoria la noble familia de los caballeros

(1) ANDRÉS GÓMEZ DE ARCE, licentiat de Derecho canónico en el colegio de Monte Olivete de Salamanca, escribió, para el libro del nieto las siguientes palabras sobre el abuelo:

Cuius avus quondam Germana sede relicta,
Omine foelici nostras remeavit ad oras,
Ingeniique sui Hesperiis monumenta reliquit.
Crux Legione docet, celebris Custodia Christi
Corporis inmensi nomen protendit in aevum.
Ampla Toletani pariter Custodia templi,
Cordubae et illustris testantur; caetera mitto,
Quaque olim cedro praecellens digna reliquit,
Dum pius ardebat totum se tradere Christo
Qua micuit virtute dies cum duceret aevi.

de Harffe, que están enterrados en el castillo de Harff. ¿Quién no conoce al caballero de Harff, cuya peregrinación a los Santos Lugares (1496 a 1499) describió él mismo?

La historia de esta familia de artistas es tanto más atractiva e interesante por cuanto encarnan, con rasgos sencillos y típicos, el cambio de estilo en una época muy agitada. Su actividad creadora se limita casi o se dedica preferentemente a uno de los utensilios del culto de la Iglesia española: la custodia; tanto, que el relato de su vida es casi una serie continuada de encargos sobre este tema. Estrecho círculo en el que, sin embargo, demostraron otras cualidades que la habilidad del orfebre y del artista minucioso. El constructor de custodias debía tener algo del genio del arquitecto y de la inventiva del escultor. En su época se marca el cambio de los tiempos, la caída de la gótica, la invasión de las formas resucitadas de la arquitectura romana, en España. Esta crisis está simbolizada aquí en una y la misma familia. Se divide entre el padre y el hijo. Los tres nombres de Arfe están ligados a una forma de estilo típica: la gótica posterior del primer Renacimiento y del clásico cinquecento. Del abuelo Enrique dice su nieto: «Llegó hasta el punto de la manera gótica.» La primera forma del nuevo estilo en suelo español tomó su nombre de los *plateros*, platerесco, porque la ornamentación arquitectónica tal como Antonio, el segundo, la adaptó a los utensilios de iglesia, parecía más apropiada a este arte. El tercero y más célebre, Joan, es el autor de un tratado didáctico que trata de reducir a medida todas las regiones de la Naturaleza y del arte; y precisamente la belleza de las bien proporcionadas formas fue lo que, a los ojos de sus contemporáneos, le hizo eclipsar las obras de su padre y de su abuelo.

La custodia.

La custodia de las iglesias españolas es una especie de tabernáculo, en forma de torre ideal, destinado a mostrar al Se-

ñor en las grandes solemnidades. No tiene nada que ver con el culto diario ni con las demás fiestas anuales, pues está destinada a la festividad del Corpus, para la cual propiamente ha sido creada. En dicho día es llevada en procesión en unas andas o en un carro adornado con relieves, y durante seis días de la Octava de la fiesta se coloca en el altar mayor.

Custodia debe ser traducido regularmente por «Ostensorium», y la lengua española lo emplea con una adición. La custodia se llama custodia de mano o portátil, y también pequeña, cuando es manuable y se puede trasladar fácilmente de un lado a otro; la custodia, en sentido estricto, se llama custodia de asiento o custodia monumental; pero, habitualmente, el «Ostensorium» se denomina con la extraña palabra de viril, que el Diccionario de la Academia considera como solecismo derivado de vidrio (speculare, pyxis, crystalina).

La diferencia entre la custodia y el viril está no sólo en el tamaño (1), sino también en su destino y en su forma. El viril, que también debe su origen a la fiesta del Corpus, toma la Hostia consagrada inmediatamente después de la *lunula*, destinada exclusivamente a este fin; la custodia sólo mediatamente, pues el viril, durante la festividad, es convertido en una de sus divisiones. La forma del viril es la del relicario, por lo que también se llamó así en otros tiempos (en el siglo XIV) (2); esta forma es la de una copa parecida al cáliz, con pie, tronco y baldaquino.

En la custodia, la característica del vaso queda a un lado siempre. Está, con respecto al viril en la misma relación que

(1) La noticia más antigua de una custodia española cuenta que Leonor, esposa de Carlos III, el noble de Navarra, mandó construir para su capilla fúnebre un relicario de cristal con columnas de jaspe, de 11 marcos de plata, para llevar el cuerpo de Dios. El maestro fue Daniel Bonte. Leonora murió en 1415.

(2) La varia conmensuración señala para la custodia por lo menos dos varas castellanas, es decir, 1,68 metros de altura, y para el viril de dos a tres cuartas de varas, esto es, 0,42 a 0,63 centímetros.

el altarciborium a la mesa de altar, y en vez de descansar en un pie, se apoya en un ancho zócalo arquitectónico, y va reduciéndose gradualmente. Tiene la forma de boceto o modelo de torre.

La parte principal y la parte media del viril, el cilindro de cristal con la luneta y la *raggiera*, está dispuesta, generalmente en forma de superficie, con columnillas y estatuítas a los dos lados, situadas en un mismo plano. Solamente la forma de baldaquino del coronamiento adopta la forma redonda de una torre o torreón. Cuando hay varias torrecillas, la de en medio, o baldaquino, no está rodeada, sino flanqueada de estas torres accesorias.

La custodia, por el contrario, es un edificio central, en forma de torre en estrecha simetría periférica, con uniformidad y ponderación por todos lados. Puede decirse que no tiene orientación ni cara principal.

La custodia recuerda más por su destino y su forma al tabernáculo, cuando por esta palabra, usada en distintos sentidos, queremos designar, no un armario para guardar y encerrar el Sacramento, sino una especie de trono expositivo movible. Al verla se recuerda las casillas del Sacramento usadas en el Norte en los siglos XV y XVI, que nacieron antes que la custodia. Consideradas desde el punto de vista artístico, tienen la mayor relación con éstas. En su adorno se parecen a los tabernáculos gigantescos, en que se ejercitó y agotó la fantasía de los tallistas góticos de los últimos tiempos y de los primeros escultores del Renacimiento. Por sus dimensiones, la custodia de plata está entre estos últimos y el viril. La custodia es portátil; no tiene ningún lugar litúrgico determinado en la Iglesia; se conserva en un armario de la sacristía, mientras que la casa del Sacramento está situada al lado del Evangelio, en la pared coral ya libremente o formando parte del muro. Además, su esencia la constituye un armario, para guardar la *reserva eucarística;* en España se llama *sagrario*. La custodia, por el contrario, no tiene espacio alguno cerrado, ni puerta, ni siquiera paredes;

está abierta por todos lados como el octógono del monasterio de Friburgo. Tampoco puede llamarse el sagrario un modelo de torre, pues sólo tiene de torre como adorno colosal la parte superior.

El secreto rodea la custodia. Todo el año permanece sustraída a las miradas, y sólo una vez sale de su oscuro retiro, el día de su fiesta, «como ante los ojos espirituales del vidente de Patmos desciende la ciudad celeste de las manos del divino arquitecto».

Otras analogías más modernas guardan los costosos tabernáculos de las iglesias romanas creados en 1532; pero éstos tienen designado un puesto fijo. Obra maestra de Domenico Fontana es el que Sixto V mandó construir en 1590 para su capilla en la Basílica de S. María Maggiore, de bronce dorado en forma de un templete ochavado con cúpula.

Los principios de la custodia española, en cuanto al tiempo y al lugar, no están aún esclarecidos, ni en vías de serlo. El ejemplar más antiguo aún existente, es ya un ejemplar completamente típico en cuanto a la forma y al tamaño. Los documentos no nos dan mucha claridad, pues en un principio se usaba la misma palabra para designar el viril y la custodia. Y las grandes custodias, en su mayor parte, y especialmente en las grandes iglesias, fueron modeladas en los tiempos de mayor entusiasmo y apogeo por esta clase de trabajo. Con la creciente popularidad de la fiesta, es probable que en todas partes quisieran poseer este sagrado utensilio, «el trono de la Majestad» para exponerla a los ojos de la multitud. Como quiera que el viril tenía dimensiones y límites fijos, se prefirió la custodia, que era como su duplicación.

La forma elegida estaba en la tendencia de la gótica de aquel tiempo. También los relicarios, que hasta entonces habían tenido la modesta forma de caja, se transformaron en ricas capillas y catedrales en miniatura. Las torres caladas de los siglos XIV y XV estaban, especialmente desde el punto de vista del octógono, como destinadas a servir de modelo a las

custodias; pero, además, el cimborrio (turris gestatoria) le daba un sello de antigüedad.

La tendencia constructora de la fantasía y la forma calada y elevada preocupó a los orfebres. Y, en efecto, lograban dar al metal la forma concebida, de suerte tal, que el sueño se convertía en realidad.

No hay que olvidar las condiciones materiales. La fama del oro español del tiempo de los fenicios hasta el de los reyes visigodos, había sido resucitada entonces por el comercio de Cataluña.

La más antigua de las grandes custodias que conocemos es la de la catedral de Gerona: tiene 1,85 de alta, y pesa casi 30 kilos (100 marcos de oro). Francisco de Asís Artau, que ya había hecho un servicio de plata que veneraba la ciudad de la real familia de Aragón, recibió el encargo de dicha custodia en 1430. El plazo de su terminación había sido fijado en tres años; pero no la entregó hasta 1458. Su rico estilo gótico es el de los comienzos del siglo xv, y ostenta esbeltas y bien pensadas proporciones (1). En la base hay grupos de figuras de 7″ de altura bajo baldaquinos, de los cuales sube la torre. La obra de Artau sobrepuja en belleza a la más conocida de la capital, Barcelona, que en la procesión era puesta sobre el trono de plata sobredorada del rey Martín I.

Puede conjeturarse que las primeras grandes custodias procedían de talleres catalanes. Barcelona era entonces el principal punto de explotación de este artículo. En el Archivo de Aragón se conservan aún tres registros del *Colegio de plateros,* juntamente con los dibujos que los aprendices presentaban a los *examinadors* (2). El Papa Calixto III, catalán, hizo

(1) En 17 de Marzo de 1877 el autor pudo contemplar esta obra maestra, gracias a la bondad de D. José Legalés, el más humano y complaciente de todos los canónigos españoles.

(2) *Llibre anomenat de la Cofradía de los argenteros.* En la obra de Darvillier *Recherches sur l'Orfévrerie en Espagne*, se ha publicado una colección de estos dibujos. París, 1879. La primera parte de los registros empieza en 1480; la tercera, en 1532.

ir a Roma a dos *aurifabri cathalani*, Pedro Díez y Pérez de las Cellas (1455). Quizá fueran estos los autores del viril que regaló a la iglesia de San Martín de Valencia, y del cáliz que regaló a la de San Nicolás. Las Colegiatas de Játiba y Gandía guardan aún los ostensorios fundados por éste y por Alejandro VI. El de Játiba está coronado de un octógono gótico con torre calada y dos torrecillas a los lados.

De Cataluña parece que la demanda de este objeto del culto se extendió a Castilla y Andalucía.

Los encargos de las grandes catedrales y conventos coinciden con el arribo de los galeones americanos. La primera remesa de oro fue empleada en el gran viril de la reina Isabel, que luego, a su muerte, fue adquirida por el cardenal Cisneros para su catedral.

Sin embargo, estos encargos no se podían hacer todos los días. Valladolid era el punto principal de esta industria en Castilla; el veneciano Navagero encuentra en la aún hoy existente *Platería* más *argentieri* que la primera ciudad de España. Pero no conocemos ninguna gran custodia fabricada en Valladolid.

En cambio, en la primera década del nuevo siglo, en la capital del reino nordico de la Reconquista, León, el germano

Enrique d'Arphe,

no es el único de su nación. Diez años más tarde, encontramos en Sevilla a los alemanes Mateo y Nicolás Alemán. Trabajaron, en 1515, la antigua custodia de plata de la catedral, que terminó, en 1528, Diego de Vozmediana. La circunstancia de que se confiasen tales obras a extranjeros en un país en que éstos no eran mirados con muy buenos ojos, arroja mucha luz sobre el estado de este arte allí (1).

Si hemos de dar crédito a lo que supone Llaguno, Enrique

(1) En 1541 se tradujo el librito de H. Vogtherrs al español, *Libro ar-*

de Arphe pasaría a España con el séquito de Felipe el Hermoso. Felipe estuvo allí dos veces: la primera, como príncipe, en 1502; la segunda cuando, a la muerte de Isabel la Católica, ciñó la corona de Castilla como esposo de su hija Doña Juana. Entró en 28 de Abril de 1506 en la Coruña con un gran séquito de flamencos y mil lasquenetes en pie de guerra. El 15 de Julio del mismo año firmó Enrique el contrato para la custodia de la catedral de León. Si tal conjetura fuese cierta, se podría indicar Flandes o Brabante como punto de nacimiento de Enrique. Si se observa el contorno de las torres de San Romualdo en Mecheln, se encontrará en ellas cierto parentesco (en el estilo, no en las proporciones) con las custodias de Enrique, especialmente en la de Córdoba. Un español que miraba un grabado de Hollar representando esta atrevida torre, creyó reconocer en ella el contorno de una custodia.

Enrique domicilióse en León por largo tiempo, se casó con una española, Gertruda Rodríguez Carreño, que le dió un hijo, Antonio. El sepulcro del claustro de la catedral nos da el nombre de una segunda mujer, Velluda de Vez, que murió el 28 de Julio. Hizo, según su nieto, cruces procesionales (existentes aún en León y Burgos), cetros, incensarios, tablitas y lámparas. Según los versos del licenciado de Salamanca, también trabajó en cedro.

Desgraciadamente, la primera obra que le dió celebridad fue destruída en la guerra de la Independencia, así como también la que hizo para los benedictinos de Sahagún. La custodia de León tenía diez pies más de altura y constaba de cinco pisos. Cuatro ángeles arrodillados, con incensarios, rodeaban el viril; en el interior había un Cristo atado a la columna, y en la cúspide un Crucifijo.

Si bien por la causa mencionada hemos perdido el primer miembro de la serie, hay que suponer, sin embargo, que los

---

tificioso para todos los pintores y entalladores, plateros, empedradores, debuchadores, espaderos. DARVILLIER, l. c., pág. 89.

rasgos fundamentales se encuentran en los posteriores. Según las custodias que se conservan en Córdoba y Toledo, el sistema de Enrique era el siguiente:

La torre piramidal de la custodia tenía de la base a la cúspide la forma de un hexágono regular. Constaba de tres partes principales: el zócalo, cubierto de relieves; la parte principal, o sea el sitio para la exposición del viril, es decir, la sala del trono del Dios eucarístico, y una alta torre que terminaba por una bóveda muy adornada.

En el año 1513, siete años después del contrato de León, empezó Enrique la custodia de Córdoba, la cual fue consagrada en 1518, el 3 de Junio, fiesta del Corpus. Tiene la misma altura que aquélla, cuatro pisos, y pesa 332 marcos de plata. El metal, pulimentado como espejo, en unión con las partes doradas y las numerosas piedras preciosas, forman un conjunto indescriptible. Produce el efecto de una obra de cristal, ligera y aérea, de modo que aparece «como en sueños y creada de un aliento». Resistió a aquellos tiempos bárbaros en que su predecesor sucumbió; pues el devastador de Córdoba, Dupont, sintió, según se cuenta, a su vista horror ante la idea de echarla en el ya preparado crisol.

El gran cilindro de cristal se eleva como una columnata sobre el escalonado zócalo, ricamente adornado; su coronamiento correspondiente al capitel sube en forma de cáliz hasta la bóveda, y forma con ésta un baldaquino. Los pilares del primer piso se insertan en esta bóveda sobre los arcos, y están unidos por dos volutas a los otros pilares que suben desde abajo. Aquí está la imagen de la Asunción. El tercer piso es una especie de campanario, de cuyo centro pende una campanilla. El último recuerda el remate de una corona de emperador, sobre el cual se eleva la estatuíta del Salvador.

Córdoba abrió al maestro el camino de la catedral del Primado de las Españas. En el año de 1515, esto es, mientras se hacían allí los trabajos, le llamó Jiménez, entonces Regente de Castilla, a Toledo. Allí vivían artistas sobresalientes de ori-

gen bajo-alemán y francés; dos de ellos, el holandés Diego Copin y el pintor Juan de Borgoña, habían recibido ya encargos, el uno en madera, el otro en pintura. Es de sospechar que Enrique se aprovechase poco de estos bosquejos. En 1517 encargó a su criado Hernán Gonzales que se procurase plata. En esto procedió con ninguna escrupulosidad. «Mi abuelo Enrique, cuenta Juan de Arphe en el Quilatador (al confesarse reo de igual delito), *deslizó infinitas cosas antiquísimas* en las custodias de León, Toledo y Córdoba.

La custodia de Toledo tiene nueve pies de altura, tres de ancho, y está adornada con unas doscientas sesenta estatuítas. Sus contornos son más claros, su articulación más sencilla, su armadura aún más delicadamente construída. Las proporciones de la sala del trono y de la torre están alteradas en favor de la primera. Estaba destinada, por cierto, a alojar dentro de ella el viril heredado de Isabel la Católica, que, en verdad, sobrepujaba en belleza y originalidad de inventiva a todo lo que Enrique imaginó. Del punto de intersección de las molduras de la bóveda pendían campanillas e incensarios; la terminación esta formada por una flor de piedras preciosas. La cruz de la cúspide, obra del joyero Láinez (1533), tiene ochenta y seis perlas y cuatro grandes esmeraldas. El veneciano Navagero la tasó en 30.000 ducados. Contiene 795 marcos de plata y 57 marcos de oro. Fue la última palabra de la gótica en el arte eclesiástico español.

El 23 de Abril de 1524, o sea a la vuelta de siete años, entregó Arphe su obra al cabildo. Sin embargo, trabajó aún largo tiempo en su ornamentación. A instigación del arzobispo Fonseca, reemplazó el zócalo de acero por otro de plata. En 1595 se resolvió dorarla toda menos el zócalo y las estatuítas. Largo tiempo se estuvo indeciso, hasta que se encontró una indicación manuscrita del maestro. Se vino por ella en conocimiento de que la custodia se componía de 5.600 piezas sujetas por 12.500 tornillos.

De la impresión que estas obras hicieron en su tiempo en

España da testimonio una obrita publicada en 1539 en Valladolid (1). El autor, el bachiller Villalón, quiere demostrar a los pedantes que el presente produce artistas de pintura, arquitectura y música con los cuales no pueden medirse los antiguos. En lo tocante a la orfebrería, se atiene a las tres custodias de nuestro Enrique, cuyo nombre, por lo demás, no conocía. «He visto tres obras de plata, de las cuales puedo afirmar que no tienen igual en el mundo, probablemente de uno, y el mismo artista el cual sobrepujó a los antiguos.»

El Renacimiento.

Después que la vieja metrópoli de la corona de Castilla pudo exponer a la admiración de las gentes tales joyas, era de prever que en aquellos días en que el oro fluía de las Indias no quedaría Catedral, Colegiata o Abadía que no poseyese otra, según sus medios y su gusto.

Pero precisamente entonces sufrió el arte español aquella catástrofe que trajo consigo el derrocamiento de las formas que parecían insuperables y fijadas para siempre por los cánones. Se había llegado a la cúspide, y ahora había que descender y empezar otra vez.

La victoria del Renacimiento en España coincide en cierto modo con la entrada de Carlos en la gobernación del reino. A la cuarta década del siglo pertenecen el mayor número y las más bellas obras de la primera fase del aclimatado italianismo, del estilo plateresco.

¿Qué sería ahora de la «torre piramidal» de la típica y sancionada forma de la custodia? Vitrubio entraba aquí en jaque. La torre piramidal era cosa extraña y antipática a los italianos. Mientras que en el Norte la apariencia exteriormente insignificante de sus basílicas se reducía a un grupo de torres

(1) *Ingeniosa cōparacīō entre lo antiguo y lo presente. Hecha por el Bachiller Villalō.* Valladolid, 1539.

pictórico, habían renunciado a toda articulación de los campanarios. Por su constitución orgánica, ni aún en el tiempo de la invasión del gótico le imitaron a gusto. Sus mismos discípulos en España enseñaban que su misión era depurar el arte de los modernos; sólo estaban a gusto cuando encontraban un viejo modelo.

Sin embargo, no eran, como puede pensarse, los artistas solamente los que daban el tono. Las nuevas formas les eran impuestas por sus señores prelados, que a menudo estaban más en su casa, en Roma, que en su diócesis. Como en varios contratos para retablos, de este tiempo, se determinaba expresamente también en uno de la primera custodia del nuevo estilo, la de Jaén, que debía estar trabajada *a lo romano*, con lo que no quería significarse en modo alguno un modelo que hubiera que buscar en Roma, sino que se aludía al estilo clásico. Pero no por esto pensaban renunciar a lo que hasta entonces habían tenido por una belleza esencial en sus anteriores creaciones. Los maestros debían estudiar el modo de tratar los antiguos problemas en las nuevas formas.

Sin embargo, los artistas de aquel tiempo no eran doctrinarios impenitentes; sabían armonizar el espíritu de sistema con las dotes de adaptación. Los *plateros* de las iglesias españolas hacían con sus torres piramidales lo que el arquitecto francés de San Eustaquio en París y de la catedral de Granada. También para ellos la novedad del tema sólo era un acicate para su espíritu de inventiva.

La metamorfosis fue tan rápida como feliz. La mariposa que salió del capullo gótico no tenía con éste, en apariencia, la menor semejanza, y, sin embargo, no parecía haberse perdido en el cambio. La forma piramidal y calada subsistían. Pero cuando bajo las manos de Enrique, la torre gótica de varios pisos se convirtió en un ciprés o en un cedro, se vió pronto un conjunto de partes claras y singularmente acusadas. Un cuerpo de edificio, en forma de terraza, de correctos polígonos o templetes, cuya unidad estaba fundada en el cálcu-

lo de las proporciones de dichas partes. En lugar de la fantasía mística, que hacía olvidar la materia y sus peculiares condiciones, aparecía ahora la musa de la geometría y la ciencia de las proporciones.

Antonio d'Arphe.

Esta crisis se consumó, como ya hemos dicho, en el seno de una misma familia. Antonio, hijo de Enrique, del cual escribía el nieto: «Si bien la arquitectura clásica en los edificios y templos de España estaba ya bastante introducida, en las obras de plata no se había seguido fundamentalmente hasta que Antonio d'Arphe, mi padre, la empezó a emplear en la custodia de Santiago, por cierto con balaustradas y columnas monstruosas y según *preceptos*.» Por consiguiente, Antonio emplea el nuevo estilo en su primitiva forma, en la que la riqueza ornamental está menos fuertemente acentuada que la proporción, y por cierto con libre empleo de motivos figurados y grotescos. Este primer período se extiende en la arquitectura de 1530 a 1560, poco más o menos. Corresponde a lo que en Italia se ha llamado, con frase no muy feliz, primer Renacimiento. La expresión renacimiento sólo conviene a un principio de época; pues como en sentido natural sólo puede haber *un* nacimiento, en sentido figurado y espiritual, sólo puede haber *un* renacimiento.

Las custodias de este estilo son poco numerosas y aún menos conocidas. Despraciadamente, la de Cuenca, «en la cual se distinguieron todos los hombres entendidos en este arte que España poseía a la sazón», pereció en el espantoso pillaje de Cuenca por Caulincourt (1808). Se tenía entonces a estos maestros en grande reverencia. Cuando el andaluz Ruiz emprendió la custodia de Jaén (de su taller llevá hoy una calle el nombre de *Callé de la Custodia*), el cabildo desistió de fijar de antemano el precio, para dejar libre campo al genio del maestro.

El año 1540, en que empezó Antonio d'Arphe la custodia de Santiago de Compostela, puede fijarse como el comienzo del período plateresco. Invirtió en su trabajo catorce años. Consistía en cuatro «templetes» en la forma sexagonal empleada por su padre, flanqueados de seis pequeños templetes, como transformación de torreçillas góticas, encerrando en tres pisos estatuíllas de ángeles, profetas y padres de la Iglesia. En el templo principal se ve rodeado de los apóstoles un ángel que sostiene el Sumo Bien; más arriba la estatuíta del santo de Compostela, y finalmente, el Buen Pastor. Un Santiago de plata, más grande, que había de recibir, durante siglos, los votos de los peregrinos, bailó entonces en el horno del artífice.

Las proporciones del templo son aquí mayores, en anchura y altura, que lo que corresponde a una torre.

Por otra parte, conócese de Antonio no más que la custodia de la iglesia de Santa María, de Medina de Ríoseco, no lejos de Valladolid. Tiene seis pies y medio de alta, descansa en un zócalo de doce lados, y consiste en cuatro templos en forma de arcada de cuatro lados. El piso más bajo encierra una obra de talla: la conducción del arca de la alianza en hombros de cuatro levitas con el rey David danzando delante. El recinto principal (para el viril) descansa en cuatro cariátides. Encima la Asunción.

La catedral de León poseía antes de éste, del mismo autor, dos grandes *andas* de plata (diez pies de altura y cinco de ancho), destinadas a llevar la custodia de su padre en la procesión. Hoy nos quedan del antiguo tesoro dos grandes *urnas* de plata del santo obispo Froilán, en su estilo, y, en opinión del que esto escribe, también de su mano. Ambrosio Morales, que las vió a ambos lados de la custodia sobre el altar mayor, las llama incomparables (1).

Además de Antonio salió también de la escuela de Enrique,

(1) *La más hermosa representación es y de más grandeza y majestad que en España se ve*, dice Ambrosio Morales. *Anales*, XV, 7.

Juan Ruiz de Córdoba, llamado *el Vandolino* (el andaluz). Fue el primero que enseñó a trabajar la plata *al torno*. La custodia de Jaén (1533) se eleva en seis pisos. Juan D'Arphe dice que el buen andaluz enseñaba la buena técnica *(labrar bien)*. Al lado de los Arphe, aparece en este tiempo la familia de los Becerril, Alonso, su hermano Francisco y su hijo Christóbal. En casa de Alonso se empezó la custodia de Cuenca. Fue comenzada en 1528, es decir, doce años antes de los principios de Antonio Arphe, y apareció por vez primera en la procesión de 1546, pero no fue terminada hasta la época del cardenal Quiroga. Estas fechas autorizan para preguntar si el empleo de las nuevas formas no empezó en varios puntos a la vez. Su dibujo se relaciona según la descripción de Ponz, así como las más pequeñas, pero artísticamente quizá aún más finas de Alarcón, (igualmente perdidas), más que las ya conocidas con el tipo del campanario gótico; un piso inferior cuadrangular con un superpuesto ochavado y *cascarón* en forma de cúpula. Costó 16.725 y medio ducados, y contenía 616 marcos de plata.

En el primer templo se veía bajo un baldaquino la última cena del Señor; la base de esta escultura contenía figuras de sibilas, y profetas en los ángulos y en el centro la Pasión. El segundo templete estaba encerrado en un cimborrio sobre cuatro columnas con balaustres para contener el ostensorio de oro esmaltado, sostenido por cuatro figuras y reverenciado por cuatro ángeles. Este cimborrio estaba rodeado de cuatro capillitas con estatuítas del Bautista, de Santa Isabel, de David y Pablo representando los cuatro pilares del templete. En el tercer piso había una *aedícula* de ocho columnas con el sepulcro del Señor, los guardias y tres mujeres, a los cuales el ángel anunciaba la Pascua; encima, en una especie de aro, se elevaba el resucitado con manto de oro.

La ornamentación estaba tomada de la más suntuosa obra de aquel tiempo, cuyo estilo, algo exagerado, va unido a los nombres de Diego de Siloe, Riaño y Berruguete. Columnas, cariátides y ermes (*termini*); ricas pilastras; candelabros, me-

dallones con bustos, máscaras; no faltaban tampoco sirenas, dragones y sátiros, pues el elemento grotesco estaba en cierto modo, sancionado por las figuras fantásticas indispensables en las procesiones españolas. La arquitectura aparece como marco de grupos plásticos; la riqueza tradicional gótica de estatuítas encontraba su asilo en los arcos y cornisas y entre las columnas, en las tan preferidas volutas. El relieve estaba destinado al zócalo.

En consecuencia, fueron excluídos aquellos supuestos adornos incorrectos; pero llevada a sistema la ornamentación plástica, lo natural se apoyaba en la tradición y tomaba muchos motivos de las procesiones ricas en imágenes. Tal sistema le describía el erudito canónigo Francisco Pacheco, versado en la métrica latina, en Sevilla, cuando el tercer Arphe continuaba allí la gran custodia.

Juan D'Arphe.

Este nieto de Enrique, nacido en 1535 en León, se firmaba Arphe y Villafañe, probablemente el nombre de su madre. Vivió en Valladolid, pero dedicó varios años de su vida a viajar, a consecuencia de los llamamientos que recibía. Fue el mejor dotado y el más ilustrado de la familia. El conocimiento de los metales nobles y de las joyas y su labrado era la parte más pequeña de su saber, pues se esforzó por reunir toda la ilustración artística de su tiempo en cuanto se relacionaba con el arte eclesiástico. Ante todo, era matemático por ciencia y temperamento.

Su pensamiento dominante fue el encontrar medidas y proporciones universales e invariables en el arte y en la naturaleza. Conoció los escritos de Alberti y de Durero (1), y menciona como portaestandarte a Bramante y Peruzzi, los ar-

(1) En el capítulo sobre los *escorzos* cita como haciendo época *el milagroso ingenio de Durero.*

quitectos de San Pedro. Estudió las proporciones según el maestro de Nüremberg, y en su comercio, rico en enseñanzas, con los grandes escultores italianos; pero principalmente con los españoles desde Vigarni hasta Berruguete y Becerra. Se jactaba de haber dedicado una gran parte de su vida a la osteología y anatomía con el salmantino Cosme de Medina, pero no pudo vencer el horror que le inspiraban. Por esto contentóse con el libro de JUAN DE VALVERDES, el Vesalius español, cuyos dibujos eran obra de Becerra (Roma, 1554). También hizo planchas en plomo para la imprenta, con las que ilustró magníficamente su obra; entre ellas está su retrato de perfil con lentes. Felipe II le nombró ensayador de monedas de Segovia, encargándole 64 bustos-reliquias, en bronce, para el tesoro de El Escorial. Aun en el año de 1602, y por encargo del Duque de Lerma, ejecutó para la iglesia de San Pablo de Valladolid cuatro estatuas orantes, de bronce, representando a la pareja ducal, y los arzobispos de Toledo y Sevilla de la misma familia, los dos primeros fundidos según modelos de Pompeo Leoni. Las numerosas estatuas y los relieves de sus custodias dan una idea de su estilo y de sus facultades escultóricas. El autor de un libro sobre los Leoni ha atisbado en el nieto del maestro alemán nuestro pecado original de «pesadez» (1); pero antes bien podía encontrarse en la multilateralidad de sus estudios que no se contentaban con un virtuosismo técnico, un patrimonio germano.

Apenas contaba con veinticinco años cuando el cabildo de Avila le encomendó la ejecución de la custodia en que trabajó de 1564 a 1571. Tiene seis pies de altura, y se compone de seis partes, en las cuales alternan el exágono y la forma circular. Por la abundancia y variedad de los motivos, nobleza de las formas y armonías, es su invención más afortunada. Pero su

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO, que no perdonaba a Juan la imprevisión en la elección de abuelo, se esfuerza en tratarle con burlón menosprecio, a causa del poco poético lenguaje de sus octavas, etc., en su *Historia de las ideas estéticas en España*. Tomo II, 2, 567. Madrid, 1884.

principal obra fue la custodia de Sevilla, que mide doce pies de altura y pesa hoy 2.174 marcos de plata. Logró este encargo después de triunfar en importante concurso. La describe él mismo en un pequeño escrito, del cual sólo se ha conservado un ejemplar (1). Esta descripción es muy valiosa, especialmente para la inteligencia de la parte escultórica, que fue variada en el siglo XVII por adiciones de menos valor.

Desde esta época ya no reposa el maestro; siguen las custodias de Burgos (destruída en 1588), Valladolid (1590), Osma y San Martín en Madrid. Le ayudaba Lesmes Fernández del Moral, esposo de su hija D.ª Germana de Arfe.

Juan dejó dos libros: uno que trata del conocimiento del grado de pureza de los metales y piedras nobles, titulado *Quilatador de la plata, oro y piedras* (Valladolid, 1572); el otro, una especie de fundamentos del arte: *De varia commensuración* para la escultura y arquitectura, esto es, sobre las diferentes proporciones en estas dos artes. El resumen de su doctrina está reunido en octavas de las que se hacen explicaciones más detalladas en prosa. Apareció en Sevilla en 1585, y está dedicada a D. Pedro Girón, primer Duque de Osuna; fue reimpreso después en el siglo XVIII, y aún más modernamente; hoy es muy raro.

En cuatro libros trata las *piezas de iglesia*, y la más importante de ellas la custodia.

> Custodia es templo rico, fabricado,
> Para triunfo de Cristo verdadero,
> Donde se muestra en pan transustanciado,
> En que está Dios, y Hombre todo entero:
> Del gran sancta santorum fabricado,
> Que Beseleed, artifice tan vero,
> Escogido por Dios para este efecto
> Fabricó, dándole él el intelecto.

Se debía seguir de abajo arriba el jónico y el corintio y el

(1) En CEAN BERMÚDEZ (*Diccionario*), artículo «Arphe», completo primeramente en *Cruzada Villaamil*. «El Arte en España», tomo III, 174-196. Madrid, 1865.

compuesto, siempre siguiendo las huellas de los antiguos; el dórico se dejó a un lado, porque, a causa de su falta de adornos, no era apropiado para los trabajos en plata. Para los diferentes cuerpos o capillas se debería emplear el rectángulo y el exágono y el círculo, o alternar el círculo con el exágono, y quizá también con el cuadrado y el octógono. En la capilla inferior se podía poner grupos bíblicos, alusiones al Sacramento, jeroglíficos; en la segunda, el «relicario»; en la tercera, la advocación de la Iglesia; en la cuarta, el patrón del lugar.

La custodia del Renacimiento dió a este maestro buena ocasión de armonizar clásicamente las proporciones y la forma. Un todo del cual cada parte, tan acabada era, que pudiera pasar por obra aislada, sólo podía construirse según la doctrina de las proporciones. La belleza de la custodia de Arphe se basa en el cálculo de las proporciones. En la de Sevilla se ve una superposición en forma de torre de cuatro templetes; queriendo armonizar las ideas tradicionales de la torre piramidal con las proporciones de la arquitectura griega, encontró, como forma la más adecuada, la progresiva reducción de los templetes: $\frac{2}{5}$; es decir, que cada templete es $\frac{3}{5}$ en altura y anchura del inferior.

Los adornos fantásticos, minuciosos y en parte profanos del estilo plateresco, están excluídos según los principios del clásico (o convencional) purismo del cinquecento; pero el defecto de muchas obras de este doctrinario tiempo—la frialdad—está, sin embargo, felizmente, salvado. A pesar de la monotonía de las proporciones, la variedad está en los cuatro templos observada tan fina como originalmente. Tampoco faltan las figuras. Así, por ejemplo, los fustes de las columnas del primer templo están rodeados de sarmientos en los cuales se columpian niños.

En la custodia de Avila el nuevo sistema estaba sembrado de reminiscencias de obras anteriores. Los rincones de cuatro columnas de las capillas del primer piso, con sus obeliscos, recuerdan aún los pináculos góticos. En cambio, los templetes aislados son sencillas hileras de columnas y arcadas; el templete

principal es un puro monóptero de doce columnas, y ésta era la forma propia, pues la custodia nunca será bastante abierta y transparente. En Sevilla la fila de columnas es doble; una central de grupos de arcadas, en parte al estilo de las ventanas venecianas, rodeada de una columnada semejante a la de un peristilo. Esta columnada está aún encerrada en una tercera fila de figuras.

En el primer templo aparece una figura de la Fe, con cáliz y lábaro, la cual, en el año de 1668, fue puesta en la cúspide; el segundo estaba destinado para el viril, y rodeado de cuatro evangelistas; en el tercero se veía el cordero de la revelación, sobre el trono, o la Iglesia triunfante; en el cuarto, sobre un arco iris, la Trinidad.

Su último trabajo parece haber sido aquella estatua de bronce del cardenal arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, la cual, según las actas reproducidas por el conde de la Viñaza en sus *Adiciones*, modeló en cera, en la colegiata de Lerma. Esta importante estatua, al lado de la perdida, de su hermano el arzobispo Cristóbal de Sevilla, y de las de los duques de Lerma, ahora la obra principal del Museo de Valladolid, pertenecía a un monumento de familia de los Sandoval, proyectado, encargado primeramente a Pompeo Leoni, en San Pablo de Valladolid, compuesto, según el modelo, del monumento real en El Escorial.

La *varia conmesuración* contiene también las opiniones de Arphe sobre las variaciones del arte arquitectural y sus formas de estilo. Relata primeramente los grandiosos monumentos de los romanos que había visto en pie, y prosigue: «Los bárbaros llegaron, lo destruyeron todo y pusieron su estilo en aquellos lugares.» Bajo la denominación de *obra bárbara* (1) comprende, naturalmente, el estilo gótico, si bien también conocía esta denominación; le llama, en general, *obra moderna* y más determinadamente *mazonería* o *crestería*, de *cresta*; con lo que

(1) Menéndez y Pelayo, l. c., hace observar que llamaba obras bárbaras a las custodias de su abuelo.

se quiere indicar las partes coronantes, bordeantes y encuadrantes de la ornamentación, formadas según motivos geométricos.

Al estilo de transición sigue el estilo severo, cuyos más famosos maestros que han superado a todo lo que hicieron griegos y romanos, son Juan Bautista de Toledo, el arquitecto de el Escorial, y su sucesor Herrera.

Este bosquejo de historia del arte, de boca de uno de los maestros del Renacimiento español, es característico. En primer lugar, su juicio sobre el estilo medioeval está inspirado en el de los italianos del siglo XVI. Pero visto con más detenimiento, se encuentra al lado de este juicio sugerido otro del sentimiento artístico, si bien también algo humilde. La escuela, que solo concedía el nombre de arte a ciertas formas de insuperable belleza, tomadas sólo a algunos de los antiguos y a las proporciones caprichosamente abstractas o sacadas de los antiguos teóricos, tenía forzosamente que llamar bárbaro al arte medioeval. Pero cuando Arphe concede a esas obras de la Edad Media larga duración (lo que equivalía a sólida y bien dirigída construcción), aspecto imponente (lo que las constituye en obras de arte elevado), así como graciosa y sutil ornamentación (el punto sobre la *i*), ¿qué más hace falta para declararlas obras maestras? Vitupera a los maestros del estilo plateresco, cuyas obras habían nacido ante sus ojos, porque no conseguían olvidar por completo el estilo moderno. Pero al adaptar las formas importadas de Italia al gusto nacional, sin renunciar al gusto y al pensamiento propios, se mostraban ya como verdaderos artistas.

Una generación literata, escéptica, imitadora, mira aquí por encima del hombro a una época indocta, pero creadora, cuyas osadías se podían sostener en pie por sí solas, para seguir valientemente la senda de los inventores, le parece como un salto en las tinieblas de la Edad Media ignorante, que ellos pretenden iluminar con la oscuridad de su luz artística.

CARLOS JUSTI

EL CLONDIC

Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

X

¡Fuego!

El 26 de Abril de 1899, a las ocho de la noche, salí de mi cabaña y fuí a la población. Volví a mi vivienda después de haber comido temprano en un restaurant, y me dirigí a mi almacén. Al pasar por delante del *Monte-Carlo*, el mayor establecimiento de Dawson, observé que salía humo del segundo piso por la parte de la calle. A los pocos instantes, oí gritar: «¡Fuego!» Una llama roja salía de una de las ventanas de arriba, como la lengua de una serpiente. El grito resonó lúgubremente en el aire helado de aquella noche de invierno. El fuego es más terrible para los mineros del Clondic que la tempestad o los arrecifes para los marinos. En un momento se llenó de gente la calle. El *Monte-Carlo* es el centro del principal macizo de casas de Dawson, en el mismo corazón de la ciudad. Al lado había otros establecimientos del mismo género, cuyas puertas vomitaron de golpe todos los vagos y jugadores, hombres y mujeres, que había allí amontonados.

—¿Dónde están las bombas?—gritó una voz.

—Cerca del río.

—Pues bajad y desplegad el tubo.

En la escarpada orilla, y sobre el río helado, agitábanse cientos de hombres, deseosos de prestar servicio, de hacer algo útil.

En el mes de Octubre último, poco tiempo antes de la llegada de los hielos, habíanse adquirido por suscripción pública, con destino a Dawson, dos bombas de incendio. Una era muy pequeña; pero contábamos mucho con la otra, una bomba del último modelo, muy completa y absolutamente perfecta, de la que esperábamos los mejores resultados. Las dos bombas estaban sobre el hielo del río, amparadas por dobles tiendas. Al lado, se había abierto un agujero de unos diez pies de profundidad, para llegar al agua que corría bajo la superficie helada. Cuando el frío tapaba el agujero, cosa que ocurría cada seis o siete días, se llevaban las bombas un poco más lejos, y se abría otro al lado. Un hombre estaba encargado de permanecer siempre allí, y tener las calderas constantemente en presión. Pero, ¡ay!, el consejo local no había podido pagar los cuatro o cinco hombres contratados como bomberos. Así fue que, cuando la cabeza de la multitud llegó adonde estaban las bombas, no encontró ni bomberos ni bombas en estado de funcionar. Felizmente, los habitantes del Clondic eran hombres de recursos. Algunos se volvieron corriendo a la población, y, abriéndose paso hasta las tiendas, trajeron rápidamente latas de petróleo; mientras que otros aportaban leña seca y virutas, con lo que se obtuvo pronto un buen fuego. No había una libra de carbón seco en el país, salvo la reducida provisión del único herrero. Desdoblóse el tubo, del que se llevó uno de los extremos, lanzando hurras, por encima de la orilla, hasta la calle. Ya no había más que esperar el agua; pero el fuego era el que no había esperado.

En estas latitudes, los edificios son por extremo inflamables. El intenso calor que desprenden las inmensas estufas que no se apagan en todo el invierno, deseca los troncos de árboles de que están formadas las paredes, así como todos los postes y vigas que sostienen la construcción. El techo se reviste de

una capa de musgo de un pie de espesor, que, cuando está bien seca, es muy buena para preservar del frío. Pero el musgo es muy inflamable, y como rodea la chimenea que atraviesa el techo, constituye un gran peligro, porque antes que vuelva la primavera se encuentra completamente gastada esa chimenea de primitiva construcción.

Las llamas aumentaron rápidamente en intensidad. El humo obscurecía el cielo claro; los marcos de las ventanas estallaban, y los licores se escapaban de los barriles rotos para derramarse por el suelo, en donde se helaban inmediatamente; el termómetro señalaba cuarenta y cinco grados bajo cero. Envolvía toda la calle una humareda tan espesa y tan densa, que apenas se veían las llamaradas que subían hacia el cielo. Hice la observación de que el calor y las llamas subían: el aire estaba tan seco y la temperatura era tan baja, que el calor se disipaba inmediatamente. Aquella noche, ni los hombres que se hallaban tan cerca de las llamas que se prendían sus abrigos de pieles, no sintieron el calor de una manera apreciable. El fuego se propagaba cada vez más, y toda la manzana de casas estaba evidentemente condenada. Hombres y mujeres corrían en todas direcciones, llevando en sus manos o al hombro objetos que iban a depositar en un espacio desierto y helado. Yo me dirigía sin apresurarme a mi almacén, que se alzaba aparte como un castillo aislado; sabía perfectamente que no tenía nada que temer por él. Felicitábame entonces para mis adentros de mi previsión, y no lamentaba el dinero que había gastado: aquella noche venía a darme la razón.

Por fin, gracias a los esfuerzos sobrehumanos de los hombres que trabajaban en la bomba, el agua comenzó a hinchar el tubo, y una exclamación de triunfo resonó en medio de la bruma y del humo, cuando se vió asomar un hilillo de agua en la extremidad del tubo. Pero éste estaba extendido sobre el hielo del río en una longitud de tres pies. La bomba no tenía bastante fuerza; el hilillo disminuyó gradualmente, y de pronto cesó de salir.

—¡Por vida...! El agua se hiela en el tubo—gritó alguien.

Era verdad; el agua se había convertido en hielo sólido de un extremo al otro del tubo, el cual se había abierto bajo la influencia de la dilatación del agua. Los hombres se miraban, consternados, a través de los velos de hielo que colgaban de sus cejas y pestañas.—¿Qué hacemos?—preguntó Tom Chislon al capitán Starnes, que mandaba la policía.

Este contestó sin vacilar:

—Hay que volar los edificios cercanos al fuego.

—Pero ¿en dónde encontraremos pólvora o dinamita?

—Yo lo sé—dijo Schoff, el farmacéutico.—La *Alaska commercial Company* tiene una caja de cincuenta libras en el depósito A.

—Tome un tiro de perros y vaya a buscarla—ordenó el capitán Starnes, volviéndose hacia el sargento Tucker.

El sargento Tucker era, sin duda, el suboficial más ágil y mejor mozo de todo el destacamento de la policía montada del Noroeste que se encontraba en el Yukon. Todos le conocían, le querían y le respetaban. Las cuestiones de amistad o de interés desaparecían en él ante el cumplimiento del deber. El cuerpo de oficiales habrá de honrarse con admitir a un hombre que procede de la clase de tropa tal como Tucker, y creo que no tardará mucho tiempo en ascender. El jefe del ejército de los Estados Unidos, el general Young, es un hombre salido de filas, y nosotros no nos avergonzamos ni de él ni de su carrera.

—Muy bien—contestó Tucker.

Oyóse un chasquido de látigo, y el tiro especial de la patrulla, compuesto de tres perros, se lanzó como una flecha entre los fuegos bermejos que proyectaban ahora vivos colores por todos lados, mientras que Tucker y Brainart se apelotonaban juntos en el trineo. Los perros se detuvieron bruscamente, a una voz dada por Tucker, frente al depósito A, a doscientas yardas de distancia. En dos palabras, pusieron al corriente al guarda alarmado, que esperaba con impaciencia. Conocía la caja, la trajo; pusiéronla con precaución en el trineo, y a los

diez minutos, el sargento Tucker saludaba al capitán Starnes, y decía:

—Aquí está la caja de dinamita.

—¿Hay algún minero aquí que sepa manejarla?

—Sí, sí, yo—gritaron veinte individuos; porque entre la multitud había mineros de California y del Africa del Sur, para quienes prender la dinamita era una operación tan familiar como encender su pipa.

Starnes designó a Mac-Mahon, Thilwall, Armstrong y Olsen.

—Tomad esa caja—dijo rápidamente—y haced volar la *Aurora*, la casa de Alejo Mac-Donald y el *Temenos*.

Designaba con estas palabras tres vastas cabañas, de dos pisos cada una, que se encontraban precisamente en dirección de las llamas. Mientras tanto, cientos de hombres se afanaban en poner a salvo las mercancías de que estaban llenas aquellas cabañas; pero todavía quedaban por miles de dólars de valor. Ofrecíanse diez dólars por hora a los hombres, y cien por un tiro de dos caballos con su conductor para salvar lo que quedaba. Pero, ni con tales precios hubo manera de procurarse suficientes brazos. Todos trabajaban, sin embargo. No había perezosos en aquella noche fatal, pero las construcciones estaban llamadas a desaparecer.

A los pocos minutos oyéronse unas explosiones, y hasta el río fueron volando los restos. Los mineros habían realizado bien su tarea, y el fuego murió, falto ya de nada que devorar por aquel lado.

Mientras tanto, yo estaba a la puerta de mi almacén. Hice preparar rápidamente mis caballos. Poseía tres tiros dobles, con los que fácilmente hubiera podido ganar quinientos dólars por el trabajo de aquella noche. Pero preferí ofrecérselos a mis amigos. Mi almacén se llenaba de mercancías que traían en trineos, en camiones, a lomo de caballo, a lomo de perros, a hombro. Abrieron vivamente la puerta, arrojaron todo al interior y la cerraron sin tardar.

Yo estaba en medio de los grupos que se habían formado alrededor de la lumbre, ocupado en contemplarla, cuando mi portero se me acercó, y me dijo al oído:

—¿Se acuerda usted de las veinte cajas de gasoleno?

Me acordaba muy bien. En aquel momento, unos hombres que se habían subido al edificio que ardía echaban cubos de agua por el tejado en pendiente. Habían encontrado el agua bajo el hielo que cubría las numerosas charcas del pantano que habían roto. Cerca del fondo había siempre agua. Miles de chispas volaban hacia nosotros y se metían por la puerta del almacén, cuando ésta se abría.

Estaba a mi lado un mocetón irlandés que me ayudaba y al que conocí un tiempo en el Cornstock, en Nevada. Le había prometido darle trabajo cuando dirigiese una mina. En aquel momento, con una fuerza hercúlea, manejaba los cubos de agua y de hielo. Le llamé quedamente.

—Dionisio.

Se me acercó. Yo estaba junto a la puerta que él abrió; le empujé adentro conmigo y volví a cerrar. Le llevé hasta la pila de gasoleno y, encendiendo un fósforo, le dije aprisa.

—Dionisio, aquí hay veinte cajas de gasoleno. Si se quedan aquí, vamos a volar; y si alguien se entera, va a producirse el pánico.

—¿Qué desea usted que haga?

—Llévatelo con calma. Vete a cincuenta yardas, detrás del almacén, y tira las cajas a la nieve. Si el gasoleno estalla, no herirá a nadie y no hará ningún destrozo.

El cargó con dos cajas, una bajo cada brazo—pesaban doscientas noventa libras cada una,—me siguió a obscuras hasta la puerta que abrí, y salió. A los pocos segundos estaba de vuelta, sofocado, con un compañero vigoroso; y, al cabo de diez minutos, el peligroso líquido se hallaba dentro de cinco pies de nieve, en un lugar apartado en el que le hallé al día siguiente en buen estado.

Mientras tanto, el fuego gruñía y parecía llegar hasta nos-

otros por encima de los pies de hielo y de nieve que había entre él y mi refugio. Afortunadamente la distancia era suficiente, y, poco a poco, el fuego murió de inanición, no dejando sino algunos restos esparcidos en el lugar, ahora vacío y desolado, en el que se alzaban horas antes las casas llenas de ruido y movimiento. Abrí mi almacén y dí wisky a cuantos lo querían, que eran muchos, mientras que yo me sentía feliz de haberme salvado.

A mi alrededor, miles de hombres y mujeres parecían luchar con los objetos salvados del fuego. Los unos procuraban formar algo donde guarecerse, y otros se sentaban abatidos, desolados, en las cajas libradas de la destrucción. La población entera parecía haberse marchado, y, sin embargo, era sorprendente la cantidad de mercancías salvadas. Una gran extensión de terreno estaba sembrada de herramientas, de víveres, de trajes, de pieles, de todo lo que sirve para el equipo de un minero del Clondic. Llegaba uno a asombrarse de que se hubiera perdido algo; y, no obstante, el importe de lo perdido se elevaba, según se decía, a dos millones de dólars.

Al día siguiente, no quedaba nada de todo el barrio quemado, salvo un buen número de pilas hechas de bloques de hielo cuadrado. En las semanas anteriores habían tallado en el lecho del río aquellos bloques de hielo, y los habían llevado allí en previsión del verano. Todo había desaparecido, pero el hielo estaba allí; sólo él había afrontado el fuego impunemente. Por extraordinario que esto pueda parecer, los bloques de hielo servían algunas veces de líneas de demarcación para los propietarios.

El mismo día, por la tarde, antes de que las cenizas se hubiesen enfriado por completo, algunos hombres empezaron a traer madera para la reconstrucción. El precio de esta madera duplicó en el día.

Los antiguos hacían comparaciones con el incendio de 1897. Parecía que Dawson había de tener todos los años un gran incendio, sin perjuicio de los pequeños.

—¡Bah!—exclamó Jim Mac Namec, cuando le dijeron que la madera de construcción había subido de cien a doscientos dólars el millar.—¡Bah! Eso no es nada. Recuerdo que después del incendio de Diciembre de 1897, los clavos costaban veinticinco cientos pieza. Registrábanse las cenizas, rompíanse las tablas viejas, se desmantelaban las puertas y las ventanas para quitar los clavos. No había más que un corto número de barriles, y los vendían a doscientos cincuenta dólars cada uno. Un hombre con un cubo lleno de agua valía lo que otro que llevase una cazuela llena de oro. ¡Habláis de madera de construcción a doscientos dólars! Entonces no hubiérais podido obtenerla. La fábrica había ardido en el incendio, y la más próxima se encontraba en Circla City, a trescientas millas de distancia. Teníamos que comprar la madera por pedacitos, después de haber cortado todos los árboles de los alrededores.

Y Mac Namec señalaba un punto completamente desnudo.

—No era divertido, os lo aseguro. La madera estaba llena de nudos, y a menudo se rompía al introducir un clavito. Las judías y el tocino costaban un dólar la libra; la harina, cuarenta dólars el saco. ¡Habláis de madera de construcción a doscientos dólars! ¡Ah, amigos míos! Me hacéis reir. No sabéis lo que son tiempos difíciles.

Y Jim se alejó, demostrando su soberano desprecio con un gruñido. Siempre sucede lo mismo. Lo pasado o lo futuro siempre parecen peores que lo presente.

Una de las barracas destruídas por el incendio poseía un sótano de acero que contenía varias cajas de caudales. El edificio de troncos de árboles quedó rápidamente destruído, y el sótano se encontró al descubierto en medio de las llamas. Pero como éstas aumentaban en intensidad, la dilatación del aire caliente hizo que estallasen pronto las paredes del sótano, proyectando a veinte pies de distancia un río de soberanos de oro, como las pompas de jabón de un niño. Relojes, polvo de oro, joyas, que llenaban el sótano, se fundían y no formaban más que una masa. Durante varios días y varias noches, unos

guardas, venidos de los cuarteles, ocuparon el sitio, mientras que se limpiaba y arañaba el suelo como en una mina. Logróse de este modo sacar las joyas y los metales preciosos que se habían incrustado profundamente. Las tres cajas de caudales, aunque enterradas en el suelo deshelado a una profundidad de una pulgada por lo menos, parecían intactas, y cuando se abrieron, se vió que habían preservado hasta los billetes de Banco, de los que ninguno habia ardido, y cuyo valor total se cifraba en cientos de miles de dólars. Además, estas cajas contenían oro en barras y en polvo por cerca de dos millones de dólars, y pesaban unas dos toneladas cada una. Me preguntaron si quería encargarme de transportarlas a lugar seguro.

Esperé a la noche para dar tiempo a que se dispersara la multitud que se obstinaba en permanecer allí. Después, con ayuda de mis caballos, de mis trineos y de algunos hombres, las llevé a la sólida construcción de troncos de árboles de la *Alaska Commercial Company*, que por fortuna había sido respetada por el fuego. La tarea era difícil, y los trineos se rompieron más de una vez o se hundieron en el suelo bajo el peso de la excesiva carga. El fuego había deshelado el suelo bastante profundamente; bajo la acción del frío intenso del día, la superficie se había helado de nuevo; pero debajo, el terreno no había tenido tiempo de endurecerse, de suerte que los trineos se hundían fácilmente. Los trabajos que tuvimos que hacer para cargar las cajas de caudales, por carecer de los útiles necesarios, nos ocuparon toda la noche. Por fin, nuestros esfuerzos se vieron trinfantes, y logramos ponerlas en seguridad en la *Alaska Commercial Company*, y a las ocho pude acostarme, habiendo ganado bien el descanso después de un trabajo de cuarenta y ocho horas y una ansiedad de todos los instantes.

XI

La mina.

De vuelta de mi viaje a las minas, me puse formalmente en busca de alguna ocupación seria. La harina y los otros gé-

neros que había comprado los tenía casi todos vendidos. La concurrencia iba haciéndose muy activa; los precios bajaban. Además, cada día nos acercaba a la primavera y a la época en que numerosos vapores volverían a seguir el curso del río. Mi harina la compraban en gran cantidad, por lotes de diez sacos, los panaderos, cuyo gremio era muy importante en Dawson. Si el minero podía cocinar por sí mismo su sopa y su carne, le era difícil hacer en su estufilla, ni aun con levadura, pan tan blanco y tan tierno como el de los panaderos. Y como éstos ponían precios relativamente moderados, eran muy solicitados y consumían grandes cantidades de harina.

Un día que el frío era vivísimo, un muchachillo enviado por un panadero llegó a mi almacén, con un trineo tirado por cinco perros, para llevarse un pedido de diez sacos de harina. Mientras que mi portero cargaba los sacos en el trineo, dije al muchacho:

—Yo he estado en tu país, ¿sabes?

—¿Qué quiere usted decir?—replicó él.

—He estado en tu país—repetí.—He estado en Yokohama, en Tokío, en Nagasaki. ¿De qué parte del Japón eres?

—¡Cómo! ¿por quién me toma usted?—exclamó él bruscamente.

—Pues por un japonés—contesté.

—Yo no soy japonés. Soy un indio de pura sangre, y no un japonés—repitió él irguiéndose con cólera.

—¿En dónde demontre—dije yo asombrado—has aprendido a hablar tan bien el inglés?

—En la escuela de los misioneros de Holy-Cross, en el Yukón inferior—contestó.

Y, con un movimiento de orgullo cómico, reunió a sus perros, que se habían tumbado en la nieve, y los hizo arrancar de un latigazo con aire de mal humor, repitiendo varias veces: «¡Mush, mush, mush!»

Llamo sobre este hecho la atención de los etnólogos. Aquel niño se parecía a más no poder a un verdadero japonés de Yo-

kohama, vigoroso, rechoncho, bajo, ancho de pecho, estrechos los ojos, piel amarillenta... Sin embargo, era un indio sin mezcla de razas.

Sabido es que el Estrecho de Bering no tiene mucho más de treinta millas de anchura, y que todos los inviernos está completamente helado. Fácil es encontrar aquí la explicación de lo que al pronto parece extraordinario. ¿De qué raza descienden los aborígenes de la América del Norte? Lo ignoro; pero lo que parece cierto es que los indios de Alaska son descendientes directos de los japoneses, de los que, por otra parte, no están muy lejos. Aquel muchachillo hubiera podido pasearse por las calles de Tokío sin llamar nada la atención. Todos los transeúntes, estoy convencido de ello, le hubieran tomado por un coolie japonés. Y no era de esos esquimales que viven en la costa; procedía de una tribu vecina del río, y el lugar en que le habían enseñado el inglés, Holy-Cross-Mission, está situado a más de quinientas millas del mar de Bering. Los perros que guiaba aquel día eran malamuts de pura sangre, es decir, perros del país, nacidos a orillas del Yukón.

Los perros que vienen de fuera pertenecen a razas muy diversas. Son traídos por los viajeros de todas las partes del mundo. Encontrábanse en el Clondic variedades infinitas de mastines escoceses, perros de presa ingleses, de San Bernardo, daneses y terranovas. Cada minero tenía un par, y las grandes minas una docena por lo menos. Todas las tiendas de Dawson poseían un tiro de dos perros que permanecían siempre enganchados a un trineo, y atados a la puerta, dispuestos a ir a llevar los géneros vendidos por toda la ciudad. Tres perros, enganchados a un trineo ligero, podían fácilmente arrastrar quinientas libras por caminos llanos, y hasta subir cuestas relivamente pendientes por poco que les ayudase el conductor. Y con esta carga podían trotar sobre una pista de nieve plana durante todo un día, recorriendo así de cuarenta a sesenta millas.

Los perros procedentes de fuera se aclimataban muy rápi-

damente. La Naturaleza los proveía a todos, incluso a los daneses, de un abrigo de pelos muy espeso que los cubría por entero. Sin embargo, nunca llegan a valer lo que un malamut de precio medio. Un malamut ordinario produce ciento cincuenta dólars, mientras que un perro extranjero excelente no produce más que ciento. No obstante, en los tiros se pone siempre a la cabeza un perro extranjero, generalmente un mastín escocés. Esta raza es particularmente inteligente, y posee en un grado notable la facultad preciosa de olfatear la pista, hasta cuando se halla cubierta de varios pies de nieve fresca. Pero el perro de cabeza debe también tirar con todas sus fuerzas y unir sus esfuerzos a los perros que precede. Su deber es seguir la pista sin dejar de tirar.

Obedece las órdenes que se le dan con más prontitud y disciplina que un caballo. Es realmente, por su posición y por la inteligencia de que debe dar pruebas, el jefe del tiro. En cuanto oye este débil grito: *whoa*, que le indica que su amo se ha caído en la nieve, pára tan bruscamente, que a veces se le vienen encima los otros perros y el trineo, formando una masa confusa, de la que salen gruñidos y ladridos. Nunca vuelve a ponerse en marcha por sí mismo, sino que se apelotona silenciosamente sobre la pista, y espera a que el conductor llegue y le dé la señal de partida. Los perros nos prestaron grandes servicios, y sin ellos el invierno hubiera sido penoso. Eran tanto más inapreciables, cuanto que los caballos faltaban, y además difícilmente se encontraba para éstos alimento, que era muy caro y de mala calidad.

Al invierno siguiente, en cambio, tuvimos mucho heno cortado en los valles y en los flancos de las colinas que bordean el Bonanza y los otros riachuelos del Clondic. Este invierno precisamente supimos que los caballos soportaban las más bajas temperaturas. El mayor Steell me contó que a principios del invierno habían echado en Manitoba los caballos pertenecientes a la policía montada del Noroeste, y que en la primavera los encontraron todos en buen estado, aunque el ter-

mómetro hubiese bajado a cincuenta grados durante la estación.

En el mes de Noviembre de 1898 dejaron morir a los caballos en las pistas, y hasta en Dawson. No se sabía en qué emplearlos, y no había nada que darlos de comer. Me ofrecieron algunos para que los guardase, pero los rechacé. Vagaban por las colinas, allí en donde la nieve alcanzaba cinco pies de profundidad. Escarbaban en ella, y conseguían poner al descubierto pajas, zarzamoras y frambuesas. Así es también como se alimentan los osos en invierno. Los setos que brotan bajo la nieve y las altas hierbas de punta roja que alcanzan una altura de cuatro pies, les proporcionaban un alimento bastante nutritivo, y que, además, les gustaba mucho. En los cuarteles, el termómetro marcaba cincuenta grados bajo cero. Sin embargo, en la primavera, cuando los caballos fueron reclamados por sus dueños, parecían mucho mejor que cuando los abandonaran a principios de invierno para dejarlos morir. Era una revelación y una lección.

Durante el verano de 1899 se importaron muchos caballos al Clondic, y al invierno siguiente empleáronse mil doscientos en transportar hombres o mercancías de las minas a Dawson y de Dawson a las minas. Abandonáronse casi por completo los tiros de perros, y el valor de éstos llegó a ser puramente nominal. Hallóse en esto una gran ventaja: un buen caballo podía tirar de una carga de una tonelada en pistas de hielo bien lisas, mientras que se hubieran necesitado, por lo menos, tres trineos y veinte perros para obtener el mismo resultado. No se pueden comparar sus valores respectivos. El caballo está hecho para la fuerza; el perro para la actividad.

Sin perjuicio de permanecer en Dawson y ocuparme de negocios, examinaba con cuidado todas las proposiciones que me hacían para la compra de una mina. A fin de conocer y comprender bien la topografía de toda la superficie minera del Clondic, había hecho un viaje de once días en Enero de 1899, visitando todos los ríos auríferos. Esta visita, un poco apresu-

rada, me había dado nociones, todavía imperfectas, cierto es, pero, sin embargo, útiles, sobre los diferentes métodos empleados durante el invierno para la explotación de las minas y sobre el valor minero de los diferentes distritos. Completé mis conocimientos con viajes rápidos a las propiedades individuales cuando salían a la venta. Si pensaba que semejante visita pudiera tener algún interés práctico para mí, no me preocupaba ni lo largo del trayecto ni la intensidad del frío; contrataba un conductor, y me ponía en camino con un trineo de perros. Nunca he sabido guiarlos yo, y menos todavía alimentarlos. Sin embargo, llegué a hallar encantos en aquellas carreras de una media milla detrás del trineo; y, cuando ya no podía más, me parecía muy agradable echarme en el vehículo en marcha, que nunca se paraba, y allí gustaba un reposo delicioso durante cinco minutos, nunca más.

Por mucho que se envuelva uno en todas las pieles del mundo, no se puede tener calor cuando se permanece inactivo y expuesto al aire libre, con una temperatura de cincuenta grados bajo cero. Aunque el cuerpo está todo sudoroso después de la rápida carrera, las orejas, la nariz y los dedos se hielan tan pronto, que sería peligroso permanecer tumbado, sin movimiento, en el trineo. En aquella atmósfera, sin embargo, no se cansa uno nunca, y siempre se tiene hambre—dos condiciones indispensables para gozar de buena salud.—Tal vez, un día se enviará a todos los enfermos a pasar el invierno en las regiones árticas, como hoy se les prescribe Egipto. Solamente la atmósfera del desierto es comparable como salubridad a la atmósfera de aquellas regiones durante el invierno. Difícilmente se hallarán en ninguna otra parte del globo la sequedad del uno y la pureza de la otra.

Gracias a esos viajes repetidos, que duraban raramente más de dos días, adquirí conocimientos bastante precisos sobre el estado del país, y pronto supe dónde se encontraban los mejores lugares. Me inicié, además, en los procedimientos de explotación empleados durante el invierno, y pronto comencé a entre-

ver mejoras posibles. En realidad, me sentía muy bien preparado. Sabía que muy pocos habían viajado tanto como yo para adquirir conocimientos prácticos y técnicos sobre las minas, y que yo era uno de los raros buscadores de oro que hubiesen hecho semejantes investigaciones.

En Febrero de 1899, dejé de nuevo Dawson, a fin de examinar una propiedad minera. Recorrí a pie en tres horas la distancia, que era de treinta millas. La pista de nieve y de hielo duro era espléndida, y pasaba o cruzaba sin cesar en mi camino una porción de hombres, de perros y caballos que iban y venían en un sentido o en otro. El sol estaba alto y daba una luz franca, y, aunque hiciese un frío extremado, las hojas, que parecen durar eternamente y sobrevivir a todas las estaciones, brillaban en las malezas con sus pendientes de hielo. Todo minero que encontraba poseía uno o dos perros. No se veía ya, como en otro tiempo, hombres que caminasen abrumados con un peso de cien libras de provisiones y de útiles. Los que se dirigían a la ciudad no llevaban, naturalmente, carga. El tintineo alegre de las campanillas de los trineos que se oía mucho antes de verse los perros, ocultos detrás de algún recodo, resonaba en el aire ligero. Y, advertido así de la llegada rápida y fogosa de un tiro, tenía, sin perder un segundo, que saltar fuera de la estrecha pista a la nieve blanda, que parecía formar a cada lado una serie de blancos lechos. Los perros no van contenidos; se les deja las riendas sueltas, y cuando, enganchados a un trineo vacío, van a Dawson, en donde saben que les espera una comida bien caliente y la compañía de otros perros, corren como alma que lleva el diablo. He visto tiros de perros recorrer en hora y cuarto las quince millas que separan las grandes Horcas de Dawson.

Llegué por la tarde a la base de la colina *Cheechaka*, que se eleva sobre el Bonanza. Trepé por la nieve hasta una cabañita situada a unos dos tercios de la pendiente, que era el fin de mi viaje. No recuerdo haber pasado en mi vida media hora más fatigosa. La nieve no tenía más que cuatro o cinco pies de

profundidad; pero las plantas trepadoras y los pies de los árboles cortados, que me detenían como otros tantos lazos, hacían mi marcha extremadamente penosa. Además, el sol y la tibieza relativa de un mes de Febrero habían empezado a fundir en parte la superficie del suelo, que se había endurecido en seguida, y que no era ya sino una capa de hielo delgada y vidriosa. Me faltó el pie, resbalé y me convertí en una enorme bola que bajó rodando varias yardas. No me libré de este modo de locomoción poco agradable, hasta que logré, después de desesperados esfuerzos, agarrarme nerviosamente a algo que se encontró al fin bajo mi mano.

Fuí un pobre y lastimoso viajero que llamó a la puerta cerrada de una cabaña, de un edificio de seis pies por ocho, y que pidió entrar con voz quejumbrosa. Cuando unas manos hospitalarias hubieron abierto la puerta, me dejé caer en un rincón sombrío, sobre un jergón, bajo, estrecho y sucio. Lo tuve, sin embargo, por un colchón excelente de las más finas plumas. En pocos minutos, me repuse por completo. No se tiene tiempo de ser perezoso en el Clondic. Los dos hombres que había en el interior de la cabaña estaban empleados por el propietario a razón de diez dólars al día. Cuando me hube repuesto, me llevaron a la mina. Consistía ésta sencillamente en un subterráneo de ochenta pies de largo por siete de ancho y siete de alto. La entrada del túnel estaba helada, así como las paredes, cuyo revestimiento era tan duro, que resistía a la acción del pico puntiagudo de acero templado con que la golpeaban. Los repetidos golpes del pico no obtuvieron sino chispas. Por fin, con grandes trabajos, logré desprender con el pico la tierra suficiente para llenar dos cacharros, que yo mismo llevé a la cabaña en dos viajes. Pensé que debía también operar por mí mismo. No se trataba de buscar en aquella tierra sal o azúcar, sino el maravilloso polvo que la Naturaleza podía haber puesto en ella.

Encontré en la cabaña una vasija llena de agua caliente, agua que procedía de una cazuela de hierro puesta sobre la es-

tufa, y que se llenaba de hielo y nieve. Esto me proporcionó el saber que el hielo da, al fundirse, cinco veces tanta agua como el mismo volumen de nieve.

Metí mis dos cacharros con su contenido en la vasija y los dejé durante media hora. Al cabo de este tiempo, el agua caliente había deshelado la tierra, de suerte que se desagregaba fácilmente, y se podía con las manos separar las piedras del barro. Lavé con mucho cuidado el contenido de mis dos cacharros y hallé algunas parcelas de oro en el fondo de cada uno de ellos. El oro, que es el más pesado de todos los metales, se mueve poco cuando se le agita, al contrario de las otras materias con las que se encuentra mezcladas. Pesé con extrema atención los granos obtenidos, en las balancitas para el oro que hay en toda cabaña. Luego, volvimos a salir los tres, y examiné con el mayor cuidado el subterráneo y los lotes vecinos. Después de elegir dos lugares que me parecían igualmente interesantes, dije a los dos hombres que me acompañaban que tomasen sus picos. Con mucho trabajo lograron desprender algunos pedazos del suelo helado. Pusieron trozos de leños en el sitio en que el suelo estaba aún al descubierto, echaron lodo encima y, después de haber apelmazado bien todo, prendieron fuego. Sabíamos que la leña ardería durante toda la noche, y no teníamos ya sino esperar al día siguiente por la mañana. A la mañana, pues, uno de los dos hombres, el mocetón John Zwiggs, apartó las cenizas y los trozos de leña que aún ardían. Tomé entonces un pico, y vi que el calor había deshelado tan bien la tierra, que se desprendía fácilmente, y que podía sin esfuerzo hundir mi pico hasta una profundidad de seis o siete pulgadas. Al llenar los cacharros, observamos que el barro estaba todavía caliente, y, sin embargo, hacía un frío tan intenso que, habiéndome quitado uno de los guantes para tener más libres las manos y poder llenar los cacharros, y habiéndoseme olvidado volvérmelo a poner antes de agarrar el pico, sentí, al cabo de uno o dos minutos, que mis dedos se adherían a la manga de la herramienta. Cuando, por fin, pude

libertar mi mano dolorida, tenía todos los dedos quemados por el frío, y la piel del pulgar completamente arrancada. El frío intenso tiene exactamente los mismos efectos que un calor demasiado vivo. Una botella de petróleo a cincuenta grados bajo cero, quema la mano con tanta agudez como una botella de agua hirviendo.

De nuevo llevé los cacharros a la cabaña sucia, sombría y triste, toda cubierta de hielo y de nieve. No aparté un momento los ojos de la tierra que contenían, hasta que la metí otra vez en la vasija de agua caliente; la lavé entonces, y volví a encontrar algunos granos de polvo de oro. En uno de los cacharros había veinticinco cientos de oro y en el otro veintiocho. Era un resultado satisfactorio. Pero no me conformé; quería hacer nuevos ensayos. Necesitaba una certeza, y temía mucho ser engañado o engañarme yo mismo. Un error de mi parte hubiera entrañado no solamente una pérdida de dinero, sino una inapreciable pérdida de tiempo; en efecto, cuando se explota una propiedad pobre, se necesita mucho tiempo antes de convencerse de su carencia de valor; y las buenas minas tenían que aumentar de precio cada año, a medida que mejor se las conociese. Además, no se iba al Clondic para buscar lo que se puede encontrar en otras partes. El hombre que se destierra del resto del mundo, que se resuelve a vivir de tocino y de judías, que se separa por un muro de nieve y de hielo de seiscientas millas de espesor del punto más próximo al que llegan noticias de lo que ocurre en el mundo, y que acepta el llevar semejante existencia durante años, este hombre tiene derecho, me parece, a esperar más, como premio de sus sacrificios, que el que en latitudes más bajas oye diariamente el canto de los pájaros, ve alzarse el sol todas las mañanas y puede ir de un sitio a otro sin exponerse a quedarse helado en el camino o a morirse de hambre. Permanecí, pues, algún tiempo todavía en la cabaña infecta, que parecía no haberse lavado nunca, desde su construcción. Los dos camastros, que colgaban uno encima del otro eran muy estrechos; no había allí más que una estufa

minúscula, y la única ventana era pequeñísima. Estaba hecha ésta de botellas de cerveza vacías—ya he tenido ocasión de describir otras parecidas—puestas en círculo, con los cuellos vueltos hacia el interior, y formando en la pared de troncos de árboles, un orificio redondo, con un ojo de buey de algo más de un pie de diámetro, y por cuyos intersticios entraba todavía una buena cantidad de luz, por raro que esto pueda parecer. Cuando pregunté por qué no tenían una ventanilla con su marco, el bueno de Jhon me contestó que, si se encontrara en Dawson un marco de seis pies por ocho, costaría, cuando menos, diez dólars. Ante esta explicación, no insistí.

Tuvimos tocino y judías para almorzar, cerdo y judías para comer. Seríame difícil decir cuál de estas dos comidas me agradó más, e indicar mis preferencias por una o por otra. El pan estaba hecho allí mismo; era una especie de galleta que había que comer caliente, porque cuando se enfriaba se ponía duro como la piedra. Pero no se le dejaba tiempo. Este pan fue acompañado de té, café, carne en conserva y conservas de guisantes, tomates y patatas.—Debo confesar que nunca pude digerir estas últimas. El viajero de aquellas soledades árticas tenía a su disposición, para llevarse con él en sus peregrinaciones, varias clases de carnes y legumbres en conserva; teníamos, por ejemplo, nabos cocidos, *pemican*, hecho de carne de gamo o de búfalo seca. Todos estos alimentos contenían evidentemente elementos nutritivos suficientes y eran muy adecuados para el uso que hacíamos de ellos; pero no tenían ningún gusto, ningún sabor. Sin embargo, durante el invierno prestaban grandes servicios a los mineros y constituían para ellos un artículo esencial, porque tales conservas no costaban relativamente muy caro y permitían llevar víveres para varios días bajo un volumen bastante reducido.

La madera de abeto helada se partía bastante fácilmente con el hacha y daba un buen fuego, que esparcía mucho calor. Después que hubimos cenado, la cabaña sórdida nos pareció confortable y alegre, y nos pusimos a charlar con animación. Ha-

blamos de los trabajos que nos habían ocupado durante el día, de lo que sabíamos de las intenciones de nuestros vecinos. El hecho puede parecer raro; cuando echo una mirada hacia atrás y recuerdo la semana que pasé en aquel nido de águila solitario, perdido en una elevación helada, no me acuerdo de que nuestra conversación haya versado un solo instante, como pudiera creerse, sobre recuerdos del hogar lejano y de los países que habíamos dejado; todos nuestros pensamientos se referían únicamente a la cuestión de si podríamos encontrar oro en las minas, y a los medios más rápidos y más económicos de extraerlo.

El robusto Dan había recorrido el distrito en todos sentidos, estudiándolo todo detalladamente, y yo había hecho lo mismo; pudimos, pues, comparar nuestras observaciones, comprobarlas y completarlas mutuamente, mientras que John escuchaba y sacaba provecho de lo que decíamos. El deseo y la voluntad de ganar dinero habían barrido de nuestro espíritu todo otro pensamiento. Parecía que todo nuestro pasado no era más que un sueño; no tuvimos una palabra de añoranza por nuestra vida antigua y para quejarnos de nuestra suerte actual. Sabíamos que el mundo duraría hasta nuestra vuelta y que la acogida que nos hicieran estaría en relación con nuestro resultado. Lo habíamos olvidado todo: la casa, los amigos, la vida, el sol que nos faltaba y todos los seres queridos quedados lejos de nosotros. No pensábamos para nada en el frío terrible, menos todavía en lo grosero de nuestros alimentos y en la inhospitalaria morada que nos ofrecía el país del oro. ¡El oro! El oro era lo que nos había llevado a aquellas soledades heladas, y el deseo de alcanzarle aniquilaba en nosotros todo otro deseo. Ni siquiera pensábamos en contar alguna historia, en divertirnos con alguna anécdota; no nos permitíamos ninguna vuelta a nosotros mismos, ningún recuerdo de lo pasado, sino que discutíamos cuál sería el lugar en que pudiéramos al día siguiente hacer fuego y ahondar. Por fin, nos acostamos.

A fines de semana, me volví a Dawson, decidido a comprar

la mina, si me la daban a un precio razonable. Su propietario, que la había alquilado exactamente un año antes por quince dólars, me la cedió prontamente por una bonita suma y dejó en seguida el país. Hacía algo más de un año que estaba allí, y marchó alegremente a Nueva Inglaterra, en donde le esperaban su mujer y sus hijos. Era un hombre feliz; había triunfado. Envié a un encargado con instrucciones para que empezase a emplear media docena de mineros. Mientras tanto, terminé mis asuntos en Dawson. Cobré mis cuentas y liquidé mis géneros. Había visto fracasar tantas explotaciones mineras, por falta de vigilancia personal de los propietarios, que estaba bien decidido a ocuparme activamente de la mía. Si la empresa no salía bien, sería tal vez por culpa de la mina, pero no por la mía, seguramente.

El 1.° de Mayo transporté mis efectos a la colina Cheechaka, vendí mi almacén de Dawson, y empecé a vivir la vida de un minero. Al principio, la cosa me pareció muy agradable. Eramos para trabajar una docena de hombres. Construímos al pie de la colina, a orillas del río helado, un comedor tibio y confortable, al que añadimos un cuartito para el cocinero y su mujer; otra reducida habitación había de servir de despacho; pusimos en ella dos literas, de las que sirven en los trasatlánticos para los pasajeros de segunda clase, y con las que me contenté perfectamente. Los hombres durmieron en una antigua cabaña que me fue vendida con la mina.

Un día, empleé entre mis mineros a un *pasta agria*, es decir, un antiguo, un veterano. Decíase que los primeros exploradores llegados al Clondic no se desnudaban nunca durante el invierno. No sé si la cosa sería cierta por lo que se refiere al citado. Pero el caso fue que cuando el *pasta agria* hubo estado una semana en la mina, y dormido siete veces en la cabaña, algunos de mis mineros fueron a ver al contramaestre, y le pidieron que despidiese inmediatamente al antiguo o a ellos, pretendiendo que les era imposible seguir durmiendo con él en la cabaña. Aunque comprendiese muy bien lo que

motivaba la queja de los mineros, el contramaestre no la juzgó de su incumbencia, y creyó de su deber hablar al propietario. Me pareció que los mineros se mostraban un poco exigentes y difíciles, porque en suma, el antiguo no hacía más que seguir los usos y costumbres del país, que eran universales antes de la llegada de los *cheechakas* (los nuevos). Sin embargo, las circunstancias hacían que tuviera que acceder a lo que solicitaban. Despidióse, pues, al *pasta agria*, que se marchó gruñendo, poco satisfecho de la acogida de los *cheechakas*. Los camastros y las paredes de madera de la cabaña se desinfectaron cuidadosamente; pero en cuanto lo permitió el tiempo, todos los mineros abandonaron su dormitorio para vivir en tiendas que plantaron en el flanco de la colina y en el valle.

Acercábase el estío y el sol brillaba radiosamente en el Oeste, poniéndose cada vez más tarde. Aparecieron flores, que brotaron de pronto, y crecieron con la rapidez de las setas. No tardaron los flancos de la colina en revestirse por completo de una alfombra de púrpura y carmín; andábase por un jardín natural. Extendíase por todas partes un césped fino, sembrado de florecillas; las madreselvas se enlazaban con las violetas y los geranios. Aquel césped constituía un forraje excelente para los caballos. Harina, pan, tocino, hierba fresca, todo esto se convertía en manjares finos y delicados para mi caballo Jacobo, que compré a Moural Salisbury. Durante este verano, Jacobo se mostró de una habilidad asombrosa para barrer y limpiar el suelo. Lo recogía todo. No creo que haya en Constantinopla perros o cuervos que se hayan mostrado nunca más solícitos. No desdeñaba nada, y comía cuanto encontraba, fuera lo que fuese. Por las tardes, después de su siesta, se iba detrás de la cabaña, y allí se entablaban terribles combates entre él y los perros, por la posesión de cajas de conservas medio abiertas y mal vacías, en donde hallaba restos de tomates, de legumbres, de carnes o pescados de todas clases, que el cocinero tiraba cuidadosamente fuera de su cocina. Jacobo, después de haber echado victoriosamente a los pe-

rros, metía con precaución su lenguaza por la abertura hecha en cada caja con una hachita china, y lamía aquellos trozos suculentos, como un fino goloso, con evidente satisfacción. Cuando lo había limpiado todo y no quedaba ya en la caja ni el olor de su contenido, Jacobo se alejaba disgustado e iba en busca de la rica hierba que alfombraba la colina. Los frutos robados eran para él los más gustosos. Lo mismo que los extranjeros que venían a vivir a aquel país, los animales adquirían rápidamente la costumbre de no mostrarse difíciles, de apetecer todo y comer cualquiera cosa. Nada mejor que un tiempo bien frío, y jornadas enteras en un trabajo sin reposo, para abrir el apetito. La región es maravillosa para los enfermos del pecho y los neurasténicos, sin hablar de los indolentes. Los primeros hallan la salud; los segundos, el vigor y la energía.

Empezamos a abrir en el flanco de la colina dos galerías de mina paralelas, a igual distancia apróximadamente de la antigua. En ésta, cesamos los trabajos por hallar que estaba mal situada y mal determinadas sus dimensiones. Las galerías, aunque el terreno fuese relativamente seco, tenían que ser revestidas desde el principio. Llevábamos a ellas el vapor en tubos de una o dos pulgadas de diámetro. Pero en esto, como en todo, nuestro material era insuficiente, y carecíamos de lo necesario. En cuanto se conoció la superioridad del vapor sobre las hogueras para deshelar el suelo, los pedidos de tubos fueron tantos, que la ciudad no podía atenderlos, y no tardó en ser imposible adquirirlos. Nuestro tubo se componía de varios pedazos de dos pulgadas, de una pulgada y tres cuartos, de pulgada y media, de una y de media; los habíamos cortado y reunido, sujetándolos como pudimos. Hicimos también un conducto para el vapor con una manga de riego que encontramos abandonada. No desdeñábamos nada y utilizábamos todo; necesitábamos tanto ingenio como actividad. Al final de la galería que había que prolongar, horadábamos la colina con puntas de acero de cinco pies de longitud. Estas puntas eran hue-

cas, y en el extremo un orificio estrecho dejaba pasar el vapor, mientras que golpeaban la tierra o el granito. El resultado obtenido era maravilloso. En media hora lográbase un agujero de cuatro pies de profundidad y de una pulgada de ancho. Con el antiguo procedimiento, que consistía en emplear perforadores de mano que se metían con pesados martillos de hierro, se necesitaban siete horas para lograr el mismo resultado. Este método perfeccionado se empleó por primera vez en mi mina; sin embargo, no saqué privilegio. Todos los mineros tenían el derecho de hacer lo que yo, y así lo hicieron en cuanto se conoció la superioridad de los nuevos procédimientos sobre los de los *pastas agrias*. Cuando se había obtenido un agujero suficiente, poníanse en él prolongaciones del tubo de vapor. El vapor salía de los extremos puntiagudos y afilados, se infiltraba a través del suelo helado, que deshelaba y abría rápidamente. Podía dejarse el aparato así colocado durante diez horas; una vez transcurridas, se le sacaba, y el minero, poniéndose inmediatamente a la obra, arrancaba cuatro pies de tierra así desprendida. Se iba dos veces más de prisa que con el método de la hoguera, que hasta entonces se había empleado exclusivamente para trabajar en aquel suelo helado.

Encima de mi galería subterránea había un terreno pantanoso que fatigaba a los caballos y me desesperaba. Las malezas y las ramas se hundían bajo el peso de las vagonetas. Los caballos se metían hasta el vientre; teníamos que desengancharlos y ayudarlos a salir de allí. Sin embargo, nos era forzoso pasar por allí para ir en busca de leña; si nos faltaba ésta, tendría que cesar la explotación de la mina, cosa que no me hubiese divertido. ¡Todo menos esto! No teníamos más que dos vagonetas y un trineo de perros; éste no nos prestaba grandes servicios, y lo empleábamos poco. Un día, mi mejor conductor se presentó en la puerta de mi despacho. Me alarmó; su presencia me hacía presagiar una desgracia.

—¿Qué hay, Jim?—pregunté.

—Se ha roto la rueda delantera—contestó.

Sabía lo que esto significaba, y había previsto el enojoso contratiempo.

—¿Está completamente rota?—interrogué.

—Casi todos los rayos están rotos y la llanta también. Además, el aro está completamente torcido.

Subí corriendo la colina hasta la cabaña del herrero. Llamé al herrero Mac Kenzie y al contramaestre John, que había sido carpintero en la región del Misouri. Les expliqué la situación, que ya conocían. Mac dijo:

—No hay nada que hacer. Para enderezar el aro necesitaría, por de pronto, buen carbón de forja, y apenas hay una libra aquí. He avisado esta mañana a las forjas, al herrero sueco Neilson, para pedírselo. Pero no lo tiene, o, lo que es lo mismo, no quiere darlo, si es que lo tiene.

—Y no tenemos llanta—añadió John.—Tal vez haya en Dawson.

Ir a Dawson y volver, era asunto de un día. Mientras tanto, se agotaría nuestra reducida provisión de leña, y habría que suspender el trabajo. Ahora bien; la mina me costaba seiscientos dólars al día, y la mayor parte de los gastos eran tales, que no podía contenerlos ni reducirlos.

—Pues bien—dije al fin, después de haber largamente discutido y examinado la cuestión a fondo,—es muy sencillo: no tenemos ni aro, ni rayos, ni llanta; no podemos ni comprarlos ni robarlos. No nos queda más que un remedio: fabricarlos nosotros.

—¿Pero cómo?—exclamaron ambos.—Si mandamos a Dawson por todo lo que nos hace falta, nos llevará un día, y además pudiéramos no encontrarlo. Sin embargo, no hay que pararnos.

Asintieron ellos.

—Pues bien—continué,—¿no podemos fabricar una rueda sólida con este nucleo sin llanta y sin radios, por medio de herraduras?

Mac Kenzie contestó:

—Creo que podría hacer un aro con herraduras, pero sería más estrecho que la rueda.

—No importa—dijo el carpintero.—Buscaré madera seca y haré una rueda sólida en tres horas, si me dan un hombre que me ayude.

Así fue hecho. Terminado el trabajo, fuimos a la colina para sacar la vagoneta del lugar en que se había quedado; pusimos después la nueva rueda, y cuando el vehículo estuvo cargado empezó a rodar tras los caballos sin grandes tropiezos. Debo decir que la rueda no formaba una circunferencia de geométrica exactitud, y no estaba en absoluta armonía con las otras, pero bastaba para lo que deseábamos; la vagoneta se pudo utilizar y continuó suministrando leña a los hornos.

Fabricamos otra rueda de la misma manera para servirnos de ella en caso de necesidad; y cuando se rompió la primera, la reemplazó satisfactoriamente hasta fines de Junio, época en la que los barcos aportaron por el río vagonetas y piezas de recambio, abundantemente. Tuvimos también que vencer numerosas dificultades a propósito de nuestra vía férrea, que seguía la pendiente de la colina con una inclinación de cuarenta y cinco grados, y que, arrancando de la entrada de una de mis dos galerías, llegaba hasta la orilla del riachuelo, en donde poníamos la tierra extraída. Las dos vagonetas estaban atadas por una cuerda, que no tenía más de una pulgada de diámetro, y cada una de aquéllas transportaba una tonelada cuando estaba cargada. La vagoneta llena que descendía hacía contrapeso para subir la vagoneta vacía, y ambas pasaban por una aguja a medio camino. El conductor de esta vía férrea me costaba una onza de oro al día, además de la pensión. No teníamos ni raíles de hierro o de acero, ni cables de hierro de ningún género que hubieran podido servirnos para que corrieran las ruedas de las vagonetas. Estas se habían hecho de madera y herraduras, como la que fabricamos para la vagoneta destinada al transporte de la leña. Felizmente, las herraduras no faltaban, y podíamos comprar en Dawson cuantas quisiéramos.

Era muy difícil hacer ruedas de madera de un pie de diámetro, lo bastante fuertes para soportar el peso de una vagoneta cargada, y que bajaba una pendiente muy rápida, sobre rails de madera también, que no tenían estabilidad ni podían ofrecer suficiente resistencia. Pero construíamos nuestros rails por docenas, de suerte que, si uno se rompía, podíamos reemplazarlo en menos de cinco minutos.

Todas estas dificultades qne teníamos que vencer nos fatigaban enormemente; pero no vencerlas, hubiera sido vernos obligados a paralizar los trabajos y la explotación de la mina. No había otra alternativa, porque las piezas necesarias no llegarían a Dawson hasta el mes de Julio, y la estación de verano no duraba más que cinco meses.

Por aquella época, los exploradores del Clondic tenían que luchar contra muchas dificultades, tan imprevistas como no sospechadas.

Yo empleaba en la mina unos cincuenta hombres, y ninguno ganaba menos de cinco dólars diarios. Los contramaestres percibían diez dólars. Yo era el director de mí mismo.

Durante el verano de 1899, las fondas y las *road houses* llevaban tres dólars al día. Yo podía procurarme en gran cantidad carne fresca de exportación, y alimentaba muy bien a mis hombres, estimando que un obrero trabaja tanto mejor cuanto mejor se nutre. Muchos propietarios de minas pagaban a sus obreros ocho dólars al día, sin la comida, y les hacían cocinar en sus cabañas. Pero a mí me parecía que era una fatiga y una molestia para un obrero el verse obligado a calentar su sopa de maíz y su café en la estufita de su cabaña, por la mañana temprano, y preparar igualmente su comida de las doce, compuesta de tocino y judías, después de haber trabajado durante cinco horas en una galería subterránea, de la que saldría mojado y lleno de barro. Por la noche, después de siete horas de trabajo, tenía que correr a su cabaña o a su tienda y preparar la única comida verdaderamente confortante de la jornada; pero estaba entonces cansado, de mal humor y poco dispuesto

a variar sus platos para aguzar su apetito. He observado que los hombres que más se quejan de la variedad o la calidad del alimento que se les da, son precisamente los que se alimentan peor cuando se tienen que hacer ellos la comida, y sus comidas son las menos delicadas y menos variadas. No lo hacen por economía, sino porque están cansados y tienen prisa de buscar un poco de reposo. Con lo que me proporcionaban los mercados, huevos, sobre todo, conseguía alimentar bien a mis hombres sin gastar más de un dólar y medio en cada uno de ellos. Los huevos llegaban de Indiana en cajones que contenían treinta docenas, y me salían, llevados a la mina, a unos veinte dólars. Cuando empezamos a recibirlos, mis mineros no se veían hartos y consumían diariamente una docena de huevos por individuo. Los pobres diablos no habían visto huevos sino en sueños desde que se heló el río en el otoño del año anterior. Los comían de varias maneras, pero por lo general al plato.

Pensaba que mis mineros, que hallaban su comida dispuesta a la hora, caliente, apetitosa y abundante, realizaban más trabajo que los hombres de mis vecinos, que tenían que cuidarse ellos de sus comidas. Un día, para comprobarlo, hice el ensayo siguiente: medí galerías de las mismas dimensiones y que ocupaban el mismo número de mineros, en mi mina y en las vecinas; hallé que nosotros avanzábamos mucho más de prisa y que mis galerías tenían un quinto de más longitud que las otras; más adelante pude convencerme de que la proporción era mucho mayor todavía.

No había duda de que mis hombres estaban bien pagados, bien alimentados, y, si eran aptos, tenían una posición segura que solamente de ellos dependía conservar el mayor tiempo posible, seguridad que difícilmente encontraban sus compañeros empleados en las minas inmediatas. Además, que se trabaje por la propia cuenta o por cuenta de los otros, la situación es muy diferente, según que se haya de ocupar uno únicamente de su trabajo o que tenga también que cuidarse de guisar, lo

que constituye otro trabajo más y que no forma parte de la vida al aire libre.

Yo había tomado como cocineros a un francés y su mujer. Eran unos alsacianos que hablaban corrientemente el francés y el alemán. El había sido teniente del ejército alemán, y, en verdad, debía de hacer buena figura con sus ojos negros, su aire marcial y su porte militar. La mujer era muy inteligente, bien educada, y hablaba el inglés con tanta facilidad como el francés y el alemán. Bonita y lista, era la bella del campamento, en donde las mujeres eran más raras que el oro. Ellos cocinaban, fregaban, servían a la mesa y cuidaban de los mineros con tanto agrado y alegría como si no hubieran hecho otra cosa en su vida. Por lo demás, preciso era que cada cual se adaptase a aquel medio sin quejarse ni hacer melindres. No había sitio para los difíciles ni para los perezosos.

Cerca de la reducida construcción de madera en que estaba mi despacho y dormitorio había una cabaña, hecha como todas las del país, es decir, una sola habitación con una sola puerta y una sola ventana. Estaba habitada por uń matrimonio y dos hombres. Estos últimos estaban a sueldo del matrimonio, que tenía un yacimiento.

Tener un yacimiento consiste en explotar una mina mediante acuerdo con su verdadero propietario, al que se paga un tanto por ciento convenido sobre la extracción bruta. La mujer, joven, del Oregón, era agradable y sana; por añadidura, buena trabajadora y nada sentimental.

Alrededor de un campamento minero del Clondic, basta con uno o dos días para conocer a todo el mundo. La vida es un poco ruda, y se olvidan a menudo los refinamientos de la civilización. Una tarde, en una hermosa puesta del sol, vino ella a mi casa para pedirme azúcar. Yo le dije sin más:

—¿No te molesta vivir con tu marido en la misma habitación que esos dos hombres?

—¡Oh, Dios mío, no!—contestó ella.—Ya me he acostumbrado. Además, he puesto una cortina en nuestra cama. Y

luego, el uno es un viejo al que he conocido en el Oregón; en cuanto al otro, es un joven del que me cuido poco. Pero—añadió ingenuamente—el invierno último, la cosa, ya ve usted, era un poco desagradable.

—Sí—exclamé.—¡Seis hombres y una sola mujer en la misma cabaña!

—Sí—replicó ella,—cinco hombres y mi marido. Y habitábamos la misma cabaña que hoy. Mi marido los hacía trabajar a todos en la cocina. Yo hacía la comida y lavaba—cuando había algo que lavar,—añadió con un guiño picaresco.

—¿Y vivían ustedes todos en esa cabaña?

—Todos. Los hombres eran buena gente, y al cabo de algún tiempo, ni me daba cuenta de que estaban allí. No creo que me gustará volver a esos tiempos... Sin embargo, si nos viéramos obligados...

Sabía yo que, a pesar de todos sus sacrificios, la mina no había dado lo que esperaban, y que la extracción había sido mala; no habían podido pagar a los hombres el total de sus sueldos, y varios de ellos trabajaban ahora en mi casa. Deploré interiormente que tanta abnegación y constancia en sus deberes de esposa, no hubiera sido provechoso a la joven, y que no se viese mejor recompensada.

El verano avanzaba rápidamente, y todos se mostraban muy afanosos en mi mina. Fue un soberbio verano, poco lluvioso. Los cielos eran claros, la atmósfera de un temple delicioso. Las colinas estaban llenas de flores, y miles de pájaros cantaban en los árboles. No había enfermos, y todo el mundo parecía feliz y satisfecho. Habíanse olvidado el frío y los sufrimientos del invierno. En los valles, en las colinas, no había más que hombres animosos, fuertes y activos, que buscaban, compraban, trabajaban, y los días, los más largos del año, parecían demasiado cortos.

¡Mirabile dictu!—Uno de los últimos días de Julio, un vagón rodó en mi propiedad, un verdadero vagón moderno, cargado de todo el mecanismo necesario para el funcionamiento

de las bombas. Le mirábamos con los ojos muy abiertos, como si hubiera sido un mastodonte o un globo. Pero era un verdadero vagón de transportes que estaba allí, enganchado a cuatro caballos que parecían cansados y asustados. Pero no bastaba contener el camión; tratábase ahora de construir un camino. Había que cortar árboles, cuidar las «cabezas de negro» y llenar el pantano. Necesitáronse siete bombas y cuatro caballos para conducir el vagón a su destino, al núm. 2, encima de la Descubierta. Se llegó, no obstante. Era un nuevo paso hacia la civilización. El camino se hizo poco a poco; aparecieron otros vagones de una manera tan inesperada como la primera, y las tarifas de transporte de Dawson bajaron de seiscientos a doscientos por libra. En vez de verse cargados de paquetes y bultos, los caballos tiraban de los camiones, y, por lo menos en el Bonanza, no se encontraron ya hombres transportando a cuestas fardos de todas formas y todas dimensiones.

Cinco mil hombres trabajan en un radio de dos millas. Los perros, a los que se juzgaba únicamente útiles en invierno, empleábanse ahora en transportar provisiones para los lugares escarpados. Los animales, como los hombres, no perdieron el tiempo este verano en el Clondic. Yo iba pocas veces a Dawson. Mi puesto estaba en la mina, porque yo mismo dirigía los trabajos y tenía mucho que hacer. Había comprado camiones y caballos, que enviaba dos veces por semana a Dawson con pedidos, y que traían todos los artículos que necesitábamos.

Sin embargo, una tarde salí de la mina a caballo para ir a Dawson. Había puesto en mis bolsas treinta y cinco libras de polvo de oro. Tomé un atajo que acortaba mucho el camino, y bajé un escarpado desfiladero, haciendo saltar a mi caballo dos fosos profundos. Al subir al otro lado del desfiladero, noté que mis bolsas habían desaparecido. Eran viejas, y, sin duda, los lazos que las sujetaban a mi silla se habían roto. Dejé mi caballo en libertad y volví sobre mis pasos con muchísima ansiedad. Sabía que no me había cruzado con nadie y que nadie me había pasado; pero alguien podía venir detrás de mí. Por

fortuna, mientras que corría para subir la colina, vi a la débil luz de la luna las bolsas que estaban en el suelo. La cuerda se había roto, y sin duda se cayeron al dar un salto mi caballo. Las recogí, volví a montar y continué mi camino.

En Maguet, en el núm. 18, debajo de la Descubierta, el riachuelo estaba muy fangoso y mi caballo perdió el vado. Cargado como estaba el animal, hacía vanos esfuerzos para remontar la pendiente de la orilla; hundíase hasta el vientre en el limo o en el agua. Me puse de pie en la silla como un volatinero; desaté las bolsas, que tiré a la orilla, adonde las seguí de un salto. Me costó mucho trabajo sacar del fango a Jacobo, que sin mí hubiera podido ahogarse.

En el Clondic encontré felizmente una barca de paso, a dos millas de Dawson. El Clondic es un hermoso río, claro y límpido, de corriente rápida.

En el lugar de su confluencia con el Yukon había muchas cabañas abandonadas. Los que en un cierto momento se refugiaron allí, se habían vuelto a marchar o se habían esparcido por el país. En el lugar del paso de la barca, habían abierto un camino en línea recta que desde el Clondic conducía a Dawson. A media noche hice mi entrada en Fron Street y me apeé en el hotel, después de una ausencia de dos meses, con la satisfacción de no haber perdido el tiempo y de haber trabajado bien desde mi salida de la ciudad, y lleno de confianza en los resultados futuros.

JEREMÍAS LYNCH

(*Continuará.*)

PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

CAPITULO VII

En la historia de una infancia tan claustrada y tan uniforme como la mía no puede callarse una verdadera aventura como la de mi rapto en público con éxito completo. En nuestro pueblo había varios inocentes, maníacos inofensivos, que habían pasado más o menos los límites que separan las gentes insensatas de las sensatas. La opinión pública no los rechazaba; tomaba bajo su protección a algunos de ellos, de los que mi padre sospechaba que exageraban su torpeza intelectual a fin de evitar todo trabajo, como esos perros que, como sabemos todos, podrían hablar también como nosotros si no temieran tener que ganarse la vida. Miss Mary Flaw era uno de esos espíritus pobres; aunque había gozado de cierta inteligencia y de viveza de ingenio, su razón se había quebrantado y estaba completamente perturbada. Hija de un pastor retirado, vivía con unos parientes en una casita solitaria, en las alturas de Barton Cross. María Gracia y yo llegábamos algunas veces hasta allí cuando teníamos que cumplir nuestros deberes pastorales. Más adelante, cuando leí estos versos célebres, en los que el filósofo dice:

«Cuando en la vertiente de la vida me sienta declinar,—ojalá tenga la suerte—de procurarme un sillón cómodo—y una cama que domine el mar inmenso»,

pensaba instintivamente, y pienso todavía, en la elevada morada de Mary Flaw. Un pórtico cubierto de jazmines servía de abrigo a la vez contra la lluvia y el sol; pero una especie de pabellón, desde donde se veían las aguas de la bahía, daba un encanto particular a aquel lugar, que estaba amueblado con unas cuantas sillas y una mesa incrustrada de conchas. A la entrada había un cómodo sillón, destinado, supongo yo, para que descansase M. Flaw o para recordar su memoria, porque no puedo recordar si había muerto o vivía.

Las visitas a Mary Flaw hacían mis delicias. Ricibíame siempre con efusión; corría a nuestro encuentro y nos conducía, llevándonos de la mano, con un movimiento de baile, que me parecía infinitamente gracioso, hasta el pabellón de conchas, en donde nos obsequiaba con leche del Devanshire y unas galletas duras como piedras. Me gustaban mucho las charlas de Mary Flaw; me divertían sus rarezas y el tono caprichoso de su conversación, que era como una melodía que pasara constantemente de una clave a otra. Gracia decía con razón: «Nunca se sabe lo que la buena de Mary Flaw va a decir.» Y el hecho de que ella misma no lo sabía era un nuevo encanto.

El espíritu de la pobre muchacha se había perturbado a consecuencia de un desengaño amoroso; pero, naturalmente, yo no sabía nada de esto e ignoraba por completo su dolencia. Me parecía ingeniosa, original, y la quería mucho. Modestia aparte, los acontecimientos que van a seguir parecen probar que ella experimentaba la misma predilección.

Mis Flaw fue desde el principio una adepta apasionada de mi padre, y nadie la impidió nunca que viniera a nuestras reuniones, cosa que prueba la indulgencia singular de las aldeanas. Los domingos por la tarde, la mayoría del auditorio es-

taba sentada en unos bancos con respaldos, dispuestos en el centro de la sala, y que dejaban un paso alrededor; otros bancos había apoyados en las paredes. Mi padre predicaba desde un púlpito que daba frente a los oyentes. Si anochecía durante el servicio, Ricardo Moschay, cuyas blancas vestiduras lucían en la sombra, daba lentamente la vuelta a la sala, con una caja de cerillas en la mano, para encender las velas de sebo. Mary Flaw se adjudicaba el puesto de honor en el extremo del banco de la izquierda, justamente enfrente de mi padre. Miss Marks y María Gracia, entre las que yo estaba, ocupaban el lado derecho del mismo banco. Mientras que el piadoso albañil desempeñaba sus funciones, Mary Flaw tenía la costumbre de dirigirle desde su sitio, indicándole con el dedo las velas que debía encender, pero Moschay no la hacía ningún caso. Ella hacía esto de la misma manera que el clown indica en el circo a los criados cómo se ha de arreglar la escena, y Moschay se comportaba con ella como los criados se comportan con el clown.

Mary Flaw tenía otra particularidad: seguía de un extremo a otro, sin pronunciar palabra, un servicio exactamente semejante al nuestro, pero mucho más corto. He aquí cuál era el orden del servicio: Mi padre rezaba y todo el auditorio estaba arrodillado; en seguida indicaba un cántico, que casi todos cantaban de pie. Aquí colocaba la predicación, que duraba cosa de una hora, y que nosotros escuchábamos sentados; luego venía otro cántico, seguido de una oración y de la bendición.

Mary Flaw seguía este ritual, pero en menor escala. Nosotros nos arrodillábamos todos juntos; pero, cuando nos levantábamos, ella estaba ya de pie y hacía como que cantaba sin proferir un sonido; en medio de nuestro cántico, se sentaba, abría su Biblia, buscaba un texto y escuchaba una predicación imaginaria que nuestro sermón no tardaba en coger, y con el que coincidía durante casi tres cuartos de hora. De repente, mientras que mi padre continuaba tranquilamente hablando, Mary Flaw se levantaba y cantaba en silencio, si así puede decirse. Una vez terminado su canto imaginario, se arrodillaba

y rezaba, volvía luego a levantarse, recogía todos sus bártulos y salía de la capilla con majestuosa ligereza, en tanto que mi padre seguía redondeando sus períodos desde el púlpito. Nunca nadie pensó en impedir que hiciera lo que quisiese, ni en contrariar a la pobre criatura en sus inocentes caprichos hasta el día del gran acontecimiento.

Todo fue culpa mía. Mary Flaw, aquella tarde, concluyó su servicio imaginario más pronto que de costumbre. Estuvo de pie con un libro de Cánticos en la mano, y luego se arrodilló sola en actitud de recogimiento. Se levantó, se sentó un instante para ponerse los guantes, coger la Biblia y su libro de Cánticos y meter el pañuelo en el bolso. Dispuesta a marchar, miró en torno de ella con expresión amable, mientras que mi padre, siempre tranquilo, hacía vibrar su voz sobre nuestras cabezas. Yo no sé por qué los manejos de Mary Flaw llamarían particularmente mi atención aquella tarde; me incliné y encontré la mirada de la demente; ésta meneó la cabeza, contesté yo, y no sé cómo sucedió una cosa extraordinaria. Mary Flaw, con una prontitud increíble, se adelantó y, rápida como el relámpago, me cogió por el cuello de mi blusa, me arrebató a mis protectoras, paralizadas de estupor, salió corriendo de la capilla y se perdió con migo en la obscuridad.

Mi padre vió con estupefacción desde lo alto del púlpito desarrollarse esta escena, y se paralizó en seco en sus labios la oleada de sus exhortaciones. No se movió ni uno de sus oyentes; nadie más que él se había dado cuenta de lo que pasaba. Los Santos le miraban fijamente paralizados.—«¿Pero no los detiene ninguno de vosotros?»—exclamó él con voz tonante cuando franqueábamos la puerta.

Nos precipitamos entre las tinieblas húmedas, a través del pueblo no iluminado por ningún farol, hasta el lugar en que, a los pocos minutos, los miembros más ágiles de la Congregación, con mi padre a la cabeza, nos encontraron sentados en el umbral de la carnicería. La autora de mi rapto estaba ya completamente tranquila, y no se opuso a que la dejase

«sin un solo beso, si un adiós siquiera», como dijo el poeta.

Aunque por el momento no había sido grande mi susto, mis nervios quedaron sin duda quebrantados por la escapatoria, y tal vez a causa de esto debí la vuelta de las penosas visiones que sufrí en mi primera infancia. Volvieron con una fuerza y hasta con una violencia debidas a mi creciente madurez. En cuanto ponía la cabeza en la almohada, parecíame tomar parte en una desenfrenada carrera a través del espacio. Una fuerza misteriosa, que me tenía tan apretado que me sentía como un átomo entre sus lazos, me llevaba con rapidez por un puente estrecho, infinito, bajo el que un torrente rumoroso se precipitaba a ambos lados a una profundidad vertiginosa. Al principio, nuestra carrera a rienda suelta (porque yo tenía los pies y los puños ligados como Mazeppa) iba en línea recta; después empezaba a hacer curvas, y nos poníamos a correr con una velocidad y un estrépito espantosos, en un vórtice monstruoso, deslumbrador de luces, lleno de ruidos ensordecedores; enormes círculos concéntricos nos abismaban, girando por encima y por debajo de nosotros. Parecía que aquella fuerza misteriosa y yo nos precipitábamos febrilmente hacia un fin al que tendían todas nuestras energías concentradas; la desesperación que desgarraba mi corazón me mostraba la imposibilidad de alcanzar aquel fin que sólo él podía salvarnos del aniquilamiento. Allá a lo lejos, en medio de los grandes torbellinos luminosos, percibía el fin de color rubí, que crecía y disminuía alternativamente y, en el que estaban escritas, o más exactamente, que formaban las letras de la palabra Carmín.

Esta visión turbadora se repetía todas las noches, y me llenaba de un sentimiento de indecible angustia. Los detalles cambiaban muy poco, y yo sabía lo que me esperaba cada vez que me metía en la cama; estaba seguro de que durante unos minutos lucharía con mis sábanas heladas, y trataría de mantenerme despierto, pero que caería casi inmediatamente en aquel terrible reino de tempestad y violencia, en el que me encontraría atado de pies y manos, y sería lanzado al galope a

través del infinito. Me despertaba a menudo para ver con indecible alivio, a los lados de mi cama, a Miss Marks y a mi padre, atraídos por mis gritos. Me libraban de mi pesadilla, porque ésta rara vez se repetía en la misma noche, pero les apenaba mucho no saber cómo concluir con ella definitivamente. Mi padre, en su ternura, se imaginaba que iba a exorcisar al demonio con la oración. Entraba en mi cuarto cuando yo iba a acostarme, y se arrodillaba a mi cabecera. La luz de una vela puesta en la chimenea iluminaba su oscuro pelo, y, con la cara metida entre las mantas, de donde salía su fuerte voz ahogada, mi padre rogaba a Dios que me preservase de los espíritus malignos que vagan por las tinieblas e impidiera que me tragase el abismo.

Esta breve ceremonia distraía mis pensamientos, y en este sentido, tal vez hubiera podido ser útil, pero fue causa de un incidente desgraciado. Mi padre acabó por aficionarse á sus oraciones junto a mi cabecera y a prolongarlas. Quizás eran demasiado largas, pero yo lograba algunas veces, mediante un poderoso esfuerzo, mantenerme despierto hasta el final. Sin embargo, una noche, una desdichada noche, le ofendí mucho más gravemente que si me hubiera dormido; mi padre rezaba en alta voz, en la actitud que acabo de describir, y yo estaba medio sentado, medio echado, con la ropa subida hasta la barbilla. De repente, un insecto bastante grande y achatado, de color oscuro, y con más patas de las que debería tener un insecto que se respete, apareció en mi cubrepiés y avanzó lentamente. Creo que no tenía nada de espantoso y que era sencillamente un coleóptero. Pasó sin tropiezos la cabeza de mi padre, que formaba una redondez negra y lisa y trepó derechamente hacia mí, cada vez más cerca, hasta que me pareció un hormiguero luciente de cuernos y de patas. Lo soporté en silencio como fascinado, hasta que llegó casi a hacerme cosquillas en la barbilla; entonces grité: «¡Papá, papá!» Mi padre se levantó furioso, quitó el insecto (¿qué era un insecto para él?) y me zarandeó de lo lindo.

No olvidaré fácilmente la desesperación que este incidente me produjo. La vida se hace abrumadora con exceso cuando a las visiones de dentro y a los coleópteros de fuera se une el sentimiento de que se ha ofendido gravemente a Dios con una falta de respeto. Es difícil explicarme la violencia del enfado de mi padre por mi grito, sino pensando que cedió a un sentimiento de vanidad bien humana. No puedo menos de creer que gustaba él de oirse hablar a Dios ante un auditorio admirativo. Rezaba con fervor y animación, en un puro inglés johnsoniano, y creo que no soy irrespetuoso añadiendo que parecía complacerse en el sonido de sus propias devociones. Mi grito de angustia, pensaba él, había interrumpido inútilmente la santa y digna ceremonia.—¡Tu, hijo de un naturalista!—observó él con tono terrible y solemne.—¿Pretendes que te dé miedo un insecto? Eso no puede ser—añadió,—sino para evitar testimoniar tu fe en la oración. Si tu corazón hubiera hecho su elección, si suspirara por el Señor, se necesitaría algo más que los movimientos de un coleóptero para turbar las oraciones fervorosas al pie de su trono. Ten cuidado, porque Dios es un Dios celoso, y consume en su cólera al que ladra como un perro.

Mi padre se complacía en repetir en toda circunstancia: «Nuestro Dios es un Dios celoso.» Gustaba de esta expresión, que tomaba, supongo, en un sentido anticuado. Acostumbraba a decir a los Santos de nuestra Sala, con tono amable y sonriendo: «Estoy celoso de vosotros, mis muy queridos hermanos y hermanas; estoy lleno de santos celos.» Algunos de los Santos (lo sé, porque se lo oí decir a Gracia al hablar con Miss Marks) lo interpretaban así: creían que a mi padre le molestaba que algunos de ellos fuesen a la capilla Wesleyana, los jueves por la tarde. Pero mi padre era absolutamente incapaz de tener sentimientos tan mezquinos; llamaba «celos», una solicitud elevada, una vigilancia atenta, una preocupación de la dignidad espiritual de sus hermanos. Cuando me decía que no olvidase que Dios es un Dios celoso, entendía con esto, sin

duda, que mis pecados y mis faltas no eran indiferentes al Sér divino. Pero al pensar ahora en esto, hallo extraordinario que un hombre tan instruído y tan inteligente, insistiese aún sobre la cólera supuesta del Señor más bien que sobre su piedad y su amor. Nada hace mejor resaltar la falsedad de esta singular doctrina del puritanismo extremado que esta idea de un Jehovah omnipotente seriamente ofendido y pronto a vengarse por que un niño nervioso, de nueve años, haya perturbado una oración por miedo a un insecto.

El hecho de que la palabra *carmín* fuera el fin de mis anhelos visionarios, no es tan inexplicable como puede parecer al pronto. Mi padre pintaba en aquella época numerosas acuarelas que representaban los ejemplares menores y hasta los más microscópicos de la vida; los ejecutaba a la manera de los miniaturistas, con asombrosa exactitud de formas y un brillo de colorido que cincuenta años no han podido empalidecer. El más costoso de sus colores era el carmesí vivo, que se fabrica con esencia de cochinilla. Desde hacía algún tiempo, me había hecho yo un ferviente admirador de sus obras de arte y me autorizaba a servirme de todos sus colores, excepto de uno. Me tenía expresamente prohibido tocar, ni con la punta del pincel, la única masa informe de carmín que poseía. Estábamos persuadidos, pero no sé si la cosa era posible, que el carmín de aquella calidad superior se vendía a una guinea el trozo. El carmín se convirtió para mí en el sumo del lujo, en el símbolo de todo lo que el gusto, el arte y la riqueza combinados pueden producir. Me imaginaba, por ejemplo, que en el festín de Baltasar, el más alto copete de oro rodeado de flores y de joyas llevaba el más precioso tesoro del monarca: un pedazo de carmín. No conocía en el mundo objeto de lujo más apetecible que éste, y semejante obsesión, en las horas en que estaba despierto, explica suficientemente, me parece, que la palabra *carmín* fuese el tormento de mis sueños.

El incidente del coleóptero muestra la disposición de mi padre en aquella época bajo su aspecto más enojoso. Su seve-

ridad no hacía, tal vez, honor a su buen sentido, pero podría parecer más irrazonable de lo que era, si no diese yo ninguna explicación. Mi padre hubiera quizá censurado menos severamente los actos indignos de mi elevada vocación, y mi espíritu hubiera estado al mismo tiempo menos acorazado contra sus dardos si hubiese habido entre nosotros las relaciones naturales de una familia piadosa. Hubiera sido más indulgente y hubiera, sin embargo, enajenado más fácilmente mis pensamientos si me hubiese tratado como a un niño corriente fuera todavía del cristianismo consciente. Pero se había formado de mí una idea que cultivaba con cuidado: yo era para él un alma de selección, un sér al que los misterios de la salvación se habían divinamente revelado y los había aceptado. En su imaginación, demasiado prevenida, yo era un niño en quien el Espíritu Santo había ya realizado un trabajo real y permanente. Me hallaba en el cercado mismo, había alcanzado esa posición privilegiada en que las ovejas están, como teníamos la costumbre de decir, separadas de los chivos. Otro niño podía portarse muy bien, pero si no se había conscientemente «apoderado de Cristo», sus buenas acciones eran entonces absolutamente inútiles; mientras que yo podía ser un malísimo muchacho y merecer ser a menudo castigado por Dios y por los hombres, sin que nada, según mi padre, pudiera invalidar mi elección y me impidiese ser más o menos pronto, quizá incluso después de muchos reveses, vuelto al estado de gracia.

La paradoja entre esta indiscutible santificación por la fe y mi malignidad, no menos indiscutible, preocupaba mucho a mi padre en aquel momento. Hacía de ello un frecuente tema de intercesión en los rezos de familia, y no temía revelar a nuestras criadas mis ofensas, que exponía, con melancólica sanción, ante el Señor. Estaba íntimamente convencido de que todas mis dolencias, todos mis males, todos mis dolores, me eran enviados para corregir mis defectos. Si me quemaba un dedo con un fósforo o me cogía la punta de la nariz en una puerta (para no mencionar sino dos tropiezos que acuden a mi

memoria), mi padre exclamaba solemnemente: «¡Oh! ¡que estas aflicciones puedan ser santificadas para él!», antes de ofrecer un remedio a mi dolor; así es que cuando sufría cruelmente, casi hubiera deseado ser un niño impío, que no hubiese oído nunca hablar de los privilegios de la gracia redentora; decíame que tal niño no estaría sujeto a ninguna de las calamidades de que parecía estar sembrado mi camino.

No tenía, sin embargo, ninguna idea de lo que podían ser los sentimientos y la conducta de otro niño, porque, por raro que esto pueda parecer, hasta eso de los diez años, no conocí a criatura alguna de ese género. Los *santos* tenían niños, pero nunca se me había llevado a cultivar su compañía, y yo no tenía de ello el menor deseo. En los primeros meses de 1859, se me permitió, en fin, tratar a un niño de mi edad. Este permiso, por lo que me acuerdo, no me produjo el menor contento; lo acepté con filosofía, sin el apresuramiento y la satisfacción que se hubiera podido esperar que demostrase. Mi primer compañero fue un niño casi de la misma edad que yo, que se llamaba Benny (evidentemente abreviatura de Benjamín), Benny Jeffries; su madre (creo que no tenía padre) era una persona grave y seria, que poseía cierta holgura. Vivía en una casa más antigua y mucho mayor que la nuestra. Ir a jugar a casa de Benny, significaba un paseo que se me permitía ahora hacer solo, lo que me inspiró un grandísimo respeto para mí mismo.

Todo en mis recuerdos parece estar en contradicción con lo verosímil; evidentemente yo hubiera debido estar sumamente satisfecho y orgulloso de estas primeras relaciones con un muchacho de mi edad. Sin embargo, en verdad, no puedo decir que fue así. La madre de Benny poseía lo que me parecía una vasta finca con prados que rodeaban tupidos bosquecillos y un huerto en el que había antiguos árboles frutales. Lo grato de este lugar, lleno de césped y de sombra, complacía a mis sentidos, que chocaban con la fría desnudez de nuestro terreno. Había entre el jardín y la huerta una pared de ladrillos, a la que podíamos subir y desde la que teníamos una vista panorá-

mica que me embelesaba en extremo. Pero no tenía la menor idea de cómo se jugaba, por no haber oído hablar nunca de ningún juego. Creo que Benny carecía de iniciativa casi tanto como yo. Vagábamos por el jardín, sacudiendo las malezas, escalando la pared; no recuerdo que hiciéramos nunca otra cosa. Desgraciadamente, no podría repetir ninguna frase salida de los labios de Benny; no me acuerdo de ninguno de sus actos, de ninguno de sus gestos, si bien me acuerdo perfectamente del aspecto de ciertas personas mayores y hasta de las palabras que han pronunciado.

Recuerdo, por ejemplo, muy bien a Miss Wilkes, porque la estudiaba con mucha atención y un recelo impropio de mi edad. Con Miss Wilkes, se impone a nuestra observación un género de mujer que hasta entonces nos había sido completamente extraño. En nuestro Edén sin Eva, la mujer había sido siempre, si no *hirenta et hórrida,* por lo menos «de cierta edad». Pero Miss Wilkes era relativamente joven, y en su manera de presentarse veíase que tenía conciencia de sus encantos. Todo en ella era femenino e impulsivo; cada gesto hablaba de inocencia juvenil y de una vida en su primavera. Imagino que en realidad no era ya de una extrema juventud, porque era la directora responsable y considerada de un gran colegio de niñas; pero en su corazón cantaba la alegría de vivir. Miss Wilkes tenía una carita redonda con ojos húmedos, y, cuando alzaba la cabeza, sus rizos parecían balancearse y vibrar como las campanillas de una pagoda. Tenía una manera encantadora de juntar las manos y apretarlas contra su pecho diciendo: «¡Oh! ¿de veras?», con seducción infinita. Era muy seria y suspicaz, y exclamaba a veces, suplicante: «¡Oh! ¿me dice usted eso para embromarme?», con un tono que hubiera llevado a un tigre a frotarse contra sus faldas.

Al cabo de un año, pasado en el retiro más absoluto, nuestro círculo de conocimientos empezaba, a lo que parece, a extenderse, a pesar de la repugnancia que tenía mi padre a entrar en relaciones con sus vecinos. Era una ciudadela que

había que tomar a la fuerza; pero su presencia en el país excitaba tal curiosidad, que se concluyó poco a poco por intentar el asalto, a veces con cierto buen éxito. Carlos Kingsley, por su parte, no había vacilado en venir a vernos en cuanto llegamos. Veíase obligado a ir a menudo a la casa más cercana de la nuestra, y, cada vez que lo hacía, entraba a saludarnos. Demostró una persistencia extraordinaria, porque mi padre debía de ser un amigo de prueba. Recuerdo muy bien que una mañana de la semana en que mi padre examinaba, en nuestra sala, apenas amueblada, a las personas que aspiraban a tomar parte en la comunión, vinieron a anunciarle la visita del señor Kingsley; mi padre replicó con voz estentórea:

—Diga al Sr. Kingsley que estoy ocupado en examinar la Escritura con algunos de los hijos del Señor.

Minutos después, al arrodillarme junto a la ventana, mientras que mi padre rezaba una oración antes de despedir a los candidatos, observé al autor de *Hypatia,* que se paseaba nerviosamente por el jardín, muy agitado e impaciente, prefiriendo sufrir aquel feo antes que renunciar al trato de mi padre. Kingsberg, espíritu atrevido, nos llevaba a veces en lancha a Torbay; y, aunque su nariz de pico de loro y su voz de carraca me asustasen un poco, su presencia animada aportaba alguna alegría a nuestro interior tan serio.

¡Pero cómo nos molestaban los otros visitantes que imitaron a Kingsberg sin tener las mismas excusas que él! Generalmente nos encontrábamos, mi padre con su microscopio, yo delante de un libro o de un mapa, en la sala del piso bajo, que llamábamos cuarto de estudio. El silencio era tan grande alrededor nuestro, que se hubiera oído suspirar a una anémona de mar. De repente sonaba una campanilla, y mi padre, con el ceño fruncido, murmuraba en voz baja: «¿Quién será?» Luego, al oír pasos que se acercaban, huía por el terrado hasta un cobertizo del jardín, en donde se refugiaba. Si el que llegaba era solamente el cartero o el recaudador de contribuciones, iba yo en busca de mi asustado padre para volverle a casa. Pero si

realmente era una visita, y sobre todo una visitante, tenía yo el privilegio de usar del equívoco, y decía, con aire inocente: «Papá ha salido.»

En un paraíso tan bien guardado, no sé cómo logró deslizarse «aquella serpiente de Miss Wilkes», pero el hecho es que penetró en él. *Rompía el pan* con los hermanos del vecino pueblo, desde donde dirigió movimientos estratégicos que, hasta cierto punto, fueron coronados de éxito. Declaró que la ciencia del microscopio la interesaba vivamente, y deseaba que algunas de sus jóvenes alumnas pudieran también estudiarla. Llegaba en compañía de una madre insignificante y de niñas a las que yo tenía a veces que enseñar, sin ganas, nuestros ejemplares de Historia Natural. Invadían el cuarto y turbaban nuestra tranquilidad con el rumor de su charla. Todas me eran insoportables, y me sentí singularmente atraído hacia Miss Marks cuando descubrí que experimentaba respecto de ellas igual antipatía.

Cualesquiera que fuesen los ascendientes que pusiera en práctica, no se puede negar que Miss Wilkes poseía cierto ascendiente. Ahora, cuando sonaba la campanilla, estaba yo encargado de ir a ver si era ella, antes de que mi padre se refugiase en el cobertizo. Miss Wilkes era una oyente a la que nada desalentaba, y mi padre tenía el genio de la enseñanza. Ella no se cansaba de repetir que desde que nos había conocido, se habían revelado a sus ojos las maravillas de Dios en la naturaleza. Permanecía obstinadamente contemplando formas horribles en el microscopio, hasta que el anillo de plata que formaba la gota de agua estallase como un relámpago y se disipara en vapor.

—¡Ah!—exclamaba a menudo Miss Wilkes,—no puedo decir más que una cosa: ¡Qué maravillosas son Tus obras!

Esta exclamación era siempre muy bien recibida. Aprendió los nombres latinos de varias especies de anémonas, y, al pensar en ello, me parece muy raro que se turbara la pobre mu-

chacha. Estaba como pendiente de los labios de mi padre, y citaré un ejemplo que aclarará muchas cosas.

Mi padre tenía una manera extraordinaria de decir cuanto se le ocurría; declaró un día (supongo que se hablaba de modas) que para él, el blanco era el único color admisible para las medias de una dama. Las medias de Miss Wilkes habían sido hasta entonces de color violeta oscuro, pero en adelante llevaba siempre medias blancas cuando venía a visitarnos. Miss Marks se lo hizo observar a su confidente en términos que creía ser velados, y yo comprobé la observación en los tobillos de Miss Wilkes. Miss Marks añadió con aire misterioso:

—Entre nosotras, mi querida Gracia, esa Miss Wilkes es una *minx*.

Yo tenía siempre mucha curiosidad por conocer el significado de las palabras, y *minx* era completamente nueva para mí. Busqué en nuestro diccionario inglés, y encontré esta definición: *Minx* (1), hembra del minnock; una insolente cortesana.

La cosa no aclaró mis ideas.

Que Miss Wilkes fuese una minx, o sencillamente una maestra bien intencionada, deseosa de distraer una existencia monótona, hízonos a menudo salir de nuestras casillas. ¿Conocía mi padre el peligro que corría? Según Miss Marks y Gracia no lo veía, y en el cuarto de costura, habitación que les servía de oratorio particular en verano, se elevaron numerosas plegarias para pedir que los ojos de mi padre «se abriesen antes de que fuera demasiado tarde». Pero estoy inclinado a creer que estaban siempre abiertos, o por lo menos, entreabiertos, y que se deslizaba bajo sus párpados bastante luz para iluminar el fondo práctico de las cosas. Más adelante, cuando le recordaron a Miss Wilkes, dijo con cierta complacencia: «¡Ah, sí! Me procuró muchas distracciones durante mi viudez.» Iba él a veces al colegio, cuyo jardín, que fue un tiempo el teatro de un crimen, se hallaba pintorescamente situado sobre el borde de

(1) Nutria; en sentido figurado, mujer casquivana.

un acantilado. Llevábame siempre y no me soltaba en estas visitas, a pesar de la solicitud de Miss Wilkes, que temía que el cansancio y la excitación fuesen demasiado grandes para las fuerzas «del querido pequeño», y quería hacer que descansara un poco en el sofá del salón.

Por esta época empezó a discutirse la cuestión de mi educación. Y no era prematuro el asunto; Mis Marks se mostraba desde hacía ya mucho tiempo completamente insuficiente en este concepto, puesto que sus escasos conocimientos se evaporaban, supongo, como la gota de agua bajo el microscopio, a medida que se extendía el campo de sus deberes ordinarios. Los asuntos que me gustaban y sobre los que poseía libros, me los enseñaba yo mismo asiduamente; en cuanto a los otros asuntos, mucho más numerosos, no los aprendía nada. Como Aurora Leigh,

> Rocé con la punta del volante
> el círculo del Universo,

particularmente la zoología, la botánica y la astronomía. No toqué la geología, ciencia que mi padre consideraba como tendenciosa para fomentar la incredulidad. Copié una gran cantidad de mapas, leí todos los libros de viajes que pude encontrar; pero no aprendí ni las matemáticas, ni las lenguas extranjeras, ni la Historia, a riesgo de quedarme groseramente ignorante en estas importantes materias.

Costaba esto a mi padre un sacrificio de tiempo; pero comprendió que debía hacer algo para llenar estas lagunas. Empezamos el latín en un librito de lecturas del siglo XVIII, que había servido a mi abuelo. Consistía en una lista de palabras y de feos cuadros de conjugaciones y declinaciones, presentados de la manera menos atractiva posible. Me instalaban en el cuarto de estudio para que me aprendiese una larga página de esta compilación, bajo el cuidado de mi padre, que escribía o pintaba. En verano, la ventana estaba abierta, y mi silla al lado. Afuera, una abeja sacudía un macizo de clemátidas, o una mariposa roja abría y cerraba sus alas en la caldeada ba-

randa del terrado, o bien un mirlo atravesaba, corriendo, el césped. Era casi más de lo que la Naturaleza humana puede soportar, el permanecer inclinado sobre aquel tedioso librito latino con sus tapas de piel de cordero, que olían a cola.

Pero me vi recompensado de este heroísmo con un placer delicioso y completamente inesperado. A fuerza de oírme repetir las letanías de nombres y verbos, mi padre sintió revivir en él el recuerdo de sus clásicos. Durante los años solitarios que pasó antaño a orillas de las cataratas, en la parte del Canadá que confina con los territorios pantanosos de las Indias del Oeste, su Virgilio fue para él un inestimable consuelo. Para las gentes de una piedad exagerada, hay algo reprensible en la mayor parte de los escritores de la antigüedad: Horacio, Lucrecio, Terencio, Cátulo, Juvenal. En cada uno hay un lado que rechaza el lector decidido a no saber más que Cristo y Cristo crucificado. Sin embargo, se ha reconocido desde tiempo inmemorial, en la Iglesia cristiana, que esta objeción no se aplica a Virgilio. Es el más evangélico de los poetas antiguos, el que se puede disfrutar sin tener mucho que suprimir o que excusar. Una tarde, mi padre tomó el *Virgilio* de lo alto de su biblioteca, y sus pensamientos erraron muy lejos de las cosas que le rodeaban. Viajaba de nuevo en el pasado. Aquel libro (edición *ad usum Delphini*, fechado en 1798) le había seguido en todos sus viajes. La cubierta, de piel de cordero, tenía un arañazo hecho por una espina en un bosque de Alabama. Y en el crepúsculo, al cerrar el volumen, olvidado de mi presencia, empezó a murmurar y a recitar de memoria estos versos adorables:

Tityre, tu patulo recubans sub tegmine fagi (1).

Dejé mi juego y escuché, como si fuera el canto del ruiseñor, hasta este pasaje:

(1) Tityre, sentado al abrigo de esta amplia haya.

Tu Tityre, lentus in umbra.
Formosam resonare doces Amaryllida silvas (1).

—¡Oh, papá! ¿Qué es eso?—no pude menos de preguntar. Tradujo los versos, me explicó su sentido, pero esto no excitó en mí sino un mediano interés. ¿Qué me importaba la hermosa Amaryllis? Ella y su enamorado Tityre no despertaban ninguna imagen en mi espíritu.

Pero se me había revelado un milagro: la incalculable, la maravillosa belleza que existe en el sonido de los versos. Mi instinto prosódico se había despertado repentinamente aquella tarde, mientras que mi padre y yo estábamos solos, sentados en el comedor, después del té, sin pensar en exhortar o en aprender. La armonía de los versos «esa brisa que juega en medio de las flores», como dice Coleridge, descendía de las rosas, como lo hubiera hecho una mariposa, y mi corazón se sintió desde aquel momento presa para siempre de su encanto mágico. Hice que mi padre, un poco asombrado de mi insistencia, repitiera los versos varias veces. Al fin, mi cerebro pudo retenerlos, y cuando andaba por el jardín de Benny, o me inclinaba a los estanques que deja la marea a orillas del mar, oía en todo mi sér resonar este verso:

«Formosam resonare doces Amaryllida silvas.»

CAPITULO VIII

En el capítulo anterior me he detenido en recordar algunas circunstancias más bien fútiles de nuestra vida de entonces. Necesito ahora considerarla bajo un aspecto menos frívolo. Mientras que avanzaba mi décimo año, mi carácter se desarrollaba de una manera que podía inspirar a mi padre, si no alguna inquietud, por lo menos serias reflexiones. Mi inteligencia

(1) Tu Tityre, muellemente tumbado a la sombra.—Enseñar a los bosques a repetir el nombre de la bella Amaryllis.

tomaba manifiestamente cierto vuelo, y nuestros visitantes se lo hacían observar a mi padre. Crecía yo rápidamente. Hasta entonces no había sido más que un niñín. En adelante, no debía ya parecer de menos años que los que tenía. A juzgar de las cosas retrospectivamente, no creo que se produjese también un súbito desarrollo de mi inteligencia. La transformación me parece haber sido más bien de orden social. Reservado, tímido y taciturno hasta entonces, gustaba de alejarme de los demás. Ahora bien; el décimo año de mi vida me trajo, como el despliegue de mi individualidad, hasta el punto de hacerme sociable y locuaz. Y de que ahora decía yo en voz alta lo que antes había pensado quedo, dedujeron probablemente los que me rodeaban, sorprendidos del cambio, que yo crecía en inteligencia. Porque, de que yo cambiase entonces, no hay duda. Pero creo que la modificación fue mucho más física que intelectual. Mi extrema fragilidad se atenuó, fragilidad por lo demás aparente, porque mi delgadez no impedía mi robustez. Dormía mejor, y, por lo tanto, mi nerviosidad era menor; comía más, lo que me dió mayor corpulencia. Sin duda, continué pareciendo todavía lo bastante grácil para que me fuese habitual oír decir delante de mi: «Este querido niño no ha de estar mucho tiempo en la tierra»; pero esta delizadeza de aspecto no era sino la continuidad de un hábito grato a mi organismo, era una diafaneidad que dejaba transparentar, no lo que el porvenir me reservaba, sino más bien lo que el pasado me había obligado a sufrir.

El crecimiento de la actividad de mi sistema cerebral se afirmaba por la imitación directa, lo que creo que es una feliz manifestación de la salud del espíritu. La savia de lo que se llama «originalidad» se lleva en nuestros días a tal exceso, que no se augura bien del porvenir de un niño que no se ensaya en cosas absurdas e insólitas. Desde sus primeros pasos, repítese a la ambiciosa personilla, que las únicas recetas con las que se llega al genio, son abrirse un camino cuya aventura no haya intentado nadie todavía, realizar con facilidad lo que los

otros se hallan en la imposibilidad de hacer: crear nuevas formas de pensamiento y de expresión; de suerte que al tratar de librarse de todo parecido con sus predecesores, el individuo cae en seguida en la excentricidad y la fatuidad. Y he aquí lo que se continúa llamando originalidad. Aunque ésta sea la opinión corriente, tengo por cierto que la actividad normal de un espíritu infantil no es el esfuerzo hacia prodigios inauditos, sino la imitación fiel y atenta de lo que se dice y lo que se hace a su alrededor. El hijo de un gran escultor jugará en el taller paterno, y armado de un clavo, intentará esculpir una cabeza en un fragmento de mármol, de lo que no habrá que deducir que el niño será también escultor. Un político verá a su hijo celebrar sesión con una fila de sillas vacías, y pronunciar discursos a un senado imaginario. En cuanto a mí, hijo de un hombre que miraba por un microscopio y que reproducía en seguida pintando lo que veía, no deseaba otra cosa que observar por mí mismo y pintar después mis observaciones. Esto, ¡ay!, no quería decir que estuviese dotado para llegar a ser nunca un miniaturista o un sabio, sino sencillamente que mi inteligencia de niño manifestaba su actividad tratando de moldearse sobre la energía más próxima a la suya.

En el dominio profano, esta voluntad de imitación se afirmaba con la elaboración de pequeñas monografías sobre los representantes de la fauna marina. Ordenaba mi trabajo, lo dividía, lo disponía, siguiendo en esto, en cuanto me era posible, los modelos que me proporcionaban las noticias compuestas por mi padre para su *Actinología Britannica*. Copiaba en seguida lo que había escrito, en hojas de papel de un tamaño igual al del libro que contenía la obra paterna; después ilustraba mi obra con acuarelas, en las que creía rivalizar con las precisas y exquisitas ilustraciones de las que era autor mi padre. Existen todavía uno o dos de estos groseros manchones, y cuando me pongo hoy a considerarlos, no es la mayor o menor habilidad del joven artista lo que me choca, sino más bien la perseverancia y la paciencia que revelan, la evidente

tenacidad de un trabajo minucioso. Mi padre era completamente ajeno a la elección de mis manchas, porque, a decir verdad, no me aprobaba nada. También él se había contaminado con la herejía de la «originalidad». Así es que me animaba, no a imitarle, sino a salir al jardín o llegarme hasta la orilla, para descubrir el nuevo objeto de una nueva descripción. Esto me era absolutamente imposible: yo no poseía ninguna iniciativa. Hoy comprendo muy bién por qué mi padre, a pesar de demostrarme indulgencia y bondad, me desviaba de tales trabajos. Exigían un gasto de tiempo considerable, y ciertamentamente, tenía razón mi padre para creer que era un gasto estéril. Además, eran la parodia más bien que la imitación de su obra, porque imaginaba yo nuevas especies ornadas de manchas de zafiro con tentáculos carmesíes y anillos de ámbar, bastante parecidos, a pesar de todo, a especies reales para ser desconcertantes. Acababa él de ordenar concienzudamente los rebaños del Océano, y cuando caía sobre mis fantásticas variedades, no me choca que se quedara perplejo. A no haber sido por mi inocencia y la seriedad de mi carácter, hubiera podido creer que me burlaba de él.

Estos laboriosos ejercicios que, sin razón ciertamente, se calificarían de excursiones al dominio de la ciencia, me ocupaban una gran parte del tiempo. Detrás de la casa había un cuartito en donde se amontonaban baúles vacíos y objetos que no se usaban. Había allí una mesa. Llevé un taburete, y de aquel triste lugar hice mi gabinete de trabajo. Solo, y sin el menor ruido, pasaba yo allí diariamente tantas horas, que la curiosidad, si no la desconfianza de mi padre, le impulsaba a veces a entrar a ver lo que hacía. Siempre me encontraba inclinado sobre la mesa, con mi pluma en la mano, a menos de no estar ocupado con mi caja de pintura y un vaso lleno de agua turbia—absorto en mi trabajo como un estudiante chino encerrado en su celda de examen.

Hubiera podido creerse que se trataba de alguna apuesta, si alguno de los miembros de nuestra piadosa casita hubiese

podido imaginar nunca tan culpable acción. Procedía a mi trabajo con lentitud y esfuerzo. A fin de contener los caprichos de mi letra, me veía obligado, no solamente a regletear mis páginas, sino también a imaginarlas. El asunto no se prestaba a los desarrollos, por lo que me veía constantemente precisado a tomar literalmente frases de las publicaciones de mi padre. Hoy, me parece singular, que desalentado por todos los que me rodeaban, intimidado por el laborioso esfuerzo necesario para llevar a bien el proyecto que había concebido, perseverara, no obstante, en una tarea tan rara como fastidiosa, que hasta se convirtió en pasión tan absorbente, que llegué a descuidar todo otro estudio y todo otro recreo.

La primavera se encaminaba hacia el verano, y mi padre subía ahora frecuentemente a mi retiro para echarme a tomar el sol. Pero no tardaba yo en volver subrepticiamente a m idea fija. Mi padre estaba muy contrariado, y Miss Marks, que no veía en todo esto sino pura pereza, me reñía con vehemencia. Hasta hubiera tenido ella una verdadera satisfacción en hacer pedacitos escritos y pinturas para dedicarme a alguna tarea útil. Con su vigorosa confianza en la naturaleza individual, mi padre no podía compartir aquella manera de ver. Mi rara manía le interesaba, y no podía resolverse a condenarla en absoluto. Parecíale lastimosa, sin embargo. Así, pues, juzgo hoy evidente que esto fue la causa de la revolución que trastornó nuestra política doméstica, puesto que condujo a mi padre a animarme a que buscara compañeros, cosa que hasta entonces había desaprobado. Comprendió que yo no podía pasarme todo el tiempo en un cuartucho mal aireado, ocupado en redactar solemnes y ridículas comunicaciones, imitadas de aquellas cuya lectura había oído la «Linnoan Society». Después, la torpeza de mis pinturas le contristaba. No mostraba yo, en efecto, ninguna disposición nativa. Mi padre quiso entonces enseñarme los principios de su arte de la miniatura aplicada a la Historia natural. Vime obligado, con profunda humillación, a dejar mis grotescas monografías para trabajar

a la vista de mi padre, y pintar, con arreglo a una de sus obras, un suntuoso pájaro de los trópicos en pleno vuelo. Secundado por mi hábito de imitación, concluí, a la larga, por hacer un trabajo que se hubiera podido mirar como promesa de algo, si no fuese obra, pincelada por pincelada, tinte por tinte, de la voluntad de un maestro obrero.

Todo esto comporta cierto absurdo, y, sin embargo, creo poder desprender su valor. Es un error ciertamente el buscar, en un porvenir inmediato, los resultados de tal o cual educación. Lo que se trata de hacer que penetre en el espíritu en la época de la primera infancia, es a menudo la parte de educación que más débilmente concurre a la formación del carácter, y cuya importancia es, por lo tanto, la menos duradera. Mis trabajos no lograron transformarme en zoólogo, y la multitud de mis dibujos y descripciones no me ha impedido ignorar lamentablemente la anatomía de una anémona de mar. Sin embargo, no podría considerar como inútil la disciplina mental. A ella le debo haber aprendido a concentrar mi atención, a precisar las diferencias, a definir, a ver exactamente y a dar a las cosas sus nombres precisos. Además, adquirí la costumbre de terminar todo trabajo empezado, cualquiera que fuese, sin moderar mi impulso, al mismo tiempo que decreciese el interés o lo pintoresco de mi tarea, yendo, por el contrario, desde el principio hacia un fin definido, claramente percibido. Creo que cualesquiera que sean los dominios que se hayan abierto, en lo sucesivo, a la actividad de mi inteligencia, me ha sido precioso haber disciplinado así mi espíritu. Lo que no me impide reconocer que el método que empleaba a los diez años para obtener este resultado era más bien raro.

Mi estado espiritual era entonces, para mi padre, motivo de vivas preocupaciones. Encerrado en su conciencia, de la que habían condenado la mayor parte de las entradas, a fin de vedar el acceso al mundo, a los placeres y a sus energías, continuaba sus investigaciones científicas sin tener que habérselas con el pecado. Jamás la tarea a la que se había consagrado al

coleccionar las muestras de la fauna marina que recogía en los charcos de agua dejados por el mar en la marea baja, y al escribir luego sobre ellas monografías que comunicaba en seguida al gran público científico, jamás esta tarea le pareció incompatible con su vocación religiosa. Esto era una suerte, porque su conciencia era tan delicada, y de una delicadeza tan morbosa, que si se le hubiera ocurrido alguna vez semejante idea, seguramente habría abandonado sus investigaciones, y se hubiera quedado sin empleo en actividad. Pero, por fortuna, legitimaba sus trabajos, viendo en ellos la glorificación de la obra divina. En la introducción de su *Actinología Britannica*, que escribió por esa época de mi vida, la frase con la que confiaba al mundo el resultado de su labor, no tiene, a lo que creo, igual en ningún tratado de biología, de erudición tan especial y de información tan precisa. Si publica su libro, es—declara él—«como un nuevo homenaje humildemente consagrado a la gloria de Dios, Uno y Trino, maravilloso en sus designos y admirable al realizarlos». La investigación científica, conducida con toda sinceridad desde este punto de vista particular, se convertía en un esfuerzo cotidiano para hallar e interpretar las afirmaciones del *Credo* dominical.

Mis facultades, de las que he dicho su vuelo, se habían lanzado, no solamente hacia los objetos profanos, sino también hacia los religiosos. Aquí también, cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que era impulsado por el espíritu de imitación. Me abría al ardiente fervor paternal de tal suerte, que mi padre se mostraba satisfecho. No se le había escapado mi esfuerzo para tomar más ampliamente posesión de la vida. Observaba cómo las diversas actividades de mi sér se dispersaban en todas direcciones, y su principal preocupación fue mantenerme en estado de gracia. En mis primeros años, mi carácter se había defendido de sus ideas, en ciertos puntos, con una resistencia pasiva. Lo que no había yo cuidado de acoger, lo dejaba resbalar sobre mi espíritu con ese curioso procedimiento de que usan todos los niños cuando no quieren recibir una impresión,

para lo que aumentan, por decirlo así, el espesor y la densidad de su espíritu, y de este modo alcanzan con su estupidez la victoria que no les hubiera podido dar la insuficiencia de su argumentación. Creo que esta táctica fue a menudo la mía, y que mi padre tropezó frecuentemente con el muro de mi obstinación, aunque, en otros asuntos, mi naturaleza estuviese abierta y fuese dócil a su influencia; pero, en el transcurso de mi décimo año, triunfaba la facultad de imitación, y nada me parecía tan atractivo como el camino en el que cada uno de los que me rodeaban esperaba encontrarme. Luego, si alguna duda subsistía, no podía ser respecto a mi consagración, sino más bien la posibilidad de mirar como natural el alto grado de receptividad y de aptitud de que yo estaba dotado, a pesar de mi extrema juventud.

Ante esta coyuntura, mi padre creyó que debía intentar un formidable esfuerzo. Quería asegurarse de mí completamente, definitivamente, antes del alba de la pubertad, antes de que mi alma se hubiera dejado enlazar por el amor de los bienes carnales. Creía que si lograba colocarme en el mismo plano que los «Santos», e identificarme, por decirlo así, con ellos, me aseguraría una existencia vívida, de conformidad con la de ellos también. Equipado así por adelantado con todas las armas de una vida santificada, podría desafiar con toda seguridad el asalto de las fuerzas paganas de la adolescencia. En suma, quería que la comunidad de los Hermanos me recibiera en su seno en calidad de adulto. Muchos obstáculos se alzaban en el camino, y los Antiguos de nuestra capilla se lo hicieron observar con mayor o menor audacia. No se dejó detener por nada. Lo que eran esas dificultades, lo que fueron los argumentos a que él apeló para vencerlas, he aquí lo que necesito decir, pues en torno de lo que suceda ahora se organizarán para lo futuro nuestras mutuas relaciones de padre y de hijo.

En sus conversaciones con los campesinos de la vecindad, entre los que hacía una activa propaganda, mi padre insistía siempre sobre la necesidad de la conversión. Necesitábase un

nacimiento nuevo, la formación de un nuevo sér, una nueva creación de Dios. Quería él que esta crisis se manifestase por la elevación súbita y definitiva del sér interior. Una piedad activa y prolongada, una contrición profunda y verdadera formaban, sin duda, como el prólogo natural y conveniente de la conversión, pero no eran la Conversión. Muchos se detenían en el umbral de la regeneración, a menudo durante muchísimo tiempo. Mi padre los apremiaba ardorosamente para que dieran el paso definitivo; los Antiguos los gratificaban con explicaciones, exhortaciones y oraciones. Tales almas estaban en estado gracioso, pero no en estado de gracia. Si la muerte los hería súbitamente, forzoso les sería marchar en estado de no conversión, y todo lo que se podía decir en su favor reducíase a expresar la vaga esperanza de que se beneficiarían de gracias que Dios no había estipulado cuando promulgó su alianza con su pueblo.

Pero, en cierto día, en una hora, en un minuto particulares, si les estuviera concedido vivir, podía serles revelado el camino de la salvación tan manifiestamente accesible, que esas almas se sentían en condiciones de entrar por él instantáneamente. Sólo que era un privilegio que había que tomar conscientemente, así como se toma un dón de la mano que os lo ofrece. Este acto constituía el acto mismo de la conversión, y por haber así acogido la divina gracia, era en adelante un hijo de Dios el que, un minuto antes, veíase todavía el hijo de la cólera divina. Lo que había que reemplazar era el fundamento mismo sobre el que descansa la naturaleza humana, y esta situación se operaba repentinamente de una manera visible y manifiesta en la mayoría de los casos.

Aquí, en efecto, mi padre admitía que hubiese posibles excepciones. La letra de la ley era: «Si un hombre no tiene el espíritu de Cristo, no es de sus discípulos.» Ahora bien; por regla general, nadie podía poseer ese espíritu de Cristo sin hacer consciente y entero abandono de su alma, y, por grande que hubiera sido el cuidado con que se hubiere preparado, cuales-

quiera que hubiesen sido las lágrimas y los remordimientos por que hubiera pasado, tal abandono no se había efectuado, no podía efectuarse sino en un momento dado. En un sentido esotérico y casi simbólico, la fe era una necesidad de orden interior, un estado del corazón, y nunca podía ser la consecuencia del razonamiento. Mi padre, en esto, no se separaba en ningún punto de la estricta doctrina ortodoxa de las iglesias protestantes, y mantenía las exigencias de éstas a su manera, con particular severidad. Este estado de corazón, esta aceptación voluntaria suponían evidentemente una conciencia entera y una inteligencia precisa de los valores, según los que se jerarquizan las contingencias de la vida. Una persona de humilde cultura podía, sin duda, llegar fácilmente a esta clara visión; pero todavía era indispensable que estuviese verdaderamente en posesión de un pensamiento independiente; en otros términos, que fuese más o menos un adulto. ¿No es preciso que el hombre y la mujer que desean beneficiarse de los privilegios de la conversión sean capaces de comprender y percibir el fin al que tiende su educación religiosa?

Difícilmente se imaginaría el trabajo que se tomaba a menudo mi padre para llegar a decidir si podía admitir a la comunión candidatos inhábiles para expresarse. Un inofensivo y humilde proletario acababa de rogarle que le permitiese «romper el pan»; únicamente haciéndole preguntas que sugerían con fuerza las respuestas esperadas, era posible llevarle a que confesase su fe en Cristo. Recuerdo que un día, mi padre, al final de una larga conversación, a puerta cerrada, con un obrero agrícola, ya de edad, salió al fin de su gabinete con aspecto de extremo cansancio, y como le interrogáramos, contestó encogiéndose de hombros: «He tenido que meterle, por decirlo así, en la boca el nombre, la sangre, la obra de Jesucristo. Preciso es reconocer que por fin me ha dado su asentimiento y muy cordialmente... Pero confieso que me desalentó cruelmente su pobre inteligencia.»

Había o podía haber convertidos de otra especie. Eran los

creyentes a los que un impulso precoz, el aislamiento del mundo y la solicitud de los padres piadosos, habían familiarizado tan pronto con la idea de aceptar el dón de Cristo, que su conversión se había realizado en una edad extraordinariamente precoz, cuando nadie podía advertirlo y nada tampoco lo había indicado. Hubiera sido vano, en caso semejante, esperar la repetición del fenómeno. El fuego celeste no baja dos veces. El carbón ardiente toca una vez los labios y una vez solamente. Desde este punto, si los espíritus elegidos tan temprano debieran ser excluídos de la comunión, porque los signos del nuevo nacimiento no se manifiestan con ellos a la edad de la razón, forzoso les sería continuar su camino en el frío de fuera. Así, pues, cuando no es posible dudar de que están en posesión de la salvación, hacerles esperar es inútil y peor todavía. Aunque no se haya registrado y la memoria no lo recuerde, el hecho de la conversión debe aceptarse como probado hasta la evidencia por la confesión de fe. En seguida, pues, de que la inteligencia esté manifiestamente desarrollada, el convertido no solamente puede, sino que debe ser admitido a comulgar, aunque su organismo físico no haya alcanzado todo su desarrollo, hasta cuando por sus años fuera todavía un niño. Tal era mi caso, por lo menos así lo creía mi padre, y en esta categoría de seres excepcionales, se le había puesto en la cabeza asegurarme un puesto.

EDMUNDO GOSSE

(Continuará.)

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Literatura: La moral de Homero.=Costumbres: Los clubs excéntricos de Londres.=Música: Dos campañas de Berlioz.=Tanatología: Muerte y resurrección.=Bellas artes: Educación musical de las jóvenes.=Impresiones y notas: Derechos de autor.—La regencia de la emperatriz Eugenia.—Lamartiniana.—La vida de Guillermo II.

LITERATURA

La moral de Homero.—Al acabar de leer a Homero, Emilio Faguet ha sentido, naturalmente, deseo de tratar imparcialmente la cuestión de la moral que se desprende de la *Ilíada* y la *Odisea*. Desde Horacio ha sido tenido Homero por el mayor moralista del mundo, y todavía San Basilio estimaba que la poesía en Homero es un perpetuo elogio de la virtud. Para los críticos del siglo xvii los poemas homéricos son poemas de tesis: la *Ilíada*, para probar que no hay que dividirse ante el enemigo, y la *Odisea* para demostrar que hay que amar a su país.

Lo que hay de interesante en Homero, aparte de su genio de poeta, es que pinta un mundo en que la moral no existe, o, por lo menos, un mundo que está en el mínimum de la moral; en los poemas homéricos hay algunos átomos de moral, átomos en germen; pero la impresión general es la de hallarnos en presencia de un pintor muy exacto, muy preciso, de pueblos que

no tienen moral ninguna. Es indudable que la lectura de la *Ilíada* deja en el espíritu del lector la idea de que no hay que dividirse ante el enemigo, y la lectura de la *Odisea* la de que *hay personas* que quieren bien a su patria, prefiriéndola a todo, y que sufren mil penalidades por encontrarla; he ahí las dos impresiones generales, y los críticos del siglo XVII no andaban descaminados. En lo que se equivocaban es en creer que los dos poemas estuvieran escritos con ese propósito.

Y en eso se detiene la moral homérica. ¿Qué más puntos de moral universal hallamos en la *Iliada* y la *Odisea*? Sobre la propiedad filial, muy poca cosa: Príamo, suplicando a Aquiles, le conmueve recordándole a su padre; Telémaco se duele de la suerte que puede correr su padre ausente, y siguiendo los consejos de Minerva, sale en su busca, y eso es todo.

Sobre el asesinato hay, naturalmente, muchos informes en los poemas homéricos. En las costumbres homéricas, el asesinato se paga con una multa, y el asesino se pasea tranquilamente, mientras la familia de la víctima reprime su cólera cuando ha sido bien pagada (*Il.* IX). A veces, en el ágora se disputa sobre el rescate de una muerte (XVIII); otras, el asesino huye perseguido por la execración pública, sin que por eso sea mal acogido en otra parte; así Patroclo, jugando con el hijo de Anfidamas, lo mató; Menetías lo condujo a Yolcos, a casa de Peleo, que lo educó con su hijo; Teochimenes se presenta a Telémaco, rogándole se digne acogerle en su navío por haber muerto a un ciudadano, y Telémaco lo acoge sin dificultad; como se ve, las costumbres homéricas no pueden ser más suaves para el asesino, aunque la *vendetta* es glorificada hasta por los dioses, pues la misma Minerva habla a Telémaco de la gloria adquirida por Orestes al vengar el asesinato de su padre.

El robo no parece execrado; lo maldicen las víctimas, como es natural, pero no es censurado como cosa vergonzosa. «Todos los hombres poderosos que gobiernan las islas de Duliquios, de Samos, de Zacinto, y los que dominan en la áspera Itaca—dice Telémaco a Palas,—son pretendientes de mi madre

y arruinan mi casa, devorando y consumiendo mis bienes.» A lo que Palas se limita a responder: «¡Cómo Ulises haría sentir su brazo a esos pretendientes temerarios si apareciera en este instante!»

El adulterio entre los hombres y entre los dioses se paga con dinero. Cuando Efaistos convoca a los dioses para que vayan a ver a Ares y Afrodita bajo la red con que los ha envuelto, los dioses (las diosas se habían quedado en su casa por pudor) se ríen a carcajadas del divertido espectáculo, pero no se olvidan de decir que Efaistos recibirá la multa que le corresponde por el adulterio de su mujer.

El falso juramento es cosa grave. Así el Atrida invoca a los dioses de este modo: «Poderoso Zeus, gloriosísimo Sol..., Ríos, Tierra, y vosotras, las que en el fondo de los infiernos castigáis después de su muerte a los hombres capaces de falsos juramentos» (*Il.* III). «Tomo por testigo a Zeus, al Sol, y a las Ciencias que bajo la tierra hacen expiar a los hombres los falsos juramentos.» Asimismo, los embusteros son agriamente vituperados. «Aborrezco—dice Aquiles—tanto como las puertas del infierno al que oculta su pensamiento en su alma y habla de modo distinto que piensa.»

La hospitalidad es muy recomendada, como se sabe, y la inhospitalidad es un gran desafuero; los dioses mismos dan ejemplo de virtudes hospitalarias. Cuando Ulises acaba de librarse de las olas del mar, se encuentra en la desembocadura de un gran río, y lo invoca así: «Río, el hombre errante es respetado por los inmortales, y un hombre errante es el que entra en tus ondas... Y el dios súbitamente suspende su curso, apacigua sus aguas, da al héroe un agua pacífica y lo deposita sobre la arena» (*Od.* V.) Nausicaa acoge graciosamente a Ulises: «Tú no carecerás de nada de lo que conviene a un suplicante desgraciado.» (*Od.* VI.) Eumeo dice a Ulises, a quien no reconoce: «Los huéspedes y los mendigos nos son enviados por Zeus.» Y es que el vagabundo puede ser un dios, y hay que honrarlo: «Es vergonzoso golpear a un desgraciado vagabun-

do. ¡Insensato! Acaso sea uno de los habitantes del cielo; los dioses bajo mil aspectos diversos recorren las ciudades de los hombres» (*Od.* XVII). El derecho de gentes se reduce a la fidelidad a los juramentos. Menelao y Paris van a luchar en combate singular; Agamennon dice bajo juramento, invocando a los dioses: «Si Paris mata a Menelao, que se quede con Elena; si Menelao mata a Paris, que los troyanos devuelvan a Elena; pero si, habiendo matado Menelao a Paris, los troyanos no devuelven a Elena, me quedaré aquí hasta que haya alcanzado el fin de la guerra.» Para el traidor y hasta para sus hijos, no hay perdón, ni siquiera se puede tratar con ellos; así, cuando Lisandro e Hipoloquio, a merced de Agamennon, le suplican que acepte un inmenso rescate, el jefe griego les contesta: «Puesto que sois los hijos de Antímaco, que en otro tiempo, en la asamblea de los troyanos, a la que Menelao y el divino Ulises habían ido como parlamentarios, aconsejó matarlos, vais a expiar el crimen de vuestro padre.»

Los deberes para con la mujer son muy vagos: «El hombre bueno y prudente ama a su mujer y se cuida de ella», dice Aquiles a Ulises (*Il.* IX). Pero la poligamia existe evidentemente; los reyes llevan las cautivas de guerra a su casa, y declaran en plena asamblea que las harán compartir su lecho. Es curiosa la escena en que el mismo Ulises tan *uxorius*, hace perecer a las criadas que han tratado con los pretendientes de Penélope: «Mientras el héroe, meditando en su alma la muerte de los pretendientes, está acostado sin sueño, las mujeres que desde hace tiempo se abandonan al amor de aquellos jóvenes audaces, salen del palacio excitándose entre sí a las risas y a la alegría. El alma de Ulises está vivamente emocionada; no sabe si matarlas lanzándose sobre ellas, o si dejarlas por última vez unirse con sus amantes; su corazón murmura en el fondo de su pecho sublevado ante aquellos intolerables ultrajes; en fin, se golpea el pecho y reprende a su corazón con estas palabras:—¡Ten paciencia todavía, oh corazón mío! ¿No has soportado males más crueles el día en que el Cíclope devoró a mis generosos

compañeros? Y se revuelve en todos sentidos como si estuviese sobre un ardiente brasero. Y al día siguiente Telémaco hace colgar como tordos a las doce culpables, cada una con el cuello cogido en un lazo de un gran cable tendido entre una columna y el torreón. Es evidente, como dice Faguet, que estas cautivas se debían a Ulises, eran su propiedad como mujeres de harem, y usare o no de ellas, estuviera presente o ausente, faltaban a su deber viviendo como mujeres libres.

Los deberes para con los esclavos son también vagos. Parece que la *costumbre* consistía en exigirles mucho durante su vida activa y tratarlos bien en su vejez cuando se estaba satisfecho de ellos. Así, el viejo Eumeo dice a Ulises: «Los dioses impiden la vuelta del que me amaba; él me hubiera dado dinero, una casa, una parte en sus campos y una mujer atractiva, como hace un amo benéfico cuando su servidor ha sufrido duras fatigas.»

Y he ahí completa, según Faguet, la moral de Homero; en el fondo se reduce al amor a la patria, la fidelidad al juramento, alguna compasión por los desgraciados y el deber de la hospitalidad juntamente con el temor de los dioses. Es una moral rudimentaria de clase salvaje; su sanción es el Ades, la pradera de Asfodelos. Ahora bien; en el Ades, sólo un hombre, el divino Tiresias, es recompensado. «Es el único a quien Proserpina, aunque muerto, haya conservado el saber y el pensamiento; los demás son sombras que revolotean. En el Ades hay un infierno con algunos castigados juzgados por Minos, como Sitio con dos buitres que le roen las entrañas, Tántalo muriendo de sed y Sísifo en lucha eterna con su roca; todos ellos han ultrajado a los dioses.

Y ¿qué es lo que mandan los dioses? y ¿cómo se les desagrada? Problema difícil de resolver. Los dioses quieren, en general, que los hombres sean virtuosos, pero ellos son una colección de colgajos de horca; son egoístas sin conciencia ni escrúpulos. Zeus, con amable complacencia, hace la corte a su mujer de un modo singular: «Jamás, le dice, diosa ni in-

mortal ninguna me inspiró tantos deseos como tú, ni la esposa de Ixción, que parió a Piritous; ni Danae, madre de Perseo; ni la hija del glorioso Fénix, que dió a luz a Minos y a Radamanto; ni Alcmena, madre de Hércules; ni Semele, madre de Dionisio; no, ni la rubia Ceres, ni Latona, ni tú misma, me habéis inspirado nunca el amor que siento hoy por ti.»

El asesinato no parece serles odioso. Dan a los hombres consejos dudosos, como el de Ttelis recomendando a su hijo Aquiles que no consuma su alma sin acordarse de la mesa y de la cama. Les gusta mucho que se les honre, se les suplique y, sobre todo, se les ofrezcan sacrificios. Son, sobre todo, extremadamente vengativos, y, en resumen, son unos bandidos de pasiones desencadenadas y llenos de sentimientos crueles. Los griegos representan a los dioses como a padres y madres para con sus hijos; los padres y madres son violentos, apasionados, viciosos, pero quieren que sus hijos sean buenos y los respeten.

Ahora bien; ¿qué quiere decir esto? Que los hombres han vivido largo tiempo en absoluta inmoralidad y en los tiempos de Homero empiezan a sentir los primeros toques de la moral. El tiempo pintado por la *Ilíada* y la *Odisea* es el de la humanidad adolescente, el de la moral naciente.

COSTUMBRES

Los clubs excéntricos de Londres.—En el siglo XVIII, dice Margarita Coleman en *La Revue*, no existían en Londres menos de 2.000 cafés o tabernas, cada una con su clientela especial. Así, los abogados se reunían en el Grecian, los teólogos frecuentaban Childs o el capítulo en el antiguo cementerio de San Pablo; Saint James y Smirna estaban reservados a los políticos, y los franceses se reunían en Saint Gilles, mientras que los actores se congregaban en la famosa taberna de La Harpe, cerca del teatro Droury Lane. De estas reuniones salieron los clubs.

El club más antiguo fue el de la Mermaid o Círculo de la Sirena, fundado por Raleigh; allí se reunían los hombres más

eminentes de la época, Shakespeare, Chapman, Fletcher y Ben Johnson. Este último fundó después el Apolo, cuyas reuniones, muy movidas, se verificaban en la taberna del Diablo junto al Templo. Había también la Casa de las Costilletas, famosa en tiempo de la reina Ana, y el Club del Gallo, admirado por su hall de madera esculpida e inmortalizado por Tennyson en uno de sus poemas. Otro club muy notable, y del que se tienen más amplias noticias, era el *Old Chêster Cheese*, frecuentado también por Shakespeare, Goldsmith y el doctor Johnson, fundador de nuestros círculos.

El primer Coffee House, es decir, el primer establecimiento en que se vendió café públicamente en Inglaterra fue el «Pasqua Rosés Ynn»; más tarde, el «George and Vulture», cuya casa subsiste todavía en la calle Lombard, fue el punto de cita de Addison, Steele, Daniel de Föe y Swift. El segundo café fue el «Arco Iris», y el «Garraway's House» fue el primero en que se vendió el té, de 16 a 50 chelines la libra.

Los más curiosos clubs de Londres son citados por Addison en su Spectator; tales son el Club de los Silenciosos, que se reunían exclusivamente para comer y beber; el Club de los feos, que eligió a Mirabeau por unanimidad, y del que formaba parte Pope; el de las bellas figuras, que se dibujaban un hoyito en las mejillas, y cuya divisa era «La corbata es el hombre»; el de los hombres gordos por oposición al de los hombres flacos; el de los enanos, fundado el 31 de Diciembre a media noche, es decir, en la última hora del día más corto del año; el *Falf's Head*, o Círculo de la Cabeza de Ternera, al que pertenecían los partidarios de la revolución, que llevaban un hacha en el ojal y un pequeño tajo de dije; el 31 de Diciembre se reunían en un banquete monstruo, en el que el champagne corría a oleadas, y en el que nunca faltaba la tradicional cabeza de ternera, que uno de los asistentes levantaba del plato, recordando el gesto macabro del verdugo después de cortar la cabeza a Carlos I.

El club de los Bold Buchs, o de los Maestros Atrevidos,

tenía por divisa «El amor es ciego»; un día vieron a una vieja que pasaba tranquilamente por la calle, se arrojaron sobre ella y la metieron en un tonel que echaron a rodar a lo largo de Ludgate Hill; fue su última hazaña, pues una Real orden de 1872 la suprimió. Otro club que también asustaba a los ciudadanos pacíficos, era el de los «Fuegos del Infierno», que se divertía en ridiculizar las cosas religiosas. El club de los mentirosos practicaba el embuste en todas sus formas, y sus miembros llevaban una pulsera que decía: «La mentira lleva a todo.» Los *Humbugs* o charlatanes no valían más.

Lo selecto de la sociedad frecuentaba el aristocrático club «Yo no sé qué», que celebraba sus sesiones en el bar de La Estrella y de La Liga, y al que pertenecían el príncipe de Gales y los duques de York, de Bedford y de Orleáns. En la «Reina de las Alcachofas» se reunía el grupo de «Sin dinero no hay licor». La ceremonia de entrada en este círculo consistía en pagar un chelín y llevar durante toda la noche un sombrero negro en forma de copa, y beber en seguida a la salud de sus colegas en un cubilete de plata, improvisando una canción sobre el tema de «Sin dinero no hay licor».

En el club del Toisón de Oro, cada miembro tenía que adoptar un mote más o menos sugestivo; así se hallaban entre los socios Sir Jacques Veturbio, Sir Timoteo Cabezahendida, Sir Rombus Buenpico, Sir Gregorio Gruñón y su primo Sir Rimmy Pagapoco.

El «Rey de los Clubs» fue fundado en 1601 por Boto Smith. El club del Papel Mojado comprendía un número de individuos tan deseosos de conocer las noticias del día, que se apoderaban del periódico todavía húmedo, y metidos en un rincón saboreaban su prosa. El más curioso de todos los clubs excéntricos fue la «Sublime Sociedad del Real Bistek», compuesta al principio de 24 miembros y ampliada después; el uniforme de los socios consistía en un vestido azul, adornado con botones de cobre con la divisa social «Carne y libertad»; el derecho de entrada era de 26 libras y 5 chelines.

La ceremonia de iniciación vale la pena de ser relatada: después de comer se rogaba al aspirante que se retirase a una pieza contigua, donde le servían bebidas variadas; luego, después de haberle puesto una venda en los ojos, lo llevaban de nuevo al comedor; el obispo, con su mitra en la cabeza, llevando el libro de oro de los estatutos de la Sociedad, se colocaba a su derecha y un socio, con espada desenvainada a su izquierda. Luego venían los alabarderos, vestidos del modo más grotesco con los despojos del Cowen Garden; se leían con toda solemnidad los estatutos de la Sociedad, recitándose en alta voz la frase de Horacio, grabada sobre la chimenea:

Ne fides inter annos
Sit qui dicta foras eliminet.

En seguida el obispo pronunciaba la fórmula del juramento repetida por el aspirante:

JURAMENTO

Estaréis presente, regularmente.
Votaréis con imparcialidad.
Conforme a nuestras leyes y a nuestras órdenes
Nos ayudaréis a mantener nuestra dignidad,
A aumentar nuestro bienestar.
Os conduciréis en todo tiempo
Como miembro digno de la Sublime Sociedad.
¡Que la vaca y la libertad sean vuestra recompensa!

Acabada esta última frase, el cocinero, sargento para el caso, se adelantaba con viveza, se apoderaba del libro que reemplazaba por un hueso de buey, besado devotamente por el aspirante; inmediatamente se le quitaba la venda y los cofrades felicitaban al novicio poniéndole la pulsera con la divisa «Carne y libertad». El comedor era curioso; el techo entero estaba cubierto por una enorme parrilla; a la hora de las comidas se abrían enormes puertas que daban a las cocinas, y todos

los miembros, sentados enfrente, podían ver los trozos de carne asándose.

El *Soaping Club* tenía por divisa «Cada hombre se jabonará su propia barba». Había sido fundado por el peluquero Tailor, y cada miembro disponía de un sillón en que estaba grabada esta frase del doctor Johnson: «El sillón de un club agradable y hospitalario me parece el trono de la felicidad humana.»

Otro pequeño club poco conocido florecía en Londres a principios del siglo XIX: el Club del Agujero en la Pared, punto de cita de hombres ingeniosos como el poeta Fraula y el reverendo Agias Lindley, cuyas distracciones son legendarias. El fue quien leyendo un sermón, saltó por distracción cinco o seis páginas, pero continuó sin alterarse, diciendo a modo de explicación: «Parece que he omitido una parte considerable de mi alocución, cosa que, después de todo, no tiene ninguna importancia»; él fue también quien, yendo un domingo a la iglesia, montado en un elegante «pur sang», fue detenido por una desconocida:—Señor—le dijo aquella dama,—vuestro caballo acaba de perder una de sus herraduras.—Gracias, señora; ¿quiere usted ponersela?—contestó el buen reverendo.

MUSICA

Dos campañas de Berlioz.—Adolfo Boschot nos da a conocer, ateniéndose a documentos inéditos, las campañas hechas por Berlioz en Rusia y en Inglaterra, y cuya parte más interesante merece ser recogida, para reconstituir la biografía de uno de los grandes músicos del siglo XIX.

Berlioz estaba arruinado. *La Damnation de Faust* le había acabado de arruinar; para hacerla oír dos veces en un salón casi desierto, en Diciembre de 1846, se había empeñado en unos 10.000 francos y no los tenía. ¿De dónde sacarlos? De Rusia. Balzac le aseguraba que no podía menos de sacar de allí 150.000 francos; pero Berlioz no se hacía ilusiones, y se con-

tentaba con mucho menos, aunque el éxito de su Réquiem, en San Petersburgo, le había hecho concebir las más lisonjeras esperanzas. Para economizar gastos iría solo.

Un asunto tan sólo le detenía. Pillet, a quien en otro tiempo dominaba, hasta imponerle festivales, se le escapaba poco a poco bajo la influencia de Rosina Stoltz, dilatando los ensayos de La *Monja Sangrienta*; gastado, desacreditado, Pillet, ya en tutela bajo una comisión especial, estaba amenazado de perder la dirección de la Ópera, cuando un suceso precipitó su caída: Rosina Stoltz, directora del director, y aborrecida de todos por su orgullo, se ve silbada e insultada en presencia de Sus Altezas Reales, en el estreno de *Roberto Bruce* (30 Diciembre, 46); la rabia de aquella dominadora fue tal, que desgarró su pañuelo y abandonó la escena en pleno espectáculo, después de haber lanzado un apóstrofe al público; en el acto siguiente, otro escándalo: exaltada porque se aplaude a la Nau a su lado, no tiene paciencia para aguardar a que bajen el telón, y se lanza sobre la cantante aplaudida para abofetearla; toda la sala lo ve, y al día siguiente los periódicos comentan los hechos con toda la malignidad que el caso requiere. La situación de Pillet es desesperada, y la dirección de la Opera se le va de las manos. Se habla de multitud de combinaciones; pero la más sostenida parece ser la de Roqueplau y Duponcel, apoyada por los Rothschild, *Los Debates* y el ministerio; en esta combinación, Berlioz tendría la dirección de la orquesta, y con ella vería Berlioz realizados sus sueños.

Desgraciadamente para él, todo aquello no pasaba por el momento de promesas, pues hasta que no expirara el plazo de su privilegio, Pillet seguía en su dirección. Ahora bien; ¿qué pasaría yéndose él a Rusia y resolviéndose entretanto la cuestión maniobrando libremente sus rivales y enemigos? Lo más urgente era librarse de sus deudas probando fortuna en Rusia. Se decide, y el 14 de Febrero se marcha.

En el viaje todo son fatigas y contratiempos; en Bélgica el tren se ve bloqueado por las nieves; en Berlín se detiene tres

días para solicitar una carta para la zarina, hermana del rey, y apenas la obtiene, después de haber encontrado en el teatro al taciturno Schumann, sale para Tilsit; pasan días y días recorriendo llanuras interminables cubiertas de nieves desde el Oder al Vistula, y atraviesa la Pomerania enfermo de frío, en una pesada diligencia; pasada la frontera rusa, la diligencia se convierte en una caja metálica mal cerrada, glacial, montada sin resortes sobre un trineo en el que Berlioz «se ve sacudido como perdigones en una botella que se limpia». La fortuna es que eso no dura más que cuatro días y cuatro noches.

En San Petersburgo le esperaban sus amigos y las recomendaciones de la corte de Rusia habían allanado todos los obstáculos. En seguida se pone en contacto con aficionados, músicos y periodistas, hace relación con el intendente de los teatros imperiales y con un director de orquesta, y fija su primer concierto para el 15 de Marzo, dos semanas más tarde. En esos días el reclamo se desarrolla en gran escala, y el concierto tiene un éxito colosal. «Aplausos, llamamientos, gritos de *bis bis* hasta darme el vertigo... Terminado el concierto, aguantados los abrazos, bebida una botella de cerveza, pregunté el resultado de taquilla: ¡18.000 francos!... 12.000 francos de beneficio neto; estaba salvado.» Diez días más tarde, segundo concierto, las mismas ovaciones y los mismos resultados. «Estaba rico.» A los dos días, otro éxito en la fiesta musical de los inválidos, en la que intercala, gracias al Gran Duque heredero, su sinfonía fúnebre. En seguida pasa a los compañeros de París grandes boletines de victoria. «La Emperatriz me ha hecho llamar y me ha dicho cosas encantadoras... Ya comprendéis que no se ha limitado a eso; me ha enviado una sortija de diamantes, de valor de 400 rublos (1.600 francos), y la Gran Duquesa de Lichtenberg un alfiler de 200 rublos. Toda la Prensa está en mi favor. Haced algunas líneas sobre esto en los periódicos.»

El 1.° de Abril sale para Moscou, y después de tres semanas de esfuerzos para vencer las dificultades materiales con músicos de tercer orden y coristas fabulosos, obtiene un bene-

ficio neto de 8.000 francos en un concierto, y sin dar otro, se vuelve a San Petersburgo, tropezando con el deshielo del Volga. En la corte rusa monta su sinfonía dramática *Romeo y Julieta*, imperialmente organizada; la ejecución fue maravillosa; pero la impresión en la tórrida primavera rusa con 34 grados de calor fue tal, que trastornó los nervios de Berlioz: «En este momento, escribe a Listz, estoy triste, muerto de tristeza. ¡Qué desgracia ser una máquina eléctrica electrizable!» Ocho días después, nueva representación y nuevas perturbaciones nerviosas, lágrimas y delirios; la pasión del drama se infiltra en Berlioz, embriagado por sus triunfos, y le hace abandonarse al *strepitoso* de un idilio improvisado con una muchacha no demasiado joven, medio corista y medio corsetera, de la que se enamora perdidamente, aunque no tarda en notar que la chica estaba un poco madura y tenía los dedos un poco estropeados por la aguja. En cuanto al éxito financiero de *Romeo,* debió ser mediano, porque Berlioz nada dice.

A su vuelta a París se detiene en Riga, que le parece una ciudad rica, digna de disfrutar de uno de sus conciertos; lo organiza y lo da el 25 de Mayo, pero sólo obtiene doce francos de beneficio. En París, sus enemigos no se habían dormido; las noticias de los periódicos berliozistas anunciando sus triunfos en estilo pomposo, habían servido de estimulante a los satíricos: el Sr. Berliozkof se ha hecho el favorito del Czar; el Sr. Berliozsky cura las jaquecàs imperiales a golpes de bombo; la canción de la Pulga ha llegado a ser el aire nacional de Rusia; el Sr. Berliozinof acaba de recibir el título de príncipe; sus armas, grabadas en su guitarra, son de oro en campo de azul, con bigotes en palo y perilla en abismo, etc.

Los 40.000 francos conquistados en Rusia se iban como el agua, e importaba obtener el nombramiento de director de orquesta, prometido por Roqueplau y Duponchel, que estaban ya en funciones, y que no tenían más que cumplir su promesa. ¡De eso se cuidaban ellos! Berlioz no los deja en paz; pero, o no le reciben, o se disculpa el uno con el otro, o ponen toda

clase de dificultades hasta que Berlioz rompe con ellos, y mediante Escudier, se entiende con Antonio Jullien, un meridional trapisondista que acababa de asumir la dirección del teatro Drury-Lane, de Londres. Escudier hizo firmar a Berlioz, cobrando el 10 por 100, tres magníficos contratos: 1.° Berlioz será jefe de orquesta en Drury-Lane, durante seis años, con 10.000 francos de paga al trimestre. 2.° Dará un mes de conciertos, percibiendo 10.000 francos libres. 3.° Compondrá una ópera en tres actos, con libreto de Royer y Vaes, percibiendo 20.000 francos en ocho plazos.

Roqueplan y Duponchel, encantados con verse libres de Berlioz, le dirigieron una carta de las más lisonjeras. Antes de partir para Londres, Berlioz quiso ver a su padre, y pasó unos días en la Costa de San Andrés, lleno de tristes presentimientos. Londres se le apareció como una ciudad de ensueño. Le alojan magníficamente, le anticipan un mes de su paga, y ponen a su disposición un teatro con 100 músicos y 123 coristas. En los ensayos, sin embargo, Berlioz duda; no hay repertorio, y los cantantes son de ocasión. Los gastos corren, los días pasan, la apertura del teatro se retrasa, y, por último, el 6 de Diciembre se abre Drury-Lane con *Lucía di Lammermoor,* cantada en inglés; los gastos subían a 10.000 francos por noche, y la taquilla estaba cada vez más distante de esa suma. Jullien contaba con una opera nueva de Balfe, cuya ejecución dirige Berlioz el 20 de Diciembre; pero el éxito es mediano y los ingresos escasos. ¿Qué hacer? Jullien se empeña, y reduce a una tercera parte todos los sueldos del personal menudo; en cuanto a Berlioz y a las partes principales, ni un cuarto; en cambio, «un trabajo de burro de noria»; todos los días, de doce a cuatro, ensayo, y por la noche, de siete a diez, representación. Fatigado y harto de Londres, cae en cama con un catarro gripal. Londres está entregado a Haendel y a Mendelssohn, y sobre todo, a los italianos: *La Favorita*, *La Hija del Regimiento, La Cenerentola*, *La Sonámbula*, no desaparecen de los carteles, y siempre dejan dinero.

El extravagante Jullien se había llevado lo mejor de su orquesta para una fantástica tournée de conciertos-paseos por Inglaterra, dejando a Berlioz preparar sus conciertos con el desecho del personal. Al fin da el primero el 7 de Febrero, quedando encantado del éxito; pero sin saber cómo podría dar el segundo, porque músicos y coristas, cansados de no ver nunca paga, desaparecieron uno tras otro.

En el entretanto, la revolución del 48 estalla; Jullien convierte su empresa musical en circo ecuestre; Berlioz se queda sin empleo y sin esperanza de cobrar sus atrasos, y tras ocho meses de lucha para organizar un concierto, que no le da resultado, vuelve a París más desconsolado que nunca. «Vuelvo a Francia, dice; voy a ver cómo un artista puede vivir en ella, o cuánto tiempo necesita para morir en medio de ruinas, bajo las cuales toda flor queda aplastada y sepultada.»

TANATOLOGIA

Muerte y resurrección.—Luis Champeaux supone haber descubierto las notas manuscritas del Dr. Alfredo Barnier, profesor libre de Psicología, que abandonó de pronto los estudios que le habían dado fama, encerrándose en una vida casi vegetativa y muriendo al cabo de diez y ocho meses, sin que hubiera podido explicarse el misterio de la repentina modificación ocurrida en su existencia. Las notas del doctor dan la clave del enigma.

Barnier tenía por amigo al Dr. Danglade, cuyas teorías eran diametralmente opuestas a las suyas; aquella amistad, consolidada por la contradicción, era puramente intelectual, sintiendo ambos doctores igual deseo de reunirse y conversar, aunque frecuentemente tuvieran ganas de estrangularse; uno de los temas de sus controversias más frecuente era el de la vida, sosteniendo Barnier el materialismo y ateniéndose Danglade a las teorías de Bouffon y Cuvier.

Discutiendo el valor de los experimentos de Watterton y

Brodie en 1815, y los de Claudio Bernard especialmente sobre el envenenamiento por el curare, Danglade sostenía que las conclusiones que de tales experimentos podían sacarse no afectaban al hombre, a lo que Barnier replicaba que el hombre no es más que un animal, absolutamente igual a los demás, con sólo una proporción mayor de materia cerebral. Calentados por la discusión, y reconociendo ambos que, en efecto, no se había llegado nunca a operar con seres humanos, Barnier, en un arranque de heroísmo científico, se ofreció a ser víctima de un experimento, para demostrar que se puede morir y resucitar, siendo, en consecuencia, la vida un fenómeno puramente material, en el que para nada interviene el alma ni ningún *quid divinum*. Danglade se resistió cuanto pudo; pero vencido por la tenacidad de su amigo y por un natural sentimiento de curiosidad científica, accedió a hacer el experimento, siguiendo paso a paso las instrucciones de Barnier.

Barnier tomó un frasco de curare disuelto, lo bastante para matar a treinta hombres, y una minúscula jeringa de Pravaz; adaptó a un fuellecito de cuero cnidadosamente aseptizado uno de los tubos flexibles que le servían para sus inhalaciones pulmonares, y sentándose enfrente de Danglade, dijo: «El curare, al paralizar todos mis miembros, me va a mantener inmóvil, como pudiera hacerlo la más sólida ligadura. Voy a inyectarme yo mismo la dosis necesaria de veneno.»

Diciendo esto, llenó a medias la jeringa y cerro el frasco con cuidado, continuando: «Dentro de diez o doce minutos—ignoro mi propia fuerza de resistencia,—voy a quedar completamente inanimado; entonces haréis penetrar la extremidad del tubo en mi traquearteria. Esperaréis a que todos los síntomas de la muerte se produzcan: la detención total de la respiración, la fijeza de la mirada y la detención del corazón; entonces dejaréis pasar diez segundos, no más; es lo bastante para aseguraros de mi fallecimiento. En seguida pondréis en juego el fuellecito, haciendo alternar las insuflaciones con las espiraciones; mis pulmones, llenándose de aire, podrán alimentar

de nuevo de oxígeno mi sangre; el corazón volverá a empezar a latir, y todo el organismo recobrará su juego normal. En este momento, amigo mío, es cuando necesitaréis paciencia; ya comprendéis que la vida así provocada no será más que una vida artificial; hay que dejar tiempo para que el curare se elimine por medio del riñón, lo que exigirá próximamente una hora. En un momento dado, la máquina entera de mi cuerpo funcionará por su propio impulso; para apreciarlo, suspenderéis de cuando en cuando la maniobra respiratoria; y cuando la máquina funcione por sí misma, comprenderéis que he vuelto a la vida; y entonces podremos decir verdaderamente que hemos vencido a la muerte».

Danglade intentó por última vez que Barnier renunciara a tan terrible experimento, pero Barnier estaba decidido: se extendió en el sillón, levantó su manga izquierda e introdujo la jeringa en la carne del antebrazo; miró el reloj de la pared: eran las cinco y veintidós minutos. Como podía hablar, fue notando sus impresiones, mientras Danglade parecía absorto y como atontado. Movió los dedos, y observó que sus falanges funcionaban todavía: «es preciso que el veneno remonte el sistema venoso hasta el corazón y vuelva a las extremidades por las arterias». Apenas decía estas palabras, sintió que la mano izquierda caía, sin obedecer a su voluntad, sobre el brazo del sillón.—Anotad, Danglade—dijo:—principio de la parálisis, tres minutos.—Danglade no anotaba nada, estaba como asustado.—Me da miedo—dijo—de lo que pueda ocurrir ¡si no fueseis a despertar! Sois un monstruo, Barnier, y me pregunto si no valdría más que no os despertaseis.

Barnier sabía que Danglade le detestaba, y al oírle presintió un peligro inesperado. Poco después sintió embotarse su brazo izquierdo y en seguida paralizarse su mano derecha.—Danglade—dijo con voz ya pastosa,—dejaos de reflexiones odiosas; dentro de cinco minutos seré cadáver; es el momento de ser científico; cumplid vuestro deber.—¿Cuál?—preguntó Danglade.—Un terror loco sacude a Barnier. ¿A qué hombre

ha confiado el cuidado de su vida? Percibe claramente la marcha del curare a lo largo de sus miembros; un frío de muerte hiela sus músculos; los dos pies quedan paralizados; siente que va a morir e intenta un esfuerzo desesperado para sacudir el embotamiento que le invade; luego se tranquiliza, con una ola de esperanza a pesar de aquel frío de parálisis que camina a lo largo de sus hombros; las piernas están muertas, los muslos están muertos; percibe unos chasquidos que le sorprenden, y comprende que es el tic-tac del reloj amplificado por la exacerbación del sentido auditivo. Quiere experimentar por última vez su voz: «Danglade, anotad que...» En vano trata de pronunciar; su lengua queda inmóvil, y sólo sale un ronquido del fondo de su garganta. Danglade se inclina y le pregunta si le oye todavía; con los párpados le contesta Barnier que sí, y nota que son las cinco y treinta; van ocho minutos desde la picadura. Los últimos segundos parecen siglos, y cada vez el pensamiento se precipita más vertiginoso.

Todo queda inerte, y las alternativas de temor y confianza se suceden con plena conciencia, imprimiéndose en la memoria de Barnier, para quien nada significan ya las palabras «máquina humana, detención de funciones vitales, intervención de una acción artificial»; siente su impotencia intelectual, pero su atención se fija en el reloj que marca las cinco y treinta y dos; han pasado diez minutos y todavía respira. Danglade le habla, pero su voz le suena tan débil cual si fuera una vocecita lejana: «No tengáis miedo, Barnier; yo...zz...zzz...zzzz...» No percibe más que un zumbido como el de un mosquito; su oído se ha paralizado. Tiene la impresión de que su cuerpo le abandona y que nada sin gravitar en un éter imponderable. Aquella sensación es una beatitud, pero se convierte sin transición en una molestia horrible que llega hasta la tortura. Siente que sus párpados laten todavía y que su cabeza está enlazada al tronco por el cuello, pero aquel cuello no le pertenece; quiere volver la cabeza, y no puede porque está encerrado en un cadáver. Aquel cadáver debería ser él y, sin embargo, siente que

son dos: él y el cadáver. Su percepción de la muerte se precisa y se agranda. Un momento antes tenía miedo, adivinando que Danglade le iba a dejar morir; después, eso no significa nada y no siente miedo ninguno. Antes tenía esperanza de resucitar, luego percibe misteriosamente que la esperanza no existe ya. Ve todavía la pared y el reloj, pero no sabe ya leer la hora; es un ángulo negro que no le dice nada. Nada percibe ya, ni sonidos, ni visiones, ni impresiones de ninguna clase; está solo con una soledad desconocida para el hombre, y el cadáver no le importa nada. «Sin embargo, si yo no siento ya, una última sensación, que anoto, atraviesa el cadáver: ¿Qué fuerza viene a separarle los dientes? ¿qué le raspa el paladar y pasa por la garganta? El cadáver no lo sabe y *yo* no lo sé tampoco.» Flota en el vacío absoluto, en la vida eterna que es más que una partícula de esa nada desde hace siglos, desde siempre, parece; y de pronto, esa nada se entreabre y él se ve inundado por una ola de luz, y su sér se precisa y se fija. Existe de nuevo y, sin embargo, el cadáver ya no está allí. Le parece que se levanta y que anda, pero con un paso que no es el de la tierra. Enorme misterio le rodea; la ola de luz le penetra cada vez más, y comprende que su substancia va a fundirse en ella y que su alma no es ya sino un ojo infinito que va a ver LO ABSOLUTO...

De pronto, un espantoso estrépito silencioso destruye todo lo que iba a ser. Un velo pesado, color de sangre, le envuelve en sus pliegues; una nueva caída le arrastra, pero ahora mil veces más espantosa... *y comprende que aquella caída desciende*. Bruscamente, en un choque que hace aullar algo en él, percibe una de las sensaciones muertas, y aquella sensación, que ninguna palabra de aquí abajo podría definir, le aparece monstruosa de realidad..., monstruosa porque es real... y comprende que la vida, lo que llamamos vida, vuelve a apoderarse de él. Es una ola pesada que corre por el interior de su sér; una memoria embrionaria, que no expresa sino lo inexpresable y que borra la inefable luz de antes, adivina que se ha

reunido de nuevo con el cadáver, formando un todo con él.

La existencia le conquista poco a poco: al principio es una ola de recuerdos abolidos; sabe quién es y dónde está; siente que su corazón late, y una alegría de animal le inunda; algo le molesta en la garganta; sus pulmones se llenan de aire; se acuerda de todo: es Alfredo Barnier, recostado en un sillón y auxiliado por Danglade, para volver a la vida. La bruma roja reaparece ante sus ojos, luego estalla y ve la pared y el reloj, aunque sin distinguir la hora. Sus sensaciones se precisan, percibe la presión del tubo flexible en la lengua y el soplo suave y regular que levanta su pecho. Súbitamente siente un calofrío en los hombros, y por primera vez desde su muerte experimenta la acción de sus músculos. Se estremece, y es una felicidad; oye, y es una felicidad delirante; oye a Danglade murmurar a su oído: «Barnier, amigo mío, Barnier.» No puede hablar, pero sus ojos parpadean vivamente para demostrar que percibe aquella voz. —Estáis vivo, bien vivo, ¡alabado sea Dios!—dice Danglade;—habéis triunfado, pero he tenido miedo. ¿No os fatiga que os hable? —No—dice con un gesto de la cabeza que empieza a obedecerle. —Ya veis—prosiguió Danglade,—sigo vuestras instrucciones punto por punto. Hace diez minutos que os estoy soplando. Barnier mira el reloj; las cinco y cuarenta y ocho. ¡Cuántos siglos han pasado en esos veintiséis angustiosos minutos! —Si queréis, Barnier—dice Danglade,—podemos volver a empezar. ¿Queréis que deje de soplar? Aquella vez Barnier hace un terrible esfuerzo para hablar, y consigue lanzar un gruñido ronco, a pesar del tubo que le obstruye la laringe, que significaba: «No quiero.» ¡Ah! ¡Ah! Vuelta de la palabra; veintisiete minutos.

Pasa largo tiempo hasta que Danglade dice: «Vamos, Barnier, ya debe ser bastante una hora de insuflación; el curare debe estar enteramente eliminado por el riñón, vais a poder «vivir solo» ahora. En efecto; quitado el tubo, los pulmones continúan funcionando perfectamente. Quiere mover los brazos, y los mueve; quiere levantarse, y lo consigue; pero sus

piernas se le doblan. —¡Qué abatido estáis!—dice Danglade.—¿De dónde volvéis?

Aquellas palabras producen una sacudida nerviosa tremenda. Barnier siente que sus teorías se arruinan lúgubremente, y desde entonces, con sólo haber desflorado el inmenso enigma, conserva de él para siempre una certidumbre que le trastorna, y se siente aniquilado por lo *Innombrable*.

BELLAS ARTES

La educación musical de las jóvenes.—Entre las notables conferencias organizadas por el *Foyer*, se encuentra la dada por Vincent d'Indy, el eminente compositor, director de la *Schola Cantorum*, sobre la educación musical de las jóvenes.

¿Debe formar parte la educación musical de un sistema general de educación? Vincent d'Indy no lo cree. Quien dice arte, dice especialidad. Ahora bien; desde el punto de vista musical, las jóvenes pueden clasificarse en tres grupos: las *llamadas*, las *dotadas* y las *indiferentes*. Las llamadas son las que tienen verdadera vocación, y su número es pequeñísimo, como el de todas las altas personalidades; en cuanto a las indiferentes, son legión, y como el culto del arte es una especialidad, es disparatado empeñarse en hacer aprender música a jóvenes que no tienen condiciones para ello. Nada más triste que ver una pobre niña aporrear teclas de marfil o rascar cuerdas de tripa durante los más hermosos años de su juventud, sin sacar de esos trabajos forzados más que un recuerdo de profundo aburrimiento y una certidumbre de tiempo perdido. Los padres que, después de seis meses o un año a lo sumo de estudios infructuosos, han podido comprobar la ineptitud de su hija para asimilarse el *quid divinum* de la música, deben cuanto antes libertarlas del suplicio de su aprendizaje. Vincent d'Indy prescinde de las *llamadas* y de las *indiferentes*, y se dirige a las *dotadas*, llamando así a las que su naturaleza pone en con-

diciones de ser conmovidas por la belleza musical, y de desear expresarla, según sus fuerzas.

Emoción y expresión. He ahí los dos factores de la educación artística; hay que amar lo que se hace, y estar conmovido por lo que se quiere expresar para poder expresarlo convenientemente. Las jóvenes capaces de vibrar al contacto de una hermosa obra, aún sin poder comprenderla, recibirán con fruto la educación musical. A ellas se dirige especialmente Vincent d'Indy, diciéndoles que nada de lo que es arte debe serles extraño, y que la contemplación de una hermosa catedral, la visita inteligente del Louvre o de los frescos de Puvis de Chavannes del Panteón, serían tan provechosos a la joven música como la audición de la 9.ª sinfonía de Beethoven, o de una Pasión de Bach. Porque el arte es uno, aunque sus medios de manifestación sean diferentes.

Tras estas consideraciones generales, Vincent d'Indy entra de lleno en el estudio de su tema, y afirma que veinte años de enseñanza le permiten sostener que «es preciso comenzar por el solfeo, y lo más pronto posible». Cuando una alumna sabe leer corrientemente una lección de mediana dificultad, cuando oye bastante claramente una melodía para anotar sin demasiados errores su curva y su ritmo, cuando está al corriente del cuerpo de doctrina que constituye la teoría elemental, entonces se le puede confiar un instrumento: piano, violín o violoncello; como no haya conformación física contraria, triunfará en todos.

Tras esto, la educación musical comprende dos grados: la enseñanza del primer grado no tendrá más objeto que enseñar el mecanismo instrumental, la técnica. Entonces es cuando hay que observar con cuidado a la alumna, para discernir si tiene o no condiciones. Este experimento es delicado; por de pronto, los padres pueden equivocarse, pueden no ser competentes, pueden estar demasiado ocupados en otra cosa, y luego está el profesor, que nunca es de opinión de dejar las lecciones. ¡Hay que vivir! Ninguna joven perderá su reputación por no saber

degollar un Impromptu de Chopin o golpear el innoble vals de *La Viuda Alegre;* eso no la impedirá figurar con gracia en un cotillón, ni llegar a ser más tarde una excelente madre de familia.

Pero si la joven, conocido el solfeo y suficientemente instruída en la técnica, siente esa especie de *declik,* que pone en vibración su simpatía por tal o cual signo, fragmento o acorde, y se decide a proseguir sus estudios artísticos, entonces empieza la enseñanza del segundo grado, en que aparece el arte, y entra en cuestión la música. Se trata de emplear inteligentemente lo aprendido con tanto trabajo, poniéndose en contacto con las buenas obras. Así como es censurable dar al estómago alimentos sofisticados, asimismo es pernicioso alimentar las jóvenes inteligencias con falsificaciones de arte. ¿Y en qué se distingue la buena música de la mala? Como la educación de segundo grado se haya llevado bien, no hay temor de que el gusto de la alumna pueda extraviarse. El medio lógico de ordenar esta educación, es empezar por el principio, es decir, por el estudio del *Canto gregoriano*, colección de melodías tradicionales, cuidadosamente ordenadas por el Papa San Gregorio, que nos dan la explicación de la anotación musical, de las tres claves de *sol*, *fa* y *do*, del grupo neumático, sin cuyas nociones es imposible darse cuenta de la estructura de los temas ni del conocimiento del acento. Eso sin contar la ventaja de que, durante el veraneo, ocurre la necesidad de tocar el órgano en una fiesta de pueblo, sin dar en el defecto de convertir la iglesia en un salón de café-concierto. Pero el *Canto gregoriano* no es por sí solo toda la educación musical del segundo grado; hay que añadirle la hoy importante de la historia musical, que debe hacerse en cursos orales ordenados. Sus grandes líneas deben relacionarse con los tres elementos de la música: el ritmo, la melodía y la armonía, que se suceden históricamente, hasta hallarse reunidos en el siglo xv.

Desde la antigüedad, el *ritmo* se aplicó a dos factores: el gesto y la palabra. El ritmo del gesto fue la danza. El ritmo

de la palabra consistió en la aplicación del acento de la lengua hablada a la lengua cantada, y su primera manifestación fue el canto gregoriano. En está primera época de la historia musical, que duró unos mil años, la música era puramente vocal y monódica, es decir, una línea cantante. La época siguiente, que puede llamarse polifónica, empieza hacia el siglo XIV y se extiende hasta el XVII; entonces se empezó a hacer cantar simultáneamente varias voces, cada una de las cuales tenía por función expresar una melodía diferente (que es lo que se llama en técnica el *contrapunto*), o exponer sucesivamente un mismo fragmento melódico, lo que se convirtió, algo más tarde, en el arte de la *fuga*. La época polifónica es la gran época de las composiciones religiosas: misas, salmos de varios coros, y, sobre todo, motetes, esos encantadores arranques de plegaria musical; nacido este nuevo arte en Flandes, pasó por Borgoña e Italia, donde llegó a la suma perfección con Palestrina, remontando luego por Venecia hacia Alemania, donde se perdió en el tumulto de la ópera.

Una falsa interpretación de los textos griegos y la perturbación producida por la herejía luterana, rompieron el arte musical en dos géneros: el sinfónico, en que el ritmo del gesto recobró sus derechos, y el dramático, más conocido con el nombre de ópera, que nació en Florencia, en el siglo XVII, con Peri, Caccini y el glorioso Monteverdi, empezando a decaer en Nápoles con Alejandro Scarlatti; invadiendo toda Europa, como objeto de mercantilismo sin valor ninguno artístico. Sólo en Francia, gracias a Lulli, a Rameau, y, sobre todo, a Glück, supieron emanciparse del yugo artístico italiano, creando una producción musical de verdadero valor, con la ópera francesa y la ópera cómica, creación del siglo XIX. De otro lado, a fines del siglo XVII, un género nace, un género completamente nuevo, brotando del ritmo del gesto; género en que la música vive por sí misma, sin necesidad de apoyarse en un poema cantado o declamado, el arte sinfónico e instrumental. Entonces apareció la *fuga*, cuyo maestro sin rival es Bach;

la *suite*, que pronto se transformó en sonata, forma admirable de composición, en la que sobresalen Bach, Haidn, Beethoven y Mozart. La última transformación del arte sinfónico es la sinfonía y la música de cámara, cuyo dominador sin igual es Beethoven, tras el cual aparecen Weber, Schubert, Schumann, Chopin, Brahms, Listz y César Frank. Como Vincent d'Indy no tiene la pretensión de hacer un curso de historia, sino tan sólo de trenzar el cañamazo para que pueda bordarse en él, se limita a estas líneas generales.

Pasa después a tratar la cuestión del sentimiento expresivo, que es para él lo más importante de la educación musical. Se trata de saber cómo y por qué medios, la expresión debe producirse en el curso de la obra interpretada. Esta importante ciencia no puede adquirirse sino por el conocimiento seguro y profundo del *acento musical*. En una misma palabra, el acento puede ser afirmativo, interrogativo, indiferente, lo que cambia su música. Los cantantes son los que más desnaturalizan la significación de las palabras y de las frases, por lo que alguien ha dicho, no sin malignidad: «La enseñanza del canto es el arte de disfrazar las vocales y de no pronunciar las consonantes.» ¡Qué mal efecto produce el acento sobre la *e* muda final de los cantantes franceses! Se dirá, que todo eso será bueno para los cantantes; pero que al pianista no le importa. Vincent d'Indy dice que la cosa es la misma, pues los pianistas consideran un deber la deplorable costumbre de marcar con un acento lo que se ha dado en llamar el *tiempo fuerte* del compás, o sea el primer tiempo que sigue a la línea del compás, y en la práctica resulta que cada diez veces, ocho, ese primer tiempo es un tiempo débil, y si se acentúa se comete la misma torpeza que el cantante que se apoya en la muda. Vincent d'Indy insiste mucho sobre esto, porque sin el acento expresivo, la música deja de ser un arte y se convierte en un ruido.

Resumiendo, he aquí las grandes líneas de la educación musical de una joven bien dotada: Instrucción de primer grado, empezada lo más pronto posible; estudio del solfeo; estu-

dio de la técnica instrumental hasta donde se pueda.—Instrucción del segundo grado: estudio práctico del canto gregoriano; estudio sintético de la historia musical; estudio de la expresión aplicada a la técnica.

Para completar este programa, Vincent d'Indy indica las obras, cuyo conocimiento es indispensable a toda música, y que son:

Para los pianistas: los *Exercici* (soneto), de Escarlatti.—Algunas piezas sacadas de las *Ordenes* de Couperin, y de las *Suites* de Rameau.—Los dos libros del *Clave bien templado*. Las seis *Partitas* y las Tocattas con fuga de J. S. Bach.—Algunas sonatas de F. M. Bach, la en *la* bemol y la en *mi* bemol.—Las dos últimas sonatas de Haydn en *mi* bemol.—Una o dos sonatas de Mozart.—La bella sonata en *fa* sostenido de Rust.—Las treinta y dos sonatas de Beethoven y algunos de los temas variados, por ejemplo, el en *do* menor, y las variaciones sobre un vals de Diabelli.—Las cuatro sonatas de Weber.—Dos o tres sonatas de Schubert, sobre todo, la en *la* menor (op. 42), con los momentos musicales, y algunos impromptus, del mismo.—Los estudios, algunos impromptus y polacas, las baladas y las fantasías de Chopin.—De Schumann lo más posible, y en todo caso, los estudios sinfónicos, las Kreislerianas, las Fantasías, las Escenas de la selva, la sonata en *sol* menor y el concierto en *la*.—Los «Juegos» de agua de la villa de Este, y el San Francisco de Paula, de Listz.—Algunas obras de Brahms, de Fauré, de Castillon.—Los caprichos rítmicos de Bordes, las piezas pintorescas de Chavrier; *Islamey*, de Balakirew, la Iberia de Albéniz, y, por último, las dos obras maestras de Frank, *Preludio coral y fuga*, *Preludio aria y final*.

Para los violinistas, dando por supuesto que hayan salido victoriosos de las dificultades de Kreutzer, Fiorillo y Roda, y de los conciertos de Viotti de Vieuxtemps, deberá abordar un surtido de sonatas de Corelli, Gemignani, Vitali y Leclair; las sonatas de Bach, con o sin acompañamiento, algunas piezas

de Haydn y de Mozart, tres sonatas por lo menos de Beethoven (la en *do* menor al Emperador Alejandro, la sonata a Kreutzer y la admirable décima en *sol*, op. 96), el concierto de Mendelssohn, las sonatas de Schumann, algunas obras de Brahms, de Saint-Saëns, de Lalo, las sonatas de Fauré, Castillón y Lekeu, y, por último, la soberbia sonata de Franck.

En cuánto a los cantantes, su repertorio estará naturalmente subordinado a la cualidad de su voz; pero no deberán dejar de conocer por orden cronológico, *Orfeo* y *Popea*, de Monteverdi, los cantos espirituales de Schütz y de Carissimi, algunas arias de las óperas u oratorios de Händel, lo más posible de las Cantatas y Pasiones de J. S. Bach, verdadera escuela de la vocalización lenta y expresiva; luego las bellas escenas de las óperas de Lulli, de Destouches y de Rameau; algunos trozos de Haydn y de las óperas de Mozart, todo el repertorio de Glück, algo de Berlioz, un poco, muy poco de Meyerbeer, buenas traducciones de las óperas de Weber y de los dramas de Wagner, la mayor parte de los admirables *lieder*, de Schubert y de Schumann, y, por último, las bellas melodías modernas de Fauré, Breville, Franck, Chausson y Enrique Duparc.

En cuanto al suministro material de estos repertorios, Vincent d'Indy, pone a las jóvenes en guardia contra las ediciones alemanas, sobre todo, las que llevan en la cubierta *bearbeiten, bei...;* porque los alemanes tienen la detestable manía de retocar y estropear todas las obras maestras.

La interesante conferencia del maestro termina con varias recomendaciones: la de alimentar al espíritu, con la lectura de buenas obras musicales, con o sin ayuda de instrumentos; la de ir mucho a los conciertos, sobre todo, a los conciertos de orquesta y de música de cámara; la de ir poco a los teatros musicales; la de no ir nunca, o casi nunca, a oír *virtuosos*, pues «así como el maestro de escuela es el enemigo del Estado, el criado el enemigo de su amo y el obrero el enemigo de su patrón, así el virtuoso es el enemigo del arte, porque tiene que

vivir de él». Su última recomendación es la de excitar a las jóvenes a que se penetren de que el artista no debe tener más que un objeto: conocer, amar y servir al arte, emanación terrestre de la belleza divina.

IMPRESIONES Y NOTAS

Derechos de autor.—Los autores, en 1835, se dividían, según Emilio de Girardin, en cinco categorías: 1.ª Los que se vendían hasta 2.500 ejemplares, pagándose cada obra de 3 a 4.000 francos. Sólo dos escritores conocían esa fortuna: Víctor Hugo y Paul de Kock. 2.ª Los que se vendían hasta 1.500 ejemplares, y recibían por cada obra de 1.500 a 2.000 francos. Eran cuatro: Balzac, Soulier, Eugenio Sue y Julio Janin. 3.ª Aquellos cuya venta llegaba a 1.200 ejemplares, y recibían de 1.000 a 1.200 francos. Entre ellos figuraba Alfonso Karr. 4.ª Los que cobraban 500 francos, vendiendo de 600 a 900 ejemplares. Eran doce y entre ellos Musset. 5.ª Los que por menos de 500 ejemplares recibían de 100 a 300 francos, como Teófilo Gautier.

¿Habría escritores conocidos en nuestra época, que aceptaran semejantes condiciones?

***

La regencia de la emperatriz Eugenia.—El general Gotzler estudia en la *Deutsche Revue* el agitado período de la regencia de la emperatriz Eugenia, rindiendo a la insigne española, con plausible sinceridad, el tributo debido a sus condiciones de valor, inteligencia y patriotismo.

Las mujeres admiraban a la emperatriz: «¡Es un ángel», se decía comúnmente. Los hombres, en cambio, la criticaban, viendo en ella la instigadora de la guerra. Es un error, pues no fue la emperatriz la que deseó la guerra. Reunido el consejo de ministros en Julio de 1870, Eugenia se limitó a escuchar

guardando silencio; el 15 del mismo mes se reunió de nuevo el consejo, y habiendo emitido Lebeuf la opinión de que jamás había estado Francia más dispuesta al ataque, se decidió la guerra, sin que la emperatriz dijera una palabra; creía, sin duda, en el éxito, y pensaba afirmar con él el trono de su hijo; pero ni quería la guerra ni la había preparado.

He aquí los sabios consejos que daba a su esposo: «Durante las operaciones militares no te preocupes de la opinión de París. Lo principal no es obrar pronto, sino obrar bien. Dentro de tres días tendremos 29.000 hombres disponibles.» En otro despacho le escribe: «Triunfaremos seguramente, pero hay que obrar sin precipitación.» Hay que contar con que estas palabras prudentes se decían en un período agitadísimo y tormentoso, durante el cual, aquella mujer superior conservaba toda su presencia de espíritu y toda su sangre fría.

La revolución llamaba ya a las puertas de las Tullerías, y Eugenia sólo temía una cosa: la vuelta inesperada de su marido y de su hijo.

«Un Napoleón no puede volver más que victorioso», exclamaba, y añadía: «Prefiero ver a mi hijo muerto por los enemigos a verle convertido en un nuevo Luis XVII.» Su energía crecía con el peligro; llegaba a olvidar sus intereses y hasta sus afectos para no pensar más que en el bien superior del país dando ejemplo de una fuerza viril verdaderamente notable. Cuando la multitud invadía las calles proclamando la caída del Imperio, y su hijo se escapaba por Bélgica para refugiarse en Inglaterra, ella quería todavía tomar las armas para defender en persona las fortificaciones, exclamando: «¡Un Emperador muere, pero no se rinde!» La única queja que exhaló en el momento de su partida con la señora Lebreton, fue ésta: «En Francia no es lícito ser desgraciado. Los franceses son demasiado mudables; aman la gloria, pero no pueden soportar los reveses de la fortuna; para ellos, el derecho es el éxito.» Sus últimas palabras a su séquito de las Tullerías fueron éstas: «Decidme, ¿he cumplido bien mi deber hasta el fin?»

Fuerza es reconocer, con el general Gotzler, que en las cinco semanas en que ejerció la regencia, la emperatriz Eugenia fue una perfecta soberana.

*
* *

Lamartiniana.—Dargaud, un filósofo historiador de escaso de mérito, pero admitido en la intimidad de Quinet, de Michelet, Jorge Sand, de Lerminier, etc., trató a Lamartine como fiel parásito, durante muchos años, recogiendo sus impresiones en un manuscrito, que no haría menos de mil páginas de impresión. Juan de Cognets posee el manuscrito de Dargaud, y con su ayuda ha publicado un estudio biográfico con el título de *La vida interior de Lamartine* que, como dice con razón Faguet, estaría mejor titulado *Contribución a la vida de Lamartine.* De ella entresacamos un hermoso retrato de Lamartine, y dos episodios amorosos poco conocidos.

«Lamartine es alto, hermoso y esbelto; tiene siempre el aire de lanzarse; su pie, firme y ligero a la vez, se posa sin apoyarse y deja una noble huella; su mano es una mano afilada de artista y de gentilhombre. Anda con la gracia de un héroe griego en las cimas del Olimpo. Lleva bien la cabeza, un poco ladeada, y no podría uno ser insensible, ya a la expresión de su rostro fino y distinguido, ya a la sonoridad inimitable de su voz de pecho. Sus cabellos castaños, apenas plateados. (Lamartine tiene cuarenta y un años), coronan su frente donde reside la serenidad; sus sienes, profundamente hundidas, están húmedas de un sudor divino. Su nariz es la de un águila, sus labios son de orador, tanto como su mirada es de poeta. Su boca es grande, benévola y de infinito agrado. Tiene dos fisonomías: la de su rostro y la de su talle. Toda su alma respira en su rostro; a veces, todo su genio brilla en él con magnificencia. Sucesivamente reclinado en ondulaciones al desgaire o lanzado en largas carreras a pie, a caballo o en coche, tiene de mañana y noche la belleza del reposo; luego, al

sol, en la bruma, en todas las temperaturas, la belleza del movimiento, siempre la gracia.»

Entre la muerte de Elvira, que tanta impresión le produjo, haciéndole andar errante como un loco por bosques y viñas durante dos días, y el matrimonio del poeta, hay que colocar un episodio amoroso de una princesa italiana, perdidamente enamorada y terriblemente sensual, que fué de Roma a París para ver a Lamartine, y que lo embriagó y estuvo a punto de matarlo. «No he conocido nunca—ha dicho Lamartine a Dargaud—belleza tan terrible; yo no sé qué fuego corría por sus venas; hubiera agotado a un dios.» Esta princesa, cuando Lamartine fué más tarde a Italia, formó una partida para asesinarle, pero el golpe fracasó. Lamartine perdonó, y hasta su vejez estuvo en amistosa correspondencia con la princesa.

El otro episodio se refiere a la rivalidad del gran amigo de Lamartine, Vignet, con motivo de sus relaciones con la que luego fue esposa del poeta, la Srta. Birch. Confiando en sí, y siempre generoso, Lamartine dijo a su amigo: «Voy a hacer un viaje de ocho días; emplead bien esta semana; si la señorita Mariana os pone buena cara, me retiro; si por el contrario...» Mariana se mantuvo firme; confesó a Vignet su amor a Lamartine, y Vignet se retiró.

*
* *

De la vida de Guillermo II.—El emperador de Alemania, como dice el barón Von Dervitz en *The Munsey*, se levanta a las seis de la mañana en todo tiempo. Como le gusta mucho leer periódicos. y no puede leerlos todos, tiene una oficina especial bajo la vigilancia de un oficial prusiano, para traducirle todos los artículos y noticias que puedan interesarle en los diarios y revistas de siete lenguas. Los recortes se pegan en anchos cartones que se encierran en una gran cartera de tafilete con las armas imperiales. A las siete en punto, el oficial ordenanza presenta la cartera a S. M., que lee, y con lápiz azul apunta al margen sus observaciones. Gracias a este sistema,

el emperador está al corriente de todo lo que pasa en el mundo, poseyendo multitud de conocimientos técnicos, y sorprendiendo a veces a sus ministros por lo claro y minucioso de sus informes. Además de esta lectura, el emperador lee todos los días un periódico alemán por la mañana y otro por la noche. La lectura de noche la hace en la cama, teniendo en la mesa un voluminoso paquete de papel y un lápiz azul sujeto con un cordón, estando dispuesta la luz de modo que ilumina la mesa y deja en la sombra su rostro.

Para sus notas, Guillermo II emplea simultáneamente el alfabeto alemán y el latino, y usa numerosas abreviaturas. Su papel de cartas es marfileño o aleonado con monograma y corona en el ángulo izquierdo, quedando libres tres cuartas partas partes de la hoja, muy ancha por lo grande de la letra de S. M. Como la etiqueta prohibe que se doble una misiva imperial, necesita sobres enormes, cerrados con un gran sello de cera negra. Frecuentemente, en vez de papel de cartas, el emperador emplea sus tarjetas de visita, que son de tamaño excepcional, con filete gris pizarra, con las palabras en caracteres alemanes: Wilhelm Deutscher Kaiser, *König von Preussen*.—Una tarjeta imperial llevada por un ayudante, equivale a una visita personal del emperador.

El guardarropa personal del emperador, que se cuida tanto de sus trajes como de sus periódicos y sus libros, está evaluado en dos millones de marcos, y cuesta anualmente 20.000 marcos de reparación y custodia; doce camareros militares y dos civiles cuidan el guardarropa, que ocupa un ala entera del palacio, con habitaciones en las que se conservan 300 uniformes, de los que usa constantemente 35.

Una habitación especial recibe los trajes de aparato, la corona, el cetro y el globo, y otra está destinada a la colección de condecoraciones, con las cintas, lazos y banderas que las completan, llevando cada una la referencia del uniforme a que corresponde, con el modo con que debe llevarse. Esta colección vale por lo menos tanto como el guardarropa, pues sólo la es-

trella de Santa Ana, de Rusia, por ejemplo, está valuada en 223.000 francos. Los armarios del guardarropa son de cedro, y cada compartimiento está cerrado por un espejo que permite comprobar de una sola ojeada si el traje está corriente.

Cuando el emperador necesita un uniforme, lo notifica al mariscal de la corte, que prepara una orden la víspera, especificando el uniforme reclamado; el camarero mayor hace tres listas: una para el vestuario, otra para el departamento de los accesorios y otra para el departamento de las condecoraciones; recibido todo y examinado, los camareros lo llevan cerrado en una caja especial al tocador del emperador, que no tarda en desnudarse y vestirse más de quince minutos. Gracias a este sistema, Guillermo II puede cambiar de uniforme dos, tres y hasta seis veces al día, sin gran pérdida de tiempo. Esta reglamentación evita también torpezas como la que le ocurrió a Alejandro III, que apareció un día ante tres soberanos con uniforme de almirante y arrastrando tras de su sable de marino una dragona de caballería.

Fernando Araujo

LA AMÉRICA MODERNA

SUMARIO: El culto de los héroes. Vasco Núñez de Balboa. El centenario del descubrimiento del Pacífico. La obra de cultura. Energías latentes.—Un nuevo camino para atravesar los Andes. Descripción de la ruta.—Las doctrinas sobre el derecho de libre expatriación en la Argentina. Opiniones del general Mitre.—La Hacienda de Chile.

Para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del mar del Sur, la República del Panamá ha tomado grandes iniciativas y se ha dirigido a España para hacerla partícipe de las fiestas de la conmemoración. La figura que se destaca en la apoteosis de este gran hecho histórico, es la del Adelantado Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico. Las Repúblicas enclavadas a lo largo del inmenso mar que baña las costas occidentales de América, ven en la conmemoración la evocación del momento de su aparecer a la vida de la civilización europea, realizada por una de las figuras históricas más grandes de la España heroica. Una estatua se levantará en el Canal de Panamá: la de Balboa. Ella será un símbolo para la corriente de civilización que discurrirá en el cauce que abrió el esfuerzo humano, símbolo perenne de la energía expansiva humana por la conquista del planeta, y recordará eternamente la eclosión de voluntad de un pueblo que llevó la obra secular de la civilización de Europa a un continente nuevo.

¿Quién fue el héroe?

Vasco Núñez era un ejemplar de aquella generación de titanes oriundos de Extremadura y Andalucía que irrumpieron en las regiones misteriosas de la América del descubrimiento, llevando como incentivo el amor a la gloria, la idealidad de un pueblo que se sentía predestinado para las grandes epopeyas, sin flaquezas ante nadie ni ante nada. Venía Balboa del mismo tronco que Cortés, Pizarro, Hernando Soto, Valdivia... Su figura era la de los caudillos: facciones duras y proporcionadas, mirada aquilina y gesto imperial. César Cantú dice, además, que Balboa encerraba inteligencia, dulzura, diplomacia, cualidades combinadas con un espíritu altivo y avasallador. Su abolengo era aristocrático.

He aquí su historia en América:

Sigilosamente llegó a las colonias del Urabá, en 1510, con la expedición que partió al mando de Fernández de Enciso. Consiguió que le proclamaran jefe, dió pruebas de valor temerario, de hábil gobernante; reorganizó la colonia de Santa María la Antigua, mandó expediciones a lo largo del Darién; sometió territorios, y en la provincia de Coiba enamoró a la hija del cacique y se casó con ella; oyó de labios del cacique una revelación que le hizo soñar en el país de fabulosas riquezas que desde Marco Polo encendía la voluntad de los exploradores europeos. Decía así el cacique:

«Si tan valioso es este oro ante vuestros ojos, y sólo para poseerlo abandonáis vuestra patria, exponiéndoos voluntariamente a toda suerte de peligros, tras aquellos montes que al Sur se levantan existe un dilatado mar, frecuentado por un pueblo que, cual vosotros, posee barcos con velas y remos; su rey come en vajilla de oro, y el país está cruzado por ríos que son riquísimos de dicho metal, tan abundante allí como aquí el hierro.»

En 1.º de Setiembre de 1513 organizó una expedición con 200 soldados españoles y algunos centenares de indios; costeó el istmo de Darién, llegó otra vez a la provincia de Coiba, y

dejando parte de sus huestes al cuidado de las embarcaciones, se lanzó tierra adentro con parte de los suyos, como héroes de leyenda helénica, en busca del nuevo mar.

La expedición, que aún hoy resulta penosísima y algunas veces imposible, la realizaron al cabo de veinticinco días de jornada, Balboa y sus compañeros. Luchar con pueblos salvajes y seguir avanzando a través de bosques tupidos, con rumbos inseguros, acechado por las fieras y las enfermedades, siempre con la perspectiva del misterio, es algo que sólo los escogidos pueden hacer. El 25 de Setiembre de 1513 llegaron los españoles a la falda de una montaña desde cuya cumbre se había de divisar el mar inmenso. Subía Balboa el primero trepando por la vertiente, resonando el acero de sus armas sobre las peñas, como preludio del canto de gloria que había de escucharse en las cumbres; seguíanle sólo 67 compañeros, empujados por el viento invisible que hincha las velas del corazón en pos de las grandezas. ¡Mar! gritó Balboa, con el mismo arranque que los vigías de los barcos ponen en su voz al divisar la tierra esperada. ¡Mar! repitieron sus compañeros, contemplando la llanura de líquida esmeralda que se agitaba blandamente en espumas en la base de la cordillera. Dice la Historia que un Fray Alonso de Vara entonó el *Te Deum laudamus;* los ojos de los héroes bebieron en el azul del mar y del cielo, por cuyas inmensidades se dilataron los vivas a España. El 29 de Setiembre, Balboa pisaba las arenas del mar del Sur, en la desembocadura del Sábana, en el golfo de San Miguel. Tremolando un estandarte y desenvainada la espada, penetró Balboa en el mar, a pie firme, bañándose en las aguas sobre las cuales proclamó el dominio de España.

¿Recuerdas, lector, cómo soñaba el alma enferma de Werther cuando, echado sobre el césped, repartía su mirada entre los gusanos de las brozas y los rayos del sol que descendían como una cascada de oro desde el firmamento? ¿Cómo su alma parecía moverse tocando los polos de la creación? Figúrate, pues, cómo soñaría el alma fuerte del héroe español, conmo-

vida por la crepitación del incendio glorioso del corazón de la raza, ante un mar inmenso, una tierra legendaria y la patria amada que se extendía a través del espesor del mundo.

Desde la cumbre del histórico monte, al bajar los españoles con el gran Balboa, descendió la civilización y se desparramó el alma de Europa, ofreciendo el campo más grandioso que se ha deparado a la Humanidad para sus creaciones. Allí estaba el mar de 180 millones de kilómetros cuadrados, que encierra inmensos archipiélagos, y toca en continentes vastísimos. Con Balboa, iban los discípulos del heroísmo: Diego de Almagro, conquistador de Chile; Bernal Díaz del Castillo, compañero de Cortés en la conquista de Méjico; Vázquez Coronado, conquistador de las siete ciudades de Cilda; Belalcázar, conquistador de Quito y Bogotá; Pizarro, conquistador del Perú; Bartolomé de Hurtado, el explorador del golfo de Nicoya; Gil González de Avila, de Nicaragua. Al calor de la gloria de Balboa, avanzaron luego Fernando de Soto, hasta descubrir el Mississipí; Fernando de Magallanes, hasta el famoso estrecho de su nombre; Sebastián Cabot, hasta el Plata y el Paraná. Todo un potencial de energías que se desparramaba sobre un mundo que los españoles, en constante epopeya, iban entregando a la cultura de la vieja Europa.

No importa hablar ahora de la trágica muerte de Balboa. Nada puede eclipsar el esplendór de su gloria que íntegra legó a su patria. Cuando los asiáticos crucen el canal de Panamá, confundidos con los representantes de los pueblos de Europa y de América, verán en las piedras y bronces que transfiguren el rostro de Balboa, la imagen de la historia de un pueblo que acercó más a los hombres que toda la filosofía y la religiosidad que ha brotado del alma humana.

Los pueblos degenerados o decadentes no pueden revivir sus pasadas glorias; los pueblos que descansan, después de las grandes proezas, guardan latentes en el fondo de su espíritu las fuerzas que les empujaron a la conquista de sus glorias pretéritas. Este es el caso de España. Aquellos caracteres que

brotaron del fondo de regiones aisladas como Extremadura, de las cunas de molicia como Andalucía, viven aún. Pero falta el momento emocional, la concitación a la gloria, el fuego del ideal que, arrastrando la voluntad, opera en las obras de grandeza. Como esos gérmenes larvados que viven sin desarrollarse mientras no reciben la acción de un medio favorable a su desenvolvimiento, las energías de raza no se manifiestan mientras el medio es frío, indiferente, refractario, sin calor y sin luz.

Ante el recuerdo de Balboa, símbolo de la mayor de las gestas de España, viene a los labios la pía evocación de Carducci, sobre las gradas del Foro, pensando en la vieja patria:

¡Salve, Deidad! Inclinado en las gradas
del Foro, evoco con lágrimas dulces
y adoro tus vestigios dispersos,
¡generatriz, Patria, diosa, alma Roma!
Por ti, yo soy ciudadano de Italia;
por ti poeta, oh gran madre de pueblos,
que has dado todo tu espiritu al mundo,
que de tu gloria has llenado la Italia.
...arcos que esperan los triunfos modernos,
ya no de Césares, ya no de reyes,
ni de cadenas atando implacables,
espaldas de hombres a carros ebúrneos...

*
* *

El Dr. Albert Hale, miembro de la Unión Panamericana, ha escrito un artículo en inglés sobre el nuevo camino para atravesar los Andes, cuya divulgación es de gran interés para todos aquellos que cultivan el movimiento americanista. Dice así:

«Tal vez para los que consagran atención a la Historia y, sobre todo, al progreso actual de Sur América, no puede haber un estudio más interesante que el de escalar la Cordillera y poner en comunicación ambos Océanos.

En estos últimos tiempos, después que la construcción de ferrocarriles le transmitió nueva vida a esta cuestión, el avisado y previsor norteamericano William Wheelright concibió e inició el proyecto, y en 1851 construyó el primer ferrocarril de Sur América, que se extendía desde Caldera hasta Copiapó (Chile), el cual, según su opinión, había de extenderse, por último, hasta Buenos Aires. En 1910 el ferrocarril andino logró poner en comunicación ambas costas por este rápido medio de transporte en una línea casi recta de 888 millas entre los dos Océanos. Este ferrocarril atraviesa la montaña a una altura de 10.000 pies, y en cuarenta y ocho horas va de una a otra costa.

Pero conste que éste no es el único paso—por la vía de Uspallata—de un lado de la Cordillera a otro. La idea de construir un ferrocarril hasta dentro del Norte de la Argentina desde el lado chileno, concebida por Wheelright, tiene todavía partidarios, y tal vez se encuentren contratistas que la pongan en práctica. Ya se han hecho los trazados y mediciones para un ferrocarril que se bifurque en las cercanías de Jujuy, hacia el Oeste del Central Norte Argentino, hasta la frontera boliviana, y que pase por la costa del Pacífico, cerca de Antofagasta, realizándose así el proyecto de Wheelright. Y cumple agregar que este paso de San Francisco, que pondría en comunicación a ambas Repúblicas, se adapta admirablemente para obtener este resultado.

Pero en la parte meridional del continente las inmensas extensiones de terrenos que ahora comienzan a producir en ambos lados de la Cordillera, deben de alguna manera, ponerse en más íntimo contacto mediante esta vía férrea. No cabe duda de que, por uno de estos pasos, tarde o temprano, se construirá un ferrocarril que preste grandes ventajas y utilidad al comercio. Dos de ellos—en cuyas cercanías tiene que funcionar un ferrocarril—ya se están usando en el tráfico local. Uno se halla casi en la latitud de Valdivia, en tanto que el otro no está muy distante al Norte de latitud de la Puerto Montt,

que en la actualidad es la estación terminal meridional del ferrocarril desde Santiago. Ambos son muy hermosos y están atrayendo los turistas, pero no en la proporción que merecen.

Yo tuve el placer de viajar en compañía del gobernador del territorio de Neuquén, a través de la vertiente que se acaba de mencionar, desde Bariloche, en la Argentina, hasta Puerto Varas, en Chile, siendo el objeto de la excursión del gobernador hacer investigaciones acerca del estado del camino y la región que se extiende entre la capital de su territorio y Bariloche.

Además, esta poco transitada ruta hasta Chile me inspiraba un interés especial. Sabía yo que se le había consagrado mucha atención, y que tanto el Gobierno como las empresas de ferrocarril la habían estudiado detenidamente, porque, al fin y al cabo, algún paso meridional por la cordillera tiene que convertirse en un camino entre las dos grandes Repúblicas a ambos lados de los Andes, y yo deseaba saber qué clase de región se abriría entonces para una futura colonización y explotación.

Pero desearía manifestar, para estimular a los que no hayan tenido la oportunidad de estudiar estas mismas extensiones de terrenos correspondientes en la Argentina y en los Estados Unidos de Norte América, que la semejanza a un árido desierto es solamente superficial. Hace más de veinte años que pasé por centenares de millas en los Estados de Texas y Arizona, que eran tan áridas como Sahara. Hoy día el viajero encuentra una gran parte de esta región en un estado floreciente, cubierta de buen pasto para ganado, con árboles, o dividida en pequeñas haciendas de cultivo, en las cuales se recogen cosechas de cereales y legumbres y existen productivos huertos. Toda la explicación del transformado paisaje se encuentra en una sola palabra: agua. Una vez que el agua se introduzca en este abrasado y sediento suelo, millones de hectáreas serán redimidas y dejarán de ser un erial.

Desde el punto de vista local, el problema acaso sea dife-

rente de lo que ha sido y aún continúa siendo en la apartada region del Oeste de los Estados Unidos de Norte América; pero es fundamentalmente idéntica. Habiendo agua, los árboles crecen, y con éstos el agua vendrá finalmente por sí misma, y el suelo fructificará. A juzgar por lo que me dijeron mientras viajaba por esa ruta, no es muy difícil obtener agua. Hay unos cuantos ríos, de un tamaño regular, de los cuales puede sacarse agua, y en algunos lugares, dicho líquido se encuentra a unos cuantos metros debajo de la superficie. La Argentina, enérgica y progresista, resolverá el problema, lo mismo que se está resolviendo en los Estados Unidos de Norte América, y pronostico que, durante el curso de la vida de muchos de nosotros, en La Pampa, Río Negro, Neuquén y Chubut se establecerá el riego de una manera regular y efectiva, y que en estas llanuras desprovistas de árboles, millares de colonos encontrarán cómodos hogares.

Al día siguiente por la mañana, a las cinco y treinta minutos, el Gobernador Elordi preguntó por mí en el hotel. El automóvil en que habíamos de hacer el experimento de atravesar el desierto por caminos desconocidos, que jamás habían sido tocados por una llanta de goma, era de 40 caballos de fuerza y 36 centímetros del eje al borde más bajo de la llanta. Es probable que pudiera andar a razón de 50 millas por hora, y cuando se puso a prueba subía muy bien las cuestas.

No había transcurrido aún una hora de nuestra salida de la capital cuando atravesamos el río Limay y entramos en el río Negro, mediante un simple bote que quedaba pendiente de un cable de hierro extendido sobre el río, y que era impulsado hacia atrás y hacia adelante por la acción de la corriente. Entonces encontramos un camino duro y muy trillado a través del desierto, árido como Arizona; pero que servía para carretas tiradas por bueyes, por la vegetación especial de una reseca llanura. No puedo menos de repetir la gran semejanza que existe entre dicha región y los Estados de Arizona, Texas o el Norte de Méjico. Sin embargo, eché de menos las varias clases

del cacto o tuna, que tan comunes son en aquellas regiones. No sé si el cacto crece en la Argentina; pero estoy seguro de que el suelo es propicio para su desarrollo, y el gobernador Elordi me dijo que se proponía introducir una clase sin espinas en Neuquén, que debía crecer bien en estas cercanías y proporcionar buen pasto, especialmente para los mulos y acaso también para el ganado. A las nueve y quince de la mañana llegamos a Los Jaguelitos, un boliche o pequeña casa, la primera que hallamos en el camino al Sur de Neuquén, a una distancia de 48 millas.

La monotonía de nuestra excursión por este lugar fue interrumpida con frecuencia, de una manera grata, por la contemplación de la abundante caza que de seguro hubiera despertado el interés de un cazador norteamericano. Vimos varios guanacos, los camellos de Sur América, que se asemejan mucho a la llama, en tanto que los avestruces también eran muy numerosos. Además, había muchas codornices y liebres. En muchas de las grandes estancias de la Argentina se prohibe matar los avestruces, porque sus plumas constituyen una fuente considerable de renta para sus dueños. Estas plumas no son tan finas como las del avestruz africano, y se usan principalmente en la fabricación de plumeros.

A las diez de la mañana salimos de Los Jaguelitos, y bajamos gradualmente hasta un anchuroso valle, sin que el camino ofreciera obstáculos al automóvil que corría a razón de 18 ½ millas por hora, y en algunos lugares aún con mayor velocidad. Entonces, a las once y treinta minutos de la mañana, llegamos a otro boliche, situado a poca distancia de una cuesta un tanto rara en la extremidad del valle, denominada «El Cerro de la Policía», y allí descansamos y almorzamos muy bien. Una vez más se nos ofreció un ejemplo de la producción de aquel suelo, pues el colono, dueño del boliche, que nos dió tan sabroso almuerzo, hacia seis años que había descubierto un manantial de agua pura en el lado del cerro, detrás de su casa, y había desarrollado un sistema práctico

de riego para un hermoso huerto alrededor de su casa, en el cual cultiva con éxito maíz, cebollas, patatas y otras legumbres semejantes, en tanto que su gusto estético le había inducido a cultivar bellísimas flores, habiéndonos regalado, en el instante de nuestra partida, un ramo o pucha de bonitos claveles que conservaron su frescura y fragancia hasta el fin del siguiente día.

Por un buen camino, más allá del citado cerro, dentro de una hora, llegamos a otro boliche que llaman «Colorado». En este lugar, el gobernador Elordi había depositado, y tenía lista para usarse inmediatamente, una cantidad de nafta, porque, teniendo en cuenta que por aquel camino jamás se había viajado antes en automóvil, fue preciso suministrar dicho combustible en la vía, por si acaso se necesitaba. En Colorado sólo permanecimos el tiempo suficiente para trasladar la nafta o petróleo al carro, y entonces seguimos por el cañadón denominado «Tricaco», habiendo llegado a las diez y diez minutos de la noche a Mencue, almacén y establecimiento de buen tamaño que surte a las estancias de las cercanías. Este último tramo de 68 millas lo anduvimos en tres horas y cuarenta minutos. La distancia total que se viajó en automóvil el primer día ascendió a 171 millas y, acortando el camino aquí y allá, por indicación del guía, ahorramos 15 millas de las 186, que es la distancia ordinaria que calculan los hijos de aquel país.

Dícese que Mencue es la estación intermedia de Neuquén a Bariloche. La noche había sido fría, y el aire de la mañana era fresco y vigorizante, siendo así que a las seis de la mañana el termómetro indicaba 16° C. Esto se explica por el hecho de que la altura, según lo indicaba el barómetro aneroide, era cerca de 3.937 pies, o sea el punto más alto del camino.

Después que salimos de Mencue encontramos un excelente camino que conducía a un boliche denominado «Laguna Blanca», que debe su nombre a un pequeño lago que hay cerca de aquel lugar, el cual se seca en el verano, y así exhibe su lecho incrustado de alguna clase de sal blanca brillante. Anduvimos

una distancia de 31 millas en cincuenta minutos. De Laguna Blanca a otro pequeño oasis que hay en el desierto, y que se llama Cumallo, media una distancia de 43 millas, que se anduvieron en dos horas y cuarenta y cinco minutos, habiendo llegado a las doce y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

De Cumallo, de donde salimos a la una de la tarde, a Pilcanillen, adonde llegamos a las dos y cuarenta y cinco minutos de la tarde, hay unas 25 millas. Este lugar es una aldea que tiene una escuela federal, una estación de telégrafo y una planta muy bien organizada, con maquinaria moderna para trasquilar el ganado lanar. En todos los valles de estas cercanías abundan mucho los rebaños de ovejas, cuya crianza parece ser bastante productiva. Pilcanillen es la línea divisoria del tráfico y movimiento hacia el Este, porque desde este punto todas las carreteras procedentes del Sur se dirigen al Este, hacia la extremidad del ferrocarril que comienza en Puerto San Antonio, en Río Negro, en la costa del Atlántico, y se abriga la esperanza de que dentro de poco tiempo esta vía férrea llegue a Pilcanillen y se continúe hasta Bariloche. Salimos de Pilcanillen a las cuatro y quince minutos de la tarde, y encontramos muchos desniveles en el camino, debido al hecho de que por él transitan muchas carretas y a la notable diferencia del suelo, que era más blando y terroso, razón por la cual las carretas hicieron huellas más hondas, entre las cuales había altas gibas. Estas, formadas en el medio del camino, causaron muchas demoras, y por eso el automóvil no podía andar con mucha velocidad. A eso de las cinco de la tarde columbramos primeramente la cordillera, coronada de nieve, y poco después divisamos los hermosos picos del poderoso Tronador, que semejan una silla de montar. Durante la tarde también tuvimos ocasión de contemplar un paisaje más agradable y verde, más ganado, principalmente caballar, valles más fértiles a derecha e izquierda del camino, y más viviendas que las que habíamos visto el día anterior. A las seis y treinta minutos de la tarde cruzamos el río Nirihuao, y a las once y treinta minutos de la

noche, después de viajar por un buen camino, que aun a la tenue luz de las estrellas pudimos andar a razón de unas 25 millas por hora, entramos en la población de Bariloche. Ese día anduvimos 155 millas.

Salimos de Bariloche a las cuatro de la tarde, y aquella noche, a las nueve y treinta minutos, llegamos al desembarcadero de Puerto Blest.

De este último lugar salimos la próxima mañana a las cuatro, y en cuarenta minutos logramos andar la corta distancia (dos y media millas) que hay entre el lago Nahuel Huapi y el lago Fría, por un tranvía de rieles de madera ligeros.

El lago Fría es una honda cavidad formada en las montañas, cuyos costados son muy pendientes, en la cual sólo puede entrarse por los dos extremos donde una compañía ha colocado plataformas para efectuar los desembarcos. Salimos de este pequeño lago a las cinco y cincuenta minutos de la mañana, a lomo de mulo, para atravesar la vertiente que hay entre los lagos, con el propósito de salir de la Argentina y entrar en Chile, puesto que a las seis y cuarenta y cinco minutos de la mañana pasamos la línea divisoria, situada a una distancia de cerca de 2 millas del lago Fría. Después de andar 6 kilómetros más, llegamos a Casa Pangue, situada en las márgenes del río Peulla, hacia arriba, desde cuyo valle se contempla una magnífica vista de Tronador. Entonces, tras un paseo en carretón hasta una distancia de 10 millas por pinares y otros árboles, a lo largo del río Peulla, llegamos al hotel de su nombre, situado en las riberas del lago Esmeralda, donde almorzamos.

Desde este último lugar salimos a las dos y treinta de la tarde, y atravesamos el lago Esmeralda hasta una distancia de 31 millas, aproximándonos cada vez más al hermoso monte Osorno, cuyo cono, cubierto de nieve, se destaca por encima de todo el paisaje circundante, habiendo desembarcado en Petrohue a las cuatro y treinta minutos de la tarde. En este punto nos esperaban buenos caballos, y después de tomar una taza de café, emprendimos la marcha con dirección a Ensena-

da, una distancia de 18 kilómetros, situada en un extremo del lago Llanquihue, el más grande que hay en Chile, y que únicamente el Titicaca le supera en Sur América. Llegamos a las siete y quince minutos de la noche, cenamos en el hotel que hay en Ensenada, y salimos en vapor a las nueve de la noche, con destino a Puerto Varas, situado a 50 kilómetros a través del lago, siendo ésta la estación más cercana del ferrocarril central de Chile, a la cual llegamos a eso de media noche.

Este fue el fin del viaje. Yo había salido de Buenos Aires en la tarde del lunes 6 de Enero, y había llegado en la mañana del martes, 14 del mismo mes, después de viajar una distancia de 1.320 millas a través de los Andes.

*
* *

En las conferencias dadas por el ilustre tratadista argentino el Dr. Zeballos sobre el derecho de libre expatriación, después de exponer las ideas de algunos estadistas de la Argentina en este respecto, ha analizado el pensamiento de una personalidad de tanto relieve como la del general Mitre, después de hacer la crítica de la orientación de Alberdi.

«Alberdi—dijo—era el hombre de la federación, el hombre de los odios contra Buenos Aires; Sarmiento era el lazo que unía, que pretendió unir siquiera a la Federación y al Estado de Buenos Aires. Y entre estos dos, aparece una tercera figura, distinta de ambos por el talento y por el carácter, superior a Alberdi por la energía e inferior a Sarmiento por la intelectualidad. Este era el hombre del estado separatista de Buenos Aires: el general Mitre.

Superior por la inteligencia a todas las figuras notables de su tiempo, dirigía aquella aristocracia porteña descendiente de algunos almaceneros enriquecidos. Pero sus tendencias encaminábanse también, como las de Sarmiento, a la unidad nacional.»

Ha luchado el general Mitre conservando siempre, como medio de acción, su popularidad, a diferencia de Sarmiento,

que no vacilaba nunca en comprometerla para salvar la independencia de su criterio. Sin embargo, cuando se ha presentado alguna ocasión decisiva, el general Mitre supo también sobreponerse a las opiniones de los mediocres, arriesgando esa popularidad, que era la más poderosa de sus armas. El sentimiento popular, condensado —dice— en cierta frase del ramplón poeta Mármol: «las provincias son apenas cuatro ranchos que están más allá del Arroyo del Medio», ha indignado frecuentemente al general Mitre.

Mitre condenaba la idea separatista. En 1854 afirmó el predominio de la nacionalidad, combatiendo la Constitución exclusivista de Buenos Aires. A juicio del general Mitre, era necesario reformar esta Constitución, en la parte referente a los problemas de ciudadanía, pues la facultad de legislar sobre estas cuestiones pertenece íntegramente, según él, a la nación.

En 1869 el general Mitre es objeto de un banquete popular, y entonces pronuncia un discurso que ha causado verdadera sensación en el país. La palabra de Mitre era la palabra de un soldado, de un tribuno, de un periodista. Mitre tenía, además, la experiencia de seis años en el más alto puesto de su patria, en la presidencia de la República. Había subido a este puesto lleno de inteligencia, de salud y de patriotismo; había trabajado desde allí empeñadamente y tenía, por lo tanto, una idea clara respecto a las necesidades de su pueblo.

Y en este discurso, el general Mitre, después de elogiar las condiciones de cada grupo de extranjeros radicados en tierra argentina, pronunció las siguientes palabras, merecedoras de una atención que hasta hoy nadie le ha prestado: «En este país todos debemos reconocernos hermanos.» El concepto puede interpretarse como un elogio del ambiente, fácil a la fraternidad humana; pero pronto se transforma en actos, en leyes, no dejando lugar a dudas respecto del criterio de Mitre ante la nacionalidad.

En 1870 el Congreso estudiaba la ley de emigración. El Congreso se componía de hombres serios, laboriosos y patrio-

tas, y la ley votada entonces era tan sabia, que si siguiese se habría ahorrado el país no pocos disgustos. «Nosotros—dice el doctor Zeballos—la hemos dejado perder porque todavía no sabemos justipreciar debidamente lo nuestro; para nosotros nada vale de cuanto aquí se produce, y sólo concedemos importancia a lo que nos venga del extranjero, aun cuando muchas veces no sepamos interpretar su espíritu ni entender su letra. La ley de 1870, despreciada en la Argentina, fue copiada más tarde por los Estados Unidos.»

Esta ley, al aprobarse en el Congreso, tuvo el prestigio del voto y de la palabra de Mitre, quien afirmó entonces que los Estados Unidos hubieran sucumbido, como nación, de no asimilarse tan sabiamente a los extranjeros que invadían su territorio; «y únicamente—añadió—basándonos en esta norma, no vacilará nuestra estatua del porvenir».

Claramente se ve, pues, el pensamiento de Mitre favorable a la incorporación de los extranjeros a la vida activa del país. Poco más tarde, en 1878, dictaba el Congreso nacional una ley de jubilaciones y pensiones. En el país abundaban entonces los extranjeros ilustres que Sarmiento y Mitre habían traído para engrandecer la enseñanza universitaria argentina, y había el peligro de que estos hombres, una vez jubilados, disfrutasen la pensión en su país de origen.

Presidía la Cámara el Dr. Zeballos, y convencido de la injusticia de esta ley, abandonó la presidencia para defender una moción proponiendo que ningún extranjero pudiese jubilarse sin antes haberse nacionalizado en el país. El discurso del Dr. Zeballos dió origen a un largo debate y al nombramiento del comité de nacionalización, presidido por Cambaceres. Sarmiento, como el orador decía en su conferencia última, debido a una ligereza del presidente del comité, se puso abiertamente en contra de las nuevas ideas, amenazando destruir el prestigio que ya habían ganado en la opinión. Pero entonces sale a la defensa del orador y sus partidarios la palabra serena del general Mitre.

En *La Nación* emitió Mitre su juicio respecto al asunto, defendiendo las ideas del Dr. Zeballos y señalando al autor como una gloria futura e indudable del país argentino. «El general Mitre afirmaba, pues—agrega el orador,—el gran principio del Estatuto del año 15, el de la Constitución del 17, el de la del 19, el de la del 26, el de la guerra de Rozas contra Inglaterra y Francia»; afirmaba que los hijos de extranjeros nacidos en la Argentina son argentinos. «De otra manera—dice más tarde el general Mitre,—en vez de una nacionalidad, haremos una aglomeración de comerciantes.»

Después de Alberdi, de Sarmiento y de Mitre, muchos otros hombres de pensamiento han opinado sobre la importante cuestión; pero ninguno mejora el criterio de los tres ilustres estadistas.

Con el estudio sobre la personalidad de Mitre ha puesto fin el Dr. Zeballos a la primera parte de su ciclo de conferencias, afirmando que el pensamiento central de la legislación argentina ha sido siempre el de radicar en el país a los emigrantes, haciéndolos suyos por la mayor suma de garantías políticas.

Debéis daros cuenta—agrega dirigiéndose a los escolares—que el profesor no os ha venido a enseñar historia, sino a deciros que cada uno de vosotros es una fuerza, la cual, puesta en contacto con las realidades, irradiará hacia otras conciencias, despertándolas a la vida del patriotismo y de la ley, para que la ley, bien orientada, sea la guía de la patria hacia su grandeza futura.

*
* *

En el mensaje dirigido al Congreso por el Presidente de la República de Chile, al reanudarse las sesiones parlamentarias, se recuerda que los ingresos en 1912 llegaron a 395 millones de pesos y los gastos a 414 millones, lo que produjo un déficit de 19 millones. Para 1913, los ingresos se han calculado en 411 millones.

La Deuda exterior chilena se eleva en la actualidad a 34 $^1/_2$

millones de libras esterlinas, con disminución de 7 $^1/_4$ millones con relación a las cifras de fin de Diciembre de 1911.

La balanza mercantil continúa siendo favorable: las importaciones ascendieron a 602 millones de pesetas y las exportaciones a 689.

La producción de nitrato excede de 25 millones de quintales métricos, con aumento de 617.000 quintales sobre la del año precedente.

También anuncia el mensaje presidencial que el presupuesto para 1914, que será presentado a las Cámaras, tendrá un superávit inicial, suficiente para cubrir los gastos imprevistos que puedan producirse.

Examinando otros aspectos de orden económico, hace notar el documento la elevación a 10 millones de pesetas de las sumas depositadas en la Caja Nacional de Ahorros.

Los estudios para la construcción de 1.200 kilómetros de nuevas líneas férreas se han terminado, y ahora se halla en estudio un proyectado aumento de la red a 5.103 kilómetros más.

Para Setiembre próximo, una porción importante de la red longitudinal, 3.125 kilómetros, será puesta en explotación, quedando unidos los puertos de Pisagua y Santiago.

En cuanto a las líneas férreas pertenecientes a empresas particulares, miden unos 3.000 kilómetros, y tiene en construcción 415 de nuevas líneas.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

ÍNDICE

Págs.

El espíritu y el titanismo científicos de nuestro tiempo, por Antonio Gota..... 5

Crónicas del tiempo de Isabel II, por Carlos Cambronero..... 35

Los Arfe, por Carlos Justi..... 78

El Clondic y la vida de los buscadores de oro, por Jeremías Lynch. 99

Padre e hijo (novela), por Edmundo Gosse..... 131

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 158

La América Moderna, por Vicente Gay..... 191

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 25. NUM. 300.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

1-208
m. 9

DICIEMBRE 1913

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

CRÓNICAS DEL TIEMPO DE ISABEL II

(*Conclusión.*)

IV

Exposiciones de pintura.

La Academia de Bellas Artes de San Fernando tenía por costumbre o por obligación, si así constaba en el Reglamento de los estudios que estaban a su cargo, exponer al público, en el mes de Setiembre de cada año, las obras premiadas en los concursos de los jóvenes que se dedicaban a la pintura, y con un celo que nunca nos cansaremos de elogiar, convocaba, por medio de anuncios, insertos en el *Diario de Avisos*, a los aficionados y pintores de profesión para que llevasen sus cuadros a las salas de la Academia, exponiéndolos, a la par, gratuitamente.

El local no reunía aquellas condiciones de luz y de amplitud que hubiera sido de desear; los expositores tenían que llevar por su cuenta caballetes para la colocación de los cuadros que presentaban, y cuando se habían ocupado los sitios destinados al objeto, los últimos lienzos que llegaban, o los de escaso mérito, eran bajados al patio, *desafiando las iras del cielo* —como dice Mesonero Romanos.—Con todos estos inconvenientes, la Academia merece un voto de gracias, porque, bue-

no o malo, proporcionaba local donde exhibir las obras de los que no tenían otro medio de darlas a conocer.

De esta manera embrionaria nacieron en Madrid las Exposiciones de Bellas Artes, y ya supondrá el lector la escasez de cuadros que en ellas habría, tanto por el decadente estado de la pintura española en aquella época, como por el poco estímulo y protección que los aficionados encontraban en el Gobierno y en los particulares.

Veamos ligeramente lo que fueron algunas de estas Exposiciones:

Exposición de 1836.

Don Vicente López presentó cuatro retratos: uno de la *Reina Doña Isabel II*, otro de Doña María Cristina, otro del señor Liñán, Comisario de Cruzada, y otro del Sr. Sepúlveda, Director de la Casa de Moneda. En todos se admiraba el colorido y la perfección del dibujo; pero en los de la Reina y su madre dicen que había falseado un tanto las facciones, quizá con el fin de halagar a los originales.

Más parecido se encontró en el retrato que de Isabel II había presentado Federico Madrazo.

De la Reina hubo otro retrato más, debido al pincel del joven Carlos Luis Rivera, a quien se elogiaba mucho.

Villamil llevó a la Exposición catorce cuadros: *Antiguo torreón árabe o Iglesia de la Feria, en Sevilla; Ruinas y molinos en Alcalá de Guadaira; Catedral de Sevilla por el lado de las gradas; Interior del claustro de San Juan de los Reyes, de Toledo, Vista general de Toledo desde la Cruz de los Canónigos; La calle Ancha, en Toledo; El Castillo de San Cervantes, de Toledo, desde los Molinos; Alcalá la Real; Fragmento de Granada; Familia de gitanos; Paisaje; otro para un reloj; Vista de Alcalá de Guadaira*, y *Aspecto actual característico de las ciudades árabes de España.*

La nueva revista que había salido aquel año, titulada *Semanario Pintoresco*, elogiaba a Villamil por su extraordinaria labo-

riosidad, y por el patriótico celo con que, sin aliciente alguno, se dedicaba a trasladar al lienzo nuestras riquezas naturales y artísticas, visitando, a su costa, los pueblos que las contenían, aun con el triste convencimiento de no tener otra recompensa que el aprecio de los inteligentes.

Jenaro Pérez Villaamil, con dos aes, como él se firmaba, ha sido uno de los pintores más fecundos del siglo XIX, pues Ossorio y Bernard calcula en ocho mil el número de cuadros que pintó en un período de veintidós años, que es lo que abarca su vida artística. Principalmente se dedicó a *paisajes* e *interiores*, embelleciendo o falseando los originales para hacerlos más agradables, defecto que hoy no se le perdona, y que entonces fue la causa de la gran aceptación que tuvieron sus obras.

Rafael Tejeo. *Diana sorprendida en el baño; Lucha de Hércules y Anteo*, que gustó por «el profundo estudio anatómico que se podía apreciar en los escorzos de las dos figuras y la severidad del estilo».

José Elbo. *Un majo*, *Un picador*, *Dos toros* y varios retratos, todos de buen colorido y correcto dibujo, pero acusando cierta frialdad. Tenía el estilo de Alenza, lo cual no era un defecto, sino una ventaja.

José Gutiérrez. Un *paisaje*, celebrado por los inteligentes; y los retratos de Romea, Matilde Díez, Carlos Latorre, José Valero y Ventura de la Vega.

En la Exposición que hizo el *Liceo Artístico*, en 1837, presentó una *Venus,* de tamaño natural, que tuvo que retirar a los pocos días, porque los concurrentes se escandalizaban de ver una figura desnuda. A ese extremo se había llegado. Dicen que tenía brillante colorido y buen dibujo.

Bernardo López, hijo de D. Vicente. Copia de un *Cristo* de Juan de Juanes.

Luis López, hermano del anterior. Un dibujo representando la figura de *Héctor*.

Teresa Nicolau. Miniatura de *Petrarca*.

Señorita Montufar. Dibujos.

Don José Abrial. Cinco vistas de Madrid, que eran: *El Museo; Madrid desde el camino de Castilla; Madrid por el lado de San Francisco el Grande* y la *Costanilla de San Andrés.*

Gutiérrez, hijo. *Combate de guerreros antiguos,* cuadro que revelaba excelentes disposiciones en su autor.

Alenza. *Manolas; Un suplicio* y *Asesinato e información judicial.* Los cuadros de Alenza se distinguen por un «estilo gracioso y *franco*, a la manera de Goya, conocimiento del claroscuro, frescura y verdad, pero a veces con alguna pequeña incorrección en el dibujo».

José Ferrán. *Helvira* y *Abelardo; Laura* y *Petrarca*, miniaturas.

Ugalde. Cuatro retratos.

Rosario Weis (1). Copias de *Las lanzas,* de Velázquez, y de la *Maja vestida*, de Goya.

Exposición de 1837.

«Unos cuantos nombres—decía un crítico,—ya conocidos del público, que pueden muy bien contarse por los dedos, son los encargados de sostener la Exposición; y de tal manera, que cada uno de ellos está seguro de no competir más que consigo mismo. López sabe que a la corrección de su dibujo, a la ejecución de sus paños, ropas y detalles, ninguno llegará; Villamil se presenta en posesión de su puesto de primero, de único paisajista; Madrazo lleva sus cuadros a la Academia sin temor alguno de que haya parangón para la transparencia de sus colores, para el romanticismo de su paleta; Esquivel coloca los suyos con la fundada vanidad de haber dado un gran paso en su carrera desde la última Exposición, pero sin devolver los

(1) Era sobrina de Goya, y quedó huérfana siendo niña, confiada al cuidado del famoso pintor; a la muerte de éste, tuvo que dedicarse a copiar cuadros, al óleo y al lápiz, para atender a su subsistencia. En 1842 fue nombrada profesora de dibujo de la Reina Isabel, falleciendo al poco tiempo.

ojos en busca de algún rival de su estilo, de algún imitador de su manera, porque de no encontrarle está seguro.»

En esta Exposición el cuadro que sobresalió, sin distingos, fue el retrato del erudito académico D. Martín Fernández Navarrete, pintado por D. Vicente López. «Madrid todo—dijo un revistero—ha admirado la extraordinaria semejanza, la corrección del dibujo, y aquella verdad en los detalles que hace confundir, por valernos de una expresión vulgar, lo vivo con lo pintado.»

A este propósito escribía D. Juan Nicasio Gallego en el periódico *El artista:*

«Muchos quisieran que siguiendo López la máxima de los maestros de la antigua escuela española, recargase menos sus retratos de brillantes accesorios y dijes, que, distrayendo la atención y privando, hasta cierto punto, a los cuadros del consiguiente reposo y armonía, perjudican el efecto y vigor de las cabezas. Lo vituperable es que los accesorios sean excesivos en número por la confusión que inducen; y el arte y gusto del profesor consiste en saber templarlos y subordinarlos al tono general del cuadro, y particularmente, al de las partes principales de las figuras; mas si los accesorios están elegidos y dispuestos con sobriedad y tino, si contribuyen con la acertada contraposición de sus tintas y sus luces, que es lo más difícil, al acorde reposo y armonía del cuadro; y si en el esmero de su ejecución no se advierte timidez ni fastidio, este esmero es una perfección más, y sólo la pasión o el capricho pueden hallarlo reprensible. La propensión de López a no escasear en sus retratos los accesorios, nace de dos causas que redundan en elogio de este profesor: una, el deseo de complacer a los originales, y en especial a las señoras, que no quedan contentas si no se las pinta engalanadas con todos los dijes y floripondios de su tocador; otra, la admirable verdad con que sabe representarlas. El oro, las plumas, el nácar, las pieles, la pedrería, salen de su paleta con tan cabal imitación, que se equivocan y confunden con la realidad misma. ¿Cómo, pues, se ha de ex-

trañar que se complazca en excitar nuestra admiración con el efecto verdaderamente mágico de sus pinceles?» Estamos conformes con las apreciaciones de D. Juan Nicasio Gallego.

Villamil presentó *Una vacada*, y una *Vista de la Catedral de Oviedo en el siglo XVI, en el acto de la procesión del Corpus*. Se elogió la minuciosidad con que había copiado los detalles de la arquitectura gótica del edificio, y la gracia con que estaban pintadas las figuras del cuadro.

Elbo. *Una torada en la dehesa de la Muñoza*, paisaje de distinto género que el de Villamil.

Federico Madrazo. Tres retratos: el de la marquesa de Villagarcía, el de la señorita Virginia Eaton, en disposición de tocar el arpa, y el de D. Juan Nicasio Gallego.

José Abrial. Cuatro paisajes pequeños, que fueron algo discutidos.

Antonio Esquivel. *Seis apóstoles*, con «reposo y armonía en sus tintas, vigor en el colorido, nobleza en las actitudes y expresión en la cabeza, aflojando un tanto el dibujo en los extremos». Aquí figuró su obra maestra, hasta entonces, el gran cuadro de la *Transfiguración*.

Teresa Nicolao. Copia, en miniatura, de la *Virgen del Ferrato*.

Rosario Weis, copia, al lápiz, de un cuadro de Goya.

Ramón Vives. Un *Guarda de campo, dormido*.

Calixto Ortega. Retrato de señora.

El *Semanario Pintoresco* publicó, grabados en madera, reproducciones del retrato de Navarrete, de la *Vacada*, de Villamil y de la *Transfiguración*. Las láminas, exceptuando el retrato, son muy medianas; pero la referente al último cuadro, aun así, da una idea exacta de la composición, que es esencialmente académica, inspirada en la pintura mística del siglo XVII.

Exposición de 1838.

Como ya se ha dicho, poco variaba el personal artístico

que concurría a estas Exposiciones; López, Madrazo (padre e hijo), Tejeo, Villamil, Elbo, Gutiérrez, Esquivel, Carderera y algún otro, eran los que tenían monopolizado el cultivo del arte en la corte.

En esta Exposición hubo una novedad: la Reina Gobernadora Doña María Cristina concurrió con dos copias, respectivamente, de Murillo y Guido Renni, que inducían a reconocer la buena voluntad del jefe del Estado, en favor de las Bellas Artes.

Don Vicente López presentó un cuadro de composicion religiosa, *Nuestra Señora de los Desamparados acogiendo a varios pobres*. «En este lienzo, decían, descuella el atrevido genio de López y la índole particular de su pincel, la gracia y el acierto en disponer una composición, y expresarla con una prodigalidad en los detalles, una brillantez y frescura en el colorido, que producen un conjunto halagüeño y hacen cerrar la boca al más rígido preceptista.»

Don José Madrazo. *Asalto de Montefrío por el Gran Capitán*. El cuadro gustó mucho, pues entonces, ni el Gobierno ni los particulares encargaban obras de asuntos históricos. Se alababa el partido que supo sacar de un lienzo de pequeñas dimensiones para pintar figuras de tamaño natural. Quizá los que hoy vean el cuadro señalen esto como un defecto de composición. El *Semanario Pintoresco* trae un grabado de la pintura.

Tejeo. *Retrato de un particular a caballo*. Lo elogia la Prensa. *El Salvador del mundo,* «media figura llena de nobleza y dignidad».

Gutiérrez. Tres retratos: la *Reina Gobernadora*, la *Marquesa de Villagarcía* y la señora de Montufar. Se notaba en este pintor inclinaciones *murillescas*.

Vicente Carderera. *La Prudencia y la Hermosura*, «bella composición que está llena de poesía, y recuerda el gran estilo de los insignes maestros de la escuela italiana. Tiene buen colorido y armonía, y bastante fuerza de claroscuro. El dibu-

jo, especialmente en la figura de la Prudencia, es de suma severidad y corrección, y el carácter de fortaleza impreso a su fisonomía contrasta agradablemente con la dulzura y candidez de la otra figura, que parece luchar entre el espejo que la pinta su actual gloria y la rosa deshojada que la predice su porvenir». Además, presentó Carderera varios retratos, entre ellos los de las Marquesas de Malpica y Branciforte.

Federico Madrazo. Retrato del marqués de Branciforte a caballo.

José de la Revilla. *Caín y su familia después de la maldición celestial.* El *Semanario Pintoresco* trae un grabado que nos obliga a tener poca benevolencia con la composición de la obra.

Ricardo Bucelli. Copia de la *Santa Isabel*, de Murillo, y del *San Sebastián*, de Muñoz.

Esquivel, que estaba fuera de Madrid, sólo presentó los retratos de cuerpo entero y tamaño natural, de *Isabel II* y de la *Infanta Luisa Fernanda.*

Antonio Cabana. *Retrato de D. Basilio Sebastián Castellanos*, escritor y arqueólogo.

Pedro Kuntz. *Retrato del diputado Sr. Luján.*

Rosario Weis. Dibujos al lápiz.

Jenaro Pérez Villamil presentó diez cuadros: *Fragmento de fortificación árabe*; *Sepulcro del Cardenal Cisneros, en Alcalá de Henares*; *Costado del crucero del convento de San Juan de los Reyes, en Toledo, en el momento de estar oyendo un sermón un público numeroso. La batalla de Arlabán*, dos cuadros que representan aquel hecho memorable de la guerra carlista, realizado el 24 de Mayo de 1836; *Interior de la catedral de Sevilla*, y *Vista de la Giralda, desde la calle de la Borceguinería*; *La marcha de una división* (costumbres militares); *Baile en el campo* (orillas del Guadalquivir), y *Una escena de ladrones.*

Villamil (Juan), hermano del anterior. *La comunión* y *Reparto de sopa a los pobres a la puerta de un monasterio.*

Vicente Camarón. Dos paisajes.

Alenza. Caprichos. El más notable, y que consiguió llamar poderosamente la atención, fue el *Avaro moribundo*, por la gracia y filosofía de la composición.

Quizá este certamen fuera el que inspirase a nuestro amigo y maestro D. Ramón Mesonero Romanos su lindo artículo *La Exposición de Pinturas*, publicado en los días en que ésta se estaba celebrando. No contiene apreciaciones artísticas: se limita a delinear con tino e ingenio los diferentes tipos que acudían a ver los cuadros de la Exposición. Hablando del edificio donde ésta se celebraba, dice: «Fue construído con destino a *Estanco del tabaco*, hasta que el Sr. D. Carlos III (de gloriosa memoria) dispuso *estancar* en él cosa de más interés, reuniendo para ello, con la mejor intención, *naturaleza y arte bajo un techo* (1), como dice la inscripción de la puerta; con lo cual, y desde entonces, permanecen allí *estancadas*, estrechas y sin poder medrar.»

Exposición de 1839.

Los cuadros que más gustaron al público este año, fueron:

Una copia, hecha por Cayetano Palmaroli, del cuadro de Claudio Coello la *Santa Forma*, que se conserva en la sacristía del monasterio de El Escorial.

Escenas de figón, cuadro del género de Teniers, por Vicente Camarón.

Bandolero andaluz contemplando la cabeza de un compañero decapitado. De Rafael Tejeo. Se alabó mucho.

Aparición de dos ángeles a Godofredo de Bouillón, por Federico Madrazo.

Don Rodrigo Calderón marchando al suplicio, por Carlos Luis Rivera.

De estos dos últimos cuadros, presentados anteriormente en la Exposición de París de aquel año, había dicho D. Leopoldo Augusto de Cueto, en el *Semanario Pintoresco* de 19 de Mayo, lo siguiente:

(1) El Gabinete de Historia Natural y la Academia de Bellas Artes.

«El Sr. Madrazo, que, a pesar de su calidad de extranjero, desfavorable, por más que se diga, en la capital de la culta Francia, logró en la Exposición última la medalla de oro, hizo formar tan ventajosa idea de su habilidad a los profesores franceses, que el Gobierno le encargó un cuadro para colocarlo en la *Sala de las Cruzadas*, una de las nuevas que se están preparando en el suntuoso Museo de Versalles. Representaba este cuadro la *Coronación de Godofredo de Bouillón como rey de Jerusalén*, y sin embargo de haber tenido que acomodar su composición a medidas dadas y poco ventajosas al asunto, fue aquella tan feliz, que obtuvo general aceptación. Alentado por este nuevo triunfo, resolvió pintar un cuadro de tamaño semicolosal para la Exposición de este año, tomando también el asunto de las tradiciones de las Cruzadas, recogidas por Michaud, y eligiendo por héroe a Godofredo de Bouillón.

«Consiste el asunto en la *Aparición de dos ángeles que inspiran a Godofredo la idea de ponerse al frente de los ejércitos cruzados* para dar nuevo impulso a la conquista del Santo Sepulcro. Godofredo los escucha de rodillas, y se lee en su semblante y en su ademán la exaltación de la fe y el recogimiento de la devoción. El asunto y la composición nos parecen en alto grado felices, no sólo por su sencillez y buena disposición, sino porque demuestran además que el autor ha entendido el gusto del público francés, inclinado ahora a los asuntos fantástico-religiosos. El colorido, si bien fresco y puro, no es tan brillante y esmaltado como el del bello y conocido cuadro del *Gran Capitán*, y es de admirar sobre todo la diferencia que se advierte en la manera empleada para pintar los ángeles y el Godofredo. Son aquéllos seres ideales, indefinibles, celestiales; y éste el rudo guerrero de la Edad Media. Aquéllos recuerdan, a nuestro entender, la manera, aunque no el colorido, de Murillo; éste, el vigor y valentía de Velázquez.»

De Rivera decía Cueto, con referencia a la citada Exposición de París de 1839: «Ha presentado tres cuadros. El más notable es el que representa a *Don Rodrigo Calderón en el acto*

de ser conducido al suplicio. Son tales la armonía que reina en la composición y la bella distribución de las luces y tonos del cuadro, que traen a la memoria los buenos modelos de la escuela holandesa. *Un niño Jesús adorado por la Virgen y dos ángeles,* es de un género distinto y nuevamente adoptado por el Sr. Rivera. Hay en él corrección de dibujo y detalles de sumo primor y delicadeza; pero estimamos demasiado al autor para no confesar que sentiríamos verle emplear en todas sus obras el método alemán que ahora ha ensayado, pues aunque puro y correcto, nos parece sobrado frío, y aplicable, cuando más, a ciertos asuntos religiosos. El sistema de pintar las ropas de claroscuro, velándolas después con color, ha producido el mejor resultado en el precioso cuadro del *Apocalipsis*, que también ha expuesto el autor; pero acaso tendría demasiada tibieza de estilo, aplicado indistintamente a todos los asuntos.»

Los párrafos del Marqués de Valmar, cuya ilustración no puede ponerse en duda, son testimonio bastante para formar juicio del estado de opinión que tenía el estilo de los Madrazo y de Rivera en aquel tiempo, y el distinto concepto que de la pintura se formó, no ya en nuestros días, sino a fines del mismo período que historiamos, como se verá más adelante.

Exposición de 1840.

Por lo que dicen los revisteros, la Exposición de este año fue una de las más pobres que cuentan las crónicas de entonces, lamentando el público, en general, la falta de cuadros de asuntos históricos.

El cuadro que campeaba a la cabeza de todos era el de Tejeo, y estaba compuesto de retratos de una familia, de cuerpo entero y de tamaño natural. «La composición está bien entendida—decían,—tiene sencillez y buen efecto; su dibujo es correcto y severo; ha sacado buen partido de los paños, aunque tiene algunos tonos poco jugosos en las carnes.» No sabemos qué familia era la del cuadro.

Don Carlos Luis Rivera presentó dos *cuadros de familia*, pintados en París, de menor tamaño que el tercio del natural. Resultaron inferiores a lo que se esperaba del autor de *Don Rodrigo Calderón*.

Rosario Weis, un óleo regular.

Abrial, *Vista de la casa de Juan Bravo, en Segovia*.

Manuel Ruiz de Ogassio, *Interior del salón de Embajadores en la Alhambra*. Un crítico admiraba «la incomparable paciencia y fatigosa constancia de que era menester hallarse provisto para el ímprobo trabajo de copiar con el pincel los innumerables adornos, grecas y leyendas arábigas que tenía el original».

Alenza, *El Viático*. Representa un sacerdote que va a administrar el Santo Sacramento, sin duda a algún pobre, por las pocas luces y la clase de gente que le acompañan. «Toque libre y fácil, que es la manera peculiar del autor; suma verdad en los caracteres de las figuras, y agradable efecto del claroscuro por el gusto y tono vigoroso de Rembrandt».

Ortega, copia de un cuadro de Horacio Vernet, ejecutada en París. El asunto versa sobre una anécdota ocurrida entre Miguel Angel y Rafael, con ocasión de encontrarse estos dos grandes artistas disputando en una de las escaleras del Vaticano. Aparece inopinadamente el Papa Julio II, imponiendo silencio a sus acompañantes para escuchar la polémica de los dos célebres pintores. Ortega era un aventajado grabador en madera.

Al hacer la reseña de esta Exposición, condolíase un crítico anónimo del estado del arte entre nosotros. «Demasiado apegados a seguir la escuela romana y la francesa, no tan sólo en el dibujo, lo cual aplaudimos, sino también en el colorido, que para nada necesitábamos imitarlo de esas escuelas, hemos abandonado las verdaderas y excelentes máximas de color que nos legaron en sus obras nuestros grandes artistas, y los principios que les guiaban en el interesante estudio de la perspectiva aérea; hemos renunciado, en suma, a tener una escuela

original, una escuela verdaderamente española, de que actualmente carecemos».

El público se quejaba de lo poco adecuado que resultaba el local de la Academia de San Fernando para celebrar Exposiciones, porque «las salas eran pequeñas, sin puntos de distancia, con luces bajas y de mala calidad, privando de parte de su mérito al cuadro de más bien estudiado colorido».

CRÍTICA

Federico Madrazo era un pintor que estaba de moda en 1844, porque, a más de su mérito, que sí lo tenía, se inspiraba en el gusto predominante en su época, que era el amaneramiento, y había conseguido honrosas distinciones en París, lo cual constituía para los españoles la razón fundamental de su entusiasmo. Un escritor francés, Mr. Gustavo Deville, publicó en la *Revista de Madrid* del año citado una serie de artículos sobre el *Estado de las Bellas Artes en España*, en los que no sólo prodiga elogios a nuestro compatriota, sino que le coloca a la cabeza de los pintores que entonces florecían en esta villa. Bien es verdad que Madrazo, merced a su estancia en París, se había dejado influir mucho por la escuela de Julio David, y éste era un ídolo para los franceses.

No obstante, el citado Mr. Deville, al analizar un cuadro de Madrazo, *Las Santas Mujeres en el sepulcro de Cristo*, confiesa que adolece de faltas de relieve; de consistencia y de solidez, es decir, de lo que en términos artísticos entonces solían llamar *flou*.

Y añade que esta pequeña imperfección era consecuencia de la demasiada escrupulosa obstinación del pintor en querer retocar, corregir y perfeccionar su obra quitándola espontaneidad. «Madrazo—termina diciendo,—más sensible que espontáneo, más observador que fecundo y creador, más reflexivo, más entendido que inspirado, está, sí, libre de cometer desaciertos; pero no es capaz de producir aquellas concepciones

atrevidas, fogosas, innovadoras, que encubren muchos defectos con el prestigio de la originalidad» (1).

Mr. Deville coloca a D. Vicente López detrás de Madrazo, porque conceptúa a éste más colorista que al primero, y quiere dar a entender que López se había estacionado, sin pasar de los tiempos de Maella, mientras que Federico Madrazo avanzaba, siguiendo el mal llamado movimiento progresivo.

De Carlos Luis Rivera decía que era el émulo más temible de Federico Madrazo, y que tenía sencillez de estilo, delicadeza de ejecución y pureza en el dibujo. Rivera, como Madrazo, también había estado en París, y también había visto los cuadros de Julio David.

Hagamos brevemente una reseña de lo que Mr. Deville escribía respecto de los principales pintores de aquella época:

Espalter. «No ha querido hacer un oficio de su arte. En casi todos sus asuntos se hallan esparcidas algunas cabezas de angelical expresión, que son verdaderas inspiraciones. Preocupado hasta el exceso por lo ideal de la intención, tal vez sacrifique demasiado la ardiente franqueza de su pincel y la magia de la forma, a la poética traducción del pensamiento, lo cual deja entrever algunas veces el penoso trabajo de la ejecución. Sus cuadros, por lo tanto, ganan mucho en ser analizados y estudiados lentamente, siendo preciso seguir en el lienzo, una a una, por decirlo así, todas las impresiones del artista, saboreando de este modo el sentimiento de la inefable dureza que emana de ellos. Los retratos del Sr. Espalter tienen dignidad, relieve, una semejanza ingeniosamente comprendida; mas pecan por el mismo defecto que sus composiciones, y a fuerza de querer darla carácter, priva a su obra del encanto de la frescura.

Tejeo. «Aunque un poco materialista en sus composiciones, y un poco duro y frío en el colorido, ha manifestado en diver-

(1) Era Federico Madrazo buen dibujante. Véase la colección de retratos que, hechos a lápiz, tiene el Museo de Arte Moderno.

sas ocasiones suma energía en el dibujo, dignidad en sus retratos y habilidad en el relieve de los ropajes.»

Elbo, que se dedicaba principalmente a cuadros de *género* y de *toros*, mereció de Deville las siguientes líneas: «Nadie sabe traducir mejor que él la gallarda desenvoltura de los Montes y los Sevilla, y ninguno de éstos puede aspirar a la inmortalidad si no consigue en vida que se consagre a él tan hábil pincel. Ha creído además el Sr. Elbo deber prestar una atención no menos severa a los majestuosos adversarios de sus héroes predilectos, buscándolos en su salvaje retiro, para examinar sus costumbres, sus instintos, su anatomía y sus habituales actitudes. Este pintor no posee el enérgico toque y el colorido seductor de Pablo Potter, y si sus cuadros carecen de efecto, agradan, en cambio, siempre, por el ingenioso ajuste de los pormenores y la franca sencillez de la expresión.»

Alenza. «Ha dado principio a sus trabajos con algunos deliciosos caprichos en que chispea el estro, y que hacían esperar de él que sería un continuador de Goya; pero absorbido después en las publicaciones pintorescas (1), para las cuales es de muy poderoso auxilio su lápiz malicioso, ha descuidado un poco el fecundo campo que se ofrecía ante él, desperdiciando en dibujos, indignamente reproducidos por el grabado, verdaderos tesoros de imaginación.»

Atinadas eran algunas de las observaciones de Mr. Deville; pero este crítico, reflejando el gusto del público, aceptaba de buen grado el *amaneramiento* a que tan expuestos estaban los imitadores de David. Buena prueba de ello son los cuadros de D. José Madrazo, en los que, más que en ningún otro pintor, puede apreciarse este defecto.

El periódico *El Artista*, interpretando la opinión del público, decía en 1835, con referencia a una obra del Madrazo últimamente citado, lienzo de gran tamaño que el lector puede ver en el *Museo de Arte Moderno*:

(1) Ilustradas, decimos hoy.

«El cuadro de *Viriato* en que representó a este insigne caudillo traidoramente asesinado en su tienda de campaña, es otro glorioso ramo de laurel para la corona que la posteridad destina a D. José Madrazo. Su composición es rica y variada de afectos, elegante en las formas y vigorosa en el colorido.» Bien a las claras se ve el extraviado gusto que dictaba estos elogios.

David, con su genio superior, que somos los primeros en reconocer, fue en Francia una consecuencia del neo-clasicismo. El pintor republicano, hombre práctico, marchaba al compás de su época y pintó para el medio en que vivía; pero su estilo, su factura, como ahora decimos, estaba reservada a él solo; por eso, al imitar sus *bajorrelieves en color*, como algunos llaman a los cuadros de aquel artista nada vulgar, nosotros, los españoles, olvidándonos de Velázquez, nos contentábamos con pintar *La muerte de Viriato*.

A principios del siglo XIX, Goya, genio superior, llegó a imponerse, y despreciando las influencias que venían del otro lado del Pirineo, mantuvo enhiesta la bandera del arte puro español que Zurbarán, los Coellos, el Españoleto, Murillo y tantos otros habían glorificado. La patria le debe este beneficio, perdonándole sus excentridades artísticas. Lo triste es que, después de haber dado Goya la voz de alerta, los que podían haber continuado la obra de renacimiento de la pintura en nuestro país, se pasasen con armas y bagajes al otro campo.

Nuestro *Museo de Arte Moderno* tenía bastantes cuadros de este primer período del reinado de Isabel II; pero las deficiencias de local han obligado a retirar algunos para dar cabida a los de nueva entrada precedentes de las últimas Exposiciones, haciendo ya punto menos que imposible estudiar aquellos lienzos de inapreciable valor para el caso, pues con su examen podría formarse concepto cabal y preciso del estado de la pintura en esa época, mejor que con las más minuciosas y eruditas descripciones.

El *Museo de Arte Moderno* puede visitarse gratuitamente

los domingos; pero los días laborables cuesta la entrada una peseta, precio que conceptuamos excesivo si se quiere fomentar entre las clases no bien acomodadas la afición a las Bellas Artes. No hay que olvidar el apotegma de D. Eugenio de Ochoa: «Todo aquello que es necesario para la existencia próspera de las Bellas Artes en una nación, y no puede realizarse por los particulares, debe hacerse por el Estado.»

Exposición de 1847.

La reseña de la Exposición de Pinturas de 1847 nos la da hecha D. Pedro Madrazo en un lindo artículo publicado en el *Semanario Pintoresco* de aquel año. Dice el inteligente y concienzudo crítico:

«Al César lo que es del César, y al arte lo que es del arte; a la Feria de Madrid sus melocotones, sus acerolas, sus cajones llenos de juguetes de cartón y de hoja de lata, su concurrencia diurna y nocturna de gente desocupada; a la Exposición de Pintura, su local aparte, separado del profano gentío que busca mantas de Palencia y trompetas de madera, y broma y conversación. Al comercio de segundo orden, reunido a lo largo de la calle de Alcalá, su mes de Setiembre y su prosaica sociedad especial; al noble comercio de la inteligencia, a las artes liberales de lo bello, otro mes aparte, otra sociedad distinta, si es posible, otro sitio diverso del que ha ocupado hasta ahora, alternando, al parecer, con los puestos del mercado.

»Tales eran nuestros votos en los últimos años cuando veíamos al público de Madrid, tan propenso a mirar los salones de la Real Academia de San Fernando como una especie de prolongación de los puestos de melocotones y hierro viejo, contribuyendo no poco la casual coincidencia de las Exposiciones de Pintura y Escultura con la feria de trastos y vasijas, a arraigar en la materializada inteligencia del vulgo la costumbre de considerar las obras de arte como esencialmente industriales.

»Desgraciadamente, este vulgo es muy numeroso, porque no le compone solamente el común de la gente vulgar o plebe; para las artes son *vulgo* una gran parte de los que en la jerarquía social ocupan altos escalones; así, el que en la sociedad de los salones es una notabilidad porque tiene un título y rentas y carruajes, puede muy bien ser *vulgo* para el artista; basta que el susodicho magnate sea de aquellos que creen haber hecho lo suficiente para la prosperidad de las artes con decir al pintor, afectando benévola amistad: «¿Qué nos pone usted de bueno este año?»; basta que sea de los que miran el arte como un objeto de *pasatiempo*, y los cuadros como *muebles bonitos* para hacer juego con sus pabellones.

»Este *vulgo*, que no sabe ver, ni juzgar, ni sentir, es el que más ha perdido con trasladarse a los salones de la Trinidad la Exposición de Pintura; los mismos paletos de los lugares, que nunca han visto un lienzo pintado, han perdido menos que aquel vulgo rutinero, indómito, terco en su malísimo criterio, indiferente a todo lo grande y bello, fastidioso en su siempre intempestiva crítica.

»Hemos oído criticar la disposición que en el nuevo local se ha dado a los cuadros presentados, y esta crítica carece, en nuestra opinión, de fundamento. Verdad es que en algunas capitales de fuera de España se cubren con lienzos de color oscuro los cuadros antiguos cuando las Exposiciones de Pintura se verifican en los museos o galerías; sin embargo, esta no es una razón para que aquí tenga que hacerse lo mismo. La comparación de las obras nuevas con las antiguas podrá, en ciertos géneros, ser desfavorable a los modernos artistas; en otros, por el contrario, servirá para hacer más evidentes los incontestables progresos del arte en su forma plástica; pero de todos modos, sea cual fuere el resultado de esta comparación, una Exposición no es un certamen intelectual de una época con otra, mucho menos aún el de un siglo con todos los que le han precedido; una Exposición no es más que una noble justa de los contemporáneos entre sí, una gloriosa arena

donde cada cual hace alarde de sus adelantos por medio de una doble comparación con las obras de los otros que se dedican a su mismo género y con las suyas propias de los años anteriores.

»Una cosa echamos de menos en el gran salón de la Trinidad: un espacioso tragaluz en su techo para que los cuadros reciban la luz de alto, que tan buen efecto produce en los lienzos, sin que sufra la vista la desagradable reflexión de distintos focos. Esta obra es tanto más de desear, por cuanto no la repugna la construcción del edificio; sin embargo, así para esto como para cubrir con lienzos oscuros los cuadros antiguos, según deseaban algunos se hiciera, eran menester fondos que no ha tenido a su disposición la Real Academia de San Fernando.

.....

»La Exposición, este año nos indica, mejor que otra alguna, el verdadero estado de las artes en España; de ella deducimos varios hechos muy notables:

»1.° Los buenos pintores son escasísimos entre nosotros. 2.° La generalidad de los aficionados no comprende lo que es el arte, y sólo lo cultiva como adorno. 3.° Sin embargo, entre los que se dedican a la pintura de retratos, sin más objeto que la imitación servil de la Naturaleza, hay muchos que tienen el sentimiento del color. 4.° La propiedad del *colorista* (y este hecho es de mucha importancia para la filosofía del arte) es indiferente de la idea subjetiva de la belleza, que es la que principalmente constituye al verdadero artista. De todos estos hechos resulta que la elevación de ideas en el arte es efecto de la educación del sentimiento, y que las Bellas Artes en nuestra capital, y aun casi pudiéramos decir que en España, progresarán con mucha lentitud mientras la generalidad no abandone la falsa creencia en que está de que el pintor se desarrolla por sí solo copiando la Naturaleza, si le dispensa protección el Gobierno. Sin escuela no se forman buenos pintores; la meditación sobre los objetos de la Naturaleza, por más

genio que se tenga, será de todo punto estéril para el que no sepa observarla, porque es probado que no hay dos individuos en toda la creación que lean de un mismo modo las páginas de ese gran libro que la multitud se imagina abierto a los ojos de todos.»

Después de estos párrafos, rompe D. Pedro Madrazo una lanza en favor de los *academistas* y pasa a reseñar las obras presentadas en la Exposición.

José Utrera. *Guzmán el Bueno arrojando por entre las almenas de la muralla el puñal que há de dar la muerte a su hijo.* Madrazo alaba el cuadro, por ser de un discípulo de la Academia; pero confiesa que tiene defectos de bulto. *Retrato de don Juan Bautista Alonso.* Lo aplaude el crítico, y le parece bien que, apartándose de la escuela de López, «hubiera hecho triunfar la cabeza de modo que los accesorios no llamasen la atención».

Agustín Sáez. Cuatro cuadritos de *costumbres populares*, del género de Alenza.

Federico Madrazo. *Retratos*, y *Niño en la cuna* que era «melancólica historieta de la vida íntima, o pequeña página de los placeres y dolores de familia».

Esquivel. *Agar despedida por Abraham.* En este cuadro siguió el autor «el mismo sistema que profesaba en Francia Horacio Vernet, sistema de estudio, de conciencia, de trabajosas investigaciones; sistema en que el artista se cambia, en cierto modo, en anticuario para reconstruir lo pasado con todos sus accidentes. En nuestra opinión, este es el mejor cuadro que ha pintado el Sr. Esquivel, a quien damos un sincero parabién, asegurándole, por el ardor con que estudia y adelanta, una reputación más envidiable y sólida que la que se consigue fascinando al público ignorante con falsos colorines».

Gutiérrez (padre). *Retrato de la Reina* (de cuerpo entero). «Está la figura sumergida en una atmósfera tétrica y nebulosa. Con este sistema ha exagerado el Sr. Gutiérrez la máxima

que solía Van-Dyck emplear, de sacrificar a las cabezas todos los accesorios, aunque no por eso dejaba de dibujarlos y concluirlos lo suficiente para que no pareciesen borrachos o como en evaporación.»

Carlos Luis Rivera. *Retrato del Sr. Gil y Zárate.* «Se propone este pintor, cuando cultiva el género de retratos, sorprender todas las manifestaciones de la Naturaleza, aun las más imperceptibles, aunando de una manera sólida, meditada, profunda, todas sus regularidades e imperfecciones, sus más leves lunares, sus más tenues matices. Rivera es el pintor analítico por excelencia, el que busca la razón lógica de las formas y escudriña la sabia economía de los cuerpos, persuadido, sin duda, de que no hay en la Naturaleza cosa superflua ni armonía sin el contraste de lo que la generalidad llama aisladamente bellezas y defectos.»

Federico de Madrazo. *Retratos.* Este pintor seguía un principio opuesto a Rivera. «Cree—decía el crítico—que ciertas imperfecciones de la Naturaleza son puramente accidentales y no afectan en manera alguna su sabia economía, y que, por consiguiente, siempre que el pintor puede suprimirlas sin variar el carácter de la fisonomía retratada, debe hacerlo. Esta escuela conduce indudablemente a resultados más brillantes que los de la escuela demasiadamente científica; en ella campea más el genio del artista, y se advierte mejor el sello espontáneo de la inspiración, y la misión del arte de sublimar y ennoblecer la mente por medio de la belleza.»

Bernardo López. *Retratos del Duque de San Carlos y del General Azpiroz.* A propósito de este pintor decía Madrazo:

«Entre las varias escuelas que se puede proponer como modelo un pintor de retratos, para aprender a interpretar convenientemente la Naturaleza, son, sin disputa, la veneciana, la flamenca y la española las que reúnen en grado más eminente las tres dotes: naturalidad, grandiosidad y magia; y dado que este género de pintura sea de mero deleite cuando los personajes cuyas semblanzas perpetúa no son precisamente hombres

célebres o varones de alta importancia histórica, creemos que ninguna manera convencional que se aparte de un selecto naturalismo puede ser tolerable en un cuadro destinado únicamente a reproducir la figura de un individuo. Sin embargo, el Sr. López (D. Bernardo) se propone en sus retratos copiar la Naturaleza sin sujetarse a las máximas de los grandes maestros de las citadas escuelas. Fiel a los principios que por herencia y por elección ha recibido de los modernos prácticos valencianos, protesta contra el estudio de aquéllas, se declara independiente en su modo de comprender la forma, y, sacrificando el serio dibujo de Van-Dick, del Veronés y de Velázquez, y viendo todas las vívidas refracciones del prisma donde aquellos coloristas sólo veían una luz reposada y severos tonos, consigue, no obstante, cautivar la atención de una gran parte del público, y alcanzar como pintor de retratos una reputación muy envidiable.»

En otros párrafos de estudiada corrección, viene, en resumen, a declarar que la escuela de Bernardo López es *falsa*, sin acordarse de que antes había elogiado la *falsedad* de Federico Madrazo, bajo otro aspecto, pero falsedad siempre, contraria a Van-Dyck, a Veronés y a Velázquez.

Villamil. Presentó *varios paisajes* y la vista de la *Capilla de los Condes de Benavente*. Madrazo le elogia, aunque con distingos. Dice de él, entre otras cosas, con mucho acierto:

«La mente ardorosa de Villamil no tolera el análisis detenido y concienzudo de los fenómenos cuales son en realidad; su inteligencia, más sintética que analítica, partiendo de lo que es, procede rápidamente hacia lo que no existe, y se lanza, impetuosa, fuera de la Naturaleza positiva, creyendo de buena fe reproducir el mundo material con su verdadera forma. Por eso advertimos en sus seductores paisajes la verdad y la ficción tan portentosamente combinadas, en términos que no es fácil distinguir ante aquellos lienzos, donde tienen su límite el estudio y la imitación, y donde empieza a aparecer la exuberante espontaneidad de la fantasía; por eso, al lado de ciertos inimi-

tables juegos de luz que Villamil sólo puede haber sorprendido en la Naturaleza, advertimos tonos enteramente imposibles, reflejos totalmente arbitrarios, transparencias puramente caprichosas, que producen con la verdad combinaciones fascinadoras, indescriptibles y mágicas, pero fantásticas.»

Fernando Ferrant. *Paisajes.* De este pintor dice Madrazo que es diametralmente opuesto a Villamil. «Estudia con muy loable detenimiento la anatomía de los vegetales, la naturaleza de los terrenos, la economía local de las diversas latitudes; pero, después de acumular estos preciosos datos, se olvida de acomodarlos a un fin, de hacerlos concurrir a una armonía total.»

Camarón. *Paisajes.* Se le censuraba por buscar los originales de sus cuadros en el Norte y en regiones «donde el cielo está siempre envuelto en aplomadas nieblas».

La Reina Cristina presentó dos copias: una *Concepción*, de medio cuerpo, de Murillo, y la *Magdalena penitente*, de Correggio. A Madrazo le parecieron muy bien; pero acaba diciendo: «Y no es posible que la regia mano, que con tanto amor estudia las producciones del genio, no empiece en breve a mostrarse pródiga con los artistas, cuyas obras son las páginas que más inmortalizan a los soberanos ilustrados.» Don Pedro era *très poli*, como todos los Madrazos.

Exposición de 1848.

Al hacer la reseña de esta Exposición, se lamentan los revisteros de que fuera poco numerosa en obras buenas; pero, como de todas decían lo mismo, y siempre la última les parecía peor, sacamos la triste consecuencia de que teníamos pocos pintores, y de éstos, ninguno que fuera sobresaliente en absoluto. Era criterio generalmente aceptado por el público la conveniencia de no verificar certamen todos los años, dejando uno, por lo menos, en claro para que los artistas tuvieran tiempo de preparar sus trabajos; de este modo se esperaba conseguir el aumento de la presentación de obras, y la Comisión encargada

de admitirlas podría rechazar muchas de las que en aquellas circunstancias se veía obligada a admitir, siendo reconocidamente malas, ante el temor de que faltasen cuadros en la Exposición. Bien es verdad que el patio grande del edificio era el local destinado a los lienzos que carecían de condiciones, en mayor o menor grado, para figurar en las salas de la Academia.

La Reina Isabel II y su madre Doña María Cristina presentaron dos copias: aquélla de Murillo y ésta de Giorgone, que fueron muy elogiadas, quizá no tanto por su mérito como por el hecho de concurrir y alternar tan egregias damas con los soldados de la milicia del arte, donde alguno había ante el cual tuvieran que rendir pleito homenaje.

Federico Madrazo. Retratos del Duque de Riánsares (esposo de María Cristina), del Sr. Oshea, de D. Luis Madrazo (hermano del autor) y de un hijo del Conde de Ezpeleta. Gustaban mucho los retratos de Madrazo, pero se lamentaban los aficionados de que no dedicase sus pinceles a tratar asuntos de Historia.

Tejeo. *San Sebastián*, *San Antonio* y Retrato del Sr. Puche. A Tejeo le elogiaban, aunque siempre con reservas.

Esquivel. *La caridad.* Decían que el autor se iba inclinando «a la *pintura sentimental*, que es uno de los peores géneros del arte».

Germán Hernández. *Jesús y la samaritana.* «Buen estilo; elegancia y sencillez en los ropajes.» Y amaneramiento, añadimos nosotros por nuestra cuenta.

Antonio Brugada. Dos marinas que tituló *Pesca milagrosa* y *Tempestad apaciguada.*

Angel María Cartellini. Retratos.

Fernando Ferrant. *Paisaje*, digno de llamar la atención.

Corona. *Las Marías caminando al sepulcro.* Era un boceto bien compuesto, con figuras llenas de expresión y de brillante colorido.

Y otros cuadros más que no merecieron el honor de ser mencionados por los revisteros.

Después de escrita esta reseña, la *Sociedad española de amigos del arte*, por el mes de Mayo de 1913, tuvo la feliz idea de formar una *Exposición de Pinturas españolas de la primera mitad del siglo XIX*, y aunque no pudo reunir más que 287 cuadros, vino a prestar un gran servicio a los que estudian y desean conocer el desarrollo del arte en el reinado de Isabel II.

Allí vimos retratos de Tejeo, de Elbo, de Gutiérrez de la Vega, de Carderera, Esquivel y Federico Madrazo. Todos persiguen el ideal de D. Vicente López, pero menos realistas, y, por lo tanto, dejando que su pincel dulcifique los tonos a despecho de la verdad. Madrazo es el más falso de todos, y, sin embargo, es quien les supera, merced a la corrección de su dibujo, a lo ajustado de su color y a la expresión que sabía dar a las figuras. Son ejemplo de ello el retrato de Villamil, el de Carolina Coronado y el de la encantadora Condesa de Vilches.

Don Vicente es el retratista por excelencia. Merecen citarse los retratos del Marqués de Remisa, del doctor Gutiérrez, quien, por lo que se ve, gastaba peluca; el del Conde de Retamoso, uno de los más característicos de aquel maestro, y el de Gutiérrez de los Ríos, donde se admira el acierto con que López sabía reproducir los accesorios.

Sentimos no poder tributar a López los mismos elogios respecto del cuadro titulado *Una Purísima*, que figuró en la misma Exposición.

De Alenza se presentaron algunos cuadros, que vinieron a confirmar el favorable juicio que ya hemos consignado anteriormente.

Los paisajes de Camarón, tan celebrados en su época, resultan amanerados y de colorido débil.

El esfuerzo de la *Sociedad española de Amigos del arte* merece un aplauso, aquí donde tanto escasean las iniciativas de este linaje de certámenes.

Exposición de 1856.

Merced a la iniciativa del Ministro de Fomento D. Agus-

tín Esteban Collantes, en 28 de Diciembre de 1853 se dictó un Real decreto estableciendo la celebración de una Exposición pública de Bellas Artes cada dos años, concediendo además cierto número de premios.

La primera que se celebró con arreglo a esta disposición fue la inaugurada el 20 de Mayo de 1856, en las galerías del Ministerio del ramo, que se hallaba intalado en el ex-convento de la Trinidad, calle de Atocha, esquina a la de Relatores. Asistió Isabel II, acompañada de los individuos del Gobierno, bien ajenos de que poco tiempo después iban a dejar el poder, a consecuencia de la contrarrevolución que transformó al General O'Donnell en Presidente del Consejo de Ministros.

En esta Exposición se presentaron 18 cuadros de Historia, 15 religiosos, 10 de alegorías, 34 de los llamados *de género*, 82 retratos, 32 paisajes, 7 marinas, 7 caprichos de flores y frutas y 4 miniaturas; formando un total de 216 obras, número que ciertamente superaría los cálculos de la Comisión encargada de organizar el certamen, y que causaría satisfacción indeleble a Esteban Collantes, al ver el ventajoso resultado que producía su Real decreto. Pero si bien es cierto que la protección del Gobierno, con el aliciente de los premios, sirvió de estímulo a los artistas, no lo es menos que la Academia de San Fernando había contribuído no poco a mantener el fuego sagrado con sus modestas Exposiciones. A cada uno lo suyo.

He aquí la lista de los pintores y cuadros que hemos conceptuado, por las referencias adquiridas, más dignos de mencionarse:

Pablo Gonzalvo. *Interiores*. Era su fuerte. Llegó a ser profesor de perspectiva en la Escuela de Bellas Artes.

Nicolás Gato de Lema. *Paisajes.*

Domingo García Díaz. *Los siete infantes de Lara.*

Luis Ferrant. *Obras de misericordia.*

Fernando Ferrant. (hermano del anterior). *Paisajes.*

Antonio Esquivel. *La Virgen con el Niño Jesús y el Espíritu Santo*, *Magdalena penitente*, *Retratos.*

Carlos Esquivel. *Prisión de Guatimocin por los soldados de Hernán-Cortés.*

Tomás Díaz Valdés. *Miniaturas.*

Manuel Castellano. *Patio de las cuadras de caballos en la Plaza de Toros de Madrid.* Contiene el cuadro los retratos de Montes, Cúchares, Chiclanero, Regatero y otros toreros y aficionados.

Eduardo Cano. *Cristóbal Colón en el convento de la Rábida.*

Mariano Belmonte. *Retratos.*

Juan Barroeta. *La resurrección de Lázaro.*

Ceferino Araujo. *Retratos.*

Carlos Haes. *Paisajes.* Hoy tiene este pintor sala especial en el Museo de Arte Moderno.

Pedro Kunt. *Interior de la iglesia de El Escorial.*

Paulino de la Linde. *Romería de San Isidro.*

Federico Madrazo. *Retratos.*

Luis Madrazo. *Pelayo en Covadonga.*

Francisco Mendoza. *Jesús y la Samaritana.*

Benito Soriano Murillo. *El suspiro del moro.*

Ignacio Palmerola. *La caridad romana.*

Carlos Luis Rivera. *Retratos.*

Leonardo Santiago. *Paisajes* y *marinas*. Este pintor era Brigadier de Caballería y discípulo de Eugenio Lucas (1).

Rafael Tejeo. *Cristo crucificado.*

Rafael Torres-Pardo. *Miniaturas.*

Eusebio Valldeperas. *Felipe IV pintando la cruz de Santiago en el retrato de Velázquez.*

Francisco Van-Halen. *La batalla de Lucena.* El cuadro tenía cierto carácter político, porque el Conde de Lucena, don Leopoldo O'Donnell, era a la sazón Ministro de la Guerra.

Alejo Vera. *La poesía.*

Esta vez la política no perjudicó al arte, sino que coadyu-

(1) Lucas, aunque pintó mucho, no era afecto a presentar cuadros en Exposiciones, y solamente recordamos que llevó a la de 1849 unos *Paisajes.*

varon a su progreso los dos partidos políticos que se sucedieron uno a otro en la gobernación del Estado: los *moderados* dieron el Real decreto creando las *Exposiciones de Pinturas*; los liberales llevaron a la práctica esta disposición, que tanta ventaja había de reportar a los artistas españoles.

Exposición de 1858.

No desmereció de la anterior, ni por el número ni por la calidad de las obras.

Eduardo Cano presentó *El enterramiento de Don Alvaro de Luna.*

Antonio Gisbert. *La muerte del Príncipe Don Carlos.*

Carlos María Esquivel. *Muerte de Felipe II.*

Ramón Martí y Alsina. *Ruina de Numancia.*

José Casado del Alisal. *Muerte del Conde de Saldaña.*

A estos cuadros se les señalaba defectos, pero la gente estaba deseosa de asuntos históricos, y fueron bien recibidos.

Ramón Elorriaga. *Muerte de Abel.*

Lino García. *Santa Rosalía de Palermo.*

Miguel Fluyxench. *Muerte de San Bruno.*

Valle. *Santa Sinforosa sacada del agua por su hermano.*

Villarrasa. *Virgen de la Piedad.*

Benito Soriano Murillo, Carlos L. Rivera, Eusebio Zarza, Manuel Alonso, Manuel Ojeda, Rafael Benjumea, Pablo Pardo González, Ignacio Palmerola y Ventura Miera presentaron retratos dignos de mencionarse, aunque no de figurar en primera línea.

Como paisajistas dejaron bien puesto su pabellón Carlos Haes, Martí y Alsina, Martín Rico (1), Cosme Algarra, José Rubio de Villegas, Ceferino Araujo, Vicente Camarón, Luis Rigalt, Mariano Belmonte, Romea y Antonio Redondo (2).

(1) Hermano de Bernardo, grabador notable.

(2) Escritor y dentista.

Por esta breve reseña se ve que en la Exposición hubo cuadros *de composición* o históricos, de asuntos religiosos, *de género*, paisajes y retratos. La Academia de Bellas Artes de San Fernando debió quedar satisfecha de este concurso, que venía a ser algo como la glorificación de sus esfuerzos y de sus iniciativas de otros tiempos.

La Exposición se verificó en el patio central del Ministerio de Fomento, patio que se cubrió con una techumbre segura y bien acondicionada, combinando perfectamente las luces.

Exposición de 1864.

Esta vez hubo verdadera protección por parte del Gobierno, pues construyó un edificio, que llamábamos *barracón*, de coste económico, en el solar del derruído convento de las monjas Vallecas, situado en la calle de Alcalá, esquina a la de Peligros. La construcción se realizó con carácter provisional, pero se decoró decentemente y se tuvo en cuenta dotar a todas las salas de luz cenital.

Para servirnos de base en la crónica de esta Exposición, hemos tenido la suerte de encontrar una reseña, debida a la pluma del espontáneo y elegante escritor D. Pedro Antonio Alarcón, cuyo parecer expondremos, aunque sin hacernos solidarios de los juicios que le sugería su manera de pensar. Alarcón considera las Exposiciones de Pintura como diversión pública, cuando dice que «a contemplar estas Exposiciones acuden todas las clases de la sociedad, distinguiéndose siempre, por el interés con que mira las obras y por el acertado instinto de su grosera crítica, *el pueblo* por antonomasia, la plebe de la villa, la gente que habla a voces en calles y plazas, y constituye, por decirlo así, la vanguardia de la opinión pública». Terminada la cita, pasemos a revisar pintores y cuadros.

Casado del Alisal. *La rendición de Bailén.* Alarcón estuvo muy severo con este cuadro, pues dice que carece de unidad; que la disposición de los grupos resulta confusa; que los epi-

sodios se mezclan y se oscurecen mutuamente; que el dibujo es desigual, correcto a veces, y a veces exagerado o raquítico; que el cuadro resulta abigarrado, falto de perspectiva aérea y, de consiguiente, con los términos mezclados y confundidos.

Domingo Valdivieso. *Descendimiento.* Al crítico le gustó el colorido; pero notó incorrecciones en el dibujo y algún amaneramiento en ciertas figuras.

Gisbert. *Desembarco de los Puritanos en la América del Norte.* «Este cuadro—decía Alarcón—es la obra magistral, concienzuda, vigorosa del gran pintor que ha adquirido ya la seguridad de sus fuerzas y el dominio del arte, y ejecuta todo lo que se propone, y no hace más ni menos de lo que constituye su inspiración. Elogiaremos, ante todo, la gran unidad de acción, de composición y de sentimiento que domina en la obra. Sin perder la variedad propia de una muchedumbre de personas extrañas, ofrece aquel grupo cierto aire de cuadro de familia, que le añade nueva ternura y santidad. Sobriedad y nobleza; carácter sin afectación; dibujo grande y correcto; realidad sin *realismo*, o sea sin grosería: he aquí las principales dotes de la composición» (1).

Germán Hernández Amores. *El sepulcro: despedida de la Santísima Virgen del cuerpo muerto de Jesús.* En este cuadro el atildamiento mató la inspiración.

Teófilo Dióscoro Puebla. *Vuelta de las Hadas al lago.* Los asuntos mitológicos no le gustaban a Alarcón, y supone, con fundado motivo, después de todo, que el cuadro no inspiraba interés a nadie. Reconocía en aquel lienzo un conjunto armónico y un colorido agradable.

Lorenzo Valles. *Conversión de San Francisco de Borja.* Dice que el cuadro está inspirado en el de Paul de la Roche, que representa a Crómwell contemplando el cadáver de Carlos I, y añade: «Como ejecución, hay en el cuadro cierto vigor y ento-

(1) Gisbert ya tenía nombre como maestro desde la Exposición de 1860, en que había presentado su famoso cuadro de *Los Comuneros.*

nación agradable, aunque, por evitar el horror de la muerte, el pintor sólo ha dejado ver, sobresaliendo del féretro, la rubia cabellera de la emperatriz; pero pintada de tal suerte, que más hace adivinar una mujer viva que un cadáver infecto.» También censura que, para precisar el hecho, hubiera colocado en segundo término algunas figuras en actitud de alejarse, y tapándose las narices para evitar el mal olor.

El cadáver de Beatriz de Cenis, expuesto en el puente de San Angelo. Este cuadro, del mismo autor, le gustó más a D. Pedro.

Víctor Manzano. *El Cardenal Cisneros contestando a los Grandes que le pedían los poderes en virtud de los cuales gobernaba la nación.* Tampoco le gustó, tachando el dibujo de débil y el colorido de desigual. En otra ocasión, hemos tenido el sentimiento de demostrar la falsedad de la anécdota que sirve de asunto al cuadro, y estamos convencidos de que no sucedió de aquella manera; pero es lo cierto que al público, por la índole especial del acto, le resultaba simpático el lienzo, y como tiene brillantes tonos de color, y la acción allí representada es genuinamente española, los visitantes, en general, se detenían a contemplar la obra de Manzano.

Eduardo Rosales. *Isabel la Católica dictando su testamento.* En la crítica de este cuadro, no estamos conformes con D. Pedro Antonio Alarcón. «Esta es una de aquellas obras—dice—en que el pintor luce y merece más que su hechura. Merced a dos buenas condiciones, que son el acierto en la composición y la perspectiva aérea, déjase ver en este cuadro una inspiración joven, rica y llena de esperanzas; pero, como dibujo y colorido de cada una de las figuras, hay no poco que censurar, notándose frecuentemente la mano del principiante. El dibujo es incorrecto, y en cuanto a la entonación, desvirtúala por todas partes, y como que la mancha, una tinta negra que destruye, sobre todo, el color de las carnes.

»El novel expositor merece mil enhorabuenas, como las que nosotros le damos, leales y sentidas, hijas de nuestro amor al arte y a la patria, no fruto de aviesas intenciones, como lo

han sido, a nuestro juicio, los primeros hiperbólicos y exageradísimos aplausos con que la gente del oficio saludó esta obra. Aquellos aplausos, lejos de provenir de una entusiasta alegría, se presentaban con el deplorable intento de perjudicar a los pintores españoles; al Sr. Gisbert, rebajando su cuadro de *Los Puritanos* hasta igualarlo o subordinarlo al del Sr. Rosales, y al Sr. Rosales haciéndole cargar con la dura e infalible responsabilidad de tan loco paralelo, y desvaneciéndole e infatuzándole hasta un punto que, de ser poca la sensatez del bisoño artista, hubiera podido encariñarle con los errores de su primer ensayo, y frustrar completamente su seguro porvenir en el arte de la pintura.»

Alarcón se dejó llevar de su simpatía hacia Gisbert, y al ponerse a la cabeza de la conjura que se armó contra *el bisoño artista*, no meditó bastante un acto que podría inducir a motejarle de apasionado, cuando el mérito de la obra era de indiscutible superioridad. Había dicho nuestro crítico que el lienzo de Gisbert *valía por sí solo toda una Exposición*, y el Jurado, en la propuesta de medallas de 1.ª clase, colocó a los expositores por este orden: Rosales, Gisbert y Casado del Alisal, desautorizando el parecer de D. Pedro Antonio Alarcón.

Después de haber fustigado al pobre Rosales, Alarcón apenas se detiene a examinar los cuadros presentados en el concurso, como si el objeto de sus artículos críticos hubiera terminado. Cita los cuadros *de género* de Julio Worms (francés), Ruipérez, Zamacois, Agrassot, Serra, Hispaleto, Fierros y Ferrándiz, que le gustan poco, y en los que señala notables defectos de colorido; de los *paisajistas* no quiere mencionar a ninguno, y de *perspectiva* alaba la *Sala capitular de Valencia*, de don Pablo Gonzalvo, cerrando sus artículos con un elogio al *Gallinero*, de Federico Jiménez Fernández.

Exposición de 1867.

Se inauguró el 28 de Enero, con asistencia de Isabel II. Fue la última de su reinado.

El edificio, construído con carácter provisional por el banquero Indo, bajo la dirección del arquitecto Jareño, se hallaba situado en el paseo del Cisne, y formaba un paralelógramo de 38.000 pies cuadrados, siendo su mayor altura 11 metros. Tenía 12 salas, y en ellas se instalaron 454 cuadros.

Vicente Palmaroli. *La capilla Sixtina*, en el momento de hallarse en ella el Pontífice con toda su corte de cardenales y prelados escuchando el sermón que les dirige un religioso. Entonación, colorido, perspectiva, ambiente, efectos de luz; todas estas cualidades se encuentran reunidas en este lienzo, decía nuestro amigo y maestro D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. «Y téngase en cuenta que el asunto, para un pintor de menos talento que el Sr. Palmaroli, ofrecía gravísimos inconvenientes. Un interior, y un interior cuyas paredes cubre la gran creación de Miguel Angel, ya era, por sí solo, asunto de difícil desempeño; pero cuando este interior hay que probarlo con figuras vestidas casi todas uniformemente de rojo, y cuando estas figuras tienen que destacarse sobre una alfombra verde, y en fondos de tapices, las dificultades debieran parecer insuperables si no se hubiese encargado el Sr. Palmaroli de demostrarnos con su cuadro que para un verdadero artista, que hermana la inspiración con el estudio, no existen imposibles en el mundo del arte.» La obra de Palmaroli produjo un gran efecto en el público. No así un retrato de la Infanta Isabel: se censuró de falso el colorido.

José Garnelo. *Muerte de Lucano*. Descontento de su obra el autor, la reprodujo en otra forma y estilo, presentándola en la Exposición de 1887.

Enrique Mélida. *Santa Casilda*.

Salvador Martínez Cubells. *Los Carvajales*. Color brillante como el que habíamos visto en Casado del Alisal. El cuadro es bien conocido.

Ricardo Balaca. *Toma de una galera de turcos*. No se pudo sustraer a la influencia de la antigua escuela, y descubre algo

del amaneramiento de su padre, que fue un buen pintor de retratos, a la manera de Tejeo y los Madrazo.

Eduardo Cano. *Los Reyes Católicos recibiendo a los cautivos cristianos en la conquista de Málaga.*

Joaquín Agrassot. *Josué.*

José Marcelo Contreras. *La madrugada del 3 de Mayo de 1808.* Se halla colocado este cuadro en un salón de la Casa Ayuntamiento.

Alejandro Ferrant. *Toma de una galeota de moros en 1574.*

Manuel García (*Hispaleto*). *Aparición de Santa Inés a su padre.* Conserva mucho del estilo tantas veces censurado en los artistas de esta época.

José Casado del Alisal. *Los dos caudillos, Gonzalo de Córdova y el Duque de Nemours.* Respecto de los cuadros de Historia, decía Pí y Margall: «Fijan (los pintores) toda su atención en el estudio de los paños, y aquél se tiene por mejor artista que sabe deslumbrar más, con los reflejos del oro, la brillantez del raso, el claroscuro del terciopelo y la transparencia del tul y del encaje. La hermosura y contraste de líneas, la exactitud de los trajes, la nobleza y gallardía de las figuras, el acierto de agruparlas, cierta unidad afectada en la composición, son las principales dotes de los cuadros históricos.» Estos defectos que, con fina crítica, pone Pí y Margall a los cuadros de Historia, son condiciones esenciales del género, y, a nuestro juicio, no puede ni debe prescindir de ellas el pintor.

Francisco de Paula Van-Halen. *La noche de Zempoala: expedición de Hernán-Cortés contra Pánfilo de Narváez.*

Lorenzo Vallés. *Demencia de D.ª Juana de Castilla.* Iba el pintor por buen camino; mas no pudo llegar con ese asunto a la altura de otro genio superior que vino después. Ambos cuadros están en el *Museo de Arte Moderno.*

Antonio Gisbert. *Entrevista de Francisco I y su prometida esposa D.ª Leonor de Austria.* Fue un alarde de color.

Dióscoro Teófilo Puebla. *El compromiso de Caspe, Marga-*

rita y Mefistófeles en la Catedral, *La devoción a la Virgen*. Todos con resabios del antiguo estilo.

Antonio Pérez Rubio. *Escenas del Quijote*.

José Nin y Tudó. *Muerte de Abel*. Cuadro grande y con atrevimientos. El pintor, amigo nuestro, artista de gran ilustración, salió a la liza con mucho brío; pero los pinceles no respondieron a su buen deseo.

Benito Mercadé. *Traslación de San Francisco de Asis*. Cuadro pintado con sensatez y corrección. Hablando de este linaje de pintura, decía Pí y Margall: «Un misticismo exagerado y mal entendido, hijo, no de la fe, sino de la imitación; no del sentimiento, sino de un estudio más o menos detallado sobre los tipos que nos ha legado el Cristianismo en su mayor grandeza; cierta gravedad afectada en las formas, cierto amaneramiento inevitable, constituyen el carácter de los cuadros religiosos. Los pintores son imitadores casi siempre, y cuando no, más rimadores que poetas, más artífices que artistas.» Aquí puede que tuviera razón D. Francisco, por lo que respecta al siglo XIX.

Pablo Gonzalvo. *Interiores*.

Marcelino Unceta. *Carlos V en Yuste*.

Alejo Vera. *Coro de monjas. Santa Cecilia y San Valeriano*.

Domingo Valdivieso. *La primera comunión*.

Luis Alvarez. *El Cardenal Penitenciario aplicando indulgencias el Domingo de Ramos en la iglesia de San Juan de Letrán. Doña Isabel la Católica en la Cartuja de Miraflores*.

Joaquín María Hesser. *El agua bendita en las Comendadoras de Santiago. El chocolate en un convento*.

Martín Rico. *La salida de misa*.

Ricardo Navarrete. *Los capuchinos en el coro*.

Francisco Bushell. *La procesión en el Coliseo de Roma*.

Nicolás Ruiz Valdivias. *Procesión en un pueblo de Aragón*.

Francisco Díaz Carreño, *Paolo e Francesca*.

Bernardo Ferrándiz. *El tribunal de las aguas en Valencia. El charlatán político*. De este género se hacía poco, y la ver-

dad es que tenía partidarios. Ildefonso Antonio Bermejo publicó en la *Revista Española de Ambos Mundos*, unos artículos sobre Bellas Artes, de los que entresacamos este párrafo pertinente al asunto:

«El pintor, para hacerse enteramente extraño a su siglo, no solamente recurre a lo pasado, sino que se envanece y se gloría representando en sus lienzos, y en el siglo XIX, la risueña perspectiva del paganismo. ¿No se supone la sensibilidad en el corazón de los artistas? Entonces, ¿por qué no lloran con el pueblo? Pintar la belleza no es ciertamente la única condición del artista. El verdadero artista, además de lo bello, debe pintar su época, la vida del mundo que habita; no es artista el que se contenta con reproducir o imitar la Naturaleza. El que contempla su pasado primero que su presente, se manifiesta ingrato con la época que formó su corazón. El arte contemporáneo no tiene más que belleza exterior: atiende más a la forma que al pensamiento. Habla más a los ojos que al corazón; se ejecuta, pero no se inventa.» No estamos enteramente conformes con todas las afirmaciones de Bermejo, pero en el fondo le concedemos mucha razón.

Serafín Rincón. *Reparto de sopa en un convento de capuchinos.*

Ignacio León y Escosura. *Narración de las campañas.*

Francisco Domingo. *Un lance del siglo XVII.* Aquí se reveló como un gran colorista. El cuadro nos entusiasmó a los muchachos.

Federico Jiménez. *Gallinas espantadas por un perro. Nido de palomas.* En este género no había quien le igualase.

Eduardo Zamacois. *La primera espada.* Fue discípulo de Meisonnier. Recordamos un cuadro suyo titulado *Los limosneros*, que era un prodigio de paciencia por la minuciosidad de detalles.

Como puede apreciarse por la breve reseña que de las Exposiciones de Pinturas hemos hecho, éstas sufrieron una transformación completa desde aquellas instalaciones de tres o cua-

tro docenas de cuadros que la Academia cobijaba en sus salones, hasta la construcción de edificios especiales, más o menos sólidos y elegantes, donde se exponían cuatrocientos cuadros; desde aquellos lienzos de estilo amanerado de Tejeo, Esquivel y los Madrazo, hasta tan grandiosas concepciones de Rosales, de Gisbert y otros muchos. Puede decirse que la pintura española, agonizante al comienzo de nuestros apuntes históricos, renació de sus cenizas, volviendo a ser con *Los Puritanos* y *El Testamento de Isabel la Católica*, honrosa continuación del siglo XVII.

Y, sin otra nueva *serie*, quedan definitivamente terminadas las *Crónicas del tiempo de Isabel II*, para no repetir el caso del prestidigitador Mr. Hermann, que en el teatro de la Zarzuela, el año 1860, dió cinco veces la *última* función de despedida.

CARLOS CAMBRONERO

CONSIDERACIONES GENERALES

ACERCA DE LA HISTORIA DEL VINO

SUMARIO: La historia del vino es interesante por múltiples motivos.—Esta bebida ha producido beneficios y ocasionado grandes males.—La vid se cultivó primero en Oriente.—La idea de beber zumo de uvas es antiquísima.—La fermentación vinosa es de las primeras que se conocen.—Osiris enseña a fabricar vino.—Nombres del vino en varios idiomas.—*Vegetal que da la vida.*—Lo que dice Virgilio en las *Geórgicas.*—Palabras de Cicerón y de Horacio.—Describe Homero la vendimia.—El vino en los hebreos.—Banquetes de Cleopatra.—El patriarca Noé.—Palabras de la Escritura referentes al vino.—El culto a Baco.—El arte y la tradición mitológica.—Cuadros de Velázquez y el Ticiano.—Estatua de Miguel Angel.—Ideas de Aristóteles, Plinio y Galeno, referentes al vino.—Longevidad de la vid.—Vinos que se fabricaban en Grecia.—Antigüedad de los vinos de Toro.—La vendimia, referida por Castelar.—El vino y los poetas.—Principales vinos de Europa y, sobre todo, de España.—Frase de Cervantes relativa a Ciudad-Real.—El vino como medicamento.—La Escuela de Salerno.—El vino desde el punto de vista científico.—El vino y la química.—Brevedad e importancia de la historia de este cuerpo.

El vino, que es el líquido resultante de la fermentación del zumo de la uva madura, o sea del mosto, tiene una importancia científica y social tan marcada, que resulta innecesario todo esfuerzo para evidenciarlo, por lo cual, el conocimiento de su historia tiene no pocos motivos de interés, no ya sólo como erudición o curiosidad, sino para seguir los derroteros de las costumbres humanas, al propio tiempo que dirigir la mirada a

una de las fuentes de riqueza agrícola, en que el suelo español tiene una antigua y honrosa representación.

Nada más justificado que la curiosidad de conocer las noticias referentes a la historia del vino; bebida identificada con la humanidad, que, al propio tiempo que ha producido beneficios indudables, ha motivado crímenes sin cuento y ocasionado no pocas desdichas, por lo mismo que su abuso es tan frecuente. Pero tiene un interés extraordinario, y excita el deseo de saber algunos de los datos de que se tiene noticia, en que ha intervenido de una manera más o menos directa.

Imposible fijar, ni aun de un modo aproximado, los orígenes de esta bebida. Lo que sí parece indudable es que la *vid* se cultivó primero en Oriente, y que la vinificación se ha practicado en todos los países que poseen vides. Los nombres mitológicos de Saturno y Baco, así como el que la Historia Sagrada asigna a Noé, son los primeros que se mencionan siempre que de este asunto se trata, el cual es verdaderamente oscuro.

Se cita el vino en los libros judíos, y el pueblo hebreo cultivó la vid con éxito. Prosperaba este arbusto en Palestina, y refiere Strabón qne había algunos racimos de uva de tamaño extraordinario.

No puede, pues, fijarse la época en que comenzó la fabricación del vino, ni la ha señalado ningún historiador. Hay que referirla a esos períodos nebulosos y oscuros de la Historia, donde se interpone la verdad con la fábula y la fantasía. Ateneo, célebre gramático griego, que vivió en tiempo de Marco Aurelio, dice que Orestes fué a reinar a Ethna, donde plantó la vid y fabricó vino. El mismo Ateneo le concede un origen divino. Algunos refieren que los dioses de la fábula se embriagaban con el néctar y la ambrosía.

La idea de exprimir las uvas, para obtener su zumo, conservarlo en vasijas y destinarlo después a la bebida, es antiquísima, y surgió espontáneamente de los deseos humanos. Con sólo apreciar el grato sabor de este fruto, bastaba para que se suscitase ese deseo. Por eso, el arte de la vinificación estuvo

muy en uso entre los egipcios, y se verificaba principalmente en las regiones del Asia en que prosperaba la viña. Llega su conocimiento a la épeca mitológica. Según la tradición egipcia, Osiris enseñó a los hombres a cultivar la viña y a fabricar vino. La fermentación del mosto, para convertirse en vino, es una de las primeramente conocidas. Se sabía, desde época inmemorial, que el mosto pierde después de algún tiempo su sabor azucarado y adquiere propiedades embriagadoras, aun cuando al principio no se explicase científicamente ese cambio.

*
* *

Derivada la palabra vino del latín *vinum* y del griego *oinos*, habiendo algunos creído encontrar en el sánscrito *vena*, que significa agradable, el origen de esta voz tiene significación parecida en diversos idiomas, como *Vin*, en francés; *Wein*, en alemán; *Wine*, en inglés; *Vinho*, en portugués, etc.

La etimología de la palabra *vid* es de *vita*, vida (vegetal que da la vida), aunque otros la suponen derivada del verbo *vieo*, atar, refiriéndose a los sarmientos de la especie cultivada.

Virgilio, en las *Geórgicas*, habla ya de los diferentes vinos de Grecia y de Italia. Dice que las deliciosas uvas de Rodas proporcionaban un vino que podía servir para las libaciones de los dioses. Refiere también que el vino de Falerno tiene el color del ámbar.

Parece ser que cuando a Cicerón le dieron a probar un vino que tenía un siglo, esclamó: *Lleva muy bien sus años.*

Horacio es asimismo encomiador del vino y, sobre todo, del de Falerno.

El de Sorrento tenía fama de exquisito, de tiempo inmemorial.

Entre los hebreos, era la vendimia ocasión de grandes y prolongados festejos, y la pluma de Homero describió esta faena agrícola con la maestría propia de su gran talento.

Asia fue quien proporcionó la vid a Europa, y los fenicios

introdujeron su cultivo en las islas del Archipiélago, Grecia y Sicilia, para continuar extendiéndose por toda Italia, España y las Galias, experimentando grandes vicisitudes, y teniendo que vencer no pocas contrariedades, hasta lograr por completo el triunfo de su aceptación.

Diodoro de Sicilia asegura que Osiris descubrió la viña en el territorio de Niza.

La Historia refiere que el traje con que Adán y Eva cubrieron su desnudez después del pecado fue la hoja de parra, lo cual prueba que ya en el Paraíso existían estos arbustos.

Para algunos, la viña significa *árbol de la vida*, según ya se ha dicho.

En los libros del pueblo hebreo se cita frecuentemente el vino. Entre los judíos lo aromatizaban con mirra e incienso.

Se sabe también que las orillas del lago Marreotis, en Egipto, producían un vino blanco muy estimado. El zumo de las uvas de Rodas se prefería para hacer libaciones en honor de los dioses.

Los caldos de Argos y Argitia eran muy apreciados por los romanos; el de Cos, que excitaba el apetito; el de Creta, que olía a flores; el de Halicarnaso, el de Mindus en el Cairo, el de Prammcio, consagrado a Ceres; el de Sidiceno, o maconia, del que Cirene ofreció una copa a su hijo Aristeo para que brindase por el Océano.

Debe también citarse el de Siracusa, llamado de este modo por un rey originario de la Argólida, que trajo las cepas de Italia.

Cleopatra, en los fastuosos banquetes que daba a Marco Antonio, bebía a su salud un vino dulce y embriagador.

Refiere la tradición que cuando el patriarca Noé salió con su familia del arca, se fijó en la necesidad de cultivar las plantas más útiles, como la vid y el trigo. Que saboreó también la dulzura y suavidad de los frutos deliciosos de la primera, así como el líquido producido por su expresión, apreciando personalmente sus propiedades embriagadoras.

La Iglesia ha elegido el *pan* y el *vino*, que representan los alimentos de más uso, para representar en ellos la divinidad, instituyendo la Eucaristía.

Judea fue, en sus mejores tiempos, uno de los países donde creció la vid con más vigor y lozanía, y sus viñas fueron la admiración del mundo. La vida patriarcal del pueblo de Israel se admira en los deliciosos cánticos y regocijos con que celebraba la vendimia. La viña del Pacífico, que refiere Salomón situada en las proximidades de Jerusalem, fue nombradísima por la abundancia de su producción.

Como numen de la vid y protector del vino, tributó culto a Baco la voluptuosa Grecia, y lo representan coronado de pámpanos, con el tirso en la mano, tejido de vid y hiedra.

El uso del vino, como bebida, es igualmente de una antigüedad desconocida. Ya la Escritura dice que alegra el corazón del hombre (*vinum lætificat cor hominum*). Los antiguos se coronaban de flores en los festines para vaciar las copas de sus más famosos vinos.

En la vejez le creían más necesario para dar vigor a los sentidos, ya agotados por los años, y se citan algunos personajes cuya gran longevidad se debía al uso del vino.

***

La mitología concede a Baco la primacía en cultivar la vid. Al volver éste de la conquista de la India, obsequió a la bella Aletis, que se rindió a sus amorosas pretensiones, con un precioso racimo de uvas, en las que se transformó el referido dios, y la Grecia le tributó culto, según ya se ha dicho.

El célebre cuadro de Velázquez, titulado *Los Borrachos*, figura una escena mitológica, muy propia para ser recordada en la historia del vino. *El triunfo de Baco*, cuadro del Ticiano, representa el momento en que Baco, conducido en triunfo, advierte la presencia de Ariadna, y entonces se precipita del carro y huye la hermosa joven de aquella persecución.

La estatua en mármol que hay en el Museo de Nápoles, titulada *Baco y el Fauno*, es también preciosa. Se ve a Baco representado por un niño, apoyado sobre los hombros del Fauno, y este niño está coronado de pámpanos.

Oprime con sus manos un racimo de uvas, y sonríe a un compañero suyo que está sonando unas campanas.

Este grupo es admirable por la elegancia de las formas y la gracia de la expresión. En el Museo del Louvre hay otro parecido, descubierto en el siglo XVI, en los jardiñes del Quirinal.

La estatua en mármol, original de Miguel Angel, titulada *Baco beodo*, existente en Florencia, es una de las obras más bellas de este inmortal artista. Coronado el dios de las orgías de hiedra y pámpanos, exprime unas uvas en una copa, en la que quiere beber un satirillo envuelto en una piel de cabra. La actitud de las figuras representa admirablemente la embriaguez, formando una obra maestra, de capital importancia.

Aristóteles dice que los vinos de la Arcadia se secaban en las vasijas, que había necesidad de llenar de agua para beberlos, y Plinio habla de vinos de más de cien años, que se espesaron como si fueran miel. Galeno, hablando de los vinos de Asia, refiere que, colocados en grandes frascos en la chimenea, adquirían una dureza que parecía sal, a cuya operación daban el nombre de *Fumarium*.

Los antiguos decían que no debía beberse el vino de menos de siete años, y el Falerno, antes de los diez ni después de los veinte. Plinio cuenta que se sirvió un vino en la mesa de Calígula que tenía ciento sesenta años.

La vid es una de las plantas que más viven. Plinio cita viñedos de seiscientos años. Sus variedades son en grandísimo número, por lo cual dijo ya Virgilio que primero se cuentan los granos de arena de los desiertos de la Libia que las variedades de la vid.

Han llegado a reunirse en los criaderos del Luxemburgo mil doscientas especies, y la uva, por su grato aroma, su dulce

sabor, los preciosos y diferentes matices que la coloran, sus condiciones alimenticias, etc., hacen de ella el fruto más sabroso, apetecido e importante que se conoce.

En Grecia se fabricaban cuatro especies de vino, y en Roma la mayor parte de los vinos más caros y estimados eran espesos y con la consistencia de jarabe. Para beberlos, era preciso diluirlos en agua. Tenían verdadera obsesión por los vinos viejos, y les añadían miel y diversos perfumes, almendras amargas, higos secos y otras sustancias. Catón asegura que mezclaban los vinos con vinagre y agua de mar.

Platón prohibió a los adolescentes el uso del vino, hasta que hubieren cumplido los diez y ocho años. En Esparta, el vino y la borrachera inspiraban horror.

Don Pedro IV de Aragón llamaba *viat piment* a vinos especiales, compuestos con mieles y varios perfumes de Oriente.

Los vinos de Toro y pardillo eran ya conocidos y famosos en el siglo xv, y hay un curioso privilegio de Alfonso V de Aragón, que otorgó a su bufón predilecto, autorizándole para que bebiera sin tasa de todos los mostos almacenados en las regias bodegas. En el privilegio cita ocho clases, entre ellas los de Yepes, Ocaña, San Martín de Valdeiglesias, Toro, Cariñena y Clareya.

En el siglo xvii, Quiñones de Benavente cita, en el entremés *La puente segoviana*, un vino de Andalucía estimadísimo.

La vendimia ha sido cantada por los poetas y enaltecida por el arte multitud de veces. El gran orador Castelar, en su celebrado libro *Recuerdos de Italia*, en el artículo titulado «Mantua y Virgilio», dice a este propósito lo siguiente: «Lo que más trajo a mi memoria la Edad Antigua, fue singular espectáculo, que hirió mi atención y cautivó mi ánimo. Transcurría el tiempo de la vendimia. En carreta, verdadero lagar ambulante, formado de apretadas tablas, amontanábanse las recién cortadas uvas. Dos o tres mancebos, arremangadas las mangas de la camisa y los pantalones, pisaban los racimos como al compás de un baile, produciendo rojo río de mosto, que caía de la ca-

rreta en preparada cuba. Al pie, sentada sobre un barril, hermosa joven de tez morena y ojos negros cantaba canción melodiosa, para acompañar la danza de los pisadores. Varios niños, con las manos cargadas de mostosos racimos y las sienes ceñidas de improvisadas guirnaldas, danzaban también entre las ruedas, y los tardos bueyes lucían, a guisa de plumeros, en el testuz, manojos de sarmientos, cuyos pámpanos, verdes unos, y carmesíes otros, formaban el más bello contraste en aquel viviente bucólico cuadro, que no hubiera menospreciado Virgilio.»

Esta primera operación para fabricar vino ha merecido, no ya sólo que la ciencia del agricultor la estudie, sino que el arte la embellezca con sus filigranas, como preludio para llegar a producir ese líquido, del cual refirió el inspirado poeta Meléndez Valdés:

«El vino, que sabe
la pena más grave
en gozo tornar»,

o bien los conocidos versos de un popular poeta, que dicen:

«Con dos tragos del que suelo
llamar yo néctar divino,
y a quien otros llaman vino,
porque nos vino del cielo.»

Y otros muchos encomiadores de este líquido, que tiene también, con sobrada razón, bastantes impugnadores; pues, aunque produce beneficios, es a veces, como ya hemos dicho, causa de grandes males, por los abusos que de él se hacen.

*
* *

Europa es, sin duda, la región que produce la cantidad mayor del vino que se conoce en el mundo.

Francia tiene los célebres de Champagne, Borgoña, Bur-

deos, Château-Margaux, Château-Lafitte, Château-Latour y otros varios.

Portugal tiene los de Oporto y Madera.

Italia, el *Lácrima-Christi*, Falerno, Orvieto y otros.

Alemania, los vinos del Rhin, de la Mosela y Tokay.

Suíza, los vinos rojos de Boudry y el de Chiavenna.

Refiriéndonos en este asunto principalmente a nuestra nación, puede asegurarse que España es uno de los países en que la riqueza vinícola figura como uno de los más valiosos elementos de prosperidad.

Así, por ejemplo, en Andalucía hay los vinos de Málaga, Pedro Jiménez, Sanlúcar, el de Jerez (superior a todos los del mundo) y Pajarete. Son de gran fama el Montilla, Lucena, Cabra y Aguilar, en la provincia de Córdoba.

Zamora, Salamanca y Valladolid ofrecen también motivo al elogio en tal concepto, pudiéndose citar el de Toro, que fue el vino predilecto de los Reyes de España, hasta que se trasladó la Corte a Madrid, y los de Nava del Rey, Arenas y otros. El tinto de Rioja es exquisito.

En Extremadura están los de Zafra, Trujillo y Medellín.

En Zaragoza hay el de Cariñena.

Cataluña tiene los del Priorato, Villanueva y Geltrú y Reus, celebrados ya en el siglo XVI.

La Mancha produce el predilecto Valdepeñas, tan justamente estimado de todos, que puede sostener dignamente la competencia con el famoso de Burdeos. Por eso llamó el gran Cervantes a Ciudad Real la antecámara del dios de la risa. Fue muy celebrado y preferido de los reyes de la dinastía austriaca. Si esa comarca estuviera cercana a las costas, créese que hubiera logrado anular el vino de Borgoña.

Puede evaluarse la producción total vinícola en España en 20 millones de hectolitros, representando una quinta parte próximamente de los vinos de Europa.

El vino se ha usado como medicamento desde época algún tanto lejana. Como tónico en las convalecencias, febrífugo en

determinados casos, preservativo de algunas enfermedades por el sudor que produce; en varias dispepsias y para preservarse del contagio de las epidemias en algunas ocasiones, así como también se emplea al exterior. Son muchos los vinos medicinales. Por tal motivo, forma parte de varios preparados farmacéuticos de mucha utilidad en la curación de gran número de enfermedades, siendo ya numeroso el catálogo de los referidos preparados. Desde el siglo XVI se ha empleado en tal concepto, y de día en día se han ido ensanchando los horizontes de esta aplicación, pues la humanidad creyó, con fundamento desde luego, que un líquido de esta importancia había de ser útil, no sólo para bebida habitual, sino como remedio aplicable a muchas dolencias.

El eminente químico Berthelot descubrió en el Museo Borelly, de Marsella, un vaso de vidrio extraído de un antiguo cementerio romano de Arlés. Este vaso se había cerrado herméticamente. Abierto, se vió que contenía un líquido coloreado, cuyo análisis reveló ser vino, en buen estado de conservación. Créese que fue una ofrenda colocada en una sepultura.

*
* *

La Escuela de Salerno consignaba las condiciones que debía tener un buen vino, y eran las siguientes: transparencia perfecta, color puro, olor suave, sabor franco y agradable, miscible en todas proporciones con el agua, sin perder sus propiedades distintivas. Estos caracteres son también los aceptados (en unión de otros) por la ciencia moderna.

Sólo se trata en este artículo de lo concerniente a la parte histórica; por lo cual no se expone lo mucho que corresponde a la química, la higiene, la medicina, la agricultura y otras ciencias que intervienen en este estudio. La composición del vino es muy complicada. Su fabricación comprende diversas operaciones, desde la recolección de la uva o vendimia, despa-

lillado, presión, fermentación tumultuosa, trasiego, fermentación lenta, segundo trasiego y clarificación. Pero nada de esto es objeto de las presentes líneas.

Es tanto lo que la ciencia ha penetrado en este estudio, que constituye numerosa e inacabable biblioteca, en la que tienen representación lo mismo químicos eminentes que fisiólogos, higienistas, agricultores y médicos muy distinguidos; no dejando de haber cooperado algún tanto los que se dedican a estudios sociológicos y jurídicos, por lo que atañe a los efectos de esta bebida y conocer el papel que al legislador corresponde en el particular; así como también al hacendista, por lo referente a la tributación de tan interesante artículo, y al hombre de Estado, por lo que se refiere a los tratados comerciales.

También han sido objeto del estudio de los hombres de ciencia las enfermedades que aquejan a la vid, los insectos que la atacan, la influencia que ejerce en ella el clima y sus variaciones, así como igualmente los procedimientos que el progreso científico ha consignado para facilitar de un modo extraordinario la obtención del vino, que se practica hoy con mayor prontitud, esmero, limpieza y ventajas de toda índole, a lo que se verificaba en otras épocas, cuyo estudio tampoco es objeto del presente artículo.

Tampoco es propio de este lugar la exposición, aunque sólo fuera en forma de abreviado índice, de lo mucho que la química analítica conoce respecto al análisis de los vinos y de sus múltiples adulteraciones, donde el reactivo y el microscopio realizan verdaderos prodigios en la resolución de problemas que tienen por objeto investigar la existencia de cuerpos extraños en el vino, pues desviaría la índole histórica de este artículo; del mismo modo que señalar las substancias a que se debe el aroma o *bouquet*, que tanto significa en su estimación, y que el químico ha designado con denominaciones técnicas especiales (éteres enántico, pelargónico, acético, butírico, etc.).

Vemos, pues, que la historia referente al vino es breve, pero llena de interés, doquiera que se mire. Comienza en épo-

cas remotas y casi desconocidas, y sigue en todos los tiempos y países, hallando siempre en su estudio algún motivo digno de fijar detenidamente la atención; por lo cual está justificado que se dirija una ojeada retrospectiva a un asunto que forma parte integrante e inseparable de la historia humana.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG,
Catedrático en la Universidad Central.

PADRE E HIJO

ESTUDIO DE DOS TEMPERAMENTOS

(CONTINUACIÓN)

Los miembros de la congregación, aunque dóciles, tímidos e incapaces, individualmente, de ser mucho tiempo de otro parecer que el de su ministro, manifestaban esta vez a espaldas de él asomos de oposición. Nunca se les había ocurrido a ellos ni siquiera seguir la idea de que se supiera admitir a uno de sus hijos en el número de los miembros de la congregación, y ellos mismos, aunque ya no fuesen jóvenes, tuvieron que pasar por un severo examen contradictorio. Que un impertinente chiquillo de diez años pudiera ser recibido entre ellos, con las prerrogativas de un adulto y todos los privilegios de la orden que tan difícilmente habían adquirido, debía de parecerles a muchos, por lo que supongo, una píldora amarga y difícil de tragar. María Gracia Bermington traía, de sus visitas a los campesinos, los ecos del descontento que se afirmaba aquí y allí y de las murmuraciones. Pero también eran muchos, o por mejor decir muchas—porque las mujeres estaban en mayoría,—quienes apoyaban con entusiasmo el proyecto de mi padre, y quienes, glorificándose abiertamente de las manifestaciones de mi precoz piedad, afirmaban ver en ella como una milagrosa promesa. Al hablar de mí, decíase corriente-

mente: «El segundo Samuelito.» Habíame convertido en un motivo de discordia. Amenazaba estallar en mi honor una guerra entre los dos sexos, y por mi causa disputaban ahora los campesinos mientras que almorzaban. Yo tenía mi puesto en los rezos públicos. No se me nombraba, pero era fácil verme en las alusiones que acostumbraban a hacerse en nuestros ejercicios espirituales, y yo era «el que todavía es de una edad tan tierna», o también «el retoño que se alza en la viña del Señor».

Mi padre, que deseaba poner término a todo, decidió llevar el asunto a tambor batiente. Acostumbraba a hacerlo así bastante a menudo. Un domingo otoñal del año 1859, al terminar el culto de la mañana, pidió a los santos que se sirviesen prestar atención a un asunto personal, que tal vez conocían ya por el rumor público. Tratábase, continuó, de admitir a su querido pequeñuelo a romper el pan en la comunión de los santos. Reconocía que yo no era lo que se ha convenido en llamar un adulto, cosa que era fácil de reconocer para los que me contemplaban sonriendo tímidamente a la asamblea, sentado y sin apenas llegarme los pies al suelo. Tenía que admitir que yo no era un hombre hecho. Pero, en cuanto al conocimiento del Señor, era verdaderamente adulto; tenía una visión tan penetrante del plan de la salvación, que más de una cabeza venerable hubiera pedido envidiar la amplitud de mi visión, su claridad, su conformidad con lo que revelaba la doctrina de las Escrituras. Este golpe asestado a los que más de una vez habían tropezado en su ascensión hacia la verdad, fue comprendido de todos, y más de una cabeza venerable permaneció inclinada hacia el suelo.

En seguida mi padre pasó a la exposición de su manera de ver, la que antes ha intentado definir. En mi caso particular, confesaba la ausencia de todo acto, de toda manifestación repentina, de una conversión aportada por la convicción de mi estado de pecado. Pero creía que yo me había convertido desde mi primera infancia, y alegó sus razones, añadiendo que, si era así, no era posible negarme por más tiempo los privilegios de

la comunión. Terminó declarando que en este asunto no quería usar de la autoridad que le conferían sus funciones de jefe de la Congregación, y que, renunciando por esta vez al privilegio de su ministerio, rogaba a los hermanos Fawkes y Bere, dos antiguos que gozaban de grande influencia, que se sirvieran examinar al candidato. Esto era un golpe maestro, porque, como había motivos para sospechar que los hermanos Fawkes y Bere excitasen el descontento general, era echar sobre sus hombros el peso de una abrumadora responsabilidad. Con esto terminó la reunión. Todos se separaron amablemente, mi padre y yo volvimos satisfechísimos a casa. En mi orgullo pasé un momento de los límites permitidos al presentar a mi padre la siguiente indiscreta cuestión: «Cuando me hayan admitido a la comunión, ¿me será permitido, papá, llamarte a ti también, amado hermano?» Mi padre estaba harto contento de haber puesto el asunto en tan buen camino para que me riñese por mi impertinencia. Sonrió y contestó: «He ahí una cosa, hijo mío, que aunque racional, rigurosamente hablando, costaría, me temo, trabajo el que pareciera razonable.»

Alguien insinuó que el día de mi décimo cumpleaños, ya muy próximo, sería muy oportuno para la prueba que me esperaba. En consecuencia, aquel día, en cuanto la noche hubo permitido que se encendiese nuestra nueva lámpara, que se quería inaugurar en honor del gran acontecimiento, me retiré solo a la sala, en mi opinión de suprema elegancia, porque al fin acababa de ser amueblada. Allí el hermano Fawkes, luego el hermano Bere, por último los dos juntos, conversaron conmigo. Por poco que sufráis la manía de la exactitud, deduciréis en seguida que padecí tres interrogatorios seguidos.

Yo no estaba nada intimidado, pero la tensión de mis nervios era tan fuerte, mi excitación tan grande, que todo mi organismo estaba como en vibración. El primero de mis examinadores manifestó una extrema confusión. Fawkes, un contratista de obras, era bajo y gordo. Observé que su cara, de un color rojizo más oscuro y uniforme que de ordinario, estaba

sudando a consecuencia de la emoción nerviosa. De vez en cuando se enjugaba con un amplio pañuelo. Ahora bien; empleaba tanto tiempo en llegar a la cuestión, que me vi obligado a llevarle yo mismo adonde quería ir, y sentado muy derecho en el sofá, dándome de lleno la luz de la lámpara, confesé mi fe en el sacrificio expiatorio con una facilidad de elocución que me sorprendió a mí mismo. No había terminado, cuando Fawkes, hombre ya de cierta edad, y al qne se decía duro con sus obreros, lloraba como un niño.

Larguirucho, delgado y seco, con la mirada curiosamente inmovil, Bere, el carpintero, no se dejó fascinar tan fácilmente. Me interrogó con rudeza. Su piedad no le impedía tener algo del temperamento de un juez de instrucción. Pero, aunque levantase la cabeza más que Fawkes, no le impresionó menos que a su colega, todo lo que a mi alrededor, venía a dar más esplendor a la solemnidad del acto. Ninguno de los dos había entrado nunca en la sala desde que estaba amueblada, y me figuro que ambos admiraban la elegancia del papel que revestía las paredes. Hasta creo que se la indiqué yo. Cuando terminaron los dos primeros interrogatorios, los antiguos volvieron a mí, pero juntos esta vez, como ya he dicho; luego oraron largo rato. Arrodillado ante el sofá, con mis examinadores a los lados, ocurrió qué una profunda depresión sucedió a mi exaltación violenta. Llegó mi turno de derramar lágrimas. Recuerdo confusamente que mi padre entró entonces en la habitación, luego que la silenciosa y buena Miss Marks me llevó y me acostó en un estado de fatiga y de debilidad completas.

En la mañana del domingo siguiente, la asamblea, que fue excepcionalmente numerosa, apenas habló sino de mí. Mi padre, que parecía más pálido y, sin embargo, más sombrío todavía que de ordinario, rogó al hermano Fawkes y al hermano Bere que se sirvieran dar cuenta a los Santos reunidos de la visita hecha a «uno» que había expresado el deseo de ser admitido a romper el pan. Me conmovió mucho la publicidad im-

personal de que era objeto, sin experimentar, de otra parte, la menor inquietud sobre la conclusión.

Lo que siguió después demostró que no había, en efecto, nada que temer. Acusábase algunas veces a Fawkes y a Bere de abrigar cierto antagonismo que estalló, en efecto, años después, y que fue para mi padre fuente de grandes preocupaciones y causa de una real pena. En aquellas circunstancias, su unanimidad fue maravillosa. Rivalizaron en el tributo de elogios que prodigaban a mi piedad. Mis respuestas habían sido tan claras; mi humildad—notadlo, os lo ruego—había sido tan suave; mi conocimiento de las Escrituras tan estupendo; el testimonio dado a los grandes principios de la salvación tan lúcido y tan explícito, que no podían decir otra cosa sino que habían quedado confundidos. Hasta se habían visto profundamente alentados y como arrastrados, un poco más adelante, por el sendero de su peregrinación hacia el cielo, al escuchar tales acentos en los labios de un niño, más todavía, de una criaturita. No me agradó mucho esto; pero no hay lecho de rosas sin un pétalo arrugado, y, en todo lo demás, el informe de los antiguos era un triunfo para mí. Mi padre lo coronó todo levantándose para dar cuenta a la asamblea del deseo que yo había expresado, con toda independencia, de confesar al Señor al recibir el bautismo públicamente. Inmediatamente después de esta ceremonia, añadió, sería yo admitido a comulgar «en calidad de adulto». La emoción llegó entonces a un grado tan alto, que, cuando emprendimos el camino de casa, una gran parte de la congregación quiso acompañarnos hasta la puerta de nuestro jardín, con mucho asombro del pueblo.

Mi bautismo en público fue el acontecimiento principal de mi vida de niño. Todo, desde los primeros albores de mi vida consciente, parecía converger a ese punto. Todo, en lo sucesivo, pareció apartarse de él cada vez más. El bautismo por inmersión en la playa de Oddicomba había sido completamente abandonado, y nuestra sala de reunión no poseía aún la piscina bautismal. En cambio, los Santos del pueblo próximo po-

seían una capilla muy espaciosa, bien provista de lo necesario. Así es que, en aquel tiempo, recurríamos a su hospitalidad. Estos bautismos eran ocasión de relaciones amistosas entre las dos congregaciones, y eran origen de agradables relaciones sociales. Creo que los ministros y los antiguos de las dos asambleas estaban de acuerdo para concertar entonces la fuerzas de que eran jefes y para bautizar a sus candidatos en una sola y misma ceremonia.

El ministro que presidía los destinos de la congregación vecina era M. S., un buen anciano de venerable aspecto e imponente estatura. Sus cabellos y su larga barba eran de nieve; pero bajo la maraña de sus cejas llameaban dos grandes ojos negros, que parecían decir que aquella nieve no era signo de decrepitud, sino más bien un adorno. La víspera de mi bautismo se acercaba al fin. Se había fijado el acto para el día 12 de Octubre, tres semanas día por día después de mi décimo cumpleaños. Yo me había puesto un traje usado; pero todo mi equipo de la mayor elegancia se hallaba preparado en una maleta. Era de noche cuando esta maleta, seguida de mi padre, de un servidor de ustedes, de Miss Marks y de María Gracia, fue puesta en el interior de un coche que nos condujo, a través de una larga obscuridad, a la capilla en que nos esperaban nuestros amigos. Fuimos recibidos en medio de un deslumbramiento de claridad, con grandes apretones de manos, entre un rumor de voces confusas que murmuraban a veces fervientes plegarias. Algunos lloraban. En medio de esta indescriptible emoción, fuímos conducidos a los puestos de honor, en la primera fila de la asamblea.

La escena era de las que podían impresionar, incluso a personas que no fuesen como nosotros, hasta a personas acostumbradas al mundo y las rarezas de la vida que en él se lleva. La cosa me parecía una fantasmagoría. Yo estaba fuera de mí. Era la iniciación a la notoriedad, a la gloria. Otros varios candidatos al bautismo estaban a mi lado; pero eran sencillamente hombres y mujeres. Todos bendecían a Dios en alta voz por

la gracia que se les concedía al poder seguir mis huellas en el camino que les precedía. Reconocíaseme como el héroe del día. En aquel tiempo, los periódicos estaban todavía en la infancia, no se les había pedido nada. Sin embargo, la nueva de la asombrosa ceremonia en la que se vería a un muchachillo de diez años recibir el bautismo por inmersión «en calidad de adulto», habíase propagado durante aquellas tres últimas semanas hasta los límites del condado. La capilla de nuestros vecinos era, ya lo he dicho, muy vasta, hasta demasiado vasta de ordinario. Aquella noche, sin embargo, estaba llena, y toda la multitud—los que estaban junto a mí lo murmuraban—había venido para verme.

A fin de asistir a un espectáculo tan extraordinario, había llegado gente de Exeter, de Dartmouth, de Totnes. Unos que estaban junto a mí me señalaban una anciana de ochenta y cinco años, que había salvado la distancia que nos separaba de Moreton-Hampstead para ser testigo de mi bautismo. Miraba yo con asombro a aquella octogenaria apergaminada, que no parecía mostrar ni curiosidad ni interés por lo que ocurría a su alrededor. Perfectamente indiferente a todo, estaba sentada, con la mirada fija, rumiando algo entre sus encías desdentadas.

En medio de la capilla, unas cuantas tablas del piso levantadas dejaban ver una especie de piscina. Nuestras miradas contemplaban aquel cuadrado sombrío de ondas misteriosas, en cuya superficie corrían ligeros espirales de vapor.

Los espectadores estaban escalonados en filas simétricas, paralelamente dispuestas a los cuatro lados de la piscina. Todo asistente podía seguir así todos los detalles de la ceremonia, sin empujarse, sin tener que subirse en los bancos. M. S., figura hierática, verdaderamente impresionante, se irguió. Recomendó la atención general e imploró del auditorio un silencio absoluto. En la mano tenía un librito, e iba a indicar el número de un cántico, cuando se produjo un golpe de teatro.

Fue un ruido de caída en el agua, con tumultuoso chapo-

teo, y se vió una joven que se agitaba en la pila bautismal, moviendo los brazos por encima de la cabeza, y sostenida verticalmente por efecto del aire que empujaba su crinolina inflada como una vejiga; parecía un extravagante grabado de modas del tiempo pasado. ¿Tocaban sus pies en el fondo? Lo supongo, sin poder afirmarlo. Aquella extraordinaria aparición suscitó un tumulto formidable, en el que se mezclaban gritos penetrantes con vociferaciones. Numerosos espectadores, en el paroxismo de la excitación, interpelaban a otros para exhortarlos a la calma, y era la ilustración de los versos de James Smith:

«El que para recomendar calma, grita «¡silencio!» con fuerza,
Está cerca de ser el autor del tumulto que deplora.»

La mujer, que estaba más o menos accidentada, fue prontamente sacada del agua y llevada a la especie de tienda de campaña dispuesta para los candidatos a la inmersión. Una rápida información hizo saber que la infortunada había deseado mucho formar parte de la congregación; que su más ardiente deseo era recibir el bautismo; pero que sus padres se oponían a ello formalmente. En la hipótesis de una caída accidental, una piadosa interpretación pretendía que el Señor, por un signo providencial, había mostrado que la que se cayera sería bautizada a pesar de todos los obstáculos. Sin embargo, mi padre, cuya sagacidad ordinaria no se dejaba sorprender, tenía dudas. Nos hizo observar, al día siguiente, que la joven no había sido bautizada de ninguna manera, puesto que no había sumergido la cabeza, y que, además, había saltado deliberadamente a la piscina, puesto que, si hubiese tropezado y caído hacia delante, hubiera metido necesariamente en el agua la cara y las manos, y ni una ni otras se habían mojado. El asunto, por lo demás, incumbía a la congregación vecina, y nosotros no estábamos autorizados a llevar más adelante la información.

Una vez restablecida cierta calma decorosa, M. S., que no

había perdido nada de su dignidad, propuso el canto de un cántico, eligiéndole de longitud suficiente para ocupar a la congregación durante los preparativos de la ceremonia. Después se retiró a la sacristía, y yo, que fué a quien se llamó primeramente para dar testimonio, fuí conducido por Miss Marks y María Gracia a la sombra de la tienda de que antes he hablado. Parecía que se balanceaba al compás de los acentos del himno de júbilo entonado por los Santos, mientras que las prendas de mi traje caían una a una y me ponían en estado de recibir la inmersión. La interrupción repentina del canto nos hizo comprender que el oficiante estaba en su puesto. Salimos, y, en medio del resplandor de las luces y del fuego de las miradas, avanzamos hacia M. S., quien, en efecto, estaba ya en la piscina con agua hasta las rodillas. Hiciéronme bajar escalón a escalón, y cuando llegué al último me recibió el ministro en sus brazos. Sentí entonces la impresión de ser uno de nuestros animálculos microscópicos, y cuando sufrí el abrazo del Titán me pareció que yo me había convertido en infinitesimal. Estaba revestido de una especie de larga sobrepelliz; y como ni aun entonces podía yo dejar de observar, noté que el aire encerrado bajo aquella vestidura formaba bollos, que M. S. se esforzaba en hacer que desaparecieran aplastándolos. Habíase echado a un lado la extremidad de su venerable barba, y remangado sobre sus muñecas las mangas de la camisa.

El silencio que reinaba ahora en la asamblea era muy grande; tan grande, que el chapoteo de mis pies vacilantes en las escaleras mojadas producía en mis oídos un ruido ensordecedor. M. S., perplejo ante lo exiguo de mi estatura, logró en fin apoderarse de mi persona, poniéndome una mano en el pecho y otra en la espalda. Lentamente, con voz fuerte, severa, que parecía penetrar en mi cerebro y vaciarlo, pronunció: «Hermano mío, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Mientras que pronunciaba estas palabras, me tendió suavemente hacia atrás, hasta que estuve completamente bajo el agua; y entonces, mientras que me levan-

taba con sus brazos y con tierna solicitud aseguraba mis pies sobre los escalones, para ponerme, chorreando y tiritando, entre las manos ansiosas de las mujeres, que me llevaron precipitadamente a la tienda, la asamblea prorrumpió de pronto en un canto de trueno, en un canto de alabanzas a la gloria de Dios que, en su gracia sin límites, había permitido aquella manifestación de su infinita bondad. El entusiasmo era tan sincero, que con mucho trabajo se pudo moderarle para permitir que los otros candidatos, aquellos adultos que me seguían sobre mis humildes y gloriosas huellas, realizaran un rito por el que, desde el momento que ya no me concernía, nadie, aquella noche, en la asamblea, se confesaba capaz de tomar el menor interés.

Todavía hoy me es imposible recordar sin emoción la felicidad de mi padre durante las semanas que siguieron. Su austeridad se fundió en un consentimiento que manifestaba hacia las cosas. Reía, me sonreía, concedía a mis opiniones la más seria consideración, y, lo que estaba fuera de todos sus hábitos, llegaba hasta hacerme tímidas y furtivas caricias. No podía yo insinuar ningún deseo sin que tratase él de satisfacerlo, y las únicas advertencias que me dirigía entonces, en afectuosas palabras, eran para ponerme en guardia contra el orgullo espiritual.

Y esto convenía ciertamente a mi estado. Reventaba de orgullo, convencido como estaba de mi propia santidad. Trataba a mi padre como a piadoso confidente, era condescendiente con Miss Marks, que había renunciado, supongo, a aclarar la situación, arrogante con los criados e insoportable con mis compañeros, por los aires protectores que tomaba con niños de mi edad en cuya vida empezaba a mezclarme.

Ciertamente, quisiera terminar este saliente episodio de mi vida con una nota solemne; pero ¡ay! el deber que tengo de ser fiel a la verdad me obliga a confesar que algunos muchachos que asistían a nuestras reuniones se quejaron por entonces a María Gracia de que yo les sacaba la lengua por burla, durante

el servicio, para recordarles que ahora rompía yo el pan de la comunión con los Santos, mientras que ellos no podían hacerlo.

CAPITULO IX

Mi admisión a la comunión de los «Santos» tuvo para mí el resultado de que, en cuanto pasaron los primeros dias de arrobamiento, me ví más atormentado que antes. Sin duda, gozaba, en ciertos conceptos, de una libertad mayor. Me era permitido obrar algo más bajo mi responsabilidad, y ya no se me informaba constantemente de lo que «la voluntad del Señor» podía querer en esto o en lo otro. Ahora se admitía que, para resolver semejantes problemas, tenía a mi disposición una inteligencia particular propia. Pero el rigor de nuestra vida no se relajó, y creo que entonces, al comparar nuestras costumbres con las de los demás, empecé a percibir cuánta era su severidad.

Lo que distinguía, sobre todo, mi situación actual de comulgante de la de un «simple habitante de las tiendas de justicia», es que todos esperaban verme responder con fervor inmediato a todo llamamiento de mi conciencia. Si me sustraía a este deber, mi situación se hacía peor que la de antes, a causa de la mayor responsabilidad que pesaba sobre mí. Los menores pecadillos revestían un carácter de espantosa importancia en cuanto que eran perpetrados por el sér en que me había convertido. Mi padre no se cansaba nunca de repetirme que, habiendo profesado el servicio de Cristo, debía en adelante proponerme, en todo lo que emprendiese, ser un ejemplo para los demás. Gustaba de presentar ante mi espíritu el espantoso cuadro de los niños imaginarios que me observaban secretamente desde lejos, y cuya carrera, para el tiempo y para la eternidad, podía ser influenciada de manera desastrosa si no tuviera yo «mi lámpara encendida».

El año que siguió a mi bautismo no empezó muy felizmen-

te para la comunidad. Habíanse producido considerables cambios. Los servicios impresionantes de mi padre, el prestigio de su predicación, la simple presencia, a la cabeza de nuestro reducido grupo, de una personalidad tan enérgica, había atraído oyentes cada vez más numerosos.

Por esta época, si mi memoria no confunde las fechas, abandonamos el horrible granero de encima de las cuadras. Habíamos hecho construir, en el centro del pueblo, una capilla muy sencilla, pero cómoda y bien acondicionada, lo que contribuyó en mucho a la prosperidad de nuestras reuniones. Todo se combinaba para asegurar a nuestros servicios cierta popularidad. Nos conquistamos un nuevo elemento: los jóvenes. Varios de ellos, albañiles y carpinteros, muchachas de tiendas y criadas, veían en nuestra sala un agradable lugar de reunión, y, por motivos más o menos superficiales, habían llegado a aceptar la salvación que les ofrecían los apremiantes llamamientos de mi padre. Pero éste era muy hábil para descubrir si iban a oírle por curiosidad o por desocupación, y expulsaba rudamente a los mozos que acudían sencillamente para cambiar miradas con las muchachas, y a las damiselas, cuyo único propósito era hacer que se admirasen las nuevas bridas de sus sombreros. Pero nada podía frente a una sinceridad momentánea, ante el simulacro de un real cambio de corazón. Muchas veces, cuando algún compañero que había asistido con fervor a nuestros servicios durante cierto tiempo, enfriado en su ardor, nos abandonaba, oí decir a mi padre: «¡Y yo que pensaba que el Espíritu Santo había hecho su obra en él!» Son éstas decepciones que oprimen profundamente el alma de un evangelista.

Las sociedades religiosas están sometidas a raras e inexplicables vicisitudes. Al tercer año de nuestra llegada, la congregación parecía hallarse en muy próspero estado, a juzgar por el número de los oyentes, la cifra de las conversiones y las otras manifestaciones externas de su actividad. Sin embargo, al poco tiempo empezó a verse mi padre acosado por inquietudes

sin número, y la primavera de 1860 fue uu momento crítico de nuestra historia. Aunque mi padre gustase hablar de los Santos en tono halagador, y hasta los envolviera a todos como en una nube de metáforas lisonjeras, la verdad es que no eran más que campesinos de un tipo algo primitivo, ignorantes de los preceptos de la moral e inclinados a las mismas debilidades que afligen a las gentes del campo en todos los países y bajo todas las latitudes. A pesar de constantes exhortaciones a obrar «comc hijos de la luz», y aunque la mayor parte pareciese animada dël sincero deseo de no faltar a su elevada vocación, no podía evitarse que se vieran asaltados por los pecados de que fueron víctimas sus antepasados durante numerosas generaciones.

La admisión a la comunión de tantos jóvenes del uno y del otro sexo produjo toda una serie de complicaciones enteramente desconocidas hasta entonces. Suscitábanse ahora dificultades sin fin, a propósito de «promesas de matrimonio», a propósito de hermanos jóvenes que «iban a pasearse» con hermanas más jóvenes todavía. Al recorrer las notas de mi padre, me sorprende la incesante repetición de casos en que un tál «corteja» a una cuál, con la melancólica mención de que él la ha «desertado». En el lenguaje severo de mi padre, «deserción» no quería decir otra cosa sino que los dos enamorados habían cambiado de idea, muy inocentemente. A veces, sin embargo, quería decir más y peor. Y era para mi padre un gran desconsuelo comprobar que próximamente los jóvenes, muchachos y muchachas, que manifestaban el más vivo interés en el estudio de la Sagrada Escritura, y que, en apariencia por lo menos, aceptaban el mensaje de la Salvación con más inteligencia, eran a menudo los que con menor éxito luchaban contra las tentaciones de la carne. Atribuía esto a la malignidad de Satanás que disparaba sus dardos más emponzoñados a las más hermosas ovejas del rebaño.

A estas tristezas venían a sumarse recriminaciones, acusaciones recíprocas de embriaguez a domicilio, toda suerte de

miserias y escándalos. Frecuentemente, ciertos miembros llegaban a cometer actos calificados de «apostasías». Forzoso era excluirles. Quizá ninguna de estas flaquezas, considerada aisladamente, era de una extrema gravedad. Pero cuando varias de ellas se manifestaban simultáneamente, preciso era, a lo que parece, deducir que la Iglesia no estaba sana. A mí me ocultaban los detalles de la mayor parte de estos escándalos. Pero «las colmenas tienen oídos», y yo era una maliciosa colmenita. Había cultivado el arte de parecer absorto en otra cosa: libro o flor, mientras que las personas mayores hablaban confidencialmente. Así que, aun cuando me hubiera gustado saber más todavía, me hallaba, por lo general, muy bien informado de las flaquezas de los santos, aunque muy a menudo ignorase la naturaleza real de las faltas cometidas.

A veces, los que habían incurrido en pecado se arrepentían, gracias a las apremiantes amonestaciones de mi padre. Les ocurrió, para expresar su arrepentimiento, usar de expresiones extrañamente simbólicas. Recuerdo a la señora Pewings, nuestra lavandera, que después de haber sido convicta de intemperancia y excluída de la comunión por cierto tiempo, reapareció con el rostro resplandeciente por efecto del jabón y de la santificación: «¡Oh! niño bendito, me dijo, estás estupefacto al ver aquí de nuevo a la vieja Pewings... Pero él ha rodado a lo lejos mi montaña.» Me quedé atónito. Ella quería decir sencillamente que el Señor le había quitado de los hombros la carga de sus pecados, que la había vuelto a poner en estado de gracia.

En vista de que estas caídas se multiplicaban de una manera alarmante, decidió mi padre, a principios del año 1860, la promulgación de un ayuno solemne. Un domingo, pronunció un sermón que me pareció terrorífico, conjurándonos a todos a hacer un severo examen de conciencia, y recordándonos la suerte espantosa de la iglesia de Laodicea. Porque, añadió, no basta haber confesado la fe de manera satisfactoria, ni siquiera haber sellado esta confesión con el bautismo; es preciso

también vivir de conformidad con el ideal que hemos profesado. Sin duda, siguió, la certeza de la salvación debe ser anterior a la santidad de la vida, pero también ambas son esenciales. Era una mañana de invierno fría y lluviosa, cuando pronunció esta arenga que asustó enormemente a la congregación. Cuando nuestros huesos se hubieron helado hasta la medula, cuando las cabezas se hubieron inclinado ante él, y los sollozos, apenas perceptibles, de las mujeres, le indicaron que la lección había surtido efecto, anunció que se reservaría un día de la semana siguiente para consagrarle a un ayuno de arrepentimiento. «Los que tengáis que proseguir vuestras ocupaciones diarias las proseguiréis; pero sostenidos solamente por el pan de aflicción y el agua de aflicción.»

La influencia que mi padre ejercía sobre aquellos dóciles campesinos era ciertamente notable, porque ninguno intentó el menor esfuerzo para resistir a la exhortación. Después del servicio de la mañana, acostumbraba a detenerse unos momentos en la sala para cambiar amablemente unos apretones de manos con los Santos. Pero esta vez, se alejó arrogantemente sin decir palabra, llevando mi mano apretada en la suya hasta que estuvimos en la calle.

No se como observaría el ayuno el resto de la congregación, pero fue para nosotros un día espantoso. Despertado en medio de la noche negra, tuve que seguir a mi padre a la sala en donde una reducida asamblea celebraba una reunión de rezos penitenciales. Volvimos a casa al amanecer; luego, a la hora acostumbrada, nos sentamos ante un almuerzo que, en aquella hora lúgubre, consistía para todos en rebanadas de pan seco y en un vaso de agua fresca. En toda la mañana no se me permitió ni pintar, ni escribir, ni encerrarme en mi «caja». En un estado de depresión que no se podría describir, permanecimos en el comedor, ocupados en leer libros de devoción y en gemir de vez en cuando un himno desolado. Llegó por fin la comida de las doce y, como en el desayuno, no tomamos más que rebanadas de pan seco y un vaso de agua.

El programa de la tarde debía ser el de la mañana, y mi padre le siguió. Pero Miss Marks, al ver mis mejillas lívidas y mis ojeras, pidió a mi padre que le permitiera un paseo conmigo. Se le concedió el permiso después de haberse comprometido a no darme de beber ni de comer. Durante el paseo, en vano repetí a Miss Marks que me sentía «vacío», lo que, en Devonshire significa que se tiene hambre, no se atrevió ella a faltar a su palabra. Nuestra última comida tuvo el mismo carácter que las precedentes. Después, a fin de terminar la comida, acudimos, bajo la húmeda bruma, a otra reunión de rezos, de la que volví en un estado próximo al desvanecimiento, para que me acostasen sin el menor alimento. No había una gran penalidad en todo esto, lo confieso, pero así fue. Mi padre cuidaba de que la consigna que había dado, respecto al pan y el agua de aflicción, se respetase en el seno de su propia familia y por nadie más inflexiblemente que por él mismo.

La actitud que tenía yo que observar respecto a las almas de los que encontraba cuando no estaba bajo las miradas de mi padre, era para mí un tormento de todos los instantes. En nuestra gente de menudos chismorreos, mi padre tenía facilidades extraordinarias para saber mi comportamiento fuera de casa. No me lo explicaba yo entonces, y el conocimiento que tenía de mis palabras y mis acciones me parecía cosa de brujería. Gustaba de insistir cerca de mí sobre la necesidad de «tributar homenaje a Jesús en sazón y fuera de sazón», y exaltaba mis sentimientos a tal punto, que, semejante a Santa Teresa, me hubiera precipitado al encuentro de los moros y del martirio. Pero en contacto después con los unos y con los otros, mi celo se enfriaba notablemente, y hasta no hubiera tributado el menor «testimonio», de no ser por la desdichada expresión: «fuera de sazón». A decir verdad, me parecía que no se necesitaba decir más, puesto que toda ocasión que no fuese «en sazón» era «fuera de sazón»; la alternativa no comportaba otros términos, y no había ninguna ocasión en que la caza de las almas estuviese vedada.

Mi padre era muy generoso. Acostumbraba a magnificar todo esfuerzo, por mínimo que fuese, que intentara yo, con voz balbuciente, para santificar una visita. Todos, hoy lo comprendo, acostumbraban a animarme con alguna amable invitación, a fin de poder ser agradables a mi padre, refiriéndole que yo había «testimoniado» en favor del Señor. Todo esto era artificial, y no tenía por causa sino la incapacidad constante de mi padre para comprender que lo mejor es el enemigo de lo bueno.

Porque no me apremiaba así por mal humor o enojos, sino por efecto de un cariño lleno de excesiva solicitud. Tenía prisa por verme ser una brillante lumbrera, todo lo que había deseado ser él mismo, y no quería hallar en mí ninguna de sus insuficiencias.

Por esta época trastornó mi alma con una frase que dejó escapar, sin que, en mi concepto, la concediese entonces una importancia particular. Estaba ocupado, como le sucedía frecuentemente, en pulimentar y avalorar mi fe, cuando llegó a hablar del día en que yo subiera al púlpito para pronunciar mi primer sermón. «¡Oh! Si pudiera estar yo allí invisible, si me fuese dado oír el mensaje del Evangelio proclamado por su boca, diría entonces: «mi pobre trabajo ha terminado. ¡Oh! Señor Jesús, recibe mi Espíritu.» No sabría decir la angustia que me produjo aquel ardiente deseo, el horror con el que anticipé la hora de aquel *nunc dimittis*. Tenía la impresión de ser un pajarillo solitario, prisionero sin esperanza, expuesto en una jaula brillante. La claridad de la imagen personal me afectaba más que todos los textos, que todos los rezos y que todas las predicciones. Veíame para siempre cautivo del sistema religioso que se había apoderado de mí y que arrebataba mi espíritu sin fuerzas en su torbellino, así como en los círculos concéntricos de mi visión nocturna. No luchaba. Estimaba que aquello era inevitable, y que no había otro medio de hacer la paz con aquella divinidad terrible y siempre vigilante, con «el Dios, que es un Dios celoso». Pero consideraba mi

destino sin entusiasmo y alegría, y el temor del Señor absorbía y destruía toda noción de su amor.

Sería, sin embargo, injusto conmigo mismo si presentase la actitud que tenía entonces respecto de la fe como desprovista de candor. Muy seriamente deseaba yo seguir las huellas de mi padre. Mi pasión de la imitación, respecto a la cual ya he dicho mi pensamiento, estaba precisamente entonces en pleno desarrollo, y, por ella, me veía conducido a reproducir el lenguaje de mis libros piadosos en devotas fórmulas, que edificaban grandemente a mis compañeros adultos, y que además, por lo que hoy puedo juzgar, eran perfectamente sinceras. Experimentaba el más vivo deseo de ser bueno, de ser santo, y no concebía la menor duda sobre la absoluta infalibilidad de mi padre como guía en el terreno de las cosas del cielo. Pero estoy perfectamente seguro de que no hubo jamás un momento en que mi corazón respondiese con toda sinceridad y con un favor innato a las palabras que brotaban de mis labios en oleadas de unción. No puedo recordar sino una renuncia de mi inteligencia, sin ninguna alegría nunca en mi acto de resignación. No conocí jamás el arrobamiento del místico sintiendo su fantasma de ser, su alma penetrada, atravesada de parte a parte, y engalanada con una gloria nueva que conserva todo lo que pertenece a su personalidad, a su individualidad.

A pesar de todo, mi sér se adhería a un núcleo muy fuerte de individualidad, sepultado en lo más profundo de mi naturaleza de niño. A la presión de afuera abandonaba todo lo demás: mis pensamientos, mis palabras, mis esperanzas, mis certidumbres; pero había algo a lo que no renunciaba nunca: a mi yo, original y permanente. Sumiso como era, prestándome a todo con docilidad, conservaba siempre, sin embargo, la noción de esa facultad interior que había aprendido a discernir en mis días de estancia en Islington, de la existencia, en lo más profundo de mí mismo, de dos seres que podían conversar entre sí, en un inviolable secreto.

«Un hombre, con sus luces naturales, puede discurrir sobre

estas cosas, y muy seriamente; puede concederlas una especie de creencia natural como a una historia cuya autenticidad es posible; pero en cuanto a creer firmemente que hay en estas cosas una verdad divina, y estar más persuadido de esto que de lo que vemos con nuestros ojos, es una convicción que resulta ser la obra particular del Espíritu de Dios, y que es ciertamente también la fe que salva.» No hay que buscar estas líneas en las obras de algún extravagante hermano de Plymouth, sino en uno de los más sólidos clásicos de la Iglesia, en el *Comentario sobre la primera epístola de Pedro*, por el arzobispo de Leighton. Si reproduzco aquí este pasaje, es porque precisa, más exactamente de lo que pudieran hacer mis palabras, la diferencia que existía entre mi padre y yo, y que, en el secreto de nuestra vida, debía acentuarse cada vez más. Ciertamente, él poseía la fe que salva, la que levanta las montañas de la evidencia, la que ni el fracaso ni las decepciones hubieran podido disminuir en nada. En cuanto a mí, como empezaba a sentirlo entonces obscuramente, y como lo veo claramente hoy, me había sencillamente acostumbrado a otorgar lo que el arzobispo llama «una especie de creencia natural» a la doctrina, cuyo sello se persistía en querer imponer a mi conciencia. Era fatal que ese sello se fundiese en el rocío de la vida para ser absorbido por el sol del pensamiento y de la experiencia.

Mi padre, por un acto de complacencia, del que no puedo explicarme enteramente el capricho, dejó en aquel momento penetrar en mi imaginación una oleada de luz, ciertamente hostil a mi vocación celeste. Ya he dicho el interés que, instintivamente, tenía por la geografía. Era la única ciencia en la que no tenía necesidad de que me instruyesen. Los conocimientos geográficos parecían penetrar sin esfuerzo mis células cerebrales. A la edad de once años, sabía mucho más que la mayoría de los adultos, sobre los mapas y sobre las relaciones recíprocas de las localidades de todo el globo. Y esto lo había adquirido casi mecánicamente. Estaba a la sazón acaparado por la geo-

grafía de las Antillas, y había trazado los mapas de sus diversas partes. Había algo que atraía poderosamente mi imaginación en la gran cadena de las Antillas, puesta sobre el mar como un brazalete abierto, de gruesas y menudas pedrerías sujetas por un hilo invisible. Me complacía cerrar los ojos y contemplarlas en una visión panorámica, extendidas del Cabo San Antonio a la Boca de la Serpiente. Varias de aquéllas islas encantadoras, esmeraldas y amatistas puestas sobre la superficie del mar Caribe, las había recorrido mi padre en su juventud. Así es que le importunaba con mis preguntas. Un día, como multiplicase yo mis interrogaciones, se levantó con su impetuosidad habitual, y, trepando hasta el último estante de la biblioteca, bajó un grueso volumen, que me alargó al mismo tiempo que decía:

—Ahí encontrarás todo lo concerniente a las Antillas.

Y me dejó en posesión de *Tom Cringle's Log*.

El embargo puesto sobre toda especie de ficción por los poderosos escrúpulos de mi madre no se había levantado, a pesar de que ya hacía cuatro años de su muerte. Como lo he dicho en un capítulo anterior, era aquél un punto sobre el que no creo que mi padre hubiera estado nunca de acuerdo con ella. Había cedido, sin embargo, y ninguna novela, ninguna historia ficticia se había encontrado nunca en mi camino. Es raro que entre nuestros libros, cuyo número era de varios cientos, no hubiera yo descubierto nunca ninguna obra de ficción hasta el día en que mi padre mismo me reveló la existencia de la tumultuosa obra maestra de Miguel Scott. Estaba yo tan ignorante de lo que era la invención literaria, que empecé la lectura de aquel relato, sin sospechar que no fuese verídico, y creo que fue mi padre quien, para contestar a una de mis preguntas, me explicó que todo aquello era inventado. Me invitó a leer las descripciones del mar y de las montañas de Jamaica, cuidando dé «saltar» las páginas que refiriesen aventuras y conversaciones imaginarias. Pero no seguí tal consejo. Aquellas aventuras y conversaciones eran para mí el encanto de la obra.

Nunca había leído nada semejante, nunca había soñado algo parecido. Mi horizonte se veía iluminado de gloria y de alegría.

Supongo que cuando mi padre era más joven y menos pietista, habría leído con gusto *Ton Cringle's Log*, porque la obra le recordaba escenas familiares. Además, y he aquí lo que nos acerca a la solución del enigma, la portada de aquella edición era un delicado grabado en madera, que representaba Blewfields, la espaciosa casa que se elevaba solitaria en medio de un jardín lleno de pimientos, y en el que mi padre trabajó, durante diez y ocho meses, en calidad de naturalista. No podía mirar aquel grabado sin acordarse de los recuerdos exquisitos y de las dulces brisas de aquel paraíso terrestre. Sin embargo, la sugestiva novela de aventura amorosa escrita por Miguel Scott, era un libro que parecía raro ver en manos de un niño al que nunca se le había permitido dar un vistazo a las historietas más plácidas y anodinas.

Era como si se hubiese dado un vaso de aguardiente puro a quien no hubiera conocido nunca sino la dieta láctea. No he vuelto a leer *Tom Cringle's Log*, y creo que no rompería gustoso hoy el canto del recuerdo cuyo elemento principal es quizá la ilusión. Pero me acuerdo del relato en su casi totalidad, y recuerdo muy bien el lenguaje de los personajes. Por esto, si estoy seguro de que la obra es atractiva, estoy igualmente cierto de que los personajes que bullen allí se hallan lejos de aparecer sin tachas a los ojos del mundo. Las escenas nocturnas de las calles de Spanisch Towen se salían no solamente del círculo de mi experiencia, sino también, gracias a Dios, del de mi imaginacion. Las gentes de mar usaban, para conversar entre sí, lo que se puede llamar «un lenguaje particular», y, a través de toda la obra, de la primera a la última página, corría, si mis recuerdos son exactos, una llama, una pasión de vida que era decididamente pagana.

Había, en *Tom Cringle's Log* ciertas escenas, ciertas imágenes, que no solamente hicieron una impresión duradera en mi espíritu, sino que matizaron también mi visión de la vida.

Las largas aventuras, los combates y las evasiones, las repentinas tempestades de fuera, las sublevaciones de dentro, todo esto que se alzaba con poderoso relieve, y ciertamente con gran talento, sobre el azul radiante del Océano sin límites de los trópicos, hacía lucir, en el secreto de mis pensamientos, como una esperanza vacilante, muy vagamente percibida al principio, que se desarrolló en seguida lentamente, permaneciendo mucho tiempo débil y estacionaria, pero llevándome siempre a creer que me sustraería al fin a la estrechez de la vida que llevábamos en casa, y que me libraría de aquella sujeción a la ley y a los Profetas.

No es preciso que defina con demasiada claridad los movimientos ciegos del espíritu de un niño, ni que trate de darlos demasiada importancia. Pero estoy seguro de que el haber leído y releído *Tom Cringle's Log* ha contribuído, más que todo el resto, a afianzar mi personalidad, en gran peligro, hoy lo comprendo, de sucumbir bajo la presión que mi padre la imprimía por todas partes. Como *Fátima*, mi alma estaba encerrada en el interior de una torre en la que ninguna influencia de fuera podía penetrar, y la pobre cautiva estaba muy en peligro de morir de privaciones o, por lo menos, de perder toda posibilidad de restablecerse y reaccionar, si el mismo que me había hecho prisionero, por un capricho que todavía no puedo explicarme enteramente, no hubiera benévolamente practicado una ventana en la pared de mi cárcel, y no hubiese puesto en ella un poderoso catalejo. Esta ventana y este catalejo fueron las aventuras tropicales referidas en la picaresca novela de Miguel Scott.

En la primavera de aquel año empecé a pasearme solo por el pueblo, y hasta por el campo a largas distancias. Después de haber leído *Ton Cringle's Log*, me acosaba la esperanza de encontrar alguna aventura. No es que corriese tras las proezas de otra manera que en imaginación. Yo era muy tímido ante personajes reales, y hubiera interrumpido el hermoso sueño de cualquiera hazaña de alta mar para ocultarme apresurada-

mente detras de un seto al paso de dos labradores. Algunas veces, sin embargo, la onda de algún gran proyecto me empujaba adelante, como me ocurrió, cuando, en una época ciertamente anterior a la que hemos llegado, habiendo oído hablar mucho de los peligros de una sequía persistente, llevé mi regaderita encarnada llena de agua hasta el final del pueblo, y, bajando todo a lo largo de Petit Tor Lane, fuí a derramar el cantarito en medio de un campo de trigo con la esperanza de mejorar las perspectivas de la cosecha futura. Pero tengo que contar ahora una excursión más memorable, a causa de la imborrable impresión con que señaló mi ser moral.

Ya he descrito la linda aldea retirada de Barton, a donde María Gracia Bermington me llevaba tan a menudo con ella en sus visitas. Allí vivía un matrimonio que ofrecía a mis ojos un interés particular, a causa de que aquellas buenas gentes, cuando vinieron a asistir a un bautismo por simple curiosidad, quedaron en el acto profundamente convencidas del peligro espiritual que los amenazaba. El marido, un cantero irlandés, se llamaba John Brooks, y su mujer Ana. Ahora bien; hasta entonces, aquellos dos personajes, no contentos con ser de los no convertidos, habían tratado a los hermanos con un enojo y un desprecio manifiesto. Habían ido a mi bautismo, con la intención evidente de tomarlo a chacota, y se habían ido vivamente impresionados.

Al día siguiente por la mañana, la mujer de Brooks, ella misma nos lo contó, estaba ante el fregadero, cuando el infierno se abrió a sus pies. Salió el diablo, teniendo en la mano una larga tira de papel que contenía la lista de los pecados de la pobre mujer. El choque que experimentó fue tan violento, que la emoción determinó un aborto del que estuvo seriamente enferma. Al mismo tiempo, su marido, al que mi bautismo había igualmente impresionado mucho, se convertía también. En cuanto se restableció su mujer, se bautizaron los dos, y ambos «rompieron el pan» con nosotros. Hablose mucho del caso de los Brooks, y se pretendió que indirectamente ha-

bía sido yo el agente de aquella doble conversión. Y, en efecto, si yo hubiera sido en aquella ocasión objeto de la curiosidad pública, hubiera podido suceder que los Brooks continuasen en los lazos de la iniquidad. No se necesitaba más para que me interesaran muy particularmente, y como, al mismo tiempo, había oído decir que eran sumamente pobres, sentí el ferviente deseo de proveer a sus necesidades.

Poco antes, había recibido algún dinero; mendigué todavía algunas pequeñas cantidades aquí y allí hasta que hube recogido la considerable suma de siete chelines y seis peniques. Con todas estas monedas, cuidadosamente guardadas en un saquito de tela, me puse en camino, un domingo por la tarde, sin decir una palabra a nadie, y llegué a la casita de los Brooks en Barton. John era un hombrón sucio, señalado por las viruelas y zanquilargo, llevaba patillas según el gusto de la época. Cuando llegué, el marido y la mujer estaban en casa, sin hacer absolutamente nada, como lo requiere la sana tradición dominical. Me recibieron con sorpresa, pero rápidamente expliqué mi misión y saqué mi bolsita. Con profundo disgusto mío, todo lo que John dijo fue: «Ya sabía que el Señor proveería», y, vaciando el contenido de mi saquito en la palma de su manaza, se lo metió en el bolsillo del pantalón dándose un golpecito encima. Ni una palabra de gracias. Me contrarió mucho.

Creo que en todo el transcurso de una larga existencia, no he experimentado nunca decepción más amarga. La mujer, que era de más instinto y de sensibilidad más viva, advirtió, sin duda, mi turbación, pero lo que se le ocurrió para confortarme fue todavía más mortificante para mi amor propio: «Poco importa, hijo mío, me dijo; volverás y me verás dar de comer a los cerdos.» Toda paciencia tiene límites, y, con el sentimiento de haber sido cruelmente desgarrado por el diente de la ingratitud, huí de la casa de Brooks para no volver más.

A la hora del te, aquella tarde, me mostré muy abatido, y apremiado por el interrogatorio de Miss Marks, se me escapó toda mi historia. Mi padre, que, como le ocurría a menudo,

estaba lejos de nosotros por sus meditaciones, percibió una palabra que le interesó, y volvió al conocimiento de lo que pasaba en torno suyo. Tuve que repetir mi relato, muy tristemente esta vez, porque tenía miedo de sufrir un regaño. Por el contrario, mi padre y Miss Marks se mostraron muy benévolos y simpáticos, lo que me fue de un gran alivio. «No hay que olvidar que son hijos del Señor»—dijo mi padre.—«El Señor mismo no puede hacer de una oreja de cerdo una bolsa de seda.» —añadió Miss Marks, que estaba muy irritada.—«Vaya, vaya»—contestó mi padre, agitando la mano con gesto suplicante.—«¡Pobre niño!»—exclamó Miss Marks, llena de indignación, mientras que me acariciaba una mano.—«El Señor recompensará el celo que, en tu amor, sientes por los pobres, aunque no tengan la gracia y la inteligencia suficientes para expresarte su agradecimiento»—dijo mi padre, posando en mí sus ojos oscuros, llenos de ternura.—«¡Brutos!»—exclamó Miss Marks, cuyo pensamiento evocaba a Jhon y Ana Brooks.— «¡Oh! No, no—corrigió mi padre.—Son unas pobres gentes. Estamos en el deber de soportar su limitada inteligencia.»— Todo esto era un emoliente para mis heridas, y quedé consolado. Pero la fuente de la benevolencia se había secado en mí, y nunca me he repuesto del efecto que me causó la grosera mirada de John y su «Ya sabía que el Señor proveería». La planta naciente de la filantropía se quemó entonces en mi corazón como por cal viva.

Durante el verano, un profesor joven se presentó en casa para anunciar a mi padre que acababa de abrir una escuela para los hijos de los señores de aquel país. Rogó a mi padre que le honrara con su visita. Mi padre atendió la invitación. El profesor habitaba una de las blancas casitas escondidas entre laureles, que animaban discretamente los alrededores de nuestro pueblo. El señor M. era franco, modesto, muy cortés con las opiniones de mi padre, y capaz, sin embargo, de defender las suyas. Su casa y él producían una excelente impresión. En el mes de Agosto pasé a ser uno de los alumnos de la escue-

la. La enseñanza se daba con toda sencillez. Las clases estaban en el piso bajo de la casa, en las dos principales habitaciones, y no recuerdo que el señor M. tuviera nunca necesidad de recurrir a un pasante.

Había en las clases como unos veinte niños, como máximo, y a menudo menos. Cuatro veces al día recorría el camino que separaba nuestra casa de la escuela. Cuando iba a buen paso, tardaba unos cinco minutos, pero este tiempo podía llegar a una hora entera, según el número de objetos interesantes que encontraba en mi camino. Con buen tiempo, la carrera era verdaderamente deliciosa, y, por limitada que fuese, era posible variarla casi indefinidamente. Me ocurría a veces encontrar a un condiscípulo que llevaba la misma dirección, y mi padre, al observarnos una mañana por encima de la tapia, experimentó cierta diversión al ver que yo iba andando de medio lado, por la acera, con la cabeza vuelta y los brazos caídos, sin dejar de hablar en voz alta, caso de pura herencia, porque de la misma manera tenía la costumbre de ir mi padre a la escuela, cuarenta años antes, por las calles de Paole.

Un día que afortunadamente iba yo solo, me abordó un señor de edad, vestido como un pastor disidente. Gustó de mi charla, y tomó la costumbre de dar su paseíto higiénico a la hora probable de mi aparición en la carretera. Nos hicimos muy amigos, y un día me llevó a su casa, modestísima morada en la que, con gran asombro, vi en las paredes del comedor dos cuadros que representaban el uno a un hombre, el otro a una mujer, con extravagantes vestiduras. Mi amigo me explicó que el primero de aquellos lienzos era su retrato tal como «hace mucho tiempo, mucho tiempo antes de su conversión, había aparecido en la escena».

Yo era lo bastante ignorante para no tener la menor idea de lo que aquello podía significar. Entonces me explicó que había sido actor y también poeta antes de que el Señor le hubiese abierto los ojos a cosas mejores. Yo ignoraba todo lo de actores; pero tenía ya veneración por los poetas. Mi amigo era

el primer poeta que hubiese visto. Era nada menos que James Sheridan Koronoles, el famoso autor de *Virginius* y de *Hunchback*, convertido en pastor bautista en sus ancianos días. Cuando mencioné en casa el conocimiento que había hecho, la cosa no despertó ningún interés. Creo que mi padre no había oído hablar nunca de Sheridan o no había prestado la menor atención al nombre del que fue el primero de los autores dramáticos de su tiempo.

A Sheridan oí por primera vez pronunciar el nombre de Shakespeare. Me imagino que le sorprendió hallarme tan curiosamente instruído en ciertas ramas de conocimientos humanos y tan profundamente ignorante en otras. Apenas podía creer que los nombres de Hamlet, de Falstaff y de Próspero no tuvieran ningún sentido por un muchachito tan versado en Teología y Geografía. Sheridan me sugirió la idea de pedir a mi maestro de escuela que nos leyera en clase algunas de las obras de Shakespeare. Proponía *El mercader de Venecia* por ser de circunstancias. Comuniqué el consejo de mi muy anciano amigo (que debía de ser casi octogenario) al señor M., que acogió solícitamente la proposición. Todos los recuerdos que he conservado de mi primer maestro me lo presentan inteligente, amable y de viveza de espíritu, aunque no creo que estuviese muy sólidamente preparado para su profesión.

En consecuencia se anunció que la lectura de Shakespeare constituiría una de nuestras lecciones, y a la tarde siguiente, empezamos a leer *El mercader de Venecia*. Era un tomo grueso que se pasaba de mano en mano alrededor de la clase. A mí me correspondió el papel de Bassanio, e hice saber a todos con voz de éxtasis que hay

> en Belmonte una dama de rico patrimonio,
> Y ella es bella, y más bella que esta palabra.

También el Sr. M. debía de haber tenido que ver algo con el teatro. Experimentaba un placer evidente en la lectura de Shakespeare, y nada de todo lo que me enseñó me hizo tanta

impresión como sus observaciones respecto a la entonación particular que exige la lectura en alta voz. Yo estaba en el séptimo cielo; pero ¡ay! no habíamos llegado aún al segundo acto de la obra cuando nuestra lectura se interrumpió súbitamente. Nunca he sabido la causa; pero presumo que fue por deseo de mi padre. Se jactaba de no haber leído nunca una página de Shakespeare y de no haber ido más que una vez al teatro. Supongo que por haber hablado yo en casa de nuestras lecturas, mi padre invitó al maestro a volver al programa ordinario de su enseñanza.

Por cuanto yo era un «creyente», como teníamos la costumbre de llamar a todo iniciado en los arcanos de nuestra religión, y por lo tanto, en todo trato con los «no creyentes», mi deber era «tributar testimonio al Señor en toda ocasión», me fue imposible entablar amistades íntimas en aquella primera escuela. Retrocedía ante el acto penoso y molesto de detener a un condiscípulo al salir de clase, y hacerle de manera apremiante esta pregunta probablemente inintelegible para él: «¿Has encontrado a Jesús?» Era más sencillo esquivar el encuentro y deslizarme como un lagarto a través de los macizos de laurel para salir a la soledad.

Mis compañeros tenían la costumbre, cuando terminaba la escuela, de ponerse a jugar en la carretera, correteando y persiguiéndose. A mí me agradaba tomar parte en aquellos juegos. Pero mi compañía, si no era evitada, no era nada solicitada. Supongo que mis compañeros habían tenido noticias de mi curiosa historia, y que, cuando me evitaban, lo hacían no por intención de serme desagradables, sino por el instinto que les llevaba a ver en mí como un animal de especie diferente, extraño al rebaño. Los muchachos obedecen en todas partes a las mismas convenciones; el color de sus tradiciones es uniforme. Al mismo tiempo, si yo no hacía amigos, no me creaba enemigos. En clase, excepto por mi extraordinaria aptitud para la geografía—aptitud considerada como incomprensible y un poco rara,—era más bien de los últimos. Así no desper-

taba celos, y, por entero entregado a mis sueños, es probable que mi presencia oscura escapaba a la atención de mis condiscípulos.

A uno de los lados del camino, entre la escuela y la casa, había una charca, adonde los caballos iban a beber. Un seto la rodeaba por tres lados, mientras que unos copudos olmos se inclinaban hacia la superficie, y con su fronda, impedían que el cielo se reflejase allí. El lado que daba al camino era mi sitio preferido. Encontrábase allí un barro que tomaba todas las formas y las conservaba bastante bien. Allí creaba yo mis imperios marítimos; islas, una costa con puertos, faros, fortificaciones. Mi facultad de imitación geográfica tomaba allí todo su vuelo. A veces, mientras que yo estaba en mis recreos, se acercaba un carro a la charca, y un caballo se ponía a beber en lo más profundo de mi Océano, hollando con sus cascos mis archipiélagos, y dislocando mis puertos como un tifón. Pero, en cuanto se marchaba el carro, me volvía a poner al trabajo, y rehacía mi línea costera y mis puertos.

Me placía este juego infinitamente, y, con arreglo a mi imaginación, no me hallaba a la orilla de una charca fangosa, sino ante una costa espléndida con golfos semejantes al de Tor Bay. Así que no recuerdo haber sufrido nunca mayor humillación que cuando el viejo San Lamble, el herrero, uno de los «Santos», a quien preguntara mi padre si me había visto, contestó: «Sí lo he visto, hace un momento, haciendo moldes de barro en la carretera.» ¡Qué postura para el que había sido admitido a la comunión «en calidad de adulto»! ¡Qué mancha en el escudo del que hubiera querido ser un Cristóbal Colón!

Sin embargo, alguien hubo que apreciara mi labor. Una tarde en la que estaba engolfado en mis trabajos geográficos, se presentó una señora de edad madura, de hermoso rostro, con dulces mejillas sonrosadas y ojos de color de avellana que lucían brillantes. Me preguntó si me llamaba como efectivamente era. Yo la había visto antes. Era forastera en nuestra región, y su acento no tenía nada del peculiar de los habitan-

tes del Devonshire. Sabía vagamente que asistía algunas veces a nuestras reuniones, que habitaba en Upton, en casa de unos amigos nuestros que recibían huéspedes, en una casa antigua de la que se hubiera dicho que era una cesta de rosas.

Se llamaba Miss Brightwen, y aquella era la primera vez que me hablaba.

Sin sonreirse, miró con marcado interés mis puertos y mis islas. Me hizo, a propósito de mis penínsulas, preguntas inteligentes y pertinentes. Concluí por dejarme persuadir de que dejase mi obra, y me fuera con ella hacia el pueblo. Me agradaban su voz, su distinción; su traje, más elegante que los que veía de ordinario; sus maneras, más sueltas que las que observaba en otras. Hablamos muy agradablemente, y cuando nos separamos, tuve el gusto de comprobar que nuestra conversación me había sido tan grata como para ella instructiva. Le aseguré que tendría el mayor placer en decirla más en otra ocasión. Me dió las gracias con mucha gravedad, pero luego se echó a reír. Nos separamos haciendo protestas de estimación recíproca, y yo estaba lejos de suponer que aquella simpática dama cuákera había de tomar el puesto de mi madre.

EDMUNDO GOSSE

(Continuará.)

LA PINTURA FLAMENCA EN ESPAÑA

El rey Juan II de Castilla.

El gobierno de este monarca, que duró cerca de cincuenta años (1406 a 1454), si en cuanto a la política fue época de turbulencias, en lo que se refiere a la cultura dejó mejor recuerdo en los anales españoles. Este rey, abúlico y ligero, que dejó los negocios en manos del prudente Alvaro de Luna, aparece rodeado de una corte de esclarecidos castellanos. La frase de uno de los primeros, el marqués de Santillana (divisa, por decirlo así, de la historia de la cultura española), de que nunca la ciencia había embotado su lanza ni hecho dormir la daga en su mano de caballero, procede de tales días. También en los anales de las artes plásticas encontramos el nombre de Juan II.

Las relaciones, luego tan importantes, del arte español con el italiano y flamenco, se remontan a su época; lo que nos refiere la Historia, por fragmentario que sea, produce la impresión de un preludio.

Tuvo la honra de ser llamado en vida del fundador de la vieja escuela flamenca; pudo saludar a Jan van Eyck en el Alcázar de Segovia, y a este encuentro debemos quizá una de las mejores obras del artista. En esta corte movíase muy considerado, hecho caballero por el rey, el pintor florentino de frescos y miniaturas, Dello. Y él inauguró la introducción de es-

culturas lombardas, con el retablo gigantesco en mármol, de la Cartuja del Paular, lugar oculto y retirado del valle del Lozoya, circundado por la Sierra, el Escorial del siglo xv. Su edificación fue legado de sus antecesores. Enrique II de Trastamara la mandó edificar, para expiación de sus pecados, en el lugar que ocupaba un palacio de caza; su padre, Juan I, puso la primera piedra de la iglesia; pero quien la concluyó de edificar fue Abderramán de Segovia (1433-41), en tiempo de su hijo, en estilo cristiano-morisco. El altar fue encargado a Génova; mide 11 metros de altura por 9 ½ de ancho, y contiene, en cinco departamentos, diez y seis relieves en cuatro series, representando la historia de Cristo, juntamente con numerosas estatuítas en el centro, una gran estatua de la Virgen, rodeada de ángeles músicos, todo en estilo lombardo del principio del siglo xv. La conducción por mar, que costó 8.000 ducados, fue el transporte más largo de una obra de mármol de Carrara, de que habla la Historia, como símbolo de un homenaje de España al arte escultórico italiano.

Otro capítulo de la aún no escrita historia del arte español debería versar sobre sus relaciones con el arte flamenco.

La contribución aportada por los tallistas flamencos al decorado de las iglesias españolas en obras de altares, coros y utensilios eclesiásticos, suministra, para la historia antigua de su propia escuela, un material más abundante que las ruínas salvadas en su tierra materna de las tormentas de las guerras de religión. También en la introducción del Renacimiento las corresponde un papel de mediadores. Su difusión por la Península se efectuó en varias formas: por encargo e importación de las obras y por inmigración de los artistas, transitoria o definitiva, los encontramos al servicio de los príncipes y de los cabildos, como artistas viajeros libres, y por llamamiento expreso y formal.

Todo el que lea esto recordará el histórico odio nacional en aquella guerra nacional de un encarnizamiento sin ejemplo, pues se relaciona con la oposición de carácter, temperamento

y costumbres. Durante esta guerra no cesa un momento la demanda de obras flamencas. Lo que empieza en tiempo de Jan van Eyck, se acrecienta en tiempo del italianismo, y adquiere nueva vida en el siglo de Velázquez y Murillo. El más grande pintor de retratos de Holanda, en el siglo XVI, fue el atareado favorito de Felipe II, y aun el sol poniente de Rubens envió algunos rayos a la corte de su nieto.

¿Se trataba sólo de causas exteriores, como el azar de los negocios políticos, la ocasión del mercado, el afán de viajar y la industria de los flamencos? ¿O acaso existía un mutuo atractivo oculto, basado, tal vez, en la oposición de caracteres? La aplicación y delicadeza de los holandeses, su inclinación a representar los goces de la vida, parecen más bien cualidades opuestas al carácter español. Pero existía, no obstante, cierta afinidad: el detalle realista, la necesidad de ennoblecer la naturaleza vulgar, diríamos nosotros, la necesidad de la verdad, el odio a lo afectado, el sentido del color y del claroscuro. Así se explican fenómenos de recíproca influencia que a la observación investigadora parecen enigmáticos.

Estas relaciones entre España y los Países Bajos se remontan a una época más antigua de lo que se ha creído hasta ahora. La fama del arte flamenco, así como de sus tejidos costosos, así como del valor de sus tapices y bordados, vidriería y orfebrería, se había divulgado desde el siglo XIV por toda la Península pirenaica. Pero también la reforma de la pintura por los hermanos van Eyck, que señala una época en la historia del arte, fue casi conocida desde el primer momento, y contemporánea con la terminación del altar de Gante, prendió la chispa en aquel mundo artístico. El viaje de Jan a Portugal con el borgoñón Sieur de Roubaix, aparece frente a la difusión anterior de la pintura flamenca también en aquel país como un modelo valiosísimo. Pero, precisamente en este mismo tiempo, según datos recientes de maestros españoles de la corte de Alfonso V de Aragón, fueron enviados a Flandes, para asuntos artísticos, el tapicero Guillaume d'Oxelles, en 1430, y el pin-

tor real Luis Dalmau, en 1431; aquél para el establecimiento de la industria de tapices por el reino, y éste para la instauración de modelos, quizá también para aprender la nueva técnica de pintura, como nueve años más tarde el hijo de Alfonso, Fernando, envió a Nápoles a aquel Giovanni di Giusto: *por aprendre de pinctar*.

El 6 de Setiembre de 1431 volvió el tapicero a Barcelona; el 21 volvió a partir Dalmau, con cien florines de oro como bolsa de viaje, que se le pagaron en Valencia, embarcando en el puerto del Grao. Mientras el Duque Felipo se esforzaba, sin éxito, por conseguir la mano de una de las dos infantas, la portuguesa y la aragonesa, se establecía esta notable alianza en un terreno ideal. Se ha congeturado, con bastante atrevimiento, aunque no sin motivo, que Jan hizo un viaje secreto a España (26 Agosto 1426), pues precisamente por entonces pretendía el Duque a Isabel de Aragón (1427).

Este viaje sería la clave de la explicación histórica del altar flamenco catalán de Dalmau en Barcelona. Pero también hay indicios de una obra de distinta importancia, que en el mismo tiempo fue, si no pintada, planeada y pensada en el corazón de Castilla. También en ella, si bien de otro modo, se confunden el estilo español y el septentrional.

«Las fuentes de la vida.»

Un cuadro, el más importante y el más oscuro de todos, nos traslada a los principios de la invasión artística flamenca. En un convento de la antigua ciudad de Segovia encontramos, a mediados del siglo XV, una tabla que recuerda de modo tan sorprendente la antigua escuela de Gante, que ha sido tenido por muchos como un original de van Eyck. Se titula «Las fuentes de la vida», o también, aunque con menos propiedad, «Triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga», y fue trasladado, en 1836, desde el convento Parral al Museo Nacional de la

Santísima Trinidad de Madrid, cuyas mejores obras fueron luego incorporadas al Museo del Prado.

Las circunstancias y la forma de su nacimiento son hasta hoy desconocidas; sobre el artista no se sabe nada, y, según el asunto, es un *unicum;* sin embargo, por este lado el problema se resolvería antes. Poseemos nada menos que tres dibujos auténticos del asunto, clave del sentido simbólico, el cual, por lo demás, también puede ser averiguado por el mismo cuadro.

Un ángel que se ve en la ventana de una de las torrecillas sostiene una banda, con el letrero: *Fons ortorum puteus aquarum viventium Cant. Cant.* Es la fuente de la vida celestial del cantar, cuyo manantial surge a los pies del trono.

Este verso nos da el concepto general del asunto: la concreta representación artística del símbolo está tomada, evidentemente, de otro lugar: de la descripción de la Jerusalem celestial en el capítulo XXII de la revelación tomada del capítulo XLVII del profeta Ezequiel:

«Y mostróme un bullicioso manantial de aguas vivas, claras como el cristal que salía de debajo del trono del Señor y del Cordero.» El artista construyó, tanto la fuente de la vida como la ciudad celestial, en la arquitectura de su tiempo.

Un detalle litúrgico del cuadro nos ofrece una más segura indicacion del sentido místico de estas aguas de vida. La salud de la Iglesia en la doctrina y en las obras, la vida divina de la religión culmina en el Sacramento. En aquellas aguas del manantial apocalíptico sobrenadan hostias doradas; aquí lo divino toma la apariencia de lo sacramental. El asunto parece, por consiguiente, una apoteosis simbólica de la Eucaristía.

Pero existe aún un tercer texto que explica el asunto: en el libro del convento donde aparece protocolado el presente regio del cuadro, está catalogado como

la Ystoria de la dedicación de la Yglesia.

Esta indicación extraña, ¿qué vemos en el cuadro que nos indique una consagración de la Iglesia? ¿Fue esto ocurrencia

de un monje ignorante, o debe considerarse como un cuadro histórico pintado con motivo de la consagración? Porque el nicho para colocarle fue planeado por el arquitecto, y aún se ve hoy en la pared de la sacristía.

Sin embargo, nuestra escena bien pudiera interpretarse como el símbolo de una consagración del templo. Pues la solemnidad de la primera misa con la que se consumara tal consagración, esa entrada de la presencia divina en el Sacramento, convertida en la fuente simbólica, podía concebirse como inauguración de la corriente celestial cuyo sentido explicaría el Pontífice sentado a la derecha del pilón.

Y realmente, aquella importante congregación de dignatarios eclesiásticos y seglares, parece estar trasladada de la ceremonia sobredicha. En estas consagraciones el clero se solía reunir en gran número, por lo que eran equiparadas a menudo con los concilios y sínodos, y no faltaban los sermones.

*
* *

Para comprender el cuadro históricamente debe observarse que en él se mezclan acentuados rasgos de procedencia flamenca y española. Es una idea específicamente española, cultivada en suelo español; pero el estilo y la técnica son innegable y netamente flamencos, de van Eyck. Ya la indicación del libro conventual lo designa como un retablo lujoso del pincel flamenco, *un Retablo rico de pincel de Flandes*. Un autor competente como español aseguró recientemente que no hay allí una figura de *aire español*, y que ningún pintor de la Península ibérica pudo imaginar ni ejecutar en aquel tiempo una composición tan profunda y complicada. Quien haya visto el original, afirmará que separa un abismo al pintor de la fuente del pintor del retablo, del catalán Dalmau. Aquél habla su lengua materna; éste, un idioma extranjero, posterior y difícilmente aprendido.

Y no sólo la técnica y el conjunto de los medios represen-

tativos, incluso la fisonomía y la expresión, es sencillamente flamenco, sino que también la composición nos recuerda el modelo directo del altar de San Bavon. Esta impresión era tan fuerte en el que estudiaba el cuadro (1836), que los conocedores de la pintura antigua flamenca, y no sólo los que le conocían por una mera reproducción, le tenían por original del fundador de la misma. Y atribuían la invención al profundo Hubert, el espiritual autor del altar de Gante, y la ejecución a su hermano menor. Esta era la opinión de PASSAVANTS, que lo vió en el año de 1852. (Pág. 126.) SCHNAASE lo llegó a tomar por el primer ensayo del hermano, la obra de Gante, por el segundo, es decir, el mismo asunto corregido y aumentado; CAVALCASELLE, que lo vió en Madrid, le consideró obra de Jan van Eyck, hacia 1432, así como W. BURGER; OTTO MUENDLER halló primeramente en él el estilo de un período posterior de la escuela.

Ahora bien; si hoy ya la idea de que la obra sea de propia mano está abandonada, la cuestión del origen van eyckiano no está definitivamente resuelta. Pues según un documento del siglo XVIII, el cuadro del convento Parral sería una copia de un original hoy perdido. El viajero Ponz (viaje XI, 155) vió un cuadro casi exactamente igual al descripto (sólo cita en vez de los dignatarios cristianos, doctores de la Iglesia latina y griega; pero indudablemente tomó los personajes del primer término por Padres de la Iglesia), en la Catedral de Palencia, Capilla de San Jerónimo, de cuya *infinita prolijidad* «no es posible hallar, dice, ejemplo en aquel antiguo estilo»; y se expresa de modo que hay que pensar en un cuadro, sí, de van Eyck, pero no en la tabla del Museo del Prado. Por el contrario, se acordaba de ésta cuando hablaba de reproducciones que afirmaba haber visto en las iglesias de Castilla, *infinitamente distantes de la exacta ejecución de éste*. Y en efecto, en París, en casa de Haro, apareció una segunda reproducción, la cual fue vista por W. BURGER.

Pero cuanto más puramente flamenca es la pintura, y más

indudable su relación con el altar de Gante, más decididamente española es la invención. El *cachet* español está principalmente en el papel que en la obra juega la arquitectura.

Este «Triunfo de la Iglesia», como se le llamaba en España, sólo pudo nacer en un cerebro español. Todo español, y todo el que esté familiarizado con el arte eclesiástico del siglo, tiene en la lengua la palabra custodia cuando contempla el cuadro. La tabla es una fantasía pictórica sobre el tema «custodia»; nos traslada a los tiempos del entusiasmo de la Iglesia española por las grandes custodias.

Así como la custodia es un himno de los metales nobles a la idea sacramental, un motivo artístico en loor del *Pange lingua* de Thomas, la tabla es una glorificación de la custodia. Vemos aquí una transformación del cielo cristiano como mansión de la divinidad en el centro de sus falanges celestiales, conforme a un modelo de poesía arquitectónica. Las estatuítas que se solían emplear en las custodias se emplean ahora en la figuración viva de la fe, ordenadas y repartidas artísticamente según el esquema de Gante. Arriba, la gloriosa Trinidad, Cristo entre María y Juan, el cordero a los pies de Cristo; a los lados, los coros de ángeles que cantan el Misterio; abajo, las filas de creyentes que se acercan. Sólo los diez y siete profetas conservan la rigidez de la piedra.

La oposición entre el sentimiento español y flamenco aparece en la configuración especial de esta idea simbólica y otras semejantes. Los flamencos ponían sus simbólicos grupos en su paisaje: la adoración del Cordero se verifica en medio de una florida pradera rodeada de colinas con ciudades y palacios. La fuente mística en el cuadro de Dierich Bouts en la Abadía de Tongerlos (Museo de Lille, 523), brota en un solitario bosque. En el cuadro de la «Nostitzgalerie» hay un crucificado en el centro de la fuente, y las aguas se convierten en la sangre del perdón. Un amplio y detallado paisaje circunda el asunto de la gran tabla del Hospital de la Misericordia, de Oporto, donde el rey Manuel con los suyos está arrodillado

ante las figuras de José y María. La inscripción reza: *Fons misericordie. Fons vite. Fons pietatis.*

Este sentimiento del paisaje, este atractivo del ambiente patrio, falta en los españoles. Sus monótonas y áridas llanuras y sus sombrías sierras, nada ofrecen que despierte el sentimiento poético. El presentimiento de la divina presencia está aquí sólo en las severas salas de sus bosques de pilares góticos. De ellas extrajo el pintor de «Las fuentes de la vida» los motivos para la decoración de su cuadro.

Se le apareció un patio de catedral (*medieval court*), con la fuente en el centro; las caladas torres laterales, con los coros de ángeles, corresponden a los dos campanarios de la fachada de la iglesia; la gran pirámide central, al cimborrio sobre el cuadrilátero; la custodia, abajo, de la cual brota el manantial, al altar mayor.

Los retablos y tablas ofrecían al artista, menos que las tapicerías, reminiscencias para la transformación de un tal aspecto de iglesia en una construcción correspondiente a sus fines. En éstas últimas hallaba principalmente la fantasía del pintor más libre espacio para representaciones y cielos simbólicos, y tomaba asuntos para la invención en los Misterios, la Pasión y los Profetas. En los Gobelinos flamencos del palacio de Madrid, en la serie *Les Vices et les Vertus*, en la «Historia de la Virgen», encontramos tales divisiones en pisos, con loggias, escaleras y salas semicirculares. No hay que pensar en modelos directos.

La decoración arquitectónica tiene una ventaja: concede la posibilidad de presentar los diferentes grupos distintamente aislados, y reunirlos en un espacio articulado, en vez de la distribución en tablas separadas y encuadradas por la obra de carpintería. Así nació esta admirable obra de armonía, comparable a la parte anterior del Monasterio de Estrasburgo y a la fachada de la Universidad de Salamanca.

Semejantes composiciones simbólicas, en donde si acaso el grupo superior del Juicio final está substituído por otro tema,

las encontramos en los templos con frecuencia. Así, por ejemplo, sobre los altares de ánimas. En esto aparece, en la parte inferior, delante del grupo de los difuntos, la figura del Arcángel San Miguel, que pesa las almas (Colegiata de Játiba), o la misa de San Gregorio, según la promesa de que quien de este pan coma vivirá la vida perdurable (Seo de Gandía, Silvela en Valencia).

El color local y temporal español aparece más vivamente en el grupo de la derecha de la fuente.

Nos traslada al centro del movimiento contra los judíos, en su apogeo al final del siglo XIV, al principio del último período, que terminó con su expulsión (1492). El elemento motor fue la preponderancia de este pueblo en la hacienda y en la administración; el omnipotente privado de Juan II, Alvaro de Luna, los protegió hasta su caída (1453). Sin embargo, las crónicas de este año consignan ejecuciones de judíos en la capital de Castilla la Nueva, Valladolid y en Segovia.

Así como durante la Reconquista, las mezquitas de las ciudades recobradas eran transformadas en iglesias, así se hacía luego con las sinagogas. A consecuencia de la persecución promovida por el dominico Vicente Ferrer, en Toledo, en el año 1405, la gran sinagoga fue consagrada como iglesia de Santa María la Blanca. Pero ya hacía tiempo que la sinagoga edificada en estilo morisco por Samuel Leví, el tasador de don Pedro el Cruel, obra del Rabbí Mier, estaba aún en sus manos; sólo después de su expulsión la dedicó Isabel a la Orden de Calatrava (1494).

Aquel grupo de infieles de nuestro cuadro frente a los grandes dignatarios eclesiásticos y civiles, reunidos para la consagración de la iglesia, trata de hacer patente la formidable impresión de la divina presencia real en el Misterio de la Eucaristía. Este es el sentido de aquellos gestos y miradas de dolor, de odio y de desesperación. La explicación está en las inscripciones hebreas de las bandas. Estas inscripciones, que en otro tiempo cubrían también el perdido marco (*guarda-*

polvo) del cuadro, no daban, por cierto, ningún sentido, si bien un hebraísta español quiso deletrear una frase fatalista.

Mi venerado maestro Gildemeister, ni siquiera pudo descifrar defectuosas imitaciones de frases hebraicas. Pero las defectuosas formas de letras revelan la mano de un copista indocto. No es verosímil pensar en un amontonamiento de letras sin sentido en el original. Y todo en este grupo lleva el sello de la autenticidad. Lo genuino de los tipos nacionales y de los ropajes, el acento semítico en la viveza explosiva de las sombrías pasiones, en completo contraste con el solemne sosiego del grupo eclesiástico de enfrente, todo esto es tan evidente, que se pudiera admitir que habían servido de modelo judíos conversos; pues entre entre éstos se reclutaban los más encarnizados perseguidores. Por lo demás, los judíos españoles se ocupaban también en las artes religiosas, no sólo como orfebres y joyeros, sino también—en flagrante contravención del segundo precepto de Moisés—como pintores y escultores de imágenes católicas, como lo prueba una ley referente a este punto promulgada por Isabel la Católica.

Sin embargo, cuando se ha hecho luz en este extraordinario cuadro sobre el asunto, las circunstancias de tiempo y el ambiente, queda todavía envuelta en desesperante oscuridad la cuestión más importante, a saber: la de cuál fue su autor. Parece ser que no podemos llegar sino a ideas negativas sobre su persona, hasta tener la fortuna de hallar un dato documental.

Datos exteriores nos hacen pensar en Jan van Eyck con precisión envidiable. Estuvo en el lugar donde la tabla se halló probablemente desde su origen. Con ocasión del cumplimiento de un encargo de su señor, la entrega de la infanta en Portugal, hizo un viaje a España en Febrero de 1529, y últimamente estuvo en la corte de Juan II en Segovia, difícilmente sin intención determinada, cuando no por encargos y recomendaciones. ¿Debía dejar escapar aquel príncipe, amigo de las artes, la coyuntura que se le presentaba del viaje del maestro a la corte vecina y amiga sin utilizar sus servicios, cuando él mis-

mo enviaba al rey de Aragón un pintor para enseñar su arte.

Está efectivamente fuera de duda que esta tabla de van Eyck, encargada en 1429, no puede ser la que en 1836 fue trasladada del convento de Segovia al Museo Nacional de Madrid. Falta la finura nativa y, si se nos permite la expresión, la flema nativa de la pintura de van Eyck, en que a veces parece que, en vez de pintar con su finamente estilizado óleo, pintaba con una áspera pasta de metal. Su copista tiene mano ligera que hace pensar en años posteriores, donde no parece que pinta con dos manos.

Pero tal mano extranjera no afirma nada contra la originalidad del desaparecido original, y los méritos de un cuadro no están circunscritos a la finura de mano de su autor, y menos en una obra del genio que también penetra en sus reflejos imperturbables. Esta invención (y lo sabe todo el que haya seguido de cerca al maestro) está, sin embargo, en el espíritu de Jan; todo indica un pincel que dominaba en alto grado los medios de representación de aquel siglo. Y justamente, las especiales cualidades del cuadro indican su especialidad, es decir, la pintura arquitectónica. «En la fuerza de la concepción y de la distribución, dice CAVALCASELLE, la «Fuente de la vida» no corresponde a ningún pintor de la escuela flamenca.» ¡Cómo trató el arduo tema simbólico y apocalíptico, del cual aun los mismos grandes pintores sólo habían conseguido sacar jeroglíficos traídos por los cabellos! ¡Cómo supo armonizar éstos los más contrarios elementos!

Si consideran los monumentos aquí tratados, podríamos dar la siguiente probable explicación del origen del cuadro:

La «Fuente de la vida» es una creación de Jan van Eyck, conservada en la copia modificada de uno de sus sucesores. El original debió pintarse hacia el año 1433, y la ejecución de la tabla del Museo del Prado hacia mediados del siglo, después de la muerte de Jan. El plan del cuadro fue madurado en la corte de Juan II en Segovia. El encargo de este cuadro, tan importante a un artista extranjero, se debió a la fama, cada vez

más extendida, de la nueva pintura flamenca. Ofrece una sorprendente analogía con el altar de Barcelona (1445); un ejemplar español, pintado en estilo flamenco con las mismas reminiscencias de la obra maestra de San Bavón.

La intención del rey debió de ser poseer un cuadro semejante al de Gante, ya célebre en Europa. Quizá existía ya entonces el proyecto de una copia como la que su sucesor Felipe II mandó hacer. Pero no se disponía de pintor adecuado, y Juan II lo que debía querer era una variante de color y actualidad española; ambos, el artista y el príncipe, imaginaron una reducción y combinación de aquellos grupos de la gran tabla en una tabla de altar única, española, con lengüeta en forma de cornisa.

Así se explican los elementos fundamentales de la obra, el carácter flamenco y netamente vaneyckiano de la pintura en el estilo y gusto, la chocante analogía de la composición y el color español, tanto local como temporal, tan marcado, del alterado programa.

Los variados y profundos aspectos teológicos, según eran expuestos por los eruditos españoles y alemanes, presuponen la participación de un eminente eclesiástico en la confección del plan; y creemos reconocer a este príncipe de la Iglesia en el Obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, uno de los más sabios, ilustrados y espirituales teólogos de aquel tiempo. Es también conocido como jefe de los intolerantes, y en armonía con este carácter está el papel que sus paisanos representan en el cuadro, y con cuyos trajes y gestos parece tan familiarizado. Este prelado fue también el que trajo de Roma al rey el oratorio de Roger van der Weyden con la vida de María, que el Papa (no Martino V, esto es imposible, sino Eugenio IV), respectivamente, como regalo propuso al Papa.

Este regalo era un testimonio de agradecimiento por la actitud de España y su orador en el Concilio de Basilea.

También nos da idea del lugar en que se pintó el cuadro, lo simbólico de la «Fuente de la vida», construída según la arqui-

tectura de la custodia, la idea de hacer patente la esencia de la religión cristiana de manera nueva y chocante.

Segovia se jacta de poseer el más grande monumento arquitectónico de los romanos, el Acueducto, al cual no encontró par el veneciano NAVAJERO ni en España ni en Italia. Además, había sobre el monte Parral, en donde se estaba construyendo un monasterio entre jardines, a que se llamaba entonces el paraíso terrenal, una fuente curativa. También el motivo arquitectónico de las torres preocupaba entonces de manera inusitada la fantasía, y el mismo Alonso de Cartagena fue el que mandó construir las torres caladas de Burgos. También debió conocer el libro de su compatriota Ibn-Gabirol, en el cual expone éste su doctrina teológica de la emanación del mundo sensible y espiritual de la voluntad divina, con el título de *Mekor Chajim*, es decir, *Fuente de la vida.*

Sobre la misma colina de Parral fundó el poderoso Juan Pacheco, Marqués de Villena, en el año 1447, un convento de Jerónimos; Juan Guas, *maestro mayor* de la catedral de Toledo, procedía de allí. El edificio se empezó bajo Enrique IV, 1454, y el rey destinó el cuadro para la sacristía, donde fue conservado hasta 1836.

¿Quién no piensa aquí en un paralelo posterior en cincuenta años, de esta «Fuente de la vida», ciertamente perteneciente a otro ciclo cultural completamente distinto, exteriormente muy semejante, pero emparentado con aquélla indudablemente en la idea?

Un italiano de aquel tiempo ciertamente le llamaría una disputa. Rafael pintó la Teología, la ciencia de las cosas divinas, como una Disputa, y como lazo entre las dos esferas de la Iglesia divina y terrena; el sacramento, ese lazo entre lo visible y lo invisible, lo divino y lo humano; de ahí el eje central del semicírculo por el ostensorio. Pero en la armonía dominante de esta obra juvenil las disonancias están sólo indicadas; la discordancia del escéptico se hace patente. Aquí, por el contrario, concuerdan las imágenes filarmónicas de arriba con

una cruel realidad dramática abajo. Rafael reservó la lucha en su figura terrena temporal a otro grupo de cuadros; pero también allí la realidad se oculta bajo el velo de historias de remotos tiempos.

Un detalle no despreciable de autenticidad son el retrato del artista en el lado izquierdo, un trozo de las mismas figuras en la tabla del recto juez de Gante. Quizá figuran allí a petición del rey. Pero no hubiera podido ser si el pintor no hubiera considerado a la obra digna de representarle en lejanos países. Fue la más valiosa creación de Jan, después de su obra principal.

CRUZADA VILLAAMIL creyó ver en la obra dos pinceles: uno más apurado, menos libre y más cautivo en el color, y otro más firme, de más seguro dibujo y de mucho color y de mucha expresión. No indica los sitios en que ha notado estas diferencias; sólo pudo referirse a la parte de arriba y a la de abajo. Los grupos inferiores parecen indicar una fecha posterior, así como el dibujo de los detalles arquitectónicos, que revelan un dilettante en este género, que copia su modelo sin sentimiento del estilo. Así pone las más veces, en lugar del arco apuntado, un arco redondo sin estilo (no un arco de «herradura»).

En cambio, el reproche de las dimensiones desmesuradas de las figuras es infundado. ¿Cómo pedir verdad realística en la perspectiva a una fantasía simbólica que sólo debe ordenarse según las leyes de la euritmia? Es la misma especie de crítica que se ha ejercitado en «La Transfiguración», de Rafael; con igual derecho se podrían rechazar las figuras del techo de la Capilla Sixtina.

*
* *

A consecuencia de esta pronta divulgación del nombre de los hermanos van Eyck, algunas obras suyas, ya originales, ya en copia, pasaron los Pirineos. Felipe II estimaba tanto el altar de Gante, que mandó hacer una copia, para la capilla del

Palacio de Madrid, a Michel Cocxiyen; en el inventario de su sucesión fue tasada en 3.500 ducados. Sólo bajo su nieto Felipe IV halló plaza allí «El Pasmo», de Rafael.

Además de esta copia, poseía otra reproducción de las tres figuras celestes de la parte superior, medias figuras bajo bien dibujados arcos redondos. En el centro hay un círculo, del cual se destaca un ángel cantando; preciosa obra juvenil de Jan Gossaerts. (Prado, Nr. 1442.)

También, con el transcurso del tiempo, llegaron a España originales. PALOMIUS vió, en el palacio del Duque de Uceda, en Madrid, una pequeña tabla de la Virgen, de *Juan de Brujas,* extraordinariamente bella y finamente pintada, *con extremado primor y sutileza,* y al lado, como pareja, un Ecce-Homo, de Antonello da Messina, ambas, sin duda, signadas. Lord HEYTESBURY encontró en Lisboa unas «Llagas de San Francisco», que recientemente pasaron a América. El conde TATITSCHEF adquirió en Madrid dos partes de un tríptico, con la Crucifixión y el Juicio Final, hoy en el Ermilage, durante largo tiempo, llamada falsamente Peter Christus, obra maravillosa de reducción, de más grandiosa concepción al tamaño más pequeño. No falta la sierra alpina cubierta de nieve, de la cual se precipita un torrente sinuoso; el revuelto mar en el primer término, que devuelve los cadáveres, parece observado desde un navío. No menos notable es la expresión, en la que la mirada está variada; el dolor en los párpados llorosos del joven Juan, que se inclina sobre la desmayada madre; la fiel expresión de amistad del ángel que conduce a los reyes al círculo apostólico; la ascética severidad del Bautista al lado del Juez; el gesto sarcástico de los gigantes; la encarnizada pasión del perseguidor.

Finalmente, la joya de sus retratos pasó también al palacio de Felipe II: «Los desposorios de Arnolfini», del tesoro de la Regenta María de Hungría; en 1789 estaba aún en un gabinete del palacio de Borbón (1), y fue entonces tasado en 6.000 rea-

(1) No. 871. Otra pintura de vara de alto y tres quartos de ancho: Hom-

les, suma que fue señalada por un cuadro de la escuela de Rubens, «Un santo», del Españoleto, y los «Enanos», de Velázquez, mientras que una «Epifanía», de Rafael Mengs, estaba valuada en 100.000 reales.

El retablo de Dalmau en Barcelona.

El documento más antiguo, aún existente, del influjo de Jan van Eyck en la pintura española, se conserva en la capital de Cataluña. En efecto, la más notable pintura de esta activa ciudad industrial es un cuadro que posee muchas de las cualidades que hacen interesante a un documento artístico para el historiador. Posee todas las condiciones de la autenticidad, interiores y exteriores: nombre y fecha, nombres de las personas representadas, del que encargó la obra, buena conservación y los documentos relativos a su origen. Sobre todo, es el más antiguo testimonio de la expansión de la pintura de van Eyck en el extranjero, y la más notable producción de la antigua escuela flamenca hecha por mano de un extranjero.

El primero que habló del cuadro, aunque sin indicar el nombre del autor, fue ANTONIO PONZ (1). «Obra que, si bien cae antes de la restauración de este noble arte, despierta admiración por lo minucioso y acabado en todas sus partes, especialmente las cabezas.» Después, PASSAVANT (*Arte en España,* pág. 75, 1857) publicó el nombre del autor, que le parecía «haber salido inmediatamente de la escuela de van Eyck». CAVALCASELLE le consideró (1857) como el único documento por el que se conocía la existencia de un pintor de este nombre, que parece haber trabajado en el taller de van Eyck. En 1870 publicó JOSÉ PUIGGARI, archivero municipal, el contrato.

---

bre y muger agarrados de las manos. Juan de Encina. Inventor de la pintura al oleo.

(1) A. PONZ: «Viage en España.» XIV, 32. Madrid, 1788.

El cuadro estaba destinado a la capilla de la *Casa del Consell,* de estilo gótico, edificada de 1369 a 1378, llamada también *Casa Consistorial,* de la cual se conservan aún restos en el nuevo edificio, entre ellos la gran sala de los Ciento (*saló de Cent*), que está al lado de la capilla. En 1847 pasó a la iglesia de San Miguel, situada al lado del Ayuntamiento, donde lo vió el investigador de Francfort. A su destrucción en 1868 pasó al Archivo, y finalmente, en 1902, al recién fundado Museo. Tuvo el mismo destino que el de Colonia, del que es también contemporáneo. La tabla principal conservada contiene la figura de la Virgen con el Niño, venerada por los cinco consejeros de la ciudad con los dos Patronos, Santa Eulalia y San Andrés; en el fondo, ángeles cantando. Los nombres de estos consejeros, elegidos en 30 de Noviembre de 1442, son: Johan Lull, Ramón Zavall, Francesch Lobut, Anthom de Vilatorta y Johan de Junyent.

La resolución de pintar una tabla de altar para la capilla municipal fue tomada en una sesión del Consejo de los Ciento, en 6 de Junio de 1443, eligiéndose una comisión (4 de Noviembre), que encargó la tabla al más hábil maestro de la localidad (1). El 26 de Noviembre, el imaginero (*imaginario*) Francisco Gomar presentó al Consejo un dibujo del retablo de madera, y recibió el encargo de ejecutarlo. Debía ser hecho en buena madera de encina flamenca, bien seca y apropiada para tales trabajos (*de bona fusta de roure de Flandres, secca e abta al dit retaule*), por el precio de 75 *florens,* treinta pagados inmediatamente y el resto cuando entregase la obra el pintor.

Ya el 29 de Octubre del mismo año, Luis Dalmau había presentado su bosquejo (*exemplar*) y obligado a terminar la obra en poco más de un año. Al contrato acompaña un diseño del marco, con la indicación de las historias y su ordenación. En el contrato detallado, escrito en antiguo castellano, conserva-

(1) *Por el millor e pus able pintor.*

do en el *Libro de acuerdos,* se hacen constar los siguientes extremos:

Las tablas de encina debían revestirse de una cubierta de lona y de yeso *(ben endrapat e enguixat)*. La Virgen debía ser vestida de paños de ricos colores (*vestida de variedad de colors vives, altes, e ben executs*); el manto, en especial, del azul más fino que se pudiera encontrar, con magníficos (*solempne*) galones de oro florentino, guarnecido de perlas y piedras preciosas. Los consejeros debían estar representados con el traje y atributos de su condición, con rostros que parecieran vivos, y vestidos de escarlata (1).

En el centro de la predella *(banchal),* la Piedad con ángeles de pie, el Evangelista Juan y la Magdalena con expresión de dolor; al borde, las armas de la ciudad. Este *banchal* no se ha conservado; para el manto de la Virgen se empleó auténtico ultramarino. En la cúspide del marco o guardapolvo *(guardapols)* debían estar las armas de la Corona de Aragón. El precio fue 5.000 sueldos barceloneses (*266 escudos*), pagados inmediatamente 1.500, cuando llevase la mitad 1.500, y a la terminación 2.000.—Entre los fiadores aparece un Manuel Dalmau, quizá pariente.

La tabla, sólo en un punto está en contradicción con estas prescripciones: el oro, con excepción de la fina guirnalda de la Virgen y de los dos Patrones, está reemplazado con ocre amarillo. Hasta aquí se ha tenido por verdadero que Dalmau había aprendido también la técnica de la pintura al óleo en Brujas; el mismo CAVALCASELLE le tuvo por un cuadro al óleo. Esto inducía a creer la impresión del color. Hubiera sido el primero en España, y en general fuera de Flandes. Pero un más detenido examen demostró que está pintado al temple con clara de huevo; por consiguiente, el catalán era ajeno al secreto

(1) E serán los dits concellers effigiats segons proporcions é habituts de lurs consors, ab les faces axi propies com ells vivents les han formades.

de la nueva técnica. En lo demás, la conjetura con la tradición medioeval y catalana es tan completa cuanto se puede imaginar.

Dalmau volvió a su patria bautizado en el Jordán del realismo flamenco. También sus españoles para quienes el cuadro es un producto de su escuela, han sentido desde luego el acento extranjero, no le parecen «hijos de la sierra patria» (1). Estan vividos completamente en los tipos femeninos flamencos, burgueses de Jan van Eyck, hasta en el continente, la mirada y su adaptación al ambiente. El niño que tiene en su regazo la Virgen tiene ese movimiento angular en las piernecillas como el que vemos en la tabla del Domo de Brujas y en el tríptico de la Galería de Dresde.

Los cinco consejeros, arrodillados a los dos lados del trono, tienen la severa y penetrante exactitud de los retratos de Jan, y están tomados de la vida, con ausencia de toda estilización convencional; el mismo color de la cara está fuertemente diferenciado; estas cabezas debieron hacer allí un efecto pasmoso, completamente nuevo. A los dos lados del corillo corre una pared que se abre en cuatro ventanas en el fondo; la obra está ejecutada en el último estilo gótico catalán. Por las ventanas asoman apiñadas cabezas, de las cuales sólo se ven completamente cuatro ángeles cantando, en cuyas facciones, vestiduras y gestos se ve indudablemente la imitación de la obra de Gante. Estos ángeles no están mencionados en el contrato; su inclusión por iniciativa del artista revela la impresión que hicieron en Dalmau.

Pero detrás de las ventanas hay todavía sitio para un rico paisaje. A la derecha, un sombrío valle, del cual se destacan tres palacios con torres encarnadas y verdes entre cúpulas romanas; a la derecha, algo más cerca, una ciudad más grande con las armas de Aragón sobre la puerta; entre colinas de for-

(1) La figura reune... como tipo, unos rasgos que no parecen hijos de nuestro suelo. PUIGAGRI, loc. cit.

ma cónica se extiende una superficie marina tersa como un espejo. En el velo azul navegan nubes rizosas.

La plataforma del trono, que descansa en cuatro antiguos leones, tiene en los tres lados la inscripción:

Sub anno MCCCCXLV *por Ludovicum Dalmau fue depictum.*

¿Quién era Dalmau? El nombre en la forma catalana de *Dalmatius*, quiere decir vecino de Barcelona. Pero él procedía de Valencia (1428), donde ya en el siglo XIV encontramos un tallista Pere Dalmau. En un documento de 1433, en el que aparece como fiador, se llama Luis Dalmau del Viu, y abajo está la firma Ludovici Dalmau del Viu. Este apéndice debía distinguir probablemente a la familia de otra de nombre igual, los Dalmau de Navell. Viu y Navell son nombres de localidades (1).

Si, pues, Dalmau es un español, la fecha de su cuadro tiene algo de sorprendente. Diez años después de la conclusión del altar de Gante, antes que el arte de van Eyck se extendiese por países vecinos y de la misma raza, aparece aquí en el Mediterráneo un hombre educado en el nuevo estilo. Es muy probable que disfrutase de las enseñanzas personales del maestro Jan; fue el único español que tuvo esta fortuna. Si meditamos que la iniciación en un nuevo mundo artístico no es obra de meses, podemos aventurar la pregunta de ¿cuál es la ventaja que nuestro siglo lleva a la Edad Media en la rapidez de intercambio cultural? Efectivamente, hoy puede organizarse más rápidamente una exposición entre tan alejados países; pero la formal traslación de una nueva tendencia artística en el suelo de un Estado de otra raza e idioma, apenas pudiera efectuarse más prontamente.

(1) El nombre aparece a menudo en los empleos municipales de los siglos XV y XVI. Un Magnificus Dalmacius de Navel consiliarius Barchinonae fué en 1494 cónsul en Genova; un Magnificus Hieronymus Dalmacius, profesor de Derecho, fue cónsul de Alghers en Cerdeña en 1516. CAPURANY: Memorias históricas sobre la ciudad de Barcelona. Madrid, 1779, II Apend. 63.

La travesía de las plazas comerciales del Mediterráneo a Flandes la tenía Vasco de Gama por la más alta empresa de navegación; era la más larga y la más arriesgada. El viaje de Barcelona a Brujas, y vuelta, costaba de cinco a seis meses.

Barcelona, desde el fin del siglo XIII, frecuentaba muy poco el comercio con los puertos flamencos, que eran el emporio comercial del oriente: Gante, Brujas e Iprés. Ya en 1299 aparece un banquero en Dordrecht. En 1389, la unión catalana de comerciantes edificaron su Bolsa (*Lonja*) en Brujas (*firmaban los consols e mercaders catthalans*), tres años después de los portugueses, un año antes de los ingleses y tres antes de las ciudades anseáticas. Mas frecuentes ocasiones de solicitar la ayuda del poder del Estado, hicieron salir numerosas embajadas hacia el Norte, especialmente a Inglaterra, a causa de las piraterías del canal de la Mancha; de aquí que le llegase su turno al comercio personal. Pronto los emprendedores holandeses hallaron el camino de la lujosa y edificadora ciudad del Mediterráneo. Ya en 1393 aparece un pintor, Nicolás de Bruxelles, ciudadano de Barcelona (1).

Hizo bautizar en Monserrada a una hija suya casada allí.

En el mismo año de 1445 murió allí un batidor de oro, Tohannes Drroghe, de Brujas, y en interés de su sobrino y heredero se trasladó a Barcelona. Conócense cuatro individuos de una familia de artistas, apellidada Alemany o Alemania, cuya *casa solar* estaba situada en la calle de la Fuente de San Miguel; desde 1389 a 1491 recibieron varios encargos, sobre todo de trabajos en piedra en la Catedral; uno de ellos, Gabriel, recibió en 1450 una plaza como de pintor municipal (2).

Al componer este artículo en el año 1887, hice una conje-

(1) JOSÉ PUIGGARI: «Noticias de algunos artículos catalanes inéditos», pág. II, 14. Barcelona.

(2) En Gabriel Alemany ciutadá de la present ciudat e pintor de les coses tocants a festes, sepultures reals, alimares, armada entrades de reys ab carro triumphal, e totes altres coses que per la ciutat son stades fetes en lo pensat e per les devenidor, etc. PUIGGARI, 30.

tura sobre la prehistoria del contrato de 1445, que luego, por el descubrimiento de aquella embajada del rey Alfonso V, se puede prescindir de ella, pero que en todo caso debe ser mencionada. Según un documento que publica CAPMANY en el año de 1436, uno de los más distinguidos oradores, Johan Lull, fue hecho prisionero por unos piratas ingleses que a 25 leguas de Huis se apoderaron de una galeaza que conducía a diferentes comerciantes catalanes. A consecuencia de este suceso, la ciudad elevó al rey Enrique VI y a los dos protectores del reino, Henry Beaufort, Cardenal de Winchester y Humphry, Duque de Glocester, así como a los nobles de la City, un documento en demanda de la restitución de los bienes y de las personas. Nada se sabe del resultado que obtuviera dicha gestión.

Este Lull es el mismo señor que figura en nuestro contrato entre los *honorables consellers*. Su retrato tiene también el puesto principal en el retablo. En un documento del siguiente año, donde su hijo del mismo nombre por voluntad de la Corona de Aragón, fue nombrado cónsul por el Dogs, de Génova, se le llama «procedente de principales y antiguos antepasados» (*procreatus ex antiquis parentibus, utique generosis et notabilibus*). Puede suponerse que era un comerciante conocido en Holanda, que persuadió a sus colegas a que construyesen el altar de su capilla conciliar en el nuevo estilo. Según esto, o se envió el pintor a Brujas para que se preparase a tal trabajo, o pertenecía a la colonia catalana de aquella población, siendo un hijo de comerciante que tuvo la fortuna de visitar el taller de van Eyck.

Dalmau estaba indudablemente en 1448 aún en Barcelona, y en 1458 recibió un encargo del rey. Pero no se han encontrado otros cuadros que lleven su firma, ni siquiera tenemos noticia de ellos o de otros de su escuela (1). Y esto apenas pue-

(1) Sólo encontramos recibo de un retablo de la iglesia de Mataró (1457-1459), descubierto recientemente.

de considerarse como causa, puesto que desde el siglo XV se han encontrado allí tantas pinturas.

La tabla de San Ildefonso, tan discutida en la compra de la Colección Bourgeois, en Colonia, por el Museo del Louvre, como obra de Dalmau, sólo tiene en la composición una cierta semejanza con el retablo de Barcelona. Procede de un pintor castellano de hacia 1500. La tabla provenía de una iglesia de Valladolid; y en Avila, en el gran retablo de la catedral, del año 1508, encontramos su maestro. Las historias del mismo son de Pedro Berruguete y Juan de Borgoña; los santos de Predella de *Santos Cruz*, y éste es el autor del San Ildefonso. La coincidencia en el estilo, dibujo y demás particularidades no se explica bien.

Pero ¿cómo no halló Dalmau seguidores? Quizá porque el hueco entre lo antiguo y lo nuevo era demasiado grande. Al archivero municipal le parecían las cualidades de la tabla tan extraordinarias comparadas con las obras de los contemporáneos, que pudo creer en un momento de inspiración, en *un presentimiento superior a su época.* De hecho, la pintura catalana de la primera mitad del siglo nos muestra un aspecto muy diferente, nos sentimos allí en otro clima. Luz, actitudes y colores claros, narración animada; en las circunstancias dramáticas, movimientos desordenados; en las tranquilas, gracia; paños fluidos y de gran vuelo, las facciones de la Virgen y de los Santos, a menudo de una amabilidad que recuerda a los maestros de Siena y de Colonia.

Además, fastuosidad en el oro del fondo y en los dorados de los edificios, en los utensilios y en los trajes. ¡Cuán completamente distinta era la impresión de una tabla flamenca! El nuevo sistema estaba pictóricamente más alto; pero suministraba también más alta formación del gusto, que sólo se ha de educar a sí mismo. Proscripción de los metales nobles, sustitución de las superficies brocadas y doradas por los paisajes, en cuya belleza el meridional no se complace tanto; figuras dibujadas ciertamente con modelo, pero de movimientos tan

duros, que al lado de aquellas de movilidad desembarazada y graciosa, parecen frías, de palo; este conjunto aparece a la mirada del español sobrio y pobre. El paso fue demasiado brusco. Por esto, Dalmau recibió pocos encargos y halló pocos secuaces. Sentíase lo extranjero de aquello: no era visto con ojos benévolos. Cuando el alemán Michel Loquer o Louguer, con su discípulo Juan Federico, construyó en 1483 la cornisa del coro de la Seo, obra que, como dice *Piferrer*, perpetuará su nombre mientras haya corazones que amen la belleza, su trabajo fue declarado por el capítulo defectuoso, y la viuda del artista muerto, entretanto, perdió la mayor parte del precio ajustado.

CARLOS JUSTI

EL CLONDIC

Y LA VIDA DE LOS BUSCADORES DE ORO

XII

Otoño de 1899.

—Buenos días—dijo al ver a Billy Edwards, el guardián de los depósitos al servicio de la Compañía de transportes de Seattle y del Yukon.—¿Cuándo ha llegado usted aquí? La última vez que le vi fue en San Francisco.

—Sí—me contestó.—Poseía en Pehima una línea de ómnibus cuya explotación dirigía. Ahora gano aquí cien dólars al mes y la comida, y todavía debo considerarme feliz.

—¿Está usted aquí desde hace mucho tiempo?

—Desde hace unos tres meses.

—¿Por qué no busca usted una mina?

—Porque ni tengo dinero ni conocimientos técnicos. Me encontré algo perplejo cuando desembarqué.

Y añadió con risa franca:

—Supongo que no hace mucho tiempo que está usted en Dawson.

—No—repliqué,—cerca de dos meses.

—Pues bien, pasee usted por la población. Encontrará usted algunos muchachos que tenían una posición en California,

y que, sin embargo, han venido aquí: Milty Latham, Sam Poud, Charley Fairbanks y otros, han venido al Clondic para hacer fortuna. Es siempre la misma historia.

El padre de Latham había sido gobernador y senador de California en los Estados Unidos. El padre de Poud era alcalde de San Francisco. Los fuí encontrando a todos. Habían venido por tierra, sobre el hielo, después de haber dejado la costa, abundantemente provistos de provisiones. Pero murieron sus perros, luego sus caballos; faltáronles los víveres. En fin, tras un viaje de varios meses, llegaron a Dawson a principios de la primavera, en el más triste estado. Pero tenían dinero y, a falta de experiencia, no carecían de valor. Luego de haber recobrado fuerzas, fueron a las minas y compraron propiedades, que explotaron durante el otoño y el invierno siguientes, con mejor o peor resultado, más a menudo peor que mejor.

Había mucha gente en Dawson; las calles estaban llenas de hombres y mujeres, y cuando se paseaba uno por Front-Street, a lo largo del río, podía uno figurarse que estaba en el Strand. La calle estaba enmaderada, y tenía alcantarilla y aceras. El lado Este lo ocupaban numerosas tiendas, todas bien provistas, y cuyas ventanas, ¡gran maravilla!, tenían cristales con marcos. El otro lado, es decir, el Oeste, lo bordeaba el muelle del río. Muchas mujeres bonitas paseaban por la calle arriba y abajo, con trajes muy llamativos. En sus ojos, demasiados brillantes, y en el carmín de sus mejillas, podía observarse que habían trasnochado mucho. El número de mujeres honradas seguía siendo muy restringido. Las esposas y las hijas no se apresuraban a ir al Clondic. Los maridos que allí trabajaban tenían que proveer de dinero a las que habían dejado en casa; y antes de atreverse a mandar en busca de su familia, tenían que calcular su porvenir asegurado y su fortuna en buen camino. Además, las gentes de otras partes se formaban ideas tan raras de los habitantes del Clondic y de su manera de vivir, que costaba mucho trabajo decidirlas a ir a aquel

país de hielo. El amor a sus maridos no siempre bastaba para atraer a las mujeres, y se necesitaban para decidirlas largos razonamientos y buenas razones. Sin embargo, estos terrores imaginarios debían disiparse poco a poco con el tiempo, y al año siguiente veíanse en Dawson dos escuelas y tres iglesias. Por lo demás, este invierno era ya menos malo en este concepto que el invierno de 1898. Habíase dado entonces una gran comida, de la que se había tratado de excluir a todas las mujeres de costumbres dudosas; y uno de los periódicos de Dawson había hecho observar que, por poco rigor que se tuviera en la elección, no quedarían bastantes mujeres para formar dos parejas de baile. Esto era una mentira grosera, que nos hizo despreciar a su autor; sin embargo, el artículo no dejó de alcanzar el fin que se proponía, y de hacernos peores de lo que éramos a los ojos del mundo. Los golpes más duros que nos asestaban procedían de los que vivían con nosotros y nos eran conocidos.

A la orilla del río había una larga fila de barcos. Conté once. Me dijeron que había por término medio una llegada y una salida al día. Aquellos barcos procedían los unos de la fuente, los otros de la desembocadura del Yukon, es decir, de White-Horse o de San Miguel. Un barco que llegara con una carga de doscientas toneladas, le descargaban y se marchaba al cabo de veinticuatro horas. Los descargadores percibían un dólar y medio por hora, y no podían descansar un instante hasta que el barco no estuviera en disposición de zarpar en busca de otro cargamento. El verano era demasiado corto para que se perdiese el tiempo y no se aprovecharan todos los días y todas las horas. Hacíase el viaje de San Miguel en diez y seis días. Yo había tardado ventiuno el año pasado.

Encontré en el muelle al capitán de la *Leah*, Mac Ginley, que acababa de llegar.

—¿Cómo es—le pregunté—que va usted tan de prisa con el mismo barco y las mismas calderas que el año pasado, cuando vine con usted?

—Por de pronto quemamos más leña—me contestó;—antes nos tasaban en poco el número de *cuerdas* que habíamos de quemar. Ahora, en cambio, nos piden que vayamos lo más de prisa posible.

—Sin embargo, tenían ustedes que recorrer igual camino el año pasado, y el río es siempre el mismo.

—Pero no teníamos los mismos pilotos—replicó el capitán.—Hemos despedido a todos los pilotos indios. Los que tenemos ahora proceden del Mississipí. Les hemos contratado por tres años, aunque no tengamos necesidad de sus servicios sino durante seis meses del año, puesto que lo restante del tiempo la navegación es imposible. Estos pilotos del Mississipí han llegado aquí en primavera, y conocen el lugar de los bancos de arena, las corrientes y las diferentes profundidades del agua mejor que los indios que han pasado toda su vida en el río. El indio se detiene cuando no hay más que tres pies de agua bajo la quilla del barco; espera, busca, hunde las perchas... El blanco fuerza el vapor y pasa a través del lodo blando y poco resistente hasta que está a un agua más profunda... Pero, hasta la vista—concluyó el capitán saludándome.—Me han dicho que está usted en camino de la fortuna y de hacerse rico; espero que no me han engañado. Tengo que estar en San Miguel dentro de siete días, lo más tarde.

A los cinco minutos, la *Leah*, después de virar y trazar su curva elegante en las aguas del río, como para saludarnos, se alejó con una velocidad de doce millas por hora y desapareció tras Mossehide.

La historia que acababa de contarme el capitán puede compararse con el ejemplo de las zapatillas y de los calzados de fieltro: el indio queda siempre indio, mientras que el blanco ama el progreso y trata de mejorar su estado.

Detrás de la *Primera Calle* corrían ahora la *Segunda Avenida* y la *Tercera Avenida*, ambas cortadas por calles transversales. La charca sobre la que estaba construído mi almacén

había desaparecido. Habían desecado el suelo que ahora era firme. Una calle pasaba ante las puertas, y había al lado varias cabañas y hasta una casa de dos pisos. En las calles paralelas y adyacentes había algunas tiendas elegantes, con ventanas de cristales y rodeadas de viejas cabañas sucias. Digo *viejas*, porque todo el mundo las calificaba ya así; pero no tenían más de dos años de existencia.

Encontrábanse caballos en todas partes, enganchados a camiones o a carros. En los muelles se amontonaban haces de hierba, traída por los barcos; los había también a lo largo de las calles, en los terrenos todavía vacantes. En el extremo del llano, sobre el suelo inclinado, en donde hubo antes una charca de agua estancada, y que ahora era seco y salubre, formaban manchas aquí y allí cabañas nuevamente construídas. Carpinteros afanosos trabajaban a toda prisa; oíase por todas partes el ruido del martillo o el chirrido de la sierra; una ciudad de madera y de cristal sustituía a las tiendas de lona y a las cabañas de troncos de árboles. Parecía raro, en verdad, entrar en una verdadera casa, hallar una alfombra en el piso y un piano en la sala; estábamos asombradísimos de que hubiese tres habitaciones en el primer piso, y otro piso más. Sin embargo, observé que los tabiques que separaban las habitaciones no subían hasta el techo, y que quedaba entre los dos un espacio de unas diez y ocho pulgadas. La estufa, brillante y niquelada, era de grandes dimensiones y ocupaba el centro de la habitación mayor.

Por la noche, aquel otoño de 1899 se parecía mucho al de 1898. Se había reconstruído todo lo que destruyó el fuego del mes de Abril anterior, con materiales más sólidos y sobre cimientos más profundos. Sin embargo, las casas de juego, con las contiguas salas de baile, seguían ocupando el mismo puesto en Front-Street, y se veía siempre entrar o salir la misma muchedumbre. La mayoría de las gentes vestía mejor; veíanse más camisas blancas y botas charoladas; y, en su mirada firme y dura, en su rostro impasible, reconocíase a jugadores

de profesión. La mitad de la población permanente de Dawson vivía de noche y dormía de día.

Dos de los *dance-halls* se habían transformado en especie de teatros, en donde se bailaba y se representaban obritas de uno y dos actos. Tales salas no eran frecuentadas sino por hombres. No era que las obras fuesen inconvenientes (algunas eran producciones locales); pero la entrada se encontraba en el fondo de la sala de juego, y para llegar había que pasar entre el faro y la ruleta, en medio de una masa compacta de hombres que escupían, fumaban, bebían, jugaban y juraban: era un guante de desafío que ninguna mujer podía recoger.

En la otra sala, más decente, había, mezcladas con la multitud, jóvenes y lindas mujeres. Jugaban al faro y a la ruleta, de pie en medio de los hombres, con la misma desenvoltura y el mismo descuido que si se hubieran encontrado sobre las espesas alfombras de terciopelo del casino de Monte Carlo. Tenían continuamente que ver con el pesador de polvo de oro, que estaba junto a sus resplandecientes balanzas de cobre, y todas llevaban con ostentación saquitos en sus manos enguantadas. Pocos hombres jugaban de una manera tan constante. Ellas llegaban al bar, cuya balaustrada iba desde la ventana que daba a la calle hasta la puerta del teatro. La madera pulimentada del mostrador resplandecía. Largos espejos estrechos adornaban las paredes, en el fondo, y las botellas de todas clases y tamaños se reflejaban hasta lo infinito. Las damas se miraban complacientemente en los espejos, arreglándose y componiéndose. Alguna de ellas, dando la vuelta a la sala, decía a las personas que saludaba al paso:

—¿Quieren que tomemos algo juntos? Aquí está mi bolsa.

Y echaba sobre el mostrador un saquito de piel de gamo, repleto de oro.

Con su cara de facciones regulares, era muy bonita y vestía espléndidamente. Era una colegiala de Sacramento, que se había dejado deslizar de California al Oregón y del Oregón al Clondic, o, por mejor decir, a Dawson, porque nunca había

visto el río. No hubiera sido para ella de ninguna utilidad. Era la más elegante de la población, y mantenía a distancia a todos sus admiradores. Decíase que había rescatado una hipoteca de diez mil dólars sobre una finca perteneciente a su madre, cerca de Sacramento. Corría también el rumor de que poseía un cinturón hecho con una cadena de oro de mil dólars, y que si hubiera querido «liquidar su situación», había podido dejar el país con cincuenta mil dólars.

Aquella noche me divertía en seguirla con los ojos durante una hora; entre las mesas de ruleta y el bar, debió gastar muy bien mil dólars. Perdía y pagaba con flema imperturbable y un aplomo que no se desmintió un momento. La manera que tenía de jugar probaba, por lo demás, aptitudes y conocimientos infinitamente superiores a los míos. Cierto es que yo, durante los tres años pasados en el Clondic, no puse nunca un dólar en una mesa de faro o de ruleta. La cosa no me tentaba mucho, y de otra parte, estaba mal iniciado, y además estaba bien decidido a no gastar en Dawson nada que hubiera podido servirme en mis minas. Pensaba que había allí un campo más profundo y más rico, y lo cultivaba consagrando todos mis esfuerzos, esperando el momento en que, habiendo plenamente triunfado, pudiera marcharme con alegría y exclamar, como Montecristo: «¡El mundo es mío!»

Vi a un hombre perder veintiún mil dólars en una noche al faro; el mismo perdió otros cinco mil dólars durante la semana. Pagó moneda sobre moneda; pero esto disminuía sus recursos, debilitaba sus nervios y perjudicaba a su reputación.

Había que luchar contra mil tentaciones durante aquellos meses maravillosos de otoño, Agosto y Setiembre de 1899. Era la mejor estación del año. Entrábase oro en la ciudad a lomo de caballo. Cuando los mineros se decían entre sí el oro que habían encontrado, se contaba, no por dólars u onzas, sino por libras. ¡Oh tiempos felices! Los barcos aportaban todos los días objetos de lujo. Comíamos entonces ostras frescas, terrinas de *foie gras*, naranjas, melocotones, albaricoques, golosinas...

Veíase a menudo a un robusto minero, de rostro claro y respirando salud, de ojos brillantes y miembros sólidos, ir lentamente por la calle principal, entrar en cada taberna y convidar a todos los que se encontraran, cualquiera que fuese el número, a medio dólar por cabeza. Llevaba los bolsillos llenos de frutas y golosinas.

—Vamos, Steve, bebamos. Y vosotros, compañeros, acercaos. Tomad una naranja, hacedme el favor. Acaban de llegar de Vancouver en el *Sofía*. No valen más que cincuenta cientos cada una, no es nada. Yo no he comido nada tan bueno desde mi niñez. Toma, patrón, ahí tienes mi saco. Cóbrate, pero no me robes.

El patrón no robaba, pero ponía, naturalmente, buen peso en las balanzas, sirviéndose del polvo de oro. Esta operación ascendía a veces, en los establecimientos mayores, a cien dólars cada veinticuatro horas.

XIII

Invierno de 1899.

El agua empezó a helarse en el Bonanza el 22 de Setiembre de 1899. No había caído aún mucha nieve; pero la temperatura había bajado mucho desde hacía una quincena. El 1.° había yo dejado el trabajo de noche. Entre las diez y las once, los rayos del sol ablandaban la superficie del hielo en los riachuelos, lo que nos permitía sacar agua; lo aprovechábamos para trabajar sin descanso lavando la grava hasta las siete o las ocho, hasta el momento en que volvía el hielo. Durante las diez horas en que teníamos agua, cuarenta hombres trabajaban sin perder un instante, porque la extracción del lodo se hacía muy de prisa. Por la mañana, cuando el hielo empezaba a fundirse, el agua corría lentamente sobre las piedras, y activábamos también el deshielo con agua caliente y vapor que

un tubo aportaba de las calderas. Se pierde mucho más polvo de oro cuando el agua está muy fría. Cuando se hace pasar la corriente por las lavadoras llenas de lodo, la grava se desagrega, y el oro cae en el fondo del recipiente tanto más de prisa cuanto más fuerte es la corriente. Pero cuando el agua que llega es fría y contiene partículas de hielo, parece que tiene cierta afinidad para el oro; se desliza por encima de los peines y se escapa burbujeando como agua de jabón. A los mineros no les gusta lavar el oro en lavadoras con tiempo frío, y repasan cuidadosamente lo que ha quedado, para ver si no han perdido más oro del que habitualmente se pierde; porque siempre se pierde un poco, incluso con los nuevos procedimientos perfeccionados que emplean actualmente. He sabido que en algunas minas muy ricas de Eldorado, algunos mineros ganaban hasta veinte dólars al día pasando por tamiz los restos abandonados. Pero en ese río las minas eran de una riqueza excepcional, y además se las explotaba en 1897 y 1898, época en la que las gentes eran más descuidadas y menos previsoras que hoy. Pienso que en mis minas, las pérdidas podían elevarse al cinco por ciento, no más seguramente. Todavía se me antojaba esto mucho, y hacía cambiar continuamente la forma y las dimensiones de las máquinas de lavar, el espesor y la dirección de los peines; disminuía o aumentaba la fuerza de la corriente para remediar este inconveniente. Varias veces al día lavaba la grava que había salido de las máquinas; y si hallaba uno o dos granos de polvo de oro de más que la proporción ordinaria, mareaba al contramaestre y a los hombres que lavaban y manejaban las vagonetas, invitándoles a aportar alguna mejora, haciéndoles cambiar algo, muy a menudo en balde. Hacía ensayar todo. Sólo con esfuerzos y ensayos repetidos, así como con la experiencia, se puede realizar algún progreso.

Cuando el hielo hizo presa en los riachuelos, despedimos a la mayor parte del personal de la mina y nos preparamos para el trabajo del invierno. Nos pusimos, como en otro tiempo, a extraer grava de las galerías y sus ramificaciones. Las vago-

netas, por sus railes, llevaban esa grava al pie de la colina, y se la amontonaba en pilas enormes a la orilla del río, en espera de poder lavarla cuando la vuelta de la primavera trajese el deshielo y las aguas tan esperadas reanudasen su curso de las montañas al mar. El trabajo consistía en dos operaciones bien distintas: había primeramente que extraer la grava, lo que ocupaba todo el invierno; después, el lavado, en la primavera. El trabajo de invierno es, naturalmente, mucho más costoso. Todo entonces es más caro. Se ve uno retrasado por muchas cosas, y los hombres no pueden trabajar ni tanto tiempo ni tan fructuosamente como en verano. Sin embargo, cada tonelada de grava que se sacaba de la mina, era para mí un paso hacia la liberación y me aproximaba al mundo, a Londres, a París, al Nilo, a mi querida California. Así empleé treinta hombres durante el invierno, y en la primavera tenía dos pirámides de lodo que se elevaban a mucha altura en la orilla. No había más que lavarlas cuando el agua llegara. Bauticé a mis pirámides con los nombres de Cheops y de Chefren. No eran ni tan altas ni tan duraderas como sus homónimas egipcias. Sin embargo, distrajeron mi espera y me permitieron pensar, al contemplarlas, en la alegría que tendría al ver de nuevo las otras.

Permanecí en la mina hasta mediados de Noviembre. Mientras tanto, me construí un hotelito en el flanco de la colina, cerca de la entrada de las galerías mineras, e hice construir también un comedor con una cocina para los mineros. Tenía la intención de emplear cien hombres al verano siguiente, y estaba en el deber de proveerlos de alojamientos confortables. Y además, tenía necesidad de una habitación cómoda y situada todo lo cerca posible del lugar en que trabajaba en aquel momento, para mi secretario y para mí. No había tardado en reconocer que era sumamente incómoda la oficina construída apresuradamente el año anterior; estaba muy alejada y era demasiado expuesta. Tanto hubiera valido vivir en la calle.

Mi secretario debía volver en primavera. Estaba actual-

mente en San Francisco, y haría el viaje por el hielo. Comprendía que me sería de gran alivio un ayudante inteligente, tanto más, cuanto que las responsabilidades deberían ir aumentando en lo sucesivo y tendría que ejercer una vigilancia cada día más activa.

Determiné el lugar de las nuevas galerías y ordené empezar los trabajos. Compré por contrata cuerdas de leña, a veinte dólars la cuerda, que debían entregarme en el verano siguiente, antes de empezar el deshielo; porque un tiro de caballos, que podía arrastrar un trineo cargado con dos cuerdas y media de leña sobre una pista de hielo, no hubiera podido acarrear una carga mitad menor sobre nieve deshelada y fango que, a fines de primavera y principios de verano, cubrían el suelo y tapaban la pista. La leña se cortaba en los bosques situados a unas cinco millas de la mina, en las montañas al Este del riachuelo Adán. Estos bosques comprendían sobre todo olmos, abetos, algunos pinos y hasta cedros de tamaño medio. Había también, en el bosque de Alaska, algunos álamos del Canadá. No faltaban leñadores. El país estaba lleno de hombres que buscaban trabajo; pero aquel invierno no había más que un número relativamente restringido de minas en explotación, y todas ocupaban un personal muy reducido. Empezábase a comprender que la mejor estación para trabajar en las minas es el invierno. Por esto, los mineros que no hallaban trabajo durante el invierno, iban a Dawson, compraban provisiones, buscaban un compañero o dos, y marchaban a los bosques, en donde plantaban su tienda para cortar árboles lo más pronto posible. La leña era muy solicitada, y un buen leñador podía ganar hasta siete dólars al día con un trabajo asiduo y penoso, talando árboles y cortándolos en los pedazos del tamaño requerido para ser vendidos por cuerdas. El trabajo no faltaba para los que querían trabajar, y, en una o en otra cosa, había dinero que ganar. Aunque el termómetro marcase de ordinario cincuenta grados bajo cero, el Clondic era un paraíso para todos, salvo, por supuesto, para los perezosos.

Cuando iba a Dawson, paraba en el hotel Macdonald. Era un bonito establecimiento de dos pisos, bien acondicionado, comprendiendo en el de arriba las habitaciones, y en el bajo un bar y un comedor. El método de calefacción era sencillo y verdaderamente práctico. Al pie de la escalera, en el *hall,* había una amplia estufa de un nuevo sistema perfeccionado, muy elegante y enteramente niquelada. Llena de combustible, caldeaba suficientemente toda la casa durante los días más fríos. Era una especie de calorífero, del que partía una verdadera red de tubos que irradiaban alrededor, y subían y bajaban, a lo largo de los pasillos a los que daban las puertas de los cuartos. Si se tomaba la precaución de dejar la puerta entreabierta al salir, los tubos que pasaban por los corredores y subían hasta los techos llevaban bastante calor a las habitaciones para hacerlas completamente habitables. Pero debo decir que en tales habitaciones no se abrían nunca las ventanas desde Noviembre hasta Marzo inclusivamente. Eran ventanas dobles, de cristales gruesos, que, sin embargo, daban una claridad suficiente. Había en todas partes alfombras, en los cuartos, en el *hall* y en los pasillos. Las habitaciones estaban bonitamente amuebladas, y la casa tenía un aspecto alegre y familiar. Yo me sentía regenerado, fortificado y lleno de entusiasmo. Y cuando hube oído las sencillas canciones que cantaba Anita Lauria, acompañándose al piano, en la habitación del señor Macdonald, me pareció haber entrado por completo en el círculo del mundo civilizado.

Dawson estaba muy cambiado. Era difícil comparar el Dawson del invierno de 1898, con sus cabañas de una sola pieza, sus habitantes mal vestidos, sus calles interceptadas por troncos de árboles, y el Dawson del invierno de 1899, con sus casitas bien acondicionadas, de varios pisos, sus habitantes bien vestidos, y sus calles claras y bien trazadas. Era una transformación.

Hacía tanto frío como el invierno anterior, pero no lo notábamos. Estábamos aclimatados. Nuestro cuerpo se había he-

cho a aquel género de vida y a las condiciones de la existencia en aquellos países, por su bien, porque nunca habíamos estado de mejor salud y nunca habíamos tenido el espíritu tan vivo y tan claro. En vez de temblar de frío y de estremecernos acurrucados junto al fuego, salíamos, andábamos al aire libre y jugábamos al tennis sobre el hielo liso y claro del río, con patines. Dimos carreras en trineos de perros remontando el Clondic, lo que nos producía tanto bien como placer. Pronto se puso muy de moda para las señoras guiar ellas mismas tiros de perros, y hacer cortas excursiones a cinco y seis millas de la ciudad; dirigiendo solas como los conductores más prácticos. Llevaban faldas cortas, botas de paño, tocados de pieles y mitones; pero nunca se les vió abrigos de piel ni siquiera de simple lana; ni llevaban manguitos en aquellas excursiones, aunque el frío fuera extremadamente vivo y el termómetro descendiese de una manera espantosa. Consideraban con dulce piedad a las mujeres *chzechakas* que habían llegado al Clondic en el verano o el otoño último. Estas, desde principio del invierno, no salían a la calle sino impulsadas por una necesidad absoluta y cuando verdaderamente no podían hacer otra cosa; y cuando lo hacían era vestidas de espesas pieles, que les daban la forma de una bola y las semejaban a un puerco espín. He visto a una señora que llevaba tres inviernos en el Clondic, pasar por la calle riendo, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes; se había echado atrás su gorra de piel, y charlaba con sus amigas, tan tranquila y descuidada como si, en vez de cuarenta grados bajo, el termómetro hubiera marcado cuarenta grados sobre cero.

Tom Chislom no llevaba jamás en la cabeza sino un viejo sombrero de jipijapa. El capitán Scarth, que salía sin guantes y sin mitones, no tuvo nunca un dedo helado.

Yo había ido a Dawson para pasar un invierno agradable. Sabía ahora que nuestras minas eran buenas y me producirían mucho el verano siguiente. Estaba satisfechísimo de haber venido al país, y resolví divertirme un poco. Como había vivido

en una mina todo el verano, conocía pocas mujeres y muy pocos hombres en la ciudad. Pero pronto hice conocimientos, y al poco tiempo ofrecí una comida a algunos de mis nuevos amigos.

El restaurant era famoso, sobre todo, por sus precios excesivos. Sin embargo, yo no tenía donde elegir, porque necesitaba ir a aquél o no hacer nada. Había otros, pero que no tenían salas suficientemente vastas para dar una gran comida, y a las que, además, no hubieran podido ir mujeres distinguidas, lo que ponía fin a la cuestión. Enviamos unos hombres a la montaña a buscar helechos, que permanecen siempre verdes bajo la nieve, y que encontraron con bastante facilidad ahondando. Tuvimos también otras plantas de adorno, con las que engalanamos la sala. Nuestros músicos, en número de cinco, no concertaban quizá con todo el rigor apetecible, y ocurrió que a veces su armonía era algo discordante; pero debo hacerles la justicia de decir, que individualmente sus instrumentos podían ser siempre oídos y distinguidos. Sus melodías eran sencillas; eran aires viejos. Preferíamos siempre los que ya conocíamos, o, en su defecto, los que debían ser familiares a los músicos. Reproduzco aquí la lista de mi comida, y no creo que se la juzgue mal, dados la época y el lugar.

MENU

Ostras Baltimore.

Sopa.
Consommé Imperial.
Jerez.

Pescado.
Sombra del Clondic.—Colihan de Alaska.
Sauterne.

Ensalada.
Langosta.

Entradas.

Hígado de ave.—Empanadas de pollo.

Clarete.

Hors d'eouvre.

Asado.

Vaca.

Champagne.

Caza.

Ptarmigan con setas.

Legumbres.

Guisantes. — Espárragos.

Oporto.

Postres.

Tortilla al Ron. — Queso Roquefort.

Frutas frescas.—Nueces.—Uvas.

Jeréz.

Café.—Licores.

Las ostras en conserva eran un verdadero dón de los dioses, y acababan de llegar de White-Horse, en trineo de perros. Hombres y mujeres vestían de etiqueta. La manera que tuvieron algunas de procurarse el traje es toda una historia. No había en toda la ciudad sino un solo sastre, y confesaba no haber hecho nunca un frac en su vida, por haber ejercido siempre su profesión en los países situados por encima de los cincuenta y tres grados de latitud. De otra parte, los exploradores que iban al Clondic en busca de fortuna, se dejaban, como es natural, los trajes en casa, y hasta entre los oficiales que residían en Dawson aquel invierno, muy pocos tenían en su ropero el uniforme de gala o el frac de paisano. Pero las mujeres, seres previsores y que piensan en todo, se habían mostrado prudentes y no se habían dejado nada tras ellas. Ellas nos pidieron, a nosotros los hombres, que nos vistiésemos «como caballeros», y les obedecimos.

Mi ejemplo fue prontamente seguido. Se dieron otras comidas, y hasta un baile algo más adelante, por San Andrés. De los anglo-sajones que había en Dawson aquel invierno, los más eran escoceses, que hubieran formado la mayoría de la población de Dawson si no hubiese sido por los canadienses. Los escoceses y los suecos han predominado siempre en esos países del Norte.

Todos los que pudieron procurarse el traje de rigor acudieron. Se pilló literalmente la ciudad para hallar telas y todo lo necesario para hacer trajes de un color y un corte convenidos. Toda mujer que sabía cortar y coser estaba ocupada, ya para sí misma, ya para un amigo, a menudo para un amigo y para ella misma a la vez. Los sastres surgían por todas partes, como hombres de Cadmo, y percibían sumas exorbitantes por trajes que pretendían «hechos a medida».

Dawson se convirtió en pocos días en una ciudad mundana. Me acordaba de los tiempos en que no se veían sino calzados de goma, de los tiempos en que nadie llevaba otra cosa que camisas de franela y abrigos de pieles. Pero se tuvo de repente la impresión de que los que no iban al baile estaban aparte del mundo y no pertenecían a la buena sociedad.

La comisión que organizó el baile se encontró en una situación de las más embarazosas para elegir las damas a que había que invitar; porque era preciso contar, de una parte, con las que querían ir al baile, y de otra, con las que se negarían a ir si algunas iban.

Había entonces en Dawson una media docena de mujeres cuya posición y reputación eran inatacables. Se reunieron sin ruido y se constituyeron en comité de examen. Todas las demandas hechas por las mujeres que querían ir al baile habían de serles sometidas, sin lo cual se negaban a ir al baile. Y si ellas no iban, claro está que no hubieran temblado las esferas, pero no hubiese habido baile. Censuraban las demandas sin merced. No hubo nunca gran chambelán cerca de una reina que examinase los nombres con cuidado más meticuloso, que

hiciera más investigaciones, que se mostrara más severo que aquel Consejo de los Seis. Y estaban bien enteradas, ¿Quién las informó y cómo supieron lo que sabían? Misterio. Aquellas pocas mujeres, que vivían tranquilamente en sus casas, que pocas veces se las veía en la calle, que no trataban sino a un número restringido de amigas, conocían a toda mujer de la ciudad en los detalles más íntimos de su vida, estaban al corriente de su situación actual y hubieran podido contar la historia de su pasado, y hasta quizá—¿por qué no?—la de su porvenir. Empezábase a murmurar que Miss Larkin era una divorciada de Seattle, que Miss Bertrand tenía un marido y dos hijas en San Francisco, que Mrs. Charles no estaba casada con Mr. Charles, que el marido de Miss Godchaux había venido de Ottawa a Dawson el otoño último, y que ella le había convencido, merced a numerosos regalos, para que se volviera y la dejase en paz.

Tales eran las mujeres que tenían una situación digna, que eran respetadas en la ciudad y consideradas como las mujeres más honradas del mundo. En cuanto a las numerosas bellezas errantes que frecuentaban las casas de juego, no estaban comprendidas en la proscripción, porque no figuraban en la lista de las que se presentaban.

Sin embargo, cuando llegó el gran día, el número de las mujeres presentes pasaba con mucho de ciento, y Dawson pudo felicitarse de poseer, a pesar de este procedimiento de selección, tantas bellezas puras e irreprochables.

Al poco tiempo se celebró la comida de los ex-cadetes de la Escuela Militar del Canadá. Fue la fiesta más simpática y que mejor resultó. Pronunciáronse discursos y brindis con buen vino, que no faltaba, y todos aquellos uniformes de oficiales alrededor de la mesa hacían pensar en un banquete en el Hotel Cecil.

Nos hacíamos completamente ciudadanos. Sin embargo, seguíamos sin telégrafo, el correo era de una lentitud desesperante y poco seguro, y no recibíamos periódicos. Varias per-

sonas dejaron el país por tierra, pero muy pocas llegaron.

A decir verdad, estábamos casi tan aislados del mundo como en el invierno anterior, a pesar de nuestros progresos aparentes. Así fue que nos dedicamos por completo a nuestros deportes y a los placeres locales, para tratar de olvidar un poco que estábamos, en suma, proscritos del mundo civilizado.

Un hospital fundado por jesuítas había sido, durante los años de 1897 y 1898, el único refugio para los mineros enfermos del Clondic. Se había gastado mucho en pro de los enfermos y los indigentes; y alguien tuvo la idea de organizar un bazar y una venta de caridad a beneficio del Hospital. Inmediatamente se reunió un grupo en los cuarteles, que discutió la proposición, la aceptó y eligió una comisión conveniente. La señora capitana Stames fue nombrada presidenta de la sección de mujeres, y a mí se me otorgó la presidencia de la sección de hombres. Nosotros debíamos ocuparnos de todo y tomar la dirección del asunto. La señora de Stames era una francesita canadiense picante, viva y animada, sumamente simpática. No era menos enérgica e inventiva que espiritual. La apodamos la *caporalita*. Su marido, el capitán, que era de origen inglés, como su nombre lo indica, era en aquella época el segundo jefe de la policía; además, juzgaba los procesos relativos a los delitos de poca monta. Se temían y se respetaban sus juicios y sentencias draconianas. Gracias a él y a su severa jurisdicción, los mineros no se embiagaban demasiado, y las luchas no eran demasiado frecuentes. Cuando la policía había expuesto los motivos de una detención:

—¿Qué tiene usted que decir en su defensa?—preguntaba el magistrado al detenido.

—Pues bien, mire Vuestro Honor. Yo había salido con Fred Olsen para ir a echar un traguillo... y todo lo que recuerdo, es que Jim, aquí presente—y señalaba al policía—me tumbó en la nieve. Era el traguillo, señor, ese maldito licor que fabrican ahí abajo, al Oeste de Dawson... Y que me condene si...

—Sesenta dólars de multa o treinta días en las pilas de leña. Vamos al otro suceso—decía el capitán.

Harry Nunn fue detenido una vez por la misma razón y llevado ante el juez. Harry y Starnes se conocían muy bien; pero cuando actuaba, el capitán se hacía inflexible como Radamanto. Tenía una elevada opinión de lo que debe ser la dignidad de un tribunal. Así, cuando Harry apareció en compañía de algunos conductores de trineos, detenidos como él, en la audiencia de la mañana, con las facciones tan descompuestas que parecía haber pasado diez noches en vez de una en la cárcel, el tribunal pareció consternado.

—Comprenda usted, capitán...—dijo Harry, que todavía no se había repuesto bien.

—Yo no soy el capitán aquí. Soy el magistrado.

—Pues bien, *¡all right!*, magistrado. Comprenda usted que yo estaba sencillamente tumbado en la acera para refrescar mi mente febril, cuando este animal—y señalaba a quien le había detenido—vino a perturbar mis sueños. Era un insulto grosero. Yo estaba tan borracho como ahora. Le denuncio, pues, y doy queja ante este augusto tribunal.

El tribunal hizo entonces observar que Harry se había metido las manos en los bolsillos de su pantalón, lo que constituía una imperdonable infracción al código de las conveniencias.

—¿Dónde tiene usted la manos?—preguntó el juez con retintín.

—Pues en el extremo de mis brazos—contestó el acusado.

—¿Dónde tiene usted las manos?—volvió a preguntar el tribunal con tono glacial.

—¿Pero dónde demontre quieren ustedes que estén sino aquí, en mis bolsillos?—afirmó solemnemente Harry, completamente inconsciente de su delito y sin cambiar las manos de posición.

El tribunal se levantó.

—Sí, en los bolsillos; en donde no deberían estar nunca

mientras que es usted interrogado por el tribunal. Se lo he advertido dos veces. Oficial, lleve este hombre a la carcel y téngale en una celda durante veinticuatro horas. No deje que le vea nadie.

Harry fue llevado fuera de la sala, sin que comprendiera bien por qué ni cómo. Necesitóse que intervinieran media docena de personajes muy influyentes, entre ellos el oficial superior de Starnes, para que se nos permitiese ver al desdichado Harry. Y tuvo que cumplir sus veinticuatro horas de arresto.

Pero vuelvo a mi bazar. No había más que una sala adecuada, y pertenecía a Charley Meadons. Este Charley, como ciertas damas de Dawson, tenía también una historia. Había vivido mucho tiempo en el Colorado, en Méjico y en varias ciudades del Oeste; se había batido con los indios y hasta había sido sherif de Arizona. Alto, apuesto, arrogante, con largo pelo negro y ojos brillantes, representaba bastante bien el tipo de Buffalo Bill; y ciertamente, el célebre cazador no era más hábil que él para montar a caballo y cazar en la pradera.

En el mes de Agosto de 1897, Charley vagaba por Dawson, en compañía de un escritorzuelo ambulante. Era el invierno en que se reconoció la riqueza del país y la presencia del oro, sin poder todavía hacer cálculos precisos sobre la duración probable de una explotación o sobre la cantidad de oro sepultada en el suelo. No obstante, había gentes que consideraban las minas como inagotables; todos los días se presentaba algún nuevo millonario en las casas de juego procedente de los ríos. Charley y su amigo Virgín sugirieron a aquellos señores la idea de publicar un periódico del Clondic, que contuviese la historia del país y en el que relataría, en compendio, la historia de cada uno de dichos millonarios. Su idea recibió inmediatamente un asentimiento universal, y al mes los dos amigos marchaban por el hielo, en pleno invierno, con cuarenta mil dólars.

El periódico del Clondic debía publicarse en San Francisco, y, en consecuencia, Charley retuvo media docena de ha-

bitaciones elegantes en el hotel Baldwin. Pasaron varios meses. Por fin, un buen día, entre dos botellas, decidió componer una hoja que hizo imprimir. El documento estaba enriquecido con horribles retratos de los nuevos millonarios del Clondic, y contenía una historia de sus vidas. Esto era todo. Fueron distribuídos ejemplares a cuantos los pedían, y en todo el país estalló una carcajada general. Charley volvió al verano siguiente sin Virgín. Este prefirió quedarse en su casa con buen instinto; el recibimiento que se hizo a Charley no fue entusiasta; le amenazaron, y si Dawson hubiera sido una población americana en vez de una población canadiense, habría habido tiros. Pero éste era un entretenimiento al que eran poco aficionados los canadienses. Estas gentes meten en la cárcel a los que cambian balas en público. Por esto no le ocurrió nada a Charley, y gracias a estas costumbres pacíficas salvó la pelleja. Después de todo, no se podía censurar a Charley; había explotado abiertamente la vanidad y la ignorancia de aquellos individuos, sin realizar nada delictivo. Pero se apartaban de él, le huían. Al cabo de unas cuantas semanas, se asoció con varios artistas, y arregló un teatro en Dawson. Justamente, el teatro estaba libre durante aquella semana de Navidad. Se alquiló para organizar el bazar, porque era la única sala en condiciones que se podía encontrar. Abrióse, pues, el bazar, y todo el mundo aplaudió la idea. Yo hice distribuir el programa de inauguración. Teníamos trozos para piano y violín, solos, coros, cuadros vivos y bailes que duraron toda la noche. Sesenta y cinco mujeres, que habían cosido o bordado durante semanas, vendían artículos de fantasía a los bravos mineros, detrás de los mostradores, a precios fabulosos. Cuando el reloj dió las once y media, se quitaron las mesas que formaban los mostradores de venta del bazar, y se dejó la sala despejada. Entonces, a razón de un dólar el baile, los hombres pudieron bailar con las damas hasta la una de la mañana. Los establecimientos de baile y de juego de Dawson estuvieron casi completamente desiertos durante aquella semana.

Las damas del bazar expresaron el deseo de ver bailar y cantar, si la cosa era posible, a las actrices de los dancing-halls de la ciudad. Como es natural, ellas no podían ir a aquellos establecimientos, y, por lo tanto, se veían privadas de esta diversión. Se habló a las artistas, que contestaron con alegría. Aquellas pobres muchachas estaban satisfechísimas de hallarse en la misma sala que las damas distinguidas, y de representar, por una vez, papeles decentes.

Lo único que nos embarazaba era la elección. Había una muchacha, una *contorsionista*, que nos dijeron que tenía una reputación demasiado mala para que se la pudiera invitar. Por esto, después de haber estado en el programa para el jueves siguiente, recibió la víspera un recado diciéndola que no podían aceptarse sus servicios. La pobre criatura lloró a lágrima viva. Comprendía que, esta vez, estaba bien caída, y para siempre, puesto que se la condenaba al ostracismo. Suplicó que se la concediese el privilegio de mostrarse por una sola vez en el bazar antes de su clausura, y amenazó, si se lo negaban, con suicidarse.

Con el consentimiento de la señora de Starnes, le permití que, la última noche, acudiese a realizar sus ejercicios, y—cosa bastante curiosa de observar—las damas la acogieron de la manera más cordial. En seguida se encargaron de cuidar de la pobre muchacha. Era bonita, con una cara simpática, y concluyó por casarse con un rico minero.

El bazar produjo, libre de gastos, doce mil dólars para los pobres; sirvió, además, para que las gentes se relacionasen, y dió origen a que se anudasen en el Clondic las amistades más íntimas que nunca hayan existido.

El 22 de Febrero, los americanos dieron una comida a los ingleses, y fue el autor de este libro quien la presidió. Cada americano debía invitar a un inglés. Eramos cincuenta a la mesa, y la charanga militar amenizó el banquete. Ingleses y americanos rivalizaron en ingenio y amabilidad, y nos separamos blandiendo tantas botellas como banderas, habiendo

perdido un poco la noción exacta de las cosas, pero capaces, sin embargo, de cantar hasta el fin «Auld Lang Syne».

XIV

El río Galena.

En 1899, poco antes de que cayeran la primeras nieves, Arturo Wellman y Jim Gild hablaban juntos en la *Aurora*.

Wellman era de Sidney, y Gild procedía de Nueva Escocia.

—¿Cuándo ha llegado usted al país?— preguntó Arturo, mientras que empuñaba un sifón y llenaba de soda su vaso de scotch.

—En Junio último. Bajé el río en una almadía, pasando por Chilkoal y el lago Bennett. Teníamos muchas mercancías, que se vendieron bastante bien y nos proporcionaron algún dinero. He pasado el verano explorando el país, no queriendo contratarme a sueldo. Pero ahora me encuentro casi sin recursos. ¿Y usted?

—Yo he venido de San Francisco, por San Miguel, hace cosa de un mes—dijo Arturo.—He estado en algunas minas, pero todavía no he hecho nada. Tampoco me gusta contratarme y llevar la vida de un asalariado. Me parece que un hombre tiene algo mejor que hacer en el Clondic.

—Entonces, ¿busca usted una concesión?—preguntó Jim confidencialmente.

—Sí—contestó Arturo.

—Pues bien; ¿quiere usted, Arturo, que le diga algo en secreto?

—¡*All right*, Jim! Diga usted.

—Oiga: conozco unos suecos que han comprado todo un equipo en la *Alaska commercial Company* ayer, y que han marchado hoy. Sé que han ido al río Galena.

¿El Galena? ¿Dónde está? Nunca he oído hablar de él hasta ahora—exclamó Arturo.

—Voy a decírselo. ¿Conoce usted la isla de Montecristo, a unas cuatro millas de aquí, remontando el Yukon?

—¿La islilla que está cubierta de álamos del Canadá?

—Sí.

—¡Oh! ciertamente la conozco bien. Tengo un compañero que ha ido a instalarse allí y que corta leña para los vapores que pasan.

—Eso es. Precisamente enfrente, al otro lado del río, se encuentra el riachuelo Galena. No es muy largo, y no nos costará mucho encontrar a los suecos. Si se han instalado allí, seguramente tienen alguna razón para hacerlo. Vámonos juntos. Compremos un equipo barato y sigámosles. Tal vez nos haremos ricos. Es un nuevo río que todavía no ha sido explorado.

—No sé—dijo Arturo con cierta duda.—No me gustan mucho esos riachuelos que no se conocen. Me parece que si hubiese oro allí, ya haría mucho tiempo que lo hubieran encontrado.

—Pero ¿qué va usted a hacer durante el invierno? — preguntó Jim.

—¡Ah! no lo sé—contestó Arturo.—Me parece que si tengo que buscar una colocación, me valdría más volverme a Sidney. Puedo colocarme en cualquiera parte. Oigame: le voy a proponer una cosa—añadió volviéndose de manera que se puso de frente a Jim.—Iré con usted a ese sitio a probar fortuna, pero a condición de que hagamos entre los dos el siguiente convenio: Si en Navidad no hemos encontrado nada, me comprará usted mi parte de víveres y de provisiones, y me dejará usted marchar. Entonces abandonaré el país.

—Sea, trato hecho—aprobó Jim.—Vámonos en seguida á la *Alaska commercial Company*, y encargaremos lo que necesitamos. Ya encontraremos una canoa en alguna parte y podremos empezar a remontar el río mañana mismo. No tenemos tiempo que perder, y quiero ponerme desde luego a la obra.

En efecto, al día siguiente navegaban por el Yukon en

una barcaza cargada de toda suerte de provisiones, excepto de carne fresca. Estas especies de asociaciones se pactaban siempre muy rápidamente, y los contratos se ejecutaban siempre lealmente, sin que hubiera necesidad de escribir una línea o de apelar a testigos. Los hombres se fiaban unos de otros, en lo que tenían razón, porque no había nunca tramposos.

Gild y Wellman encontraron a los suecos, en cuya busca iban, a cosa de una milla del Yukon en el Galena. Uno de ellos, Nels Johanssen, conocía a Jim, y le contó que una vez él y su compañero habían encontrado un poco de oro en un agujero que hicieron; pero que habían hallado agua a una profundidad de ocho pies, antes de haber alcanzado la capa rocosa.

—No sé nada más—dijo el bueno de Nels.—Tal vez haya algo, quizá no haya nada. No le doy ninguna opinión. Le prevengo, sin embargo, que todo el mundo pretende que este riachuelo no vale gran cosa.

Y, empuñando el hacha, se volvió hacia un árbol caído y continuó su trabajo. Los dos ingleses se quedaron muy desilusionados; habían esperado que Johanssen podría decirles algo más preciso y más alentador. Sin embargo, continuaron remontando el valle, y finalmente, se establecieron a una distancia de unas cuatro millas del Yukon. En aquel lugar, el cauce del río se estrechaba, y, de haber oro, se le encontraría evidentemente allí, bajo la capa rocosa.

Tenían que esperar al invierno para empezar a abrir un pozo. Pero no por esto permanecieron inactivos, y ocuparon las semanas que siguieron a su llegada en construirse una cabaña con lechos, una mesa y sillas, en cortar leña para cocinar y deshelar el suelo, y en trasladar las provisiones y los útiles que se habían quedado en el fondo de la canoa. Todo esto constituía un trabajo largo y penoso. Tenían que trasladar todo a hombros, porque no tenían perros.

Por fin, a últimos de Octubre, cuando todo estuvo preparado y la cabaña bien acondicionada, el tiempo se puso lo suficiente frío para que se pudiera empezar a cavar.

—Espero que encontraremos una mina—dijo Arturo al encender la primera hoguera.

—Hemos trabajado de firme, y lo merecemos—contestó Jim.—Me pregunto qué es lo que pueden estar haciendo los suecos.

—Hace ya dos meses que estamos aquí, y no hemos visto a nadie—dijo Arturo pensativo.—Me gustaría llegarme a verlos; pero esta capa de nieve es demasiado espesa.

—Por mi parte preferiría carne fresca—dijo Jim.—No sé, pero no me siento muy bien.

Concedámonos un día de asueto y tratemos de matar alguna pieza. Debe haber caza por aquí.

—¡Oh! no, no. Descendamos primeramente hasta la capa rocosa, y veamos si encontramos algo—exclamó Wellman, impaciente por conocer el resultado.

Olvidáronse, pues, de los suecos y de la caza, y se pusieron a trabajar activamente, el uno arriba, maniobrando el cabrestante; el otro en el fondo del pozo, llenando los cubos. No pararon un día, y trabajaron cuanto pudieron, viviendo frugalmente de tocino, carne salada de cerdo, judías y una especie de pan que hacían ellos mismos con harina. En el momento de comprar sus provisiones, se encontraron con que las conservas de carne y legumbres eran muy caras en Dawson. Así es que no habían podido comprar muchos de esos artículos inapreciables. Habían marchado con la intención de instalarse más completa y cómodamente cuando hubieran encontrado oro.

El suelo era muy difícil de trabajar, porque era muy poco consistente y se desmenuzaba. Tuvieron que ir revistiendo de madera los paseos a medida de ir ahondando. La capa rocosa estaba mucho más lejos de la superficie del suelo de lo que pensaban, y no la encontraron hasta una profundidad de cuarenta y cuatro pies. Esto era ya un mal signo; porque cuanto mayor es la profundidad de la capa rocosa, tanto menores son las probabilidades de encontrar oro. Es un axioma en el Clon-

dic. Sin embargo, perseveraron animosamente, aunque Gild se sentía cada vez peor. Tenía las piernas torpes y los ojos turbios. Sus brazos no tenían ya fuerzas para dar al cabrestante. Tuvo que descender al fondo del pozo y cambiar de puesto con Arturo.

Sin embargo, seguía teniendo buen apetito, conservaba vivo el espíritu, por lo que no le inquietaron sobremanera semejantes síntomas; continuó trabajando animosamente, sin preocuparse, en su afán febril de llegar a la tan deseada capa rocosa, la cual fue por fin descubierta dos días después de Navidad. A los ojos de un minero experimentado, no presagiaba nada bueno, porque era dura, lisa y sólida. Cuando la capa rocosa contiene oro, está por lo general inclinada, y la roca es rompediza; se puede romperla fácilmente con un martillo o un pico. Ahondaron hasta una profundidad de dos pies en la roca y pusieron la capa al descubierto en una superficie bastante considerable; pero en ninguna parte les reveló nada la presencia del oro.

Al domingo siguiente, Wellman bajaba para ir a ver a los suecos, mientras que Gild se quedaba en la cabaña; se sentía enfermo, cansado y descorazonado.

Arturo volvió a una hora avanzada de la noche; la nieve era profunda y había tenido que abrirse una pista. Su rostro estaba pálido. Sentóse fatigosamente, sin decir palabra.

—¡Ah!—dijo Jim con ansiedad,—apostaría a que no han tenido más suerte que nosotros.

—Peor que eso—dijo Arturo.

—¿Peor?

—Peor o mejor, como quiera usted; se han marchado.

—¡Cómo! ¿Lo han dejado todo?

—Sí, sus pozos están cegados. Han quemado toda su provisión de leña. No queda nada. Costaría trabajo encontrar su cabaña. Han abierto cuatro pozos, mientras que nosotros no abríamos más que uno. Creo que este río no vale nada, Jim, y que hemos perdido el tiempo y las provisiones.

Los dos hombres se sentaron en silencio y se acercaron pensativos a la estufa confortante. No se quejaban y no se hacían mutuamente ninguna recriminación; sabían que tales son los azares del Clondic. Pero Jim se sentía cada vez peor; estaba más enfermo de lo que Arturo y él mismo pensaban. Arturo se levantó, y dijo:

—Ya se acuerda usted de nuestro convenio. Dijimos que si no habíamos encontrado nada en Navidad, me marcharía.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien, cuando hayamos comido, examinaremos la cuestión de las provisiones—añadió Arturo.—Creo que no tendrá usted gran cosa que pagarme.

—No llegará a una docena de onzas—contestó Jim con sonrisa dolorosa.

No quedaba, en efecto, gran cosa, y una onza y media de polvo de oro que Jim tomó de su bolsita arregló toda su deuda con Arturo. Al día siguiente, por la mañana, Jim dijo a Arturo:

—¿Quiere usted cortarme leña antes de marcharse, Arturo? Yo no me siento muy fuerte.

—En ese caso, ¿por qué no se vuelve a Dawson conmigo? ¿Por qué no abandonar este condenado agujero?—exclamó Arturo.—Un hombre sano no debería quedarse nunca solo en el Clondic; con mayor razón un enfermo.

—Me siento demasiado fatigado para marcharme hoy, es la verdad—replicó Jim.—Además, no tengo mucho dinero, y la vida es cara en Dawson. Me quedaré aquí todavía cosa de una docena de días, hasta que mis provisiones se hayan agotado, y luego, cuando me encuentre mejor, remontaré el Yukon y trataré de encontrar trabajo en los riachuelos.

Arturo no pudo hacer que Jim cambiara de resolución. Derribó, pues, unos cuantos árboles y los cortó en pedazos del tamaño requerido para echarse a la estufa; luego llevó una gran pila al interior de la cabaña. Hizo un montón con el resto, que

colocó en el interior, delante de la puerta, de tal suerte que Jim pudiese alcanzarlo sin casi salir de la cabaña. Luego, después de haber cenado, se despidió cordialmente de su compañero y marchó aquella misma noche a Dawson. La distancia no era más que de una docena de millas, y cuando hubo llegado al Yukon, encontro la pista, siempre frecuentada, que va de White-Harse a Dawson. La semana de Navidad de 1899 ha quedado memorable por sus magníficas auroras boreales. Eran tan brillantes, que su claridad cegaba la de las estrellas, como el sol, e iluminaban las pendientes nivosas de las montañas como una lámpara de plata suspendida en el cielo. Pero una aurora boreal que se manifiesta durante la noche indica una temperatura extremadamente baja, y los indios no salen nunca de sus chozas cuando ven brillar en el cielo esas luces resplandecientes.

El pobre Jim, enfermo, hubo de comprobarlo la misma mañana que siguió a la marcha de Wellman. Cuando están dos hombres en una cabaña, siempre hay uno de los dos que vele e impida que se apague el fuego. Pero Jim estaba enfermo y débil, y se sintió helado antes de poder encender un poco de fuego en la estufa rodeada de hielo. Todo el día estuvo apelotonado junto a la estufa, habiendo conservado estrictamente las fuerzas necesarias para calentarse y comer un poco de tocino y de judías. A sus piernas debilitadas les costó trabajo llevarle hasta la cama en que se metió. Aquella noche se apagó el fuego por falta de combustible, y a la mañana siguiente Jim no pudo levantarse. Sus encías comenzaban a hincharse y a dolerle; sus piernas sobre todo le hacían sufrir cruelmente, y de pronto, como un relámpago, le ocurrió el pensamiento de que estaba atacado de escorbuto. No tenía nada de raro. Llevaba casi cuatro meses sin probar un bocado de carne fresca, viviendo de carnes y legumbres en conserva, saladas y casi rancias.

Al tercer día, comprendió que le era absolutamente preciso hacer un esfuerzo o resignarse a morir. Consiguió deslizar-

se fuera de la cama y cayó pesadamente al suelo, donde quedó desvanecido. No debió de permanecer así más de unos cuantos minutos, porque de otro modo, su cuerpo se hubiera puesto duro como un trozo de madera, y Jim habría muerto infaliblemente. Pero durante los instantes que estuvo sin conocimiento, sus pies y sus manos se helaron. Cuando recobró el sentido, se arrastró hasta la cama, a la que, gracias a prodigios de voluntad y de esfuerzo, logró subir. Allí permaneció tumbado durante treinta días.

En la pared, en una tablita al alcance de su mano, había un saco lleno de azúcar. A su lado había otro saco conteniendo un poco de harina, y en la mesa, cerca de la cama, había una vela, algunos fósforos y una taza de hierro. Recogía los pedazos de hielo que se formaban en la pared, con sus manos heladas. De estos trozos de hielo tenía una amplia provisión que aumentaba todos los días. Los derretía con ayuda de la taza, que ponía encima de la vela, para hacer agua. Echaba un poco de harina en el líquido tibio, y se tragaba la mezcla; después, a guisa de postre, comía un poco de azúcar.

Jim Gild vivió así durante treinta días, esperando, esperando siempre, ¿qué?, no hubiera podido decirlo, mientras que la nieve sepultaba la cabaña cada día un poco más y que aquella tumba viviente se iba haciendo cada vez más yerta. No perdió el conocimiento un solo instante, sino cuando un sueño bendito se apoderaba de él. Aunque, bajo sus encías infectadas por el escorbuto, sus dientes hubieran permanecido sanos, éstos empezaron a caerse, y él se los sacaba de la boca mientras que comía la harina mojada en agua. Sabía que nadie había venido al río Galena más que él, Wellman y los suecos, que todos se habían marchado y que él estaba solo. Sabía también que su cabaña se encontraba en un lugar por el que nadie pasaba nunca, y que estaba muy lejos de todos los caminos que se podían seguir para ir a Dawson. Sin embargo, mientras que respiraba, esperaba, aguardaba. Todos los días, con toda regularidad, alcanzaba un almanaque de pared y anotaba paciente-

mente los días y las semanas. Así, el último día del mes de Enero de 1900 marcó el día treinta de su muerte lenta. Su cuerpo helado estaba inmóvil y entumecido. Jim no era ya más que la imagen petrificada de un hombre. Su cabaña, cubierta por la nieve y por el hielo, no era visible, y reinaba perpetuamente en aquel sepulcro la más completa oscuridad. Era difícil imaginar una situacion más desesperada... Sin embargo, fue salvado. Cierto es, que para morir poco después en Dawson.

José Fox y tres compañeros suyos, que estaban acampados en el Yukon, remontaban aquel día el río Galena en persecución de un alce, cuyas huellas seguían en la nieve. Observaron en aquel valle desolado árboles cortados, lenguaje que todo *prospector* comprende. Siguieron las señales, y concluyeron por caer casi sobre el techo de la cabaña. El tubo de la estufa que atravesaba el techo estaba completamente recubierto y sepultado por la nieve. Sin embargo, lograron abrirse paso y penetrar en el interior. Encontraron al pobre Jim helado, inmóvil y casi muerto en la cama. Los bravos muchachos encendieron inmediatamente fuego y le hicieron tomar un poco de té y de sopa. Mientras tanto, dos de ellos volvieron a su campamento, tomaron un trineo y se abrieron una pista de cinco millas de larga que les condujo a la cabaña solitaria de Jim Gild. Le pusieron en el trineo, y aquellos hombres le condujeron cuidadosamente, hasta tiernamente, a su confortable albergue. Al día siguiente, lo transportaron a Dawson, en donde entró en el hospital.

Cuando salió de Dawson, hacía cinco meses, pesaba ciento cincuenta libras. Cuando volvió, pesaba exactamente setenta y cinco. Mientras que estuvo en el hospital, contó que, no la harina, sino el azúcar, es lo que le había permitido resistir tanto tiempo y conservar una chispa de vida; y que, si no la hubiese tenido, hubiera sucumbido al cabo de una quincena.

Hubo que amputarle los dedos al infeliz; pero, a pesar de

hábiles cuidados, no pudo resistir sus horribles sufrimientos; murió a las dos semanas y fue enterrado en el suelo helado del cementerio, en donde duerme hoy con tantos otros desconocidos que se jugaron la vida a ese terrible juego de azar del Clondic, y perdieron.

JEREMÍAS LYNCH

(*Continuará.*)

A LAS RUINAS DE FREJUS

Oh Foro Julio, aquí do, ha veinte siglos,
al compasado impulso de los remos,
las galeras en Accio victoriosas,
de bullidora espuma blanquearon
la linfa azul de dilatado golfo;
hoy, enfrente a los montes que, en la tersa
serenidad del cielo, alzan altivos
sus dentelladas cumbres; entre el verde
ondear de los pinos y las palmas,
y la muelle embriaguez de los aromos
agobiados al peso de sus áureos
racimos; mueve el paso vagabundo,
al tibio sol del provenzal invierno,
ya vestida de blanco, la extranjera.

Julio César aquí, con mente próvida,
rival te destinó de la rebelde
Marsella; al pie de estas murallas, míseros
restos de tu temible ciudadela,
tremolaron de Octavio los pendones;
y do hoy, envuelto en polvo, el automóvil,
tronante exhalación, pasa y se pierde,
cargados con las telas y la púrpura
de remotas riberas, amainaban
el cándido velamen los navíos.

Allá, so la rugiente gradería
del vasto anfiteatro, recreaba
el moribundo gladiador los ocios
de la plebe cruel; allí, en la escena,
el histrïón procaz la griega túnica
a las plautinas gracias desceñía;
y aquí do, en el establo, hoy la aldeana
llena feliz los tarros espumantes,
hábil esclavo, en tus pulidas termas,
del tepidario al regalado ambiente,
el cuerpo ungía al galo afeminado.

¡Oh cuán poco al estrago de los siglos
de tu esplendor pasado hora subsiste!
Entre tus mudos restos, por los campos,
pace el buey perezoso; de tus muros,
un día inexpugnables, se levanta
el humo azul de la alquería; asómase,
y escóndese veloz la lagartija,
entre las grietas de tus rotos pórticos;
y de tu alto acueducto, por do un tiempo
el agua del Siañola murmurando
a tus fuentes bajó, piadosa hiedra
trepa por las arcadas derruídas.

Tú, empero, ante mis ojos, al hechizo
de apasionada evocación, sacudes
el polvo secular de tus ruínas,
e incólume y radiante al sol te yergues.
Y otra vez tus antiguos moradores
en el foro discuten; tus mercados
rumorosos invaden; se aglomeran
en torno al pregonero en tus cuadrivios;
tus empinadas callejuelas suben,
y, al caer de la tarde, por tu Puerta
Dorada a la marina van bajando.

Yo con ellos las glorias del imperio
celebro al són del horaciano alcaico;
en mis viñas al olmo maridadas,
madura el zumo que hervirá en mis cubas;
en mis sembrados que fecunda Ceres,
sonríe la Abundancia que más tarde
henchirá mis graneros; ya no nublan,
cual bandada rapaz, el horizonte
las naves del pirata, y en la arena
del guarnecido litoral, tranquilo
veo morir del mar las mansas ondas.
Agítalas tal vez Euro violento,
mas no ya, mensajeras irritadas,
el aire asordan con fragor de guerra.
¿Quién al fiero Sicambro, al Recio enorme,
al Medo atroz, al Cántabro indomable
recuerda ya y al errabundo Escita?
¡Era feliz! Hoy gusto en mi retiro
los frutos de la paz, y al divo Augusto,
cual nuevo Lar, mi vino más añejo
al fin consagro de la parca cena.

La noche en el triclinio me sorprende.
Luego, por el marmóreo peristilo,
curiosas me contemplan desde lo alto,
con trémula mirada, las primeras
estrellas. Tras el pórtico, en el huerto,
con lánguido vaivén, más negro y grave,
el ciprés se columpia. La traidora
brisa de la montaña húmeda espira.
Yo me envuelvo en mi toga, y taciturno
en el atrio penetro. Allí, ya el largo
papiro desarrollo que la pómez
de los Sosias pulió, ya de mi Delia

me quejo al confidente pergamino,
Tibulo ignoto, en flébil elegía.
Arde en los candelabros soñolienta
la lámpara de aceite, que oscilando
refleja el agua del impluvio. En torno,
todo rumor se extingue; los esclavos
ya han terminado su labor; y apenas
si, en el silencio, llégame el monótono
ritmo con que al inquieto muchachuelo,
al fondo del cubículo vecino,
arrulla la cunera vigilante...

Tal, aquí, en el recinto de estos muros,
plácidamente al sueño, cada noche,
entornaste tus ojos infantiles,
oh Agrícola prudente, por quien, dócil
y sumiso, el selvático Britano
la dura ley de Roma acataría;
y tú, Cornelio Galo, a quien las Musas,
menos esquivas que la infiel Licoris,
a las aonias cimas condujeran,
y a quien Lino, el pastor, la sien ceñido
de guirnaldas silvestres, confiara
para cantar el bosque sacro a Apolo,
el blando caramillo de Beocia.

JUAN FRANCISCO IBARRA

Marzo de 1913.

LA CULTURA DE ESPAÑA EN DINAMARCA

El ilustre escritor danés Carlos Bratli, que hace cuatro años se captó las simpatías de todo el mundo intelectual de España y la admiración de todo el mundo sabio de Europa, con la publicación de su hermoso libro *Filip den Anden af Spanien hans liv og personlighed* (Copenhague, I. L., *Lybeckers*, 1909), acaba de dar otra prueba brillante del interés y cariño que siente por las cosas de España, con otro nuevo libro: *Spaniens Kurturbilleder*, impreso también por el editor Lybeckers, en Copenhague, en los últimos meses del año pasado de 1912 (1). El título castellano de esta última producción es: *Cuadros de la cultura de España*. Bratli es un enamorado de España, en el cual renace la leyenda que ha poco se extinguió con la muerte del escritor alemán Johannes Fastenrath, aunque muy diversas entre sí las facultades del escritor germánico y del historiador de Dinamarca. No obstante, así como Fastenrath, que estudió en la Universidad de Sevilla y viajó de una en otra provincia por toda la extensión de la Península, tuvo habilidad para ponerse en relación con todo el mundo intelectual de España, de cuyos más ilustres escritores contemporáneos tradujo multitud de trabajos, principalmente poéticos, para darlos a conocer en Alemania, como parte inte-

(1) *Spaniens Kurturbilleder*: af Carl Bratli, Konesp. medier, af det Egl. Hist. Akademi i Madrid.—Köbenhaon; I. L. Lybukers Feslag, 1912.

grante de nuestra mentalidad nacional en aquel tiempo, y a su vez nos aportó a España los 767 artículos, en su mayor parte biográficos, de los grandes nombres literarios, científicos, políticos y artísticos de Alemania, que forman los 15 volúmenes que de la *Walhalla* se ha hecho espléndida y numerosa edición castellana, a expensas de su viuda, la Sra. D.ª Luisa Goldmann (1), Carlos Bratli ha hecho una intensa labor para que el nombre de España, más conocido en Dinamarca geográfica que científicamente hasta ahora, suene de aquí en adelante en aquella parte de la Europa septentrional en una nueva forma, con la noción por él brillantísimamente ilustrada de sus grandes figuras históricas, y con los cuadros de su verdadera vida interior y civil.

En Dinamarca puede decirse que sólo dos nombres españoles habían logrado arraigar con indeleble resonancia: el del rey Felipe II, por las ideas adversas que contra él se tienen, como el sostenedor de la intransigencia religiosa, en todo el mundo dominado por las doctrinas de Lutero, y el del marqués de la Romana, por la acción militar heroica que en aquella lejana monarquía llevó a cabo en 1808, formando parte del Ejército napoleónico que desde allí operaba contra Inglaterra y sus aliados en el Báltico, y del que, al saber la conducta de Napoleón en España, al recibir las noticias del 2 de Mayo de 1808 en Madrid, no sólo desertó del contacto del enemigo infiel, aun hallándose las fuerzas que mandaba muy diseminadas en las islas de la Fionia y la Zelandia, y él mismo, mas que muy vigilado, verdaderamente prisionero del príncipe de Pontocorvo. De estos dos tan diversos personajes españoles, los sentimientos de los daneses eran muy distintos: a Felipe II se le profesaba todo el odio, que en todo el Septentrión cultivó desde su tiempo contra él el fanatismo de los protestantes y la influencia de la política de Inglaterra. Del marqués de la

(1) *La Walhalla o las glorias de Alemania*, prólogo de M. R. Blanco Belmonte.—Madrid, Establ. Tipogr. de Rivadeneyra, 1910-1912.

Romana, en cambio, la admiración producida por su temerario arrojo, sostenía una leyenda de la mayor simpatía, que identificaba hasta en la opinión popular su nombre con los de los héroes más conspicuos de las leyendas odínicas. De nuestros grandes caracteres intelectuales, apenas existía alguna incolora noción; del *Quijote de la Mancha,* en Dinamarca, no se había hecho traducción directa ninguna, ni se conocía la obra inmortal de Cervantes, sino por los extractos de alguna mala traducción francesa. El teatro de Lope de Vega y de Calderón de la Barca era enteramente ignorado, a pesar de los trabajos críticos de los alemanes sobre el último. Todo lo demás que de España allí se sabía, eran las descripciones geográficas y las noticias generales de la Estadística general.

El marqués de la Romana había tenido un historiador danés brillante en el profesor del Liceo de Odensee, capital de la Fionia, el Sr. Carlos Schmidt, y el rey Felipe II, al fin y al cabo, ha tenido allí, en el Sr. Carlos Bratli, el más erudito hasta aquí de sus biógrafos e historiadores, y el más equitativo y justiciero de sus críticos. Aventurarse, en medio de un país luterano, a describir el verdadero carácter moral e histórico del monarca más odiado de todo el protestantismo, y cuyos detractores durante tres siglos habían logrado imponer sus imposturas, no sólo en todo el Norte de Europa, sino en todo el continente con reflejos mismos de la ignorancia hasta en su propia patria, ha sido en el Sr. Bratli una obra de tan audaz atrevimiento, que le coloca en el rango de los escritores de mayor valor moral que hasta ahora se han conocido. El ha arrostrado con denuedo las impugnaciones que en su patria ha hecho a su obra el espíritu hostil tradicional sostenido por el fanatismo religioso de sus connacionales; pero el fundamento científico y documentario de su hermosa labor ha sido tan firme, que a la postre su país le ha discernido el laurel y los homenajes del triunfo.

Espíritu tenaz, por una parte; conciencia segura de su raza por otra, y, finalmente, con el estímulo caloroso del aplauso y la

inclinación simpática que siente hacia España, le han inducido a proyectar y poner en ejecución otra obra que ponga más en contacto a la España, que él personalmente ha estudiado recorriéndola de extremo a extremo, con el espíritu de observación y el auxilio de la inmensa emoción de las cosas españolas que posee, y después de haber hecho y publicado también algunas traducciones de libros españoles, entre ellos, las novelas de Alarcón y Valera *El sombrero de tres picos* y *Pepita Giménez*, su último libro *Cuadros de la cultura de España*, de tal modo ha llamado la atención de sus connacionales, y conmovido el entusiasmo de algunos centros sociales y escolásticos, que ya se anuncian para el verano venidero algunas expediciones que saldrán de Copenhague con rumbo a España, para venir a conocernos de cerca.

Este precioso libro, como todos los que salen de la pluma de escritor de facultades tan varias y tan extensas, se halla por su autor dividido en trece partes o capítulos, y la mera traducción de sus epígrafes basta para formar una idea completa de los diversos puntos de vista bajo los cuales el Sr. Bratli ha querido presentarnos a las simpatías de las lejanas naciones del Septentrión, por las que toda su labor literaria se difunde con el gran prestigio que goza su nombre, y con las que él se había propuesto, al publicar esta obra, vulgarizar la graduación efectiva del estado de cultura moral e intelectual en que España se encuentra, para relacionarla con el ambiente general europeo de la vida contemporánea y sembrar en tan remotos países el deseo vivo de intimar con nosotros.

En el primer capítulo no se describe a España con los datos prosaicos de la estadística, sino por el de su fisonomía histórica y tradicional. Es España para el Sr. Bratli, y así nos representa, el país del romanticismo y de las tradiciones más hermosas que se registran en toda la historia de Europa desde los siglos medios, y cuyo carácter, a pesar del tiempo y de las vicisitudes en la Historia, ha conservado. Su título es *Spanien Romantikens og Traditionens Land*. No tiene que apelar para

esto a Bernardo del Carpio, al Cid y a Guzmán el Bueno, aunque, para dar algunas pinceladas sobre la formación del carácter genuino español, se refiere a la extraña mezcla que en su composición étnica han formado tantas invasiones diversas que constituyen el engranaje de su origen, iberos, afrosemitas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, godos, francos, ismaelitas y agarenos. De todos y de cada uno quedó algo en el fondo de la sangre que vivificó la raza subsistente, y a ese conjunto tan heterogéneo se debe el de las varias aptitudes, rasgos y fuerzas que individualizan al pueblo español entre los demás pueblos del Continente. Estos caracteres románticos y tradicionales palpitan en todo lo que vive como elementos del pasado, y en todo lo que alienta como ambiente esencial de su existencia; éstos caracteres se respiran en la atmósfera de cada una de sus regiones y provincias, en cada una de sus grandes ciudades, en cada una de sus instituciones políticas y militares, en cada una de las manifestaciones de su espíritu, en las acciones, en la literatura, en las artes. El que ve su ejército, acto continuo recuerda sus *tercios* antiguos que comandaron Alejandro Farnesio y Don Juan de Austria; esa historia está siempre viva en Granada, en Toledo, en Avila, en Burgos, en El Escorial y en todas partes: su pensamiento está siempre en Cervantes, su saber en los Melchor Cano y los Francisco Suárez; sus artes en Velázquez, en Murillo, en Zurbarán. Todo en España es romántico: todo vive perpetuamente en la leyenda de los siglos, no por atraso en nuestra cultura nacional, sino porque ese es el fondo del espíritu de nuestra raza.

Como el propósito del Sr. Bratli es dirigir hacia España una corriente activa de los excursionistas de su patria, el capítulo segundo de su *Spanien Kultenbellider* lo dedica a describir los medios cómodos de viajar que existen ya en nuestra Nación y los medios de hacer la vida en ella, así como aquellas instituciones civiles originalísimas que España tiene para la seguridad de sus campos, de sus caminos y de sus poblaciones. En ninguna otra parte encuentra nada semejante y más

perfectamente organizado que el instituto de nuestra *Guardia civil*, y el estudio de nuestros *Serenos* le causa verdadera delectación; pondera los servicios de nuestros aún llamados *Alguaciles*, y halla de un acierto extraordinario la institución de la primera de estas creaciones de policía esencialmente españolas, de carácter genuinamente español, y cuyos servicios son de tal importancia, que en ningún otro país encuentra un elemento de autoridad semejante al que representa *una pareja de la benemérita*.

Respecto al hospedaje del viajero, no diremos que prefiere *una casa de huéspedes* a un gran hotel; pero halla en aquéllas un colorido local muy superior a las que se llaman *casas de pensión* en otras partes. La casa de huésped española es para el Sr. Bratli una prolongación del hogar de la familia. Hasta la cocina española que se sirve en las mesas de estas casas la encuentra encantadora en este capítulo, que en danés se llama *Om a i Spanien*: *Mad og Drikke*. Lejos de apestarle, como a algunos españoles extranjerizados, *el café con leche* y el *chocolate con buñuelos o tortas* de nuestros desayunos, y en las comidas el *puchero* y la *olla podrida*, el *arroz a la valenciana*, las *sardinas fritas*, el *bacalao a la vizcaína*, el *chorizo* picante de Extremadura y la *mojama* de Alicante, con otros condimentos esencialmente nuestros, se deleita en recordarlos, y mucho más nuestros vinos incomparables, nuestro *Jerez* y nuestro *Montilla*, nuestro *manzanilla* y nuestro *Málaga*, nuestro *Rioja* y nuestro *Valdepeñas*, porque estos vinos hacen *hombres* y no *peleles*. Muchos de los condimentos de nuestra cocina española le parecen reminiscencias seculares de algunos de los pueblos remotos que, en muy lejanos siglos, tenían asiento colonial en España, y ante nuestro *puchero* y nuestra *olla podrida*, se echa a pensar cómo se condimentaría la proverbial *olla* en el Egipto de los extinguidos Faraones.

Desde el capítulo tercero entra a detallar nuestras grandes poblaciones y nuestras principales regiones históricas. Este capítulo se consagra exclusivamente a Madrid, y repite el tí-

tulo del libro famoso de D. Alonso Núñez de Castro, que en 1677 se imprimió aquí, dedicándole al primer marqués de Villasierra, D. Fernando de Valenzuela, privado que fue de la Reina doña Mariana de Austria y ministro Universal del rey Carlos II, hasta que, en la conspiración de D. Juan José de Austria con gran parte de los Grandes y Señores de España, después de acorralarlo en El Escorial, lo deportaron entre cadenas a Filipinas. Aquel libro se tituló *Sólo Madrid es Corte*, y Bratli repite la frase porque, aun después de tres siglos, todavía la considera muy adecuada para calificar a la capital de España. No hay que decir que en Madrid todo le encanta al Sr. Bratli, que durante su residencia en ella todo lo vió, todo lo escudriñó, incansable en buscar los medios de saciar la curiosidad a que le movían tantos cuadros y tantas cosas originales. Bratli es un enamorado de la Puerta del Sol con su abigarrado movimiento y su numeroso cocherón de tranvías, de cuya red es centro; del Prado, aunque él ya no ha podido conocerle en el espacioso aspecto que tenía cuando representaba en España a su país el famoso diplomático danés dal Borgo di Primo, que vivió también en España como su segunda patria, por espacio de unos treinta años, desde los últimos del reinado de Fernando VII, hasta mucho después de la Revolución de Julio de 1854; de la Castellana, que en vano lucha por recobrar el ambiente aristocrático de la sociedad del reinado de doña Isabel II; de los Parques del Este y del Oeste, nombre el primero que ha substituído al antiguo del Buen Retiro, que llevó desde el reinado de Felipe IV hasta después de la Revolución de 1868, y el segundo, de moderno trazado, hecho para hermosear la entrada de Madrid, viniendo de Europa por la vía férrea del Norte, y para dar oxígeno a los pulmones de los que habitan los nuevos barrios de Pozas y Argüelles con que por allí tanto se han extendido los nuevos ensanches de la capital. Pero aún más que todos estos sitios públicos, que con razón llaman y deben llamar la atención de un extranjero, otras dos cosas hay en Madrid que forman la seducción de Bratli:

la Plaza de Toros, la fiesta popular característica de nuestra Nación, con su *Lagartijo*, su *Bombita*, su *Guerrita* y su *Fuentes*; y el teatro, donde ahora campean Echegaray, Dicenta, Pérez Galdós, Sellés, Cano, Feliú y Codina, etc., etc., a todos los cuales nombra y aplaude, como en el renacimiento del pasado siglo brillaron en él Hartzenbuch, el Duque de Rivas, Bretón de los Herreros, García Gutiérrez, Zorrilla, López de Ayala y Tamayo y Baus, dignos descendientes de Lope de Vega y Calderón de la Barca, Ruiz de Alarcón y Moreto, Guillén de Castro y Rojas Zorrilla. Hasta en los de género chico encontró primores que le produjeron la extrañeza de que, habiendo en España tanto ingenio original, se traduzcan tantas exóticas producciones ínfimas de Francia, y que hasta en la música se tome a veces del arte extranjero, lo que es muy inferior a las obras encantadoras de nuestros grandes maestros populares Arrieta, Barbieri, Gaztambide y Chapí. Para lírica cosmopolita, cree Bratli que nos basta con nuestro Teatro Real, uno de los primeros de Europa, y donde sientan su pedestal a la misma altura que en sus patrias respectivas los grandes maestros de Italia y de Alemania.

No termina este capítulo sin una excursión, tan ilustrada como suya, a nuestros grandes centros intelectuales, científicos o literarios y artísticos. Al llegar a la Biblioteca Nacional, respetuoso se descubre ante la presencia de Menéndez y Pelayo, gloria de España y universal de su siglo (1). Otro gran homenaje rinde al visitar el Museo del Prado, no a Murillo, ni a Zurbarán; no a Goya ni a López, aunque a todos los admira, sino a *Diego Velázquez de Silva*. En su opinión, ninguna nación artística del mundo, ni en lo antiguo ni en lo moderno, presenta artista de su altura; el español Diego Velázquez de Silva es el mayor pintor que la Historia conoce.

El capítulo cuarto, en que Bratli estudia y describe los al-

(1) Después de escrito y publicado el libro del Sr. Bratli, España ha tenido el dolor de la pérdida de este ilustre escritor.

rededores de Madrid (*Madrid omegn*), comprende los recuerdos de El Escorial, Segovia, Avila, Aranjuez y Toledo. Cada uno de estos parajes tiene su fisonomía especial y característica, que presta su gran aliciente a la amena descripción de un hombre tan poeta, tan observador y tan erudito. Otro que tal sucede en el capítulo quinto con Salamanca y su Universidad famosa; en el sexto, en Andalucía, con Sevilla, Córdoba y Granada; en el séptimo, con Murcia y con Valencia; en el octavo, con Cataluña, con Tarragona, Barcelona y Monserrat, después del cual incluye también a Andorra, como Principado de nuestro Obispo de la Seo de Urgel; en el noveno, en que recorre sucesivamente a Aragón con Zaragoza, a Castilla la Vieja con Burgos, a León y a Galicia con su Santiago de Compostela. Monumentos, recuerdos históricos, nombres augustos y nombres inmortales, costumbres particulares, tradiciones benditas, todo entra en esta exposición, siempre con notas nuevas de una percepción exquisita y original.

En el capítulo décimo del *Spanien Kulturbilleder*, el panorama cambia bajo la pluma del autor; ya ni describe, ni evoca los recuerdos gloriosos del pasado; ya no trata de España como la visión de un monumento continuo y dilatado de la antigüedad, movido por las escenas de la vida renovada. Ahora el cuadro se limita a una relación muy interesante, muy bien informada y muy veraz de nuestra política interior y de nuestra Administración pública (*Spanks Politik og Administration*); pero donde sube de punto la importancia de este libro escrito en medio de un pueblo luterano, es en el capítulo siguiente, el onceno, en que trata de la realidad del sentimiento religioso en nuestro país (*Religiose Forhold*). No resaltan en él ni las críticas intempestivas de los que nos tildan de un fanatismo que no es fanatismo, sino la plena posesión de creencias arraigadas, tan arraigadas como las de los calvinistas de Inglaterra y en Suíza, y como las de los luteranos en Alemania y Dinamarca, y que lejos de rebajar el concepto moral de España porque las profesa con una fe indeclinable, la hacen ante la

opinión de los sensatos, más respetable todavía, porque en estas creencias funda el carácter nacional que la enaltece. Todas las creencias se hacen dignas de respeto ante los hombres cultos, sensatos y honrados; sólo son censurables los que, por no profesar ningunas, se hacen despreciables y se aproximan a las bestias.

Era natural que en un libro en que tales cuadros se detallan no faltase el que dibuja la ilustración general de España en el tiempo presente, su cultura y su mutualidad. Ya se ha expresado el entusiasmo ingenuo que el Dr. Bratli profesaba por la personalidad científica de nuestro recién perdido Menéndez y Pelayo. En todas las posesiones encuentra y exalta nombres que serán perpetuamente gloriosos para nuestra patria o en un pasado no muy lejano los Martínez de la Rosa, el historiador Lafuente, el arabista Gayangos, el ingeniero general Zarco del Valle, el filósofo Balmes, el orador Ríos Rosas, el jurisperito Alonso Martínez, y el rayo de la elocuencia tribunicia Castelar y el gran hombre de Estado Cánovas del Castillo. Entre los que, al escribir, se hallaban como gobernantes en el imperio de la vida, celebra a Maura y a Canalejas; entre los sabios, a Cajal, Unamuno, Altamira y Carracido; y estudia la literatura que enlaza los dos siglos, XIX y XX; en la alta crítica a Milá y Fontanals; en la novela, a Alarcón, Fernán Caballero, el P. Luis Coloma, Emilia Pardo Bazán y Valera; en la poesía, a Campoamor, a Trueba y al P. Jacinto Verdaguer; en el arte, a Fortuny, Pradilla, Moreno Carbonero y Garnelo, y a otros no menos esclarecidos en toda clase de facultades; esto sin contar ni con los grandes sabios del reinado de Felipe II, ni con los grandes ingenios del de Felipe III, ni con los nombres notables del renacimiento salmantino en el último tercio del siglo XVIII.

Todavía el libro del Dr. Bratli tiene un capítulo más: el decimotercero, que denomina *Spaniens Fremtid*, es decir, *El porvenir de España*. Bratli es un leal amigo de nuestro país, que ve las realidades del tiempo presente por su verdadero prisma y

no por las visualidades aparentes del espíritu hostil e interesado de los que, desacreditándonos por sistema, son, sin embargo, las palancas de los trastornos sectarios que tienden a llevarnos, para extinguirnos, a los tristes destinos del Imperio de la media luna en el continente negro y en el continente blanco. Imbuído en nuestras rectas tradiciones históricas, enamorado de la raza y sus virtudes, todo en él inspira fe y esperanza, y así las señala en su libro a las naciones del Septentrión, a cuya ilustración sobre nosotros consagra su preciada labor. En este capítulo, además, hace la apología del Rey don Alfonso XIII, y testigo de la felicidad interna de su hogar, y teniendo en cuenta las altas prendas del joven Monarca y las sólidas virtudes de cuantos encarnan en su sangre, no se cansa de vaticinar una nueva evolución de grandeza para España, unida por los vínculos de los dos últimos matrimonios de sus dos últimos Soberanos a la política que dirige los destinos del mundo en el seno y las garantías de la paz. El tema de este capítulo es una frase benévola de otro extranjero, amigo positivo de España, Alfonso den Lœsde, que sobre nosotros ha escrito: «No hay tierra en el mundo que semeje a España en bondad, ni que la iguale en fortaleza.»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,
De la Real Academia de la Historia.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Literatura: Hamilton.=Bellas Artes: Mounet-Sully y las artes del dibujo.=Moral: La pereza.=Estética: El puesto del arte en el espíritu.=Impresiones y notas: La Biblioteca ambrosiana.—La temperatura máxima soportable.—El primer amor de Walter Scott.—La Beatriz de Dante.

LITERATURA

Hamilton.—El caso de Hamilton—dice en la *Grande Revue* Luis Martín—es el del que sobresale, no por esas cualidades universales que poseen en grado eminente los grandes hombres de todos los países, y que crean un parentesco intelectual entre los más poderosos genios de todas las razas, sino por el conjunto exquisito de las diversas cualidades originales que constituyen la flor misma del espíritu francés. En los fastos literarios es un hecho singular la historia de un escritor que toma la pluma como jugando, y produce, en una lengua que no es la suya, una verdadera obra maestra, como lo son sus inimitables *Memorias de Grammont.*

Hamilton no era poeta, ni se picaba de serlo, aunque hacía versos; su musa era ligera, y sus versos son elegantes jugueteos con algunas chispas de cuando en cuando, que aumentan poca cosa el esplendor literario del gran siglo. Los *Cuentos* de Hamilton nos interesan más; su trama es fina como de la época de *Las mil y una noches.* Uno de ellos, *El carnero*, fue com-

puesto para relacionar burlescamente con un origen fabuloso el cambio de nombre de los Moulineaux por el de Pontalis, dado por la condesa de Grammont, hermana de Hamilton, a unas tierras que su marido había recibido del rey. De *Los cuatro Facardins* sólo se ha impreso la primera parte; el manuscrito de la segunda fue destruído después de muerto Hamilton, por un exceso de celo más piadoso qne reflexivo.

La gloria de Hamilton está principalmente en las *Memorias de Grammont*, «ese libro único e inimitable—como dice Pablo de Saint-Victor,—escrito por un inglés en el francés más vivo, más claro y más riente que jamás haya corrido de la pluma; Maquiavelo revestía su traje de fiesta para leer los antiguos; habría que ponerse los encajes y las cintas del antiguo régimen para volver a leer esas páginas impregnadas de los matices y elegancias del pasado».

Obra tan deliciosa no vió la luz pública sin trabajo; entre las hazañas de su héroe y el momento de su narración, habían pasado muchos acontecimientos, y la moralidad pública no era ya la misma. Lo que en otro tiempo parecía simple pecadillo, o, como suele decirse, juego de príncipes, llevaba después otro nombre. El mismo conde de Grammont, según se asegura, fue quien vendió en 1.500 libras el manuscrito de las *Memorias*, donde tan claramente, aunque con sumo ingenio e indulgencia, se le trata de bribón. Fontenelle, censor de la obra, se negaba a aprobarla por consideraciones al conde; éste se quejó al canciller, sin cuidarse de las razones de Fontenelle, y cuidándose sólo de las 1.500 libras que le valía la obra; y la obra se publicó.

Es una figura curiosa la del conde de Grammont: valiente, ingeñioso, maldiciente, muy fatuo, bastante mal acogido por las damas, pero sumamente temible en amor, en el sentido de que nada le costaba turbar los placeres de los demás, sobre todo de aquellas que le habían rechazado; cortesano, refinado, con esa brusquedad de tan poderoso efecto en los príncipes absolutos porque les da la ilusión de que les hablan con franque-

za y de que aguardan las verdades, lo que permite al que acusa con destreza pegar firme e impunemente a sus rivales; tal carácter necesitaba un historiador como Hamilton, que, resultando ser cuñado de su héroe, supo presentar con indulgencia ciertas aventuras que otro cualquiera hubiera tratado con menor benevolencia.

Y no es que el mismo Hamilton no haya tenido, como todo el mundo, que quejarse de los procederes de Grammont, pues cuando éste pidió y obtuvo la mano de la señorita Hamilton, se marchó bruscamente de Inglaterra; los hermanos Hamilton le alcanzaron en Douvres: —Caballero—le dijeron,—¿no habéis olvidado nada en Londres?—Dispensadme, señores, me he olvidado de casarme con vuestra hermana.—Los siguió y se celebró el matrimonio.

Las frases del conde de Grammont son célebres, subrayando su picante con el acento y el gesto. Los cortesanos eran blanco de sus tiros. Un día que Luis XIV se quejaba de la incapacidad de un embajador, Grammont le dijo: —Ya veréis, señor, cómo es pariente de algún ministro.—Otra vez que el rey jugaba al tric-trac, se hizo una jugada dudosa, y todos estaban callados; en esto llega Grammont:—¡Ah!—dijo el rey,—aquí está Grammont, que nos va a juzgar.—Señor, habéis perdido.—¡Cómo, si no sabéis todavía...!—Pero, ¿no veis, señor, que por poco dudosa que fuera la jugada, todos estos señores se hubieran decidido en vuestro favor?

Conocida es su carta de felicitación a Rochefort, promovido al rango de mariscal: «Monseñor, el favor puede hacerlo tanto como el mérito (1); por eso no digo más.» La señora Sevigné, al relatar este cumplimiento, dice que su padre fue el original de tal estilo; pues cuando hicieron mariscal a Schomberg, le escribió: «Monseñor: calidad, barba negra, familiaridad.—Chantal.» Lo que quería decir, añade la Sevigné, por si no lo entendíamos, que le habían hecho mariscal de Francia,

(1) Verso de Corneille.

por que «tenía calidad, barba negra como Luis XIII, y familiaridad con él. ¡Era guapo mi padre!»

Antonio Hamilton, de antigua familia escocesa, nació en Irlanda el 1646 o 1656. Llevado muy joven a Francia, hizo en ella sus estudios y siguió allí hasta la vuelta de Carlos II a Inglaterra, viviendo sin empleo en Londres. Jacobo II le dió un regimiento de infantería en Irlanda y el Gobierno de Limerick; después de la revolución de 1688, siguió Saint-Germain al rey destronado; allí compuso sus obras, y allí murió el 6 de Agosto de 1720.

La primera parte de sus *Memorias* es exquisita, es la parte que más interesa, aunque en ese libro todo encanta y seduce. El cuadro, por ejemplo, de la posada de Lyón, parece un estudio de Téniers. Un personaje cuyo buen sentido, ingenio, despreocupación y salidas admiramos, es, sobre todo, Matta. Las memorias del tiempo han hecho a Matta una reputación que no desmiente el carácter de su espíritu; véanse dos ejemplos: La mariscala de Albret, muy recomendable en otros sentidos, pasaba por gustar mucho de la buena comida y el buen vino; un día que se miraba al espejo y se encontraba con la nariz muy roja, se preguntaba en voz alta:—Pero ¿dónde he tomado yo estas narices?—En el aparador—responde tranquilamente Matta, que entraba.—En otra ocasión, Matta hacía una visita de duelo a la misma duquesa, que acababa de perder a uno de sus más próximos parientes, negándose a tomar en su desesperación todo alimento.—Señora—dijo Matta,—¿habéis resuelto no comer nada en toda vuestra vida? Sí es así, hacéis muy bien; pero si habéis de comer algún día, lo mismo da que comáis ahora mismo.—Este razonamiento la convenció, y se hizo llevar inmediatamente un asado.

La segunda parte, no menos brillante pero más tumultuosa, nos transporta a la corte de Carlos II, que bajo apariencias brillantes, ocultaba la más espantosa corrupción. Un monarca egoísta, sin grandeza alguna, sin generosidad, pensionado por otro rey cuyo dinero le sirve para satisfacer sus

vicios, despreciado por sus cortesanos y por sus queridas, que no valen más que él; grandes señores que a despecho de leyes y costumbres se permiten todos los desórdenes, todos los crímenes, todas las orgías; grandes damas a quienes falta el respeto de sí mismas; la difamación y el asesinato prodigados sin pudor, y en el fondo del cuadro las horcas, los cadalsos sangrientos adonde suben imperturbables y estoicos los jueces de Carlos I; el mayor Harrison ahorcado, y luego descolgado vivo, descuartizado, decapitado; los cadáveres de Crómwell, de su madre, de su hija, de Bradshaw, de Jreton y otros jefes republicanos, sacados de sus tumbas, arrastrados sobre el lodo y luego colgados o mutilados. Un miembro del Parlamento, Cowentry, que había censurado los escándalos regios, se ve atacado de noche por dos esbirros que le cortan la nariz. Dos señores que se divierten en correr desnudos de noche por las calles, se ven detenidos por un funcionario que es preso y llevado a los tribunales. Una comedianta, Miss Marchalle, que se resiste al duque de Oxford, y a la que engaña éste con un matrimonio ficticio, pide justicia, y sólo consigue que se rían de ella. Los *Bolleurs,* jóvenes señores depravados, y diversas damas del mismo jaez, a cuya cabeza figura la condesa de Arlington, con sus damas de compañía y sus amigas, forman una sociedad particular, donde se baila en estado de pura naturaleza, y donde se entregan a toda clase de desórdenes. Tal es el cuadro en que se desarrollan las *Memorias* de Hamilton, y no hay que decir el partido que de él habrá podido sacar tan excelente historiador.

BELLAS ARTES

Mounet-Sully y las artes del dibujo.—El teatro ha ejercido siempre influencia decisiva en las Bellas Artes; además de ser la manifestación simultánea de todos, les añade, como dice Péladan en la *Revue Bleue*, la sucesión de los movimientos y de los aspectos, cosa que no ocurre con ninguna

otra manifestación estética. Una tragedia representa una sucesión de bajorrelieves o de cuadros vivos que sólo salen bien a condición de realizar lo que se espera del escultor y del pintor. Para el artista, las tablas han sido apenas, como pueden serlo en París, una mesa de modelo, de enseñanza más constante y más amplia que la organizada en el taller. La pintura del siglo XVIII no toma solamente de la ópera la decoración del *Embarque para Citerea*, y sus personajes del teatro italiano; los Giles de Watteau, o los pastores convencionales de Boucher, han pasado del manto de Arlequín al cuadro en que los admiramos.

Un papel es un guiñol: esa cabeza y esas manos cosidas a un traje, juguete de niño que valdrá lo que valga el individuo que le anime con sus dedos y le agite con su palabra. Las obras maestras sufren las mismas leyes; las lee uno a su gusto, pero no se las ve sino cuando un medium poderoso las materializa. El 12 de Junio de 1838 la tragedia resucitó bajo las facciones de Camila, sin que el movimiento intelectual pueda explicarlo; Rachel apareció como un meteoro, con un genio todo lo remoto posible de su tiempo.

En 1872, Orestes y Rodrigo resucitaban en la persona de Sully. Es casi imposible comparar un actual vivo a sus predecesores. Sabemos que Lekain hizo llorar a Luis XV, y que Talma reformó el traje; pero, ¿se figura alguien los efectos de Orosmanes o del Hamlet de Ducis? Las consideraciones que siguen, sólo conciernen a la mímica del cómico, lo que entra en las artes del dibujo y cae bajo sus reglas:

1.° La *postura*.—La primera condición de una figura esculpida o pintada, su equilibrio o aplomo, no es cosa de fácil realización; se nota en Signorelli en Orvietto el modo posesivo y adherente al suelo de los personajes (*Predicación del Antecristo*); es preciso que la línea de equilibrio sea sensible, sobre todo en el héroe, que hasta en el reposo da la impresión de la fuerza. El pie tiene su modo de pisar la tierra, de dominarla, de apretarla como una mano. Frecuentemente

hay desacuerdo entre el movimiento de las piernas y el del torso, en los amanerados exagerados de Miguel Angel. En Santa María de la Paz, las cuatro Sibilas de Rafael, aunque muy bellas, carecen de vigor estático. San Pablo, predicando en Atenas no satisface tanto como Mounet en el Palacio de Layo; esa adherencia del pie al suelo, cuando es sensible, da singular autoridad a la figura. Cuando Mounet baja los escalones como rey en Edipo, como inspirado en Joab, toma posesión de cada uno con pie poderoso, insistente, decisivo.

2.° *La marcha oblicua.*—Mirad un gato atravesar una habitación algo amplia; nunca sigue una línea recta; da bordadas, como se dice en marina, ondula, y si sus patas estuvieran teñidas o mojadas, hallaríais después de su paso un trazado de curvas desiguales. Es que la línea recta es una abstracción negadora del movimiento y, sobre todo, del placer estético; sólo sirve de cuadro de fondo o de rompimiento en las composiciones. Los grandes intérpretes de la figura humana la han evitado instintivamente. En un arte de movimiento como el del teatro, todo procede de la curva, del segmento de círculo, jeroglífico de la vida. Cuando Mounet ve a Creon, arquea el lomo, sube los hombros, escupe y se lanza por curvas como un gato. Asimismo, en Joad, para bajar desde el fondo a la concha del apuntador, se dobla varias veces, tanto de un lado como de otro. Aquella bajada directa carecería de belleza plástica. La oblicuidad de la marcha tiene su razón moral, según Peladan, en la espontaneidad de las impresiones, patrimonio de los felinos.

3.° *El radical distintivo.*—Leonardo aconseja al pintor y hubiera aconsejado al actor, observar a los sordomudos y estudiar los movimientos de los jugadores de pelota. La casa de fieras presenta una enseñanza más práctica, sobre todo para el trágico, y sin investigar por qué haya de excluirse a los demás animales, nadie se asombrará de que la elección deba tomarse de las fieras y de los felinos, cuyo apogeo es el león y su forma familiar el gato. Aquí vendría bien una apología del único ani-

mal que conserva en la domesticidad los acentos de la personalidad, del único sér que no nos asombra, haciendo de nuestra mesa su tocador. La flexibilidad de sus movimientos no cansa nunca nuestra contemplación, porque se enlazan unos con otros por curvas armoniosas e imprevistas. El instinto puede llamarse la radical de la pasión con sus dos polos: amor y odio.

La tragedia, a pesar de su discurso de buen tono, es violenta por esencia y hasta bestial. Quien inspirara su gesticulación en el pueblo, sería vulgar, pues la violencia no puede estudiarse sino en la calle. La impulsión es el primero de los temas plásticos. Nuestra civilización, más que ninguna otra, obliga a un constante disimulo; la vida de París extingue todo andar arrogante. Admiramos la marcha grave de los orientales. El automóvil ha hecho de todos nosotros, pobres ratoncillos tímidos y sofocados; sólo los animales nos enseñan hoy una postura decorativa, es decir, independiente. Mounet-Sully, en Joad, se eleva a un paroxismo que le cambia en animal religioso. No es un hombre como los demás, es el hombre de Yavéh, y la pasión israelita ha devorado los demás sentimientos; la fe ruge por su boca, y tan fuerte, que, al gritar que «los perros están ya a la puerta y piden su presa», se esfuerza en hacer de su boca una *gueule*, enseñando los dientes, y sería caricaturesco si no fuera sublime.

4.° *El juego mudo.*—Para la mayor parte de los artistas, escuchar no es representar: están pensando visiblemente en su réplica, esperando el turno de hablar. Mounet-Sully en este caso suspira, gruñe, bosqueja gestos cortos, como involuntarios, y no cesa de manifestar su estado de alma y sus sobresaltos; tan bien que, en *Edipo*, cuando cae ante el altar, trabaja como mimo y hace llorar por su sola actitud. El apogeo del juego patético aparece en los furores de Orestes, donde la pantomima debe tener más fuerza que el texto. Con golpes de manto materializa las Erinnias en gigantescos murciélagos, y es dudoso que la escena ganara en verlas realmente. Con tal ac-

tor, el fantasma de la terraza en Elseneur, es inútil. En las estancias de Poliuto, el efecto llega a ser desconcertante: no ha cambiado de traje, y su actitud revela que ha cambiado de sentimientos.

Se pregunta uno por qué este actor llena toda la escena en cuanto aparece; hace verdaderamente la figura del león, y, por la misma razón de poder, pisa tan fuerte, eleva la voz tan alto, vuelve la voz con tal autoridad, que es el rey de los actores, visiblemente, haciendo el escenario tan pequeño como una jaula. Nadie escucha como él, y mudo, continúa representando y llenando la escena.

Péladan corta aquí el análisis del arte trágico, limitándose al éxtasis, la marcha oblicua, el radical instintivo y el juego mudo, para mostrar que concurren a una sola manifestación: el drama de la conciencia, que es el verdadero drama. Si fuera preciso definir el teatro, ¿no se le llamaría la representación del alma apasionada? No hay más que un sólo asunto: el conflicto del deber y del deseo. Se aplauden piezas en que los personajes, a fuerza de perversidad, no conocen el bien y el mal. Figuraos a Roberto Macaire gozando de sus robos en paz; a don Juan refiriendo el recuerdo de sus conquistas, y a un asesino impune y sin remordimientos; no tendréis más que lodo. Que la sociedad tenga por ídolo el éxito; que al ladrón afortunado se le llame un listo, y que se admire a César Borgia, son villanías individuales que la humanidad rechazará siempre como pesadillas. La conciencia seguirá siendo la musa misma del teatro, y la excelencia de Mounet-Sully es sacar de sus facultades instintivas, de su genio, una manifestación asombrosamente viva y coloreada de la vida interior. Su arte de plantar al héroe, de hacerle moverse como una fiera, de rabiar, de sufrir como un animal y de desempeñar sus papeles en perpetuo aparte mímico, todo eso no sirve sino de medio para la exteriorización moral, fin y apogeo del arte dionisíaco.

La serie de estatuas de Edipo, desde su aparición sobre las gradas del palacio, hasta su fúnebre partida para la vida

errante; la serie de cuadros de *Hamlet*, desde la terraza de Elseneur hasta la estocada envenenada, son tan inolvidables como las metopas del Partenón o las maravillas de la Sixtina. Mounet-Sully hace ver obras maestras en cuanto aparece en el escenario, y el museo no hace más. El siglo próximo no los verá; pero, ¿oirá tampoco a los grandes oradores?

MORAL

La pereza.—Un individuo, válido en apariencia, pero incapaz de trabajar seriamente, ¿es un perezoso? El Dr. Emilio Tardieu lo pone en duda en *La Revue,* estimando que es perezoso «el que no hace esfuerzo y lo espera todo de la impulsión espontánea». La pereza verdadera, según él, no empieza sino en el momento en que se goza de no hacer nada; pero si la pereza es más bien una impotencia orgánica, constituye una enfermedad. La pereza es un fenómeno de impotencia o un fenómeno de sensualidad, prescindiendo de formas intermedias. Nuestra labor en esta tierra es tan miserable; los oficios a que nos obligan son tan repugnantes, que los perezosos que se han despedido de toda ambición son muy fuertes, atrincherados en su abstención relativa, y es sabido que suelen emocionarse poco por las reconvenciones que les dirigen; aparte de los goces secretos, que son su lote, de su inacción calculada y de la justa economía de su persona, no dejan de mostrar cierta ironía inquietante para los que trabajan y se contorsionan, tal vez en vano.

La pereza por impotencia.—La pereza es una impotencia, y el primer argumento que puede darse de ello es el ser contraria al deseo natural del hombre de elevarse, de acrecentar su fuerza, de extender su imperio. La pereza degrada al individuo, haciéndole miserable y dependiente de otro; aunque hubiera nacido en clase acomodada, no está seguro de obtener el respeto de quienes le rodean. Es malo que se sepa que no se

sirve para nada, y la pereza no es cosa de que pueda sacarse gloria ni provecho.

La pereza es una enfermedad de la energía, que desde la lentitud en los movimientos llega a la inercia casi total; revela una insuficiencia de vitalidad, procede de una mala tela corporal. Todo órgano que se rinde y se debilita, se hace perezoso; la vejez, que consume nuestra decadencia, hace de nosotros seres cada vez más lentos y perezosos; las enfermedades de larga duración, de cronicidad desesperante, realizan estados de depresión y de pereza. Hay períodos de astenia inexplicables, en que no se está en marcha; años enteros en que se vive en un estado de atontamiento; eclipses más o menos completos de vitalidad, que crean estados varios de pereza, porque ¡se presta a tantas variaciones el arte de no hacer nada!

Después de esta pereza, que es una enfermedad de orden general, pesada de llevar y para la que apenas hay remedio, viene la pereza, que es un caso limitado, más curable, y que depende de una debilidad de la atención voluntaria. Se es perezoso porque no se interesa uno en su misión, falta de aptitud o de doma. El salvaje se apasiona por la caza, la guerra, el juego, lo imprevisto, lo desconocido, el azar en todas sus formas; pero el trabajo sostenido lo ignora o lo desprecia; es fruto de la civilización y la forma concreta más visible de la atención. Como los salvajes, hay seres en las sociedades civilizadas, incapaces de trabajo sostenido: los vagabundos, los ladrones de profesión, las prostitutas.

Los perezosos pueden dividirse en dos grandes clases: espíritu y cuerpo; los de espíritu son los más numerosos. La pereza de espíritu forma los *simples*, poco críticos y que se contentan con poco, y los imprevisores, que caen en todas las trampas. Esa pereza facilita la práctica de la virtud, la fidelidad en los afectos, la regularidad en el cumplimiento maquinal de un deber. El perezoso no conoce más que la ley del menor esfuerzo; carece de ideas, de iniciativa, de fantasía; se aparta de las figuras nuevas y se inquieta si tiene que adaptarse a lo

desconocido; le agrada adoptar un tren uniforme de vida y atenerse a él. Algunos de estos perezosos engañan por una existencia exteriormente movida; viajan, se entregan a los deportes, y su actividad puramente física nos engaña. Pongámonos en guardia y no les confiemos funciones importantes. Esa clase de gentes pueden hacer una fortuna, pues el dinero tiene poco que ver con la cultura refinada del espíritu.

La pereza de cuerpo tiene más graves consecuencias, pues el cuerpo es el que nos convoya y lleva el peso principal de la existencia; por lo demás, pereza de espíritu y pereza de cuerpo suelen ir unidas, y si su grado es el mismo, se llega al incapaz, que resulta de la imbecilidad o de la neurastenia, y al inválido del sistema nervioso. Ese perezoso absoluto será muchas veces un mártir, una víctima de su pereza; no logrando ganarse la vida por medios honrados, recurrirá a los procedimientos ilícitos, y de ahí saldrán no pocos criminales y muchas prostitutas.

Pero la pereza del cuerpo puede unirse a la actividad del espíritu, como se ve en los soñadores, los místicos, los poetas, los artistas, los intelectuales en general, impropios para la vida práctica, que exige la ejecución de tareas de mil clases, en general mal recompensadas. Estos especulativos extasiados harán bien en adjuntarse auxiliares encargados de sus intereses materiales. Para no ser perezoso, hay que ser rico de vida, y tener en propiedad un ideal o ideas directoras. Así es como los escépticos son generalmente perezosos, y no hay más que acordarse de Montaigne, príncipe de los qué-se-me-da-a-mí, y de sus confesiones exentas de artificio.

Los perezosos son legión, forman la masa y los subordinados, los resignados, los tortugas y los caracteres ñoños que abdican y, por salvar su reposo, lo dejan pasar todo. La pereza engendra el egoísmo, un egoísmo pasivo y suspicaz, que no se molesta en venir en nuestro socorro. El perezoso sufre por su impotencia, hasta que se resigna a ella; y esta resignación viene pronto, pues quien no tiene la fuerza no tiene el deseo ni

las ilusiones que le abren camino; relegado a papeles sin brillo, sabrá hacerse una suerte soportable. Su impotencia es sólo un límite.

Cuando la pereza se relaciona con una enfermedad constitucional, la voluntad podrá poco contra ella, pues la voluntad no produce la fuerza. «Los perezosos, dice Vauvenargues, tienen siempre gana de hacer algo.» Están en el dintel de la potencia, de la tierra prometida; no depende de ellos entrar en ella; forzad a un perezoso, y tendréis un torpe o un enfermo. No admitáis jamás a vuestro servicio a un perezoso: gastaréis vuestra paciencia en esperar su transformación. Ese incapaz ha nacido para ser servido: deseémosle fortuna y que no le dé por derrocharla.

La pereza sensual.—Fuera de la pereza de impotencia, en cierto modo excluída del poder de la voluntad, hay una pereza consentida y querida, que consiste en el placer declarado de no hacer nada; placer puramente sensual, que constituye la verdadera pereza. ¿Qué más dulce que el abandono de las horas en el campo, en los hermosos días de verano? La economía del pensamiento, del esfuerzo mental, que es el más costoso de todos, es la ganancia principal del perezoso. Los animales gozan de la pereza. El trabajo es una maldición a la más hermosa de las conquistas. La lucha por la vida y la presión de la necesidad han obligado al hombre a triunfar de su pereza y a organizar metódicamente su esfuerzo. Los pueblos del Mediodía, acariciados por el sol, abusan de las delicias de ese estado de pereza, que, sometido al análisis, es abulia, debilidad, extenuación de la voluntad, y también cinismo tranquilo, nihilismo sonriente.

Se trata, en realidad, de una sensualidad bastante baja, y de una forma de felicidad bastante elemental; para ahorrarse toda molestia, se reduce la vida al mínimum. Beatitudes de lagarto en que, a la larga, se corre el riesgo de morir de aburrimiento o de imbecilidad, y a veces de hambre. Los voluptuosos, que pasan por maestros en el arte de dosificar el goce,

usarán de la pereza como de una voluptuosidad inocente, muy grata a su hora, y sabrán evadirse de ella a tiempo. No convertirán el lecho de rosas en lecho de basura.

La pereza nos da a conocer los goces, algo muelles, de la contemplación, grata a la frente desarrugada; las buenas fortunas del vagabundo (pereza ambulante); el apartamiento de la vida, sobre la que se resbala sin apretar. Es también la relajación o la desagregación de la personalidad: un estado próximo al no ser. Prepara una atmósfera favorable al placer; es propicia a la cría y sostenimiento de pensamientos amorosos; los perezosos forman los amantes, rumiando la idea querida, pensando en sus novias y guardando sus fuerzas para el amor. De la pereza dependen los placeres semipasivos: la conversación ociosa, las lecturas novelescas, las audiciones musicales y teatrales, los juegos de azar y los cigarros lentamente saboreados. La pereza tiene también su depresión en el trato con los niños y los inferiores, cuya simplicidad es descansada; en el amor a las criaturas primitivas, refugio de los espíritus complicados.

La pereza tiene sus ventajas, o más bien sus beneficios, y hay que poner en su activo los ocios ilimitados en los que desarrollan sus largas antenas los pensamientos sutiles, en los que nace la ideación desinteresada. La pereza es el arte de holgazanear, que es bueno conozca el intelectual recargado. El cerebro, en efecto, es el órgano más difícil de condenar al reposo, siendo continua la tentación de pensar y la más fácil de satisfacer. Hay perezas fecundas, descansos regeneradores, éxtasis echados de espaldas y que son geniales. La pereza ha sido cantada por los poetas, que juegan con la vida, cogen la flor de las cosas y no sirven sino para gozar. Musset canta la pereza y sus cuidados de un día. Baudelaire conoce los infinitos balanceos del ocio embalsamado.

El perezoso es generalmente un resignado lleno de buen humor, que goza profundamente de sí mismo y de sus fuerzas durmientes, y sobre cuyos labios se dibuja una simbólica son-

risa que significa: la vida es una nada, cuyo cero soy yo. Su tipo corriente es el del hombre de café, que se divierte con el menor incidente. Es inclinado a la dulzura y a la vida sensual; es ñoño por definición, y su mayor defecto, que le atrae las mayores desgracias, es la imprevisión. Se convierte en el bohemio que irá a parar a la cárcel o al hospital, o que amotinará a sus contemporáneos con sus genialidades. Tiene el espíritu lento; sabe esperar, y ese es su triunfo a veces. La pereza forma la belleza de algunas mujeres de rostro florido y posturas lánguidas, en quienes se admira una mirada sin pensamiento, ojos semejantes a flores.

Tratamiento de la pereza.—La pereza es un mal muy dulce, pero es un mal que exige tratamiento. Hay que distinguir la pereza-neurastenia, que es una enfermedad de la energía, y la pereza-voluptuosidad, que es una enfermedad de la voluntad.

La neurastenia, enfermedad orgánica más que psíquica, tiene su tratamiento físico y moral. Verdad es que hay los casos mixtos, en que no se sabe si se trata de falta de energía o de falta de voluntad: el ejemplo de Rossini, dejando de producir en plena gloria, es notable: ¿era un agotado o un epicúreo? La cuestión es insoluble.

La pereza derivada de la sensualidad, es otra cosa: en cuanto se trata de combatirla, está dominada. El espíritu es más plástico, más manejable, y por su misma complejidad, se presta más a todos los tratamientos. Leibnitz lo decía: «Quod in corpore est fatum, in mente est providentia.» El que se sienta perezoso, debe hallar por sí mismo el remedio propio para su caso particular; tratará de cambiar de medio, pasando de la aldea a la ciudad, o al contrario, se forjará un ideal elevado o conveniente, y luego se recurrirá a los pequeños medios: abreviar la estancia en la cama, y arreglar el empleo de su tiempo con una disciplina militar o monacal. Hay personas, un tanto invertebradas, que necesitan un reglamento, un tutor; se las proveerá de un despertador. Lo que importa, más que

nada, es modificar la tendencia a la pereza por el hábito del trabajo. Se huirá de los venenos del sistema nervioso: el alcohol, el tabaco, destructores de energía, y de otros que son peores, como la morfina y el opio. Hay desaliento en la pereza, forma del nihilismo; se la tratará por el optimismo o, por lo menos, por el meliorismo; siempre es posible mejorar su situación. Nada, sin embargo, vale tanto como un ideal y el aguijón de la necesidad.

ESTETICA

El puesto del arte en el espíritu.—El arte es una generación de la fantasía, como afirma Federico Pérsico en la *Revista de Italia;* pero sus productos no sirven para la utilidad, para la comodidad, para la voluptuosidad, como las artes del sastre, del albañil o del perfumista, y por eso se distinguen como artes bellas. Y si no sirven para lo útil, ¿qué objeto tienen y a qué necesidad responden? Se habla del arte por el arte; pero es como si se dijera que la ciencia es el pensamiento por el pensamiento; y así como un filósofo observaría que el pensamiento tiene por objeto la indagación de la verdad, así el arte debe tener un objetivo. ¿Cuál es éste? La belleza. Y como la belleza supone el orden, y del orden es condición la forma, por lo cual Cicerón llamó a la belleza *formositas*, de donde viene el adjetivo español hermoso, como equivalente de bello, se ve que la belleza no aparece sino en una cosa formada.

En el primer capítulo del Génesis, la tierra creada con el cielo, es llamada *inane-y vacua,* es decir, desnuda de toda forma, tenebroso abismo. Inmediatamente se hace la luz, y tras ella, todas las demás cosas del universo. ¿Qué es la luz, como principio de orden? Un admirable concierto de moléculas que con sus vibraciones lo penetran todo, dando a las cosas visibilidad y colores. Es, en el orden material, el simulacro de la conciencia y el pensamiento. Así como la conciencia penetra el mundo intelectual y moral, la luz produce con sus rayos la

visibilidad del mundo material y sensible, y por ende su belleza.

Pero el orden y la belleza no se detienen en la materia, sino que se extienden a la vida. Ahora bien; el artista se enamora de una idea, de un tipo, lo ve en su fantasía y lo traduce en imágenes, en una existencia aparte inmune de aquellos defectos que la existencia concreta y real tiene siempre en sí misma. La forma con que reviste aquella idea, no es una de las innumerables que la Naturaleza produce para destruirlas después, sino una forma, verdadera obra de arte, que puede aspirar a la inmortalidad. Así, si un caballo se presenta a la fantasía de un pintor, éste hará esbelto su cuerpo, sutiles sus patas, altanera su cabeza, espumosa su boca, erguidas sus crines, como quizá no habrá encontrado uno semejante; y todavía, si la rapidez del caballo no le basta, le prestará alas e inventará un hipógrifo.

Por aquella ley que reduce lo negativo y defectuoso a lo positivo y a lo perfecto, el torpe, el vicioso, el malvado, puede servir de inspiración al artista y llegar hasta la belleza. En el *Otelo*, de Shakespeare, el verdadero centro y protagonista de la tragedia, más bien que Otelo, es Yago. La profunda maldad de éste, la codicia y la envidia que lo roen, la mentira y la calumnia a que recurre, la ninguna cuenta que hace de los beneficios recibidos de Otelo, ni del amor que éste siente por Desdémona, son una maravilla de actos y colores para pintar un alma malvada de hombre. Si un tipo cualquiera, intuído por el artista, requiere una forma propia, la crítica artística consiste en fijar bien el tipo particular a que el artista atendió y la forma que halló para representarlo.

La inspiración artística es uno de los hechos más importantes del espíritu. No se sabe con precisión cuándo nace ni qué la origina. Pero el encuentro de una mujer, un sueño, la caída de un caballo, la muerte de una persona querida, pueden servir de incentivo. En los sumos artistas, la inspiración es verdaderamente una aspiración, un amor y deseo intenso, constante,

nunca plenamente apagado, de traducir en una imagen, en una forma concreta, la idea que relampaguea en su espíritu. Esto explica el febril e incesante trabajo del corregir y limar la imagen ya nacida, rectificando aquí una línea, reforzando o atenuando un color; mudando allí epítetos y adverbios, modificando o borrando frases o períodos para hacer la imagen más viva, más semejante al tipo.

La inspiración no está sujeta al querer, como el estudio de la Geometría o la lectura de un libro: la tienen los grandes y verdaderos artistas, porque por su naturaleza llevaron el amor y el vivo deseo de la belleza en sus almas; y difieren de los filósofos porque en aquel su afecto cálido y generativo, abarcaron a un tiempo la idea y la forma que la inspiraba, mientras que el pensamiento especulativo, aunque iluminado por una intuición, no hace más que reflejarla abstrayendo y tejiendo, uno tras otro, juicios y conceptos.

La piedra, el mármol, los colores, la palabra y los sonidos son los materiales del arte con los que se produce la imagen destinada a expresar la belleza. Cuanto más se relacionan esos materiales con el espíritu, más se realza el arte: son como escalones que la fantasía humana recorre en su ascensión. La Arquitectura, que atiende más a la comodidad y a las necesidades de los hombres, se halla en el escalón bajo del arte. La materia en ella está como invitada a negar su grosería, su rudeza y hasta su gravedad; pero el límite de este arte no tarda en revelarse: lo sensible de que se sirve, tiene por sí poca aptitud para revelar una idea; si desde lejos el más hermoso templo puede marcar la majestad de lo infinito, el hombre no aparece todavía, y la fantasía busca en aquella misma materia el mármol y el bronce, para extraer la imagen de una persona e imprimirla alma y vida, y así nace la escultura.

Se ha hablado mucho de la serenidad de las estatuas griegas y del significado de aquella serenidad. Si el *Laocoonte* no grita en medio de los espasmos ni se contorsiona, es porque el mármol no tiene voz, y las contorsiones de una boca no se avie-

nen con un arte que se funda principalmente en el orden material, esto es, en la belleza de las líneas y de las formas. Por eso el espíritu recurre a otro arte, a la pintura; y el grosor del mármol y del bronce se sutiliza, da lugar a una superficie, y las líneas se convierten en colores, y los colores y la superficie en escenas y en sentimientos de hombres. Las personas representadas no son ya figuras solitarias y serenas, sino actores de un drama determinado, expresiones de afectos o sentimientos de calma, de tristeza, de alegría o de agitación que inspira un paisaje o una batalla.

Todavía, sin embargo, hay aquí un límite: la escena figurada es una sola, determinada, inmóvil. Las figuras, aunque estén hablando, no hablan verdaderamente. no se mueven; las artes plásticas son así superadas por un arte que tiene la palabra para encarnar sus ideas. La palabra, no sólo destinada a expresar un concepto, a formular un juicio, sino a traducir y colorear la belleza con el ritmo y la cantidad, los acentos y la rima. La lírica es la cima de la poesía; pero la palabra del poeta es todavía un sensible exterior que debe ceder el puesto a otro sensible, a otro más espiritual, más íntimo, más indefinido y expresivo del puro sentimiento, el sonido, del que sale la última forma del arte, la música. Se ha llamado a la música reina de las artes, y con razón. Puede ser ligera, frívola, destinada sólo a deleitar el oído; pero nunca es impúdica o inmoral, como ocurre frecuentemente con las demás artes, no excluída la poesía, y esa es su nobleza.

Los fines del arte no son ciertamente los de la moral, y si esto sólo quiere decir la conocida frase del arte por el arte, pase la frase. Pero si no es la moral, ¿quién querrá afirmar que el verdadero arte la contradiga y la pueda ofender? ¿Serán hermanas o serán enemigas la belleza y la virtud? Si el confundirlas, como parece Tolstoy, no es justo, ¿quién negará al arte en sí el oficio de educador?

* * *

IMPRESIONES Y NOTAS

La biblioteca ambriosana.—La fundó en Milán en 1609 el arzobispo Federico Borromeo, popularizado por *Los novios*, de Manzoni, y bendecido por la posteridad. Su fondo originario estaba constituído por 23.000 volúmenes, entre los que figuraban las obras maestras de tipografía de los Aldos y de los Elzevirs. Desde sus comienzos fue enriquecida por numerosos donativos del mundo entero, y en estos últimos tiempos, la viuda del ilustre economista y jurisconsulto Angel Villa Pernice la ha legado todos los libros de su marido con manuscritos de inestimable valor y documentos de la mayor importancia; entre ellos figuran los autógrafos de las obras de Beccaria.

Aumentada la Ambriosana con la colección Villa Pernice, ha llegado a ser una biblioteca de primer orden; pues a las obras clásicas de la Literatura y el Derecho, une ahora todo lo que se refiere a la Italia moderna, habiendo estado mezclado activamente Villa Pernice al movimiento político y a la vida parlamentaria de su época, y en relación directa, como dice Anzoletti en la *Rassegna Nazionale*, con todos los personajes de su tiempo, cuyos centenares de cartas están en la biblioteca al alcance de los curiosos.

***

La temperatura máxima soportable.—No hace mucho corrió por los periódicos la noticia de que dos sabios ingleses se habían hecho encerrar en un horno para saber la temperatura máxima que podían soportar, resistiendo hasta 100° Celsius, sin que su salud se resintiese, cosa que a muchos ha parecido increíble.

En 1874, Tillet comunicó a la Academia de Ciencias que había visto a la hija de un panadero resistir doce minutos en un horno, donde un termómetro señalaba 128° y ³/₄ Celsius. El

mismo sabio comunicó que en la ciudad de la Rochefoucault, algunas muchachas se veían obligadas a permanecer hasta diez minutos en un horno, cuya temperatura era de 132°. Que estas declaraciones no son falsas, lo demuestra un experimento hecho por Banks, Solander, Dundas, lord Seaforth y otros. Entraron en una habitación, cuya temperatura era de 128° Celsius, permaneciendo en ella durante ocho minutos; durante ese tiempo aumentó poco o nada su calor normal; unos huevos y un bistek, colocados en la misma habitación, se cocieron en veinte minutos los primeros y en treinta los segundos.

Arago afirma haber visto en 1828, en París, entrar en un horno de la altura de un metro, y resistir en él cinco minutos una temperatura de 137° centígrados; estaba envuelto en un ligero traje de *bambagia*, sobre el cual llevaba otro de lana y otro de *bambagia* blanca, cubriéndole la cabeza una especie de capuchón de lana blanca. El que gana a todos, según el periódico médico *La Clinique*, es un español, un tal Martínez, que en 1828 se había sostenido catorce minutos en un horno, a la temperatura de 170° centígrados; su pulso, que primero daba 76 latidos, llegó a dar en aquel calor, 136. El mismo individuo resistió poco después, otros siete minutos, una temperatura de 152° centígrados; estaba vestido y tenía la cabeza envuelta en unos pañuelos de lana.

Berger y de la Roche han hecho experimentos, con el mismo objeto, en una habitación calentada con leña: al principio, apenas podían sufrir por pocos minutos temperaturas de 87° a 90°; pero después pudieron resistir hasta 109°. Las llamas les quemaban el rostro, y los latidos del pulso no se podían contar por su velocidad; pero una vez fuera, recobraron las condiciones normales a los cuarenta y cinco minutos.

Los mismos experimentadores afirman que el calor del vapor de agua es mucho menos tolerable que el del fuego. Basta elevarlo unos grados sobre la temperatura ordinaria, para no poderlo soportar. Sin embargo, el mariscal Marmont refiere haber visto en Brussa a un turco bañarse en agua a la tempe-

ratura de 78° Celsius, hecho extraño y casi increíble, pues sabido es que un baño de agua a 45° es ya insoportable y hasta peligroso.

*
* *

El primer amor de Walter Scott.—Walter Scott era de figura agradable y de conversación amena; pero, lejos de pagarse de elegancias ni de finuras de trato, le agradaba más la despreocupación, prefiriendo a la vida de salones la del aire libre. Modesto de suyo, confiesa que a los diez y nueve años sintió «gran orgullo cuando observó por vez primera que una señorita, joven, linda, no juzgaba indigno de ella sentarse junto a él, y hablarle durante horas enteras en un rincón del salón de baile, mientras todo el mundo se agitaba a su alrededor».

Era la señorita una hija de Lady Stuart Belches; y una vez hecho el conocimiento, los encuentros se multiplicaron. Todos los días, a la salida de la iglesia, volvían en compañía. La señora Scott llegó a reanudar relaciones con la madre de la joven, y con todo esto, Walter, que sentía gran afecto por Margarita, llegó a tener grandes esperanzas; pero el severo Scott padre, rígido y previsor, se inquietó por aquella intimidad que tan rápidamente crecía, y escribió al padre de la joven, que «había entre los muchachos un grado de intimidad, que si se dejaba crecer podía producirles una decepción». Y Walter supo, cuando menos lo esperaba, que Margarita era la prometida de William Forbes, rico banquero y gentilhombre de la mejor reputación.

Veintiséis años después, Scott escribía en el comienzo del capítulo XII de su novela *Peveril on the Peak:* «Hay pocos hombres que en secreto no se retraigan al tiempo de su juventud, cuando un afecto espontáneo y sincero ha sido rehusado, vendido o contrariado, a consecuencia de circunstancias adversas. Esos pequeños pasajes de historia secreta son los que dejan en cada corazón recuerdos novelescos, permitiéndonos a cada uno, aun en los momentos más ocupados de la

edad avanzada, escuchar sin indiferencia hostil el relato de un amor verdadero.»

Como todo pasa, en el mes de Julio de 1797, Walter Scott se enamoró violentamente de Miss Carpenter, con la que se casó el 24 de Diciembre del mismo año, siendo felicísimo con ella. Habiendo enviudado en Enero de 1826, Walter Scott se estableció en Edimburgo en 1827; precisamente en una casa próxima vivía la madre de aquella Margarita, objeto de su primer amor. Muerta Margarita, aquella señora vivía muy retirada, pero Walter Scott la visitó.

En su diario, Walter Scott alude a aquella entrevista: muchas viejas historias se evocaron y muchas lágrimas corrieron; la escena fue patética. «¡Ah!, exclama; ¡qué novela que contar! ¡Lo será algún día! Entonces mis tres años de sueño, mis dos de vigilias, serán referidos, sin duda alguna; pero la muerte no tendrá que sufrir por ello.» Y ahí termina la historia de amor de Walter Scott, tal como la cuenta en el *Mercure de France* Pablo Luis Hervier.

*
* *

La Beatriz de Dante. —¿Es un símbolo o una realidad? Wyzewa, en la *Revue des Deux Mondes*, estudia esta cuestión. El nombre de la heroína aparece en la *Divina Comedia* en boca de Virgilio, que cuenta al Dante cómo durante su estancia en el purgatorio ha sido abordado por una «dama venturosa y bella», llegada allí con «ojos llenos de lágrimas» para rogarle fuera en socorro de su amigo, «a fin de que ella misma quedara consolada». «Soy Beatriz, le dijo, y el amor me ha traído aquí, y me hace hablarte.»

No se vuelve a pronunciar el nombre de Beatriz sino una sola vez durante todo el relato de la travesía del infierno; pero en varios pasajes se encuentran alusiones manifiestas a la «Dama venturosa», siempre designada en términos velados, como si el poeta hubiera temido profanar su imagen con mención demasiado clara, en aquella impura atmósfera de tinieblas

y de pecados. «Cuando llegues ante la dulce irradiación de aquella cuyos hermosos ojos ven todas las cosas, sabrás por ella el viaje ulterior de tu vida.» Aquí la alusión a Beatriz es indiscutible, según Wyzewa. Dante continúa sin designarla formalmente por su nombre hasta que en el Canto XXIII del Purgatorio se encuentra con su antiguo amigo y confidente Forese, de donde saca Ancona un nuevo argumento en favor de su teoría realista; pues si Dante, según él, ha pronunciado ante Forese el nombre de Beatriz, es porque sólo este antiguo amigo ha conocido el secreto de su amor a la hija de Folco Portinari.

Donde, sobre todo, estima Ancona que queda probada la plena realidad de la figura de Beatriz, es en el famoso pasaje del Canto XXVII del Purgatorio, donde vemos a Dante vacilando en franquear una muralla de llamas, sin que, ni las exhortaciones de un ángel, ni las tranquilizadoras palabras de Virgilio, basten a vencer su espanto. Hasta que el poeta latino le grita: «Pues, hijo mío, mira: Ese muro es el que te separa de Beatriz.» Y en seguida Dante, al oír aquel nombre, «siempre presente a su espíritu», se arroja valerosamente a las llamas, demasiado feliz por poderse juntar así con su bienamada.

Desgraciadamente para la tesis realista, *La divina comedia* tiene tres partes, y en la tercera se nos muestra Beatriz bajo una alegoría y un tipo; pero, dice Ancona, por de pronto: «Tenemos la persona, el sér histórico, verdadero, real; y luego, sobre esta persona, eleva el símbolo; no va, por ejemplo, a crear abstractamente un tipo de la sabiduría humana; pero para este tipo se sirve del personaje histórico de Virgilio; no va a crear un tipo de la libertad interior, sino que se vale para ello de la figura histórica de Catón, y así sucesivamente. Todo el universo sobrenatural que nos representa tiene como un fundamento real. La Edad Media había dado a las abstracciones un cuerpo ficticio; Dante, a la inversa, atribuye a personajes reales valor abstracto.»

Así, Ancona nos hace asistir a las etapas sucesivas del poeta, en lo que pudiera llamarse trabajo de extensión simbólica

de la figura de Beatriz. Ya en ciertas líneas de *La vida nueva* se halla como en germen toda *La divina comedia:* «Tras eso se me apareció una visión maravillosa, en la que contemplé cosas que me han decidido a no decir ya nada de aquella Beatriz bendita, mientras no me sea posible tratar de ella más dignamente. Y en llegar a ello es en lo que me esfuerzo cuanto puedo, como ella lo sabe en toda verdad. Y, por consiguiente, si agrada a Aquel por quien viven todas las cosas, que mi vida se prolongue durante cierto número de años, espero poder decir entonces de ella lo que jamás se ha dicho de ninguna mujer en el mundo.» Ancona explica también, desde el mismo punto de vista biográfico, el episodio que forma el asunto del *Banquete.* Después de la muerte de Beatriz, Dante ha pecado doblemente contra su inmortal amada: primero, dejándose consolar por otra dama que se ha apoderado de su corazón demostrándole una compasión engañosa; luego, entregándose a todas las agitaciones políticas, cuya triste consecuencia ha sido su destierro perpetuo; y, por último, cometiendo con Beatriz la falta de ocuparse de todas esas ciencias puramente terrenales, designadas con el nombre general de Filosofía; de tal modo, que en su *Banquete* ha encarnado todos esos pecados en la única figura de la «dama compasiva», mientras Beatriz, por su parte, significa siempre a la vez la joven que ha querido y el conjunto de las virtudes celestiales, de que se ha acostumbrado a considerarla revestida. Así nos las presenta también en las tres partes de su Comedia; pero sin que podamos adivinar en los pasajes citados del Infierno y del Purgatorio que la joven perfectamente real de que nos habla sea al mismo tiempo la *entidad* sobrenatural que ya se nos anuncia desde los últimos capítulos de *La vida nueva.* Hasta el término del poema, Dante sigue extendiendo el papel de Beatriz, elevando y engrandeciendo la parte de símbolo añadida por él a la persona real de la joven patricia florentina, de la que se enamoró en otro tiempo, una tarde de primavera, en el jardín de los Cortinari.

FERNANDO ARAUJO

LA AMÉRICA MODERNA

SUMARIO: El imperialismo norteamericano contra la América española. La política de los presidentes yanquis. El Presidente Wilson. Las acusaciones de Manuel Ugarte contra la política yanqui en América. Los financieros y los políticos norteamericanos. Agravios y coacciones contra los iberoamericanos. Los escritores mejicanos contra los yanquis. Agustín Aragón. El pensamiento iberoamericano contra el imperialismo yanqui. Escritores y estadistas. Las mentiras de Wilson. La vuelta al iberismo.—El iberismo en Méjico. España comparada con las naciones colonizadoras, según los mejicanos. Justicia en la Historia.

Otra vez la política violenta de los Estados Unidos ha provocado un clamor de indignación en la América española, que amenaza con extenderse al continente europeo. La acción constante, más o menos disimulada, de la República grande de Norte-América sobre la vida interior de Méjico, lleva visos de acabar en intervención, con todo el acompañamiento de coacciones y atropellos que borran la idea de justicia entre los hombres. Los Estados Unidos necesitaban un motivo para intervenir en Méjico, cuyo territorio constituye una zona principal para la expansión de los yanquis, y el motivo le encuentran provocándole ellos mismos con el mantenimiento de constantes insurrecciones. Así como atizaban el fuego de las rebeliones separatistas en los días de Cuba española, para poder presentarse al final de larga contienda como libertadores de la pobla-

ción colonial, de la misma manera auxilian a los facciosos de toda laya en las repúblicas iberoamericanas para depararse ocasión de intervenir con apariencias de justificación internacional. Si no bastase el ejemplo de su conducta con España, ahí está la página reciente de la insurrección separatista que alentaron y dirigieron los Estados Unidos en Panamá, desmembrándole de Colombia y apresurándole a reconocer el microscópico Estado itsmeño para estipular un Tratado que aseguraba a la República ambiciosa del Norte el dominio absoluto de los territorios contiguos al Canal de Panamá. Y esto fue llevado a cabo sin pudor alguno, como si la pequeñez del Estado atropellado disminuyese la inmoralidad del delito de derecho de gentes. Hoy es Méjico el blanco de los tiros norteamericanos. Al Presidente Wilson le tienen sin cuidado los actos y la significación de los contendientes mejicanos, la política del general Huertas y la del general Díaz, tío o sobrino; la cuestión es entrar en Méjico, seguir el redondeo del territorio de los Estados Unidos, hacer del Pacífico y del Mar Caribe, con sus repúblicas, una prolongación de la soberanía yanqui.

Con mal fundadas esperanzas fue saludada la Presidencia del profesor Wilson por algunos hispanoamericanos, que creyeron ver en el político de convicciones librecambistas y enemigo de los *trusts*, una resurrección del puritanismo de Franklin y de Wáshington que se traduciría, en el orden internacional, en una política de abstenciones y alejamientos del imperialismo que había venido practicando la República, acentuadamente en los tiempos de Mac-Kinley, Roosevelt y Taft. El Presidente Wilson es ante todo un Presidente yanqui que recibe las inspiraciones de los elementos directores de la República en la acción internacional.

Por la primavera de 1912 el secretario de Estado de Cuba, Manuel Sanguily, decía en un banquete celebrado en honor del secretario de Estado de los Estados Unidos, Philander C. Knox, que veía en él el representante de un pueblo que llegaba a Cuba empuñando el glorioso caduceo, símbolo de paz y de

prosperidad; pero añadía dejando traslucir un cierto temor, que esperaba el respeto de la República norteamericana para Cuba, porque de lo contrario la estatua de la libertad del famoso puerto yanqui se hundiría en los mares... Todavía no se ha hundido. Las cartas abiertas de los publicistas iberoamericanos se han sucedido sin interrupción desde que Mr. Wilson ocupó la Presidencia de la República, todas ellas dedicadas al profesor en el cual se vislumbraban tantas esperanzas. Después de una carta muy elocuente del escritor mejicano Fortunato Hernández, se ha comentado otra del conocido publicista Manuel Ugarte, carta briosa, sincera, que pone de manifiesto toda la gravedad del problema provocado por la conducta de los yanquis y su Gobierno en el resto de América. La carta de Ugarte, dirigida desde Lima, dice así:

«Durante largos años, los Estados Unidos, que realizan dentro sus fronteras la más alta expresión de la libertad en nuestro siglo, han estado defendiendo en la América latina un espíritu que es la contradicción y la antítesis de sus principios y de sus leyes. Los particulares y las compañías financieras de esa nación (con muy raras excepciones) parecen haber venido a algunos territorios, especialmente a la América Central y a las costas del Caribe, para falsear los principios del derecho civil y para violar los preceptos del derecho internacional, llegando, a veces, hasta olvidar las reglas más elementales. Ciertas Repúblicas van resultando un campo abierto a los malos instintos que no pueden manifestarse en los Estados de la Unión, combatidos como están por las responsabilidades penales y por la opinión pública. Faltar a la palabra empeñada, burlar los contratos, amenazar, despojar a los individuos, introducir contrabandos, sobornar a las autoridades, empujar al desorden, han sido, según los casos, en varias de estas comarcas, cosas familiares para los que, por pertenecer a una gran nación, debían traer concepciones más altas de la responsabilidad individual.

»Los gobiernos locales, a veces timoratos, no se han atre-

vido, en la mayoría de las circunstancias, a perseguir a los delincuentes, amedrentados como están por el volumen de la América anglosajona, o ligados como se hallan algunos por compromisos inconfesables; pero como consecuencia de tales procedimientos, los Estados Unidos se han convertido gradualmente en la nación más impopular entre nosotros. La hostilidad cunde entre las masas, y en algunas regiones (Colombia, Ecuador, etc.) el ciudadano norteamericano tiene que recurrir frecuentemente a la humillante estratagema de ocultar su nacionalidad y de hacerse pasar por inglés para escapar a la mala voluntad que le circunda.

»Nuestros pueblos son hospitalarios y generosos, señor Presidente; en ellos existen innumerables compañías francesas, alemanas, inglesas, belgas, y para todos los negociantes respetuosos de nuestas costumbres tenemos siempre la mano fraternalmente extendida. El hecho de que la hostilidad esté localizada contra el norteamericano, prueba que no se trata de una antipatía irrazonada y general hacia el extranjero, sino de un movimiento de reacción directa contra atropellos especiales de que somos víctimas.

»... Los hombres que violentan el sentir del país extranjero en que actúan; las empresas constructoras que aprovechan las franquicias que les concede un contrato, para inundar fraudulentamente el mercado de productos diversos, perjudicando así a los comerciantes e importadores; y los contratistas que, para no pagar los salarios atrasados a sus obreros indios o jamaicanos, los intimidan y los persiguen, no pueden seguir pasando por los representantes del genio y de la civilización que trajeron al Nuevo Mundo los inmortales puritanos.

»Así ha empezado a abrirse entre la América latina y la América anglosajona una era de desconfianza y de aversión que será perjudicial para todos. Los que ven con calma el conjunto de las cosas, saben que lo que ocurre es obra de individualidades aisladas. Un gran país penetrado de su alta función histórica no puede ser responsable de estas duplicidades. Si un

pueblo que ha subido tan alto empleara bajos procedimientos, se suicidaría ante la Historia; y no es posible que una gran fuerza renovadora del mundo y de la vida se atrofie y se anule antes de haber cumplido su cometido. Pero los espíritus simplistas, que sólo juzgan por lo que observan en torno, empiezan a creer que los Estados Unidos tienen dos nociones diferentes de la justicia: una para aplicarla a sus compatriotas y otra para aplicarla a los extranjeros; y que alimentan dos morales: una para el consumo nacional y otra para la exportación.

»Además, nos sorprende y nos inquieta en la América latina el apoyo, demasiado visible, que a esos hombres (que a menudo no han nacido en Norte-América, o que se han naturalizado con el único fin de hacerse proteger) les prestan siempre los representantes oficiales de los Estados Unidos. Basta que uno de ellos se diga perjudicado en sus intereses, para que los cónsules y los ministros lo sostengan, y hasta para que sean requeridos los barcos y los soldados, sin averiguar antes los fundamentos de la queja, ni inquirir las razones que asisten a los unos y a los otros. Bien sé que todos los grandes pueblos tienen el deber de proteger la vida y la hacienda de sus nacionales en el extranjero; pero por encima de ese deber está un sentimiento de equidad suprema, que prohibe apoyar la injusticia, y una altivez superior que impide hacer cómplice a la nación de los errores que cometen algunos de sus hijos.

»El censurable expansionismo político que ha acompañado en estos últimos tiempos la legítima influencia comercial de los Estados Unidos, se ha servido a menudo de estos elementos para hacer surgir pretextos de avance o de intervención, como se ha servido también de la debilidad de ciertos gobernantes latinoamericanos (o de la impaciencia de los que aspiraban suplantarlos en el poder) para obtener en algunas Repúblicas concesiones y ventajas que perjudican a los naturales o que comprometen la autonomía del país.

»El sistema ha podido favorecer momentáneamente el des-

arrollo de los negocios, la prosperidad de determinados grupos financieros o el prestigio autoritario del pueblo protector; pero la respetabilidad de los Estados Unidos ha sufrido quizá tan rudo golpe como la independencia de esas Repúblicas, porque al tomar nacionalmente la responsabilidad de los atentados cometidos por los particulares, al fomentar las malas pasiones, al abusar de su grandeza, los Estados Unidos se han disminuído ante nuestros ojos y han aparecido con fuerza de corrupción, y no como punto de apoyo que nos ayude a perfeccionarnos.

»...Antes os suponíamos fuertes y justos; ahora empezamos a creer que sólo sois fuertes. Y es por eso que se levanta la opinión, es por eso que hay una resistencia visible para confiar nuevos trabajos a las empresas de vuestro país. Tememos que se esconda en cada proposición un nuevo engaño. Además, la fuerza no basta para seducir y atraer a los pueblos, si no viene acompañada por el prestigio moral.

»La América latina es solidaria; tenemos la homogeneidad que nos dan el pasado, la lengua, la religión, los destinos; por encima de nuestros patriotismos locales cultivamos un patriotismo superior; y aun aquellas regiones que están lejos de sentir el peso de tan duros procedimientos, se hallan impresionadas, más que por la amenaza material, por la injuria moral que ellos envuelven.

»Deseamos que a Cuba se le quite el peso doloroso de la enmienda Platt; deseamos que se devuelva a Nicaragua la posibilidad de disponer de su suerte, dejando que el pueblo deponga, si lo juzga menester, a los que le gobiernan apoyados en un ejército extranjero; deseamos que se resuelva la situación de Puerto Rico, de acuerdo con el Derecho y la Humanidad; deseamos que se repare en lo posible la abominable injusticia cometida con Colombia; deseamos que a Panamá, que hoy sufre las consecuencias de un pasajero extravío, se le conceda la dignidad de nación; deseamos que cese la presión que se ejerce en el puerto de Guayaquil; deseamos que se respete el ar-

chipiélago de Galápagos; deseamos que se conceda la libertad al heroico pueblo filipino; deseamos que Méjico no vea siempre suspendida sobre su bandera la espada de Damocles de la intervención; deseamos que los desórdenes del Putumayo no sirvan de pretexto para habilidades diplomáticas; deseamos que las Compañías que extralimitan su acción, no se sientan apoyadas en sus injustas exigencias; deseamos que la República de Santo Domingo no sea ahogada por presiones injustificables; deseamos que los Estados Unidos se abstengan de intervenir oficiosamente en la política interior de nuestros países y que no continúen haciendo adquisiciones de puertos o bahías en el continente; deseamos que las medidas de sanidad no sirvan para disminuir la autonomía de las naciones del Pacífico; pedimos igualdad; pedimos respeto; pedimos, en fin, que la bandera estrellada no siga siendo símbolo de opresión en el Nuevo Mundo.

»No es posible que se diga, señor Presidente, que los norteamericanos han abandonado la coerción y los castigos corporales en la educación pública, para emplear esos recursos atrasados en la educación política de nuestras nacionalidades; no es posible que vuestros ministros tengan en nuestras pequeñas ciudades la función especial de amenazar; no es posible que los hombres pusilánimes que gobiernan en algunas débiles Repúblicas, sientan constantemente sobre sus espaldas el látigo del amo; nó es posible que resulte que habiendo abolido en el siglo XIX la esclavitud para los hombres, la dejéis restablecer en el siglo XX para los pueblos.

»No ignoro que vosotros sois fuertes y que podríais ahogar muchas rebeliones; pero por encima de la fuerza material está la fuerza moral. Un boxeador puede abofetear al niño que regresa de la escuela, y el niño no logra evitar ni devolver los golpes. Pero esto no establece un derecho ni asegura la impunidad del agresor. Hay un poder supremo que se llama la reprobación general, y así como los niños están defendidos en las calles, contra los atletas, por la opinión pública, los pueblos

están defendidos en la Historia por la justicia suprema y por la moral superior de la humanidad.

»No pedimos favores; reivindicamos lo que es nuestro, lo que conquistaron nuestros padres, lo que todos los pueblos están dispuestos a defender en cualquier forma: el honor y la dignidad. No queremos que la doctrina de Monroe, mal interpretada, sirva para crear en América, en beneficio de los Estados Unidos, ni en beneficio de nadie, nuevos Egiptos y nuevos Marruecos.

»No admitimos que nuestros países vayan desapareciendo uno tras otro. Tenemos confianza en nuestro porvenir. La mejor prueba de que la América latina no está incapacitada para la vida autónoma, es la prosperidad sorprendente de algunas de las Repúblicas del Sur, casualmente de aquellas que, por su volumen y sus relaciones con Europa, se hallan a cubierto de toda influencia norteamericana. Para que las regiones que hoy atraviesan dolorosa crisis, entren a su vez en una era análoga, es necesario, señor Presidente, que las Compañías financieras del Norte se abstengan de complicar nuestros asuntos, que los Sindicatos de Nueva York y de Nueva Orleáns renuncien a favorecer revoluciones, y que los Estados Unidos reanuden nuevamente la obra de acercamiento y de fraternidad, que tan buenos resultados nos dieron en los primeros años a los unos y a los otros.

»Los hispanoamericanos han tomado conciencia de sus destinos; las querellas locales, por agrias que sean, no bastan para hacerles perder de vista sus intereses superiores; los países más sólidos, que ya han alcanzado próspera estabilidad, empiezan a sentir las responsabilidades históricas que sobre ellos pesan; y hay un movimiento visible, una agitación grave que no puede pasar inadvertida para ustedes. Vuestra presidencia, señor, marcará un gran momento de la política universal, si, de acuerdo con la situación, dais fin a la táctica absorbente para volver a la sana tradición de los orígenes. La América sólo estará unida, la América sólo será realmente

«para los americanos», dando a esta palabra su amplia significación, cuando en el Norte se tenga en cuenta que existen dos variedades de americanos, y cuando, sin vanas tentativas de preeminencia, con escrupulosa equidad, se desarrollen independientemente los dos grupos, en una atmósfera deferente y cordial.»

No es posible recopilar tantas acusaciones contra un pueblo. Basta la comprobación de algunas de ellas para que una nación sea declarada fuera de la comunidad moral de los pueblos civilizados.

No somos ya los españoles los que anotamos las injusticias de los Estados Unidos; podría parecer apasionada nuestra opinión; son los mismos hijos de la América española emancipada los que se rebelan contra el fingido protector del Norte.

Sigamos acumulando material.

Agustín Aragón, ilustre publicista mejicano, escribe lo siguiente:

«El peligro yanqui se ha manifestado sin atenuaciones desde 1898, en que los gobernantes llamados republicanos (¡!) de los Estados Unidos agredieron a España. La agresión a España, con todo y haber sido de lo más monstruosa e injustificada, pronto eclipsóse por los acaecimientos de Panamá y Nicaragua.

»La necesidad de que los iberoamericanos nos unamos, para poner un dique a la desbordante ambición de los yanquis, tiene su mejor fundamento en las opiniones de los hombres públicos de los Estados Unidos.

»El menos agresivo de los imperialistas yanquis, Mr. Elihu Root, cuando era secretario de Guerra en el Gabinete del interfecto Mac Kinley, contestó a los delegados de Puerto Rico que fueron con toda humildad a pedir la ciudadanía norteamericana: «Entre los latinosamericanos y nosotros no existe ni podemos tener nada en común; por grandes que sean nuestros deseos, no bastan para llenar el abismo que nos separa.» Decía

bien Mr. Root, ¡pues un abismo separa a la moralidad de la inmoralidad!

»El propio Mr. Root, el pacífico imperialista y seráfico ciudadano, decía en un discurso pronunciado en Nueva York, en 24 de Agosto de 1912, ante el Instituto de Mecánicos y la Cámara de Comercio: «Es cuestión de tiempo que Méjico, Centro-América y *las islas que aún nos faltan en el Caribe*, queden bajo nuestra bandera.» Tomen nota los ingleses, franceses, holandeses y dinamarqueses que tienen islas en el mar Caribe.

»El ex-Presidente Taft, flor y nata de los imperialistas capitaneados por Mac Kinley y Roosevelt, en su artículo de nombre *Respuesta a los críticos científicos y políticos del Canal*, inserto en una revista norteamericana y reproducido por *La estrella de Panamá*, dijo: «No está lejano el día en que tres banderas de estrellas y barras señalen en tres puntos equidistantes la extensión de nuestro territorio: una, en el Polo Norte; otra, en el Canal de Panamá, y la tercera, en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro de hecho, como, en virtud de nuestra superioridad de raza, ya es nuestro moralmente.» Alerta, señores ingleses.

»Mr. Taft, lo único que hizo fue parafrasear las conocidísimas palabras del senador Prescott, escritas en 1838 en los *Orígenes de los Estados Unidos:* «La bandera estrellada flameará sobre toda la América latina hasta la Tierra de Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza.» Prescott habló sin eufemismos y llamó a las cosas por su nombre.

»Lodge presentó al Senado de Wáshington, en Marzo de 1912, y apoyó la proposición el senador Wash, el proyecto de que ninguna nación latinoamericana puede ceder o arrendar la más ínfima de sus costas sin permiso de los Estados Unidos.

»Los dueños o directores de periódicos de los Estados Unidos hace años que, en ciertas ocasiones, se dirigen a los Presidentes de las Repúblicas latinoamericanas, haciéndoles preguntas. El 14 de Febrero último, los encargados del diario *New York American* les dirigieron el siguiente telegrama:

«¿No cree usted que los Estados Unidos tendrán razón en restaurar la paz en Méjico? No quiere decir esto que se pretenda ni desee una ocupación permanente. Sírvase darnos su opinión a nuestra costa.»

»A tan original encuesta, a tan peregrina investigación y a tan singular plebiscito contestaron: El Presidente de Colombia, doctor D. Carlos E. Restrepo, en estos términos viriles y levantados, por conducto del Secretario de la Presidencia: «El Sr. Presidente de Colombia opina que toda intervención de un Estado en los negocios internos de otro, es un ultraje a la soberanía del último, y, por tanto, una violación del derecho y un ataque a la justicia internacional, cuyo práctico imperio es el supremo anhelo de las naciones latinoamericanas.»

»Con tranquila energía contestó el Presidente del Ecuador, D. Leonidas Plaza G., condenando explícitamente todo intento de desconocimiento a la soberanía y a la independencia de las naciones. Se expresó de esta suerte: «El respeto debido a la soberanía e independencia de las naciones debe prevalecer, en todo momento, como expresión de la Justicia y de la Libertad, en el orden internacional; y, por muy dolorosas que, dentro de un Estado, sean las consecuencias de una guerra civil, jamás pueden ellas compararse con los funestos resultados de una intervención extranjera. No cabe, por consiguiente, admitir, ni en hipótesis, la intervención u ocupación militar del territorio mejicano, aun de modo precario, porque en el hecho y en el derecho, equivaldría a herir de muerte su soberanía y a inferir una ofensa irreparable al honor de un pueblo, al orgullo de una raza y al lustre de una historia. La intervención no es un derecho, y sólo intentarla sería un crimen.»

»Los despachos de la Prensa dieron cuenta de cómo contestaron los Presidentes de Chile, la Argentina, el Brasil y otras naciones hermanas: *unánimemente reprobaron la amenaza de intervención de los yanquis en Méjico.*

»El Sr. Lic. D. Federico Henríquez y Carvajal, magistra-

do de la corte de Santo Domingo, y presidente del Ateneo Dominicano, discurre así a propósito de las respuestas de los Presidentes Restrepo y Plaza: «La hora es propicia. Inspírense en tales rasgos, de severo patriotismo, cuantos ejercen funciones de gobierno en los Estados del Centro y del Sur de América, y sea esa la norma de sus actuaciones diplomáticas en sus relaciones internacionales. Tiendan asimismo, por todos los medios lícitos, a hacer efectiva y fructífera la solidaridad de la gran familia iberoamericana, tal como ha sido siempre el altísimo ideal de cuantos fueron o son iluminadores de conciencia en el escenario del Nuevo Mundo. Esa actitud, firme y definida, habrá de propender a que el criterio de reacción favorable, saludabilísima, que se inicia en la Casa Blanca y en el Capitolio de Wáshington, determine y fije una nueva orientación antiimperialista en pro del renovado imperio de la doctrina de la *no intervención* como canon del derecho internacional americano. *La escasez de recursos, de fuerza, en el orden físico, ni empece ni debe obstar a la activa energía moral de los pueblos armados de su derecho. El derecho armado, vivido, nunca fue instrumento de muerte, sino de soberanía, de civilización y de verdadera vida.*»

»El criterio de reacción favorable a que alude el magistrado Henríquez y Carvajal, es el del actual Presidente de los Estados Unidos y sus lugartenientes. En efecto, Mr. Woodrow Wilson declaró, respecto a la actitud de su gobierno *democrático* en sus relaciones con los países latinoamericanos, lo siguiente: «Los Estados Unidos no tienen nada que ambicionar en Centro y Sur América, a excepción de los intereses tradicionales de los pueblos de ambos continentes, la seguridad de los gobiernos en bien del pueblo y no para ningún grupo o empresas determinadas, el desarrollo de relaciones personales y comerciales entre los continentes, que han de redundar en beneficio de ambos, y no inmiscuirse en los derechos y libertades de ninguno. De estos principios puede colegirse la parte de la futura política de este Gobierno que por ahora es nece-

sario trazar, e impulsado por el espíritu que en ellos se revela, espero que se me permita—*con tanta confianza como sinceridad—extenderle a todos los Gobiernos de las Repúblicas de América la mano de un verdadero y desinteresado amigo*, Y EMPEÑAR MI PROPIA HONRA Y LA DE MIS COLEGAS EN PRO DE TODA EMPRESA DE PAZ Y AMISTAD QUE UN FELIZ PORVENIR NOS TENGA RESERVADA» (1).

»El Vicepresidente de los Estados Unidos, Mr. Thomas R. Marshall, Presidente del Senado, al dar posesión a Mr. Woodroow Wilson de su puesto el 4 de Marzo último, dijo en su breve discurso: «Ejército y acorazados son útiles; *pero el pueblo nunca quiso que el Gobierno los emplease como instrumentos de robo*. Si alguien, en nombre del pueblo norteamericano, sea violando obligaciones de un tratado, o la clara tendencia de la doctrina Monroe, se ha apoderado de algo ajeno, mientras este Senado discutía, es vuestro deber investigar los hechos, y si aparece agraviada una República, por débil que sea, debe este país tener valor y honradez suficientes para reparar el daño.»

»Pronto sabremos y veremos si el actual Gobierno de los Estados Unidos averigua la *responsabilidad* de éstos al robarse Roosevelt el territorio del Canal de Panamá, y proclama la inmensurable falta cometida al violar el tratado solemne que estaba vigente con Colombia. Si Mr. Woodrow Wilson, después de haberse asomado un rato a la boca de los antros tenebrosos que se llaman en su Patria *trusts* y de haberse sobrecogido de espanto al contemplar tanta EXPOLIACIÓN, y luego de haber tomado nota de todas las perfidias y de todos los abusos, robos y crímenes que causó en la América Latina la ambición desapoderada de los republicanos sus patriotas, ahoga en su moralidad los referidos *trusts*, y practica una política de subordinación de la política a la moral, sus llamamientos al honor ultrajado y sus palabras de edificación moral pasarán

(1) *Boletín de la Unión Panamericana*, Abril de 1913.

a la Historia, no sólo como protestas contra los abusos de la fuerza brutal, sino como un emblema de justicia reparadora de impudencias sin nombre!

»*Cinco meses lleva ya de Presidente Mr. Wilson, y para referirme a un solo hecho, recordaré que no ha variado en nada la ignominiosa conducta de los Estados Unidos en Nicaragua.*

»La política internacional de los yanquis nunca ha sido para nosotros un modelo, pues está llena de sombras y feísimos lunares, y el paralelo con la de las Repúblicas latinoamericanas favorece a éstas en más, mucho más de un punto. Hace ocho años me escribía uno de los más profundos sociólogos ingleses contemporáneos—antiguo profesor de Historia en *University College,* Londres,—a propósito de los peligros que entrañaba para la América latina la política de los Estados Unidos, y decíame: «*Los Estados Unidos son el país más desordenado y que va más contra la ley en el mundo. Roosevelt no puede evitar que las turbas quemen vivos a los negros. Ninguno es castigado por esas atrocidades. Una de las razones por las cuales los norteamericanos ordenados se congregan en el Canadá, es por estar en un país donde prevalecen el orden y la ley*» (1).

»Colombia ha manifestado varias veces a los Estados Unidos el deseo de que fuesen sometidos al tribunal de La Haya los actos que determinaron la separación del Panamá, separación que entraña, según los americanos, la flagrante violación de un tratado público, el de 1846. La República yanqui, por boca de su diplomático Du Bois, expresó en Febrero último al Gobierno de Colombia, que, «*siguiendo la tradición de las naciones más antiguas del globo, los Estados Unidos han rehusado someter sus actos políticos a la consideración de ningún tribunal de arbitramiento, sea cual fuere la naturaleza de la transacción política en cuestión.*»

»Tan inaudita. desvergüenza, dice A. Aragón, no ha sido

(1) *Revista Positiva,* Méjico, núm. 163.

óbice para otra mayor: violar los tratados en que estaba empeñada la fe pública, *la palabra de honor* de toda la nación norteamericana!

»La filosofía científica ha enfocado ya las grandes épocas históricas de adelanto, profunda y no superficialmente, completa y no parcialmente. Esta filosofía nos enseña que la unión del mundo ha de verificarse y que ha de precederla la unión de los pueblos de la misma civilización.

»La República angloamericana no es para las Repúblicas latinoamericanas un modelo desde ningún punto de vista; en lo exterior: por su imperialismo, por sus ambiciones malsanas, y por su agresión *a los pueblos débiles*; en lo interior: por sus prejuicios de raza, que son la abominación más elocuente de las instituciones republicanas, por su gran corrupción política, por su régimen industrial desenfrenado y perturbador, por su destrucción de los elementos naturales y por sus características divagaciones teológicas y metafísicas. Tales lunares son óbice para que esa República pueda verse como tipo de la imitación política.

»El dechado del verdadero régimen republicano han de presentarlo en lo porvenir los pueblos latinoamericanos, como lo han presentado ya en parte, porque en ellos existen los gérmenes de predominio de lo social y lo moral sobre lo material, del amor universal guiado por el saber demostrable y de la actividad industrial y pacífica.

A defenderse o a perecer, escribe Beltrano:

»Ese es el dilema terrible que pesa sobre la América latina, ante el engrandecimiento fenomenal y la arrogante actitud que vienen tomando los Estados Unidos de Norte-América, contra casi todas las náciones de este continente, y si no procuramos, gobernantes y gobernados, despertar del letargo en que se yace para defenderse en buena lid, tarde o temprano irán una a una, cayendo bajo la intervención o protectorado yanqui, *por fuerza irresistible de la civilización que avanza*, sobre el estancamiento que inmoviliza y petrifica. Ya han em-

pezado con Cuba, Santo Domingo, Panamá, Nicaragua, etc., etcétera, y terminarán, «su primera jornada» en el Canal de Panamá, como frontera venidera de sus territorios.

»Esto sucederá irremisiblemente en varios años más, si no cambiamos *radicalmente* nuestra conducta social y política, como lo exige el progreso humano. Ahí está la doctrina Monroe, a manera de espada de Damocles encima de nuestras cabezas, que, como casi lo dice ese nombre, *roe* lentamente nuestra existencia política sin darnos cuenta; exactamente lo mismo que hacen los animales roedores.»

¿Qué significa todo esto? Sencillamente, que los hechos en la vida diplomática difieren bastante de las palabras. La diplomacia es una estrategia, en cuyas combinaciones siempre se aparenta lo que no se hace. En vano se fía ante las declaraciones políticas; ninguna de ellas es verdad. Cuando habla el presidente Wilson, habla el diplomático, no el moralista. Maquiavelo es el modelo constante de los políticos, por lo menos, en el orden internacional. «Algún príncipe de los actuales—dice el escritor italiano—que no conviene nombrar, predica continuamente paz y lealtad, y no hay mayor enemigo de ambas cosas; tanto, que de haberlas respetado, ya en muchas ocasiones hubiese perdido su reputación y sus Estados.»

Esa es la terrible realidad. Pero hay que aclarar un punto muy importante. El imperialismo europeo se dirige contra pueblos bárbaros que son un obstáculo para el progreso. El imperialismo norteamericano ataca comunidades cultas sin más fundamento que el deseo brutal de expansión y la rivalidad de raza. No existe fundamento alguno que apoye tales pretensiones. Aun en el caso de un conflicto entre pueblos de distinta modalidad de civilización, no puede haber razón para asimilarse el más fuerte al más débil. El Japón, por ejemplo, el Japón legendario representaba una modalidad de civilización, con su arte y su filosofía propia que para la misma cultura humana importaba conservar. El ataque a tal comunidad, so pretexto de ser distinta de las europeas, habría sido un cri-

men. Este no es el caso americano y, por lo mismo, no se trata, en último termino, de fundamento remoto alguno que apoye la acción de los Estados Unidos contra las comunidades de cultura iberoamericanas. La acción de esa República del Norte es, claramente dicho, una regresión moral basada en los más bajos apetitos.

***

Cuanto más se nota lo influencia de los anglosajones en la América española, con mayor ahinco se esfuerzan los iberoamericanos en volver a las fuentes pristinas de su espíritu. España ha dejado de ser para los cultos de la América española la falsa imagen de la tiranía, que la obcecación en los días de lucha y de separación presentaba como verdad histórica. Muchos son los publicistas que en las jóvenes Repúblicas de América revisan y rehabilitan la historia colonial de España, y de cuya labor he dado cuenta a los lectores. Ahora ofrezco una muestra más de lo que en este sentido se acaba de escribir.

En la *Revista Positiva*, de Méjico (número 163), publica un documentadísimo artículo sobre la civilización ibérica, el ilustre publicista mejicano Agustín Aragón. He aquí lo que el escritor mejicano dice respecto de su posición ante la debatida acción cultural de España:

«En los veinticinco años que llevo ya de escribir para el público he combatido la continuada hostilidad de la mayoría de mis compatriotas contra todo lo español, y me he empeñado en dar a conocer las excelencias de la civilización ibérica, así las europeas como las americanas. En el primer periódico que dirigí (1888) saqué a luz un estudio comparativo de los diversos aparatos conocidos entonces para medir bases geodésicas, y la descripción completa con estampas del inventado por el español Carlos Ibáñez e Ibáñez. En ese mismo periódico ensalcé al distinguido matemático y competente físico D. José Echegaray, más conocido como dramaturgo que como sabio.

Un profesor mío y algunos de mis camaradas teníanme por hijo de español, pues sólo se explicaban mi amor a lo mío por sentimentalismo. Nunca me he envanecido, ni por mi abolengo español (que harto lo ignoro), ni por mi ascendencia tlahuica (que la colijo, pero no podría probarla), pues rapazuelo aún leí a Cervantes, y el gran español enseñóme que «no es un hombre más que otro si no hace más que él.»

Después he llamado la atención de mis compatriotas sobre los trabajos de Balmes, Menéndez y Pelayo, Oliveira Martíns, Teófilo Braga, Rodríguez Carracido, Ramón y Cajal, Salvador Calderón y otros. Un sentimiento ingénito de justicia movíame primero, y luego la misma propensión aunada al estudio de la *Filosofía de la Historia*, de Comte. Repugnábame y me repugna la omisión o el olvido de todo lo que honra a nuestra civilización, y pocas veces me he indignado tanto como cuando los yanquis prepararon su agresión brutal a España, escarneciéndola y faltando a la verdad. Por eso publiqué en 1898 mi opúsculo intitulado «España y los Estados Unidos de Norte-América—Apropósito de la guerra,» opúsculo que, más que una defensa de la madre Patria, lo es de nuestra civilización. En él sostuve que una civilización debe apreciarse, no por las estadísticas de sus importaciones y exportaciones, sino por su influjo en los destinos humanos, y que los españoles poblaron la tierra con sus hijos, con sus trabajos y con sus virtudes. (Cuando lo imprimí, uno de mis camaradas de colegio, que no podía concebir movimiento así del alma, lo atribuyó a dinero que me habían dado los *gachupines* (*sic*), ¡a mí! que nunca he escrito por paga una sola línea.)

»... La historia de España y América presenta muchos nombres de investigadores científicos españoles que trabajaron en este Nuevo Mundo, en el cual, si bien es cierto que fueron *estupendos* los abusos cometidos por encomenderos y corregidores, oidores y delegados, presidentes y virreyes, dueños de obrajes y mineros, no menos cierto es que, al lado de esos reyes porquerizos de la extorsión, o abejas maesas de las colme-

nas de aborígenes, hubo varones que llegaron al colmo de las virtudes, *viviendo para los demás,* y otros a quienes no sedujo el afán de riquezas y sí les atrajo, cautivándoles, el variado y conmovedor espectáculo de la majestuosa Naturaleza americana.

»Al estudiar este Continente los españoles, se formaron concepto elevadísimo de su cometido y no les amedrentaron ni las fieras ni las soledades, como tampoco les acobardaron los inesperados fenómenos que a cada paso contemplaban. Naturalmente probos fueron los naturalistas de España que exploraron estas regiones, y en sus pinturas no existen las exageraciones. Exponen y no declaman; ensalzan, pero no mienten; e instruyen sin fatiga y deleitando...»

Después de estas consideraciones, el escritor mejicano hace un balance de la labor producida por los españoles, que abarca desde épocas anteriores al descubrimiento de América hasta la España de hoy. Imposible es reducir tan larga y detallada exposición de cabezas y trabajos; pero conviene reproducir a continuación, en paralelo histórico, lo que el Sr. Aragón dice de la acción de otros pueblos de Europa ante España:

«Cuando España fomentaba la cultura científica en América, Francia e Inglaterra protegían la piratería en el mismo Continente y premiaban a los más insignes corsarios. Saqueos, toda clase de crueldades, vejaciones, ultrajes, torturas, etc., cometieron los filibusteros franceses e ingleses que pululaban en el mar de las Antillas, y a quienes ensalzaban y condecoraban sus propios soberanos.

El ilustre colombiano D. Vicente Restrepo tradujo al español la obra intitulada *A New Voyage and Description of the Isthmus of America* (1699), escrita por el cirujano inglés y pirata Lionel Wafer. Este libro es tan importante desde el punto de vista de la historia de los marinos ingleses matuteros, que ha sido traducido también al francés, al alemán y al sueco. Wafer fue de la laya de Pointis, Dampier, Hawkins, Morgan y Drake. El distinguido traductor completa la obra con un es-

tudio suyo relativo a las hazañas de los merodeadores ingleses, de los filibusteros franceses y de los *Hermanos de la Costa*, que, guarecidos en Santo Domingo y en la Isla de la Tortuga, infestaban el mar de las Antillas y sus contornos en el siglo XVII. «Estos actos de piratería—dice el Sr. Restrepo—eran autorizados por dos grandes naciones, bajo cuya protección se ejecutaban, Inglaterra y Francia; pues los gobernadores de Jamaica y de la parte francesa de la isla de Santo Domingo les daban comisiones y patentes.»

Jean Bernard Louis Desjean, barón de Pointis, el invasor y ladrón de Cartagena de Indias (2 de Mayo de 1697), donde cogió inmenso botín, fue protegido del rey de Francia. Narra sus fechorías en el libro llamado *Relation de l' expedition de Carthagène*, 1698. Sujetos al rey de Francia y protegidos asimismo de este monarca fueron los compañeros de Pointis, ¡el famoso *barón!*

William Dampier fue un aventurero par de Wafer que, durante veintitrés años, se entregó a toda clase de excesos en las costas occidentales de América y en otros lugares. Gozó de la consideración de su Gobierno, quien le fomentó sus empresas.

Sir Francis Drake, el más célebre y conocido de los piratas ingleses de profesión, fue condecorado caballero por la reina Isabel de Inglaterra en el propio barco del corsario, y la misma reina le confió el mando de importantísimas expediciones de despojo. Murió en las afueras de Porto Bello, en su oficio, en el acto de intentar el saqueo, pues lo cogieron *con las manos en la masa*. Tan célebre aventurero sirvió tres años a las órdenes del conde de Essex, en Irlanda, cuando ya era conocido por sus feos hechos. Luego fue miembro del Parlamento.

Sir John Hawkins fue conmilitón de Drake y *negrero* además. Sus biógrafos dicen que algunos nobles compatriotas suyos y la misma reina Isabel de Inglaterra tenían participación en las ganancias de ese comercio inmoral que se realizaba con violación de la ley española. Estuvo en Veracruz, a ver qué

robaba, y llevó su merecido allí el 24 de Setiembre de 1568 (1). Se le premió nombrándole tesorero del *Almirantazgo* inglés y llamándole *caballero*. Murió en la expedición a que vino con Drake a las Indias Occidentales, como segundo en jefe de éste.

El más conspicuo de todos estos facciosos o el primero entre sus pares es el Sir Henry Morgan. Saqueó varias ciudades de Cuba, y también Porto Bello, Maracaibo, Panamá y otras muchas poblaciones. El saqueo de Panamá, en Enero de 1671, le produjo un botín de *millón y medio de pesos*. En todas partes se condujo como hombre cruel y sanguinario, y dondequiera cometió toda clase de maldades, atropellos y torturas. Es verdad que «reales órdenes de Inglaterra le impidieron organizar *otra* expedición»; pero verdad es tambien que al volver a su Patria se le condecoró *caballero* y nombrósele comisionado en el Almirantazgo por su rey y señor Carlos II. Acabó sus días en Jamaica, donde fue sucesivamente teniente de gobernador, comandante en jefe y gobernador en funciones.

La protección de Francia e Inglaterra a sus piratas que robaban en la mar las naves españolas y saqueaban las posesiones de España, tenía por causa *el oro y la codicia*. Ya lo había dicho profundamente el sabio y patriota Antonio de Ulloa en sus *Noticias americanas:* «Antes del descubrimiento de las Indias y en lo que alcanza la memoria del mundo, había oro y plata, que en todos tiempos han servido al destino que va expresado; pero, después de aquel famoso suceso, han venido a ser el poderoso incentivo de mantener a todas las naciones en movimiento y de inducirlas a un continuado empeño y emulación para adquirirlos. La solicitud de estos metales ha sido causa de civilizarse las gentes entre sí con el trato...; han adelantado las Artes, sutilizado la Industria, ilustrado las gentes, y les ha proporcionado el conocimiento de la tierra. *Sus malas consecuencias han sido el desconocimiento de la nación española*

(1) La flota española lo atacó, escapando el pirata con dificultad, después de perder éste la mayor parte de sus buques.

y las guerras que las extranjeras le han movido por la envidia.» Todas las malevolencias atribuídas a los españoles en América y todas las acusaciones a ellos lanzadas son un *debe* minúsculo frente al inmenso *haber* de un pueblo que descubrió un continente y dió ser ¡a VEINTE naciones, donde su civilización impera!

El español, como todos los hombres, tiene defectos, pero ningún observador imparcial ha dejado de expresar el respeto y la consideración que impone el carácter del ibero cuando ha probado sus quilates en el contacto que proporcionan las realidades de la vida. El ex-Presidente Taft, en apoyo de lo antedicho, decía al embajador de España en Wáshington, D. Juan Riaño, después de regresar de su último viaje a Panamá: «El coronel Goethals me habló en los términos del mayor encomio acerca de los inmejorables servicios prestados por los españoles en las obras del Canal. Ni el clima, ni las condiciones de la vida tan diversas, ni el contacto con otras razas han apartado a estos honrados braceros ni un momento del cumplimiento de su deber, el cual realizan con un espíritu de noble abnegación que sirve de ejemplo y de estímulo a los que a su lado trabajan. Las autoridades del Canal los consideran como modelo en su género, pues durante su permanencia en las obras no han dado el menor motivo de queja ni disgusto.»

Enumerar siquiera lo que deben a España las bellas letras, sería ardua tarea. Como el rico idioma castellano es el medio de comunicarnos entre sí los que somos hijos de la civilización española, no quiero dejar de aludir a él. Después de haber depositado la humilde flor de mi homenaje en el ara de la ciencia y de las virtudes españolas, voy a ceder la pluma al elocuente orador colombiano D. Antonio Gómez Restrepo, quien enaltece el esplendor de nuestra habla española en las siguientes insuperables líneas: «... Esta dulce lengua nuestra, que tiene tan antiguos blasones y ha merecido tan esforzados paladines, pidió plaza para ella en el palenque medioeval el rapsodo desconocido que embocó la broncínea trompa épica en

honor del Cid; la sentó Alfonso X en el tribunal de la justicia y en el solio de la sabiduría para que dictara leyes y sentencias que aún viven, no grabadas en bronce, sino defendidas contra el tiempo por el grave hechizo de una lengua patriarcal; construyó con ella el arcipreste de Hita su humorístico laberinto de aventuras, cuentos y amoríos, por donde asoman, como en las cornisas de las catedrales góticas, monstruos risueños, emblema de las fuerzas primarias de la Naturaleza; la hizo subir Jorge Manrique, como mansa espiral de incienso, desde los abismos del dolor humano, hasta las serenas regiones de la esperanza en la inmortalidad; dióle toques de blandura italiana Garcilaso, y Fray Luis de León le hizo sentir la dulzura de la contemplación campestre y la música de las esferas; la bañaron los novelistas en las fuentes turbias, pero vigorizantes, de la vida popular; baño que la enriqueció de sales y agudezas y le dió cierto desgarro picaresco, que contrasta con la cortesana elegancia de los políticos y moralistas, de un Guevara o un Saavedra; la pusieron los místicos en la fragua del amor divino, y corrió en ríos de oro, que derritieron las piedras y consumieron los corazones; la envolvieron Hurtado de Mendoza, Melo y Mariana en los *paños reales y curiales*, de que habló Maquiavelo; la llevó al teatro Calderón, y expresó en ella los sutiles conceptos teológicos de sus *Autos sacramentales*, «todos de oro y estrellas», según la expresión de Shelley; y Cervantes dilató sus dominios imperiales hasta hacerla capaz de representar el drama completo de la vida, en que el idealismo, representado por Don Quijote, al embestir contra el espeso escuadrón de intereses y pasiones materiales, hace brotar una estrella de cada desgarradura que el hierro de su lanza abre en el manto de sombras del egoísmo y de la mentira, y el sentido común, cabalgando con Sancho Panza sobre el manso lomo de su pollino, asciende a las cumbres del ensueño y se transfigura al recibir el beso de fuego de la gloria.»

En esta edad de constantes mudanzas, de verdadera disolución, de continuas inquietudes, de abierta rebelión contra

los viejos lazos sociales y morales, de positiva anarquía, de activa y pasiva resistencia a las leyes, de impugnaciones violentas, de desconsoladora desconfianza en los beneficios de la civilización, de crímenes horrendos, de continuos suicidios y de inmoralidades protegidas, etc., etc., sólo el estudio sintético de lo pasado concuerda con la ciencia, esto es, con la verdad; sólo lo que esté de acuerdo con la Naturaleza humana ha de mejorar a ésta, y sólo lo que se aprecie sin prejuicios de razas o de civilización puede conducir al bien, porque el bien se funda en la verdad, en el conocimiento de lo que somos y del lugar donde moramos, y la verdad resplandece lo mismo entre los amarillos que entre los blancos y los negros. Estudiemos, pues, lo nuestro primero y lo extraño luego, con el ánimo sereno, y seamos pródigos con el bien como lo fue la grande España que nos dió cuanto poseía de civilizador.»

Si todo esto brotase de una pluma española, la suspicacia dedicaría la más irónica de sus sonrisas para el autor. Ahora no puede ocurrir tal cosa: lo escribe un mejicano, y funda sus conclusiones sobre un indiscutible material histórico. La verdad se abre paso.

Mario Beltrano, otro escritor mejicano, expone en la misma Revista de Méjico el catecismo político social para Hispano-América, trazando el plan de vastas confederaciones y abogando por la reforma social con la cultura. Dice así:

«Prediquemos en todos los tonos la *confraternidad hispanoamericana*, para llegar a formar tres grandes *Confederaciones*, del modo siguiente:

Confederación de los Estados Unidos de Centro-América, formada por Méjico, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

Confederación de los Estados Unidos de Colombia, formada por Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú.

Confederación de los Estados Unidos del Sur, formada por Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Chile.

Esas Confederaciones no se unirían *materialmente* en una

sola nacionalidad, sino que cada cual mantendría su independencia; pero se unirían moralmente y formarían una *alianza defensiva*, para tener fuerza moral y material y, además, las tres grandes Confederaciones señaladas tendrían también una alianza defensiva entre sí para, en *casos necesarios*, imponer su voluntad e impedir ser arrolladas en las cuestiones internacionales.»

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1913.

Alonso Criado (Matías).—*Brasil y Ecuador: Codificación del Derecho Internacional Americano.* Junio, pág. 103.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*Del pasado: Del aderezo de ciertas iglesias de la Orden de Santiago, y de los objetos litúrgicos que poseían al final del siglo XV.* Abril, pág. 5.—*El sepulcro de «La Señora»* (Memorias de viaje). Agosto, pág. 141.

Antón del Olmet (Fernando).—*La Secretaría de Estado de José Bonaparte.* Julio, pág. 61.

Aranzadi (Telesforo de).—*Cuestiones de prehistoria.* Enero, página 138.

Araujo (Fernando).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 188; Febrero, pág. 182; Marzo, pág. 187; Abril, pág. 184; Mayo, pág. 185; Junio, pág. 177; Julio, pág. 167; Agosto, pág. 157; Setiembre, página 155; Octubre, pág. 162; Noviembre, pág. 158; Diciembre, página 156.

Berzeviczy (Alberto de).—*Beatriz de Aragón, Reina de Hungría.* Enero, pág. 26; Febrero, pág. 98; Marzo, pág. 84; Abril, pág. 112; Mayo, pág. 130.

Brossa (Jaime).—*Nacionalismo y Universalismo.* Junio, pág. 112.

Calzini (Rafael).—*España fuera de España: El último dominio árabe en Europa: Impresiones de Granada.* Abril, pág. 70.

Cambronero (Carlos).—*Crónicas del tiempo de Isabel II.* Febrero, página 31; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 29; Mayo, pág. 5; Junio, página 5; Julio, pág. 14; Agosto, pág. 5; Setiembre, pág. 28; Octubre, pág. 5; Noviembre, pág. 35; Diciembre, pág. 5.

Demiani (Alfredo).—*España y el Arte español.* Junio, pág. 73.

Dorado (Pedro).—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 203; Marzo, página 206; Mayo, pág. 205; Junio, pág. 205; Octubre, pág. 204.

F. G.—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 207.

Fierens-Gevaert.—*San Antonio de la Florida.* Julio, pág. 133.

Gay (Vicente).—*La América Moderna.* Enero, pág. 158; Febrero,

página 151; Marzo, pág. 159; Abril, pág. 142, Mayo, pág. 153; Junio, pág. 151; Julio, pág. 104; Agosto, pág. 181; Setiembre, página 185; Octubre, pág. 181; Noviembre, pág. 191; Diciembre, página 181.

Gosse (Edmundo).—*Padre e hijo.* Estudio de dos temperamentos. Agosto, pág. 72; Setiembre, pág. 99; Octubre, pág. 79; Noviembre, pág. 131; Diciembre, pág. 54.

Gota (Antonio).—*El espíritu y el titanismo científicos de nuestro tiempo.* Noviembre, pág. 5.

Fernández y Alejandro (Federico).—*Marcas de impresiones.* Julio, pág. 5.—*Las antiguas tarjetas de visita.* Octubre, pág. 156.

Ibarra (Juan Francisco).—*A las ruinas de Jefrus.* Diciembre, página 141.

Justi (Carlos).—*Los maestros de Colonia en la Catedral de Burgos.* Marzo, pág. 131; Abril, pág. 91.—*Don Pedro de Mendoza, gran Cardenal de España.* Mayo, pág. 104.—*Los Lombardos en Sevilla.* Junio, pág. 44.—*Los Aprile de Carona.* Julio, pág. 74.—*Torrigiano.* Agosto, pág. 33.—*El Renacimiento en Granada.* Setiembre, pág. 73.—*La Catedral de Granada y Diego de Siloe.* Octubre, pág. 54.—*Los Arfes.* Noviembre, pág. 78.—*La pintura flamenca en España.* Diciembre, pág. 84.

Legendre (Mauricio).—*El corazón de España.* Julio, pág, 139.

Lynch (Jeremías).—*El Clondic y la vida de los buscadores de oro.* Agosto, pág. 108; Setiembre, pág. 132; Octubre, pág. 110; Noviembre, pág. 99; Diciembre, pág. 109.

Olmedilla y Puig (Joaquín).—*Consideraciones acerca de la Historia del vino.* Diciembre, pág. 42.

Oneca (Niceto).—*El cuadro de Van der Goes.* Mayo, pág. 50.

Ovejero y Mauri (Eduardo).—*El «Criticón», de Baltasar Gracián.* Setiembre, pág. 5.

Pérez de Guzmán (Juan).—*Joyas robadas y restituídas*: 1813-1814. Enero, pág. 5.—*Apuntes para la Historia contemporánea: Los manifiestos a la Nación:* 1834-1875. Junio, pág. 47.—*La cultura de España en Dinamarca.* Diciembre, pág. 145.

Twain (Marck).—*Más hábil que Sherlock Holmes.* Enero, pág. 105; Febrero, pág. 67.—*Canibalismo en viaje.* Marzo, pág. 148.

Wadleigh Chandler (Franck).—*La novela picaresca en España.* Enero, pág. 76; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 51; Abril, pág. 157; Mayo, pág. 85.

Wauters (A. J.).—*La aventura novelesca de Leonor de Austria y del palatino del Rhin:* 1517. Junio, pág. 137.

ÍNDICE

Págs.

Crónicas del tiempo de Isabel II, por Carlos Cambronero..... 5

Consideraciones generales acerca de la historia del vino, por Joaquín Olmedilla y Puig..... 42

Padre e hijo (novela), por Edmundo Gosse..... 54

La pintura flamenca en España, por Carlos Justi..... 84

El Clondic y la vida de los buscadores de oro, por Jeremías Lynch.. 109

A las ruinas de Frejus, por Juan Francisco Ibarra..... 141

La cultura de España en Dinamarca, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo..... 145

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 156

La América Moderna, por Vicente Gay..... 181

Indice por orden alfabético de autores..... 206

AP
60
E8
año 25
no.298-300

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY